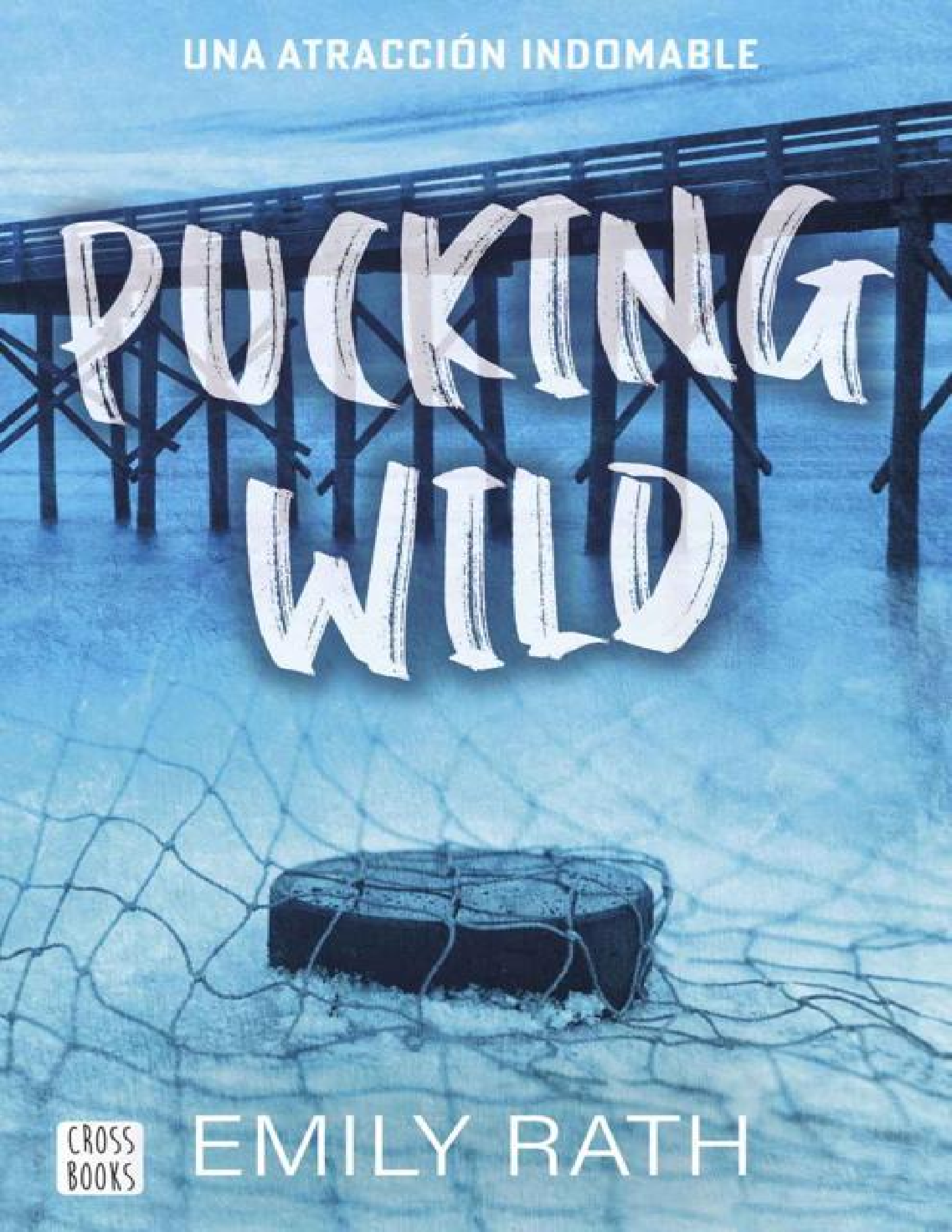
UNA ATRACCIÓN INDOMABLE

PUCKING WILD



CROSS BOOKS

EMILY RATH

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Advertencia de contenido

Tess

Ryan

1. Tess

2. Tess

3. Ryan

4. Ryan

5. Tess

6. Ryan

7. Tess

8. Tess

9. Tess

10. Tess

11. Tess

12. Ryan

13. Ryan

14. Ryan

15. Tess

16. Ryan

17. Tess

18. Tess

19. Ryan

20. Tess

21. Ryan

22. Tess

23. Tess

24. Tess

25. Ryan

26. Tess

27. Ryan

28. Tess

29. Tess

30. Ryan

31. Tess

32. Ryan

33. Tess

34. Ryan

35. Tess

36. Tess

37. Ryan

38. Tess

39. Ryan

40. Tess

41. Ryan

42. Tess

43. Ryan

44. Tess

45. Tess

46. Ryan

47. Tess

48. Tess

49. Ryan

50. Tess

51. Tess

52. Tess

53. Tess

54. Ryan

55. Tess

56. Tess

57. Ryan

58. Ryan

59. Tess

60. Tess

61. Ryan

62. Tess

63. Tess

64. Tess

65. Ryan

66. Tess

67. Tess

68. Ryan

Epílogo. Ryan

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!
Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Mi futuro exmarido está haciendo saltar por los aires toda mi vida. Y con tal de no enfrentarme a ello, me dispongo a hacer lo mejor que se me da a mí, Tess Owens: salir corriendo.

Así, me lanzo a los brazos de mi mejor amiga Rachel y del equipo de hockey para el que trabaja. Ahí está mi nueva vida, en una ciudad desconocida y rodeada de jugadores encantadores. Pero uno se destaca del resto: Ryan Langley, el delantero estrella de los Jacksonville Rays.

Ahora solo me quedan seis semanas para emprender un nuevo negocio. Seis semanas para luchar por mi libertad… Todo ello mientras me resisto al soltero más cotizado de la NHL, a su sonrisa ganadora y su meteórica carrera. ¿He mencionado que le saco diez años?

Ryan no se merece que lo arrastre a mi drama. Y tampoco tenemos mucho en común, pero… Cada vez es más difícil negar lo que me hace sentir.

Nunca pensé que él fuera la única persona capaz de liberarme.

PUCKING WILD

Emily Rath

Traducción de Ana Navalón

Para todas las treintañeras atrapadas en matrimonios, amistades y dinámicas familiares que se os han quedado pequeños. Libérate. Mira cómo vuelas.
Ah, y dale una oportunidad al pegging.

Este libro contiene algunos temas que pueden resultar angustiosos para algunos lectores, tales como situaciones de acoso, abuso verbal y emocional, violencia y maltrato. Del mismo modo contiene escenas de sexo muy explícito, todas ellas consensuadas y consentidas.

Tess

Mira, me gusta la playa como a la que más. Me sirve cualquier excusa para ponerme un sombrero monísimo y un bikini de talle alto. Sobre todo, me encanta tirarme en una toalla con cuatro litros de té helado, mientras veo a todo un equipo de jugadores de hockey sexis darle patadas a una pelota de fútbol. Tampoco es tan mal plan pasarse el día viendo a unos tíos buenorros embadurnados en bronceador, con esos músculos tan prietos que tienen, haciendo ejercicio bajo la luz del sol del atardecer.

Lo único que no me gusta de la playa es la arena. Bueno, ya está bien, ¿no? ¡Se te mete por todas partes! Entre los dedos, debajo de las tetas, en la raja del culo. He cometido el error colosal de ponerme bálsamo labial, así que me he pasado el resto del día lamiéndome los granitos de arena.

Por no hablar del estado en que se encuentra mi pelo. Me juego lo que sea a que tengo media playa entre los rizos. Para demostrar mi teoría, me sacudo un poco la cola de caballo. Gruño cuando siento que la arena me cae por los hombros.

«Sí, vete a la mierda, arena».

Subo los escalones traseros de la casa de Jake Compton dando saltitos y se me escapa una mueca cuando me recoloco la bolsa de playa en el hombro quemado mientras meto el código de seguridad. Rachel y el resto de los Rays siguen en la playa, pero yo ya me he hartado de sentir la arena metiéndoseme por el culo. Estoy lista para darme una ducha.

Y mi pobre piel de pelirroja necesita descansar del sol implacable. Siento que irradio calor. Dentro de un par de horas, me sentaré en el regazo de Rachel con un bote de aloe vera para rogarle que aplaque mi sufrimiento.

O a lo mejor encuentro a un Ray fuerte y sexi que me eche crema en la piel...

«Relájate, tía».

Antes he montado un numerito, no he dejado de picar a Rachel diciéndole que voy a empezar una organización humanitaria para los Rays sin hogar. Pero no iba en serio... Vale, no era del todo en serio. Está bien, lo decía en serio, pero solo como disquisición teórica.

Nada de acción. Nop. Este fin de semana Tess no se va a acostar con nadie. Por mucho que me guste la idea de una noche de desenfreno con un jugador profesional de hockey cachas y guaperas, Rachel Price es mi mejor amiga. No quiero hacer nada que perturbe el equilibrio que ha conseguido en este lugar. ¿Liarme con uno de sus jugadores? ¿Con uno de sus pacientes?

Ya, parece una idea de mierda. A los Rays hay que disfrutarlos en su hábitat natural. «Haz solo fotos, deja solo huellas».

Entro en casa de Jake corriendo, las chanclas resuenan sobre el suelo de madera. El frescor del aire acondicionado me envuelve el cuerpo de la cabeza a los pies y me estremezco, se me han puesto hasta los pelos de los brazos de punta. Rodeo la mesa del comedor a toda prisa y dejo la bolsa de playa encima de la isla de la cocina.

La casa de Jake es genial. A ver, como debe ser. Es un jugador megarrico de la NHL. Está soltero, no tiene hijos, no tiene obligaciones. Puede permitirse una casa estupenda. Es todo elegancia y modernidad, muy masculino... Tiene detalles en madera terrosa, cálidos grises y sofás y sillones de cuero, con tonos metálicos que le dan un aire industrial.

También veo algunos toquecitos femeninos, seguro que los ha puesto Rachel. Hay ramos de flores en jarrones encima de la mesa y de la isla. Hay una manta doblada en el respaldo de cada silla y sofá. Rachel no tiene sangre en las venas, te lo juro por Dios. Yo siempre me estoy quitando la ropa mientras ella siempre se está poniendo capas.

No sé en qué narices estaba pensando cuando se mudó aquí esperando que nadie se diera cuenta. Y creía que era yo la que tenía tendencias autodestructivas. Sonrío y sacudo la cabeza. No puede evitar ser quien es y Rachel Price es única en su especie. He oído los motes que le han puesto los chicos. Huracán. Es perfecto.

Cree que puede esconderse en las sombras. Se piensa que la gente no se fija en ella. En el sentido que puede evitar estar en el centro de las miradas si se queda callada, hace su trabajo y no causa problemas. Pero ¿quién puede ignorar un huracán? Lo he visto hoy en la playa. Todos los chicos se

sienten atraídos por ella, incluso los casados. Y no lo digo en un sentido turbio ni sexual. Es solo que es imposible no fijarte en Rachel Price.

Rebusco en la bolsa de playa y saco mi toalla y mi camisola. Mi vuelo sale mañana por la mañana, así que tengo que lavar todo esto, a no ser que quiera llevarme media playa a Cincinnati.

Lanzo el sombrero sobre la encimera y también me quito las gafas de aviador. Luego avanzo por la cocina y me meto por el pasillo que conecta con el cuarto de la lavadora, que está en el garaje. La enorme bolsa negra en la que Jake guarda la equipación está tirada en medio del suelo y sus trastos de hockey cuelgan en una especie de lavadero industrial.

De la bolsa de deporte me llega un olor mohoso que me hace arrugar la nariz. Abro la puerta de la lavadora y meto dentro la toalla y la camisola. Sin dudarlo, también me quito el bikini. Sigue un tanto húmedo, así que casi tengo que despegármelo. Mientras lo hago, un poco de arena cae a mis pies.

—Ay, qué asco —gimoteo, mientras dejo que la parte inferior me caiga por los tobillos con un suave plop.

Entonces, me deshago el nudo de la parte superior y me la quito, hago una mueca cuando los tirantes me rozan los hombros quemados. Cuando bajo la mirada, se me escapa una risilla. Tengo trocitos de conchas de la playa pegados en los pechos.

Arena en el culo y conchas en las tetas. ¿Cómo se las apaña Ariel para que esto parezca tan glamuroso?

Cojo las dos partes del bikini, las lanzo a la lavadora, añado un poco de detergente y la enciendo. La máquina pita y hace clic cuando la puerta se bloquea; luego el tambor empieza a llenarse de agua.

Dios, ¿qué hora es? Mi amiga Charity va a pasar a recogerme a las cinco de la tarde. Ha venido a un congreso de dentistas y vamos a ir a cenar a St. Augustine. Nos conocimos en la universidad, pero hace años que no la veo. El primer curso estuvimos en la misma residencia y las dos odiábamos a nuestras compañeras de habitación. Así que nos unió rajar de unas tías que roncaban y nos robaban el limpiador facial.

Vuelvo corriendo a la cocina, tengo las manos levantadas para soltarme el pelo cuando giro la esquina. He dejado el móvil en el borde de la isla, junto a la bolsa de playa. Junto al taburete, suelto un par de patadas para

quitarme las chanclas mientras agarro el teléfono y mi termo de té helado. Toco la pantalla para comprobar la hora.

4:17 p. m.

Mierda, tengo poco tiempo.

Le doy un buen sorbo a la bebida con la pajita. Dios, qué rico está. Sabe a limón, es refrescante y está helado. Sentir el frío en la lengua aplaca el calor de mi piel.

Un ruido a mi espalda hace que me vuelva con el teléfono en la mano. La puerta de la despensa está abierta de par en par. Antes de que pueda moverme, veo salir a un hombre, todavía de espaldas, que entre los brazos lleva seis bolsas de patatas tamaño familiar.

Nuestras miradas se encuentran al mismo tiempo. Dios, tiene unos ojazos de color manzana verde y le brillan. Es Langley, el yogurín que me ha dado con una pelota de fútbol cuando estábamos en la playa. Joder, parece que acaba de salir de un anuncio de patatas fritas. El viento le ha despeinado el pelo rubio y se le marcan los músculos bronceados. Lleva unos pantalones cortos anchos que se le ajustan a las caderas y enseñan una franja de piel blanca. Quiero lamerla. Quiero ver hasta dónde baja esa piel blanca y perlada.

Solo lo inspecciono durante unos segundos, luego vuelvo a mirarlo a los ojos. Y ahí es cuando me doy cuenta de que él acaba de hacerme lo mismo. Me acaba de mirar el culo desnudo, aquí plantada en medio de la cocina de Jake Compton como si estuviera dando un espectáculo en solitario: *El nacimiento de Venus* de Botticelli. Lo único que me falta es estar de pie encima de una concha.

—¿De dónde demonios has salido? —grito mientras me tapo el pecho con el brazo izquierdo. Bajo la mano derecha, todavía con el móvil agarrado, en un burdo intento por taparme el vello púbico.

Langley abre aún más esos bonitos ojos verdes. Boquea como un pez, hasta que por fin suelta el único pensamiento que puede retener en su mente:

—¿Por qué cojones estás desnuda?

Ryan

«Dios santo. Ay, joder. Qué mierda».

La amiga de la doctora Price está plantada en medio de la cocina de Compton en bolas. Joder, está increíble. Estoy salivando. Estoy sudando.

A ver, llevo todo el día bicheándola en ese bikini rojo tan sexi. Sobre todo cuando se apoyaba en los codos con la espalda arqueada para echarse crema en las tetas. Tenía los ojos cerrados y absorbía el sol como si fuera una sirena sobre una roca. No voy a mentir, casi me empalmo. He tenido que fingir que quería nadar solo para meter la cabeza en el agua fría.

Ahora está aquí plantada, mirándome como salida de un sueño. Los rizos pelirrojos le rodean la cara y le caen por la espalda. Tiene los hombros rosas, se ha quemado. También tiene las mejillas llenas de pecas. Tiene la punta de la nariz roja y le brilla. Me juego lo que sea a que, si le toco la piel, notaré el sol que se le ha quedado atrapado dentro, ardiendo por debajo de la superficie.

Me permito bajar la mirada. Tiene las tetas grandes y llenas, la piel que le rodea los pezones es de marfil e inmaculada, y se va desvaneciendo en un leve rosado. Y tiene dos puntas perfectas. Podría absorberle la vida, llevarla al orgasmo solo con la lengua.

Por no hablar de las caderas anchas y la curva pronunciada de sus muslos. Los tiene apretados, como si eso pudiera impedirme que le vea el coño.

«Buen intento, preciosa».

Tess... así es como se llama. Corto. Dulce. Tess Owens, la mejor amiga de la doctora Price.

«Mierda».

La realidad vuelve para gritarme cuando me doy cuenta de que estoy de pie en la cocina de Compton, con los brazos llenos de patatas fritas, mirando fijamente a la mejor amiga desnuda de la médica del equipo. No

solo la estoy mirando sin pestañear. Estoy maquinando cosas, imaginándome lo que le haría con la lengua, con las manos...

Se pone el brazo delante de las tetas y baja la mano para cubrirse el coño.

—¿De dónde demonios has salido? —chilla.

Se me acelera el pulso y aparto la mirada.

—¿Por qué cojones estás desnuda?

Gracias a Dios, está tan avergonzada como yo.

—En serio, ¿hay un portal ahí dentro o qué? ¿Eres una especie de ninja?

—He entrado por la puerta de atrás —digo.

—Bueno, pues vuelve a la despensa para que yo pueda buscar una toalla o algo —responde.

Me giro de manera abrupta, listo para obedecer, y me doy con el codo en la jamba de la puerta.

—Au..., joder...

Las bolsas de patatas se me escurren de las manos y se caen al suelo. Las ignoro y me llevo la mano a los ojos como si tuviera doce años. El único problema es que ahora no veo, así que me doy con toda la cara en el lateral de la despensa de Compton.

—Au..., mierda... —Me duele la nariz y doy un paso atrás.

—Ay, Dios —jadea ella—. ¿Estás bien?

—Au —gruño, doy otro paso atrás y piso una bolsa de patatas en el proceso.

—Langley, ¿estás...? ¡Estás sangrando!

Me aparto la mano de la cara y, sí, tengo sangre en la palma.

—Eh... No pasa nada —digo, echo la cabeza para atrás y me aprieto el puente de la nariz.

Ella rodea la isla de la cocina corriendo.

—Espera —me dice.

Bajo la cabeza y le echo un vistazo a las curvas redondeadas de su culo perfecto cuando se inclina sobre el fregador. Tiene los hoyuelos de Venus más bonitos que he visto en mi vida. Arquea la espalda y se le menean las tetas cuando estira el brazo hacia el grifo y lo abre.

Echo la cabeza para atrás enseguida cuando veo que se inclina hacia delante.

—Toma —me dice mientras me tiende un paño de cocina empapado en agua—. ¿Estás bien?

Bajo la mirada al trapo, luego a ella, intento mantener la vista por encima de su pecho.

—Eeeh... ¿por qué no lo usas tú? —le digo.

Se ríe, todavía sujetando el paño.

—Bonito, ¿qué esperas que me haga con esto? ¿Un cubre pezones?

Sip, y ahora he vuelto a mirárselos. Gruño y vuelvo a echar la cabeza hacia atrás.

Ella se acerca un poco más y me lo tiende.

—Tú cógelo. Tenemos que limpiarte la cara.

Lo acepto con un suspiro y me limpio por debajo de la nariz mientras me aprieto el puente con la otra mano.

—Mira, tampoco pretendo fisgonear..., pero ¿qué haces desnuda en la cocina de Compton? —quiero saber.

Ella sonríe y cruza los brazos por encima del pecho. Ayuda un poco a cubrirle los pezones.

—Me he instalado aquí —responde—. Y no me esperaba que hubiera nadie más. Estabais todos en la playa. ¿Qué haces tú en la cocina de Compton?

—Me ha mandado a buscar comida —respondo, y señalo las bolsas de patatas que hay en el suelo.

Pero espera... Ay, mierda... ¿Me he perdido algo? ¿Tess es terreno prohibido por partida doble? Que sea amiga de la doctora Price es una valla de alambre, pero que sea la chica de Compton es una pared de ladrillos.

—¿Te has instalado aquí?

—Bueno, técnicamente estoy con Rachel —responde ella mientras apoya la cadera desnuda contra la isla.

—Pero... aquí vive Compton —respondo, no estoy sumando dos y dos.

Se le borra la sonrisa, un atisbo de duda le pasa por los ojos mientras se coloca el pelo detrás de las orejas.

—Sí, eeeh..., las dos nos hemos instalado aquí. Rachel y yo queríamos estar en la playa y Jake nos ofreció a las dos su habitación de invitados para pasar el fin de semana. No está nada mal. Y es más barato que un hotel, eso está claro.

Suelto un pequeño suspiro de alivio.

—Qué majo es.

—Sí, es un tío genial —responde ella.

Tiene unos ojos preciosos. Con un tono de verde bosque en el exterior y un color caramelo junto al iris. Tienen algo que hace que el pelo rojo parezca aún más brillante. Es como si estuviera ardiendo, como si fuera un rayo de sol. Pero el modo en el que sonríe al pensar en Compton hace que me den ganas de demostrar algo. Quiero noquearlo de lleno... o besarla hasta que pierda el sentido. Las dos cosas. Siento una urgencia primitiva de reclamarla. Lo cual es ridículo, porque soy Ryan Langley. El gracioso, el que siempre tiene una sonrisa para todo el mundo. La única competición que busco es en el hielo o en el circuito del Mario Kart.

No soy de los que van por ahí pavoneándose para reclamar mujeres y competir con otros hombres como si fuera un cavernícola bruto. Pero ahora mismo, al tener a esta preciosidad plantada delante de mí, me siento más que preparado para ir a buscar una maza.

«Yo Ryan. Tú guapa. Hacer fuego y bebé».

—Entonces, ¿Compton y tú..., no estás... con él?

Resopla.

—Ni hablar. Ni en sueños. Ese tío está vetado, bien podría ser de otra especie. Es como una mariposa... o un pez sexi en una pecera. Se mira, pero no se toca.

—¿Por qué está vetado?

Ella se limita a mirarme impávida.

—Cachorrito, ¿quieres que no lo esté? ¿Quieres liarnos? A lo mejor quieres mirar mientras me da lo mío en esta cocina un tanto...

—No —la interrumpo, siento que me arden las mejillas.

—¿No? —repite, le brillan los ojos. Sé que me está provocando.

—No —repito—. Compton, no.

—Ni me atrevería —responde—. ¿Qué tal la nariz, cachorrito?

Aparto el paño de cocina y miro la mancha de sangre oscura.

—Creo que se ha parado... Espera... ¿por qué me llamas así?

Se encoje de hombros.

—Porque te pega. Eres como un cachorrito perdido buscando un hogar, todo dulzura y sensibilidad. ¿Qué cosas te gustan?

Me quedo rígido, con el paño ensangrentado en la mano.

—¿Qué?

—Me gusta pensar que sé leer a la gente —responde ella—. Tú me estás costando, Langley.

—Llámame Ryan —digo, y me aparto de ella para tirar el paño sucio sobre la encimera.

Respira hondo y suelta el aire.

—Está bien. Pues Ryan. Cuéntame un secreto, Ryan.

—¿Un secreto?

—Sí, me has visto desnuda, así que me parece justo. Para empatar.

—¿Qué tipo de secreto? —digo, siento que se me acelera el pulso. Esta mujer me provoca cosas que no entiendo del todo.

Vuelve a encogerse de hombros. Mañana le va a doler un montón. En una semana, se le va a pelar la piel que flipas. No está acostumbrada al sol de Florida.

«Porque no vive aquí. Está fuera de tu alcance, se va mañana y no la vas a volver a ver. No es tuya».

—Quiero saber a qué sabes.

Mierda, ¿lo he dicho en voz alta? Tengo que haberlo dicho yo, porque ella me está mirando como si estuviera loco.

—Ryan...

—Un beso —digo sin aliento—. Ese es mi secreto. Quiero un beso. Solo uno. Tuyo.

Se le levantan las comisuras de los labios y me lanza una sonrisa de lado muy sexi.

—¿Y qué haría un chico como tú con un beso de una chica como yo?

—Saborearlo —contesto—. Atesorarlo. Guardarlo para cuando lo necesite en un día de lluvia.

Vuelve a sonreír y siento calor por todo el cuerpo.

—Eso me ha gustado —responde con voz suave—. Da igual dónde estemos, cuando las nubes se ciernan en esos días oscuros y lluviosos, podemos sacar este momento y sentarnos con él. Podremos recordar la sensación de que te despeine el viento, de que te bese el sol, de ser libres.

Me cautiva el modo en el que lo dice. No puedo apartar la mirada.

—Te propongo un trato, Ryan —continúa—. Estoy desnuda y soy vulnerable, así que tienes que ser un perfecto caballero, ¿te parece bien? No me manosees. Me has pedido un beso y te lo voy a dar.

Ay, Dios, esto no está pasando. He venido a coger unos Fritos. Ni siquiera quería venir. Sanford ha lanzado una moneda al aire y he perdido. Y ahora estoy aquí de pie con una mujer preciosa desnuda y me va a besar.

Aparta la cadera de la isla y acorta la distancia que nos separa. Mido un metro ochenta y seis, una media bastante alta para ser jugador de hockey profesional, pero es que el resto de los Rays son gigantes. Qué demonios, Kinnunen es literalmente un oso de un metro noventa y ocho. A su lado, me siento un canijo.

Pero ahora no. Cuando miro hacia abajo, la frente de Tess a penas me llega a la barbilla. Tiene la altura perfecta para darle un beso en la frente. Pero ese no es el tipo de beso que ansío. Quiero esos labios que están haciendo un pucherito.

—No tienes por qué hacerlo —digo con el corazón acelerado.

—Pero quiero —responde. Sigue mirándome con dulzura mientras se acerca un paso—. Ponte las manos a la espalda, Ryan. Agárrate las muñecas.

Lo hago sin dudarlo, tal y como me ha dicho.

—Tengo que advertirte de una cosa —continúa. Esa voz tan tranquila se me cala hasta los huesos—. Estoy llena de arena.

—Yo también —confieso—. Esa mierda se te mete por todas partes.

—Ajá. —Se acerca un paso más—. En el pelo, en las tetas, en la raja del culo.

Yo sonrío.

—Sigues estando preciosa, Tess.

—Ah, ya lo sé. Es solo que puede que sepa un poco a tierra. Luego no me lo eches en cara.

—Nunca —digo con el corazón en la garganta—. A lo mejor yo tengo sabor a sangre.

Sacude la cabeza.

—Nah, te has limpiado bien. No veo ni una gota.

Suspiro de alivio. Eso nos podría haber cortado el rollo.

—Querías un beso —dice, acercándose hasta que sus tetas desnudas se rozan contra mi pecho.

Gruño mientras lucho contra las ganas de tocarla. Pero en lugar de ceder, me aferro a las muñecas con más fuerza.

—Sí —suspiro.

Se roza contra mí con esa piel bañada por el sol hasta que me pega contra la jamba de la puerta. Levanta la mano y me recorre el esternón con dos dedos antes de ponerme la palma en la mejilla.

—Un beso —susurra.

—Solo uno —repito mientras me inclino para aspirar su aroma. Huele a protector solar, a sal marina y a una especie de champú de coco.

Nos pegamos contra la boca del otro, con los labios separados. Tiene unos ojos preciosos. Miles de pecas le salpican la cara. Algunas se esconden bajo el color rosa intenso que le ha provocado el sol.

—Un beso, Ryan —murmura—. Para los días de lluvia que están por venir.

—Un beso —repito.

Me toca mover ficha, así que bajo la cara hasta la de ella y mis labios entreabiertos se encuentran con los suyos. Ambos cogemos aire mientras nos besamos.

No es un pico ni un roce casto. No, es abrasador. Una supernova. Abrimos la boca y la oigo gemir contra mí. Es el sonido más dulce, el de la necesidad anhelante. Me desea. Y yo a ella. Darme cuenta de ello casi me hacer romper el acuerdo. Quiero apretarla contra mí, subirla a la encimera y enterrarme en su interior. Quiero venerarla, complacerla, hacer que grite mi nombre mientras nos corremos juntos.

Ella se aprieta contra mí, así que yo hago lo mismo. Me agarra de la cara con las dos manos, siento sus pechos desnudos y cálidos contra mí. Mantenemos la boca abierta mientras nos provocamos y nos perseguimos. Me succiona el labio inferior, me lo muerde y yo la provoco con la lengua.

Es suficiente. Tiene que serlo. Porque apenas hemos empezado a besarnos cuando se aparta.

—Mmm...

El sonido que se le escapa es gutural. Tiene los ojos cerrados y los labios húmedos de mis besos. Es suficiente para que se me haya puesto dura dentro del bañador. Ella misma podría comprobarlo si mirara hacia abajo. Esta prenda no te deja ocultar nada.

Entonces, da un paso atrás, me suelta la cara y se lleva con ella todo mi oxígeno. Me sonríe desde abajo con una mano en la boca, mientras se acaricia los labios con dos dedos.

—Ha sido muy agradable, Ryan. Besas bien.

—Tú también —digo, me sorprende recordar cómo se forman las palabras.

—Tengo que irme —anuncia mientras le lanza una ojeada al reloj que hay encima de los fogones—. Y tú tienes que entregar unas patatuelas. —Señala el estropicio que hay en el suelo entre nosotros.

Yo asiento con la cabeza, todavía estoy un tanto estupefacto.

—Ah, y... por favor, esto no se lo cuentes a Rachel —me pide—. No es que me avergüence de nada —añade enseguida—. Es que eres su amigo, su paciente. Y eso quiero respetarlo.

Vuelvo a asentir con la cabeza.

—Sí, sin problema. Como quieras.

—Bueno, encantada de conocerte, Ryan. —Lo dice de una forma casual, como si no acabara de darme un beso que me ha sacudido hasta los cimientos.

—Sí... igualmente.

—Pues... adiós, Ryan —se despide, alejándose otro paso.

—Adiós, Tess.

Se da la vuelta y coge su teléfono, que estaba encima de la isla. Luego se marcha, no le da ninguna vergüenza no llevar nada de ropa. Veo cómo se le contonean esas dulces curvas..., las caderas, los muslos. La observo con el corazón acelerado, hasta que gira la esquina y desaparece.

Ahora estoy aquí plantado, solo en la cocina de Jake Compton, con una idea dándome vueltas en la cabeza: esto es solo el principio. Porque no voy a dejar que se marche sin más, ni hablar.

Tess Owens es la chica de mis sueños..., solo que ella todavía no es consciente de ello.

1

Tess

—¡Rachel! —grito mientras le doy otro sorbo a la copa de champán—. Vamos, tía. ¡Me van a dar las uvas!

—¡Para el carro! —me responde chillando—. Se me ha atascado la puta cremallera. Me da miedo romperla... Mierda...

—Venga, sal de ahí, que te la arreglo —me ofrezco mientras me pongo de pie de un salto.

Esta noche ha sido una locura. Rachel ha lanzado un órdago para provocar a Ilmari y le ha dicho que, si conseguía un shutout en el partido contra los Kings de Los Ángeles, se casaría con él. Le ha salido el tiro por la culata, porque ahora estoy en el dormitorio de su madre esperando a que rebusque entre su colección de vestidos de alta costura para encontrar algo que ponerse para la boda. Su boda.

Así que eso, estoy a punto de ser la dama de honor de la boda sorpresa de mi mejor amiga, que se casa a medianoche a cuatro bandas. Dios, me encanta Los Ángeles. Al más puro estilo *rock and roll*, su padre está ocupado preparando la casa para la fiesta. Su hermano Harrison se está encargando de la comida y su madre está abajo llamando a la gente para invitarla y pidiendo favores para que le traigan flores.

Mientras tanto, yo me encargo del vestido. Y pretendo tomarme mi trabajo en serio. No todos los días la chica que creías que nunca sentaría cabeza decide casarse con tres tíos al mismo tiempo. Tiene que ser un vestido épico.

Dejo la copa de champán encima de la cómoda.

—¡Rach!

Estoy a punto de entrar en el enorme vestidor y sacarla a rastras cuando ella misma sale por su propio pie y la mandíbula se me cae al suelo.

—Ay, madre mía —digo sin aire.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —pregunta, tiene los ojos oscuros abiertos mientras estudia mi expresión.

Se planta delante de mí con un vestido dorado brillante, tiene unos tirantes casi invisibles y le llega hasta el suelo. El corpiño se le hunde entre los pechos y se le pega como una segunda piel. Si yo fuera un dibujo animado, tendría unos corazones enormes en lugar de ojos.

—Esto es lo más parecido a un vestido de novia —explica, mientras se acaricia la prenda a la altura de las caderas—. Lo siento, pero no voy a ir de rosa y todos los negros me parecen demasiado austeros.

—Rachel, ¿es de un desfile de Versace? —digo.

Se da media vuelta para mirarse en el espejo.

—Mmm... no, creo que está hecho a medida, si te soy sincera. Mi madre lo llevó en unos Grammys en los 90. Me lo probé una o dos veces de pequeña.

De joyas solo se ha puesto un par de pendientes de perlas con forma de gota y el montón de pulseras de oro que suele llevar. Ah, y el piercing del septum de oro trenzado. Se ha recogido el pelo con mucho arte en un moño despeinado que muestra la delicada curva de su cuello. El maquillaje se le ha corrido un poco por debajo de los ojos.

Está perfecta.

—¿Y bien? —repite resoplando. Mueve los brazos mientras se da media vuelta y vuelve a mirar su reflejo por encima del hombro.

—Ay, cariño... —digo suspirando—. Estás preciosa. Se van a quedar muertos.

Me responde con una gran sonrisa antes de contener el aliento.

—Ay... ¡la chaqueta! —Entonces vuelve a desaparecer en el armario—. Ven y ayúdame —me llama a gritos—. Dime si te parece demasiado.

Cruzo el umbral y me adentro en un ropero enorme, donde veo a Rachel que está descolgando de la percha una chaqueta con abalorios de plata.

—¿Te parece que pegan o no? —quiere saber, mientras levanta la brillante chaqueta de plata—. Se me ha ocurrido que es como decir a los cuatro vientos que se pueden mezclar metales chulos —explica encogiéndose de hombros—. Y al menos la plata me da la sensación de que es algo más de novia, pero... tú la odias. Es demasiado.

Vuelve a mirarme fijamente, esperando a que le dé mi aprobación.

Me trago las lágrimas de felicidad.

—No, creo que es único. Es glamur roquero, muy tú. —Doy un paso adelante y le cojo la chaqueta—. Venga, cariño, déjame que te ayude...

Se da la vuelta con una sonrisa de agradecimiento y baja los brazos para que pueda ayudarla a ponerse esta chaqueta brillante tan sexi. Tiene unos flecos en las mangas que, con la luz adecuada, parecerá que está chorreando diamantes.

—Había pensado quitármela después de la ceremonia —añade.

Me aparto a un lado para mirarla en conjunto, desde su distintivo moño deshecho siguiendo la línea del vestido hasta los dedos de los pies descubiertos. Asiento con la cabeza y aprieto los labios.

—Falta algo.

—No voy a ponerme velo —resopla—. Está claro que eso sería demasiado.

—No, tienes algo viejo y algo prestado —digo, señalando el vestido y la chaqueta—. Las flores pueden ser tu algo nuevo. Tenemos que encontrarte algo azul.

Se ríe mientras toquetea la manga de la chaqueta.

—¿Qué cosa azul llevaste tú en tu boda?

Me flaquea la sonrisa cuando me acuerdo: el calor del sol en mis hombros durante la ceremonia al aire libre, demasiadas copas de champán en la recepción, bailando con los pies llenos de tiritas.

—Los zapatos —respondo en voz baja.

—Ay, es ideal. —Rachel se va corriendo—. Básicamente, mi madre tiene aquí su propia zapatería —grita—. Ven a ayudarme a encontrar un par.

La parte trasera del armario de diseño de Julia Price es una habitación solo para los zapatos, que están colocados con arte en unas estanterías hechas a medida e iluminadas que van desde el suelo hasta el techo. Veo brillar zapatos de todos los colores y estilos, desde Hermès planos a Louboutin con la suela roja. Solo el contenido de esta habitación vale más que lo que alguna gente gana en toda su vida.

—Vaya —digo, al ver la fila inferior de botas de cuero—. La señora Price se compra sus propios DSW para cada día de la semana.

—¿Verdad? —Se gira, sujeta dos zapatos azules muy diferentes: unos son unas sandalias de tacón y otros unos taconazos con punta—. ¿Cuáles?

—Las sandalias —digo enseguida—. Los taconazos te los vas a querer quitar antes de llegar al altar.

—Bien visto —dice, luego descarta los tacones y coge el compañero de la sandalia.

Respiro hondo y miro por encima del hombro. Me alegra saber que, al menos de momento, estamos solas.

—Oye, Rach...

Se detiene con una pierna levantada como un flamenco mientras se ata las tiras de las sandalias.

—¿Sí?

Doy un paso adelante y la agarro por los hombros con cuidado. Apoya el pie en el suelo.

—Tess, ¿qué...?

—Tú escúchame un segundo —la interrumpo—. No estaría cumpliendo con mi papel de mejor amiga si no te lo preguntara. Si no me miras a los ojos y me dices las palabras...

Gruñe.

—Tess...

—Rachel Diane Price —digo levantando la voz—. ¿Estás segura de que quieres casarte esta noche? Porque te juro por Dios que, si me lanzas una sola mirada que diga que preferirías echar a correr, te voy a cargar a cuestas, me voy a abrir paso a codazos por las escaleras y huiremos de aquí.

2

Tess

—Necesito oírte decirlo, Rach —le repito.

Mi amiga sonríe, de repente se le han llenado los ojos de lágrimas.

—Tess, te quiero muchísimo, joder.

—Yo también te quiero —respondo enseguida—. Y por eso te lo pregunto ahora. Tienes que tener una salida de emergencia si la necesitas. A ver, tampoco hace tanto tiempo que conoces a estos tíos, Rach. Y es un paso gigantesco. El matrimonio es... bueno, una maraña legal...

—Tess —vuelve a decir Rachel y levanta una mano para envolverme la mejilla. Me quedo rígida al notar su tacto—. No te me pongas en modo abogada ahora. Estoy bien —dice asintiendo levemente con la cabeza.

Cojo aire y lo suelto.

—¿De verdad?

—Muy muy bien —responde ella—. Tess, ellos son los amores de mi vida.

—¿Los amores de tu vida? —repito.

—Sí, los amores de mi vida —insiste—. Tess, desde siempre he esperado que mi vida tuviera sentido. Siempre he estado buscando una razón. Mi razón. Creía que era viajar. Luego que quizá lo era la medicina. Y sí, me encanta la medicina —añade—. Me encanta curar lo que hay roto en otras personas. Cada vez que lo hago, creo que también se arregla algo en mí.

Sonrío. Sin duda, a mí me ha ayudado a curarme. Me encontró en el peor momento de mi vida y me dio un hogar y una amistad que no cambiaría por nada del mundo.

—Y entonces Jake me encontró en Seattle —dice con una sonrisa—. Y, cuando lo hizo, también me encontré a mí misma. En estos momentos, soy

quien se supone que tengo que ser. Con ellos, soy yo misma. Jake, Caleb e Ilmari son mi razón de ser. Así que hoy no voy a caminar hacia el altar. Voy a correr. Voy a correr hacia ellos, Tess. Me voy a casa.

Esa palabra, casa, remueve algo en mi interior. Yo nunca he tenido un lugar que sintiera como mi casa. Me da envidia que ella haya encontrado el suyo por fin, aunque me alegro tanto por mi amiga que podría entrar en combustión espontánea.

—Joder —suelto una carcajada—. Eso tendríamos que haberlo escrito. —Miro a mi alrededor distraída.

—¿Qué estamos buscando?

—Tu teléfono. Tienes que escribir los votos. Tienes que decirlo tal cual, harás que todo el mundo se eche a llorar.

Agarro su móvil y lo desbloqueo, entonces alguien entra en el dormitorio.

—Au, no me empujes —masculla Harrison.

—Vale, pues camina —resopla Jake—. Pero no me dejes ver a Rachel.

—Jake, eres un dramas —dice la hermana melliza del aludido, que va detrás de ellos.

Ambos chicos están espectaculares con sus respectivos trajes, parece que se los han hecho a medida. Y Amy está guapísima con el vestido negro corto que lleva. Tiene los mismos tonos que su hermano, el pelo oscuro y esos ojos avellana tan bonitos. Pero la línea de la mandíbula es más femenina y hace que los rasgos del rostro parezcan más delicados. Y, por supuesto, él le saca una cabeza.

Harrison grita:

—¡Rach, vamos a entrar!

Bloqueo la puerta con mi cuerpo.

—Ni hablar. No vas a verla antes de la boda.

Jake está entre Harrison y Amy, tapándose los ojos con las manos.

—No voy a verla, Tess. Solo necesito hablar con ella. ¡Nena, tengo que hablar contigo! ¡Estoy un poco acojonado!

Me sale la vena protectora.

—Jake Compton, ¿te lo estás replanteando?

—¿Qué? —chilla—. No, joder. Quítate de en medio, que me voy a casar con ella aquí y ahora. Ya quería hacerlo la noche en que nos conocimos. ¡Rach, dile que no me voy a echar atrás!

Dentro del armario, la novia se ríe.

—¿Qué pasa, ángel?

—Mierda, ¿no puedo bajar las manos? —pregunta.

—Ojalá lo hicieras —masculla Harrison.

—Estás ridículo —se ríe Amy.

Jake aparta las manos y me mira parpadeando. Entonces se le dibuja en la cara una sonrisa de oreja a oreja.

—Hala, Tess, estás de infarto. Está claro que el verde es tu color.

Sonrío y me regodeo en su piropo. Pero ya sé que es un color que me queda genial. Y el corte del vestido sí que me sienta de maravilla. Tiene unas mangas muy bonitas que dejan los hombros al descubierto y un busto ceñido que levanta a las chicas. La falda de seda llega hasta el suelo y ondea alrededor de los tobillos.

—Buen intento, guaperas, pero no te voy a dejar pasar —digo cruzándome de brazos.

—No quiero pasarte por encima —responde—. Y te juro que tampoco quiero verla antes de que sea la hora. Es solo que... Seattle, ¡necesito contarte algo!

Miro por encima del hombro y veo a Rachel ahí de pie con carita de enamorada. Dios, no tienen remedio.

—¿Qué necesitas, Jake?

—Acabo de hablar con Caleb y, al parecer, le ha pedido a Mars que sea su padrino cuando Cay y yo nos casemos —explica.

—Bueno... creo que es un gesto muy bonito —responde Rachel—. En realidad, Cay solo tiene confianza contigo.

—Sí, pero entonces Mars le ha pedido a Cay que sea su padrino cuando él se case contigo —sigue Jake.

—Bien, ¿y cuál es el problema, ángel?

El aludido gruñe.

—Está bien, bueno, he traído a nuestros mellizos porque de verdad que creo que necesitamos zanjar esto de una vez por todas —dice, con una mano en el hombro de Harrison y otra en el de Amy—. Seattle, sé que quieres que yo sea tu padrino, pero...

—¿Qué? —Harrison chilla y le da en la mano para que la aparte—. Ni hablar, gilipollas. Rachel es mi melliza. Te rajaré la garganta si intentas arrebatármela. Yo soy el padrino.

—¿Ves? Este es el problema —dice Jake—. ¡Tu hermano amenaza con asesinarme si yo soy el padrino!

Dentro del armario, Rachel se está descojonando.

—Jake, sabes que te quiero, pero Harrison es mi padrino.

—Chúpate esa —dice Harrison—. Hace tres horas que eres un Price, yo lo soy desde hace casi treinta años. Si quieres algo que hacer, lleva los anillos.

Jake levanta la mano a modo de rendición.

—Eh, tío, a mí me parece bien. Estoy completamente de acuerdo. Tú deberías ser el padrino. Eso es lo que quería decir. Ya sujeto yo los anillos. Y las flores...

—Yo le sujeto las flores —intervengo con las manos en las caderas—. Eso lo hace la mejor amiga.

—Cierto, Tess se encarga de las flores —se corrige Jake—. ¿Por qué no...? Y si yo me quedo al lado de Mars, ¿eh? Me limitaré a quedarme junto a Caleb y Mars —dice para que Rachel le dé su beneplácito.

La novia sonríe.

—Me parece genial, nene. ¿Eso era lo único que te preocupaba?

Vuelve a gruñir y mira a Amy.

—Bueno... sigue estando el problemilla de quién va a ser mi padrino cuando yo me case con Cay. Y, nena, me encantaría que...

—Oye, ni lo intentes, caraculo —resopla Amy—. He venido desde Japón para esto. Yo soy tu madrina.

—Y eso es lo que quiero —añade Jake enseguida—. Am, somos tú y yo. Comptons toda la puta vida. Quiero que seas tú, es solo que... —Suspira y me mira por encima del hombro.

Ahí es cuando se me escapa una sonrisa.

—No quieres herir los sentimientos de Rachel ni hacerla sentir como que se queda fuera, ¿verdad?

—Exactamente —responde. En la cara se le nota el alivio de que por fin alguien lo haya entendido.

Dios, este hombre es una joya. Es como un golden retriever hecho hombre que ha empezado a llevar trajes de Armani. Y yo aquí comiéndole la cabeza a Rachel sobre que necesita una salida de emergencia. ¿Para qué? Da igual a dónde me la lleve, este hombre nos seguiría. Jake Compton Price

es su destino. No tengo nada de lo que preocuparme al poner la felicidad de mi amiga en sus manos.

—Voy a salir —anuncia Rachel.

—¡No! —gritan cuatro voces a la vez.

Jake vuelve a taparse los ojos con las manos cuando la novia pasa por mi lado. Sale por la puerta y la cola del vestido susurra contra la alfombra.

—Vaya —resopla Harrison. Abre los ojos oscuros como platos cuando ve a su melliza por primera vez con ese vestido tan de estrella del rock—. Hermanita, estás..., hostia puta.

—Así de bien, ¿eh? —dice ella riéndose.

Entonces, él da un paso hacia delante y la envuelve en un abrazo.

—Dios, esto es una puta tortura —gruñe Jake.

—Sí que estás increíble —dice Amy con lágrimas en los ojos.

—Gracias —responde Rachel mientras se deshace del abrazo de su hermano—. Vale, empieza oficialmente la sesión de la Cumbre de Mellizos —declara. Luego se vuelve hacia su cuñada—. Amy, ni se me pasaría por la cabeza ocupar un espacio que solo tú puedes ocupar. Esta noche, tú eres la madrina de Jake. No hay más que hablar. —Amy asiente con la cabeza y la novia añade—: Y, H, tú eres mi padrino.

—Por supuesto que sí —responde el aludido.

Rachel le pone una mano a Jake en el hombro.

—Ángel, mírame.

—No —responde él—. No quiero que nos gafemos.

—Yo no creo en supersticiones —dice con suavidad—. Además, creo que las normas de la Cumbre de Mellizos tienen más peso que las supersticiones de boda. Quiero que me mires.

Poco a poco, él se gira y se aparta las manos. En cuanto la ve, juro que me da un vuelco el corazón. El modo en que la mira es la encarnación del amor puro. Su expresión de ansiedad y preocupación se transforma en una de felicidad descontrolada.

—Ay, madre mía —dice, se ha quedado sin respiración al ver lo guapa que está la novia—. Nena, estás increíble, joder.

—Tú también —responde ella conteniendo las lágrimas.

—Joder, quiero casarme contigo ahora mismo. —Le envuelve la cara con las dos manos.

—Te quiero muchísimo —murmura ella.

—Y yo a ti —responde él—. Dios, el corazón me va a mil por hora —añade con una risilla nerviosa, le coge una mano y se la lleva al pecho. Rachel extiende los dedos encima del corazón mientras nota cómo late por ella.

Dentro de mi pecho, el sordo golpeteo de mi corazón hastiado resuena en su soledad. Apaleado y roto, late en modo supervivencia. Al ritmo de una única palabra. Es la dura realidad. Una sentencia de por vida.

«Sola. Sola. Sola».

Ignoro su candencia y me centro en mis amigos.

Este es su momento.

—H, cuando te casaste con Somchai, creía que eso nos cambiaría —admite Rachel mirando a su hermano—. Y así fue, pero ahora me doy cuenta de que así es como tiene que ser. Somchai es ahora tu persona. Es tu número uno, no yo.

Harrison se limita a asentir con la cabeza.

Entonces la novia se vuelve hacia su otro lado.

—Amy, de verdad que espero que esto te parezca bien, porque quiero a tu hermano con locura. Y te juro que voy a ser tan buena con él que...

—Lo sé —la tranquiliza la aludida—. Nunca lo he visto tan feliz. Tú y Cay y Mars, os lo merecéis. Y él se merece toda la felicidad que podáis darle —añade, le brillan los ojos cuando le sonríe a su hermano—. Jake, solo quiero que seas feliz. Es lo que siempre he querido.

—Entonces, ¿te parece bien? —pregunta Jake, que sigue aferrando la mano de su novia con firmeza.

Amy vuelve a asentir.

—Sí, me parece bien. Desafío a todo el mundo a que os mire a los cuatro y no piense que estáis hechos los unos para los otros —responde—. Tienes lo que siempre has querido... y un par de cosas que ni siquiera sabías que querías —añade y todos nos reímos.

—Dios, sí que tienes razón —responde su hermano.

—Entonces, ¿todo solucionado? —pregunta Rachel, pasando la mirada del uno al otro—. ¿Los mellizos estamos bien?

—Estoy bien —responde Amy, todavía sonriendo.

—Sí, yo estoy bien —confirma también Harrison.

—Jake, ¿y tú? —añade Rachel cuando posa la mirada sobre él.

Este asiente, sigue más calmado ahora que está entre sus brazos.

—¿Y tú, Tess? —vuelve a preguntar mi amiga centrándose en mí—. ¿Apruebas este caos? ¿Una boda a cuatro bandas en Los Ángeles?

Suelto una carcajada y sonrío.

—Tenía la sensación de que al final acabaríamos aquí. Eres muy poco ortodoxa, para bien y para mal.

—Pues ya está —responde Rachel y coge las manos de Jake entre las suyas—. Jake Price, quiero casarme contigo. Esta noche. Pero primero, quiero verte casarte con Caleb.

3

Ryan

—Lo que yo digo es que, ¿no te parece que es un tanto raro? —Davidson pasa por delante de mí mientras nos sentamos.

¿Es raro? Por supuesto que sí. Es la última noche que pasamos en Los Ángeles, acabamos de marcarnos otra victoria contra los Kings y, en lugar de estar sobando en la habitación de hotel, llevo un traje y estoy en el salón de la mansión que tiene la leyenda del rock Hal Price en Beverly Hills, removiendo los cubitos de un Old Fashioned con la mano.

Yo diría que es bastante raro.

Ah, y la única razón por la que estoy en el salón de Hal Price es porque estoy a punto de ver a su hija, que resulta que es la médica del equipo, casarse con dos de mis compañeros y con el jefe de equipo.

Lo voy a repetir otra vez, es raro que te cagas.

Todos sospechábamos que Compton y ella tenían algo, pero solo eran rumores. Y la semana pasada la verdad nos explotó en la cara. Bum. Compton y Sanford han salido del armario. Joder, ya era hora. Eso no me ha sorprendido. Ha sido una noticia tan aburrida como predecible.

A ver, tampoco quiero que se malinterprete, me alegro muchísimo por ellos. *Love is love.* Dame una bandera y báñame en purpurina. Me apunto a bailar en el desfile del orgullo.Además, Sanny y Compton están prácticamente casados. Que ahora vayan a estarlo de verdad no ha sorprendido a nadie. Ya les había comprado nueve rondas en el campo de golf Él y Él como regalo de bodas.

Pero entonces, *bum* otra vez. Cuando ya habíamos asimilado que estaban juntos, le dieron otra vuelta de tuerca al asunto. Están enamorados el uno del otro... y de la doctora Price... y llevan viviendo juntos sin que nadie lo sepa desde que empezó la temporada.

Lo que me mata es que, en cierto modo, yo ya lo sabía. Cuando me topé con Tess en la playa, me dijo que Compton las había invitado a ella y a la doctora a quedarse el fin de semana en su casa para disfrutar del mar. Sí, es una mentirosilla. Tess lo sabía. La doctora ya estaba viviendo allí.

Pero esta sorpresa no ha sido nada comparada con la revelación final: Kinnunen también está con ellos.

No voy a mentir, Kinnunen me intimida un huevo. El tío casi nunca habla, a no ser que se ponga a ladrar órdenes en el hielo. Creo que ni siquiera hemos intercambiado una frase completa desde que entré en el equipo. Así que verlo plantado en medio de un vestuario abarrotado declarando que está comprometido con la médica del equipo... la cual nos acabábamos de enterar que estaba viviendo con Compton y Sanny... Sí, nos explotó la cabeza.

Ah, y luego nos contaron que todos se cambiaban el apellido a Price.

¿Cuántas veces puede explotarle a alguien la cabeza, metafóricamente hablando?

Han sido bastante herméticos con los detalles, pero me da la sensación de que Kinnunen solo está con ella. Porque eso puede pasar, ¿no? Se casa con ella... y los otros también... y luego entre ellos, pero ¿él no se casa con ellos? Creo que eso es lo que hemos venido a ver esta noche. Una vez más, los detalles son un tanto borrosos.

Le doy un trago a mi Old Fashioned y me dejo caer en la silla junto a Davidson. La sala bulle de energía, los jugadores de hockey se codean con las estrellas de Hollywood. Los famosillos no suelen deslumbrarme, pero te juro por Dios que me voy a desmayar como Al Pacino se presente en la boda.

Novy se cuela en nuestra fila y se sienta en la silla que tengo al lado, tiene una sonrisilla dibujada.

—Tíos, acabo de tocar un Grammy.

—¿Qué?

—El Grammy de Hal —explica, señalando con la cabeza—. Está en la estantería de allí, detrás del piano. Lo he tocado.

—Dime que no —resoplo.

A mi lado, Davidson gira el cuello para mirar en el rincón.

—Que sí —insiste Novy.

—Lo ha hecho —añade Morrow, que se sienta en la silla vacía que tiene al lado—. Me ha obligado a hacerle una foto.

Novy sonríe y me pone la pantalla del móvil delante de las narices.

Jadeo. El muy gilipollas no solo ha tocado el Grammy de Hal Price, sino que lo ha cogido de la estantería. En la imagen, lo está sujetando y sale sonriendo como un imbécil.

—Nov, no puedes coger de las repisas los premios de la gente —siseo.

—¿Por qué no? —Se encoje de hombros y se vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo del traje—. Coley también lo ha cogido.

—Gilipollas —gruñe Morrow mientras le da un codazo—. Te pedí que no lo contaras.

Vuelvo a resoplar.

—Sois unos idiotas.

Se ponen a discutir en voz baja sobre de quién fue la idea de cogerlo.

—Chicos, esto es raro, ¿verdad? —les pregunta Davidson entre susurros por encima de mí—. ¿Nadie más va a decirlo? ¿Soy el único que lo piensa?

Novy y Morrow se quedan rígidos y me giro muy despacio para mirar al que acaba de hablar. Los dos son defensas, así que me sacan unos cuantos centímetros y unos quince kilos de músculo. Novy tiene una cicatriz rosada en la mejilla con forma de zigzag. Todavía se le está curando de cuando le pasaron con el patín por la cara y tuvieron que darle ciento treinta puntos. El tío ya ha perfeccionado el arte de fruncir el ceño. Es ruso, así que nacen ya así, ¿no? Viene como de fábrica. Pero, cuando frunce el ceño, parece que te va a asesinar a ti y a tu perro y a arrancar todas las plantas de tu casa solo por ser un capullo.

—¿Tienes algún problema con todo esto, Dave-O? —dice, un músculo le tiembla en la barbilla.

Me quedo tieso, me siento atrapado entre ellos.

—Eso, si estar aquí te supone un problema, ahí tienes la puerta —lo respalda Morrow, con un tono igual de severo.

Me resulta raro verlo así, porque fuera del hielo es un tío supermajo. Las *puck bunny* están loquitas por él. Por lo general, tiene una sonrisa encantadora, pero ahora mira fijamente a Davidson mientras espera a que este abra la boca.

—No, me parece guay —dice este al fin y vuelve a hundirse en su silla —. Es estupendo.

—Vaya que sí —responde Morrow.

—¿Por qué no te quedas toda la noche con el pico cerrado, Dave-O? —dice Novy, pasando de él.

El aludido se cabrea, pero sigue callado. Solo es el portero de reserva y, hasta la fecha, ha tenido una temporada de mierda. No puede responderle a un defensa y lo sabe. No a menos que quiera que Novy haga que su vida sea un infierno cuando se ponga en la red.

En sus mejores días, Novy es un gilipollas, pero el modo en que defiende a nuestros compañeros te toca la fibra, por extraño que parezca. ¿Quién habría pensado que sería un buen aliado?

—Madre mía —jadea Morrow. Agarra a Novy por el hombro y los dos se giran. Se convierten en un par de ardillas chillonas que se susurran cosas el uno al otro mientras se dan de codazos.

—Langers, mira —sisea Novy mientras me da en el hombro.

Giro la cabeza y sigo la mirada hasta la esquina de la habitación en la que Hal Price está riéndose y poniéndole la mano en el hombro al mismísimo Al Pacino.

4

Ryan

—Creo que Langers está a punto de mearse encima —se burla Morrow.

—Cállate.

Aparto la mirada de Hal Price, que está riéndose con Al Pacino.

Nuestro capitán, Sully, se deja caer en la fila de asientos que hay detrás de nosotros. Sonríe de oreja a oreja, como si fuera un crío en Disneyland.

—Tíos, ha venido Slash.

Todos nos giramos hacia el punto que nos señala al otro lado de la estancia, donde sin duda Slash está de pie al lado de Alice Cooper.

«Sí, esto está genial».

—Y pensar que iba a saltarme esto para quedarme en el jacuzzi... —interviene Sully, que sacude la cabeza como si no se lo creyera.

—Damas y caballeros, por favor, ocupen sus asientos —dice una voz profunda desde el principio de la estancia—. Creo que estamos preparados para que empiece la fiesta.

Todo el mundo se gira. Supongo que el que ha hablado es el hermano de la doctora. Dicen que también es melliza, como Compton. La hermana de este también ha venido. La conocí cuando estábamos calentando antes del partido. No me extraña que no nos hable de ella. Es un pibón. Al parecer, es científica espacial o algo así de guay.

—Ha venido Johnny Deep —chilla Poppy, que se deja caer en el último asiento libre que queda al lado de Morrow—. Ay, por todos los dioses, me voy a desmayar. —Se lleva al pecho una mano con una manicura perfecta.

—Pop, ¿has visto a Slash? —le pregunta Sully inclinándose por encima de los asientos.

—No —jadea ella, y gira la cabeza.

—Y Al Pacino —añade Morrow.

—Ay, madre mía —gimotea agarrándolo del brazo con fuerza—. Esto es muy emocionante. No me puedo creer que hayan pedido que no hagamos fotografías. Me muero de ganas por sacar algunas.

Por supuesto que nuestra directora de relaciones públicas quiere imágenes de los Rays codeándose con la realeza de Hollywood y el mundo del rock. Pero los seguratas de la puerta han sido muy claros: nada de fotos ni vídeos.

—¿Sabes? Nosotros también somos famosos —masculla Novy con los brazos cruzados—. El hockey tan solo es una industria que genera varios billones de dólares al año...

—Shhh —lo calla ella, con los ojos bien abiertos mientras mira a su alrededor.

Yo me río y pongo el móvil en silencio. La doctora y los chicos nunca van a superar esta noche. Es la boda más guay del mundo y ni siquiera ha empezado.

Los invitados solo tardan unos minutos en sentarse. La mitad de la estancia la ocupan los Rays. Creo que nadie ha decidido quedarse en el hotel. Han venido hasta los entrenadores. El entrenador jefe Johnson está sentado al fondo, a tres asientos de Slash.

De repente, algunos chicos empiezan a chillar y a vitorear. Me giro con los ojos bien abiertos y veo a Kinnunen avanzar por el pasillo que han dejado entre las sillas. Puede que sea uno de los que mejor se visten de todo el equipo. Esta noche, lleva un traje de color verde musgo y sin corbata. Si yo llevara ese tono, parecería un idiota. A él le queda genial sin hacer ningún esfuerzo.

—¡Vamos, Oso!

—¡Aquí está!

—¡A por ello, Mars!

Cuando pasa por nuestra fila, Morrow se inclina por encima de Poppy y le da unas palmaditas en el brazo. Compton y Sanny vienen justo detrás de él, con unas sonrisas enormes en la cara. Me llama la atención el primero, sonríe como si estuviera enamoradísimo.

—¡Di que sí, Sanny! —grita Novy—. ¡Si no te casas tú con él, me caso yo!

Todos los chicos se ríen cuando Sanford le lanza una mirada asesina. Puede que no tenga una cicatriz como la de Novikov, pero aun así intimida

un huevo. Los chicos avanzan hacia la parte delantera de la estancia y Kinnunen da un paso atrás para que los otros dos se coloquen en medio.

—¿Se supone que nos tenemos que dar la mano? —pregunta Compton.

—Cierra el pico —lo manda a callar Sanford y nosotros nos reímos.

—Vamos, gilipollas. Dámela o algo —responde el otro mientras extiende la mano hacia nuestro jefe de equipo.

—Si no se la das tú, lo haré yo —grita Novy, lo que provoca más risas.

Con un suspiro, Sanford la acepta, lo que hace que Compton sonría aún más. Mierda, no puedo evitarlo. Yo también estoy sonriendo.

Por los altavoces de sonido envolvente de la sala, empieza a oírse una melodía suave. Entonces se escucha el aullido de un lobo y, cuando nos giramos, vemos a la hermana de Compton avanzando por el pasillo. La versión de Compton en tía buena sonríe de oreja a oreja. Si soy sincero, me parece flipante.

Como si pensáramos lo mismo, Novy se me apoya en el hombro.

—¿Estoy loco o Compton de tía está buenísimo?

Quiero reírme o darle un codazo, pero no puedo. No puedo hacer nada. Ni siquiera puedo respirar, joder. Justo detrás de la melliza de Compton, viene la mujer que ha estado atormentando mis sueños sin ayuda de nadie más.

Tess.

Joder, es preciosa. La hermana de Compton lleva un vestido de seda negro, pero Tess va de verde esmeralda. Hace que destaque el tono rojizo de su pelo y el color blanco de su piel. Siento una presión en el pecho. Me sudan las manos. Tiene una sonrisa enorme mientras avanza por el pasillo. Me ve al pasar y me guiña un ojo.

Bueno, pues me muero.

La hermana de Compton se coloca justo detrás de este, pero Tess se sienta en primera fila, al lado del mellizo de la doctora. Alguien más se ha unido a los chicos en el altar improvisado. Me enderezo cuando consigo ponerle nombre a esa cara. Hostia puta, es John Jay Walsher, el batería original de los Ferrymen. ¿John Jay va a oficiar la ceremonia? Esta boda mola un huevo.

—Por favor, vamos a ponernos en pie para recibir a la novia —pide.

Todos lo hacemos mientras cambia la música. En una sala llena de Rays, el espacio es reducido. A mi espalda hay una fila entera de defensas, así que

no veo una mierda. Por eso me giro y miro hacia el altar. Las vistas no me decepcionan. Se me encoge el corazón al ver la cara que tienen Compton, Sanford y Kinnunen. Hostia puta, están enamorados. Los tres. Lo llevan escrito en la cara. Compton está llorando. Igual que su melliza. Incluso el estoico Kinnunen parece que tiene los ojos llenos de lágrimas.

Sonrío. De repente, esto no me parece tan raro. Todos parecen felices. Los tres quieren a la doctora y parece que están dispuestos a compartirla. La verdad es que, en cierto modo, es bonito. La vida es demasiado corta como para conformarte con algo que no deseas.

Con esa idea en mente, me giro y miro entre las dos filas que me separan de Tess. Ella también está mirando a los chicos. Me pregunto si ve lo mismo que yo. ¿Se alegra por su mejor amiga?

Estoy distraído con la dama de honor, pero me siento cuando lo hacen los dos tíos que tengo al lado. Ahora por fin puedo ver a la doctora Price. Está que quita el sentido, lleva un vestido dorado brillante y una chaqueta plateada. Con una sonrisa enorme, se posiciona al lado de su hermano.

—Estamos aquí reunidos para presenciar la unión de estas cuatro personas —dice Johnny Jay—. Según las leyes del estado de California, técnicamente esto es una boda doble, pero los novios y la novia quieren dejar claro que están aquí, ante sus familias y amigos, unidos como un equipo, una familia.

—El Cuarteto Fantástico —dice Compton con una sonrisa.

—No nos llames así —le masculla Sanford a John Jay.

Entre los asistentes, unos cuantos nos reímos.

—Tortolitos, sois los primeros —dice John Jay, mirándolos—. ¿Venís por voluntad propia a uniros en matrimonio?

—Sí —responde Sanford, sin apartar los ojos de Compton.

—Sí, yo también —dice este.

—¿Habéis preparado los votos?

Compton abre los ojos como platos.

—Mierda... no. Lo hemos decidido hace tres horas, literalmente. —Se vuelve hacia Sanny—. Nene, no he escrito los votos...

—No pasa nada —dice Sanford.

—Pero...

Levanta la otra mano y se la pone a Compton en el hombro, luego le da un suave apretón.

—Empiezo yo, ¿vale?

Poco a poco, Compton se relaja y asiente con la cabeza.

Sanford le aparta la mano del hombro. Desde donde estoy sentado, tengo el ángulo perfecto para verle la cara. Sanford es un tío serio. Incluso cuando hace bromas suele ser bastante seco. Pero nunca lo he visto tan serio como ahora mismo, no aparta los ojos de nuestro defensa favorito.

—Jake, te quiero —confiesa, lo suficientemente alto para que toda la sala lo escuche—. Te he querido durante diez putos años. Te he querido en secreto —admite—. Te he querido como un cobarde. No me merecía que tú me quisieras a cambio... no hasta que no dejé de interponerme en mi propio camino. Pero me hacía falta algo de ayuda. Necesitaba un empujoncito. —Desvía la mirada hacia donde está la doctora, sonriendo—. Hace cuatro meses, alguien me dio ese impulso. Un huracán con dos piernas irrumpió en nuestras vidas y nos derrumbó a los dos. Ella fue el empujón que necesitaba para amarte a gritos. Para amarte como siempre debería haberlo hecho. Así que estos son mis votos: el cobarde que te quería en secreto se ha desvanecido. Rachel nos ha convertido a los dos en algo más fuerte. Y aquí estamos, Jake. Aquí estoy, joder, y lo digo en voz alta.

Compton asiente, tiene lágrimas en los ojos. Sanford continúa:

—Siempre has sido mi amigo. Luego te convertiste en mi amante. Esta noche, serás mi marido. Eres mío, Jake Price. Eres mío y nunca te dejaré marchar.

Maldita sea, ¿estoy a punto de llorar delante de Slash y Al Pacino? A mi lado, Novy se mete la mano en el bolsillo y saca un pañuelo. Se inclina por encima de Morrow y se lo tiende a Poppy, que está sollozando en silencio.

Vuelvo a centrarme en los novios, Compton se acerca un paso sin apartar la mirada de su futuro esposo.

—Bueno, pues... Eeeh... Jugar al hockey siempre ha consistido en ponerme a mí mismo en primer lugar..., mi entrenamiento, mi dieta, mis viajes y mis partidos. El resto de mi vida aprendió a orbitar a mi alrededor. Y, si mi vida era demasiado para los demás, simplemente se alejaban de mi órbita todo lo rápido que podían.

Es como si estuviera contando la vida de la mitad de los hombres que hay en este salón, incluido yo mismo. Compton continúa:

—Con el tiempo, me di cuenta de que yo mismo era un sol sin planetas, el centro de mi propio universo. Tenía todo lo que siempre había querido,

pero estaba solo, éramos únicamente mi carrera y yo. Tú fuiste el único que se quedó, Cay. Aguantaste. Me dejaste ser egoísta y que me centrara solo en mí mismo. Me permitiste poner mi carrera en primer lugar y nunca te lo cuestionaste, nunca hiciste que yo me lo cuestionara —añade, la voz le tiembla un poco—. Te reuniste conmigo en el centro. Tú no orbitas a mi alrededor como hicieron todos los demás. Te quedaste a mi lado con tenacidad, inamovible. Nene, eres amor en moción suspendida. La calma en la tormenta de nuestras vidas. Tú eres donde todo se detiene. Donde yo me detengo. Tú eres..., lo eres todo —termina encogiéndose de hombros.

Cuando acaba de pronunciar sus votos, el silencio de la habitación habla por sí solo.

Creo que todo el mundo está conteniendo el aliento al mismo tiempo.

—Bueno..., mierda —murmura Davidson—. Eso no ha sonado raro para nada.

No, la verdad es que no. De hecho, a mí me ha parecido perfecto. Lo que yo he oído es que Compton y Sanford comparten ese tipo de amor que todos estamos buscando... y que pocos logramos encontrar.

5

Tess

—¿No se supone que primero hay que cortarla?

Suspiro y me aparto de la tarta de boda de tres pisos.

—Solo la estaba mirando —digo enseguida mientras me doy la vuelta.

Cuando me giro, me encuentro cara a cara con Ryan Langley. Tiene los rizos rubios peinados hacia atrás, metidos detrás de las orejas, y esos ojos verdes tan bonitos dejan entrever la carcajada que está conteniendo.

—Eh, Tess —saluda, esa sonrisa de chico perfecto me calienta por dentro. Está para mojar pan con ese traje azul marino. Hace un buen rato que se ha quitado la corbata. Veo que el extremo le sobresale por el bolsillo.

Ignoro el estúpido aleteo de mi corazón. Sabía que estaba aquí. Por supuesto que lo sabía. He sentido que me miraba en cuanto he empezado a caminar hacia el altar. Y no ha apartado los ojos de mí en ningún momento.

Y lo he disfrutado... porque soy una amiga horrible que quiere cosas que no puede tener... como jugadores de hockey con cara de cachorritos, abdominales para dar y tomar y una sonrisa de mil megavatios.

En serio, que alguien le consiga a este chico un anuncio de pasta de dientes.

—Hola, Ryan —lo saludo, apoyando la cadera en la mesa. Voy a hacer como que estoy tranquila y soy dueña de mí misma—. Te he visto hace un rato.

—Y yo a ti —responde antes de darle un sorbo a lo que creo que es un Old Fashioned.

La última vez que me vio, sin duda llevaba mucha menos ropa. Ninguna, de hecho. No puedo evitar sentir que este vestido es como una armadura..., o más bien como un escudo que me protege de hacer algo estúpido, como

volver a besarlo. Por el modo en que me mira, me da la sensación de que es algo que necesito hacer.

Dejo el vaso de agua que tengo en la mano.

—Me preguntaba cuándo vendrías a hablar conmigo.

—Ahora mismo —contesta. Mira la tarta y luego a mí—. ¿Intentabas robar un bocado?

Me encojo de hombros.

—La verdad es que a Rachel no le gusta la tarta. Y estoy segura de que vosotros estáis todos con esas dietas tan locas. Y todos sabemos que los de Hollywood no comen tarta —añado—. Seguro que mañana esto acaba en la basura.

—Yo nunca le digo que no a una tarta —responde—. Correré ocho kilómetros más por la mañana.

—¿Ocho kilómetros por un trozo de pastel? No me parece un trato muy justo.

—Hay otras formas de quemar calorías —me dice y ese brillo que tiene en los ojos me llega hasta las partes femeninas.

Contengo un jadeo.

—Ryan Langley, ¿intentas proponerme sexo?

—Sácate la cabeza del culo, Owens —responde. Deja el cóctel y me tiende la mano—. Me refería a bailar.

Bajo la mirada a la mano, mi estúpido corazón vuelve a aletear.

—¿Primero no tenemos que comer tarta? Si no, ¿qué calorías vamos a quemar bailando?

Baja la mano al darse cuenta de su error.

—Ah... cierto.

Entonces mira por encima del hombro para ver si hay alguien cerca. Con un movimiento rápido, agarra el cuchillo de cortar la tarta.

Ahora sí que jadeo de verdad.

—Ryan Langley, ni te atrevas. —Lo agarro por la muñeca mientras se ríe y yo intento quitarle el cuchillo a la fuerza—. No puedes cortar el pastel...

—Acabas de decir que nadie se lo va a comer —se burla mientras se aparta de mí con cuidado—. Has dicho que se iba a quedar aquí toda la noche y que acabaría en la basura. Lo estamos salvando, Tess. Una tarta de bodas merece que alguien se la coma. Estamos ayudándola a cumplir con su destino bodil.

—No puedes cortarla sin más —chillo—. Solo los tíos locos y borrachos y las exnovias psicópatas cortan la tarta antes que los novios.

Se queda quieto y me mira.

—¿A qué clase de bodas vas?

—Baja el cuchillo, Ryan.

Con una sonrisilla, hace lo que le digo y yo le suelto la mano. Con todo el forcejeo, ni siquiera me había fijado en que me había pegado a él. Puedo percibir su colonia fresca y deportiva. Joder, qué bien huele. Contengo un gemido mientras me alejo.

—Nadie va a echar de menos un poco de glaseado —intenta convencerme—. Y luego bailamos para quemar las calorías. Es el crimen perfecto.

—Ryan...

—Ay, mira eso —dice y pasa el dedo por debajo de una flor que hay en la base de la tarta—. Se me ha ido el dedo. Qué patoso soy. —Extiende el dedo lleno de glaseado—. ¿Me vas a dejar aquí plantado con el arma ensangrentada? Vamos, Thelma, esto ha sido idea tuya.

Me cruzo de brazos.

—¿Thelma? Entonces, ¿tú eres Louise?

Se limita a encogerse de hombros, aunque sigue sonriendo.

—Yo creo que en el mejor de los casos eres J. D. —lo provoco.

—Au. ¿Sabes qué? Solo por eso... —Rápido como el rayo, mueve la mano y me restriega el glaseado por los labios. Vuelvo a jadear y levanto una mano para taparme la boca.

—Ryan...

—Ahora te lo tienes que comer. Rápido, antes de que venga la doctora y te acuse de estropearle su boda perfecta.

Todavía con la mano cubriéndome la boca, me lamo los labios para disfrutar del sabor dulce y azucarado del glaseado.

—Eres idiota —digo, apartando la mano.

—Te queda un poquito aquí —responde con una sonrisa burlona y levantando el dedo.

Dispuesta a ganarle en su propio juego, me inclino hacia delante y me lo meto en la boca para limpiárselo. Ahora es él quien jadea sorprendido y se estremece. Succiono el glaseado que le queda en el dedo con un gemidito sexi y le doy un lametón antes de soltarlo.

—Hostia puta —dice casi sin aliento.

Dibujo una sonrisa de satisfacción. Casi es demasiado fácil. Vamos a ignorar que esto también está funcionando conmigo.

—Tu turno —digo, mientras meto el dedo en la tarta y saco otra rosa de glaseado. Tiene razón, nadie se va a dar cuenta de que han desaparecido. Levanto el dedo entre los dos, tengo ganas de ver qué hace.

Para mi sorpresa, agacha la cabeza y se mete la punta del dedo en la boca para saborear el glaseado. Tiene una boca cálida y su lengua me provoca. Contengo la respiración, todos mis sentidos entran en ebullición cuando me da un mordisquito. Es una sensación que me recorre todo el brazo, el pecho y va directa al clítoris.

Ay, joder.

Se aparta y me lanza una mirada que me derrite.

Quiero besarlo otra vez. Quiero sentir esos labios tan suaves. Quiero saborear el glaseado de su lengua. Me acerco unos centímetros y levanto la barbilla.

—Creía que habías dicho que querías bailar —digo, y abro los labios, como invitándolo a que se acerque a ellos—. Creo que estaría bien bailar una canción.

El ambiente está cargado de tensión cuando se me acerca un poco y me roza la cadera con la mano. Esos ojos verdes tan bonitos están anclados a los míos, leyéndome, haciéndome una pregunta tácita.

Va a hacerlo. Va a besarme. Quiero que lo haga.

Pero entonces exhala el aire y se aparta.

—Bailar... claro. —Como el caballero que es, me tiende la mano—. Tess, ¿me concedes este baile?

Temblando por el beso que casi nos damos, pongo la mano sobre la suya y le dejo que me guíe por la estancia hasta la pista de baile.

6

Ryan

No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, joder. Esta mujer está muy lejos de mi alcance. Es inteligente y divertida y sexi que te cagas. Las mujeres como Tess Owens no eligen a chicos como yo.

Entonces, ¿por qué su mano está sobre la mía? ¿Por qué la estoy llevando a la pista de baile?

Yo también la he estado observando toda la noche. No puedo evitarlo. Siento que algo me empuja hacia ella. Es su risa. Es brillante y exuberante, igual que ella. Su sonido me ha atravesado entero, me ha enraizado al suelo y ahí me he quedado plantado, fingiendo que escuchaba las bromas de Sully y J-Lo.

No quería quedarme en la esquina con mis compañeros de equipo. Quería estar al lado de Tess mientras se reía, poniéndole la mano en la cadera voluptuosa de forma casual. Le ofrecería una copa de vino y le acariciaría la frente con los labios. Sería rápido, como una costumbre. Estaría allí, observándola en silencio cómo se gana a todo el mundo, me limitaría a empaparme de su esencia como una puta esponja de coral.

La música cambia a una canción lenta y les doy gracias a los astros por la suerte que tengo. Es como si Dios supiera que no quiero ponerme en ridículo delante de esta mujer.

No me permitió tocarla en la cocina de Compton. Me dejó besarla, eso sí, y fue increíble. Sentí su cuerpo desnudo pegado a mi pecho descubierto, tan cálido y suave. Pero me obligó a que me sujetara las manos a la espalda todo el rato. Entonces, no me importó. Pero, en cuanto se fue, por extraño que parezca, me sentí vacío por no haberla sujetado.

Eso va a cambiar ahora mismo.

Me doy la vuelta en cuanto pisamos la pista de baile y la atraigo hacia mí. Ella avanza solícita y me pega las tetas al pecho mientras yo entrelazo mis dedos con los suyos. Me pone la otra mano en el hombro. Deslizo los dedos por la tela sedosa de su vestido esmeralda y extiendo la palma con un gesto posesivo sobre su lumbar. Se amolda a mi cuerpo y las puntas de nuestros zapatos se entrechocan cuando nos colocamos y empezamos a movernos.

—¿Te gusta bailar? —me pregunta después de un rato.

Bajo la mirada.

—Contigo sí.

Vuelve a sonreír sin enseñar los dientes. Se le levantan los pómulos rosados, lo que hace que le aparezcan unos plieguecitos en la comisura de los ojos. Esta noche va maquillada. Ha conseguido cubrir por completo las pecas que le salpican la nariz y las mejillas. Aunque le veo las del cuello, perfectas y de color melocotón, dibujando en su piel constelaciones besadas por el sol. En las orejas le brillan unos diamantes, son unos pendientes sencillos. Me imagino que ha elegido los más neutros que tenía, pues seguro que solo ha pensado en la doctora y en que esta noche es su amiga la que tiene que brillar.

Pero Tess Owens estaría radiante con cualquier cosa. No puede evitarlo. Dios, no me la quito de la cabeza. ¿Qué narices voy a hacer?

—¿Os vais todos por la mañana? —me pregunta mientras me acaricia el brazo.

Asiento con la cabeza.

—A las siete de la mañana —respondo—. Volvemos a Jax unos cuantos días, luego tenemos un par de partidos consecutivos en Texas antes de ir a Nueva York al Winter Classic.

—Rachel me habló de ello —responde—. Han invitado a los Rays porque es su primera temporada, ¿verdad?

—Sí, jugamos el partido de año nuevo en Nueva York contra los canadienses de Montreal en el Yankee Stadium. Es una movida del equipo más reciente de la Liga contra el más antiguo —explico—. Lo que significa que este año no tendremos descanso en Navidades.

—¿Al menos podrás ver a tu familia?

Asiento con la cabeza.

—Pasaré dos días con mi madre y con mi hermana. Ya han hecho planes para que pasemos el día de Navidad en la playa. ¿Y tú? ¿Algún planazo en familia?

Hace un ruidito que ni confirma ni desmiente nada.

Muevo la mano que tengo en su cintura. Es sutil, pero ahora casi la siento encajada bajo mi brazo. Así también la toco más.

—Esta noche has jugado bien —dice, apretando un poco los dedos contra los míos.

No me importa que haya cambiado de tema. Estoy demasiado ocupado intentando no hipercentrarme en que acabo de lamerle los dedos junto a la mesa de la tarta. Todavía siento el sabor del glaseado en la lengua.

—¿Lo has visto?

—Por supuesto. Eres muy impresionante, Ryan. Puede que seas el Ray al que más me gusta mirar.

Ante este cumplido, el cavernícola que tengo dentro se levanta y se pone a golpearse el pecho. Aunque tampoco es que necesite que me alabe para saber que tengo talento.

—Ten cuidado, Tess —la provoco—. No te delates ahora.

—¿Delatarme?

—Sí. Está claro que te has pillado por mí.

Resopla.

—Ya te gustaría, Yogurín.

—Admirando mi habilidad y velocidad... viéndome las manos mientras muevo el palo por el hielo... —Ella entorna los ojos—. Eres incapaz de apartar los ojos de mí —insisto, mientras me acerco más—. No puedes evitar ese aleteo de emoción que sientes en el corazón cada vez que disparo a puerta.

—Estás pirado —suelta impávida. Pero veo una sonrisilla en la comisura de sus labios.

—La verdad es que es muy cuqui —digo, incorporándome—. Me siento alagado.

—Yo sola me he metido en este jardín. Nunca hay que halagar a un deportista profesional —dice mientras sacude la cabeza.

—Hay que hacerlo siempre —contraataco—. Es la forma más rápida de robarnos el corazón.

—Creía que era la comida —se burla ella.

—Cierto —reconozco—. Haría casi cualquier cosa por unos macarrones con queso caseros.

Sonríe.

—¿Macarrones con queso? ¿En serio? ¿Tienes doce años?

—Es la mejor comida del mundo —respondo encogiéndome de hombros.

—¿Al menos puedo hacerlos con un toque gourmet? —me sigue el juego —. No me importaría que fueran unos macarrones con queso y langosta. O echarle un poco de panko crujiente por encima... Incluso un toque de trufa...

—Nop. Los que venden en caja. Échale unas salchichas si quieres ponerte creativa.

—Me rompes el corazón, Ryan —responde con un suspiro—. Y yo que creía que era amor a primera vista... Tus salchichas se acaban de cargar la fantasía.

—Ah, pero si tú no crees en el amor a primera vista —la pincho. Me lanza una mirada asesina y siento que la mano se le queda rígida.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque es verdad —respondo, y le doy un pellizquito en la cadera—. Por mucho que vayas por ahí desnuda en casas ajenas, beses a desconocidos y abraces a Al Pacino como si fuera un viejo amigo, eres demasiado cuidadosa como para enamorarte de alguien a primera vista. Este envoltorio ha despertado tu interés —digo, señalándome a mí mismo con confianza—, pero todavía nos queda mucho para que me confieses tu amor eterno.

—Ah, pero ¿es que es ahí a dónde crees que lleva esto? —se burla intentando imitar mi tono casual—. ¿Crees que me vas a llevar al altar, Ryan? ¿La futura señora Yogurín?

—Oye, lo has dicho tú, no yo.

—Supongo entonces que tú tampoco crees en el amor a primera vista.

Me encojo de hombros otra vez.

—Creo que la gente ve lo que quiere ver. —Miro a mi derecha, donde Compton está bailando lento con la doctora—. Él sí cree en el amor a primera vista —digo, señalándolo con la cabeza—. Dice que solo tuvo que mirarla para saberlo.

Tess sigue mi mirada.

—Sí... yo también lo pienso.

—Pero Sanford no cree que te puedas enamorar con solo una mirada. Ya has escuchado sus votos. Estuvo años torturándose a sí mismo antes de poder admitir cómo se sentía. —Asiente con la cabeza, sin apartar los ojos aún de su mejor amiga—. Al final, todos han encontrado un modo de llegar a los demás —continúo—. Es un lío, pero es real. Eso hay que reconocerlo.

—Un lío..., pero real.

Ambos nos quedamos callados durante un minuto y damos otra vuelta lenta.

—A lo mejor puedes venir a otro partido —aprovecho la oportunidad.

Ella suelta una risa suave.

—Creía que la NHL no tenía muchos partidos en Cincinnati.

—Y no tenemos. Pero Chicago está bastante cerca, ¿no? Y siempre puedes volver a Jax. Los billetes no son ningún problema —añado, aunque soy consciente de que lo más probable es que suene desesperado. Pero me da igual. Quiero volverla a ver—. Y bien, ¿qué te parece?

—Creo que... me gustaría —admite y se apoya contra mí mientras doy otra media vuelta.

Sonrío.

Me acaricia el codo y vuelve a separarse.

—Pero...

«Joder».

Tenso la mano contra su espalda.

—Sin peros. Venga, vive un poco, Tess.

Se le suaviza el rostro cuando levanta la mirada. Es una expresión de disculpa y lo odio.

—Ryan...

—Sé que me he estado burlando y entrando a saco, pero me gustas, Tess. Es solo que quiero conocerte mejor.

—No me conoces en absoluto —dice—. Solo te gusta lo que ves.

—Bueno, eres despampanante y lo sabes. Sería el mayor mentiroso del mundo si dijera que no me gustaría que estuvieras envolviéndome como la corteza envuelve a los árboles. —Me responde con una carcajada. Es un sonido que me calienta el pecho y me hace sonreír. Luego añado—: Pero, si crees que solo veo lo guapa que eres, te equivocas.

Se le borra la sonrisa cuando me mira, con esos ojos verdes abiertos como platos.

—¿Qué ves?

—Te veo a ti —respondo—. Veo una mujer que es atrevida y que no tiene miedo. Una mujer a la que le encanta reír. Tienes una risa muy guay, Tess.

Contiene el aliento y algo le brilla en los ojos. Está ahí, pero desaparece, luego baja la mirada.

—¿Qué más?

—Veo a alguien que quiere a sus amigos —continúo—. Alguien que pone a los demás por delante. Quizá me guste la idea de ser quien te ponga a ti por delante. Me gusta cuidar a la gente, Tess. Y cuido muy bien de lo que es mío.

Sonríe, levanta la mano y me la pone en la mejilla. Me acaricia con el pulgar la comisura de los labios.

—Estoy segura de que así es —dice.

¿Por qué siento que esto es un adiós?

Giro la cara para apoyarme en su mano y le doy un beso en el pulgar.

—Quiero volverte a ver —admito—. No tiene por qué ser en un partido. Elige un fin de semana y te compro billetes para que vengas a Jacksonville. O yo podría ir a Cincinnati...

—No.

Me aparta la mano de la cara. Joder, sigue alejándose.

—Tess...

—Ya lo decidimos —dice—. Eres de los Ray, Ryan. Eres amigo y paciente de Rachel...

—Nop —digo, y le vuelvo a apretar la cadera—. No me lo trago.

—¿No te tragas que eres su paciente?

—No, que esa sea tu excusa —contraataco—. Rachel es tu amiga, no es ni tu madre ni tu guardiana. Me apuesto lo que sea a que no tiene ningún problema en que salgas con un Ray si pensara que de verdad es lo que quieres..., ¿me equivoco?

—Ahora mismo estoy de curro hasta arriba —dice, sigue desviándose del tema—. Ya me ha costado bastante poder escaparme para venir aquí —añade, mientras señala a su alrededor.

¿La excusa del trabajo? ¿En serio? Me sorprende su falta de originalidad.

—Mira, soy un hombre adulto, Tess. Si no quieres volver a verme porque no te intereso, puedes decirlo sin más...

—Sí me interesas —añade enseguida, y se pega un poco más contra mí. Me pone la mano en el pecho mientras se inclina—. Sí que quiero verte. Me gustas, Ryan. Eres dulce y divertido y nada me gustaría más que volverte a ver. Quizá en un mundo perfecto, conseguiría hacer solo las cosas que quiero hacer... —añade, de repente su voz suena cansada—. Pero la verdad es que ahora mismo mi vida es un desastre. No es el trabajo..., soy yo. Es complicado.

—Sé que estás divorciada —digo—. O que te vas a divorciar. La doctora no me lo dejó muy claro. No quería que me pusiera a husmear —admito, con una risa suave. Ella entrecierra los ojos cuando levanta la cabeza y me mira—. Pero si eso es lo que te está reteniendo...

—No es eso —responde enseguida—. Bueno... si te soy sincera, sí. Quiero decir, estamos separados. Dios, llevamos así desde hace casi tres años.

—¿Y estás pensando en volver con él? ¿Eso sigue siendo una opción? —pregunto, con el corazón en la garganta. Da igual cuánto me guste Tess, no voy a destrozar un hogar. Si me responde que sí, me alejaré y no volveré a mirar atrás. Pero me siento aliviado cuando dice que no.

—Nunca voy a volver con Troy —añade con vehemencia.

—Entonces..., ¿qué es lo que te retiene? Dime la verdad, Tess. Sea lo que sea, puedo soportarlo.

—¿La verdad?

Asiento con la cabeza y la miro desde arriba, esperando.

Hemos dejado de bailar. Yo he dejado de respirar. La fiesta da vueltas a nuestro alrededor, pero no registro nada de eso. Solo está ella entre mis brazos. Solo estamos nosotros.

—La verdad —vuelve a decir, apenas mueve los labios.

—Dilo.

Me aguanta la mirada y abre la boca. Observo el leve movimiento de su pecho al subir y bajar. Sé que, si me acerco lo suficiente, sentiré su cálido aliento contra mis labios.

—La verdad es que seguro que un chico tan dulce como tú está buscando sentar la cabeza —dice al fin—. Puede que no creas en el amor a primera vista, pero sí crees en el amor. Crees que la futura señora Yogurín está al

caer. Y crees que a la gente buena le pasan cosas buenas, y que, si quieres algo con muchas ganas, puedes conseguirlo. Ningún obstáculo puede impedírtelo. Eres un ser de luz, Ryan, y estás preparado para que empiece tu vida.

El aliento se me queda atrapado en el pecho mientras asumo sus palabras.

No ha dejado de observarme.

—Cuando me miras, ves a tu futura esposa, ¿verdad? Otro premio para tu estantería. Un partido que ganar. Pero yo ya he sido la esposa de alguien, Ryan —continúa, se le endurece la expresión mientras aparta la mano de mí —. Y no volveré a ser el trofeo de un tío. Podemos reírnos, bailar y hacer bromas toda la noche. Pero, cuando salga el sol, verás la verdad. Me verás tal y como soy. Y lo que soy es una pérdida de tiempo.

Tras decir esto, se gira sobre los talones y se aleja a toda prisa, dejándome aquí plantado con las manos vacías.

7

Tess

Me marcho de la pista de baile con el corazón en la garganta en un intento por poner toda la distancia que sea posible entre Ryan y yo. Si soy sincera, no me extrañaría que me siguiera. Pero no miro atrás. En cierto modo, temo que me duela más que no me esté siguiendo.

Las lágrimas me arden en los ojos y me nublan la visión cuando me meto por la primera puerta abierta que me encuentro. En cuanto la brisa fría de Los Ángeles me llega a los pulmones, cojo aire a trompicones.

—Joder —gimoteo, odio lo fácil que le ha resultado a Ryan dejarme destrozada.

Solo estoy cansada. Es eso. Y puede que un poco borracha. No es nada que dormir y un ibuprofeno no puedan solucionar para mañana.

Aquí se está más tranquilo, las paredes de grueso cristal amortiguan la música. Una suave luz dorada se extiende por el cuidado césped de Hal Price. A mi izquierda está el espacio abierto que conduce a la zona del escenario. A mi derecha, la piscina.

Voy a la derecha para coger una de esas tumbonas. Solo voy a sentarme y a respirar. Y a quitarme estos malditos zapatos. Dios, ahora mismo me apetece tirarlos al agua.

Puede que yo también me tire. Y me hunda en el fondo.

Y cuente hasta cien.

Estoy aquí regodeándome en mi desgracia cuando oigo una voz profunda. Al girar la esquina, veo otra zona de asientos apartada. En el lateral del porche de madera hay unas luces parpadeando que lanzan un brillo dorado. Ilmari camina de un lado a otro, va en mangas de camisa y tiene el teléfono en la oreja. Está hablando en voz baja, en finés.

Estudié latín y griego en el colegio y sé suficiente italiano para meterme en algún lío divertido en vacaciones. Intento desesperada entender aunque sea una palabra de este idioma, pero me resulta incomprensible.

Se da la vuelta para seguir andando y se queda helado cuando me ve, luego entrecierra los ojos.

Lo saludo con la mano, incómoda.

Me sorprende señalando una de las sillas vacías, es una invitación a que me siente. Entonces, se da la vuelta y le masculla algo al móvil. Suelta una risa baja mientras avanza hacia el otro extremo del enorme espacio.

Me dejo caer en el asiento que tengo más cerca con un suspiro. Saco la pierna por la raja del vestido y me desabrocho la tira del zapato con dedos cansados. Cuando por fin me los quito y los lanzo a un lado de una patada, me entran ganas de llorar.

Ilmari cuelga la llamada y se gira hacia mí.

—Lo siento —se disculpa.

—Para nada. He sido yo la que te ha interrumpido —respondo—. ¿No es un poco tarde para hacer llamadas?

—En Finlandia no. En Helsinki es casi la una de la tarde.

—Cierto. ¿Era tu agente?

—Mi padre adoptivo. Quería que se enterara de lo de la boda por mí antes de que le llegara por la prensa.

—Y... ¿Se alegra por ti? ¿Está triste por habérselo perdido?

—Mi tía está devastada —responde, y se sienta en el sofá que hay enfrente de mí—. Me ha hecho prometer que este verano iremos todos a Finlandia.

Nos quedamos callados un momento, a través de la pared se oyen los latidos de la música. Tengo la sensación de que hay algo que le molesta. Digamos que es un ángulo en particular de su ceño fruncido.

—¿Va todo bien? —pregunto. Se aclara la garganta y se mueve—. Mars...

—Temo haber tomado una decisión precipitada —admite—. Ahora me arrepiento muchísimo.

El estómago me da un vuelco.

—Ay, madre mía. Mars, ¿te lo estás replanteando? Porque si dejas a Rachel tres horas después de casaros...

—¿Qué? No me refiero a ella...

Jadeo y me tapo la boca con la mano.

—Entonces, ¿lo dices por ellos? Si piensas que la van a alejar...

—No —dice con más fuerza—. ¿Quieres parar de intentar adivinarlo y dejarme hablar?

—Es que acabas de decir que has tomado una decisión precipitada —me defiendo—. A mí me parece bastante precipitado casarte con tu médica y con dos de tus compañeros de equipo después de solo cuatro meses, Mars.

—Esa decisión no ha sido nada precipitada. Si te callas y me dejas hablar, te lo explicaré. Dios, eres peor que Jake.

—Qué borde.

—Demuéstrame que me equivoco —contraataca mirándome fijamente.

Me echo para atrás y me cruzo de brazos.

—¿Me lo cuentas ya? Antes de que me asuste o me aburra de esperar y me lance al fondo de la piscina...

—Me temo que he hecho una mala inversión —dice pisándome.

Bueno, eso sí que me deja sin palabras.

—¿Una mala inversión? —repito—. ¿Es por dinero?

Asiente con la cabeza.

—Bueno... ¿y cómo de mala ha sido la inversión? ¿Ha sido un riesgo muy grande?

—No es de ese tipo de inversiones —responde—. Hace un par de meses, invertí en una asociación sin ánimo de lucro —me explica—. Rachel me advirtió que no lo hiciera, pero me sentía... generoso.

Tengo la sensación de que esa no es la palabra que quería usar, pero no digo nada. En cambio, pregunto:

—¿Fuiste muy generoso?

—Quinientos mil dólares.

Lo miro entrecerrando los ojos.

—¿Qué tipo de organización sin ánimo de lucro?

—Rastrean grupos de tortugas marinas —responde.

Me reclino en el asiento y parpadeo, confundida.

—¿Donaste medio millón de dólares a un grupo que rastrea tortugas marinas?

Asiente con la cabeza.

—Bueno... ¿y por qué?

—Es complicado —responde.

—Inténtalo.

Se encoje de hombros.

—Yo lo llamo culpa.

—¿Culpa? ¿Donaste medio millón de dólares a una asociación sin ánimo de lucro por culpa? Espera, ¿asesinaste a una familia de tortugas marinas? ¿Las atropellaste con un yate o qué?

—No —responde, con el ceño fruncido.

—Entonces no lo entiendo. ¿Por qué les diste tanto dinero?

—Digamos que es un intento en vano de reequilibrar la balanza cósmica —responde.

—¿Qué?

—Vivo de una forma muy poco sostenible —explica—. Jets privados, autobuses privados, hoteles, recipientes de un solo uso en cada comida... por no hablar del impacto que provocan los estadios en el medioambiente. Sentía que no podía soportarme a mí mismo si no hacia algo... lo que fuera.

—Hostia puta —digo suspirando—. ¿Me estás diciendo que tienes este aspecto, hablas así y juegas al hockey como lo juegas? Y estoy segura de que follas como un Dios... Porque Rachel no se conforma con nada a no ser que sea lo mejor. ¿Y encima tienes consciencia medioambiental?

Ni siquiera me sorprendo cuando se limita a asentir con la cabeza. Sip, lo tiene todo, joder. No hay duda de por qué Rachel y sus chicos le han echado el guante tan rápido.

Me inclino hacia delante en la silla.

—Vale, Mars. Cuéntame qué ha pasado. ¿Por qué dices que es una mala inversión?

Me mira con una ceja levantada.

—¿De verdad te interesa? No pretendía cargarte con mis cosas...

—Te lo he preguntado yo —le recuerdo con amabilidad—. Por supuesto que me interesa. Me gusta la gestión de asociaciones sin ánimo de lucro.

—Creía que eras abogada. Que te dedicabas a algo corporativo, ¿no?

Me río.

—Soy abogada, sí. Y «algo corporativo» resume bastante bien lo interesante que es mi trabajo. Pero también me gradué en gestión de asociaciones sin ánimo de lucro. Si puedo, te ayudaré.

Parece sorprendido.

—¿En serio?

Me viene bien tener algo en lo que centrarme para distraerme.

—Cuenta conmigo, Mars. ¿Qué te preocupa?

—Bueno, resulta que la asociación está menos organizada de lo que me habría gustado —admite—. No tiene unos buenos cimientos. Está poco profesionalizada.

—Oh, oh. ¿Es muy grave?

Frunce el ceño.

—Son tres personas en un apartado de correos.

Suelto una carcajada.

—Joder, lo siento. No pretendía reírme. Eso es malo. Pero me apuesto lo que sea a que les alegraste el día con tu generosa donación.

Frunce el ceño aún más y se retrepa en la silla con los brazos cruzados.

—No tiene gracia, Tess. Así no es como quería empezar mi matrimonio. No quiero que lo primero que tenga que hacer sea admitirles a mis vínculos que he cometido un fiasco financiero. Necesito que vean que soy una persona capaz... responsable.

—Vale, ahora te quiero mucho más, si es que es posible —admito—. ¿Te preocupa que cojan el dinero y salgan corriendo?

—Me preocupa que no tengan ni idea de qué hacer con él —me explica —. Admitieron que nunca habían gestionado una donación tan grande. Y no tienen en marcha ningún plan a largo plazo para la asociación.

—Bueno... parece que tienes que montarla tú desde cero —respondo—. Tienes el dinero y tienes unos voluntarios muy entusiasmados. Creo que podrías construir algo muy guay. He visto a muchas asociaciones conseguir muchas cosas con mucho menos. No tiene por qué ser una causa perdida.

Asiente con la cabeza, aunque veo que no está muy convencido.

—Lo que necesitas es un director de operaciones —explico—. Alguien inteligente que tenga experiencia relevante creando marcas. Y necesitas aumentar tu cartera de benefactores enseguida. Te sorprendería lo rápido que puede desaparecer medio millón de dólares en un presupuesto.

Me mira como si me estuviera evaluando.

—Muy bien. Estás contratada.

—¿Qué? —grito.

—Directora de operaciones. El puesto es tuyo.

—Mars, yo ya tengo trabajo —me río—. Un buen trabajo. Soy una importante abogada corporativa, ¿recuerdas?

—Solo tienes que darme seis meses de tu tiempo —dice—. Ayúdame a poner esto en marcha. Me da igual lo que te paguen, te duplico el salario.

Vuelvo a reírme.

—Ah, ¿que vas a doblarme el sueldo?

Asiente con la cabeza y estoy segura de que habla completamente en serio.

—Vale —digo—. Acepto el puesto.

Abre los ojos como platos.

—¿En serio?

—Sip. —Me inclino hacia delante y me froto las manos—. Ahora, mi primera acción como directora de operaciones es que me voy a despedir con efecto inmediato.

—¿Por qué? —gruñe.

—Cobro demasiado.

—Tess...

—¿Qué? No intentes cubrir una mala decisión financiera con otra. Mars, de todos modos, no quieres que yo sea tu directora financiera. No sé una mierda sobre tortugas marinas.

—Sí, pero esa no tiene que ser la labor de la persona que dirija, ¿no? —me reta—. Lo que hace falta es una buena cabeza para los negocios capaz de ampliar la marca, tú misma lo has dicho.

—Me siento alagada —admito, espero que se me note en la cara—. En serio, Mars. Y, si te soy sincera, suena divertido. Pero mi vida está en Cincinnati. Mi trabajo, mi piso, mi... familia —añado, la voz me flaquea un poco al decir esto último.

—Lo entiendo —dice Mars al fin.

—No sabes cuánto me gustaría poder decir que sí —admito—. Seis meses en Florida, ¿estás de broma? La brisa marina en mi pelo, todas esas deliciosas gambas fritas. Por no mencionar que echo de menos a Rachel, es como si me hubieran arrancado un trozo. Es mi mejor amiga, Mars.

—Lo sé.

—Más os vale ser buenos con ella, a los tres —digo, amenazándolo con el dedo.

—Lo seremos —dice mientras se pone en pie.

—Más te vale —lo desafío y también me levanto—. Si no, me voy a plantar en Jacksonville. Y os voy a hacer pedacitos y a daros de comer a

esas malditas tortugas marinas.

Dibuja una sonrisa de satisfacción.

—Tomo nota. —Entonces me tiende la mano—. Vamos. Ya hemos estado lejos mucho tiempo.

Cojo los zapatos y meto los dedos por las tiras. Me incorporo y suelto un suspiro. Tiene razón. Es hora de volver ahí dentro. Para Mars, es el comienzo de algo nuevo. Para mí, es el final. Él tiene que entrar ahí y decirle «hola» a su esposa. Yo tengo que entrar y despedirme entre lágrimas de mi amiga, la mujer que ha sido el único hogar que he conocido.

Extiendo el brazo y lo tomo de la mano.

8

Tess

—¡Eh, Tess! —Mi ayudante Rhonda sale de detrás del escritorio cuando me acerco.

—Hola, bonita —la saludo—. ¿Qué tal han ido las Navidades?

—Bueno, han venido los padres de Steve —responde, lo cual ya es respuesta suficiente.

Me quito la bufanda con una mano, pues en la otra llevo el café.

—Ayyy. ¿Ha ido muy mal?

—Wendy me ha informado de que cree que mis hijos irán al infierno porque no le dejé que los bautizara de bebés —responde.

—¿En serio? —chillo mientras le tiendo el abrigo.

—Sip. —Cuelga el abrigo y la bufanda junto a los suyos—. Ah, y me acusó de robarle las pastillas de dormir del bolso. Dos veces. Resultó que las tenía en el neceser.

—Madre mía. ¿Por lo menos se ha ido ya?

—Sí, gracias a Dios. Se han vuelto a Akron esta misma mañana.

—Menudo alivio —digo con una sonrisa de simpatía. Recojo el bolso y el café que he dejado en el escritorio.

—Por cierto... —me llama cuando me giro hacia la puerta de mi despacho—. Han pasado la reunión con Dalton Holdings Limited a las diez de la mañana. Hay algo de recursos humanos que han cambiado de hora en el último minuto. Te reúnes con ellos a las nueve.

Miro por encima del hombro y bajo la voz para que el resto de las secretarias que hay en la oficina no puedan oírnos.

—¿Sabemos de qué se trata?

—Ni idea. Solo he visto que habían añadido tu nombre a la invitación de la reunión. Dale es el que lo está organizando.

Suelto un resoplido falso, lo que hace que Rhonda se ría por lo bajini.

Dale Eubanks es el director de recursos humanos de Powell, Fawcett y Hughes, a parte del hombre más tonto que jamás haya pisado la faz de la Tierra.

—Dame diez minutos para recargar las pilas —digo, mientras señalo el café que tengo en la mano—. Luego vamos las dos juntas.

—Ah, yo tengo un cursillo de administración obligatorio —responde—. Pero... a lo mejor puedo saltármelo si me necesitas...

—No —digo riéndome—. No hace falta. Estoy convencida de que no será nada. Seguro que solo es para recordarnos que es obligatorio informar de los regalos de los clientes. ¿No nos hacen tragarnos una reunión de estas todas las Navidades?

Me despido de ella con la mano mientras entro en el despacho. Solo tengo quince minutos. Es tiempo suficiente para firmar uno de los contratos que tengo amontonados en el escritorio. Y así sí, sin más, Tess Owens cierra otro acuerdo multimillonario antes de las nueve de la mañana.

Le doy un trago a mi *caramel macchiato* helado con una sonrisa.

Quince minutos después, estoy de camino al Departamento de Recursos Humanos, con la tableta y el café en la mano.

—Buenos días —canturreo mientras avanzo a toda prisa por el vestíbulo de la séptima planta. Me resuenan los tacones cuando paso por delante de un par de chicas que trabajan detrás de su escritorio. Son dos monadas que acaban de salir de la universidad y llevan sendas colas de caballo a juego.

Ah, y las dos se llaman Katie.

—Buenos días, señora Owens —saluda Katie Uno. Siempre tiene dibujada una expresión un tanto alarmada, como si le sorprendiera todo el rato encontrarse sentada detrás de un mostrador.

—¿Están en la sala de conferencias B? —le pregunto mientras las dejo atrás.

—En realidad, señora Owens, puede que aún no estén listos para recibirla —dice Katie Dos, que se levanta de la silla tambaleándose—. La reunión no empieza hasta dentro de dos minutos.

Las dejo atrás y me dirijo a la puerta de cristal esmerilado de la sala de conferencias.

—Señora Owens, espere...

La puerta susurra contra la moqueta cuando la abro con suavidad hacia adentro.

—Buenos días...

Me detengo en el quicio de la puerta, con la mano contra el frío cristal. Le echo un vistazo rápido a la habitación. Están dos de los tres socios. Ah, y Dale, por supuesto.

—Creía que llegaba pronto —digo—. ¿Me he quedado mal con la hora?

—Tess, todavía no estamos preparados para recibirte —responde Dale desde su silla en la cabecera de la mesa.

—Lo siento, señor Eubanks —dice Katie Dos justo detrás de mí—. Intenté decírselo.

—No pasa nada, Katie —dice con un gesto de la mano.

—No lo entiendo —digo, mirando alrededor.

Me detengo en Troy, que está sentado a la izquierda de Dale, en el extremo opuesto de la mesa de conferencias. Pone cara de no haber roto un plato en su vida mientras me mira con esos ojos oscuros.

—¿Qué ha pasado? —digo—. Ay, madre, ¿se ha muerto alguien?

—Entra, Tess —dice Dale—. Vamos a cerrar la puerta.

Doy dos pasos hacia el interior, suelto la puerta de cristal esmerilado y dejo que se cierre de un portazo en toda la cara de Katie Dos.

—¿Qué ha pasado? —repito.

Algo va mal, está claro.

—¿Por qué no te sientas con nosotros? —propone Dale, señalando al asiento vacío que hay junto a una de las representantes de Derechos Humanos. Creo que se llama Judy.

—El suspenso me está matando —admito y me dejo caer en la silla de escritorio de cuero. Dejo la tableta y el café encima de la mesa. Ahora estoy sentada justo delante de Troy, que apoya los codos en la mesa y la barbilla sobre los dedos entrelazados.

—Estábamos hablando sobre la ética de Powell, Fawcett y Hughes —empieza a decir Dale en cuanto me siento—. Nos orgullecemos de ser una empresa con integridad. Puede que nos dediquemos a temas corporativos, pero ante todo somos un negocio familiar y nos regimos por valores familiares. ¿No está de acuerdo, señor Fawcett?

Miro al otro lado de la mesa. Grant Fawcett III está sentado al lado de Troy. Es el socio de mayor rango en la empresa por detrás de la madre de Troy. Su abuelo fue el que fundó la compañía junto con el padre de Bea. Beatrice Owens (Powell de soltera) es la reina suprema de PFH.

—Ajá —dice Grant, que asiente despacio con la cabeza—. Eso es lo que quería mi abuelo. Eso es lo que hemos intentado construir aquí.

—Y parte de conservar unos valores familiares como eje central de nuestro negocio es ceñirnos a un estricto código ético —continúa Dale—. Todos hemos firmado contratos que incluyen una cláusula de moralidad. —Muy despacio, Dale se vuelve hacia mí—. Tess, ¿sabías que habías firmado un contrato que incluía una cláusula de moralidad?

—Sí. Era un texto estándar —respondo.

—Es algo más que eso —continúa diciendo Dale, mientras se ajusta las gafas—. Como eres una de las socias junior que trabaja cara a cara con los clientes, tu conducta debe ser irreprochable en todo momento —continúa.

Me enderezo en la silla.

—Perdón... ¿Ha llegado una queja de la que no estoy enterada? —Miro alrededor de la mesa—. ¿Alguno de mis clientes ha tenido una mala experiencia? Porque juro que...

—Esto no tiene nada que ver con ninguno de tus clientes, Tess —explica Grant—. Se trata de tu comportamiento como socia junior. Estamos en el punto de mira. Y no podemos permitir ninguna conducta impropia de un socio de PFH. Son órdenes directas de Bea.

Siento que el corazón se me encoge en el pecho.

—¿Bea sabe esto? —Le lanzo a Troy una mirada asesina—. Bueno, ¿y podría saberlo yo también?

Dale asiente despacio.

—Enseñádselo.

La mujer que está sentada a mi derecha coloca la mano encima del sobre de manila que tiene delante. Poco a poco, lo desliza hacia mí.

Lo agarro y lo abro. Casi se me salen los ojos cuando veo la imagen que me mira fijamente. Está impresa en un papel de fotografía brillante, pero está pixelada, como si la hubieran ampliado de un iPhone. El corazón se me sale del pecho. Es una foto en la que salgo bailando con Ryan Langley en la boda de Rachel de la semana pasada.

—¿Qué es esto?

—Dínoslo tú —responde Grant.

A su lado, Troy permanece en silencio, con toda la confianza de un juez que preside un juicio.

—Troy, ¿qué es esto? —digo, levantando la imagen. El corazón me va a mil por hora.

Hay más fotografías. Les echo un vistazo rápido. Son cuatro en total, en las que aparezco bailando con Ryan. En cada una parece que estamos más acaramelados que en la anterior. Nos miramos el uno al otro con corazones en los ojos y sonrisas en los labios. En la última, tiene la cara contra mi mano mientras me besa la palma. Casi puedo sentir la calidez de ese beso.

En comparación con la temperatura glaciar de la estancia.

—Esto no es lo que parece —digo, mientras dejo las fotos.

—Lo que parece es que estás mirando a otro tío como si le dijeras «fóllame» —ataca Troy.

—Ryan es un amigo —respondo—. No pasó nada. Solo bailamos. Y eso era un evento privado, por cierto.

—Por eso estas fotos son aún más jugosas para la prensa —dice Dale—. Las subieron a internet hace unas horas junto a una docena más de imágenes de la boda de Rachel Price. Están saliendo en todas las páginas web de noticias junto a una retahíla de historias, en las que se incluyen un par de titulares sobre ti y tu nuevo amante.

La mujer que está a mi lado me pasa una carpeta.

La abro y veo un montón de papeles con unos titulares de mierda: cotilleos de famosos, noticias deportivas, primicias sobre Hollywood. Hay fotos de Rachel con sus chicos, varias de su padre con su banda y los Rays codeándose con famosos de primera. Y luego están las imágenes en las que aparezco bailando con Ryan Langley. Uno de los titulares dice que soy su «nueva amada». Otro dice que soy su novia.

—Esto es un error —digo—. Puedo solicitar una retracción o una corrección...

—Es demasiado tarde, Tess —dice Grant.

—PFH ha entrado de manera oficial en modo control de daños —añade Dale.

—¿Control de daños? —repito con una ceja levantada—. ¿Qué narices significa eso? ¿No se me permite defenderme?

Grant resopla.

—¿Y cómo puedes defenderte ante la directora de PFH por permitir que parezca que estás poniéndole los cuernos a su hijo con un crío de veintidós años que juega en la NHL?

—No estaba engañando a Troy en medio de la boda de mi mejor amiga —chillo—. Y, además, tendría que seguir con él para que lo que haga con otra persona se considere poner los cuernos...

—Seguimos casados —dice Troy—. Eres mi esposa, Tess.

Dios...

—Eso es un tecnicismo y todos lo sabemos.

—Es una separación temporal. Estamos trabajando en nuestra relación —contraataca—. Y es privado...

—Ay, madre mía, ¿estás reescribiendo la historia? —grito—. Vale, ¿queréis hablar de que PFH es una empresa en la que «la familia es lo primero»? —digo dibujando las comillas—. ¿Y tú qué, Troy? ¿Se convocó una reunión en la sala de conferencias cuando me engañaste con tu secretaria en tu puto despacho? Entré y me encontré a Candace de rodillas con tu polla en la boca...

—Hala —dice Dale, que me levanta la mano como gesto de advertencia —. Tess, no nos pongamos vulgares.

Me vuelvo hacia él con los ojos como platos. Siento que me he metido en una realidad alternativa.

—Esto es un gran error —digo sin aliento—. Esto es una locura. No he hecho nada malo.

—Sabes mejor que nadie que las apariencias lo son todo —dice Dale—. No podemos excusar este tipo de prensa negativa cuando implica a nuestros socios y a sus familias. Cuando se infringe la cláusula de moralidad, debe haber consecuencias, sean las que sean.

—Bueno, ¿y cuáles fueron sus consecuencias? —grito, señalando a Troy con un gesto de la mano—. Se folla cualquier cosa que tenga tetas, lo hace en la propiedad de PFH y, aun así, ¿es a mí a quien castigáis por bailar en una boda?

—A él no le hicieron fotos —responde Grant.

—Y no se publicó en la prensa, donde podían verlo nuestros clientes —añade Dale.

Me limito a sacudir la cabeza. En realidad, siento que acabo de perder toda la fe en la humanidad. Salgo de mi cuerpo como si fuera una bocanada

de humo, que flota ante mis propios ojos antes de desaparecer.

—¿Y ya está? ¿Un rasero para él y otro para mí? Parece bastante justo...

—Un rasero, punto —zanja Dale.

—Entonces, ¿ahora qué? —digo—. ¿Cuál es mi castigo por atreverme a humillar al hijito querido de Bea?

—Ten cuidado —ruge Troy—. Le insistí a mamá para que fuera indulgente. No me hagas cambiar de idea.

—Una excedencia —dice Dale por encima de él—. Solo temporal, por supuesto.

—¡Madre mía! —Me aparto de la mesa y me levanto—. ¿Una excedencia? ¿Te estás quedando conmigo?

—Solo hasta que las cosas se tranquilicen —continúa—. Con suerte, se nos ocurrirá un plan de acción en el que Troy y tú tendréis que hacer algún control de imagen... un par de funciones públicas, algunas cenas con clientes. Y Troy está completamente de acuerdo —añade—. Lo único que queremos es suavizar las cosas lo antes posible. En seis semanas, lo reconsideramos.

—¿Seis semanas? —grito.

Dale se limita a asentir con la cabeza.

—Esa ha sido la política de la empresa durante las últimas suspensiones de trabajo y sueldo.

En frente de mí, Troy también asiente con la cabeza. Intenta mantener una expresión solemne, pero lo único que veo es el leve atisbo de una sonrisa de suficiencia en sus labios. «Cabrón». Esto es lo que quiere. Cualquier excusa para atarme en corto. Da igual que yo cierre el doble de tratos que él. Puede que yo sea el mayor activo financiero para PFH, pero él es el legado que está relacionado con el fundador de la empresa. Él es el presunto heredero del actual CEO.

Hablando de la reina...

—No puedo creerme ni por un segundo que Bea esté de acuerdo con esto —digo—. No haría algo así. No puede hacer algo así.

Bea Owens ha sido siempre mi ángel de la guarda. Mi propia madre nunca se ocupó de mí. Siempre estaba persiguiendo a su siguiente novio y saltando de trabajo en trabajo. Yo vivía con el miembro de la familia que estuviera dispuesto a acogerme durante un par de días o de semanas. Pero siempre fue una inconveniencia. Siempre estaba en medio.

Pero no con Bea. Vio mi talento y mi motivación. Me reclutó para PFH y me allanó el camino para que llegara a socia junior. Cuando mi relación con Troy empezó a desmoronarse, Bea nos ayudó a intentarlo y a hacer que funcionara.

—¿Dónde está? —pregunto—. Quiero oírla decir que esto es lo que quiere.

Troy se limita a resoplar.

—Tú misma —dice con un gesto de la mano.

—Sé que se pondrá de mi lado cuando se lo explique todo.

—¿Eso crees?

—Lo sé.

Me lanza la misma sonrisa que si me acabara de hacer jaque mate.

—Bueno, entonces te sorprenderá muchísimo cuando te enteres de que este plan para rehabilitar nuestro matrimonio fue idea suya.

9

Tess

—¡Tess! —me llama Troy—. Deja de caminar...

—Vete —grito mientras corro por el vestíbulo.

—Tenemos que hablar...

—Vete a la mierda —digo, sin bajar el ritmo.

Las dos Katies están sentadas en silencio, aturdidas, mientras camino hacia el ascensor y toco el botón con el pulgar.

—Vamos —gimoteo cuando veo que las luces se iluminan en la parte superior.

Troy se coloca a mi lado y me pone una mano en el hombro.

—Tess...

—No me toques —siseo y me doy la vuelta para apartarlo.

Baja la mano y la deja a un lado.

—Estás siendo muy irracional. No sé cómo se supone que tengo que hablar contigo...

—¿Irracional? —grito con los ojos desorbitados—. ¡Mi carrera está en la cuerda floja porque sientes que he herido tus sentimientos!

—Esto no trata sobre mí, Tess...

—¡Todo es sobre ti!

A mi espalda, las puertas del ascensor se abren con un ding. Le doy la espalda y entro. Él me sigue, por supuesto. Le doy al número nueve con el pulgar y toco una y otra vez el botón de cerrar las puertas.

—Solo hay que darle una vez —dice Troy a mi lado.

—Cállate.

—No vas a conseguir nada por volverle a dar...

—Madre mía, ¿quieres callarte? —grito mientras las puertas vuelven a cerrarse—. ¡Por favor, por una puta vez, cierra la boca para que pueda

oírme pensar a mí misma, joder!

—Dios, estás hecha una furia —masculla—. Creo que la excedencia te viene como anillo al dedo.

Me doy la vuelta y lo miro. Siempre ha sido guapo: ojos oscuros, pómulos cincelados. Rezuma riqueza y sofisticación. También es alto, mide un metro ochenta y nueve. Se obsesionó con entrenar el verano antes de cumplir los treinta. Ahora rellena el traje con esos hombros anchos y ese pecho bien tonificado.

Pero su belleza ya no me distrae como antes. Ahora veo lo que es: vanidad, inseguridad. Se esfuerza tanto en mantener su cuerpo en forma porque quiere despertar el deseo en las mujeres y la envidia en los hombres.

Y sé que ha habido muchísimas mujeres.

Cojo aire y le sostengo la mirada.

—Troy, hemos terminado. Quiero el divorcio.

Abre los ojos como platos justo cuando el ascensor se detiene y pita, luego se abre. Salgo disparada como una flecha, rogando que las puertas lo aplasten al cerrarse. Pero no tengo tanta suerte.

—¡Tess!

Corro por el vestíbulo de la novena planta hacia la oficina principal. Abro la puerta de repente y me precipito hacia delante, ignorando los rostros de sorpresa de las secretarias. Veo el escritorio de Rhonda vacío y siento que se me encoje el corazón. Sigue en sus reuniones, así que no tengo ninguna defensa. Esto va a ser un David contra Goliat y me he dejado el tirachinas en la otra falda.

—¡Tess! Maldita sea, ¿quieres hablar conmigo? —grita Troy.

Abro la puerta de mi despacho, estoy desesperada por poner una pared entre nosotros y las secretarias antes de que me destroce. No puedo soportar que otra gente me vea llorar y no creo que pueda contener estas lágrimas de enfado durante mucho más tiempo.

Suelto la tableta y el café, siento que el pecho me pesa mientras jadeo para recuperar el aliento. Me miro las manos extendidas sobre la oscura madera pulida de mi escritorio de ejecutiva. Siento a Troy absorbiendo todo el aire a mi espalda cuando la puerta del despacho se cierra con un clic. El muy gilipollas tiene el descaro de cerrar el pestillo. El sonido me resuena en el pecho, como si fueran los barrotes de una celda cerrándose.

Me doy la vuelta.

—Quita el pestillo, Troy.

—No quiero que nos molesten —se defiende. Me mira con los ojos oscuros entrecerrados.

—Y yo no quiero sentirme atrapada aquí contigo. Abre la puta puerta antes de que grite.

—Dios, estás paranoica —resopla. Pero hace lo que le he pedido—. ¿Ya estás contenta? ¿Vas a dejar de comportarte como una loca y a hablar conmigo?

—Quiero el divorcio —repito.

—No.

—Troy...

—Tess, no. No voy a dejar que tomes esa decisión ahora mismo. Eres demasiado emotiva...

—¡En eso sí que tienes razón, joder! Esto ha sido cosa tuya, ¿verdad? Fuiste tú el que encontró esas fotos y se las llevó a Dale para quejarte sobre esa cláusula de moralidad de mierda...

Sacude la cabeza.

—Esto no se trata sobre mí, sino de la integridad de PFH...

—Ay, ni te atrevas —le gruño—. Esto va de tu ego y de nada más. Lo que quiero saber es por qué ahora. ¿Por qué esas fotos? Seguro que tienes mejores pruebas...

—Cierto, las tengo —dice, dando un paso hacia delante para invadir mi espacio—. Tengo suficientes pruebas de tus escarceos como para acabar contigo. Pero, como soy buena persona, me he comportado como un adulto y me lo he callado.

Respiro hondo para intentar calmarme.

—Ya sabes que la primera vez que se fue todo al garete yo ya quería el divorcio. Pero tu madre nos animó a que nos lo tomáramos con tranquilidad, a que nos esforzáramos por encontrar una solución. Accedí a ir a terapia de pareja. Fue entonces cuando me enteré de que seguías follándote a las secretarías que yo había despedido.

Resopla y se da la vuelta, pero yo continúo:

—Pero entonces tú madre volvió a pedirme que considerara una separación temporal. —Sé que todo esto lo sabe, pero le gusta olvidarse convenientemente de los detalles importantes—. Me pidió que mantuviera la boca cerrada por el bien de la empresa, por el bien de la familia. Y yo

acepté. Haría cualquier cosa por ella, Troy. Ya lo sabes. Y no parecía importante disolver un certificado de matrimonio siempre y cuando te comportaras...

Se da la vuelta.

—¿Que me comportara? Dios, no soy un niño malo, Tess. Soy un hombre adulto.

—Creía que los dos lo habíamos superado —insisto, acercándome un paso—. Esto solo eran negocios. Apaciguó a tu madre y la ayudó a guardar las apariencias delante de sus amigas. Todos los nuestros saben que se ha acabado. Y que los dos estamos viendo a otra gente...

—Yo he mantenido mis asuntos en privado —grita—. Esa es la diferencia, Tess. Mientras tanto, los tuyos están en las revistas de cotilleos y me hacen quedar como el gilipollas del siglo.

—Ya te he dicho que no fue nada...

—Sí, claro, como si me lo fuera a creer... —resopla.

Una indignación justificada se apodera de mí.

—Nunca te he mentido, Troy. Ese es tu *modus operandi*, no el mío.

Me lanza una mirada asesina.

Después de un momento tenso, suelto un jadeo cansado.

—Dame el divorcio, Troy. Ya es hora...

—No... todavía no hemos llegado a ese punto. —Sacude la cabeza—. No voy a permitir que nos hagas esto.

—¡Pues aquí estamos! En ese punto estamos, joder. Troy, esto ya no es un matrimonio. ¡Es una toma de rehenes!

—Dios, qué dramática eres siempre. No me puedo creer que pensara que podría tener una conversación tranquila y racional contigo sobre este tema. Eres caótica...

—Y tú eres transparente —contraataco—. No te pienses que no sé de qué va esto...

—Va de que estás obsesionada con el trabajo y eres una frígida. Tú me apartaste, Tess. Tú te rendiste de la relación y ¿me culpas a mí por buscar consuelo en los brazos de otra persona? No podía vivir a la sombra de tu indiferencia. Nunca me pusiste a mí primero. Así que sí, Tess, me pongo yo primero —grita, mientras se da con el pulgar en el pecho—. Alguien tenía que hacerlo.

Sus palabras son como una bofetada y reculo.

—De verdad lo piensas, ¿no?

—Es cierto y lo sabes —suelta—. Aunque ni siquiera vayas a admitirlo.

—Sí que te puse a ti primero, Troy. Siempre te pongo a ti primero. Lo he sacrificado todo por ti...

—¿Y qué he ganado con ello aparte de tu resentimiento de mierda? —dice señalándome a la cara con un dedo.

Me aparto con los ojos como platos. Estoy atrapada entre él y el escritorio, se me clava el borde en la cadera.

—Tú no vas a ir de mártir y a convertirme a mí en el villano —dice—. Yo no te pedí que estudiaras Derecho en mi facultad ni que trabajaras en la empresa de mi familia ni que me agobiaras...

—Pero bueno, ¿te agobié o fui indiferente? —lo desafío.

Se gira y maldice para el cuello de su camisa.

—No puedo haber hecho las dos cosas, Troy —le digo a su espalda—. ¿Te puse el primero o el último? ¿O es que ni siquiera lo sabes? ¿Te fijaste en que estaba ahí antes de que me fuera? No, estabas demasiado ocupado con tus fines de semana de golf y tus cenas con clientes y tus novias...

—No le des la vuelta a la tortilla. Siempre lo haces. Retuerces mis palabras y acabo siendo el gilipollas. Yo no soy el problema, Tess. Yo no soy el que ha puesto los cuernos...

—Me engañaste, Troy. Estabas casado conmigo y te follabas a otras personas sin que yo lo supiera o fuera consciente. Esa es literalmente la definición de poner los cuernos.

Lo que me sorprende es mi tono. Tan indiferente. Estoy aturdida. Rota. Ya está.

—Dios, nunca seré suficiente para ti, ¿verdad? —dice—. Siempre soy una decepción. Siempre me quedo corto. Nunca me has respetado, Tess. Nunca me has querido como me merecía.

Cierro los ojos e intento que no me calen sus palabras. No puedo evitar sentirme atrapada ante su presencia, aceptar esta revisión de nuestros diez años de relación pasados por el filtro de la luz de gas.

—Por favor, deja que me vaya —susurro—. Troy, por favor. Quiero el divorcio.

—Y ahora quieres rendirte. Sí, ahora las cosas son duras, pero ¿sabes qué? Así es la vida, Tess. Tenemos problemas que resolver. Pero ahora ¿de

repente se ha acabado? Supongo que ya no sé qué más esperar. Adelante, corre. Eso es lo que mejor se te da.

Señala la puerta, me está echando de mi propio despacho. Pero no estoy segura de si es un truco. No me fío de que me persiga y monte también una escenita delante de nuestros compañeros de trabajo.

—¿De verdad hemos terminado con esta conversación? —Se limita a mirarme fijamente—. Si hemos terminado, ¿puedes irte, por favor?

—Eres tú la que se va por excedencia —me pincha—. No yo.

Por supuesto que él no se va a coger una excedencia. Porque él va por la vida sin sentir nunca las consecuencias negativas de sus acciones. Insensible a la culpa, inmune al criticismo. No, las consecuencias están reservadas para los meros mortales.

Mortales como yo.

Recojo los pedazos rotos de mi dignidad, le doy la espalda y me guardo la tableta en el bolso.

—Espera —dice, de repente habla con una voz más suave. Da un paso adelante, me roza el hombro con la mano y yo me quedo rígida—. Joder, ¿en serio? —Aparta la mano—. ¿Ni siquiera puedo tocarte sin que te encojas de miedo? ¿Ahora me ves como a un monstruo?

Está en mi espacio vital, su cuerpo está a unos centímetros del mío. Me abruma con el olor acre de su loción para después del afeitado que se mezcla con su colonia. Lo conozco demasiado bien. Tengo ese olor tan distintivo bien metido en la psique. Tan masculino...

Este tipo de contacto me hace tomar aire con fuerza mientras me recompongo.

«Por supuesto».

—Es porque él si es un nombre —digo, sin volverme—. ¿Verdad?

Se queda rígido.

—¿De qué estás hablando?

Poco a poco, me doy la vuelta, estamos tan cerca que le rozo el brazo con el pecho. Levanto la mirada hacia él, aferro con fuerza el asa de cuero del bolso.

—Le estás pegando fuego a mi vida ahora porque Ryan Langley es una amenaza para tu masculinidad frágil. Es un joven guapo, estrella de la NHL que tiene estamina para dar y tomar, que gana millones, que lanza esa sonrisa deslumbrante...

—Mi masculinidad no tiene nada de frágil —me espeta—. Y me da igual a quién te folles.

Aunque diga eso, sus ojos lo delatan. Hay fuego en ellos, ascuas que están ardiendo. Está celoso. No me quiere a mí, eso lo ha dejado claro como el agua. Estaba claro cuando todavía follábamos. Hacia el final, los dos estamos agotados, tanto a nivel físico como emocional.

Troy no me desea. Pero tampoco quiere que otro hombre me tenga.

—He tenido una retahíla de amantes desde que nos separamos —digo—. Has sabido de todas. Erica se ha pasado los últimos seis meses prácticamente viviendo conmigo. Pero desde que lo dejamos, solo he estado con mujeres. Puedes ignorar a una mujer. Ellas no son una amenaza ni para ti ni para tu reputación. Pero ha bastado una foto con Ryan para que me destroces la vida. Por fin tienes competición de verdad... y una excusa para inmolarme.

—Estás pirada. Y eres un polvo que es fácil de olvidar. Me apuesto lo que sea a que le costó correrse. A mí siempre me pasaba.

Sus palabras crueles no pueden hacerme daño. Estoy completamente desligada de mi cuerpo, flotando en el espacio y en el tiempo. Y mi vida ya está echando humo, ¿por qué no azuzamos un poco las llamas?

Asiento con los labios apretados.

—Bueno... no parecía quejarse cuando yo estaba de rodillas con su polla metida hasta la garganta y atragantándome con su semen. Tiene un pollón enorme, por cierto. Todavía tengo el coño destrozado y eso que ya ha pasado una semana...

—Cierra la puta boca —gruñe y me agarra por el cuello.

Levanto la mano de manera instintiva y lo cojo de la muñeca.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras me aprieta.

—Troy...

Me empuja contra el escritorio.

—No digas ni una palabra más, puta asquerosa de los cojones —me ordena, casi me roza la boca con los labios de lo cerca que está—. Te lo di todo. Te saqué de la miseria y te di esta gran vida que nunca has valorado. ¡No te mereces mi amor!

Respiro a través de la presión y le aguanto la mirada. Despacio, le aprieto la mano.

—Troy...

—¡He dicho que te calles! ¡Me vuelves loco cuando no cierras el pico y me escuchas!

—Troy..., cariño, me estás ahogando —digo con la voz ronca y una lágrima me cae por la mejilla.

Poco a poco, veo que su expresión de rabia desaparece cuando se mira el brazo y va pasando la vista hasta la mano que me agarra por el cuello. Con un gruñido, la aparta y da un paso atrás.

Jadeo y contengo un sollozo mientras me agarro al escritorio con una mano y me masajeo la garganta con la otra.

«No entres en pánico. No dejes que vea tu miedo», me digo a mí misma. Se me escapa otra lágrima cuando lo veo recular dos pasos.

—Joder, ¿ves cómo haces que me vuelva loco? Crees que no te quiero, pero esto es lo que me haces hacer, Tess. Me haces sentir como un monstruo y lo odio.

—Esto no es amor, Troy. —Me masajeo la garganta, espero que no me haya dejado marca—. Tú no me quieres... y yo no te quiero a ti.

—No puedes decirme cómo tengo que sentirme...

—Esto es posesión —insisto y dejo caer la mano a mi lado—. Lo único que estamos haciendo es causarnos daño el uno al otro y eso tiene que parar. Permitimos que tu madre se saliera con la suya, pero ya es suficiente. Déjame que redacte los documentos. Lo único que tienes que hacer es firmarlos y por fin te librarás de mí. Por favor, Troy...

—Dios..., joder..., deja de insistir —chilla—. Sabes que esto tampoco es fácil para mí, Tess. Yo no me rindo. Yo no pierdo. Yo... Joder, es que acabas de avergonzarme delante de todo el puto mundo.

Vuelve a invadir mi espacio y me mantengo firme, no voy a dejar que vea lo asustada que estoy ni las ganas que tengo de que se marche.

—Me juego el cuello a que querías que te hicieran esas fotos —dice con la cara a unos centímetros de la mía—. A que posaste. ¡Querías retorcer el cuchillo que me has clavado en el corazón! —Se da golpes en el pecho con el puño. Hace un sonido que me provoca pánico, pues me imagino que me da puñetazos a mí.

—No, Troy. Te lo juro...

—No sé cómo vas a reparar este daño —dice por encima de mí—. No sé cómo crees que vas a poder volver después de esto —añade, señalando el despacho.

Me quedo rígida, siento que el corazón se me hiela en el pecho.

—El divorcio debería resolverlo todo. Disolvemos el matrimonio y capeamos los cotilleos. Esto no es la Edad Media, Troy. Las parejas se divorcian a todas horas —lo tranquilizo y le pongo la mano en el brazo—. La gente seguirá adelante...

—No me importan otras personas —dice enfadado, y se aparta de mi mano—. Me preocupo por ti y por mí. Por nosotros. ¿Cómo trabajo contigo después de esto? No hay forma de escapar de tus miradas cargadas de prejuicios y de tus expresiones de dolor mierdosas. No puedo dejar que me arrastres por el suelo y que me pongas a mí como el exmarido que te engañó.

—Troy, yo nunca haría eso. Soy profesional...

—Ya lo estás haciendo —contraataca—. Todos los días apareces por aquí sin que nuestra separación te afecte en lo más mínimo. A ti te resulta muy fácil burlarte de mí y eso no puedo permitirlo. Estoy ascendiendo, todos los días asumo más responsabilidades. Pronto seré socio de pleno derecho.

Me aparto con los ojos como platos.

—¿Qué quieres decir?

—Que esto es más grande que tú y que yo. Se trata de carreras y reputaciones.

Uno las piezas de su amenaza.

—Entonces, ¿me estás diciendo que sigamos casados para proteger tu reputación... o, si no, me despides? ¿Vas a terminar la carrera que he estado construyendo durante diez años por un par de imágenes pixeladas?

—Lo que quiero decir es que tienes que pensar qué te importa más —replica mientras se mete las manos en los bolsillos—. Ya sabes, tú también tienes una reputación. No me gustaría nada que tomaras una decisión irracional. Dices que soy yo el que le está prendiendo fuego a las cosas, Tess, pero eso no es cierto. Eres tú quien tiene la cerilla. Ahora mismo, eres tú quien tiene el poder, no yo. Y lo que hagas con él depende de ti.

Se da la vuelta y avanza hacia la puerta, es como si me quitara el aire de los pulmones.

Me siento vacía. Hueca.

—Te daré un par de días para que te tranquilices y lo sopeses todo —me dice por encima del hombro. Luego, mientras abre la puerta, añade—: Y no

te preocupes..., no les voy a pedir a los de seguridad que te acompañen hasta la salida. No soy tan cabrón como tú te crees, Tessy. Pero deberías ponerte manos a la obra y despejar esto antes de la hora de la comida... Déjanos que limpiemos tu estropicio.

10

Tess

Las llaves repiquetean cuando las dejo en la isla de la cocina y miro sin pestañear la amplia extensión de mi apartamento.

Fuera está lloviendo. A cántaros. Una cortina de aguanieve helada se desliza despacio contra la pared de cristal provocando un rítmico rata-tat-tat. Los truenos resuenan en la distancia, pero me retumban en el pecho.

Despacio, levanto una mano y me la pongo en la mejilla mojada. La aguanieve es tan fría que casi siento que me arde la piel. Estoy empapada. Podría haber pedido un Uber, pero había algo poético en caminar a casa bajo una nevisca heladora en mi momento de máxima desgracia, despedida por haberme atrevido a bailar con un jugador de hockey guapo en la boda no tan privada de mi mejor amiga.

La única luz que hay en el piso proviene de un árbol de Navidad que hay en la esquina. Las luces multicolor parpadean cada cierto tiempo. Me encantan esas estúpidas lucecitas. Troy solo quería que pusiéramos luces blancas en el árbol. Mi primer acto de rebeldía fue comprar luces de colores la primera Navidad que viví con Rachel.

Me quito los tacones y les doy una patada para apartarlos a un lado. Dentro de las medias negras, siento los dedos helados y el frío se me cala hasta los huesos. Poco a poco, me aparto la mano de la cara y me la llevo a la bufanda. Le deshago las dos vueltas y la tiro en el suelo, cae con un plop húmedo. Luego me desabrocho los botones del abrigo Antonio Melani y me lo sacudo de los hombros.

Conforme voy avanzando, me vuelvo más frenética y me saco la camisa de seda que me he metido por la falda. Se me acelera la respiración mientras me desabrocho los botones y arranco uno sin querer. Repiquetea

contra la encimera. Necesito quitarme la ropa. Toda. Ahora. No puedo respirar.

Bajo la cremallera de la falda y me la deslizo por las caderas, luego me la saco por los pies. Entonces, me llevo los brazos a la espalda y toqueteo los corchetes del sujetador con los dedos helados. Cuando lo consigo desabrochar, jadeo y me lo bajo por los hombros. Me quedo ahí plantada en la cocina sin nada más que las medias y las bragas. Me abrazo con fuerza y lloro. Estoy tan enfadada que podría gritar. De hecho, lo hago. Bien fuerte. Es algo salvaje y bruto, pero no es suficiente para aliviarme. Me duele la garganta cuando aumento la intensidad.

—Joder —grito—. ¡Joder, joder!

En el bolsillo del abrigo, suena una notificación del móvil. Me quedo aquí de pie, me pesa el pecho mientras recupero el aliento.

Ding.

Ding.

Agarro el abrigo y saco el teléfono. Desbloqueo la pantalla con el pulgar. La aplicación de mensajes brilla.

> RACHEL (11:03): Bueno, se ha descubierto el pastel.

Me manda otro mensaje con varios enlaces a algunos de los artículos que hablan sobre su boda secreta sorpresa.

> RACHEL (11:04): Fue alguien del cáterin. Al parecer, la sabandija estuvo toda la noche haciendo fotos
> y se las vendió a TMZ. Zorra. Espero que le parta un rayo.

Si soy sincera, no me sorprende. No iban a poder mantenerlo en secreto mucho tiempo. Saber que fue una de las empleadas del cáterin la que nos hizo las fotos a Ryan y a mí no sirve de nada para aliviar el aprieto en el que me encuentro. Excedencia con efecto inmediato.

Suena otra notificación y bajo la mirada a la pantalla.

> RACHEL (11:07): También dejé que Poppy hiciera unas cuantas fotos. Tienen mucha mejor calidad

que las de la sabandija escurridiza con el zoom a tope. He pensado que esta te gustaría.

Me manda una imagen. La abro con el pulgar y se expande por toda la pantalla. Es una toma espontánea, somos unos cuantos sentados en uno de los sofás del salón. Ilmari está en un extremo, sí que parece un oso finés de la cabeza a los pies. Lo que hace que me detenga es que está claro que se está riendo, pues tiene la boca abierta y unas arruguillas en la comisura de los ojos. Le pasa un brazo a Rachel por los hombros, que está apoyada en él, pero mirando para otro lado. Yo estoy a su lado, también inclinada y medio riéndome. Tengo la mano un tanto levantada, como si intentara atrapar la sonrisa antes de que se me escapara.

A mi lado hay dos Rays: Morrow y Novikov. Creo que los dos son defensas. Jake está detrás del sofá, agachado para meter la cabeza entre sus dos compañeros; estos tres también se están riendo. El capitán, Sully, está sentado en el otro extremo del sofá, está diciendo algo con una sonrisa.

Ni siquiera me acuerdo de qué nos estábamos riendo. Salimos muy naturales, como si nos encontráramos muy a gusto. No sé por qué, pero los ojos se me llenan de lágrimas. Enderezo el móvil y minimizo la foto para leer otro mensaje que me ha mandado mi amiga.

RACHEL (11:09): Me alegro de verte tan feliz. Los chicos están dispuestos a nombrarte Ray honorífica.

Vuelvo a darle a la foto y hago zoom en las caras. Sí que parezco feliz. Sí, estaba contenta.

Miro alrededor de mi apartamento y una profunda sensación de soledad se apodera de mí. Me fijo en la única fuente de luz que hay en la estancia: el árbol de Navidad. El que compré y decoré con Rachel. Más recuerdos felices: cuando hicimos ponche de huevo y la pifiamos porque le echamos demasiada nuez moscada, cuando bailamos villancicos en ropa interior, cuando tomamos comida china en el sofá.

Antes era feliz a todas horas. Me reía y amaba en voz alta. Antes era salvaje. Antes era libre. He intentado encontrar el camino para volver a ser esa chica que bailaba en bragas. Rachel me ayudaba a encontrarla.

La echo de menos. Me echo de menos.

Las lágrimas me caen por las mejillas al ver que las luces de Navidad parpadean y cambian de color: rojo y azul, verde y rosa.

Parpadean, rojo y azul.

Parpadean, verde y rosa.

Parpadean, rojo y azul.

—A tomar por culo —digo, he tomado una decisión. Sí que soy esa chica.

Dejo el móvil en la encimera y camino por el piso hasta mi habitación, voy directa al vestidor. La determinación me arde en el pecho como si fuera un fuego cálido cuando agarro la maleta, vuelvo al dormitorio y la dejo en la cama. La suelto y abro la cremallera.

«Soy libre —me repito mientras empiezo a hacer la maleta—. Soy salvaje y divertida y libre que te cagas».

—¿Es esta la casa, señora? —pregunta el conductor del Uber desde el asiento delantero. Es difícil oírlo con todo el ruido de la lluvia que cae a cántaros sobre el coche. Los parabrisas se mueven todo lo que pueden, pero apenas se ve nada.

Echo un vistazo por la ventanilla empañada y limpio un poco el cristal helado con el puño.

—Dos más —le grito al conductor—. La grande del final que tiene las luces encendidas.

Avanza con el vehículo hasta que se detiene en una casa preciosa envuelta en la oscuridad. Unas luces doradas destacan entre la lluvia e iluminan la hierba y una camioneta enorme que está aparcada en el camino que lleva al garaje.

—¿Esta? —vuelve a preguntar el conductor.

—Sí —respondo, y le doy a la pantalla del móvil para cerrar el viaje.

—Pues déjeme que la ayude con las maletas.

—Ay, no —grito mientras le doy unas palmaditas en el hombro—. Usted abra el maletero y ya las cojo yo. No se moje, ¿vale?

—Gracias, señora. —Está claro que se siente aliviado—. Sabe nadar, ¿verdad?

—Por supuesto —respondo mientras abro la puerta.

Llueve a mares y grito mientras corro a la parte trasera del coche hacia el maletero. Saco el equipaje a toda prisa. Me paso el maletín del ordenador por el hombro y la correa se me queda entre las tetas. También llevo una mochila llena de ropa y zapatos que pesa un huevo. Por no mencionar las dos maletas de ruedas gigantes. Estoy calada hasta los huesos cuando subo por el camino del garaje, aunque la tormenta amortigua el ruido de las ruedas.

Suelto el aire y toco el timbre. Dentro de la casa ladra un perro. Espero agarrada a las maletas. El agua me chorrea por el cuello, entre las tetas y por la punta de la nariz.

La puerta se abre y Jake aparece ahí plantado. Solo lleva unos pantalones cortos de chándal y una bolsa de patatas fritas en la mano.

—Tess —chilla.

—Hola, Jake —saludo. De repente, me siento cohibida. Poseidón sale como un rayo y me revolotea entre las piernas. Está temblando de la emoción—. Hola, cachorrito —lo arrullo y lo acaricio.

Sonrío cuando me lame la mano.

—¿De dónde has salido? —dice Jake, que mira detrás de mí como si estuviera buscando una nave alienígena o un dispositivo de teletransporte.

—Eeeh, del aeropuerto —admito, encogiéndome de hombros.

—¿Yo sabía que venías? —pregunta. Entonces jadea y ahoga un grito—. Madre mía, ¿me he olvidado de recogerte?

—No —digo riéndome—. No, he venido de improviso.

—Ay, menos mal —dice, y se lleva la mano libre al pecho como si intentara evitar que el corazón se le saliera—. Rachel me habría obligado a dormir en el sofá durante una semana si hubiera dejado a su amiga tirada en el aeropuerto... Bueno, tirada y empapada —añade mientras me mira de la cabeza a los pies—. Dios, entra. —Con la mano libre, agarra una de las maletas y la mete dentro mientras da un paso atrás para dejarme sitio.

Poseidón me da vueltas alrededor de los pies mientras yo arrastro la otra maleta. Entro en el espacioso y luminoso recibidor chorreando agua por todas partes.

—Parece que has venido nadando —se burla Jake mientras suelta la bolsa de patatas en el mueble de la entrada—. Seattle se va a emocionar muchísimo cuando te vea.

Me quedo rígida, todavía aferrada al bolso.

—¿Está aquí?

—Nah, Cay y ella se han ido a cenar fuera y a ver una peli —responde —. Él está a tope con eso de la «felicidad marital en el hogar». Es adorable, como ver a un chimpancé en patines.

No puedo evitar sonreír al imaginarme a Caleb Price casado y hogareño. En cierto modo, me siento aliviada de que Rachel no esté aquí. Sé que voy a perder la compostura en cuanto la vea. Sabe leerme como si fuera un libro abierto. Me hará contárselo todo y todavía no estoy preparada para eso.

—¿Quieres que la llame? —me pregunta mi anfitrión, mientras se mete la mano en el bolsillo del pantalón—. Estoy seguro de que pueden acortar la cita...

—No —añado enseguida—. Es que... eeeh... bueno, en realidad no he venido a verla a ella.

Jake me mira entrecerrando los ojos.

—Entonces, ¿a quién has venido a ver?

—Bueno... la verdad es que he venido a ver a Ilmari.

Abre los ojos aún más, si es que eso es posible.

—¿En serio?

—Sí. ¿Está en casa? —Miro por encima de su hombro hacia el pasillo.

—¡Eh, Mars! —grita—. Ven aquí. ¡Ahora mismo, joder!

En unos segundos, Mars aparece por la esquina del salón. Igual que Jake, solo lleva unos pantalones de deporte cortos. Tiene el pelo rubio suelto y le cae por los hombros. Nunca lo había visto con el pelo suelto. Con la barba y ese ceño fruncido, sin duda termina de rematar la estética de vikingo.

Jake Price está mazado, pero Ilmari Price está literalmente tallado en piedra... Tableta de chocolate, V marcada y pectorales con los que podría partir peñascos. Avanza por el pasillo con una bolsa de pistachos abierta en la mano. Abre los ojos como platos cuando me ve.

—¿Has pedido una pelirroja buenorra? —le dice Jake mientras me señala con el pulgar.

—No —responde Ilmari.

Paso la mirada del uno al otro. La bola de emociones que tengo en la garganta me está dejando sin aire. La tengo atascada ahí desde que me ha dado el venazo de pedir un Uber para que me llevara directa al aeropuerto de Cincinnati.

—¿Te estábamos esperando? —me pregunta Ilmari.

—No —respondo, de repente me he quedado sin aliento.

Ay, mierda, aquí viene el diluvio universal. Joder, cómo odio llorar. Antes de que pueda impedírmelo a mí misma, me acerco a él. Sollozo mientras le paso los brazos por el cuello, me pego a él y lloro contra su hombro descubierto. La mano en la que tiene los pistachos se le queda aplastada entre los dos y la bolsa cruje.

Se queda rígido y masculla algo en finés. No sé qué parte odia más, si el abrazo o las lágrimas.

—¿Qué cojones has hecho? —le grita Jake a Ilmari.

—Nada —dice Ilmari indignadísimo mientras me da unas palmaditas torpes en el hombro.

—Pues estaba bien hasta que has llegado —lo acusa el otro. Se me acerca y me pone la mano en el otro hombro—. ¿Tess? ¿Estás herida?

—No. —Me sorbo la nariz y me agarro con más fuerza a los hombros del finés.

—¿Estás huyendo de la ley? ¿Te tenemos que esconder?

—Dios, Jake... —masculla Ilmari.

—Bueno, es que no tengo ni puta idea —dice—. Cay la llama Tornado por algo. A lo mejor ha jodido algo y ahora se está dando a la fuga. Ahora mismo no podemos permitirnos ocultar a una fugitiva, Mars. Mañana nos vamos a Winter Classic. Y te aseguro que no pienso que me metan entre rejas por ser su cómplice. ¿Estás de coña?

—Nadie va a ir a la cárcel —responde Ilmari—. Dale un rato para que se recomponga y ya nos contará lo que hace aquí.

—¿Qué demonios me he perdido? —Jake nos señala—. ¿Desde cuándo sois tan buenos amigos?

—No lo somos —respondemos Mars y yo al mismo tiempo.

—Haz algo útil y trae algo para que se seque —añade el vikingo mientras le estampa la bolsa de pistachos a su compañero en el pecho.

Jake la coge resoplando.

—Claro, voy a por una toalla. Ya que estoy, ¿también quieres que me vaya a la mierda?

—Ahora, Jake —le ordena Mars.

El aludido se marcha y el perro se va detrás de él.

—Tómate tu tiempo —me dice Ilmari y siento que su cuerpo se relaja un poco contra el mío.

Que me dé permiso es como abrir las siguientes compuertas. Me deshago en lágrimas mientras me agarro a él y sollozo, suelto todo lo que he estado conteniendo durante todo el día. Estaba en mi apartamento y, de repente, estaba en el mostrador de la aerolínea Delta. Siempre me he sentido muy segura cerca de Rachel, desde la noche en que nos conocimos. Sus maridos también me hacen sentir segura. Me dijo que soy una Ray honorífica. Ahora mismo, eso me parece maravilloso.

El perro ladra de emoción cuando regresa Jake con una toalla de la playa en la mano.

No hago más que sorber por la nariz, aunque contra Ilmari me siento relajada. Le bajo las manos de los hombros a los codos, me aparto y lo miro a la cara de preocupación. Tiene los ojos azules clavados en mí, está esperando a que hable.

Jake me pone una toalla sobre los hombros y luego hago la pregunta que he estado ensayando desde que salí de casa:

—¿El puesto de trabajo sigue disponible?

11

Tess

—¿Estás segura de que no vas a cambiar de idea? —insiste Rachel mientras se guarda la tableta en la mochila y la cierra con cremallera.

—Por millonésima vez, sí —respondo con un gruñido.

—Porque se puede solucionar con una llamada de teléfono —añade—. Vuelo, hotel, asientos en palco... todo incluido. Nochevieja en la Gran Manzana.

—Por muy divertido que suene, la verdad es que solo necesito un minuto y... recomponerme.

Me mira como si me estuviera evaluando, como si esperara que me resquebrajara.

Apoyo la cadera contra la isla de la cocina, me cruzo de brazos y le devuelvo la mirada.

Fue anoche cuando llegué por sorpresa y Rachel y los chicos llevan toda la mañana ocupados cargando el coche en la camioneta de Ilmari para ir al aeropuerto. Este fin de semana tienen el Winter Classic en Nueva York, lo que significa que tendré la casa para mí sola.

Bueno, para mí y para el perro. Ahora mismo está persiguiendo a los chicos por el jardín delantero mientras cargan el equipo en el maletero.

—Te prometo que voy a estar bien —le digo—. Si te soy sincera, lo estoy deseando. Pasearé por la playa con el perro.

—Ya, si no le tiras la pelota como mínimo una vez al día, se le va la olla —dice Jake, que se acerca a su esposa y le quita la mochila que lleva a la espalda—. ¿Solo te queda esto, nena?

Ella asiente con la cabeza, él se cuelga la bolsa al hombro y luego le da un beso en la frente.

Con el traje gris hecho a medida y la corbata gris, parece un sueño hecho realidad. Ilmari también se ha vestido de punta en blanco. Al parecer, todos los jugadores tienen que ir con traje para montar en el avión. Es una de las reglas de las NHL. Rachel dice que todos se cambian de ropa en cuanto despegan, lo que significa que tiene estriptis gratis mientras se atiborra a cacahuetes y Coca-Cola Light. Esa imagen es suficiente para que me plantee reconsiderar la oferta de ir con ellos.

—Te he dejado tres tarrinas de Cherry Garcia en el congelador —dice Jake—. Y la comida del perro está en la despensa, abajo a la izquierda.

—Gracias, Jake —respondo—. Es mi helado favorito.

—Lo sabe —responden Caleb y Rachel al mismo tiempo.

Con una sonrisilla de suficiencia, Jake se ajusta la mochila de Rachel en el hombro y se dirige al vestíbulo.

Caleb lo deja pasar y luego entra en la cocina. Lleva su polo de los Rays y unos pantalones de chándal. Le veo el tatuaje del brazo muy de cerca cuando lo estira para coger un plátano del frutero. Jadeo y me echo para atrás mientras él se da la vuelta y se lo lanza a Ilmari sin decir palabra, pues el finés acaba de reunirse con nosotros en silencio.

Me siento en medio, como el jueves. Tienen su vida y vengo yo y me atrevo a acampar aquí durante los siguientes... quién sabe cuánto tiempo. ¿Días? ¿Semanas? Le dije a Ilmari que lo ayudaría a levantar su asociación sin ánimo de lucro. Tampoco es que tenga nada mejor que hacer mientras me enfrento a los términos de mierda de la excedencia temporal.

—¿Qué? —dice Rachel, que me lee como si fuera un libro abierto.

—Nada —respondo, y le lanzo a Caleb una sonrisa mientras pasa a mi lado sin decir palabra.

—Sí que pasa algo —insiste mi amiga—. ¿Has cambiado de idea sobre lo de venir con nosotros?

—No —digo mientras observo a Ilmari que también se marcha—. Es solo que es un poco raro, ¿no?

—¿El qué es raro?

—Estar aquí. Es raro, ¿verdad?

Mi amiga suelta una carcajada.

—Tess, hemos vivido juntas casi tres años. Me conozco tus costumbres mejor que las de ellos.

—Pero ahí es donde quiero llegar —insisto—. Rach, te acabas de casar. Todavía os estáis conociendo. Y yo estoy en medio...

—No —dice mi amiga mientras rodea la isla—. No vas a hacer esto. No vas a convencerte a ti misma de largarte.

—Rach...

—He estado tres putos años esperando a que por fin veas las cosas con claridad. Y, ahora que has llegado a ese punto, no vamos a echarnos para atrás. ¿Me has escuchado? Vas a volver a rastras a Cincinnati por encima de mi cadáver.

—Nena, tenemos que irnos —grita Jake desde la entrada.

—Enseguida voy —responde ella. Entonces se centra en mí—. Escucha, si te parece raro quedarte aquí, tenemos otro sitio en el que te puedes quedar.

—¿Otro sitio? ¿Ahora eres la magnate de un imperio inmobiliario, Rach?

Dibuja una sonrisa de satisfacción.

—No, a la antigua casa de Ilmari. Es una casita de madera muy mona que está a quince minutos de aquí. Justo en la carretera intercostal...

—No puedo hacer eso —grito.

—¿Por qué no?

—Bueno... porque es su casa. Quedarme aquí con los chicos y contigo es raro, pero quedarme en casa de Ilmari es... mucho más raro.

Se mete la mano en el bolsillo.

—Tampoco es que la esté usando. Ahora vive aquí, ¿recuerdas? Es solo que todavía no la ha vendido. Toma... —Saca una llave plateada del llavero y me la tiende—. Considéralo parte del contrato, señora directora de operaciones. Pero ten en cuenta que una casa libre significa que tienes que cuidar al perro... ya sabes, cuando no estés cuidando tortugas.

No puedo evitar sonreír cuando extiendo la mano y cojo la llave.

—Te enviaré la dirección cuando estemos en el coche —dice.

—Gracias, Rach —murmuro, ya me jode volver a tener los ojos llenos de lágrimas. Si no consigo pasarme un día de las vacaciones sin llorar, me meteré en el océano y me uniré a las tortugas para siempre.

—Eh —me dice, y me apoya una mano en el hombro—. Te quiero.

—Lo sé —respondo con una sonrisa entre las lágrimas—. ¿Qué parte de mí no se puede querer?

—Exacto. Eso es lo que llevo tres años diciéndote. Eres una diosa y te mereces que te adoren y que te veneren. Altares, incienso encendido... quizá algunas orgías rituales.

—¿Quieres irte ya? —Me río y le doy un empujoncito—. Si no, Mars te va a llevar a rastras.

—¿Te vas a quedar?

Cierro el puño alrededor de la mano y asiento.

—Bien. —Por fin, avanza hacia la puerta—. Ah, y una cosa —dice, mirando por encima del hombro—. Hay una sauna en el patio trasero y es divina. Pruébala.

La sigo por la cocina hasta el vestíbulo, mirándole la nuca con los ojos entrecerrados.

—Habéis follado dentro, ¿verdad?

—No voy a hacer comentarios al respecto —responde riéndose.

Suspiro.

—Sí, habéis follado. Porque eres una perra calenturienta y nunca tienes suficiente.

—¿Acaso puedes culparme? —se burla mientras abre la puerta principal —. Agénciate un jugador de hockey y ya me contarás si tienes suficiente.

—¿Eso es una invitación? —vuelvo a provocarla.

—Tranqui, tía. Los Rays son terreno prohibido, ¿recuerdas?

Me da un vuelco el corazón al acordarme del baile con Ryan y del beso que quería y que no conseguí. Cuando mi amiga está a punto de salir por la puerta, extiendo la mano y le acaricio el brazo.

—Oye... ¿Lo dices de verdad? ¿Para ti es una línea roja?

Se gira y me mira a los ojos.

—Ay, Tess, ¿qué has hecho?

—Nada —chillo, indignadísima.

—Tess...

—Nada —repito, pero esta vez me río. Pero entonces me aprieto las tetas y le guiño un ojo con picardía—. Todavía.

—Te odio muchísimo —dice sacudiendo la cabeza.

—Me quieres, ¿recuerdas? Acabas de decirlo.

—¿Cuándo dices que te vas?

—Hoy. Y me llevo al perro conmigo —la provoco.

—Devuélvelo el domingo por la noche si no quieres que Caleb llore —dice cerrando la puerta.

Poseidón revolotea entre mis pies, es la única compañía que me queda. Me alaga que piense que soy más interesante que esa cesta que rebosa juguetes. Me mira parpadeando con esos preciosos ojos azules y moviendo la cola blanca y negra despacio de un lado al otro.

—¿A ti qué te parece, amiguito? ¿Te apetece venir conmigo en el coche?

Eso le hace salir corriendo como si tuviera un petardo en el culo. No hace más que aullar y lloriquear mientras sube por las escaleras. No tengo ni idea de qué demonios estoy haciendo con mi vida, pero por ahora me parece muy buena idea tomar un café y dar un paseo con el perro por la playa.

Y quizá esta noche pruebe la sauna... después de desinfectarla.

12

Ryan

—Oye, tío, ¿me puedes subir esto? —Cade Walsh me tiende el brazo por encima del asiento para pasarme su mochila. Es el tercer suplente del defensa y un novato, pero no te clava los codos y siempre viaja con un montón de snacks, así que le dejo que se siente a mi lado.

Le cojo la mochila sin decir palabra y la meto en el compartimento de arriba, al lado de la mía, cuando oigo que me suena el móvil. Me lo saco del bolsillo mientras Novy se abre paso a codazos.

—Joder, gilipollas —mascullo mirándole fijamente la nuca.

—Disculpa —dice Morrow que también pasa por mi lado.

Los dos se han estado comportando de una forma extraña desde que estuvimos en Los Ángeles. Por lo general, Novy siempre está haciendo bromas, es el alma de la fiesta, aunque también es un capullo con malas pulgas. Y Morrow es uno de los chicos más majos del equipo. Ahora mismo, tiene los hombros tensos de la frustración. Veo que se sientan en asientos opuestos en la misma fila junto al pasillo y se cruzan de brazos como si fueran dos enamorados enfurruñados.

Da igual. Sus movidas no son problema mío.

Abro la aplicación de los mensajes y le doy al primero de todos. Es de mi agente, Mike Kline. Con el corazón en la garganta, me dejo caer en mi asiento. Le doy a reproducir al audio y lo escucho.

—Eh, Ryan. Sé que a lo mejor ya estás en el avión... —dice su alegre voz—, pero puedes escucharlo cuando aterrices...

—¡Oye, Langers! ¿Quieres jugar al Mario Kart? —grita Sully, que está dos filas por delante.

—¡Vamos a dejarte con el culo al aire! —dice Perry, que está justo detrás de mí dándome golpes en el hombro.

Todos los chicos de nuestra sección del avión se ponen a gritar:

—¡Me pido Yoshi!

—Dame un segundo, que me apunto.

—Tú siempre juegas con Yoshi, gilipollas...

—Que se quede con Toad...

—Shhh —los acallo mientras agacho la cabeza. Le doy al botón lateral del teléfono para subir el volumen al máximo y vuelvo a escuchar el mensaje de voz.

«... ya estás en el avión..., pero puedes escucharlo cuando aterrices. Tú...».

—Tío, ¿qué haces en mi regazo? —Walsh me empuja.

—Cállate. —Le doy a la opción de «guardar» para que no se me borre el mensaje.

MK sigue hablando: «... siempre puedes llamar cuando...».

—Tío, venga ya. Parece que me estás haciendo una mamada. Levántate —insiste Walsh y me vuelve a empujar.

—Langers, ¿te apuntas o no? —dice Perry, que mete la cabeza entre mi asiento.

—¡Joder! —Me pongo en pie de un salto. Me giro sobre los talones y salgo corriendo por el pasillo hasta el fondo del avión. Paso por delante del personal de apoyo y, en el proceso, casi me tropiezo con la correa del bolso de Poppy hasta que llego al *galley*.

—Señor, tiene que sentarse —dice la asistente de vuelo.

—Tengo que mear —digo mientras empujo la puerta del retrete.

—Señor, tiene que esperar...

No la dejo terminar. Me meto dentro del urinario minúsculo y cierro de un portazo. Mientras miro mi propio reflejo en el espejo, vuelvo a reproducir el mensaje por tercera vez.

«Eh, Ryan. Sé que a lo mejor ya estás en el avión..., pero puedes escucharlo cuando aterrices —escucho la voz de MK por el altavoz—. ¡Lo has conseguido! El acuerdo de patrocinio es todo tuyo, amigo mío. Nike nos enviará el contrato preliminar hacia el final del día. Te quedará más o menos un millón limpio antes de impuestos, que te pagarán a plazos, por supuesto. Te he enviado todos los detalles en un correo, pero siempre puedes llamarme cuando aterrices. ¡Enhorabuena!».

El mensaje se acaba y yo me quedo ahí plantado, mirando mi reflejo. Tengo la camisa blanca desabrochada y con el cuello suelto. Tengo los rizos rubios metidos detrás de las orejas y pegados con gomina. Llevo un par de días sin afeitarme..., pues he estado demasiado ocupado porque mi madre y mi hermana han pasado aquí las Navidades..., pero me gusta cómo me queda.

Parezco mayor. ¿Cuándo ha pasado esto? Antes, cuando miraba en el espejo, siempre veía a un chavalín que jugaba al hockey. Las camisetas de los torneos, las gorras hacia atrás, la estúpida melena desgreñada.

Dibujo una sonrisa de satisfacción. El hombre del espejo responde a mi sonrisa. Tiene mis ojos. Y un contrato multimillonario con la NHL. Es un hombre que lleva un traje hecho a medida, unos zapatos Tom Ford y, en la muñeca, un cronógrafo estilo Mónaco de TAG Heuer. Es un hombre que acaba de conseguir un acuerdo de patrocinio con Nike por un millón de dólares.

Ensancho la sonrisa y siento que se me acelera el corazón.

—Lo he conseguido —le digo a mi reflejo.

Lo estoy consiguiendo. Estoy viviendo mi sueño. Llevo escalando esta montaña desde que me puse aquel primer par de patines con seis años. He luchado, me he sacrificado y he entrenado durante muchísimo tiempo. Y no ha sido fácil. Todas las cartas han ido en mi contra desde el principio. Nos hizo falta una beca del gobierno para que yo pudiera terminar el colegio, la beneficencia me pagó el equipo de hockey, las subvenciones me hicieron llegar a los equipos adecuados.

Pero lo he conseguido. Trabajé y sacrifiqué casi todo para llegar a ser un deportista de primera división. Entonces me eligieron para la primera ronda del *draft* de los Sharks de San José. Ahora soy un Ray... y el representante de Nike.

No mencionaremos mi breve periodo como modelo de champú. Nunca.

Se me ensancha la sonrisa. ¿A quién estoy engañando? Los chicos se meten conmigo por eso a todas horas. Hace dos semanas, Novy puso el anuncio antes de que los entrenadores nos enseñaran las grabaciones de los partidos. Todo el mundo se rio y me tocó el pelo. A ver si también se ríen cuando les cuente lo de este acuerdo de patrocinio.

Toc, toc.

—Señor Langley, tiene que regresar a su asiento —dice la asistente de vuelo—. Ahora.

—¡Ya voy! —grito, y me meto el móvil en el bolsillo. Le echo una última mirada a mi reflejo en el espejo antes de volver a mi asiento para el despegue.

13

Ryan

Esta noche, el Yankee Stadium está cargado de electricidad, hay cuarenta mil aficionados celebrando Nochevieja. La tundra se convierte en una jaula de ruido blanco cuando intento bloquear todo lo que está más allá del plexiglás para concentrarme. El helador frío invernal me congela los pulmones y lo siento afilado y metálico en la garganta.

Estamos a mitad del segundo periodo y vamos perdiendo por uno. Esta noche, los Habs están jugando como si fueran leones. Sus delanteros están clavando codos y haciendo placajes con ganas. Es una mierda porque esto solo es un partido amistoso. No hay ninguna razón para que estos tíos nos estén haciendo placajes con tanto ímpetu. Si no se calman, alguien va a resultar herido.

Resoplo como un caballo de carreras cuando me pongo en posición para el cara a cara. Sully se coloca en el centro. Karlsson también patina hasta su posición al otro lado del círculo y me hace un gesto con la cabeza. El jugador que tiene a la izquierda es el peor de los que nos han tocado esta noche. Veo en los hombros de Karlsson que ya ha tenido suficiente juego duro por hoy. Solo tenemos que decir una palabra para que nuestros defensas les metan caña. A ver si al número 82 le gusta que el tren de mercancías que es Novikov lo estampe contra las vallas.

El árbitro se acerca patinando y todos nos tensamos, estamos listos para que caiga el disco. No despego la mirada de su mano. Agarro el stick, respiro hondo y cuento los segundos.

«Concentración. Velocidad. Control».

Ese es mi mantra. Centrarme en el disco. Moverme rápido. Controlar el stick.

«Levanta la vista».

El disco cae, Sully apenas consigue hacerse con el control y me lo pasa a mí. En cuanto golpea mi stick, vuelvo a la vida y salgo corriendo a toda velocidad para que el tío que me sigue se quede atrás. Pero lo tengo encima. Lo oigo respirar como un mastín contra el bozal, es una respiración espesa y llena de babas. Clava el stick, casi hace que me tropiece, y forcejea para intentar arrebatarme el disco.

«Joder, vas a perderlo».

Tengo que librarme de él. Me va a embestir contra las vallas. No va a ser amable y no puedo llevarme otro golpe. Ya me duelen las caderas y los hombros del porrazo que me he llevado en el primer periodo. Necesito que esta mierda termine. Ahora.

«Levanta la vista».

Recorro la pista con la mirada y le doy al disco con todas mis fuerzas. Sale disparado por el hielo hasta Karlsson y me he librado de que me estampen contra las vallas. Avanzo a trompicones para seguir a Karlsson y a sus agresores mientras persiguen el disco por la línea azul. Hay un defensa listo para presionar y Karlsson tiene que pensar rápido. Desliza el disco entre los dos jugadores y se lo lanza limpio a Sully, que rodea la portería con él.

Sé lo que está haciendo y estoy preparado. Quiere pasármelo y que yo tire a puerta desde el córner. Pero un morrón rojo destella a mi espalda y me pierdo el pase que me hace Sully. Perdemos la posesión del disco y este se desliza por el hielo hasta la zona defensiva.

La defensa de los Rays está preparada. Morrow y Novy son como dos alces canadienses y Mars es nuestro oso finés que protege la red. Novy se disputa el disco delante del área de gol y se lo manda por el hielo a Karlsson. El disco chirría.

«Concentración. Velocidad».

Hago acopio de fuerzas y corto el hielo con las cuchillas para llegar a mi marca y que Karlsson pueda pasármelo. Soy más rápido que el tío que me sigue. Rasgo el hielo para librarme de él. Miro hacia atrás justo a tiempo para ver que Karlsson está acorralado. Le devuelve el disco a Morrow.

«Levanta la vista».

Dirijo la mirada al plexiglás y una cabeza llena de rizos pelirrojos con una sonrisa enorme hace que el corazón se me pare en el pecho. Tiene la

mano pegada al cristal mientras grita sin apartar los ojos de mí. ¿Ha venido? ¿Cómo es posible que...?

El repentino flashazo de la cámara de un teléfono que se refleja en el plexiglás me ciega y parpadeo mientras aparto la mirada.

«Concentración...».

—¡Langley!

—¡Aaah!

El tiempo se detiene y mi cuerpo registra dos cosas al mismo tiempo. Primero, siento que vuelo. Floto a cámara lenta, los milisegundos se ralentizan, las piernas se me desploman. Segundo, siento muchísimo dolor. Me irradia de la rodilla y me sube por la cadera por debajo de la piel. Joder, es como un latigazo.

Muerdo el protector bucal con tanta fuerza que podría romperme los dientes y me preparo para el impacto. El casco golpea el suelo justo a la altura de la frente. Hombro. Cadera. Rodilla. Vuelvo a gritar y ruedo para ponerme de lado. Me olvido del stick y me llevo las manos enguantadas a la rodilla para intentar estabilizarla. Si me he roto algo, tengo que ponerlo en su sitio.

—Gilipollas de mierda —grito mientras el delantero de los Habs se pone en pie tambaleándose.

—Lo siento —dice mientras se aleja para perseguir el disco.

El pánico se mezcla con la adrenalina. Ambos deciden amortiguar el malestar de la rodilla que late e irradia punzadas de dolor.

«La rodilla no. Por favor, Dios, la rodilla no».

No soy nada sin el hockey. Mi familia me necesita. Mi hermana, mi madre... Yo soy su único apoyo. Y este deporte es el único modo que tengo de ganarme la vida. Si me he jodido la rodilla... Si esto es el final...

El pánico le gana la batalla a la adrenalina cuando oigo el silbato. Por fin se han dado cuenta de que me he caído y de que no me he levantado. Sé que solo han pasado unos segundos. En algún punto más allá del plexiglás, Tess me está viendo tirado en el hielo. ¿Era ella? ¿Me la he imaginado? No tengo ni idea. Ahora no puedo pensar en eso...

—¡Langley! —Sully es el primero que llega a mí, se desliza para detenerse, apoya una rodilla en el suelo y me pone la mano en el hombro—. Langers, ¿estás bien, tío?

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde te duele?

Escucho la voz de Novy, pero no levanto la vista hacia las cegadoras luces del estadio. Todos están de pie a mi alrededor, proyectando sombras sobre mi cuerpo mientras yo jadeo y mi aliento cálido forma nubes de vapor contra el hielo que siento en la mejilla.

—Ay, joder, es la rodilla...

—Langers, ¿puedes levantarte?

Alguien me pone la mano en la cadera. Quiere que me dé la vuelta y me tumbe de espaldas. Pero, como estoy congelado, dejo que el dolor que me late en la rodilla me paralice.

—¡No me toques! —grito con una voz que no reconozco como mía.

—Lo siento muchísimo —dice Morrow—. Creía que lo tenías. Lo siento. Ha sido un mal paso...

—El gilipollas se te ha lanzado a las rodillas —gruñe Sully.

Sí, lo sé. Yo estaba ahí, joder.

—Vamos a darle un poco de espacio, chicos —dice el árbitro, preparado para apartar a mis compañeros a empujones.

—¡Langley! —grita una nueva voz.

La doctora y Andrews, el segundo entrenador, vienen corriendo por el hielo desde el banquillo. Ella lleva el botiquín colgado al hombro.

Una técnica de emergencias médicas llega a mí antes que ellos.

—Ha sido un golpe muy feo, pero estás bien —me tranquiliza—. ¿Dónde te duele? ¿En la rodilla?

Junto a mi cabeza, hay un tío grande con una chaqueta de técnico de emergencias como la de ella.

—Deberíamos inmovilizarle el cuello.

—Langley —vuelve a llamarme la doctora.

El entrenador Andrews hinca una rodilla en el suelo al lado de ella.

—Estás bien, Langley.

—Entrenador, el muy cabronazo ha cargado contra él por debajo de las rodillas —explica Sully.

—Lo sé —responde el entrenador—. Todos lo hemos visto. Vamos a dejarles a los técnicos de emergencias que hagan su trabajo.

—Permíteme que le eche un vistazo, Langley —me pide la doctora.

Cojo aire por la boca con jadeos fuertes mientras aparto las manos para dejarle que me toque.

—¿Cuánto te duele del uno al diez?

—Agh... siete —gruño. Pero entonces me aprieta con el pulgar y casi siento que levito y me separo del hielo—. Aaah... joder... diez —jadeo—. Es un diez. No vuelvas a hacer eso. —Mi reacción instintiva es sacudir el brazo, solo quiero que pare el dolor.

—Está bien, no pasa nada —me tranquiliza ella mientras me agarra del brazo para que no le pegue. Ya me disculparé luego—. La rodilla izquierda es la que se ha llevado el impacto del golpe —le dice a la técnica de emergencias.

—Y la cabeza fue lo primero que dio contra el hielo —responde el técnico—. ¿Cómo se siente, señor? ¿Se siente mareado? Míreme, por favor. Siga la luz.

Me apunta con una linterna a los ojos y gruño.

—Tenemos que sacarlo del hielo —dice el entrenador—. ¿Podemos sacarlo a pie?

—Tú puedes, Langley —me anima uno de mis compañeros de equipo.

Pero la doctora sacude la cabeza.

—Con el golpe que se ha dado, hay que hacerle pruebas para estar seguros. Tenemos que descartar una rotura.

Dejo que su cháchara médica flote por encima de mi cabeza como si fueran copos de nieve atrapados en una ventisca. Levanto la vista y centro la mirada más allá de las luces, en la bruma que se ve en el cielo por encima de nuestras cabezas. Estoy tumbado bocarriba en una pista de hielo... en medio del Yankee Stadium. Cuarenta mil personas me están viendo aquí tirado.

—Puedo caminar —me oigo decir a mí mismo—. Doctora, ayúdame. —Me impulso hacia delante con un gruñido para intentar sentarme.

Ella me empuja hacia atrás con delicadeza.

—Tranquilo, Langley. Esta vez te sacamos del hielo nosotros, ¿vale?

—Aguanta, Langers —dice Sully, le veo la cara por encima del hombro del entrenador Andrews.

—¡Tú puedes! —grita Novy.

Están preparándome para subirme a la camilla y sujetarme. Gruño cuando el elevador hidráulico me levanta en el aire. Nunca, en toda mi carrera, han tenido que sacarme del hielo sobre ruedas. Es humillante, me siento como si estuviera desnudo, a pesar de llevar puesta toda la equipación de hockey.

—¿Dónde está mi stick? —mascullo.

—No te preocupes por eso —dice el entrenador mientras me da unas palmaditas en el hombro.

Me falta un guante. ¿Cuándo me lo he quitado? Siento el mordaz frío invernal en la punta de los dedos. Es tan penetrante que me duele. Como si pudiera sentir mi problema, la doctora se coloca a mi lado y me coge con su mano descubierta.

—No pasa nada, Ryan —me tranquiliza—. Estoy aquí, ¿vale? Voy a ir contigo al hospital.

Todo esto ha pasado porque me he desconcentrado por un segundo. He visto una cara bonita y mi cerebro ha saltado como un vinilo rayado.

—Tess... —mascullo—. Ha venido, ¿verdad?

La doctora se inclina hacia mí.

—¿Qué? No te he oído.

Giro la cabeza hacia la derecha y se me emborrona la visión. Parpadeo para despejarla y miro por el plexiglás para buscar una cara llena de pecas y un pelo rizado. Tess ha venido. Me ha distraído. No me la quito de la cabeza. Ella...

La pelirroja guapa que lleva el jersey de los Rays parece preocupada cuando paso por su lado con la camilla, pero no es la mía. No es Tess. No, la mujer que hay detrás del cristal es demasiado baja, demasiado delgada. Tiene los ojos oscuros, no verdes.

Pero mi cabeza ha visto lo que le ha dado la gana.

—No está aquí —mascullo mientras aparto la mirada—. No está aquí.

Cierro los ojos y siento como si me hundiera en la camilla y me sumergiera en un agua cálida.

—Eh... Langley, mantente despierto. Hazlo por mí, ¿vale? —La voz de la doctora parece muy lejana. Su mano en la mía es como una cuerda. Soy un globo lleno de aire cálido que flota por encima del estadio, lo veo todo desde arriba. Ella me llama desde el suelo, me envuelve la cara con las manos mientras me grita entre el bullicio—. Ryan, quédate despierto...

Gruño, quiero hacer lo que me dice. Juego en equipo. Siempre hago lo que me dicen. Y la doctora me está pidiendo que no me duerma.

—Ryan...

Soy un globo de aire cálido y estoy flotando... flotando...

14

Ryan

Los monitores pitan y zumban a mi alrededor, las luces parpadean en la semioscuridad. La vía que tengo en el brazo me pica como mil demonios. Quiero rascarme, pero seguro que me la arranco. Otra vez. Ya me la quité anoche, cosa que molestó a las enfermeras.

Sí, soy un paciente terrible.

Y odio los hospitales aún más que los aviones.

De niño, me pasé media vida en uno, viendo a mi padre luchar contra el cáncer, una batalla que iba perdiendo poco a poco. Es difícil deconstruir el trauma asociado a un lugar que da vida tantas veces como la quita. Durante muchísimo tiempo, solo he tenido el recuerdo de un niño de nueve años pasando un duelo como referente para forjarme una impresión sobre este lugar. El tiempo y la distancia han disminuido esa sensación de miedo ancestral, pero tengo algunos recuerdos que se me han incrustado en el ADN.

Como que todos los hospitales huelen igual. En cuanto la camilla cruzó las puertas de Emergencias, volví a sentirme como ese niño de nueve años asustado. Es ese olor del limpiador médico con un cierto deje metálico que se aferra a todas las superficies. Se mezcla con el de las sábanas almidonadas, el tufillo a café rancio, un deje de pintura reseca... Así huelen los hospitales.

Es nocivo. Agobiante.

Un detonante emocional.

Tengo que salir de aquí, joder.

Bajo la mirada a la pierna izquierda, tiene una rodillera y un cojín debajo para mantenerla en alto. La derecha está tapada por las gruesas mantas de hospital. Los dedos sobresalen por el borde, señalando hacia el techo. Al

parecer, se supone que tengo que dormir así, bocarriba y con la rodillera puesta. Yo nunca duermo bocarriba. Ni siquiera sé si puedo dormir así.

Esta noche va a ser una mierda.

Al menos me han asegurado que me darán el alta a tiempo para poder volver a Jax en el mismo vuelo que el resto del equipo. No quiero quedarme atrás. Esta noche ya ha sido bastante traumática, aparte de por lo de la rodilla. No quiero estar solo.

Como si fuera una respuesta a una plegaria que ni siquiera he pronunciado, alguien llama a la puerta y entra Sully.

—Eh, ahí está —dice con una sonrisa amplia—. ¿Cómo te encuentras, tío?

Rodea la cama y se deja caer en la silla vacía.

—Hala, estás echo una mierda —dice Morrow desde la puerta, entra después de nuestro compañero. Sus palabras suenan a broma, pero tiene una mirada severa y, en lugar de la sonrisa habitual, su boca es más bien una mueca. Sigue culpándose por el mal pase que provocó que me hicieran una carga por debajo de las rodillas.

—Estoy bien —respondo a la pregunta de Sully, pero miro a Morrow—. Cansado, pero bien.

El último que entra por la puerta es Jake, lleva mi mochila al hombro y mi bolsa de viaje en la otra mano.

—Mi querida esposa me ha enviado con regalos —dice, mientras levanta el equipaje—. Hala, tienes una pinta de mierda, tío. Seguro que también hueles como una. ¿Quieres desodorante?

Ni siquiera espera a que le diga que sí, ya ha soltado las dos bolsas en la silla vacía. Rebusca en la mochila, saca mi bote de Old Spice y me lo lanza. Me lo echo en las axilas mientras Sully se sirve agua de la jarra que hay en mi mesita.

—¿Cómo va la pierna? —pregunta mientras me señala la rodilla hinchada y dolorida.

—La doctora dice que tengo un esguince de segundo grado del ligamento colateral mediano —respondo.

Jake se acerca otra silla a los pies de la cama.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—¿Cuánto tiempo vas a estar sin pisar el hielo? —traduce Sully.

Me encojo de hombros.

—La doctora dice que me esperan cuatro semanas de reposo, con venda, hielo y la rodilla en alto. No queremos que el esguince vaya a peor.

Entre todos hemos tenido lesiones suficientes como para sabernos bien el proceso. Tengo que controlar la hinchazón. El descanso es solo gestionar el dolor mientras el cuerpo se cura. La doctora me lo ha repetido dos veces antes de marcharse, cosa que le he agradecido, ya que en urgencias me dieron analgésicos de los buenos.

Sully me aprieta el hombro.

—Cuatro semanas no son nada, tío. Tómatelo con calma.

—Sí, ni siquiera nos has dado la oportunidad de echarte de menos —añade Morrow, el alivio se le extiende por la cara—. Los novatos van a estar a tu entera disposición. Y ya sabes que nuestras novias y esposas te van a mandar tantos táperes que vas a tener comida hasta el final de la temporada. Serán como unas vacaciones...

—Espera, ¿tu casa no tiene como chorrocientas escaleras? —interrumpe Sully.

Yo me limito a encogerme de hombros.

—A ver, sí. Pero ya he tenido esguinces antes. No es para tanto.

—Tío, ese cuchitril que alquilas tiene dos plantas —añade Jake—. Hay escalones por todas putas partes. Es una trampa mortal. No te vas a quedar ahí.

—Chicos, estoy bien. Cuatro semanas, ¿recordáis? Y ni siquiera me he roto nada...

—A lo mejor alguno de los novatos puede acogerlo —propone Sully por encima de Jake y de mí—. ¿Qué tal Walsh?

—Tiene alquilado un piso con una sola habitación y vive con su novia —respondo.

—Entonces Perry —propone Jake.

—O Dave-O —contrataca Sully.

—Estoy seguro de que no estamos tan desesperados —resopla Morrow. Luego suspira y sacude la cabeza—. A ver... supongo que podrías quedarte conmigo. Solo son cuatro semanas, ¿no?

Tanto Sully como Jake se giran para mirarlo con un ceño fruncido similar.

—Vaya. Qué conmovedor —espeta Jake.

—Sí, le has puesto el mismo entusiasmo que si le hubieras dicho que se puede correr en tu bote de champú —dice Sully.

Suelto una carcajada.

—Gracias, pero no, Coley. No quiero ni imaginarme las cosas raras que hacéis Novy y tú ahí.

—Nov se va a mudar —masculla y se cruza de brazos. Todos nos giramos hacia él.

—Espera..., ¿qué ha pasado? —quiere saber Jake, tiene los ojos desorbitados—. ¿Habéis roto?

Sully casi se atraganta de la risa.

—Cállate, gilipollas —le espeta Morrow—. No es asunto tuyo.

—Espera... ¿Sí que habéis roto? —insiste Sully—. En plan..., ¿teníais algo en secreto?

—¡Qué dices! —chilla Jake—. Así que Cay y yo no somos los únicos... —Levanta la mano como esperando a que le choque los cincos, pero Morrow se limita a gruñir.

—No es en ese rollo, gilipollas. Siempre dijimos que era algo temporal. Ya sabéis, mientras hacían la reforma en su casa —añade encogiéndose de hombros.

Novy se compró una casita de soltero en la playa que está a un par de manzanas más abajo de la de Jake. Ambos tienen un contrato de varios años con cláusulas de no traspaso. Pueden permitirse echar raíces e invertir en cosas como renovar la cocina.

Todos estamos esperando que Morrow añada algo más, pero se limita a mirarnos fijamente.

—Es solo que... mirad, estábamos hablando del problema de Langley. —Me señala, tumbado en la cama de hospital—. Es él quien necesita un sitio donde quedarse.

—Ay, Dios. —Jake se ríe y se da una palmada en la frente—. Qué idiota soy.

—¿Qué pasa? —pregunta Sully.

Jake me mira.

—Tengo el lugar perfecto para que te quedes. Amueblado, cerca del pabellón de entrenamiento y no hay ni un solo escalón.

—¿Dónde? —quiero saber.

Se mete la mano en el bolsillo, saca las llaves y se pone a abrir la arandela.

—Toma, tío.

Me muevo hacia delante y acepto la llave plateada que me ofrece.

—¿Qué es esto?

—La llave de la casa de Mars —responde.

Los tres nos quedamos mirando el objeto fijamente, como si fuera un tesoro extraño que no perteneciera a este mundo.

—Nunca he estado en casa de Mars —dice Morrow con un tono casi reverente.

—Yo tampoco —interviene Sully—. Ni siquiera sé dónde está. ¿Por qué tienes la llave? —añade con los ojos como platos. Mira a Jake como si de repente estuviera reevaluándolo y calculando su potencial.

El otro se limita a reírse y luego frunce el ceño.

—Esperad... ¿lo decís en serio, idiotas? —Como ninguno respondemos, él vuelve a resoplar—. Nos casamos, ¿os acordáis? ¿En Los Ángeles? ¿Estabais todos allí?

—Pero... yo creía que era algo como que la doctora estaba en medio —dice Morrow.

—Sí, no sabíamos que tuvieras la llave de su casa para... ya sabes... solo tú —añade Sully.

Jake resopla.

—Chicos, tenéis que revisaros lo del poliamor, en serio. No me estoy follando a Mars, ¿de acuerdo? Y él no me está follando a mí —añade señalando con el dedo a Morrow, que se traga la réplica que iba a dar—. Es mi metatrón.

Sully y yo intercambiamos una mirada rápida.

—¿Tu qué? —digo.

—Mi metatrón —repite Jake—. Es un término poliamoroso.

—Pues yo creo que no —dice Sully, que está intentando contener la sonrisa.

Yo hago lo mismo. Bajo la mirada a la rodilla, cosa que hace que me ponga serio de repente.

Jake se cruza de brazos por encima del ancho pecho.

—Creo que debería saber lo que llamo a Mars en nuestro propio matrimonio.

—Tío, metratón es una cosa religiosa —explica Sully—. Como el arcángel que habla en nombre de Dios y tal.

A Jake le tiembla la comisura del labio.

—Ahora sí que te estás quedando conmigo.

—Que no, tío. Estoy bastante seguro de que tiene razón —interviene Morrow.

Jake lo mira fijamente y se saca el móvil. Toca la pantalla con el pulgar y escuchamos el tono de llamada cuando lo pone en altavoz.

—Joder... ¿qué? —dice la voz de Sanford—. Estaba durmiendo.

—Eh, resuélvenos una duda rápida. ¿Qué es un metatrón? —pregunta Jake.

Sanford gruñe y se escucha un ruido de sábanas, como si estuviera sentándose en la cama del hotel.

—¿Qué?

—Un metatrón. —Jake recalca cada sílaba—. Estoy con Langers y los chicos en el hospital intentando explicarles que Mars es mi metatrón y no se creen que de verdad eso sea una cosa poliamorosa...

Hay una pausa tan incómoda que la sientes darle una patada al aire interponiéndose entre nosotros.

—Me cago en la hostia puta —dice Sanford al fin—. Cariño, un metatrón es un ángel... Joder, no sé... un arcángel de Dios o algo así...

Sully y yo nos mordemos el puño para contener la risa mientras que Jake se levanta de un salto para quitar el altavoz.

—Bueno, entonces, ¿qué cojones es Mars?

Hacemos todo lo que podemos para no descojonarnos mientras que Jake camina hacia la puerta. Ni siquiera me atrevo a mirar a los otros dos. Me centro en la rodilla dolorida.

—Ajá —le dice Jake al teléfono—. Sí, de acuerdo, está bien... Vale, ¿quieres tranquilizarte? Ya estoy volviendo, jo. —Se aparta el teléfono de la oreja y cuelga—. Es un mandón —dice para el cuello de su camisa. Suspira, levanta la cabeza y nos mira—. Bueno, eeeh... es metamor. No metatrón. Mars es mi metamor.

—Mola —dice Sully. Parece que está a punto de darle una apendicitis de la fuerza con la que está conteniendo la risa.

Pero Morrow no tiene tanto tacto. Se limita a mirar a Jake y sacude la cabeza como si no se lo creyera.

—Debes de hacer las mejores mamadas de la historia.

Eso nos termina de matar. Sully y yo estallamos en carcajadas. Me río con tantas ganas que me duele la cabeza más de lo que ya me dolía. Enseguida la risa se transforma en un gruñido, pues siento un dolor punzante detrás de los ojos.

—Ay, no tienes ni idea —dice Jake con una sonrisa, al menos se lo ha tomado con humor.

—Vamos, señor Metamor —dice Sully mientras se levanta de la silla y camina hacia los pies de la cama—. Tú también, Coley. Vamos a dejar a Langers que descanse.

—No puedes llamarme señor Metamor —dice Jake lanzándole una mirada asesina—. Eso solo me lo llama Mars.

—Me da la impresión de que el infierno se helará antes de que Mars Kinnunen te llame así —interviene Morrow riéndose y cogiendo su bolsa de deporte del suelo.

—Se llama Mars Price, gilipollas —puntualiza Jake y le da un puñetazo en el hombro con fuerza.

—Au... joder. —Morrow se revuelve contra él dispuesto a pegarle también. Los defensas siempre son más físicos entre ellos que nosotros, los delanteros.

—Tranqui —dice Sully, mientras se interpone entre ellos—. Guardaos eso para el hielo, chicos.

—Oye, ¿qué se supone que tengo que hacer con esta llave? —le digo a Jake mientras se aleja.

—Usarla —responde—. Hasta que te recuperes.

—Le diré a Shelbs que avise a las demás —añade Sully. Como es el capitán del equipo, Shelby, su mujer, es la reina de todas las demás. Me van a enterrar en una montaña de sopas, galletas y guisos caseros.

—Pero es que ni siquiera sé dónde vive Mars —le grito a Jake mientras abre la puerta—. ¿Cuál es la dirección?

Jake me mira por encima del hombro.

—El número 1006 de Harbor Road. Ah, y tiene una sauna que flipas en el patio. A lo mejor te ayuda a destensar la rodilla —añade señalándola con la cabeza.

—Hasta mañana —se despide Morrow, que es el primero que sale por la puerta.

—Duerme un poco, tío —me aconseja Sully—. Mañana vendremos a ayudarte a primera hora.

Que duerma un poco... Claro. ¿Bocarriba en un puto hospital? Con un suspiro, extiendo el brazo y cojo mi mochila. Me la pongo en el regazo, abro el bolsillo delantero y saco la Nintendo Switch.

Va a ser una noche muy larga.

15

Tess

—Vamos... —digo, toqueteando los ajustes del teléfono.

La sauna del patio trasero de Ilmari tiene unos altavoces integrados a los que te puedes conectar por Bluetooth, pero tengo que sacarlo para que reconozca mi dispositivo. Ya le he dado dos veces al botón de reset. Ahora estoy intentando reiniciar el móvil también.

—Estúpido cacharro... Ajá... —Dejo de insultarlo cuando escucho *Levitating* de Dua Lipa sonando dentro de la sauna.

Ilmari tiene un patio estupendo. Al igual que la mayoría de las casas de Florida, tiene un porche que se extiende desde la casa hasta una minipiscina con un bordillo de piedra. La única luz proviene de dentro de la piscina y emite un destello azul que parece sobrenatural.

Ya había probado el baño turco, pero hasta anoche no había probado la sauna. Podemos decir sin lugar a dudas que me ha convencido. El olor de la madera al calentarse tiene un no sé qué. Es la mejor aromaterapia del mundo. Anoche, cuando salí de la sauna, me sentía como colocada. Fue increíble. Llevo todo el día con ganas de volver a meterme.

Bueno, ya he paseado al perro, tengo chardonnay enfriándose en la nevera y me he hecho una ensalada épica que espero devorar después de la sesión de autocuidados. Me sentaré en ese sofá tan cómodo y veré la tele y esta noche me dormiré en esa habitación que parece una exposición de IKEA.

Esta es mi vida ahora. Año nuevo, Tess nueva. Pero primero... el chapuzón.

—Tú puedes. Entras y sales. Rápida como un gato.

Con el pelo recogido en un moño despeinado y una toalla envuelta alrededor del cuerpo, miro los escalones de la piscina.

—Hazlo —me repito, los nervios me recorren todo el cuerpo—. Tres..., dos..., uno...

Dejo caer la toalla a los pies y grito como una niña mientras corro desnuda hacia los escalones. Me meto en la piscina helada. Hay una valla privada a cada lado de la casa, que impide que los vecinos vean lo que pasa. Y no he encendido ninguna de las luces del patio, así que ni siquiera un pervertido con prismáticos podría ver el espectáculo.

—Joder... Aahh... Esto es lo peor —grito, me castañetean los dientes. Se me llenan los ojos de lágrimas al sentir que se me endurecen los pezones. A los pocos segundos, me echo a reír y salgo de la piscina a trompicones.

Dejo la toalla en el suelo, abro la puerta de la sauna y me meto. Las luces del interior brillan levemente mientras el calefactor murmulla. Cierro la puerta a mi espalda y aspiro una buena bocanada de aire cálido. El olor de la madera me llena los pulmones y cierro los ojos. Me encanta la sensación tan agradable del calor que me besa hasta el último centímetro de la piel empapada. Me giro y me siento en la suave toalla blanca que he dejado encima del banco de madera. Estiro los brazos hacia los lados y luego hacia arriba, como si quisiera tocar el techo.

Durante los últimos dos días, he estado haciendo yoga en la playa al amanecer y me duele el cuerpo. Me resulta extraño tener tiempo para hacer ejercicio. Mi trabajo es exigente, por decir algo. Entre las horas que le echo, los viajes y la socialización obligatoria con los clientes, siempre he sentido que el ejercicio era un lujo que no me podía permitir.

Tarareo la música durante unos segundos antes de empezar a sentir el cosquilleo del calor excesivo. Respiro hondo, salgo de la sauna corriendo y vuelvo directa a la piscina. El agua fría me hace cosquillas en la piel ardiente y siento el subidón que me hace sonreír de oreja a oreja. Camino por la parte menos honda de la piscina durante un par de minutos antes de salir y volver a meterme en la sauna.

Sigo con mi ciclo de sauna caliente y piscina fría durante tres canciones más, hasta que me siento preparada para tomarme una copa de vino. Dejo la toalla atrás, me meto en la casa desnuda y voy directa a la nevera. El calor de la sauna casi me ha secado toda la piel, así que tampoco es que esté chorreando.

Y, mira, soy una chica de gustos sencillos. Me gusta el vino barato y el queso caro. Tengo cuatro botellas de chardonnay enfriándose en la nevera,

las compré en el súper, había una oferta de compra una y te llevas otra gratis. Son de las que tienen tapón de rosca y todo. No necesito un sacacorchos que me ralentice.

Apenas puedo oír la música de fuera, aunque bailoteo mientras me sirvo una copa de vino bien frío. La única luz proviene de encima de los fogones y lanza un leve destello amarillo.

Miro por encima del hombro hacia el salón, veo que Poseidón está sobando en su cojín de cuadros con forma de dónut. Lo he tenido ocupado todo el fin de semana entre los viajes a la playa y a las cafeterías. Se ha portado muy bien...

Jadeo cuando se levanta del cojín de un salto, con los ojos como platos. Se pone a ladrar como un loco y enseñando los dientes.

—Sy, ¿qué...?

Me quedo sin palabras y casi tiro la copa de vino. No puedo despegar la mirada de la pared de cristal que conduce al patio. Ahí fuera hay un hombre. Lleva una capucha negra puesta y tiene el rostro sumido en la oscuridad. Yo lo miro y él me mira mientras el perro ladra desesperado. Su reflejo tiembla cuando se mueve y entonces me doy cuenta de que Sy está mirando hacia la entrada, no hacia la pared de cristal.

Es entonces cuando grito.

El tío no está en el patio. Está dentro de la casa.

16

Ryan

Estoy mirando fijamente el reflejo de Tess Owens en la pared de cristal y el corazón se me hiela en el pecho.

Tess Owens desnuda.

Joder, ¿por qué está mujer siempre va en pelota picada? ¿Y por qué está aquí de todos los lugares posibles?

Menudo cuadro somos en el cristal. Hay luz suficiente para mostrarme a mí plantado en la entrada agarrado a las maletas y a ella de pie en la cocina con una copa de vino. Nos separa una pared que está a solo unos metros de mí.

Ella me ve y yo la veo a ella, entonces empieza a gritar. El perro ya está ladrando y todo es un caos cuando veo que su reflejo se da la vuelta, no tengo ninguna duda de que está buscando un arma. No me sorprendería girar la esquina y encontrármela blandiendo una sartén.

—¡Tess! —grito, arrastro los pies con las muletas. Mientras tanto, el perro no deja de ladrar.

—¡Lárgate de aquí! —chilla Tess, sigue cegada por el terror y se da la vuelta con un cuchillo en la mano—. ¡Voy a llamar a la policía ahora mismo!

—Dios... joder —gruño, mientras avanzo a trompicones por el corto pasillo—. Tess, baja el cuchillo, haz el favor. Soy yo. Soy Ryan.

Giro la esquina, me tambaleo cuando me pongo las muletas en una mano mientras que con la libre me echo la capucha hacia atrás y libero el amasijo de rizos rubios.

Ella está ahí de pie en toda su esplendorosa desnudez, blandiendo un cuchillo, el pelo rojo la hace parecer una diosa guerrera feroz. No tengo la menor duda de que me rajaría con esa cosa. Joder, ¿por qué esto me pone

cachondo? Tiene que ser la medicación. Tengo la polla borracha de codeína y creo que esta chica es la cosa más bonita que he visto en mi vida.

Ella es lo más bonito. Esos enormes ojos verdes están clavados en mí con toda la ferocidad de una loba. Tiene los rizos recogidos en un moño enorme sobre la cabeza y su piel perfecta está sonrojada de la furia. Tiene manchas en el pecho, en los brazos y en los muslos.

¿Qué demonios...? ¿Estaba tomando el sol en pleno enero? Fuera hay como diez grados.

No, está sudando como si acabara de terminar de entrenar. ¿Desnuda? Y entonces caigo en la cuenta.

«Ay, joder».

No está sola.

Miro por encima de mi hombro, esperando que el chulazo que está aquí con ella salga del dormitorio muy pagado de sí mismo y satisfecho. Lo odio.

—Ay... Ryan —dice ella, la voz se le rompe del alivio. Pero rápidamente se convierte en enfado—. ¡Me has dado un susto de muerte! —chilla—. ¿Cómo narices has entrado aquí? ¿Cómo es posible que siempre acabes apareciendo?

—Por la puerta principal —respondo, levanto la voz para hablar con el mismo tono que ella.

—¡Está cerrada!

—Tengo llave...

—¡¿Por qué?! —grita ella también con los ojos llenos de lágrimas.

Joder, sí que la he asustado. Está temblando. Intentaría tranquilizarla, pero sigue sujetando el puto cuchillo de carnicero.

—Jake —digo sin más—. Me dio una llave. La tengo en el bolsillo, si quieres comprobarlo —añado, señalando con la cabeza el bolsillo delantero de mi sudadera gris.

Intento no mirarle los pezones en punta, pero no puedo evitarlo. Son tan rosas y perfectos... ¿El señor Chulazo la estaba tocando? Seguro, tiene buen gusto...

«Para».

Se le borra la expresión de enfado y enseguida queda remplazada por una de preocupación cuando se fija en las muletas. Entonces el cuchillo cae y repiquetea sobre la encimera.

—Ay, madre, ¿qué te ha pasado?

Por extraño que parezca, me molesta su desconocimiento involuntario. No lo sabe. No estaba en el partido. Ni siquiera lo vio en la televisión. Lo que significa que no vio el golpe que me llevé. No me vio tirado en el hielo...

La verdad es que ahora me alegro. No quiero que me vea así.

—Estoy bien —le respondo.

—No estás bien —me replica—. Llevas muletas, Ryan. ¿Qué ha pasado?

Se acerca unos pasos, ahora tengo su desnudez al alcance de la mano.

Agarro con más fuerza mi equipaje.

—Me hicieron una carga por debajo de las rodillas durante el partido —le explico—. No es nada. Solo un esguince en la articulación...

Los ojos se le abren aún más y levanta las cejas.

—¿Un esguince en la rodilla? —Extiende el brazo—. Déjame ayudarte.

Me enderezo y me preparo para sentir el *shock* eléctrico de su roce.

—Estoy bien —balbuceo, no me atrevo a ver cómo me sube la mano por el brazo.

—Deja de decir que estás bien. Tienes pinta de estar agotado y te tambaleas como si estuvieras a punto de desplomarte. Ven a sentarte en el sofá.

—Solo estoy cansado —admito, y la dejo que me conduzca hasta el salón.

Ha sido un día larguísimo, empezando por la noche en vela y el alta del hospital a las ocho de la mañana. Luego el vuelo se ha retrasado dos horas en Nueva York por un fallo técnico y, debido al clima, hemos tenido que coger otra ruta por Virginia, por lo que el vuelo ha durado una hora más.

Yo solo quería irme a casa, pero los chicos no han querido ni oír una palabra al respecto. Morrow me ha acercado hasta aquí. Hay dos novatos en mi casa recogiendo algunas cosas para dárselas a Jake, que se pasará luego con la compra. La mujer de Sully vendrá mañana para terminar de llenarme la nevera. Ya lo tienen todo organizado. Yo solo tengo dejar que suceda.

Tess me ayuda a llegar al sofá y me dejo caer con un gruñido. Menudo error. Ahora tengo a la mujer más guapa del mundo desnuda delante de mí y su coño me llega justo a la altura de los ojos. Me fijo en la suave mata de rizos recortados que apuntan hacia abajo como una flecha.

Es un castigo cruel e inusual.

A Tess parece que esto no le afecta en lo más mínimo.

—¿Por qué estás aquí, Ryan?

—Yo podría preguntarte lo mismo —contrataco, y levanto una mano, como si pudiera taparle el coño y no verlo. Joder, estoy demasiado cansado como para lidiar con esto ahora. Y el señor Chulazo se plantará aquí jactándose en cualquier momento. Estoy seguro de que el otro está en la ducha de Mars, como si esta fuera su puta casa. Joder, cómo lo odio.

—¿Qué estás haciendo? —quiere saber Tess. Está mirando la mano que tengo levantada.

—¿Podrías... eeeh... quizá puedes taparte con algo?

—¿Taparme?

—Sí, estás muy desnuda, Tess.

Me mira con una sonrisa de suficiencia.

—La última vez no parecía importarte. De hecho, me dio la impresión de que claramente te gustó verme desnuda.

—Sí, bueno, la última vez no estabas cubierta del sudor de otro pavo —digo bajando la mano.

Se queda rígida y borra la sonrisa para mirarme fijamente.

—¿Perdona? —Entonces resopla, se cruza los brazos por delante de los pechos y ladea la cadera—. ¿Qué está pasando aquí exactamente? ¿Por qué crees que estoy escondiendo a un tío?

—Bueno, es que tienes pinta de que te acaban de follar como si no hubiera un mañana —mascullo como respuesta.

A lo mejor, si no hubiera tomado tantos analgésicos, manejaría esta situación con algo más de delicadeza. No, que le den a la delicadeza. Estoy demasiado enfadado. No me la quito de la cabeza. Imaginármela con otro me hace que lo vea todo rojo.

—Estás dando tumbos por casa de Mars como si vivieras aquí...

—Es que vivo aquí —me suelta. Entonces, da un paso al frente y se coloca entre mis piernas abiertas. Me agarra de la barbilla y me levanta la cabeza para que la mire a los ojos—. Y vamos a dejar una cosa clara clarinete. No eres mi dueño, Ryan Langley. Nos hemos besado y hemos bailado y hemos flirteado, pero yo no pertenezco a nadie. Ni a ti ni a nadie. Y esa mierda de celos no me ponen nada. Así que te sugiero que los dejes a

un lado si es que alguna vez quieres volver a tener una posibilidad entre un millón de verme desnuda de nuevo.

Cuando termina el discurso, aparta la mano y se me acerca aún más, sus tetas rebotan delante de mi cara. Puedo oler algo aromático en su piel, una especie de incienso o de jabón de hierbas. Y, tan rápido como ha aparecido, desaparece y coge algo que había encima del sofá junto a mi cabeza. Es una manta. La atrapa enseguida y se la envuelve alrededor del cuerpo como si fuera una toga, incluso se pasa la esquina con la borla por encima del hombro.

—Ya está. ¿Contento?

—No —gruño, y me hundo entre los cojines del sofá. Todavía se le notan las curvas. Solo que ahora están cubiertas con mucho arte. Y esos putos pezones siguen siendo dos picos perfectos que sobresalen contra el suave tejido de la manta gris.

—Y, para tu información, no hay nadie más —declara—. No me estaban follando, Ryan. Estaba en la sauna. Ahora, si me disculpas, me he dejado el teléfono fuera. Voy a llamar a Rachel y a averiguar qué demonios está pasando aquí.

Se aleja con la manta a modo de toga y toda la seguridad de una reina. Abre la puerta corredera de cristal y desaparece en el patio. El perro la sigue. La puerta se cierra con un susurro y me quedo solo en casa de Ilmari.

Increíble. Esto es perfecto, joder. No llevo aquí ni dos minutos y ya la he cabreado. Tiene que ser un récord, ¿no?

Miro alrededor de la casa, me fijo en todas las pistas que me he perdido durante nuestro intercambio sorpresa. Como Mars tiene una decoración minimalista, es fácil saber lo que está fuera de lugar. Hay una botella de vino en la encimera, flores frescas en un jarrón que está encima de la isla de la cocina, snacks colocados encima del microondas. También hay un portátil encima de la mesa de la cocina. Al lado hay una libreta. Todo ello son pruebas de que alguien está cogiendo este lugar y haciéndolo suyo. Tess está viviendo aquí.

Espera... ¿por qué? ¿No tiene un puestazo corporativo en Cincinnati?

Bueno, en teoría era una buena idea quedarme en esta casa, pero parece que después de todo no va a ser posible. Después del modo en que me he plantado aquí, no me extraña nada que esté molesta. Podría echarles toda la culpa a los analgésicos, pero sería mentira. Mis celos irracionales han sido

muy reales. A mí me ha sorprendido tanto como a ella. No me debe nada. Y nunca antes he sido territorial.

¿Qué narices me está pasando?

Bueno, sé lo que no está pasando. Que no me voy a mudar con Tess Owens. La vida no puede ser tan cruel... ni tan buena.

17

Tess

Cuando salgo al patio, todo el cuerpo me tiembla de los nervios. Ryan Langley ya me ha pillado dos veces con la guardia baja. No me malinterpretes, me gusta estar desnuda, pero no suelo ir por ahí enseñándole mi cuerpo a los tíos que acabo de conocer. Ahora Ryan me ha visto desnuda, no una, sino dos veces.

¿Cómo es el dicho? ¿A la tercera va la vencida?

—Ya, buena suerte consiguiendo una tercera vez, amiguito —le digo a absolutamente nadie.

Ha puesto una cara de sorpresa total. En la cocina de Jake, solo había hambre y deseo. Le gustó lo que vio. Lo ansiaba. Si no hubiera estado rebozada en arena y con los hombros quemados, a lo mejor habría hecho algo más que darle un beso. Es dulce y mono y está tan tonificado que me parece ridículo y me dan ganas de llorar... o suplicar. Quiero decir, podría cortar cristal con esos huesos de la cadera tan sexis que tiene.

Pero esta noche, tenía una expresión diferente. Posesión. Necesidad. Rabia.

Esto último es lo que me ha dejado desconcertada. Irradiaba rabia como si se estuviera forjando una tormenta. Se ha pensado que estaba dando vueltas por la casa, recién follada, pavoneándome delante de él.

Estoy harta de los hombres posesivos que se piensan que son mis dueños. Si Ryan sigue con esa actitud, me largaré antes de que pueda volver a verme desnuda.

«A menos que sea tu compañero de piso».

La idea se me pasa por la cabeza y la descarto cuando bajo la mirada al móvil.

RACHEL (07:45): Llamada perdida

RACHEL (07:50): Llamada perdida
RACHEL (07:51): Tía, coge el teléfono. ¡La hemos liado parda!
RACHEL (07:54): Llamada perdida
RACHEL (07:55): Por favor, no te asustes, pero parece ser que Jake le dijo a Langley que también podía quedarse ahí. No sabía que ya estabas tú.
RACHEL (07:56): No te preocupes, yo lo arreglo. Estoy de camino.

Suspiro y sacudo la cabeza. A estas alturas, ya todo me parece normal. Levanto la vista y veo a Ryan sentado dentro, en el sofá. Está de perfil, no mira hacia donde estoy yo. Parece agotado y miserable. Y está herido. Ha dicho que es un esguince en la rodilla. Ni siquiera le he preguntado si es muy grave o si va a estar mucho tiempo sin jugar. A estos chicos lo único que les importa es el hockey. Es todo su mundo. También debe de estar un tanto aturdido.

Suena el timbre y tanto el perro como él saltan de la sorpresa y giran la cabeza hacia la puerta. Ryan coge las muletas y lo veo hacer una mueca de dolor cuando intenta levantarse.

Me pongo en movimiento y abro la puerta del patio.

—Ya voy yo —le digo—. Es Rachel.

Vuelve a hundirse en el sofá con un gruñido y ni siquiera mira hacia mí.

Corro por el salón, arrastrando el vestido-manta por el suelo. Poseidón va hacia la puerta dando saltos y gimoteando de la emoción, como si supiera quién lo espera al otro lado. Cuando abro la puerta, sale disparado como un rayo y aúlla de alegría por volver a ver a su familia.

Mars y Jake también han venido. Rachel parece nerviosa; Jake, culpable y Mars, enfadado. Me miran a la vez, tres pares de ojos me recorren la cara, bajan por la manta que hace las veces de vestido y vuelven a subir.

Jake dibuja una sonrisa.

—Vaya, eso sí que ha sido rápido. —Mira a sus compañeros—. Supongo que aquí no hay ningún problema, ¿no? Así que ya podéis desenfadaros conmigo.

—Shhh —le dice Rachel con un gesto de la mano—. Tess, madre mía, ¿qué has...?

—¿Queréis sacaros la cabeza del culo? No estaba follando —grito indignada—. Estaba en la sauna.

Giro sobre los talones y vuelvo a entrar en la casa. Ignorando a Ryan, voy hacia la cocina, cojo mi copa de vino y le doy un buen trago.

Los Price le dicen «hola» mientras yo camino hasta el borde del sofá, pero no me siento. Están los tres ahí de pie, Rachel y Jake delante e Ilmari detrás de ellos, con los brazos cruzados sobre ese pecho que parece un barril.

—Bueno, pues resulta que la hemos liado un poco parda —empieza Rachel—. Tess, te di una llave cuando nos fuimos y te dije que te podías quedar todo el tiempo que necesitaras. —Mira despacio hacia su marido—. Al parecer, Jake le dijo lo mismo a Ryan sin comentárselo a nadie...

—Me cago en la puta, no me hagas empezar otra vez —resopla Jake—. Tú has hecho lo mismo, nena. No le contaste a nadie que le habías dado la llave a tu amiga...

—Es que todavía no había surgido el tema —se defiende, con las manos en la cadera—. Estábamos todos ocupados con el Winter Classic, ¿recuerdas? No me pareció necesario perseguiros hasta el hielo y agarraros como a un caballo para deciros que le había dado a Tess la llave para que se quedara en una casa en la que no vivimos ninguno...

—Lo de los caballos es otro deporte —le grita—. Esto es hockey...

—Eso no es para nada de lo que estamos hablando...

—¡Sí es de lo que estamos hablando! Estás casada con tres jugadores de hockey...

—Ya basta —ladra Ilmari, pasando la mirada del uno al otro—. ¿Y vosotros dos por qué tenéis una llave? Esa es mi pregunta.

—Caleb —responden ambos al mismo tiempo.

—Nos hizo llaves por si las necesitábamos —explica Rachel.

—Sí, ahora lo que es tuyo es mío, gilipollas —añade Jake—. Metatrón, ¿recuerdas?

—Ay, madre mía, es metamor —chilla Rachel—. No podemos corregirte todo el rato...

—¡Joder! Odio esa puta palabra. —Le lanza una mirada seria a Mars—. Odio llamarte metamor, Mars. Es raro y confuso y es que... lo odio, joder.

—Nunca te he pedido que me llames así —responde Ilmari.

—Tenemos que encontrar algo mejor —insiste el otro—. ¿Por qué no puedo decir que eres mi marido y ya?

—Nunca he dicho que no pudieras —responde en voz baja.

Jake aspira una fuerte bocanada de aire.

—Espera, ay, madre mía, ¿estás hablando en serio? —Mira a Rachel, se le ha pasado ya todo el enfado—. Nena, ¿lo dice en serio?

—Siempre habla en serio —responde Rachel, también se le va olvidando el enfado y pasa la mirada del uno al otro.

—Vengo así de fábrica —añade Ilmari, que vuelve a cruzarse de brazos despacio.

—Ni hablar. No me hagas esto, joder —dice Jake—. No te pongas a hacerme bromas ahora. Mars, ¿estás hablando en serio? ¿Puedo decir que eres mi marido? A lo mejor me echo a llorar delante de esta gente si me dices que sí —añade, señalándonos a Ryan y a mí con una mano.

Ambos intercambiamos una mirada incómoda. A lo mejor deberíamos esperarlos en la sauna.

—Dime como quieras —accede Ilmari al fin.

—A ver, es que Cay sí que es mi marido —continúa Jake—. Quiero decir marido marido. Que estamos casados legalmente.

—Lo sé —responde Mars—. Estuve ahí.

—Pero tú también podrías ser mi marido —dice Jake con amabilidad y añade—: En un sentido puramente amistoso.

—Dije que me digas como quieras —repite Ilmari encogiéndose de hombros.

Jake se lo queda mirando durante un minuto. Por fin, él también se encoge de hombros.

—Nop. Eso no va a pasar. No voy a decir que eres mi marido hasta que no me lo supliques. Ya encontraremos otra palabra que usar como comodín.

Ilmari levanta las cejas poco a poco.

—¿Comodín?

—Sip —responde Jake—. Porque llegará un día en el que vengas a suplicármelo. Podría ser mañana, podría ser dentro de diez años. Tengo paciencia. Esperaré.

—¿Eso es una amenaza o una apuesta? —responde Ilmari con una sonrisilla de suficiencia.

—Vaaaaaale —los interrumpe Rachel y levanta las manos entre los dos —. Ya hablaremos de eso en casa, ¿de acuerdo? Ahora tenemos que solucionar esto —añade y nos señala a Ryan y a mí—. A ver, odio tener que hacer esto, Ryan, pero Tess estaba primero, así que...

—Sin problema. Yo me voy —dice el aludido desde el sofá—. Llamaré a Perry o a Dave-O para que vengan a recogerme.

—No te vas a quedar en casa de Davidson durante cuatro semanas —contraataca Jake—. Si os quedáis en el mismo sitio, os mataréis en dos días. Puede que sea un colador, pero es nuestro colador. Lo necesitamos.

—Por ahora —añade Mars.

—Perry, entonces —dice Ryan. Su voz remueve algo en mi interior. Suena cansado, muy drenado a nivel físico y emocional.

—No pasa nada —me oigo decir a mí misma, mientras agarro con la mano la parte delantera del vestido-manta.

Todos se giran para mirarme, incluso el perro, que está junto a Rachel.

—¿En serio? —dice Jake.

—Tess, no es para tanto —dice mi amiga—. Se puede quedar en muchos sitios. Solo estábamos buscándole un lugar con las menos escaleras posibles mientras lleve las muletas.

—Ya he dicho que no pasa nada —insiste Ryan.

—Y yo te he dicho a ti que te calles —contrataca Jake—. Ya está decidido. Trato hecho.

—Se puede quedar aquí —digo.

—Tess... —me advierte Rachel, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? Hay dos habitaciones, ¿no? —digo, y me encojo de hombros —. Y ya está aquí. Y está cansado —añado, mirándolo. Tiene el agotamiento escrito en la cara. Ese cachorrito alegre que conocí en la playa parece ahora un perro callejero que alguien haya dejado en una caja bajo la lluvia—. Siempre y cuando no se ponga como una cuba —añado.

Gruñe y aparta la mirada. Me alegro de que esté avergonzado. Significa que ese cachorrito dulce todavía está ahí. Solamente lo ha poseído un perro de un desguace por unos segundos.

—No será un problema —masculla.

—Tess, eres un ángel —dice Jake, que suspira de alivio—. Será mucho más fácil si se puede quedar aquí. Está cerca del rink de práctica y de los

pisos de los novatos. Y tú no tendrás que hacer nada —añade enseguida—. Los novatos y las WAG se encargarán de todo.

—¿Las WAG? —repito.

—Las esposas y las novias de los jugadores —explica Ryan, sin mirarme.

—Sí, la reina Shelby vendrá mañana por la mañana para llenar la nevera —dice Jake—. Todas le van a hacer táperes. Y seguro que puedes pedirles que limpien un poco —añade, mirando a su alrededor—. O lo dejamos para los novatos. Alguien vendrá a verlo todos los días para llevarlo a fisioterapia hasta que Seattle le dé permiso para conducir.

—¿Y eso cuándo será? —quiere saber Ryan, lo pregunta con un tono de súplica.

—Date una semana —responde Rachel—. Descansa, ponte hielo y ten la rodilla en alto.

—Tengo todas tus cosas en el coche —le dice Jake a Ryan—. Voy a por ellas. Mars, comprueba que la cama de la habitación de invitados tenga las sábanas puestas —grita por encima del hombro mientras se marcha.

El aludido se limita a suspirar. Solo puedo imaginarme las ganas que tiene de que lo mangoneen en su propia casa. Le lanza a Rachel una mirada, como si estuviera sufriendo muchísimo, y ella le sonríe y le da un apretón en la mano, como si fuera un acuerdo tácito que tienen entre ellos. Ilmari se encamina hacia los dormitorios.

—Te traeré un poco de hielo —dice Rachel, de camino a la cocina. Poseidón va pisándole los talones.

Así que Ryan y yo nos quedamos solos en el salón.

—No tienes que hacerlo —dice con dulzura—. De verdad, puedo irme.

Le apoyo la mano en el hombro.

—Quédate. Quiero que te quedes.

Suelta un suspiro pesado y se apoya en mi mano. Por un segundo, levanta la cabeza ligeramente y me acaricia con los labios el interior de la muñeca. No es un beso, pero tampoco es que no sea nada.

Intento ignorar el modo en que eso provoca que se me acelere el corazón.

18

Tess

Rachel y sus esposos se marchan y se llevan al perro. Una vez que veo que Ryan está instalado en la habitación de invitados, con la pierna encima de un cojín y una bolsa de hielo sobre la rodilla, le dejo espacio. Está jugando a algo en el móvil que suena como a carreras de coches.

Es raro, pero saber que Ryan está aquí me consuela. Voy a clasificarlo bajo la etiqueta de «problemas de ser géminis». Es la extrovertida que hay en mí. No me gusta estar sola. Me pasé gran parte de la juventud sola por culpa de mis circunstancias... Mi madre me abandonó, mis parientes me ignoraron, era demasiado pobre para ir a los clubs con la gente guay después de clase y tenía demasiada vergüenza de invitar amigos cuando no sabía en qué sofá me iba a quedar de una semana a otra.

Creo que por eso me costó tanto perder a Rachel. Intento no decir nada porque sé lo feliz que está ahora, pero ha sido horrible pasar de verla todos los días a mirar el abismo de su habitación vacía. Me dijo que la alquilara, pero no soporto la idea de que alguien más comparta mi espacio.

¿Qué puedo decir? Soy una introvertida extrovertida con unos traumas de confianza y abandono tremendos. Pero, vaya, qué buen ojo tengo.

Ahora Ryan está aquí y me molesta que no me importe. ¿Qué tiene este jugador de hockey y por qué le sigo dejando que se acerque? Le dejé que flirteara conmigo, le dejé que me besara. Ahora me lanza una mirada con esos ojitos de cachorrito apaleado y yo permito que se mude a la habitación de enfrente.

Me inclino en la silla de la cocina y miro hacia el pasillo oscuro. Un leve haz de luz dorada brilla por debajo de la puerta de su cuarto. Llegó hace un par de horas. Miro el reloj y me sorprende ver que casi es medianoche.

¿Qué estará haciendo ahí dentro? ¿No debería estar dormido? Hace unas horas se caía de sueño. Y, antes de marcharse, oí que Rach le recordaba la rutina que tiene que seguir para controlar el dolor. En su mesilla de noche hay pastillas suficientes como para tumbar a un elefante.

Puede que sí que esté dormido ya y que estuviera tan cansado que no le haya dado tiempo ni a apagar la luz.

«Es un hombre adulto, Tess. Déjalo tranquilo».

Me enderezo en la silla y me centro en mi copa de vino y en mi serie. Ryan Langley no es mi problema. Es la solución a mi problema... solo que todavía no lo sabe.

Diré a mi favor que he aguantado quince minutos. Son diez minutos más de lo que normalmente aguantaría, muchísimas gracias. Termino el capítulo de *Los Bridgerton*, me levanto de la silla y cierro el portátil.

Ignoro la voz mandona de mi cabeza que me dice que lo deje tranquilo y avanzo por el oscuro pasillo. Tiene la puerta entreabierta. Me acerco un paso y miro dentro.

Ryan está sin camiseta, sentado en la cama. Madre mía, me había olvidado de lo mazado que está. Tiene ese cabello rubio de niño alborotado. Es el pelo lo que le hace parecer tan joven. Tiene veintipocos, pero ese pelo de universitario de fraternidad hace que parezca que no tiene edad suficiente para pedir un chupito de Jäegermeister.

Cambio el peso de pie y el suelo cruje lo suficiente como para despertar a los muertos. Reculo, pero es demasiado tarde. Ryan levanta la cabeza de manera brusca y clava los ojos en mí.

—¿Tess? —me llama en voz alta.

Espero un segundo y entonces abro la puerta.

—Eh —digo en voz baja—. Solo quería saber cómo estabas. Creía que te habías quedado dormido con la luz encendida. Iba a apagarla —digo, señalando la lámpara de la esquina.

—Puedes apagarla si quieres —responde.

Entro en la habitación y dejo atrás el confort del pasillo oscuro.

—¿Por qué sigues despierto?

—No puedo dormir —responde.

—¿No se supone que los analgésicos te ayudan con eso?

Se encoje de hombros.

—No me los estoy tomando.

Aparto la mano de la lámpara.

—¿Por qué no te estás tomando la medicación? Debe de dolerte, ¿no?

—No me gusta cómo me hacen sentir. El dolor no es tan malo si lo comparas con que las pastillas me revuelven el estómago.

Me llevo las manos a las caderas.

—¿Voy a tener que decirle a Rachel que te estás saltando su rutina de rehabilitación?

—No me la estoy saltando —responde, señalándose la rodilla—. Mira. Estoy aquí haciendo lo que me dicen y siendo miserable por culpa de ello, ¿vale?

—¿Estás incómodo? ¿Necesitas otro cojín?

—Por supuesto que estoy incómodo —resopla—. No puedo dormir así, joder. Ya han pasado dos días.

—¿No puedes dormir con la venda? ¿Te duele o...?

—No puedo dormir bocarriba —me corrige—. No puedo... Nunca duermo bocarriba. Pero todos los médicos dicen que tengo que tener la pierna así para proteger el esguince de cualquier presión o torcedura. Así que, no puedo dormir así, joder.

Tiene pinta de que lo está pasando fatal. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy cruzando la habitación para acercarme a él.

—Ay, Ryan —digo con un suspiro y extiendo el brazo para apartarle el pelo despeinado de la frente—. ¿Qué vamos a hacer contigo?

—Sácame de esta miseria.

Dibujo una sonrisa de satisfacción.

—No creo que sea tan grave.

—Me estoy volviendo loco —admite, casi se le entrecorta la voz. El pobre está extenuado.

Muy bien, es hora de que alguien tome las riendas de la situación. A los géminis nos encanta arreglar problemas. Miro alrededor de la habitación con las manos en las caderas.

—Bueno, vale... No creo que la cuestión sea que no puedes dormir bocarriba. Creo que solo tenemos que colocarte bien para que lo consigas.

—Tess...

—Paso uno, apagar los videojuegos —digo, y le quito el teléfono del regazo.

—Oye...

—Los estudios demuestran que usar el móvil antes de irse a la cama desregula el ciclo de sueño.

Cruza los brazos y me mira fijamente.

—Ah, ¿sí? Nombra uno.

Le doy la espalda y busco el cargador en la mesilla de noche.

—Johnson y Bernstein, 2002. Es un estudio del sueño que hizo la clínica Mayo. Fue muy innovador.

Salgo del juego y enchufo el móvil.

—Eso te lo acabas de inventar.

—Por supuesto que sí. Soy abogada, me dedico a la fusión y adquisición de empresas, Ryan. No soy especialista del sueño.

—Entonces, admites que no estás cualificada para ayudarme a dormir —insiste, con un destello en los ojos. Lo está disfrutando. Y yo también, la verdad sea dicha.

—Siéntate —respondo—. Tienes que ponerte en horizontal.

Se ríe.

—Y ahora me distraes del hecho de que no estás cualificada e intentas usar tus encantos femeninos para que me tumbe. ¿Pretendes salirte con la tuya, Tess? —Saco uno de los cojines que tiene detrás de la cabeza—. Au... mierda... —se queja, aunque se ha dado cuenta a tiempo para evitar caerse y darse con el reposacabezas.

—Cachorrito, ahora escúchame bien —lo provoco—. Si crees que tienes lo que hace falta para montar en esta montaña rusa, estás más que equivocado. En tu estado actual, no llegarías ni a la primera curva. Así que esta noche no voy a hacer contigo lo que yo quiera. Solo vas a dormir.

Ahora está sonriendo.

—Esta noche no..., pero mañana será otro día. Y, si tú quieres, yo quiero.

—Ya veremos si sobrevives hasta mañana —contraataco—. A este ritmo, te vas a morir de agotamiento. Túmbate y échate un rato. —Lo ayudo a colocarse, le arreglo el cojín de la rodilla y lo ponemos con una postura mucho más relajada—. ¿Cómo duermes en todos esos aviones? —le pregunto mientras desdoblo la manta y se la echo por encima.

—Me hago una bolita de lado —responde, flexiona los brazos mientras le da golpes y toques a la almohada para que tome forma debajo de la cabeza—. Pero duermo mejor bocabajo. Así que, por lo general, no lo hago. Juego a videojuegos, escucho audiolibros y cosas de esas.

Camino hacia la esquina y apago la lámpara.

—¿Mejor? —le pregunto a la oscuridad.

Se queda callado un minuto.

—Sí —dice en voz baja.

—¿Crees que ahora vas a poder dormir?

—Eh... sí —dice enseguida.

—¿Qué?

—No es nada. Una tontería. Intentaré dormir.

—Vamos, Ryan —lo provoco—. Ya me has visto dos veces desnuda. No tengo secretos para ti. No me ocultes nada.

Se remueve en la cama.

—Es que... eeeh... tu voz es muy tranquilizadora —admite—. ¿Podrías quedarte un ratito más y... quizá hablarme un poco?

No puedo evitar sonreír. Qué dulce ha sonado eso.

—Aquí no hay ninguna silla —respondo—. Y Tess Owens no se sienta en el suelo. Deja que vaya a la cocina a por una...

—Menuda tontería. Siéntate en la cama —responde apoyándose en los codos para intentar mirarme en la oscuridad.

—En la cama estás tú.

—Es de matrimonio, Tess. Hay espacio para los dos. ¿Y si prometo no mover las manos?

—¿Yo también tengo que prometerlo? —le rebato.

Ni siquiera sé por qué lo he dicho. Las bromas me salen solas cuando está él. Me pasó lo mismo en la boda. Es como si, cada vez que nos viéramos, él estuviera más cómodo consigo mismo y conmigo. El chico torpe que conocí en la playa ha desaparecido y, en su lugar, hay un hombre coqueto que pide lo que quiere. Me gusta. Me atrae la idea de que sea diferente una vez lo conoces.

Suelta un sonido ahogado desde la cama y se deja caer sobre el cojín.

—No —dice en voz baja.

El pobre está sufriendo porque quiere algo que no puede tener.

«Y ese algo soy yo».

Siento unas estúpidas mariposa aleteando en mi pecho. Enseguida las aplasto hacia abajo con fuerza.

—Vale, Ryan. Te propongo un trato. Me voy a sentar contigo en la cama durante quince minutos exactos, te hablaré y tú no responderás. Estás intentando dormirte, ¿lo entiendes?

—Sí, me parece estupendo —dice, incapaz de esconder las ganas que tiene en su tono de voz.

—No te emociones demasiado. Te voy a contar mi rutina de cuidado capilar con unos detalles atroces. Vamos a hablar de mascarillas del pelo, de espráis de queratina, de acondicionadores, de productos del método *curly*... Y no voy a tocarte la polla ni ninguna parte de tu cuerpo que esté remotamente cerca de ella —añado con un tono firme—. Así que olvídate de esta fantasía ahora mismo.

—Vale. Sí, no voy a decir nada. Y no se tocan pollas.

Rodeo la cama para ir al otro lado y me subo a ella, con cuidado de no sacudirlo demasiado mientras me tumbo. Me pongo de lado mirando hacia él y él también gira la cabeza para mirarme.

—Vamos a empezar con mis rutinas semanales —digo, manteniendo un tono suave—. Bueno, una vez a la semana nutro mis rizos en profundidad con una mascarilla hidratante. Y me doy un masaje en el cuero cabelludo con un aceite de coco, esto ayuda a que la sangre fluya mejor y a que los folículos del pelo se fortalezcan.

—Ajá —dice, mientras gira la cabeza y cierra los ojos—. Entonces es eso.

—¿El qué?

—El olor que me ha estado atormentando desde el día de la playa —responde, el cansancio le hace arrastrar las palabras—. En mi cabeza lo llamaba piña colada. Pero es coco. Mi chica de ensueño coconuda.

Se me para el corazón y las mariposas se preparan. ¿Chica de ensueño? Espero a que añada algo más, pero no dice nada. Se limita a coger y soltar el aire, el cuerpo se le va relajando.

Me acerco más a él.

—Te has dado cuenta de que has tardado siete segundos exactos en romper tu voto de silencio, ¿verdad? No tengo más remedio que marcharme. No podemos permitir que pienses que tus acciones no tienen consecuencias...

—Quédate —me pide, extiende el brazo para agarrarme de la mano. Entrelaza los dedos con los míos y luego nos pone las manos encima de su tripa—. Estabas hablando sobre un masaje del cuero cabelludo.

—Ajá —respondo, mientras me trago las emociones que siento atascadas en la garganta.

—A mí nunca me han dado uno.

—Devuélveme la mano —susurro.

Me aprieta los dedos con más fuerza.

—No, que te vas a ir.

Sonrío.

—No me voy a marchar. Si me la devuelves, te haré un masaje en la cabeza.

Me suelta la mano y le voy acariciando el pecho desnudo hasta subirla, dejo que las puntas de los dedos recorran su piel cálida. Con suavidad, le acaricio el pelo suave con los dedos. Le rasco el cuero cabelludo ligeramente con las uñas.

Gruñe tras sentir mi roce.

—Sigue hablando. Ibas por la mascarilla del pelo.

Doblo el otro brazo para apoyar la cabeza y sigo acariciándole mientras le hablo de mi rutina de cuidado capilar. En menos de cinco minutos se queda dormido como un tronco.

19

Ryan

Me despierto al oír el teléfono encima de la mesita de noche. Cada vibración hace que la superficie de madera oscura tiemble. Lo cojo con una mano. Ni siquiera me detengo para leer en la pantalla quién me llama.

—Hola —gruño, tengo la voz ronca del sueño.

—¡Buenos días! ¿Cómo estás, Langley? —dice la voz alegre de Shelby O'Sullivan.

—Buenas —respondo.

—Ay, ¿te he despertado?

—No pasa nada —mascullo—. De todos modos, debería levantarme.

La oigo reírse al otro lado del teléfono.

—Parece que alguien ha tenido una noche muy larga.

Sus palabras son como una patada en mi cerebro. Enseguida me acuerdo de los acontecimientos de la noche anterior y casi me da un traumatismo cervical por lo rápido que miro hacia el otro lado de la cama.

Tess no está.

Por supuesto. ¿De verdad esperaba que se pasara toda la noche conmigo? Aun así, me gustó quedarme dormido con el sonido de su voz y la sensación de su suave roce. No me gusta cuánto me frustra no haberme despertado también a su lado. Estoy pillado por ella y tengo que hacer algo al respecto antes de que me ponga en ridículo de verdad y le suplique que me toque. A lo mejor la doctora me deja sudarlo en una sesión de fisioterapia brutal.

Joder, Shelby sigue hablándome a toda velocidad. No ha callado en todo este tiempo.

—... a unos diez minutos de la casa y he pensado en llamar antes para asegurarme de que tenías tiempo para prepararte y abrirme la puerta.

Me incorporo, me siento rígido.

—Diez minutos —repito.

—Tengo toda la compra que te he hecho y algunas de las cosas incluso las ha aprobado el nutricionista.

—Suena bien.

Fuera, oigo que se cierra una puerta. Tess está despierta y está dando vueltas por la casa. Si va a marcharse, quiero despedirme de ella. Saco las piernas de debajo de la manta y las balanceo por el lateral de la cama para coger las muletas.

—... y Josh ha organizado las cosas para que Lauren Gerard te recoja de fisioterapia a las nueve en punto...

—Sí... Oye, Shelbs —la interrumpo, levantando la voz—. Tengo que dejarte y preguntarle algo rápido a mi compi de piso.

—Ah, lo siento... Espera, ¿compi de piso? ¿Mars sigue en la casa? ¿Ha vuelto a mudarse? Madre mía, ¿ya ha pasado algo malo?

La velocidad a la que esta mujer pasa de estar despreocupada a estar desquiciada es sorprendente. Con el mínimo salseo, las WAG saltan como una manada de hienas salvajes. Sería fácil quejarme, pero todos sabemos que los jugadores son peor que ellas.

—No —digo, tambaleándome sobre un pie como si fuera un flamenco borracho—. No es Mars, Shelbs. Los Price están bien. Más que bien. Anoche estuvieron aquí. Ya la conocerás cuando vengas...

—Espera... ¿la?

«Mierda».

—Ryan Langley, ¿has metido a una *puck bunny* en esa casa...?

—Te voy a colgar.

—... no me lo puedo creer. No te pienses que no se lo voy a contar a Josh. Tu prioridad debería ser recuperarte, no añadir otra muesca en el poste de la cama...

—Vale, adióóóóós —me despido, alargando la o mientras le cuelgo.

Me meto el móvil en el bolsillo y avanzo con las muletas, ni me molesto en ponerme camiseta. Entro corriendo en la estancia principal y miro a mi alrededor. Tess no está aquí, pero ha estado. En la cocina huele a café recién hecho y hay un par de platos nuevos secándose en el escurridor. El portátil y la libreta están apilados encima de un maletín de cuero sobre la mesa.

Desde el fondo del pasillo, oigo el inconfundible sonido de un secador de pelo y suelto un suspiro de alivio. Sigue aquí.

Miro en la nevera y me fijo en la comida que ha comprado Tess: yogur, ensalada, piña fresca, un paquete de pavo y un poco de queso cheddar. Lo que no veo es una jarra azul de té helado recién hecho.

Mi asistenta Yolanda sabe cómo me gusta. Es una mujer cubana increíble que conocí en el rink de práctica. Era una de las conserjes y siempre fue muy amable conmigo. Le hice una oferta que no pudo rechazar y ahora trabaja para mí dos días a la semana y me llena la nevera con la comida más increíble del mundo. También me hace té helado todas las semanas. No sé qué magia le pone, pero está delicioso... No está demasiado dulce y tiene el toque justo de limón.

Suena el timbre, cierro la nevera y voy a la puerta principal. Veo a Shelby a través del cristal esmerilado.

—¿Quién es? —grito solo por ser un capullo.

—Abre la puerta, Langley. ¡El helado se está derritiendo!

Eso hace que me mueva y giro el pomo para dejarla entrar.

Pasa por mi lado con las manos llenas de bolsas y unas gafas de sol enormes que le enmarcan la cara. Es alta y delgada, tiene la constitución de una jugadora de vóleibol. De hecho, puede que lo jugara en la universidad. La cola de caballo alta y oscura se balancea a un lado y a otro mientras camina.

La sigo y giro la esquina justo cuando deja todas las bolsas reutilizables de la compra sobre la encimera. Se gira enseguida y se levanta las gafas para colocárselas en la cabeza.

—Tienes un aspecto de mierda, Ryan —dice a modo de saludo—. ¿Te has duchado desde el clásico?

Yo me limito a encogerme de hombros.

—Lo acabaré haciendo.

Se coloca frente a mí con las manos en las caderas.

—Si no lo haces hoy, te enchufo con la manguera en el jardín. No te pienses que no lo voy a hacer. Y, como estés metiendo aquí a chicas, haré lo mismo con las sábanas.

—Me alegro de verte, Shelbs.

Entonces se acuerda de sus modales, da un paso hacia delante y me envuelve en un abrazo.

—Ah... —Se endereza.

—Lo siento —dice la voz de Tess a mi espalda.

Shelby se aparta y mira por encima de mí.

Yo miro por encima del hombro y me como con los ojos a Tess, que lleva unas mallas negras que le abrazan las curvas y una camiseta tipo *crop top* de los Ferrymen. Encima lleva una sudadera con la cremallera abierta de un gris claro. Los rizos rojos le enmarcan la cara y le destacan todas las pecas.

—Vaya, tú no tienes pinta de ser una *puck bunny* —dice Shelby a modo de saludo.

—¿Perdona? —pregunta Tess.

—Eres la amiga de la doctora Price. —Me rodea extendiendo una mano —. Tess, ¿verdad? Hola, soy Shelby O'Sullivan.

—La esposa del capitán —dice Tess, que mira la mano, pero no la acepta.

—Hasta que la muerte nos separe —dice Shelby, y se ríe mientras deja caer la mano a un lado—. Langley me estaba hablando de ti. Dice que ahora estáis compartiendo piso, ¿no?

—No estaba hablando de ti —digo, mirando a Tess. No quiero que se piense que estoy rajando de ella—. No he dicho nada de ti.

—Es temporal —responde Tess, que sigue con la mirada clavada en Shelby—. Solo he venido a la ciudad a ayudar a Mars con su organización benéfica.

—Ay, es verdad —dice Shelby, que está como en su casa y empieza a sacar la compra—. Va de tortugas marinas o algo así, ¿no? Josh me lo estuvo contando.

Tess asiente con la cabeza.

—Rachel me ofreció que me quedara aquí mientras esté en la ciudad. Como están recién casados, pensé que era mejor no estar en medio.

Shelby se ríe.

—Ya, me imagino que las cosas son un tanto caóticas en esa casa.

—Y yo solo estoy aquí por esto —añado, y me señalo la rodilla vendada.

—Bueno, entonces es el destino —responde Shelby—. Que no te dé vergüenza comerte nada de esto —le ofrece a Tess.

—No, gracias —replica esta mientras avanza hacia la cafetera.

Su móvil, que está encima de la mesa de la cocina, se enciende.

—Tess, te está sonando el teléfono —la aviso.

Ella me ignora..., igual que hace con la llamada.

—No te caigo bien —insiste Shelby, que apoya la cadera contra la nevera y sigue a mi compañera de piso con la mirada.

—Shelbs —la advierto.

—No me conoces... —continúa ella—, pero no te caigo bien.

—Es solo que no tengo un buen día —responde Tess y cierra la tapa de la cafetera—. Una mala década —añade para el cuello de su camisa.

Su móvil vuelve a iluminarse con otra llamada.

—Tess, tu teléfono.

—Déjalo —me suelta.

—No pasa nada —dice Shelby—. Las WAG no le caemos bien a la mayoría de las mujeres. Suelen tener muchas opiniones respecto a nosotras. No somos unas muñequitas tontas que buscamos un papi chulo ni atrapamos a nuestros hombres con bebés para que no nos dejen. Créeme, he oído de todo.

—No tengo ningún prejuicio hacia ti, Shelby —dice Tess—. Es solo que me he levantado con el pie izquierdo.

Shelby mira el reloj que hay encima de los fogones.

—No son ni las ocho de la mañana.

Tess coge la taza de café de debajo del pitorro y vierte el contenido en un termo.

—Sí y ya estoy harta. Así que confía en mí cuando te digo que no eres tú, soy yo.

Maldita sea, ¿dónde está la Tess divertida que anoche flirteaba conmigo? ¿La que me hacía bromas y se reía mientras me cogía de la mano? ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué está tan al límite por la mañana? Hay algo que no está diciendo.

—Tess, tu teléfono —digo por tercera vez.

—¡Me cago en todo, Ryan! —chilla mientras lo coje de la mesa—. Si quisiera contestar, ¿no crees que lo haría?

Un escalofrío me recorre la columna vertebral cuando veo la expresión atormentada que tiene Tess en la cara. Su repentina aparición en Jax empieza a adquirir sentido con cada minuto que pasa.

—¿Quién te llama con tanta insistencia? —Necesito que lo diga. Necesito que confirme mis sospechas.

—Mars está a punto de llegar —dice—. Tengo que irme. —Se mete el móvil en el bolsillo sin responder a la llamada y guarda el portátil y la

libreta en el maletín de cuero—. Que tengáis un buen día.

Sin ni siquiera esperar a que ninguno de los dos diga una palabra más, me rodea. Oigo que la puerta principal se cierra de un portazo.

Shelby solo tarda unos segundos en soltar un silbido.

—Vaya, es una zorra con mayúsculas, ¿eh?

Clavo la mirada en la ventana y veo a Tess subirse en el asiento del copiloto de la enorme camioneta plateada de Ilmari.

—No —me oigo decir a mí mismo—. Es solo que ahora está pasando por una situación complicada... y no, no voy a decir nada más —añado, y le lanzo una mirada de advertencia.

Veo que le tiembla la comisura de la boca con una sonrisa.

—Te gusta.

—No la conozco —admito y es la verdad, joder. Tess no me ha contado nada de nada de lo que le está pasando ni por qué.

—Ten cuidado con esa, Ryan —me advierte Shelby.

—¿Por qué? —me oigo decir a mí mismo.

—Porque no es una *puck bunny* —responde.

—¿Te crees que no lo sé? Las mujeres como Tess Owens no acaban con chicos como yo.

Shelby ladea la cabeza, como si me estuviera evaluando.

—¿Por qué dices eso?

Me quedo rígido, no me he dado cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—Venga ya —digo con una risa forzada—. Tess Owens es una tía de diez. Es guapísima e inteligente que te cagas. Es abogada corporativa y tiene un puestazo, Shelbs. Se encarga de organizaciones benéficas y salva a animales en peligro, y yo soy... yo —termino encogiéndome de hombros.

Shelby se está riendo.

—Claro, tú solo eres una superestrella de la NHL. Eres inteligente y divertido y guapo que te cagas. Ah, ¿no haces voluntariado como entrenador de hockey con chavales en tu tiempo libre?

—A veces. —Siento que se me calienta el corazón ante sus alabanzas—. Bueno, cuando puedo, lo hago.

—Puede que Tess sea una tía de diez —continúa ella—. Pero estoy convencida de que no es una futura WAG.

Le lanzo una mirada asesina.

—Entonces, si no es ni una *puck bunny* ni una WAG, ¿qué es?

Shelby me lanza una mirada que lo dice todo.

—Es un cataclismo.

Parpadeo.

—¿Un cata qué?

—Un caos con patas —responde ella—. Me da la sensación de que Tess es de las que salen corriendo. Es una de esas mujeres que te quieren y te dejan en la misma milésima de segundo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Veo cosas —responde—. ¿Quieres un consejo? —Me limito a encogerme de hombros, sé que me lo va a dar de todos modos—. Aléjate de ella, Ryan..., a menos que estés dispuesto a que te rompa el corazón y a padecer un sufrimiento épico.

20

Tess

Lo único que puedo hacer es abrir la puerta y subirme en la camioneta. El corazón me va a mil por hora y siento que me estoy ahogando. Vaya, se me ha echado todo encima. Mi cuerpo es un vórtice de pensamientos y emociones que no hace más que dar vueltas.

—Buenos días —me saluda Ilmari con una voz profunda.

Está sentado al volante con el pelo rubio recogido en un moño. Lleva una camiseta y unos pantalones cortos, como si no fuera enero y no estuviéramos a trece grados. Al parecer, los jugadores de hockey fineses no sienten el frío. Mientras tanto, yo tengo las tetas heladas. Debería haberme puesto otra capa.

Cierro la puerta y me pongo la mochila a los pies mientras contengo un sollozo. No puedo llorar delante de este hombre. Otra vez no. Ya fue bastante malo perder el control la otra noche. Jake sigue actuando como si pisara huevos cuando estoy cerca, como si tuviera miedo de que me vuelva a romper. No hace más que ofrecerme helado.

Ilmari abre los ojos como platos.

—Tess, ¿qué...?

—Conduce —jadeo, sacudiendo con ganas el cinturón mientras las lágrimas me nublan la visión.

—Tess...

—¡Ilmari, conduce!

No vuelve a insistir, tan solo mete la marcha atrás y sale del camino del garaje. Enseguida avanzamos por el vecindario en calma y él no despega la mirada de la carretera.

Paso de llorar a coger aire cuando siento el móvil que me vibra en el bolsillo con más llamadas perdidas. No soporto notarlo. Es tan indeseable

como que Troy me toque de verdad. Incluso desde la distancia, sigue abriéndose paso hacia mí a la fuerza.

Me saco el teléfono del bolsillo y lo meto en el portavasos, donde sigue vibrando con suavidad. El motor del vehículo y el leve zumbido de la radio amortiguan el ruido.

—Cuando estés preparada —dice Ilmari, sin apartar la mirada.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Gira a la izquierda para salir de la urbanización en dirección a la playa. Hemos quedado con los tres voluntarios de la organización sin ánimo de lucro. No puedo enfrentarme a ellos si estoy hecha un amasijo de lágrimas. Tengo que soltarlo. Tengo que ponerlo en palabras.

—Se parece a ella —suelto al fin—. Recuerdo haberla visto el día de la playa, pero tenía un sombrero enorme y estaba con los niños y los perros. No me fijé demasiado en ella. Pero esta mañana de verdad que era igualita. Me ha pillado del todo por sorpresa —termino, y me sorbo las lágrimas.

—La mujer de O'Sullivan. Estaba en la casa —adivina Ilmari.

Asiento y dejo caer la mano en mi regazo mientras recupero el aliento.

Después de un minuto de silencio, me hace la pregunta más obvia:

—¿A quién se parece?

—A la secretaria de mi marido —respondo, y me vienen a la mente los recuerdos que estoy intentando mantener alejados con todas mis fuerzas—. Estuvieron liados durante casi un año. Los pillé juntos... más de una vez. Al final ya ni siquiera intentaban escondérmelo.

Candace fue la primera mujer con la que lo pillé, pero hubo muchísimas más.

Los dos nos quedamos en silencio, mi móvil sigue vibrando en el portavasos.

—¿Tu matrimonio acabó por la infidelidad? —pregunta Ilmari.

—Es una de las muchas razones —admito—. Sin duda, aceleró las cosas.

Ilmari baja la mirada a mi teléfono, no ha dejado de vibrar.

—Te está sonando el teléfono.

—Lo sé —respondo, y miro decidida por la ventana, las palmeras pasan por delante de mis ojos a toda velocidad.

—Será él —vuelve a adivinar Ilmari.

—Sí.

—Rachel me dijo que hoy sería un día complicado para ti, pero no me dijo por qué. Me ha dado instrucciones estrictas para que te vengas a casa conmigo.

—Estoy bien, Mars —respondo con una sonrisa pícara.

Pone el intermitente y sigue las señales hacia la playa.

—Puede que estés bien, pero yo hago lo que me dicen. No te voy a quitar los ojos de encima hasta que no deposite tu seguridad en manos de mi esposa.

Cierro los ojos y respiro hondo. En lo más profundo de mi ser, sé que por esto cogí un avión a Jacksonville. Quería estar cerca de mi amiga cuando me enfrentara a este precipicio. Quería saltar en picado sabiendo que había alguien que se enfrentaría a cualquier elemento para cogerme. Rachel haría cualquier cosa por la gente a la que ama, igual que yo.

Pero ahora tiene tres hombres que la cogerán a ella cuando se caiga. Ilmari Price no da saltos de fe. Es la roca firme que se mueve, pero nunca se sacude. Igual que Caleb. Puede que Jake en el fondo sea más de lanzarse al precipicio, pero aun así preferiría saber que está a mi lado, ayudándome a nadar para regresar a la orilla. Aquí con Rachel estoy segura. Estoy segura con sus maridos.

Estoy segura con los Rays. He echado toda la leña al fuego. Firmar los papeles del divorcio y enviárselos a Troy ha sido el queroseno. Es hora de encender la cerilla.

Me giro hacia Ilmari. Me resulta raro que sea él. Mi protector callado. Quiero quedarme en la sombra de su fuerza.

—Oye, Mars, ¿me harías un favor?

Me mira de soslayo, con el otro ojo en la carretera.

—¿Qué?

Poco a poco, extiendo el brazo y cojo el teléfono. La pantalla se ilumina con media docena de llamadas perdidas y una retahíla de mensajes. Esta mañana Troy se está comportando de una forma muy rara, está desesperado por insultarme y colgarme.

Le tiendo el móvil a Ilmari.

—Cuando vuelva a sonar, ¿puedes responder?

Baja la cabeza para mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Por qué te llama?

—Porque firmé los papeles del divorcio antes de marcharme —respondo —. Se los han entregado por correo a primera hora.

Frunce las cejas.

—Creía que estabais separados. Desde hace años. Es lo que nos contó Rachel.

—Sí, hace tres años que no compartimos ningún parecido con una vida matrimonial.

—¿Y aun así has seguido casada con él? ¿Por qué?

—Es complicado —respondo—. Sobre todo por su familia, por hacerlos felices... y por el miedo que tengo al abandono. Además, no me parecía importante formalizar la disolución siempre y cuando fuéramos cordiales el uno con el otro.

—Entonces, ¿qué ha cambiado?

Se le da bien esto. Tiene cuidado con las palabras que dice y no me mira, así que me da espacio para que responda o no, y para que lo haga a mi ritmo. Por lo general, soy de esas personas que buscan llenar un silencio incómodo, pero con Ilmari no me pasa eso.

—Creo que he cambiado yo —respondo, es la simple verdad—. A lo largo de toda nuestra relación, yo fui la única que cambió. Cambié para complacerlo muchísimas veces. Cambié mis costumbres y mis gustos, mi sentido del humor. Qué demonios, incluso cambié cómo me tomaba el café. Ni siquiera estoy convencida de que me guste el café. Lo bebo porque él lo bebe —termino encogiéndome de hombros.

Ambos nos quedamos callados durante un minuto.

—¿Y ahora?

Suelto el aire.

—Y ahora he vuelto a cambiar. Soy más fuerte, creo. He aceptado mi destino.

—¿Y cuál es?

—Sobrevivir —respondo.

—¿Y eso qué significa?

—No todo el mundo tiene por qué llegar a lo más alto, Ilmari. Algunas personas hemos nacido solo para aguantar. Tuve que enamorarme de Troy y desenamorarme para darme cuenta de lo bien que se me da sobrevivir. Y eso es lo que quiero, Mars —susurro, con el corazón en la garganta—. Quiero sobrevivir en mis términos y por mis propios medios. Troy quería

que yo pensara que era débil. Quería que fuera como arcilla maleable para que él pudiera hacerme y rehacerme a su imagen y semejanza.

Ilmari me mira.

—¿Y eres arcilla, Tess?

—No.

—Entonces, ¿qué eres?

Respiro hondo y aguanto el aire en los pulmones para dejar que me llene.

—Soy el fuego que convierte la arcilla en algo mucho más fuerte.

Ilmari se queda callado mientras sopesa mis palabras. Al final, mira en mi dirección y dice:

—A mí me parece que necesitas responder al teléfono tú sola.

Como si ese fuera el pie que estaba esperando, el móvil me vibra en la mano. Bajo la mirada y veo el identificador de la llamada: «Engendro del diablo».

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Ilmari con un tono calmado y tranquilo.

Bajo la mirada al móvil, siento la vibración en la mano.

—Debería responder. Debería dejar que él también diga algo, ¿verdad? Lo que siempre quiere es tener la última palabra. Puede gritarme y soltar toda su rabia, luego habremos terminado. Si no, no va a firmar. Nunca lo dejará estar si en cierto modo cree que yo he ganado con todo esto.

—Entonces, quieres responder al teléfono —resume Ilmari.

—No —añado enseguida—. No quiero responder. Me da igual si no volvemos a hablar. Es un monstruo y sus palabras solo son veneno.

—Creo que estás pasando por alto uno de los matices más importantes de la comunicación humana —responde.

Lo miro, el móvil me sigue vibrando en mi mano.

—¿Qué?

Ilmari se limita a encogerse de hombros sin apartar la mirada de la carretera.

—No responder sigue siendo una respuesta.

Dejo que esta verdad me cale. «No responder sigue siendo una respuesta». No quiero contestar al móvil. No tengo por qué hacerlo. Así que no lo haré.

Me quedo sin respiración por los nervios y pulso con el pulgar el botón para abrir la ventanilla del coche. El cristal tintado baja hasta la mitad y la

cabina del vehículo se llena de repente con un aire helador mientras subimos por el puente que cruza el agua. Chillo y tiro el móvil aún vibrando por la ventanilla abierta, lo veo volar por encima de la barandilla y perderse de vista.

Voy con el piloto automático cuando subo el cristal y me giro poco a poco para mirar de frente. Todavía siento el frescor del viento en la cara.

—Ya está —suelto al fin—. Ya le he respondido.

Ilmari extiende el brazo por encima de la consola y me da unas palmaditas en el brazo.

—Buena chica.

Suelto el aliento y me tiemblan los hombros mientras se me caen las lágrimas. Pero no lloro porque me sienta ansiosa o atrapada. Son lágrimas de felicidad. Me siento aturdida, como si me hubiera tragado un puto arcoíris. Lo más seguro es que Troy encuentre un modo de hacerme pagar por esto, pero en este momento, juro por Dios que no me importa. Ahora mismo, soy libre.

Apoyo la mano sobre la que Ilmari tiene en mi brazo.

—Bueno, háblame de esas tortugas marinas. ¿Alguna vez has visto una en persona?

21

Ryan

Estoy en el coche con Lauren Gerard y sus dos niñas, los cuatro estamos cantando canciones de Disney cuando el móvil me suena en el bolsillo. La pantalla se ilumina con una foto de mi hermana y yo en Navidad tumbados sobre unas toallas en la playa.

Lauren baja el volumen de la música y respondo al teléfono.

—Eh, Cass. ¿Qué pasa?

—¡Eh, hermanito! —responde ella—. ¿Tienes un segundo?

Gruño. Puede que mi hermana Cassie tenga trece meses más que yo, pero desde que murió papá, siento que he sido yo quien ocupa su lugar. Al principio eran cosas sin importancia, como asustar a los capullos de sus novios y llevarla y recogerla en coche de las fiestas. Cuando me ficharon, me convertí en su principal apoyo económico. Ahora mismo, le estoy pagando los dos últimos años de su programa de doctorado en Literatura Comparada.

Sí, Cassie se quedó con el cerebro. No sabe convertir ese coco tan inteligente en un trabajo remunerado. Ah, y es muy descuidada... y se olvida de hacer cosas como pagar el recibo del móvil. Pero es la única hermana que tengo y la verdad es que mamá no puede ayudarla con su salario de enfermera cada vez más exiguo.

Así que Cassie depende de mí. Y, maldita sea, yo le dejo hacerlo. Siempre ha dependido de mí. Solo me llama porque quiere dinero.

—¿Qué necesitas, Cass? —digo.

—Vaya, hola a ti también...

—Voy en el coche, así que escupe.

—Está bien —resopla—. Está a punto de acabarse el plazo de una oportunidad muy guay de estudiar francés en Burdeos este verano. He

hablado con mi tutora y dice que será una forma muy rápida de completar los requisitos de idiomas que requiere mi programa.

Suspiro y miro a Lauren. Ella dibuja una sonrisa débil y se encoge de hombros.

—¿Es para el doctorado? —insisto—. ¿Te dará créditos para que puedas graduarte a tiempo?

—Sí, por supuesto.

—¿Cuánto?

—Eeeh... son solo como nueve mil dólares —responde—. Y está todo incluido.

—¿Y no hay ninguna beca ni nada?

—Dios, Ryan —resopla—. Si la hubiera, ¿no crees que ya la habría pedido? Si nueve mil dólares son para tanto...

—No he dicho eso —me defiendo levantando la voz al oír su tono—, pero no va a ser como aquel verano que te pasaste en la Toscana con tus compañeras de la hermandad bebiendo y montando en bici, ¿no? ¿De verdad vas a ir a clase? Me refiero a aprender y esas mierdas.

Casi la puedo oír entornar los ojos a través del teléfono.

—Sí, Ryan. A aprender y esas mierdas. ¿Quieres que te mande el enlace de la página?

Me enfado aún más porque sé que pretende burlarse.

—¿Sabes? Dado que eres tú la que me está pidiendo un favor a mí, podrías intentar decir algo que se parezca más a «por favor».

—Por favor —responde enseguida. Ha suavizado un poco el tono—. Dios, ya sabes que no me gusta ni un pelo tener que depender de ti a todas horas. ¿Por favor, Ry? Casi he terminado el doctorado. Este es el último verano, así que es algo importante, te lo juro.

Suspiro y miro por la ventanilla mientras nos dirigimos hacia el puente que lleva al centro.

—¿Para cuándo necesitas el dinero? —suelto al fin.

—Mañana.

—Joder —mascullo.

—Mami, ha dicho una de las palabras malas de papá —dice Estelle desde su sillita en el asiento trasero.

Lauren me asesina con la mirada y yo dibujo una expresión de disculpa.

—Está bien, Cass. Esta noche te hago la transferencia, ¿vale?

—Gracias, Ry —cacarea—. Eres el mejor.

Colgamos y bajo la mirada al teléfono.

Lauren dibuja una sonrisa de suficiencia.

—Qué ganas tengo de verte como padre de una niña. Vas a ser peor que Jean-Luc.

Gruño y dejo que el móvil caiga en el sujeta vasos mientras vuelvo a poner la música. Ya estaba de un humor de perros por lo rara que ha estado Tess antes y la advertencia de Shelby. Ahora es mil veces peor. Pero no hay nada que Hakuna Matata no pueda arreglar.

22

Tess

Mars y yo dejamos el vehículo en un aparcamiento de la playa que está casi vacío. Estaciona la camioneta en la primera fila y abrimos sendas puertas al mismo tiempo. Una duna de arena me impide ver la playa, pero siento la brisa marina y el olor a salitre.

Un chico joven nos saluda con la mano y se acerca corriendo con un par de pantalones cortos anchos y una sudadera con la cremallera medio subida.

—¡Eh, aquí está! Mars Attack, tienes buen aspecto, tío.

Miro a Ilmari.

—¿Mars Attack?

—No lo animes —dice mientras baja del vehículo.

No puedo contener la sonrisa mientras bajo yo también. Mars rodea enseguida el coche por delante y viene directo a mi puerta.

El joven se nos acerca pavoneándose con los pies descalzos. Todavía tiene el pelo mojado y pegajoso de la sal, debe de haber estado haciendo surf por la mañana. Puede que tenga veintipocos, aunque en el rostro curtido por el sol tiene ya unas marcas profundas. Detrás de él, hay un jeep destartalado y cargado con varias tablas de surf.

—¿Cómo va eso, Mars Mission? —saluda mientras le tiende la mano a Ilmari—. Vaya, ¿quién es la duquesa? —dice mirándome.

—Tu nueva jefa —responde Mars mientras le estrecha la mano al muchacho.

—Genial —responde el surfista, al que llamaré Joe a falta de su nombre real, asintiendo como si fuera un muñeco cabezón.

—¿Mars Attack? —digo con una sonrisa—. ¿Mars Mission? ¿Esos son sus apodos?

—Ah, sí, ya te digo —responde Joe el Surfista.

—¿Puedo preguntar por qué?

El chaval le pasa un brazo a Ilmari por los anchos hombros, se baja las gafas de sol y dice:

—Porque este tío es de otro mundo.

Ilmari dibuja una expresión de tolerancia al dolor que me da la vida. Este crío es mi nueva persona favorita.

—¿Sabes? Estoy de acuerdo contigo —me burlo y le lanzo una sonrisa a Ilmari.

—He dicho que no lo animaras —masculla Mars.

—Ay, venga ya, Rocketman, eso no es divertido.

Mars me lanza una mirada que está claro que pretende expresar un profundo sentimiento de odio y aversión. Luego me señala.

—Tess Owens, este es Joey Ford. Es el actual presidente de la organización.

Ah, ¿que se llama Joey? Casi me atraganto por contener la risa mientras le estrecho la mano con ganas.

—Joey, encantada de conocerte.

Tiene una mano áspera como la lija y un apretón de hierro.

—El rey ha muerto, larga vida a la reina, ¿eh, duquesa? —dice Joey con una sonrisa—. Yo no tengo ni idea de cómo llevar una organización sin ánimo de lucro. Solo estoy aquí para darles a las tortugas la oportunidad de luchar.

—Y detrás de ti están Cheryl y Nancy Lemming —dice Ilmari a mi lado.

Me giro y veo a dos señoras mayores que se nos acercan cogidas de la mano. Ellas también tienen pinta de que acaban de venir de la playa. Tienen los pies descalzos llenos de arena y las mejillas sonrojadas del viento.

—Hola —saludo con la mano.

—Ah, Nance, qué guapa es —murmura de admiración la que debe de ser Cheryl. Es alta y esbelta y tiene unos rizos grises. Sin embargo, su pareja es más baja y tiene más forma de pera, con el pelo y los ojos oscuros—. Cariño, eres guapísima.

—Gracias —respondo con una sonrisa.

Entonces cubre la distancia que nos separa para estrecharme la mano y luego hace lo mismo con Ilmari.

—Nos alegramos muchísimo de conocerte —dice Nancy—. Mars dice que haces magia con las organizaciones sin ánimo de lucro.

—Lo admito, nosotros somos unos novatos en esto —interviene Cheryl —. Pero ¿cómo se dice en la jerga deportiva? Cuenta con nosotros, entrenador —añade y ambas se ríen.

—Estamos dispuestas a trabajar —interviene Nancy.

Levanto la cabeza para mirar a Mars.

—¿Estamos esperando a alguien más?

—No —responde él—. Ya estamos todos.

Los miro a los cuatro: un portero, un surfista y las lesbianas amantes de la naturaleza.

Y ahora yo.

—Todos presentes y contados —cacarea Joey, y me pasa el brazo por los hombros—. ¡Bienvenida a la Tripulación de las Tortugas de Northshore!

Una hora después, me he olvidado completamente del frío. Estoy sudando y jadeando, incluso los pies se me hunden en la arena mientras caminamos junto a las dunas. Casi hemos vuelto al aparcamiento. Veo el patio de sombrillas azules que indican la entrada.

No sé qué esperaba con mi primera reunión con la Tripulación de las Tortugas de Northshore, pero sin duda no era una caminata agotadora por arenas profundas mientras Joey, Nancy y Cheryl me explicaban a la velocidad de la luz todos y cada uno de los aspectos de la conservación de la tortuga marina y la restauración de dunas. La cabeza me da vueltas al intentar retenerlo todo y acordarme de respirar al mismo tiempo.

Joder, tengo que ponerme en forma.

Mientras tanto, Mars Attack casi parece aburrido mientras camina descalzo, con las manos en los bolsillos, le resulta fácil seguir el ritmo. El finés loco parece imperturbable con sus pantalones cortos y su camiseta mientras el viento le agita el cabello.

—Y básicamente eso es todo —anuncia Joey, que señala con las dos manos la extensión de playa que tenemos en frente—. ¿Alguna pregunta?

Nos detenemos y me pongo la mano en el pecho para intentar recuperar el aliento. Los talones de Aquiles me están matando, no están

acostumbrados a que los estire tanto y a que camine en arenas tan profundas.

—Mmm... supongo... Bueno, imagino que necesito saber lo que queréis —consigo decir al fin, me enraízo con la postura del árbol de yoga para abrir el pecho y respirar hondo.

—Queremos salvar a las tortugas —responde Cheryl.

Los otros dos asienten con fervor. Mars no hace nada, se ha quedado un poco apartado de nosotros.

Lo miro.

—¿Mars? Necesito saber qué quieres que haga yo.

—Queremos salvar a las tortugas —repite.

Suelto una carcajada.

—Bueno, chicos, me acabáis de dar una hora de información y el resumen es que las opciones parecen infinitas. —Señalo la tranquila expansión de playa que nos rodea—. Quiero decir, ¿esto es un grupo de conservación? ¿Dais paseos por la playa, la limpiáis y usáis frases como «salvemos los océanos»? Porque eso ya lo estáis haciendo. —Se miran entre sí—. ¿O sois un grupo de cuidado científico en el que marcáis y monitorizáis nidos de tortugas? Porque eso también lo hacéis. ¿Queréis que el público general sea más consciente de la situación de las tortugas y de sus terrenos de anidación? ¿O es un grupo de acción ciudadana? ¿Vamos a llevar la lucha a los legisladores locales y a los propietarios de los edificios de primera línea de playa, vamos a luchar para conseguir un cambio?

—Bueno... ¿y no podemos hacerlo todo? —dice Joey encogiéndose de hombros.

—Sí, al final hay que hacerlo todo —añade Nancy asintiendo con la cabeza.

—En mi experiencia, la forma más rápida de que una organización sin ánimo de lucro falle es intentar y hacer demasiadas cosas al mismo tiempo —explico con paciencia—. Os he oído hablar de trabajo suficiente para que cinco organizaciones diferentes se encarguen durante los próximos diez años. Vosotros podéis hacer una de esas cosas muy bien o dos bastante bien. Si intentáis hacer las cinco, os vais a hundir con todo el equipo.

—Pero todas están interconectadas —dice Cheryl—. Está claro que necesitamos la parte de educar en la conservación tanto como la acción ciudadana.

—No te digo lo contrario —respondo—, pero la cuestión es que hay que especializarse. —Miro a Ilmari—. Por ejemplo, Mars Attack —me burlo lanzándole una sonrisa—. Juega al hockey, ¿no? —Todos asienten—. Pues bien, para jugar al hockey necesitas gente que pase el disco, ¿cierto? —Vuelven a asentir—. Y también necesitas gente que proteja al resto de los jugadores —continúo—. Y necesitas que alguien se quede en la red. Cuando Mars está en el hielo, no juega en todas las posiciones. Tiene que confiar en que el resto de sus compañeros se ocupará de esos roles. Hace su trabajo y solo su trabajo, y lo hace bien. Tenemos que pensar del mismo modo. Necesitamos especializarnos.

—Entonces yo digo que hagamos eso —dice Cheryl sonriéndole a Mars —. Vamos a jugar de porteros.

—¿Qué quieres decir, cariño? —pregunta Nancy, que mira a su esposa.

Cheryl señala a su alrededor, a la expansión de dunas.

—Esta es nuestra red. Este es nuestro hogar, Nance. Nuestra playa. Y vamos a protegerla para esas tortugas. Yo digo que ahora somos defensores de dunas. Vamos a estar fuera de la red y a llevar la lucha a todos los abusones y gente de negocios que quiere despojarnos de estas dunas. Si quieren un pedazo de esta playa, primero tendrán que pasar por encima de nosotros.

—Toma, poder porteril —dice Joey—. Me apunto.

—Salvar a las tortugas salvando las dunas... —dice Nancy con una sonrisa—. Me gusta.

Yo también sonrío.

—Es perfecto. —Vuelvo a mirar a Mars—. Y creo que Cheryl nos acaba de dar el nombre para el cambio de imagen.

Ilmari me mira levantando la ceja de la cicatriz.

—¿Qué? ¿Ya no somos la Tripulación de las Tortugas de Northshore? —dice Joey, que pasa la mirada entre nosotros.

—Nop —respondo—. Dado que Ilmari Price, la estrella de la NHL, es vuestro principal patrocinador, lo que mejor quedaría como marca sería un nombre con temática de portero. A los fans les encantará. Gracias, Cheryl.

Esta pasa la mirada de mí a su esposa.

—¿Qué he dicho?

Yo sonrío aún más.

—Gente, bienvenidos a la primera reunión de las partes interesadas de Fuera de la Red.

23

Tess

Después del paseo por la playa, Ilmari nos invita a todos a comer en un restaurante encantador con vistas al mar. Conversamos con unos bloody mary y unos tacos vegetarianos. Me entero de que Cheryl y Nancy son dos arquitectas jubiladas que viven en la playa. Tienen una casita y un terreno de dunas en propiedad que han convertido en un oasis de energía verde. Como no tienen nada mejor que hacer, parecen dispuestas a que Fuera de la Red sea su nueva obsesión.

Nombro a Cheryl nuestra nueva directora financiera, mientras que Nancy es de manera oficial nuestra jefa de proyectos. Joey acepta de buen gusto el título de coordinador de voluntarios. Y Mars es... bueno, Mars. Está presente en todas nuestras conversaciones, escuchando en silencio. Pero no participa mucho. Puedo ver cómo le giran los engranajes de la cabeza, pero no nos ofrece prácticamente nada, salvo su educada presencia.

Después de comer, Mars me lleva a un concesionario para que pueda elegir un coche de renting. Al lado, hay una tienda de móviles. Me meto dentro y elijo uno de prepago. Por mucho que no me arrepienta de mi decisión impulsiva de tirar el móvil por la ventana, me siento desnuda si no tengo una forma de comunicarme.

De pie en el aparcamiento, obligo a Ilmari a que me teclee su número en el teléfono nuevo. En cuanto me lo devuelve, marco el número y me llevo el móvil a la oreja.

—Ya está —me río—. Oficialmente, eres mi primera llamada. Teléfono nuevo, Tess nueva.

Él me sonríe con suficiencia y manda la llamada directamente al buzón de voz.

—Oye, ¿qué intentas decirme?

Se guarda el móvil en el bolsillo y me sostiene la mirada.
—Nada.
Me río.
Poco a poco, a él también se le escapa una sonrisa.
—A veces sienta bien no decir nada, ¿verdad?
Asiento con la cabeza.
—Joder que sí.

Ahora mismo quiero volver a casa, estoy agotada. No son más que las nueve de la noche, pero solo tengo ganas de meterme en la cama. La casa está tranquila, todas las luces están apagadas salvo la de la habitación de Ryan. Como no sé si está durmiendo o no, camino de puntillas, saco el portátil del maletín de cuero y me lo llevo a mi habitación.

Intentando hacer el menor ruido posible, me doy una ducha rápida para limpiarme el sudor del día. Gracias a la caminata por la playa, mañana voy a tener las pantorrillas llenas de agujetas. De pie bajo el chorro de agua caliente, mientras el vapor llena la ducha, me paso la esponja de luffa despacio, por los brazos y por el pecho. Me gusta el olor de este gel. Me he limitado a usar la botella que más de chica me ha parecido. Asumo que era de Rachel. Es algo dulce y floral, con un toque a jazmín.

Miro hacia abajo y veo que tengo los pezones de punta y las gotas de agua caen sobre ellos. Qué bien me está sentando el calor. Y qué tensa estoy por el estrés del día. Liberarme un poco también me sentaría bien. Arrastro la esponja por mi vientre y me la llevo entre las piernas, giro la espalda hacia la ducha.

Suelto la esponja, que cae a mis pies, y me permito recorrerme todo el cuerpo con las manos, por encima del pecho, las deslizo por las caderas antes de bajar una y deslizar los dedos entre los labios inferiores. Mi clítoris está rogando que le preste atención. Ni me acuerdo de la última vez que me masturbé. Me quedo de pie bajo el chorro de agua, dejo que el vapor me llene los pulmones mientras me toco despacio con los dedos de la mano derecha, mientras que con la izquierda me retuerzo el pezón.

Necesito más... más fricción, más atención. Es una de las razones por las que el sexo me gusta tanto, aunque por lo general necesito que me echen una mano. Puede que algunas mujeres consigan un orgasmo cuando

quieren, pero eso nunca me ha pasado a mí. Yo tengo que esforzarme, sobre todo cuando estoy sola. Prefiero el subidón de estar con otra persona, dejarme llevar por su energía mientras chocamos y nos quemamos al mismo tiempo.

Cierro el grifo, agarro la toalla y me envuelvo con ella mientras salgo de la ducha. Entro en la habitación oscura y voy directa a la maleta grande que todavía no he deshecho. La cremallera está abierta y parece que dentro ha explotado una bomba. La única luz que me alumbra proviene del espejo tocador del baño, pero es suficiente para poder ver.

Meto la mano en el lado izquierdo de la maleta y saco un neceser rosa abultado. Lo lanzo encima de la cama, abro la cremallera con una mano y dejo que la toalla caiga al suelo. Dentro del bolsito está mi tesoro oculto: vibradores y dildos, un par de plugs, y mi strap-on de confianza.

Agarro mi bala favorita de color verde y me subo a la cama a cuatro patas, de cara a los pies. Siempre consigo correrme mejor de rodillas cuando me toco. Dejo caer el peso en una mano, enciendo el minivibrador con la otra y me lo meto entre las piernas; se me escapa un gemido bajo y gutural cuando siento la primera vibración en el clítoris.

—Joder... —gimoteo, apenas hago ruido.

Aparto un poco las rodillas y deslizo la bala hacia delante y hacia atrás por encima del clítoris, tiento la entrada de la vagina para que se humedezca. Gruño cuando siento el juguete pegajoso entre mis dedos. Para mí nunca ha sido un problema ponerme cachonda. Puedo estar todo el día mojando las bragas. Lo que me cuesta es correrme.

—Vamos —gimo, presionando un poco más fuerte con la bala, la giro sobre el clítoris en el sentido de las agujas del reloj y luego, al contrario. La vibración es increíble, me enciende un fuego que me va calentando conforme se extiende, me baja por las piernas, me hace cosquillas en los dedos de los pies. Se me corta la respiración y sé que estoy a punto. El calor se me extiende por el pecho, enroscándose y agitándose.

—Sí... joder... por favor, Dios —gimo. Se me mueven las tetas mientras sigo con el juguete y me muerdo el labio inferior—. Sí... fóllame —dice mi plegaria a los cielos, que es de todo menos silenciosa.

«Por el amor de Dios, ¿quiere alguien follarme ya?».

Perdida en mi propio placer, no oigo que alguien llama a la puerta. Y, sin duda, tampoco he oído que la han abierto. Pero sí que oigo una voz

masculina.

—¿Tess?

24

Tess

Jadeo, me incorporo en la cama como un rayo y veo a Ryan con los ojos como platos, está plantado en el quicio de la puerta y apoyado en una muleta.

—Dios..., joder... —grito, mientras me bajo de la cama, todavía con el vibrador encendido en la mano—. ¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Madre mía.

Sip, se acaba de dar cuenta de lo que estaba haciendo. El pobre se pone rojo como un tomate. Al recular, se clava el pomo de la puerta en la cadera y sisea.

—Joder..., Tess, lo siento...

La indignación se apodera de mí.

—¿Qué? ¿Como no te parece suficiente colarte en casa ajenas sin avisar para pillar a mujeres desnudas ahora tienes que meterte directamente en su habitación?

—No sabía que estabas en casa —se defiende, mira a todas partes, menos a mi cuerpo desnudo y enrojecido.

Otra vez.

—¿Por qué no has avisado cuando has vuelto?

—¡Creía que estabas dormido! —grito, apago la bala y la lanzo a la cama.

Menudo error. Él sigue la trayectoria con la mirada y ahora está mirando el neceser de los tesoros, que sigue abierto. Esos ojos de cachorrito se le abren aún más, si es que eso es posible, cuando se fija en mi colección de juguetes sexuales coloridos.

—Ay... joder.

Cierro la cremallera de la bolsa.

—Mírame a los ojos, Ryan —digo, y me señalo la cara.

Gruñe y pasa la mirada de mi cara al cuadro abstracto de la pared.

—Tess, ¿podrías...?

—No, no —chillo, con las manos en las caderas—. Ni hablar. Si estás a punto de pedirme que me tape en mi puta habitación, voy a tener que insistir en que te metas por el culo el palo de hockey. ¿Crees que puedes colarte aquí como si nada solo porque crees que no estoy en casa? ¿Qué estabas buscando?

—Nada...

—Entonces, ¿por qué te cuelas...?

—¡He oído un ruido! Y entonces he visto un coche que no conocía en la entrada. No me respondías al teléfono, así que no sabía qué coño pensar. Creía que a lo mejor se había metido alguien en la casa.

—Es mi coche —le explico—. Es de renting. Y ya no tengo móvil. Lo he tirado al mar.

—¿Que... qué? —Eso hace que me vuelva a mirar—. ¿Has lanzado el teléfono al océano?

—Bueno, a como se llame ese trocito de agua que hay justo antes de llegar a la playa —respondo.

—¿El canal intercostero?

—Sí. Lo he tirado por la ventanilla del coche de Ilmari.

Ryan me sostiene la mirada.

—¿Por qué?

—Porque no dejaba de sonar.

Hay muchísimas cosas que no explica esa afirmación. Casi estoy convencida de que pretende preguntarme al respecto. Me va a insistir. Al final va a preguntar por Troy. Parece que tiene las palabras en la punta de la lengua, pero entonces se le suaviza la expresión.

—¿Por qué no me has avisado de que estabas en casa?

—¡Creía que estabas durmiendo! —repito.

Entrecierra los ojos.

—No es verdad. Has visto la luz encendida. Te estabas escondiendo. ¿Por qué?

—No necesitas que yo vaya haciéndote de madre, Ryan. Ya tienes a una hilera de WAG y de novatos preparados para cuidarte... Te hacen la comida, te llevan de un lado para otro. No hace falta que yo me ponga en medio.

Sobre todo después de... ya sabes, de cómo me he comportado esta mañana —termino de decir poco convencida.

Da un par de pasos más dentro de la habitación y apoya la cadera contra el armario.

—Te ha asustado algo que tiene que ver con Shelby. La estaba abrazando cuando has entrado. ¿Ha sido eso... lo que te ha molestado?

—No —respondo.

—Porque está casada —continúa—. Yo no... A ver, no estamos... no estoy por Shelby.

Sonrío un poco.

—Lo sé, Ryan.

—Entonces, ¿qué ha sido? ¿Puedes contármelo, por favor?

Parece sincero. Quiere saberlo de verdad. Y, maldita sea, tengo ganas de contárselo.

Me cruzo de brazos por encima de las tetas desnudas.

—Se parece a la amante de mi exmarido.

Abre aún más esos bonitos ojos verdes.

—¿Que... qué?

Me siento en el borde de la cama.

—Shelby se parece muchísimo a la secretaria que solía darle placer a mi marido debajo de la mesa mientras estaba trabajando... y encima de la mesa... y en mi casa en la cama —respondo con tono sombrío—. De hecho, sé de al menos una ocasión en la que intentó colarla por la puerta trasera mientras yo estaba en casa.

—Vaya.

—Hoy ha sido un día muy largo, ¿vale? Firmé los papeles del divorcio y Troy los ha recibido esta mañana. Es quien me estaba llamando todo el rato, quería que discutiéramos. Hace años que se terminó el matrimonio, pero nunca me he molestado con todo el drama legal y es por esto. Mi ex es un narcisista de primera con complejo de Dios. Añádele un poquito de incompetencia paralizante y una pizca de privilegio masculino tóxico, y eso le convierte en una persona vengativa... y peligrosa.

Ryan se queda rígido y sin respiración.

—Tess, ¿sabe dónde estás?

—No.

Se acerca un paso y se aleja del apoyo del vestidor.

—Pero ¿puede rastrear tu teléfono hasta Jacksonville? Porque, si puede hacerlo, el primer lugar en el que te buscará será en casa de los Price. Sabe que eres amiga de la doctora, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Sí, lo sabe.

Suelta el aire y mira alrededor, a los adornos del dormitorio minimalista de Ilmari.

—No deberías quedarte aquí. Necesitamos que vayas a otro sitio. Un lugar donde ni siquiera se le ocurra buscar. Podrías quedarte en mi casa —se ofrece enseguida—. Puedo darte las llaves.

Parpadeo, aunque me pican los ojos, e intento mirar a Ryan con una expresión despreocupada.

—¿Qué pasa? ¿En secreto eres poli o algo así?

—No —responde él—. Pero mi padre lo era hasta que tuvo que retirarse por motivos médicos. Algunos de sus colegas siempre estaban cerca cuando yo era pequeño... Ya sabes.... estaban cerca —termina, y se encoge de hombros.

No se me pasa por alto que ha hablado en pasado. ¿El amigo del padre que se ve obligado a dar un paso al frente y a cuidar de un joven? Estoy segura de que ahí hay una historia triste.

Se gira como si estuviera a punto de marcharse.

—Ryan..., espera —lo llamo mientras me pongo de pie.

Se detiene junto a la puerta y me mira por encima del hombro.

Cruzo la habitación para acercarme a él.

—¿A dónde vas?

—A coger las llaves de mi piso para dártelas —responde.

Lo cojo del brazo.

—No —digo—. Ya es tarde. Y no quiero ir a una casa extraña y quedarme ahí sola —admito—. Quiero quedarme aquí... Quiero quedarme contigo.

Bajo la mirada hacia el punto en el que le estoy tocando el bíceps con la mano. Por debajo de la camiseta, siento el músculo terso y fuerte. Le acaricio el brazo hasta el codo. Ahora le estoy tocando la piel, pasando los dedos por los pelos suaves del antebrazo.

—Tess —gruñe, tiene los ojos cerrados y se ha quedado muy quieto—. Por favor...

—¿Estoy segura contigo, Ryan? —Me acerco hasta que los pezones de punta le rozan el codo. Veo que la piel se le pone de gallina.

—Sí —dice él con la voz tensa.

Le acaricio el hombro con los labios, es un roce leve como el de una pluma, mientras le bajo los dedos hasta la muñeca.

—¿Vas a protegerme, Ryan? ¿Harás que me sienta bien?

—Tess...

—Dime que tú tampoco lo necesitas —digo, con la frente apoyada en su hombro—. Dime que, después del estrés de los últimos días, no te mueres de ganas de aliviarte un poco. Dime que no quieres sentir algo ahora mismo... aunque solo sea por un momento. Dime...

No termino de decir las palabras porque se gira entre mis brazos y nuestros labios se chocan en un beso febril. Reclama todo mi aire, me abre la boca y se zambulle con la lengua. Casi me había olvidado de lo bien que se le da esto. Esta vez, quiero saborearlo. Quiero tallarme en los labios el recuerdo de sus besos.

Las muletas se le caen al suelo. La primera vez que lo besé, le hice que se quedara con las manos a la espalda. Ahora me las ha puesto en los hombros y me va subiendo por el cuello con caricias hasta envolverme la cara.

Me arqueo contra él.

—Tócame. Por favor, Dios, termina lo que he empezado.

Mi súplica es lo que hace que se desate. Con un gruñido de desesperación, me entierra una mano en el pelo y me echa el cuello para atrás para devorarme la boca a besos. Con la otra mano, sigue la curva del pecho. Maldice en voz baja contra mis labios mientras envuelve una teta con la mano, aunque no la recoge del todo.

—Me habría vuelto loco como te hubiera vuelto a ver desnuda y no hubiera podido tocarte —susurra contra mi boca.

—Tócame —le ordeno—. Ryan, por favor... Tócame donde sea. Por todas partes...

Me quedo jadeando para coger aire cuando baja la cabeza y me succiona el pezón con la boca.

—Ay, Dios... —grito metiéndole las dos manos en el pelo. Me agarro a él mientras me lame y me provoca con la lengua, me está volviendo loca.

Mientras tanto, se encarga del otro pecho con la mano izquierda, me pellizca el pezón entre el dedo índice y pulgar.

Tengo el coño empapado. Puedo sentir el calor aumentando entre mis piernas. Estoy desesperada por más. Necesito fricción. Necesito su lengua cálida y sus dedos y el roce de su barba incipiente en los muslos. Joder, lo necesito a él.

—Ryan —gimoteo—. Necesito...

—Dilo —me pide con la boca todavía en mi pecho.

—Lo necesito —le ruego, me siento incoherente mientras me envuelve con fuerza. Me tiembla todo el cuerpo de las ganas que le tengo y me muero de deseo por sentir esta liberación.

—Dímelo. —Me muerde el pezón.

—Aah... joder... Necesito correrme —grito fuerte y aprieto las manos en su pelo—. Por favor, Ryan... Por favor, cariño, necesito correrme. No sabes cuánto lo necesito —gimoteo, le levanto la cara y vuelvo a pegar los labios a los suyos.

Me pone la mano derecha en la nuca para sujetarme mientras baja la mano izquierda. Sin ningún preámbulo ni jugueteo ni nada, me desliza dos dedos por la raja resbaladiza y me los mete bien dentro.

—Joder... Dios... —casi grito mientras me aprieto alrededor de sus dedos.

Los saca y los mete, mientras que con el pulgar se encarga del clítoris, intenta con muchísimas ganas convocar ese orgasmo que me sacuda el alma y que le estoy pidiendo desesperadamente. Me agarro a sus hombros mientras nos besamos, succionándonos y mordiéndonos los labios como si fuéramos animales en celo.

—Qué húmeda estás —gruñe—. Tess, me estoy muriendo...

Aprieto los muslos alrededor de su mano.

—Coge el juguete —digo sin aliento—. La bala, la de color verde...

—No necesito un juguete. Puedo hacer que toques el cielo yo solito.

—Compartir es vivir —me burlo—. Es un trabajo en equipo... Aaah...

Me pellizca el cuello justo en el punto donde más se nota el pulso, cosa que hace que me calle de inmediato.

Vuelvo a bajar las manos a los hombros.

—Ryan, por favor.

Me saca los dedos del coño dejándome sin nada. Me envuelve la cara con las dos manos, tiene los dedos de la izquierda mojados. Lo siento contra la mejilla.

—No me malinterpretes —dice con una sonrisa de suficiencia, los ojos color verde manzana se le oscurecen del hambre—. No tengo ningún problema con los juguetes, pero no voy a renunciar a mi primera oportunidad con Tess Owens. No voy a optar por el suplente. Este orgasmo es mío. Ahora, sube a la cama.

25

Ryan

Tess levanta la cabeza para mirarme, tiene los ojos vidriosos y las mejillas sonrojadas.

—¿Quién eres y qué has hecho con Ryan Langley? —me provoca, le brillan los labios de mis besos.

Los dos estamos jadeando como si acabáramos de sobrevivir a un set de esprints suicidas. Joder, esta chica hace que me dé vueltas la cabeza como nada más. Sus besos son explosivos, como trocitos de dinamita en mi lengua. Le cojo la cara con las manos mientras ella me envuelve las muñecas con cuidado. Le sostengo la mirada, tengo el corazón a punto de salírseme del pecho.

—¿Te sorprendo?

—Un poquitito, sí. Siempre me has parecido tan dulce...

La miro frunciendo el ceño. En mi experiencia, dulce es el beso de la muerte.

—¿Qué? ¿Creías que iba a venir a tu cama con una gorra con hélices y unos gayumbos de las tortugas Ninja?

Se ríe y se muerde rápidamente el labio inferior para contener la risa.

—Si te soy sincera, no sé qué pensaba..., pero me gusta —añade, se le borra la sonrisa cuando levanta la cabeza para mirarme—. Besas muy bien, Ryan.

—Tú tampoco estás tan mal —respondo. Todavía me brillan los dedos de la mano izquierda con su humedad. Sin pensarlo, se los paso por los labios entreabiertos.

Ella contiene el aliento de la sorpresa. Me agacho y lo persigo, mis labios reclaman sus labios. Gimotea y su cuerpo desnudo se derrite contra el

mío mientras la vuelvo a provocar con la lengua. No se contiene para nada. Es embriagadora, joder. Estoy borracho de besarla.

—Joder —gruño, y me aparto. Necesito más. Mientras ella me observa, me meto los dos dedos en la boca. Tienen un sabor suave, pero dulce. Limpio toda su esencia de mis dedos, me encanta cómo se retuerce de necesidad con las mejillas sonrojadas.

—Ryan —murmura, apenas mueve la boca.

Mi nombre en sus labios lo es todo, joder. Necesito saborearla. No estaba de broma, necesito que se abra de piernas en la cama. Pretendo enterrar la cara en su coño y no salir para coger aire.

Lo admito, no es algo que suela hacerles a las chicas. Me parece muy íntimo comerles el coño la primera vez y, básicamente, solo tengo primeras veces. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que le he concedido una segunda cita a una chica. Cuando me he sentido cómodo, sí que he llegado hasta abajo y lo he disfrutado. En pocos casos, ha sido la chica quien no ha querido que lo hiciera.

Y no soy gilipollas del todo. Si yo no se lo hago, ellas tampoco me lo hacen. Lo cual significa que la mayoría de las veces, mis escarceos son poco más que una sesión de magreo y meterla y sacarla como un martillo automático con un condón.

No voy por ahí intentando que me den el premio al mejor amante del mundo. Durante los últimos quince años, solo me he centrado en meter goles, ganar trofeos y llegar a la NHL. El sexo no era más que un imperativo biológico. Lo hacía para sobrevivir. La mayoría de las veces, con mi mano tenía suficiente.

Pero ahora, con Tess entre mis brazos, con su sabor en mi lengua, todos los límites que puse con tanto cuidado se están derrumbando. No es que quiera comerle el coño, es que necesito hacerlo. Ansío hacerlo como ansío respirar aire. La parte racional de mi cerebro dice que pare el carro y ponga algo de distancia. Pero el corazón me late descontrolado y está dispuesto a llegar hasta el final, aunque solo sea por esta noche.

—Vas a subirte a la cama —digo, señalando el mueble—. Todavía no he terminado contigo.

Con una sonrisilla de suficiencia, se gira y me enseña su cuerpo precioso mientras camina hacia la cama. No tiene una constitución escuálida. Es una

mujerona: tetas grandes, caderas anchas, curvas y ese culo que parece incapaz de parar. Esta mujer me vuelve loco. Loco que te cagas.

Casi me desmayo cuando se encarama a los pies de la cama y me enseña ese culo perfecto. Joder, quiero marcarle la piel. Quiero reclamarla... con mis dientes, con mis manos. La verdad es que nunca he explorado el lado más oscuro de mis intereses en el dormitorio. Una vez más, ¿quién tiene tiempo? Pero ahora mismo, Tess está de rodillas junto a su bolsa de juguetes y he visto algunos de los que hay dentro. Tengo la sensación de que esta mujer hace algo más que encajar conmigo.

Tengo la polla tan dura que me duele, pero tendrá que esperar su turno. No he hecho más que empezar.

—Date la vuelta —le pido al objeto de mis deseos—. Túmbate y abre las piernas, preciosa. Enséñame tu coño.

Se da la vuelta en medio de la cama, con una leve sonrisa en la cara. Estamos a oscuras, la única iluminación es la que proviene del baño. El hilo de luz dorada se extiende justo por encima de su tripa y sus muslos. Apoyada en los codos, me mira a los ojos mientras levanta las rodillas. Lo hace despacísimo, luego las abre y deja al descubierto la piel rosada de su coño, para que yo la vea.

Mi alma abandona mi cuerpo mientras ella suelta una risilla, el sonido hace que le tiemblen las tetas.

—¿Qué pasa, cachorrito? —se burla—. ¿Vas a quedarte ahí plantado sin más?

Y, como si de verdad quisiera que me muriera en el sitio, cambia el peso de brazo y baja la mano izquierda entre sus piernas para tocarse el clítoris con el dedo. El gimoteo que suelta es el sonido más dulce del mundo y se abre paso por mi polla dura como una piedra, directo al corazón.

Todo pensamiento coherente me abandona, excepto una palabra: mía.

Esta noche nadie va a tocar ese coño tan bonito, excepto yo. Doy un paso hacia ella, mi único deseo es llegar a ella, sentirla, hundirme en el olor cálido de su piel. Quiero el néctar dulce de su orgasmo en mi lengua.

Así pues, me acerco un paso más..., un paso sobre la rodilla mala.

—Au... me cago en... Joder —grito, y me tambaleo antes de volver a recuperar el equilibrio enseguida, mientras vuelvo a dejar todo el peso en la pierna derecha.

—¡Ryan! —chilla Tess incorporándose. En cuestión de minutos, su expresión de lujuria ha quedado remplazada por una de preocupación—. Ay, madre mía... —Entonces se levanta, se desliza hasta el borde de la cama y viene corriendo a mi lado—. Lo siento, ni lo había pensado. Me había olvidado del todo de tu rodilla. ¿Te duele?

Me pasa un brazo por la cintura para ayudarme a soportar mi propio peso.

—Estoy bien.

—Venga, déjame que te ayude —dice—. Ven a sentarte.

—He dicho que estoy bien...

—No lo estás.

Avanzamos los cinco o seis pasos que nos separan de la cama, me giro y me dejo hundir en el colchón. Enseguida, muevo las manos hacia ella y envuelvo las curvas densas de sus caderas para acercarla más a mí. Me pongo su carne descubierta justo delante de la cara y aspiro con fuerza el olor floral de su piel mientras le acaricio el ombligo con la nariz. Ni me molesto en contener un gruñido mientras la polla se me retuerce dentro de los pantalones.

—Ryan —suspira, pasándome las manos del pelo a los hombros.

Podría engañarme a mí mismo y pensar que lo que ella quiere es que yo siga adelante, pero siento la tensión en la forma en que me agarra.

—¿Se ha roto el momento?

Ella cambia el peso a una cadera mientras me peina el pelo con los dedos. Persigo su roce y voy moviendo la cabeza para seguirle la mano.

—Ryan, ¿qué estamos haciendo?

—Creía que era obvio —respondo, mientras le doy un suave apretón en la nalga.

Ella cierra los ojos, pero siento que la tensión de sus brazos aumenta. Joder, a esta mujer se le da de maravilla echarse atrás. Shelby me advirtió, pero yo no quería creerlo.

—Tess...

—Tenemos que parar —dice, mientras da un paso atrás para alejarse de la cama... y de mí.

Dejo que se marche y le acaricio la piel alveolada de sus caderas mientras se aparta.

Joder, en realidad, ¿qué es lo que me esperaba que iba a pasar? Hemos hablado sobre su ex el controlador y mi cerebro posterior ya iba a por todas. Quería protegerla. Quería hacerla sentir bien. Quería hacerla sentirse segura, reconfortada, deseada.

—Lo siento —digo, levantando ambas manos a modo de claudicación.

—Ryan, no. No has hecho nada malo. Por favor, no pienses que ha sido así.

Asiento con la cabeza, pero de repente soy consciente de que estoy en esta habitación con ella y de que sigue desnuda. Bajo la mirada al suelo.

—Por favor, ¿podrías ponerte algo?

Por primera vez desde que nos conocemos, no me lo rebate, ni se ríe de que los dos estemos avergonzados. Me rodea y se mete en el baño sin decir nada. Unos segundos después, vuelve a salir atándose el cinturón de una bata rosa con flores. Apenas es lo bastante larga para cubrirle el coño y el profundo escote en forma de V deja al descubierto el profundo canalillo.

Pero supongo que algo es algo, ¿no?

—Lo siento —se disculpa con una suave voz que interrumpe mi autoflagelación mental.

Enseguida levanto la mirada hacia su rostro.

—¿Qué?

—Lo siento —repite—. Te juro que no he intentado tomarte el pelo ni obligarte a nada o...

—Tess, para —casi gruño—. Tú tampoco has hecho nada malo.

—Te he forzado —admite—. Quería... no sentirme tan sola. —Puedo oír el llanto que está conteniendo en la garganta—. Ryan, he estado muy sola...

Se le rompe la voz y yo me pongo de pie. La acerco a mí y le paso los brazos por los hombros para abrazarla.

—No pasa nada —digo contra su sien, sus suaves rizos me acarician los labios—. Estoy contigo. Estás a salvo.

Después de un segundo, se relaja y amortigua los sollozos contra mi camiseta mientras me pasa las manos por la cintura. Luego se aferra a mí. Estamos relajados, pero juntos y firmes. Es una sensación agradable. En comparación con sus curvas suaves, yo soy todo aristas duras.

—Lo siento —dice entre hipidos mientras se aparta—. Soy un desastre.

—Nueva regla de la casa —respondo, mientras le paso los pulgares por debajo de los ojos con cuidado para secarle las lágrimas—. No vuelvas a

disculparte por esto —digo, señalándonos a los dos—. Sentimos atracción el uno por el otro. Puedo admitirlo. Creo que tú también. Tess, eres un puto imán. Creo que no puedo mantenerme alejado de ti, ni aunque lo intente... y no quiero —añado con una sonrisilla de satisfacción.

Ella suelta una risilla todavía echa un mar de lágrimas.

—No pretendía alejarte de mí. Es solo que... menudo desastre que soy...

—Regla de la casa número dos —la interrumpo—: Basta de autodesprecio. No eres un desastre ni una molestia ni un inconveniente ni nada de los cuatrocientos cincuenta sustantivos horribles que se te puedan estar pasando por aquí —le digo, dándole unos golpecitos en la sien—. Sé amable con mi amiga Tess. ¿Vale?

Se le dibuja una sonrisa que intenta contener. Asiente despacio.

—Vamos a poner esto en pausa —digo, señalándonos a los dos—. Que ahora no sea un buen momento no significa que nunca lo vaya a ser, ¿no?

Ella asiente con la cabeza, sigue teniendo los ojos vidriosos por las lágrimas que no ha soltado.

—Oye, tengo una idea —le propongo—. ¿Qué te parece si te pones el pijama y hago palomitas? Podemos ver lo que quieras en la tele de mi habitación.

Me mira parpadeando.

—¿En tu cuarto?

—A veces tener la tele puesta me ayuda a dormirme. Me juego lo que quieras a que, si pones alguna peli de chicas, puedo desconectar y a lo mejor me duermo de verdad.

Le brillan los ojos mientras se lleva las manos a las caderas..., lo cual debería ser un crimen, porque lo que consigue es que se le abra la bata de seda y se le vean más las tetas.

—¿Quieres que elija una serie con una trama moñas para que puedas evadirte?

—Así ganamos los dos, ¿no? —Me agacho sobre una pierna con el equilibro de un jugador de hockey profesional para recuperar mi muleta del suelo—. Te espero dentro de cinco minutos —digo por encima del hombro para que no tenga la oportunidad de decir que no.

Y así es como acabo comiendo tres bolsas de palomitas y quedándome despierto hasta las dos de la madrugada volviendo a ver los cuatro primeros episodios de *Hijos de la anarquía*. Perdí a Tess en algún punto del capítulo tres. Se ha quedado sobada en mi cama, con el abrazo alrededor del bol de palomitas, con unos parches para las ojeras que parecen como de gelatina verde pegados a las mejillas y unos calcetines de llamas suavecitos en los pies.

Apago la lamparilla que hay en la mesita, me hundo entre los cojines e intento ponerme cómodo. La doctora me ha asegurado que no tengo que llevar esta venda estúpida durante mucho más tiempo.

A mi lado, Tess se mueve. Me quedo quieto, tengo curiosidad por ver lo que quiere, lo que anhela en sus sueños. Se me acerca un poco y, sin que ella lo pretenda, el colchón se hunde y hace que se me acerque más, ahora nuestros cuerpos están conectados por los hombros. El olor a coco de su aceite capilar me inunda los sentidos y respiro hondo. Giro la cara y casi le rozo la frente con los labios.

No me doy la vuelta. No rompo su confianza tomando algo que no se me ha ofrecido de manera voluntaria.

Pero sí que pienso en hacerlo. Pienso en besarla de un modo casual como yo quiero. Pienso en abrazarla, en entrelazar nuestras piernas, en sentir que sus partes blandas encajan con mis partes duras. Pienso en conocerla y dejar que ella me conozca a mí. Todo yo. Las partes que comparto y las partes que escondo. ¿Todavía me querría si lo hiciera? ¿Le importaría?

Pienso en compartir las caricias de una intimidad así de casual hasta que el sueño se apodera de mí.

Y, cuando me despierto, Tess no está. Otra vez.

26

Tess

—¿Y bien? —pregunto girando sobre mí misma—. ¿Qué te parece?

Tengo mi *caramel macchiato* con hielo en una mano mientras que con la otra señalo la oficina vacía. Sí, la moqueta tiene algunas manchas que tendré que cubrir con muebles estratégicamente colocados. Y las paredes necesitan una mano de pintura, pero tiene vistas al centro de Jacksonville.

Ilmari y Caleb se han quedado en el quicio de la puerta, mirando a su alrededor con una expresión confundida.

—¿Qué estoy mirando? —masculla Mars.

—Si tuviera que adivinar, diría que es una instalación de arte moderno titulada Sueños sin perseguir —responde Caleb, mientras le da un sorbo a su café.

—Vale, listillo, vete a la mierda —le digo—. A ti ni siquiera te había invitado. Es oficial, te has colado en una reunión de negocios.

—Mars sí que me ha invitado —responde, con una sonrisilla de suficiencia.

—Te has acoplado tú solo porque querías librarte de acompañar a Jake al dentista —responde el aludido.

—¿Acaso puedes culparme? —dice Caleb—. ¿Crees que se pone como una diva cuando se trata de los hilos de las sábanas? Pues solo tienes que acompañarlo a que le hagan un empaste y ya verás lo rápido que te entran ganas de firmar el divorcio.

Me limito a entornar los ojos. Ilmari fue estricto cuando me dijo que solo teníamos hasta las diez de la mañana para hacer esto porque por la tarde tienen que marcharse para un partido que juegan fuera de casa.

—Chicos —les llamo la atención y chasqueo los dedos—. Vamos a centrarnos en esto. Mira este espacio, Mars. ¿Sí o no?

—No me has explicado qué hacemos aquí.

Paso la mirada de él a Caleb.

—Ni siquiera sé cuándo habla en serio.

—Siempre habla en serio —bromea Caleb.

—Mars, ¿qué razones tengo para arrastrarte al centro de la ciudad a las nueve de la mañana de un jueves? —grito, señalando a mi alrededor otra vez—. Estamos eligiendo la oficina de Fuera de la Red.

—El nombre es adorable que te cagas, por cierto —interviene Caleb, luego le pega otro sorbo a su café mientras se da media vuelta—. ¿Sabéis por qué necesitáis una oficina física?

—Eh, ¿a lo mejor para llevar un negocio? —digo, ni siquiera me molesto en decirlo con un tono de incredulidad—. Hace falta tener un lugar donde reunirse con los clientes o formar a los voluntarios. Por no mencionar que, si queremos que las autoridades locales o las organizaciones de conservación nos tomen en serio, tenemos que tener una presencia que se pueda identificar. Además, está guay tener un lugar al que nos puedan enviar cartas.

—¿Tú crees que este sitio es el adecuado? —pregunta Caleb, mirando a su alrededor.

—Creo que el precio es adecuado —lo corrijo—. Y cualquier sitio puede ser el adecuado con un poco de chapa y pintura.

Anoche, cuando Ryan y yo estábamos viendo la tele, estuve todo el rato pensando en formas de darle un lavado de cara sencillo a la oficina. Ya he pedido un par de cosas y, en cuanto Mars vuelva de las Vegas, lo arrastraré a IKEA para que me ayude a elegir unos cuantos muebles.

—Confía en mí —digo—. Dame una semana y no reconocerás este sitio.

—Espero que no —responde Caleb.

Lo miro.

—¿Prefieres volver al coche rodando por las escaleras o que te tire por la ventana? Porque a mí me da igual.

Todavía con esa sonrisa de suficiencia dibujada en la cara, se coloca detrás de Mars para usarlo como escudo.

Centro mi atención en nuestro benefactor.

—Mars, ¿qué te parece a ti? Tengo aquí todos los detalles —digo, sacando el móvil—. Si quieres, podemos revisar juntos las condiciones del alquiler. Ya le he pedido al propietario un par de ajustes. Nos cargaba un

montón por tener líneas de teléfono, pero ¿quién las necesita si podemos usar un móvil? ¿Quieres que te mande por correo el contrato de alquiler o...? —Resoplo cuando levanto la cabeza y veo que ha pasado por mi lado y ahora está mirando por la ventana—. O supongo que puedo seguir buscando locales —le digo—. Pero, Mars, de verdad que necesito poner esto en marcha, así que...

—Te contraté para que tomaras esas decisiones, ¿no? —dice al fin con su tono gélido.

Me quedo rígida y lo miro con precaución.

—Sí, pero he pensado que a lo mejor querías...

Se vuelve de repente.

—No vuelvas a molestarme con estas cosas, Tess. Si crees que hay que hacerlo, hazlo. Te puse al cargo por algo.

Incluso Caleb parece sorprendido cuando pasa por nuestro lado como un vendaval de camino a la puerta.

—Entonces, ¿es que no te importa? —grito a su espalda mientras extiendo el brazo, exasperada—. ¿Nos lanzas el dinero y luego te lavas las manos? —Se detiene en la puerta con los hombros tensos, pero no se gira. Yo sigo gritando—: Supongo que no te importan ni Joey ni Nancy ni tampoco Cheryl. No, el frígido Mars Price, el don Sin Palabras, tiene cero opiniones sobre cómo va a funcionar la asociación sin ánimo de lucro que costea él solito. Si no quieres tener nada que ver con nada de...

—No puedo tener nada que ver con ello —grita, mientras se da la vuelta. Pasa la mirada de Caleb a mí—. ¿Qué narices voy a hacer yo? —dice, sigue mirándonos a los dos—. Yo no estudié en la universidad, Tess. Ni siquiera me gradué en el instituto antes de hacerme profesional. Todos me estáis obligando a que piense en lo que viene después de que me retire, pero no viene nada. Juego al hockey. Es lo único que sé hacer. No tengo experiencia ni en conservación ni en restauración de dunas. Caleb está más cualificado para ayudarte que yo —dice con un gesto de la mano—. Por lo menos se licenció en Química.

Caleb lo mira parpadeando.

—Mars...

—No. —Ilmari lo mira fijamente—. No le quites importancia.

—Nunca lo haría —dice su compañero con cuidado.

—Yo soy un inútil en estas cosas —me dice Mars—. Te he dado lo único que puedo ofrecer: dinero. El resto depende de ti.

—Mars, tienes tantísimas cualidades, tantísimos talentos... —intento apaciguarlo.

—No me seas condescendiente —me suelta—. No hace falta que te compadezcas de mí.

—Mars, yo no...

—Te contraté para que hicieras el trabajo para el que no estoy nada cualificado —dice por encima de mis palabras—. Necesito que lo hagas por mí. ¿Lo harás?

Despacio, asiento.

—Bien. Entonces, sigue adelante. No hace falta que me incluyas en todos los detalles de tu planificación. ¿De acuerdo?

Vuelvo a asentir con la cabeza.

Su mirada vuela a Caleb.

—Vamos. Tenemos que irnos.

Sin esperar la respuesta de su compañero, se gira sobre los talones y sale de la oficina.

Caleb me mira, su habitual sonrisilla de gilipollas ha desaparecido.

—Sabíamos que estaba nervioso por algo, pero no sabíamos qué era o por qué estaba así. No te enfades con él, ¿vale?

Sacudo la cabeza.

—No, nunca.

—Hablaré con él —dice cruzando los pocos metros que nos separan. Me abraza de lado y me da un beso en la sien—. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

—Sí, no pasa nada, Cay. De verdad.

Me lanza una media sonrisa que se le borra enseguida.

—Por favor..., solo te pido que no dejes de intentar ser su amiga, ¿vale? Nunca lo admitiría, pero necesita a alguien.

—Como todos —respondo.

Asiente con la cabeza.

—Hasta luego, Tess.

Tras decir esto, se gira y sigue al finés de espaldas anchas. Me dejan sola en la nueva oficina central de Fuera de la Red.

Unas horas después, estoy medio fuera de la ventanilla del coche mientras pido comida rápida para llevar de camino a la tienda de material de oficina. Un chaval con piercings y el pelo verde me coge la tarjeta de crédito y me tiende un té enorme con hielo por la ventana. Hago malabares con la bebida y la bolsa de comida mientras el crío intenta devolverme la tarjeta y darme una pajita, que se me acaba cayendo al lado del coche.

—Mierda... Lo siento —me disculpo.

Sin mediar palabra, me tiende otra pajita mientras mi móvil empieza a sonar y a vibrar en el portavasos.

Consigo poner cada cosa en su sitio mientras sigo con los malabarismos, dejo el té en el porta bebidas y lanzo la bolsa de comida al asiento del pasajero. El coche que tengo detrás pita, está claro que le indigna tener que esperar tres coma siete segundos de más para que yo me aparte.

—Tranquilo, tigre —grito por la ventanilla mientras agarro el teléfono.

En la pantalla, brilla un nombre: «Charlie Putnam».

Mierda, me está llamando mi abogado. Eso no es buena señal.

Cojo la llamada y pongo el altavoz.

—Hola, Charlie. ¿Me oyes? Voy en el coche con el móvil de prepago.

—Sí, cariño —dice con su fuerte acento de Kentucky—. Te oigo perfectamente.

Charlie Putnam es un encanto de persona, nacido y criado cerca de Elizabethtown, como demuestra su acento. Mide poco más de metro y medio de altura, y creo que la pajarita que lleva siempre en realidad se la cosieron en quirófano.

Pero en los tribunales es un tiburón y no me ningunea, cosa que aprecio.

—¿Ha firmado ya?

—¿Qué dices, cariño? —pregunta—. Ah, no, todavía no. Su abogado tiene diez días para responder a la petición, ¿recuerdas? Solo han pasado cinco.

Ni siquiera me molesto en sorprenderme o en sentirme decepcionada.

—Entonces, ¿por qué me llamas? No me malinterpretes, me encanta oír tu voz —añado, y él se ríe.

—Bueno, cariño, así son las cosas. Me han llamado muchísimas veces de la oficina para preguntar si sé dónde estás y por qué no pueden contactar contigo. Si te soy sincero, ha llegado a un nivel de acoso.

El estómago me da un vuelco mientras giro deprisa en una gasolinera.

—Ay, Charlie, lo siento muchísimo. Odio que te pille en medio. —Me detengo y aparco delante de un congelador de hielo que hay al final de la tienda de la gasolinera—. ¿Qué te dice?

—Bueno, dice que va a ir a la policía para denunciar tu desaparición —responde el abogado.

Resoplo.

—Eso es una patraña. ¿Le has dicho que no he desaparecido?

—Ah, sí. He dejado claro que hemos estado en contacto con cierta regularidad.

—¿Y no le has dicho dónde estoy?

—Por supuesto que no —responde—. Aunque sí que me ha pedido que te haga una oferta. Vamos a decir que es una mediación informal.

Suspiro y me rasco la frente, cansada.

—¿Qué quiere, Charlie?

—Bueno, quiere saber si le cogerías el teléfono a su madre.

Se me para el corazón. Mierda, esto sí que no me lo esperaba.

—¿Bea quiere hablar conmigo?

—Ay, sí. Está desesperada por localizarte —responde—. He pedido que se organice una llamada.

Por la ventanilla del coche, miro el cartel que hay pegado en el congelador, anuncia cebo para pescar. Puede que esto sea un truco a muchísimos niveles. Podría pensar que voy a hablar con Bea y que en realidad sea él. Podría hablar con ella, pero que él esté con ella. Podrían encontrar una forma de rastrear la llamada...

No.

Hago un esfuerzo por apartar esos pensamientos. No quiero actuar como una paranoica.

—¿Cuándo quiere Bea que hablemos?

—Estoy seguro de que dejará lo que esté haciendo para atender la llamada.

—Hazlo.

—Vale. Bueno, ¿y cuándo te gustaría...?

—Ahora —digo, mientras me desabrocho el cinturón—. Quiero hacerlo ahora. Llámala y ponnos en contacto.

Esta es la única forma de hacerlo. Si lo planeamos con tiempo, Troy tendrá margen para actuar, para implicarse. Y, por mucho que quiera a mi suegra, su hijo siempre ha sido su debilidad. Si él consigue intervenir, aunque sea en una sola palabra de lo que yo tenga que decir, la retorcerá y perderé a Bea.

A lo mejor ya me ha descartado como la nuera a la que quería. Haber perdido su respeto y su apoyo me duele lo indecible. Parpadeo para que no se me escapen las lágrimas, intento concentrar todas las emociones que me pesan y hundirlas en el fondo de mi pecho.

—¿Estás segura, cariño?

—Sí. Por favor, ponme en contacto con mi suegra.

—Vale. Dame un minuto para que se lo comente a Shirley y enseguida te pasamos con ella.

Me aferro con fuerza al volante con la mano libre.

—Estoy preparada.

27

Ryan

Hoy toca viajar a Las Vegas para el partido que tenemos fuera de casa y yo no voy en ese avión. Qué demonios, ni siquiera voy en el autobús que los lleva al aeropuerto. Estoy aquí plantado en la zona de carga, viendo a mis compañeros de equipo montarse en el vehículo sin mí.

Brayden Jones, el chico de la liga inferior que ha tenido que dar un paso al frente para cubrir el vacío que he dejado, pasa por mi lado con el equipaje en la mano. Será el cuarto reserva y lo más seguro es que no acabe teniendo ni un minuto de acción en el hielo, pero es oficial que lleva un jersey de los Rays y va a participar en el espectáculo.

Verlo montarse en el autobús emocionado aplaca mi ansiedad. Sé que esta lesión es temporal. En cuanto termine con la rehabilitación, volveré a la pista y el pobre Jonesy tendrá que dar un paso atrás. Solo es hockey.

—Eh, te echaremos de menos, tío —dice Jake cuando pasa por mi lado y me da un golpe en el hombro con el puño—. Cuida de Tess mientras no estamos, ¿eh?

—Sí —digo, y le hago un gesto con la cabeza.

—Eres un buen tío, Langers —me responde con una sonrisa—. Un buen amigo. Sabemos que podemos confiar en que vas a cuidarla y que no te vas a aprovechar de ella.

«Joder».

¿Hace falta que sepa que solo soy un tío normalucho que en realidad anoche durmió con Tess? Es cierto que echó el freno con lo del sexo, pero técnicamente dormimos juntos.

—¿Va todo bien? —quiere saber Jake.

Ahora es Mars el que está a su lado.

—Nop —respondo con una sonrisa y los dos me miran frunciendo el ceño—. Eeeh... nop. Quiero decir, sip. Nop, está todo bien. Ya sabéis, ¿por qué iba a estar mal? Tess y yo solo somos compañeros de piso... y solo es temporal... y, a ver, nuestros horarios no podrían ser más diferentes, así que la verdad es que nunca la veo. —Ahora los dos me están mirando—. Ya sabéis, cuando esté en casa, le echaré un ojo —balbuceo—. A ver, a no ser que ella esté haciendo algo en una situación en la que yo debería apartar la mirada, así que entonces lo haré, está claro..., como si está desnuda otra vez...

«Cállate. Cierra el pico ya».

Jake se limita a sonreír y se despide con la mano mientras se aleja.

—Es una persona muy importante para nosotros —dice Mars. Me lanza su mejor mirada asesina de finés.

Trago saliva.

—Sí, lo pillo.

—Si le haces daño, te mato —añade antes de darse la vuelta, lo cual me parece innecesario.

Su advertencia me resuena en los oídos mientras lo veo montarse en el autobús. Sigo dándole vueltas cuando regreso al interior del complejo deportivo. De camino al gimnasio para hacer un poco de bici, me topo con Vicki en el pasillo.

—Ah, Langley, ahí estás —dice, mientras se abanica con el sobre de manila que lleva en la mano—. ¿Te puedes creer el calor que hace para ser enero?

—Sí, hace mucho calor —acepto su charla intrascendental.

Vicki Francis es nuestra directora de operaciones y la mayor tocapelotas que te puedas encontrar. Oírla decir que me ha estado buscando hace que me ponga en alerta enseguida. Es la única persona del equipo que nos puede hacer saltar como focas entrenadas.

—¿Qué puedo hacer por ti, Vic?

—Ay, hoy no se trata de qué puedes hacer tú por mí —dice, haciendo un gesto distraído con la mano—. Sino de qué puedo hacer yo por ti. O debería decir qué puede hacer el *general mánager*. Ha venido hoy y ha pedido verte.

Me quedo rígido. ¿Mark Talbot está aquí? La verdad es que, en toda mi vida, nunca he hablado con él, aunque lo he visto muchas veces en los

partidos y en los eventos del equipo. Es un tío billonario que nació y se crio en Jacksonville. Volvió a la ciudad cuando casi se jubiló a los cuarenta años después de haber vendido la mayoría de sus empresas. Usó su fortuna infinita para comprar una franquicia de la NHL y establecerla aquí, en Jax. Aparte de que parece un modelo de revista, no sé nada más de él.

—¿Hola? Tierra llamando a Ryan —bromea Vicki y mueve la mano delante de mi cara.

Parpadeo y vuelvo a centrar mi atención en ella.

—Lo siento, Vic. ¿Qué?

Se ríe.

—He dicho que, si tienes un minuto, a lo mejor quieres subir a hablar con él. Será rápido. Solo va a estar en el despacho una hora más o así.

—Sí, claro. Puedo ir...

—Maravilloso —dice—. Te acompaño.

No tengo más opción que girarme con las muletas y avanzar a trompicones por el pasillo hacia los ascensores, con Vicki a mi lado. Subimos juntos hasta la cuarta planta y me guía por el pasillo hasta el despacho del dueño.

En el mostrador de secretaría está sentada una mujer afroamericana muy guapa.

—¿Puedo ayudarle? —canturrea.

—Sí, eeeh, he venido a ver al señor Talbot. De parte de Langley... Ryan Langley —me corrijo—. Soy. eeeh..., un jugador —termino de manera lamentable.

Ella me lanza una sonrisa cargada de paciencia.

—Sí, sé muy bien quién es usted, señor Langley. Si se sienta, el señor Talbot estará con usted en un momentito.

—La verdad es que me resulta más fácil quedarme de pie —admito, señalando las muletas.

Ella se limita a mirarme con una ceja levantada, ya está tecleando algo en su teclado ergonómico.

—Tampoco es que no pueda sentarme —continúo, porque al parecer hoy tengo que soltar en voz alta todo lo que se me pasa por la cabeza—. A ver, puedo sentarme. Es solo que ahora mismo no me apetece sentarme. Ya sabes, porque he estado sentado un montón de rato y...

—¿Señor Langley? —me interrumpe.

—¿Hmm?

—Ya puede entrar. —Señala la puerta por encima de su hombro izquierdo.

—Gracias —digo, y avanzo con las muletas.

Intento abrir la puerta por mí mismo, pero casi se me cae la muleta y ella tiene que saltar y sujetarme la puerta. Cuando entro, paso la mirada por el despacho y me fijo en todos los recuerdos de deportes que tiene.

—Langley, adelante —me pide el señor Talbot. Avanza por la moqueta negra hacia mí y me tiende la mano.

Me detengo y me muevo de una forma extraña hasta que puedo estrecharle la mano.

—Encantado de conocerle, señor.

Se ríe.

—Dios, eso no es empezar con buen pie, ¿verdad? Vengo aquí dispuesto a ofrecerte una extensión del contrato y tú entras tambaleándote y con un «encantado de conocerle, señor». Me lo tomaré como una muestra de que estoy fallando como dueño del equipo.

—¿Disculpe? —digo, con una ceja levantada.

—Está claro que no he estado haciendo suficiente en la ciudad para ayudar a mi equipo a crecer si uno de mis delanteros estrella se atreve a pronunciar la frase «encantado de conocerle» a mitad de temporada.

—Oh, señor..., yo no...

—No es tu culpa, Langley —dice—. Mejor no te tengo de pie, ¿eh? Luego podemos hablar de los contratos.

Me quedo rígido y miro alrededor de la estancia vacía.

—Eeeh... señor, ¿no deberían estar presentes los agentes? —le pregunto, cada vez siento más pánico. No puedo hacerlo. Así no. Necesito que MK esté aquí. Es él quien negocia todos mis acuerdos—. Es que siempre he negociado los contratos con mi agente...

—No hace falta entrar en pánico —me dice el señor Talbot levantando una mano—. Ya implicaremos a esas sanguijuelas de los abogados de cabo a rabo, no te preocupes. De hecho, creo que Taysa ya le ha enviado a tu agente el contrato preliminar. Trabajas con MK, ¿verdad?

—Sí, señor —asiento con la cabeza, todavía me siento superado. No veo que haya preparado ningún montón de papeles que yo deba leer

detenidamente. A lo mejor es verdad que solo quiere hablar. Siento en el pecho el pánico que se apodera de mí.

El señor Talbot se coloca detrás del escritorio y me hace un gesto para que me siente. Incómodo, me dejo caer en una de las dos sillas que hay en este lado de la mesa y apoyo las muletas en la otra.

—¿Cómo va la rodilla? —se interesa mientras me sirve agua.

—Progresa adecuadamente —digo, y acepto el vaso que me desliza por encima de la mesa—. Ahora mismo, solo se puede controlar la hinchazón y esperar a que el desgarro no empore.

—Maldita sea. ¿Lesión del ligamento cruzado anterior?

—Esguince de segundo grado del ligamento colateral mediano —lo corrijo.

—Cierto. Vi el golpe. Qué desagradable. Pero tú eres fuerte —dice—. Estás hecho para durar.

—Sí, señor —respondo, y le doy un sorbo al agua.

—Bueno, ayer hablé con MK —continúa—. Me contó lo del nuevo acuerdo de patrocinio que tienes con Nike. Es impresionante, Langley. Ese es el tipo de atención que queremos en este equipo. Bien hecho.

—Gracias, señor —digo más animado—. Me sorprende que se lo haya contado cuando todavía no hay nada en firme.

—Ah, estas cosas siempre tardan un tiempo en quedar grabadas en piedra —responde Talbot con una risilla—. Deja que MK le dé vueltas un rato. Hablando de contratos... —añade, inclinándose hacia delante con los codos en la mesa—. Aquí solo tienes contrato de un año, ¿correcto?

—Sí, señor.

—Quería preguntarte si te gusta estar en los Rays. Sé que es duro estar en un nuevo equipo y que no a todo el mundo le gusta el oficio, pero ¿estás a gusto? ¿Hay algo que te gustaría hacer de otro modo? ¿Algo que podríamos mejorar?

Tengo el corazón en la garganta. No estoy seguro de lo que se supone que tengo que decir. MK es quien siempre se encarga de negociar el sueldo. ¿Me lo tomo con calma? ¿Intento decirle lo que quiere oír? ¿O debería hablar con sinceridad?

Como si pudiera ver mi dilema, Talbot se arrellana en la silla.

—¿Cuántos años tienes, Langley?

—Veintidós, señor —respondo—. Los cumplí en septiembre.

—Vaya —dice riéndose—. Quién los pillara. En la flor de la vida. Te sientes imparable. ¿No hay una canción de Miley Cyrus sobre lo que se siente al tener veintidós años?

—Eeeh, creo que podría ser de Taylor Swift —respondo, escondo la sonrisilla detrás del vaso de agua. Sé que es de Taylor Swift. Me lo callo delante de los chicos, pero soy *swiftie* de la cabeza a los pies. Intenta criarte en la misma casa que mi hermana y todas sus amigas sin que te guste Taylor Swift.

—Cierto, bueno, los veintidós son una edad muy emocionante, Langley. Un chico joven como tú, con un buen combo de talento, apariencia y ganas de hacer cosas, tiene toda la vida por delante.

La verdad es que nunca me he sentido joven. No llegas a sentirte joven cuando en parte has criado a tu hermana mientras tu madre hacía turnos dobles en el hospital para pagarte la formación en hockey. No te sientes joven cuando tienes que marcharte de casa a los quince para competir en la Liga Junior. No te sientes joven cuando llegas a ser el proveedor principal de tu familia a los dieciocho y negocias acuerdos multimillonarios mientras la mayoría de los críos de tu edad están ahorrando para comprarse su primer coche.

Pero Talbot no quiere oír lo que pienso sobre haber tenido que crecer tan rápido. Así que me limito a asentir con la cabeza mientras le doy otro sorbo al agua.

—Y, mírate, eres un tío racional. A lo mejor lo único que quieres es ganar algo de tiempo en el hielo, meter unos cuantos goles y te mueres de ganas porque te transfiramos. Cualquier equipo tendría suerte de tenerte. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres ver lo alto que puedes llegar?

Estoy nervioso mientras dejo el vaso.

—Eh...

—Porque voy a ser sincero contigo, Langley. Si lo que quieres es ir a los *playoffs* todos los años y tener la oportunidad de luchar por la Copa Stanley, puede que los Rays no sean tu mejor opción. Este es un equipo diferente, que está en un momento vital diferente. Estamos en construcción. Pretendo construir algo que dure. Eso requiere tiempo y cultivar el talento adecuado.

—Sí, señor...

—Y te voy a decir una cosa. El tipo de talento que no necesito en mi hielo es de quien solo ve a los Rays como un trampolín para llegar a

equipos más grandes y mejores.

—Por supuesto, señor...

—La primera temporada es dura en todos los sentidos —admite—. Estamos manejando los intercambios y construyendo un equipo, más todos los inconvenientes de contar con personal e instalaciones nuevas. Ha sido una pesadilla.

—Sí, señor —repito.

—Pero no podemos conformarnos —continúa—. Yo ya estoy pensando en la siguiente temporada y la siguiente a esa. Qué demonios, estoy pensando en el futuro dentro de diez años. Algunos jugadores ya han firmado contratos de cuatro y cinco años con cláusulas de no traspaso. Pretenden quedarse aquí y ayudarme a construir un equipo de la NHL en el que merezca la pena jugar.

Me adelanto en la silla.

—Señor...

—Vale, lo que yo quiero que me digas, Langley, es dónde te ves dentro de cinco años...

—Señor —vuelvo a repetir, entonces me doy cuenta demasiado tarde de que casi le estoy gritando. Me mira parpadeando y esos ojos oscuros casi se le estrechan—. Eso es lo que quiero —le digo al silencio.

—¿El qué?

—Todo lo que acaba de decir —respondo con un gesto de la mano—. Lo quiero todo y lo quiero en Jacksonville. Sé que soy joven y que todavía tengo mucho que aprender, pero también llevo quince años en esto. Llevo toda la vida aquí, desde que fui lo bastante mayor para atarme yo solo los patines. Jugar en un equipo de la NHL..., ser parte de un equipo —aclaro—. Eso es lo que quiero.

Talbot se echa hacia atrás mientras me observa.

Me quedo callado.

—¿Ahí fuera hay chicos que solo piensan en exhibirse, que se conforman con que los transfieran de equipo en equipo, que solo piensan en meter el disco en la portería? Sí, claro. Y a veces necesitas a esa gente en el equipo. Pero yo no soy así.

—¿Cómo eres tú?

Suelto el aire mientras busco las palabras adecuadas.

—Soy el tipo de persona que se queda —respondo—. Señor, yo me quedo. Si me da la oportunidad, si me da cierta seguridad, cierta esperanza de saber que mi jersey está a salvo, yo le ayudaré a construir un equipo que no solo vaya a los *playoffs* todos los años, sino que se traiga la copa a casa.

Dibuja una sonrisa de satisfacción.

—Esas son palabras mayores, Langley. Grandes promesas. ¿De verdad crees que puedes convertir toda esa palabrería en acciones?

Me limito a encogerme de hombros y yo también le lanzo una sonrisilla de satisfacción.

—Tengo veintidós años, ¿recuerda? Soy imparable, señor.

Suelta una carcajada y apoya las manos en el escritorio mientras se pone en pie. Me lo tomo como la señal para hacer lo mismo, así que me levanto y agarro mis muletas.

—Eres un buen chico, Langley —dice rodeando el escritorio—. Sabes jugar en equipo. Los entrenadores, los capitanes, los empleados de apoyo... todo el mundo dice lo mismo: Ryan Langley es el tipo de persona que quieres en tu equipo. Quiero que lleves ese jersey de los Rays. Si me salgo con la mía, lo conservarás. Pero no voy a asustarte discutiendo los detalles ahora —añade con una risa—. Luego llamas a MK. Ya le he enviado todo.

—Gracias, señor —digo, siento que me he quedado sin aliento. Acepto la mano que me ofrece y se la estrecho. Pero, cuando voy a soltarla, me retiene, su sujeción es tan firme como el hierro.

—No dejes que esto haga mella en tu confianza —dice, señalándome la rodilla con la mano libre—. Sigues siendo el premio gordo, Langley. Descansa y recupérate. El hielo seguirá ahí, da igual que pasen dos semanas o dos meses. Vuelve con nosotros entero.

—Sí, señor.

—Buen chico. —Me suelta la mano y me acompaña hasta la puerta. Mientras la abre, me da un apretón en el hombro—. Y, oye, si ese número no te gusta, no dudes en decírmelo.

Todos los sentidos me dan vueltas mientras intento imaginarme el número que podría estar escrito en la extensión de contrato con la NHL que lleva mi nombre. Me parece todo demasiado bueno para ser verdad.

—Lucha por lo que vales, Langley —se despide Talbot—. Lucha siempre por lo que vales.

28

Tess

El corazón se me sube a la garganta cuando oigo a la secretaria de Charlie al otro lado del teléfono.

—Señora Owens, todo listo para pasarle su llamada a la señora Owens. ¿Le parece bien?

—Sí —respondo—. Gracias.

—Se está conectando —dice con su cantarina voz del sur.

Suelto el aire mientras espero. Lo único que se oye es el leve murmullo del aire acondicionado dentro del coche. El pitido de la llamada interrumpe el sonido.

Suena una vez. Dos veces. Tres veces. Entonces, se oye el clic de la conexión.

—¿Tess, querida? —dice la voz suave y grave de Bea—. Tess, ¿estás ahí?

Todo se me echa encima al oír la clara nota de preocupación en su tono.

—Sí..., Bea. Soy yo. Estoy aquí.

—¡Ay, Tess! —grita—. Casi nos matas del susto. Parecía que alguien te había saqueado el apartamento. Estaba a punto de llamar a la policía hasta que al final Troy se enteró por tu abogado de que estabas bien.

—Bea, lo siento muchísimo...

—¿Dónde estás, querida? Deja que vaya a verte. Sea donde sea, no es tu casa. Déjame que te traiga a casa —me ruega.

Sacudo la cabeza, aunque sé que es incapaz de verme.

—No puedo —le digo—. Allí ya no tengo una casa.

—Vaya tontería. Tess, escúchame bien. Todo esto se nos ha ido un poco de las manos. Tan solo es que no me creo que Dale decidiera gestionar esta

situación de este modo. Te lo juro, cuando me contó lo de esa espantosa reunión con recursos humanos, lo vi todo rojo.

Parpadeo para evitar que me salgan las lágrimas.

—Entonces, ¿no lo sabías? ¿No estabas de acuerdo en que me suspendieran de trabajo y sueldo?

—¿Estás de broma? —chilla—. ¿Qué es esto, una novela de Nathaniel Hawthorne? No castigamos a nuestros mejores socios juniors por bailar en una boda, Tess. Es ridículo.

Suelto un suspiro de alivio, aunque se me revuelven las tripas. Eso significa que Troy mintió. Una vez más. Le mintió a todo el mundo, nos convenció a todos de que Bea era la artífice de todo esto, que esgrimía la cláusula de moralidad de la empresa como una cachiporra para romperme y silenciarme.

—¿Sabes qué? Que a quien deberíamos suspender de trabajo y sueldo es a Dale —añade, y resopla indignada—. Es solo que no puedo creerme que, después de diez años en esta empresa, pensara que esa es la mejor forma de gestionar lo que está claro que es un asunto familiar privado.

Me quedo rígida, el corazón se me acelera mientras ato cabos.

—Bea, espera... ¿Quién crees que es el responsable de que me hayan suspendido de trabajo y sueldo?

—¡Dale! —chilla—. Te juro que ese hombre es una amenaza. Lo despediría si consiguiera que el resto de socios estuvieran de acuerdo.

Todo se detiene.

Cierro los ojos y respiro hondo.

—Bea, fue Troy.

—Por supuesto, Troy está disgustado —añade enseguida—. Se ha vuelto loco preguntándose dónde estarías. Me dijo que te acompañó fuera de la oficina el lunes a mediodía y que no ha sabido nada de ti desde entonces. Tuvimos que llamar a los bomberos para que nos ayudaran a entrar en tu apartamento y lo encontramos en tal estado... Estábamos seguros de que te habían secuestrado por la noche...

No puedo hacer esto. No puedo escucharla escupiendo las mentiras que le ha contado él.

—... y luego está todo ese sinsentido de los papeles del divorcio. Troy estaba sorprendido, Tess. Devastado. Este nunca había sido el plan...

—Bea, ¡basta! —grito—. Ahora me toca a mí hablar, ¿vale?

—Tess...

—No, necesito hablar y necesito que me escuches durante un minuto, ¿vale? Esto tengo que sacarlo. Siento que me voy a morir si no lo suelto —añado, pongo todos mis sentimientos en estas palabras.

—¿Qué necesitas decir, cariño?

¿Por dónde empiezo?

—Mira, sé que no quieres oírlo, pero Troy te está engañando. Le está mintiendo a todo el mundo. No me «acompañó fuera de la oficina la semana pasada» —digo dibujando unas comillas en el aire—. Me puso de patitas en la calle. Amenazó con llamar a seguridad para que me escoltaran fuera, si no me iba calladita...

—No —dice Bea. Casi puedo verla, moviendo la cabeza, con esos pendientes de perlas que tanto le gustan sacudiéndose—. Troy nunca haría eso.

—Troy es quien lo preparó todo con esa mierda de reunión con recursos humanos —continúo—. Fue él quien convocó a los socios sin ti. Llamó a Dale y le dio todas las fotos en las que salgo bailando con Ryan en la boda de Rachel. Él me puso en la garganta la estúpida cláusula de moralidad... la cual, por cierto, si alguien de esta familia la ha roto, es tu preciado hijo. ¿Te has olvidado de todas las mujeres que se folló en horas de trabajo en las oficinas de la empresa? Porque yo no me he olvidado.

—Tess, ahora sí que estás repitiendo historias del pasado —dice con un suspiro cansado—. Soy muy consciente de que mi hijo ha cometido muchos errores. Se disculpó. Intentó enmendar las cosas contigo. Fue a terapia...

—Se follaba a la secretaria durante todo este tiempo —grito—. ¡Pillé a Candace en las cámaras de seguridad! ¡Se metió por los arbustos del patio trasero cuando yo estaba en la casa!

—Te repito que eso forma parte del pasado —racionaliza Bea—. Estoy segura de que lo que sucedió entonces todavía debe de ser doloroso para ti. No negaré que todavía me duele saber las cosas que ha hecho mi hijo. Pero tampoco es que tú estés libre de culpa por todo lo que ocurrió —añade con un tono helador—. Hacen falta dos personas para romper un matrimonio.

Venga ya, ahórrame eso. Si una persona más se atreve a decirme esa frase tan erudita, voy a darle una patada en el culo, lo juro por Dios.

—Tampoco estoy diciendo que te juzgue por tus decisiones, Tess —continúa para llenar el silencio que he dejado tras mi estupor—. Tú elegiste

anteponer tu carrera. Tú elegiste dejar de hacer que su felicidad fuera una prioridad. Pero ¿alguna vez te he juzgado por tus errores? ¿Te he querido menos?

—No —digo, con los ojos cerrados—. Bea, no vamos a seguir por ahí. Yo no soy la culpable de que Troy me engañara. Eso es una decisión que tomó él. Yo no puedo obligar a otra persona a que me ponga los cuernos. Solo él es el responsable de sus acciones. Y, si te soy sincera, esa ni siquiera es la razón principal por la que nuestro matrimonio ha fracasado.

—Bueno, lo que sí está claro es que esgrimes ese argumento siempre que puedes para justificar que estoy confundida —contraataca.

Suspiro. Esta conversación no va a ninguna parte. Es hora de reconducirla.

—Bea, sé que lo quieres, pero ¿de verdad puedes negar que Troy presenta un patrón de egoísmo y de manipulación? Tú hijo es un narcisista...

—Ya basta —me espeta—. No voy a dejar que conviertas esto en una diatriba sobre todo los fallos de Troy. ¿Quieres hablar de elecciones? Tú ya has decidido odiarlo. Has decidido que vas a ver solo sus partes malas y esa será la cruz con la que tendrás que cargar. Pero he respondido a esta llamada para hablar sobre ti. He respondido porque estaba preocupada por ti, Tess. No te mereces menos, ya que eres una empleada valiosa y un miembro querido de la familia.

—Ya no formo parte de esa familia —respondo, de repente me siento muy cansada—. En este punto, es un secuestro.

Hay un silencio ensordecedor.

Al final, Bea dice:

—De todo el mundo, nunca pensé que serías tú quien dijera algo tan cruel hasta lo indecible.

Los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas.

—No, Bea. ¿Sabes lo que es cruel hasta lo indecible? ¿Quieres saber lo último que me hizo tu hijo antes de obligarme a irme de la oficina la semana pasada?

—Tess...

—Me agarro del cuello y apretó. Me dejó sin aire mientras yo le suplicaba que me soltara...

—Para —me ruega.

—¿Por qué iba yo a parar por ti cuando él no paró por mí? —insisto, cada palabra está plagada de indignación—. Me dijo que soy una puta y me estranguló. Todo esto después de amenazarme con arruinarme la vida. ¿De verdad crees que hay algún universo en el que no le pediría el divorcio después de eso? ¿Tú te quedarías vinculada legalmente a un hombre que te ahoga, Bea? ¿Un hombre que rompe sus votos y se folla a otra mujer en tu cama de matrimonio? ¿Un hombre que te menosprecia y que te miente? ¿Un hombre que te espía y te asusta y amenaza tu trabajo, tu reputación...?

—No puedo soportar esto...

—Si yo puedo hacerlo, tú también —grito—. Es tu hijo, Bea. ¿Crees que esto es por la infidelidad? No, tu niñito bonito me hace daño.

—Por favor, para —susurra y sé que no aguanta más. Si insisto un poco más, me colgará y la necesito. Las dos estamos llorando, nuestras emociones han quedado expuestas como dos nervios al descubierto. Al final, es ella quien rompe el silencio.

—Tess, cariño, vuelve a casa. Tú vuelve a casa y yo te ayudaré a solucionar todo esto. No podemos arreglarlo si no vuelves a casa.

—No —repito—. Nunca más en la vida voy a volver a ponerme al alcance físico de Troy.

Otro sollozo ahogado resuena a través del teléfono.

—Entonces..., ¿ahora qué? ¿También has acabado conmigo? Después de trece años compartiendo una vida, ¿no volvemos a vernos nunca más?

—No tienes que dejar de estar en contacto conmigo solo porque rompa lazos con Troy —le explico, manifestando mis esperanzas al universo. «Por favor, Dios, que ella no me abandone como hace siempre todo el mundo»—. Eso he intentado dejarlo claro durante los últimos tres años. Te quiero, Bea. Eres la madre que nunca tuve. Siempre te he querido y admirado y quiero que estés en mi vida, pero...

—Pero no quieres volver a ver ni hablar con mi hijo, el presunto maltratador de esposas, nunca más.

Lo resume con mucha frialdad y un aire de resignación. Y es en ese momento cuando sé que la he perdido. El dolor me desgarra, me parte. Apenas puedo contenerme.

—Bea —le lloriqueo al teléfono, aunque sé que es inútil.

Quizá una parte de mí siempre lo ha sabido.

—¿Puedes decirme dónde estás? —vuelve a preguntar—. Solo necesito saber que estás a salvo.

—No —respondo con las lágrimas cayéndome por la cara.

—¿No me lo vas a decir?

—No —repito, con la voz entrecortada—. No puedo.

—¿Por qué no?

Digo en voz alta una verdad que ambas sabemos.

—Porque no puedo confiar en que no se lo dirás a Troy.

Las dos nos quedamos en silencio. Veo que un par de hombres abren el congelador de hielo de manera casual y sacan unas cuantas bolsas. Pasan por delante del coche, listos para llenar sus neveras, como si dentro de este vehículo la vida no estuviera ardiendo en llamas.

—¿Y a partir de ahora qué pasa? —suelta Bea al fin.

Cuando encuentro mi voz, hago mi alegato:

—Si de verdad me has querido, me ayudarás a convencer a Troy de que firme los papeles del divorcio. No tiene por qué impugnarlo.

Siento su indecisión.

—Divorcio es una palabra horrible —responde ella—. Y la prensa, nuestros clientes, nuestros amigos...

—Hay una forma de hacer esto sin que implique una crisis de reputación para la familia o la empresa —digo, dispuesta a acallar sus dudas—. Pero necesitas saberlo y necesitas oírlo, Bea. Deja de ser madre y piensa como CEO. Troy pretende lanzarnos a las dos por los aires. Si te pones de su lado en esto, te quedarás sujetando la granada cuando él le quite la anilla.

—Pintas un panorama desolador.

—Eres tú quien siempre se ha preocupado por las apariencias —contraataco—. ¿Quieres conservar la imagen pública de tu familia y de tu empresa? Ayúdame. Solo por esta vez, deja a un lado tu lealtad ciega hacia Troy. Se me ha ocurrido una idea de cómo podemos hacer que esto tenga un resultado positivo para todo el mundo, pero, si no me ayudas y Troy gana ..., saldremos todos ardiendo.

Aunque no lo admita en voz alta, Bea Owens sabe la verdad sobre su hijo. Si tiene que poner el nombre de su familia y la reputación de su empresa en mis manos o en las de su hijo, solo puedo rezar para que tome la decisión correcta.

Después de considerarlo durante un rato, escucho resignación en su voz.

—Está bien. Lo intentaremos a tu modo, Tess. Tú dime lo que quieres que haga yo.

Sonrío, albergo en mi pecho la migaja más mínima de esperanza. Es débil y fragilísima, pero ahí está.

—Convéncelo de que firme los papeles. Sin el divorcio en la mano, el resto de mi plan se desmorona.

Suspira.

—Veré lo que puedo hacer.

29

Tess

Cuando voy hacia la casa de Ilmari, freno sorprendida. Hay dos coches aparcados en el camino que conduce al garaje. Me trago la frustración cuando me doy cuenta de la realidad: Ryan está en casa. Debería de haberme dado cuenta de que el equipo no dejaría que un jugador lesionado viajara a la otra punta del país solo para no jugar el partido. Tras la tormenta de mierda épica que ha sido este día, ¿de verdad tengo que entrar ahí y fingir que no estoy pilladísima por mi compañero de piso?

¿Y he mencionado los coches? Tiene compañía. Así pues, después de sobrevivir a las peleas con Mars y Bea, ahora tengo que hacer una actuación digna de un Emmy como la buenorra de treinta y tres a punto de divorciarse que sin duda no está imaginando desnudo al tío con el que vive.

«Increíble. Me está encantando esta aventura».

Resoplo, miro a un lado y a otro de la calle para buscar otro sitio donde aparcar. Encuentro un sitio una manzana más abajo, dejo el coche en paralelo y subo por la acera hasta la casa mientras me voy preparando para la actuación.

Durante los últimos días, por extraño que parezca, ha sido agradable compartir casa con Ryan Langley. Se comporta como un perfecto caballero, me ayuda cuando se lo permite su movilidad limitada. Ayer me ayudó con la compra, caminaba con las muletas y las bolsas colgadas de las muñecas.

Si pide comida, siempre me pregunta si quiero algo. Y me manda audios a lo largo del día. Ayer, estaba aburrido haciendo la rehabilitación, así que me mandó una retahíla de audios mientras le jadeaba al teléfono y ordenaba de más a menos sus personajes favoritos de *Hijos de la anarquía*.

Por las noches, lo he estado ayudando a que se ponga cómodo para que pueda dormir. A veces nos quedamos tumbados en la cama hablando o

viendo la tele. Ya me ha pasado dos veces que me he dormido antes que él.

Con él, todo parece muy fácil, muy natural. Hacemos bromas como si fuéramos viejos amigos. Dios, cómo le gusta flirtear. Pero lo hace de una forma tan dulce que me desarma por completo, como esas frasecitas de ligoteo que decía en la playa. Es tan encantador que no sabes si quieres besarlo o darle una torta. Casi puedes pensar que todo es una broma... hasta que le ves el calor que desprende por los ojos.

Me desea. Aunque lo que no está claro es si quiere algo más que sexo. Pero no negaré que Ryan tiene algo que me pone nerviosa. Ha sido así desde que nos conocimos en la playa hace tantos meses atrás. Casi me dejó sin aliento, literalmente. Puede que en parte fuera porque me dio en la cabeza con ese estúpido balón de fútbol, pero en parte también se debe un poco a cómo es él.

Puede que Rachel sea la flipada del zodíaco, pero sé lo suficiente para creer que ciertos signos se ven atraídos los unos por los otros. Comparten la misma energía. Busqué a Ryan en Google después del día de la playa y es virgo, lo cual significa que nuestros dos signos están regidos por Mercurio, el planeta de la comunicación. ¿Por eso me resulta tan fácil hablar con él?

Yo quería pasar por alto nuestra conexión, esta sensación de que los opuestos se atraen, pero entonces Ryan va y me dice que soy como un imán.

Creo que él también lo siente. Se ve atraído hacia mí, igual que yo hacia él. Una parte de mí se pregunta si no estaremos destinados a colisionar.

Respiro hondo, abro la puerta y entro. Enseguida me recibe el sonido atronador de la música rock a todo volumen. Me topo con una escena digna de una peli porno de bajo presupuesto dirigida por un chico de fraternidad. Entre todos los muebles, hay cinco tíos mazados sin camisetas, tumbados. Algunos tienen mandos de videoconsola en la mano y los ojos clavados en la tele, Ryan incluido. Hay dos más con el móvil en la mano y las piernas abiertas, a pesar de llevar esos pantalones cortos de deporte que te dan una vista más que generosa de sus muslos cincelados.

Voy a decirlo sin rodeos: no sé quién se encarga de aprobar los diseños de la indumentaria del equipo de la NHL, pero se merece un aumento.

Estos tíos están tan metidos en sus videojuegos y en sus teléfonos que ni siquiera se han dado cuenta de que he entrado. Me giro para mirar la cocina.

—Madre mía.

Solo Dios sabe la expresión de horror que se me acaba de dibujar en la cara. Parece que ha estallado una bomba. Hay platos sucios por todas partes. Alguien la ha liado parda al usar la batidora. Arrugo la nariz cuando cuento, no una ni dos, sino cuatro cajas vacías de macarrones con queso. Hay una olla plateada enorme que tiene pinta de que la han usado para hacer un volquete de pasta.

«Pues adiós, calentón».

—Tess... —Ryan abre los ojos como platos cuando me ve—. Flash, apaga la música —le pide a don Alto, Oscuro y Guapo, que está repantingado en la butaca de leer.

La música se detiene y lo único que se oye es el videojuego. Miro la televisión y veo que la pantalla está dividida con todos los personajes de Mario en sus coches de carreras. Cuando era pequeña no estaba lo suficientemente a la última como para tener o jugar a videojuegos, pero estoy bastante segura de que este se llama Mario Kart.

—Eh, has vuelto a casa pronto —dice mientras coge la rodillera que se ha dejado olvidada encima de la mesa del café.

—Ah, ¿sí? —digo, al mismo tiempo que me fijo en que la mesa de la cocina también está hecha un desastre. Alguien ha comido cereales en una ensaladera y ha dejado fuera la leche... y los cereales... y se le ha derramado parte de la mezcla.

—No te preocupes, luego lo limpiaremos todo —dice el pelirrojo con pecas que está sentado al lado de Ryan.

—Los chicos solo han venido para asegurarse de que estoy siguiendo mi rutina de rehabilitación —explica Ryan.

—No pasa nada —digo, y los saludo con la mano—. Hola a todos.

Un coro de «holas» profundos me responde.

Ryan está distraído poniéndose la rodillera antes de levantarse.

—Eh, chicos, esta es Tess —me presenta señalándome—. Tess, estos son los novatos. El de la butaca es Flash —dice, señalando al chico de pelo negro.

—¿Flash? —repito con una ceja levantada.

—Sip y me apellido Gordon —responde con una mueca.

Sonrío.

—Qué mono.

—Y estos son Tyley y Westie —añade Ryan, señalando a los dos chicos que hay en el sofá.

Son los dos guapetes, tienen un suave rostro de bebés que contrasta con esos cuerpos de hombres. Madre mía, tienen pinta de que todavía son adolescentes, así que me siento una pervertida por haber pensado que esto era como un rodaje porno.

—Y yo soy Patrick —dice el gigante que está sentado en el asiento que está más cerca de mí. Se levanta con todo su corpachón de metro noventa y cinco y se gira.

«Hostia puta».

Abro los ojos como platos. No puede tener más de veinte años, pero tiene el cuerpo de Apolo. Y, juro por todos los dioses, que ahora mismo está brillando. Como si estuviera untado en aceite de bebé. Es como si absorbiera la puta luz del sol. Debe de ser el brillo posentrenamiento.

—Encantado de conocerte, Tess —dice con una voz profunda que rebosa la confianza de la juventud.

Me escanea entera y siento como si me estuviera desnudando con los ojos. Me aclaro la garganta y aparto la mirada. El muy gilipollas engreído dibuja una sonrisilla de suficiencia. Oh, sí, quiere que lo mire. Casi está gritando «empotrador». Me juego el cuello a que lleva solo dos cosas en el bolsillo: las llaves del coche y un condón.

—Vete a hacer pesas, Patty —dice Ryan, que se planta delante de él a propósito para interponerse entre nosotros—. Eh, ¿has tenido un buen día? —me pregunta.

Sus palabras catapultan mi mente en el tiempo y revivo el caos del día. De repente, siento que me he quedado sin aliento. Pero antes muerta que llorar delante de don Yogurín del Hockey y Patrick Abdominales de Toma Pan y Moja.

—Sí, genial —miento y enseguida le doy la espalda. Hago como que busco algo en la nevera, aunque no tengo ni hambre ni sed. Pero así tengo la oportunidad de abrir la puerta, meter la cabeza dentro y tomar un poco de aire fresco.

—Oye, Tess, ¿podrías traernos unos refrescos? —pide uno de los chicos desde el sofá.

Me incorporo casi de un salto y me giro poco a poco.

—Vete a la mierda, Westie —dice Ryan antes de que yo pueda responder —. No es tu puta chacha. Cógete tú el refresco de las narices.

—Pero ella ya está ahí —responde el otro encogiéndose de hombros, mientras vuelve a girarse hacia su videojuego.

—Siento todo esto —se disculpa Ryan mirándome. Parece preocupado, diría que incluso nervioso—. No los he invitado a que vengan. Esto no es cosa mía, lo juro.

—No pasa nada, Ryan —lo tranquilizo y estiro el brazo para tocarle el hombro desnudo. Apenas le he rozado la piel cuando la dejo caer y la aparto —. Puedes traer a tus amigos. Eso no es asunto mío —añado encogiéndome de hombros.

—No son mis amigos —dice bajando la voz—. Y se han invitado ellos solos. Pero tengo que estar ahí para ellos, ¿sabes? Guiarlos un poco.

Miro el estropicio que han provocado en todas las superficies de la casa que antes estaban limpias.

—¿Y así es como guías a la siguiente generación? ¿Enseñándoles a hacer macarrones con queso de caja?

—No te olvides de que también les he enseñado a cortar salchichas —responde, con una sonrisilla de suficiencia.

—No, cómo olvidar lo de cortar las salchichas —digo impávida—. El queso en polvo necesita mucha superficie para solidificarse.

—Dios, me encanta cuando usas palabras como solidificar —se burla, inclinándose un poquito hacia mí.

Sonrío con suficiencia y sacudo la cabeza mientras saco una botella de agua con gas de la nevera y, por fin, cierro la puerta.

—¿Cuándo me vas a dejar que expanda ese paladar con unos macarrones cremosos con langosta y una pizca de alioli con trufa negra?

—Espera... ¿me estás pidiendo una cita? —responde en un tono más serio—. ¿Eso es una invitación a tener una cita en casa con Tess Owens?

El corazón me aletea antes de entornar los ojos.

—En tus sueños, yogurín. En todo caso, sería una intervención. Está claro que necesitas una —añado, señalando el desastre que nos rodea.

—Te prometo que todo quedará impecable —responde—. Solo se han dejado llevar un poco por la emoción.

—De verdad que no pasa nada —digo, colocándole una mano en el brazo otra vez. Los dos seguimos el recorrido de mi brazo con la mirada y

terminamos donde mi mano conecta con su bíceps. La dejo ahí un segundo de más antes de apartarla.

—¿Es raro que no esté acostumbrado a verte con ropa? —dice para intentar romper la tensión.

Me río.

—Ya era hora de que cambiaran las tornas. ¿Por qué no te das una vueltecita? —Lo provoco mientras giro el dedo.

En la comisura de los labios, veo que le aparece una sonrisilla mientras me obedece. Hace un giro ridículo sobre un solo pie saltando a la pata coja y sin apoyar el peso en la rodilla mala. Igual que los demás, va vestido solo con unos pantalones cortos que lleva la manta raya del logo de los Rays. Es alto y delgado, parece que más bien está hecho para correr rápido que para recibir golpes fuertes. Jake es el que tiene el cuerpo de defensa, igual que Patrick el Resplandeciente, que está en la butaca.

—Esos pantalones cortos deberían ser ilegales, por cierto —digo sin ninguna vergüenza mientras me como con los ojos ese culo de hockey.

Ahora se ríe él, pero veo el calor en sus ojos.

—¿Te gusta lo que ves, Tess?

—Está bien, supongo —respondo encogiéndome de hombros con desinterés—. No eres tan impresionante como tu amigo don Abdominales Brillantes —añado, señalando con la cabeza hacia el salón.

Los ojos se le oscurecen. Se me acerca hasta que siento que me doy con la cadera en la encimera.

—Ah, ¿sí? Vaya, pero ¿cuál de los dos es el jugador titular de un equipo de la NHL, eh? ¿A cuál de los dos le han ofrecido una extensión de contrato de cuatro años con una bonificación de tres millones de dólares?

Parpadeo y abro los ojos.

—Ryan... Espera, ¿qué? Ay, madre mía, ¡eso es increíble! ¿Cuándo ha pasado eso?

—Hoy —responde con una sonrisa amplia.

—¡Madre mía! —Dejo la lata de la bebida en la encimera, doy un paso adelante con los brazos extendidos y le doy un achuchón—. Eso es genial, Ryan. De verdad, me alegro muchísimo por ti.

Responde a mi gesto pasándome los brazos por la cintura. Agacha la cabeza y la hunde en mi hombro, siento su cálido aliento contra el cuello.

No se me escapa la forma en la que aspira mi aroma. Hace que los pelos del cuello se me pongan de punta y me da un vuelco el estómago.

Me aparto y él me suelta. Le bajo las manos por los brazos hasta el codo. Él también me coge por los codos y nos quedamos ahí plantados tocándonos. Hay tanto espacio entre nosotros que parece que estamos bailando una canción lenta en el instituto.

—Bueno, ¿vas a aceptar la oferta? —digo.

Asiente con la cabeza.

—Sí, creo que sí. Mi agente va a negociar un par de condiciones, pero, si te soy sincero, llevo mucho tiempo esperando algo así.

Le aprieto los brazos, sigo sonriendo.

—Entonces son buenas noticias. —En ese momento, miro el estropicio que hay en la cocina—. Bueno, esto es absurdo. No puedes celebrar una noticia como esa, de las que te cambian la vida, con macarrones, queso y salchichas cortadas. Vamos a salir.

Se queda rígido y levanta una ceja a modo de pregunta.

—¿Te refieres a... fuera de verdad?

Suelto otra carcajada.

—Dios, eres incorregible.

—Prefiero implacable —dice guiñando un ojo.

—¿Sabes qué? De acuerdo —respondo lanzándole una sonrisa. Sienta bien sonreír después del día que he tenido—. Por una noche, y solo por una, sí, Ryan Langley. Vamos a tener una cita. Vamos a celebrar ese pedazo de contrato.

Él se limita a mirarme desde arriba, me aprieta ligeramente los codos.

—Más vale que no te estés quedando conmigo —me advierte.

—Cachorrito, ve a vestirte —digo, apartando la mano—. No puedo sacarte a la calle así —digo, señalando los pantalones cortos que lleva.

Me lanza una sonrisa perfecta de anuncio de chicle y se da la vuelta.

—¡Chicos! —le grita al salón—. Se acabó la fiesta. Os tenéis que largar.

—Cinco minutos más —pide Patrick sin ni siquiera darse la vuelta—. Le estoy dando a una paliza a Yuley en la Cumbre Wario... ¡Oye...!

Mientras hablaba, Ryan ha agarrado el mando de la tele y la ha apagado. Entonces, lo suelta y les lanza a todos una mirada asesina.

—Gilipollas, tenéis diez minutos para dejar la casa como los chorros del oro y, luego, os largáis. Y, si mi chica encuentra aunque sea un solo cereal

en la alfombra, os traeré a rastras para que aspiréis hasta el último centímetro del suelo con la boca. ¿Entendido? Bien. Levantad el culo y movedlo.

Los chicos refunfuñan, pero enseguida empiezan a limpiar.

Miro a Ryan, ni siquiera me molesto en ocultar la sonrisa. Me encanta un chico rollito de canela, pero en la vida lo que importa es lo dulce y las especias. Tengo la sensación de que Ryan anhela control. Incluso podría decirse que es un mandón. Me apunto ese pedacito de información y me lo guardo para luego..., justo al lado del recuerdo de que se ha referido a mí como «su chica».

30

Ryan

—Vaya —digo con los ojos bien abiertos, el aire se me atraganta—. Tess, estás...

Pasa junto al lado de la mesa de la cocina y viene hacia mí, que estoy de pie junto al sofá, la falda larga de su vestido ondea con cada paso.

—¿Arrebatadora? ¿Divina? ¿Limpia? —añade con una sonrisa provocativa.

—Las tres —digo, sacudiendo la cabeza del aturdimiento. Me guardo para mí mismo los adjetivos que se me habían ocurrido en realidad.

«Guapísima. Follable. Deseable que flipas».

En cuanto los chicos se han puesto a limpiar, Tess ha desaparecido en su habitación. Eso ha sido hace una hora. Ahora la casa está impoluta y ella está plantada delante de mí con los rizos rojos enmarcándole la cara. Se ha hecho una sombra ahumada en los ojos y se ha pintado los labios de rojo, lo que hace que le destaquen las pecas.

Pero apenas puedo prestarle atención a su hermoso rostro, porque lleva un vestido rosa chicle con volantes, unas mangas abullonadas y un escote en forma de V que enseña sus tetas a la perfección. Conforme se acerca, veo que el vestido tiene un estampado de cerezas rojas brillantes.

«Bueno, pues me muero».

Ni siquiera me molesto en contener el rugido hambriento que se me escapa. Esta mujer va a ser mi perdición.

—Tú también estás genial, Ryan —dice mientras me escanea.

No ha dicho en ningún momento lo que implicaba la cita, así que solo me he puesto unos pantalones vaqueros, una camisa blanca abrochada hasta arriba y una sudadera con la cremallera cerrada hasta la mitad. Debajo de los pantalones llevo una rodillera más funcional y la doctora me ha dicho

que empiece a apoyar peso en la articulación, así que esta noche salgo sin las muletas.

Tess rebusca en el bolso que tiene entre las manos, saca un par de tarjetas y un pintalabios de su otro monedero y los guarda.

—Y bien, ¿cuál es el plan? —digo, mientras me meto las manos en los bolsillos.

—¿Hmm? —Sigue con la mirada baja, rebuscando en el bolso—. Ah, tengo algunas ideas. —Levanta la cabeza y me lanza otra sonrisa con esos labios pintados de rojo.

Vale, que les den a sus planes. Quiero quedarme aquí. Si solo tengo una noche y una cita, quiero sentarme en el sofá con ella en mi regazo mientras lleva puesto ese vestido. Quiero sentir que el suave tul se arruga contra mis manos mientras se lo subo y las meto por debajo para acariciarle con los dedos la piel de los muslos mientras busco el calor que tiene entre las piernas...

—¿Este es el nuevo contrato?

Parpadeo y aparto la atención del culo de Tess para mirarla a la cara. Ahora está de pie junto a la barra, mirándome por encima del hombro con un taco de papeles en la mano. Me vuelvo a centrar en los documentos.

—Ah... sí, ese es.

Deja el bolso en la encimera y empieza a hojear las primeras páginas.

—Vaya, nunca había visto un contrato deportivo profesional. Todo esto parece muy complicado. ¿Tú ya le has echado un ojo?

Me muevo incómodo.

—Bueno, es que tengo un agente que me ayuda con las movidas de los contratos, así que...

Vuelve a centrarse en los papeles.

—Está genial tener un agente, pero no está de más que leas el contrato por ti mismo para que conozcas todos los detalles...

—Eh, abogada Tess —me burlo y extiendo el brazo para poner la mano encima de los papeles que está leyendo. Nos rozamos las puntas de los dedos y siento que se queda rígida a mi lado. Joder, al estar tan cerca de ella, puedo oler su perfume. Se mezcla con el olor a coco de su aceite capilar y acaba creando un ramo afrutado y floral. Es como si fuera un paraíso tropical con patas. Mi propio *sex on the beach*.

—¿Hmm?

Se gira ligeramente y levanta la cabeza para mirarme.

Empujo el contrato y ella me permite que lo baje hasta la encimera.

—Se me prometió una cita con Tess Owens. Preferiría no desperdiciarla mirando contratos.

Aprieta los labios rojos.

—Hay gente que lo consideraría preliminares.

—¿Y qué? ¿Vas a ponerte a leer en voz alta el programa de liquidación de bonificaciones frase por frase para que los dos nos pongamos duros con el pastizal que me va a llegar a la cuenta bancaria?

—Mmm —dice, y el sonido le retumba en la garganta—. «Un cuarto de millón tras la firma. Quinientos mil que se transferirán el día uno de marzo...».

Joder, ¿por qué está funcionando? ¿Se me está poniendo dura? Entrecierra los ojos como un felino sexi y sé que lo sabe.

—Ay, maldita seas —digo con una carcajada que se transforma en un gruñido cuando me paso la mano por la cara—. Eres una diablesa.

Ella también se ríe.

—Eres demasiado fácil.

—Y tú demasiado cruel —respondo a su provocación.

En cierto modo, en cuanto he pronunciado las palabras, he sido consciente de que me he equivocado. Sé que algo se tambalea detrás de esos bonitos ojos castaños. Es como una televisión rota con estática, ya que veo cosas que sé que no quiere que vea... miedo, rabia, tristeza, frustración. Parpadeo y ella vuelve a tener una sonrisa, pero no le llega a los ojos.

—Vamos, guaperas —dice e ignora el contrato mientras cierra el bolso —. Conduzco yo.

Treinta minutos después, estoy sentada delante de Tess en una mesita alumbrada con velas de una marisquería abarrotada. Ha pedido una copa de vino tinto; yo, una cerveza, y hemos brindado por el nuevo contrato. Entre nosotros, hay un cóctel de gambas a medio comer.

No puedo quitarle los ojos de encima. Está distraída y presente al mismo tiempo. Sé que está disfrutando de mi compañía y la he hecho reír cuando veníamos en el coche. Pero también está perdida en sus propios pensamientos. Me gustaría que se abriera un poquito más.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice, mientras pasa el pulgar distraída por el tallo de la copa de vino.

Me enderezo.

—Sí, lo que quieras.

—En realidad, ¿por qué te estás quedando en casa de Ilmari?

Doy un golpe en la mesa y señalo a la rodilla que tengo debajo.

—Esguince de rodilla, ¿se te ha olvidado? El piso que tengo alquilado es un dúplex y tiene como cuatro tramos de escaleras. Sully y los demás se pusieron como ogros porque querían que me fuera a un sitio que no tuviera escalones mientras esté con la rehabilitación.

Le da un sorbo a su vino mientras considera mis palabras.

—Pero ¿por qué alquilas un dúplex? Bueno, ¿por qué alquilas a secas? Teniendo en cuenta el contrato que he visto, podrías vivir mucho más acomodado. No tiene sentido que estés en casa de Mars cuando está claro que puedes permitirte cuidarte tú solito.

Mierda, esta noche quiere que nos pongamos profundos, ¿verdad? Supongo que así es como son las cosas con Tess. Es una mujer de «o todo o nada». Quizá, si comparto mi verdad con ella, ella hará lo mismo y se abrirá más a mí.

—Lo siento —dice—. A lo mejor es demasiado personal para una primera cita, ¿no?

Joder, ya vuelve a alejarse. Se está cerrando en banda.

—Soy previsor —escupo, me lanzo de cabeza a responder—. No sé, siempre he sido una persona que quiere tener un plan. Me gusta la organización y me gusta que cada cosa esté en su sitio.

—Bueno, eso tiene sentido, teniendo en cuenta que eres virgo —responde y le da otro trago al vino.

La miro entrecerrando los ojos.

—¿Estás diciendo que mi cumpleaños tiene algo que ver con que me gusten los planes?

Ladea la cabeza y me estudia.

—¿Tú no lo crees?

—No. Es absurdo.

Se ríe.

—Lo siento... —Se seca la barbilla con la servilleta—. Eso ha sido muy virgo por tu parte.

Me limito a entornar los ojos.

—Estabas diciendo que te gustan los planes —me recuerda enseguida—. Por favor, continúa.

Suspiro e intento pensar en la forma correcta de explicárselo.

—Hay aspectos del hockey que para mí son perfectos porque tengo mucho control, ¿sabes? La estructura está ahí y yo solo tengo que salir adelante dentro de ella: planes de comida, planes de entrenamiento, horarios de práctica, horarios de partidos, itinerarios de viajes... Todo está ordenado y organizado y claro clarinete. ¿Eso tiene sentido?

—Por supuesto.

—Así que, aunque mi vida se encuentra bajo el peso constante de la organización infinita, hay una única pieza de mi vida que crea el caos.

Le brillan los ojos y sé que ya lo ha adivinado.

—Los contratos.

—Los contratos —repito asintiendo con la cabeza—. Ahí fuera hay tíos que cada temporada cogen toda su vida y la mueven a otra parte. Si solo firmas año tras año, no tienes ni idea de dónde estarás al siguiente. Hay tíos, como los jugadores de la liga inferior, a quienes les pueden llamar y mandar a otra parte varias veces al año. Es lo que le pasa ahora mismo a Patty.

—Ah, ¿te refieres al don Alto, Ancho y Brillante? —se burla.

Le lanzo mi mejor mirada de gracia.

—Si lo vuelves a llamar así estando en una cita conmigo, te pondré sobre mis rodillas y te daré una buena azotaina.

Abre los ojos y nos mantenemos la mirada el uno al otro. Solo aguanta unos segundos antes de estallar en carcajadas.

—Ay, madre mía, cómo me ha puesto eso. Pero soy incapaz de saber si lo dices en serio. —Baja la copa a la mesa y se inclina hacia delante, le brillan los ojos. Baja la voz y habla en un tono que rezuma sensualidad—: ¿Eso es lo que quieres, papi? ¿Quieres llevarme al cuarto de baño, inclinarme sobre el lavabo y darme unos azotes por haber sido una niña mala?

Me retrepo en la silla con los ojos como platos.

—Hostia puta.

Se aparta y también se apoya en el respaldo de su asiento.

—No, tú eres un niño bueno, ¿a que sí? Mi dulce perrito sin hogar que se ha perdido en la playa. Vaya, es que cuando doy en el clavo, doy en el clavo

—dice, más bien para sí misma—. Entonces, Ryan Langley, el señor Rey de la Organización, ha organizado todos los aspectos de su vida salvo sus condiciones de vivienda —resume.

—Ahí es donde reina el caos —respondo encogiéndome de hombros—. Nunca me ha importado dónde vivo o si la casa es un vertedero o si las ventanas no cierran. Es algo que no me importa, no hasta que no tenga algo de control sobre mi destino. Así que alquilé un dúplex de mierda junto al pabellón de entrenamiento que todos los chicos llaman cariñosamente la ratonera mortal. Supongo que, cuando me lesioné, Sully y los demás se lo tomaron como la oportunidad para rescatarme.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —dice, mientras coge una gamba del plato de plata y la moja en la salsa de cóctel—. Ahora que el delantero estrella, Ryan Langley el número 20, tiene un contrato de cuatro años y una bonificación de tres millones, ¿por fin vas a invertir en cortinas?

Sonrío de oreja a oreja.

—Sabes mi número.

Entorna los ojos.

—Te he visto jugar, ¿se te ha olvidado? Yo estaba en Los Ángeles.

—Ah, lo recuerdo —respondo, aguantándole la mirada—. En la boda, me dijiste que yo era el Ray que más te gustaba mirar.

—Ajá —dice y se lleva la gamba a la boca—. Debes de haberme escuchado mal.

—No he entendido nada mal —respondo, incapaz de apartar la mirada.

Está guapísima.

Cuando llegan los primeros, he esquivado la vergüenza de decir algo que lamente, como «siéntate en mi regazo».

Mientras comemos, nuestra conversación va por otros caminos más divertidos y casuales. Nos peleamos por ver quién paga la cuenta... Ella insiste en que ha sido idea suya y que, por tanto, invita ella, mientras que yo argumento que nunca dejaría que una chica pagara en la primera cita. Solo consigo que ceda prometiéndole que me puede comprar un helado.

Cuando nos marchamos del restaurante, ya es noche cerrada, pero esta zona de la playa tiene mucha vida nocturna. Todos los restaurantes están abarrotados, la gente hace cola en las puertas mientras esperan a que les den

mesa. Hace un poco de fresco, pero tampoco se está tan mal como para que la gente no haya salido a pasear con los perros y los niños.

También hay cola en la puerta de la heladería. Tess hace pucheros cuando la ve y mira al resto de los comercios por si hay otra alternativa.

—Oye, vamos a pasear un poco por la playa —propone, y señala la franja de arena blanca como un fantasma que marca las dunas—. Podemos volver dentro de unos minutos, cuando haya menos cola. ¿Te ves capaz de ir sin muletas? —añade, señalándome la rodilla.

—No estoy seguro —respondo con una sonrisa—. A lo mejor necesito que me pases el brazo... ya sabes, para mantener el equilibrio.

—Ay, eso iba a pasar de todas formas, porque tengo frío —responde ella. Entonces se desliza a mi lado y me pasa el brazo por la cintura.

Parpadeo sorprendido y le paso el brazo por los hombros de manera automática. La verdad es que no estoy seguro de qué estamos haciendo. Ella ha dicho que es una cita. Más de una vez. Pero también está distraída y triste, sin duda hoy le ha sucedido algo.

Joder, solo necesito que me deje entrar. Me tiene que dar algo. Lo que sea.

Por supuesto, quiero acostarme con ella. Me muero de ganas por volverla a probar. Pero, para mí, esto va mucho más allá que el sexo. La deseo... a ella. Quiero su risa y sus preguntas curiosas. Quiero su forma de explicarme cosas sobre la organización sin ánimo de lucro y la construcción de una base de benefactores. Quiero hacer preliminares mientras hablamos sobre la lacra medioambiental que suponen los geotubos y comparamos nuestras líneas argumentales favoritas de *Hijos de la anarquía*. Quiero que mi almohada huela a coco, como su pelo.

La verdad es que me estoy colgando muchísimo por esta mujer y, por todo lo que veo y siento, ella... se está descolgando. Y no sé cómo llegar a ella. No sé cómo hacer que se detenga. Y ella no va a darme ni una puta pista. Me está volviendo loco.

—Vamos a pasar por el coche —dice—. Creo que tengo una toalla de playa en el maletero.

—¿Nos vamos a sentar en la arena?

—No —dice con una carcajada—. Voy a usarla como manta.

Corremos hacia el coche... bueno, todo lo rápido que puedo en mi estado actual. Abre el maletero y saca una toalla de rayas enorme.

—¡Ajá! —dice encantada mientras la sacude para que caiga la arena—. Ven aquí. Tendremos más calor corporal si nos metemos los dos... y sujétame el móvil.

Lanza el bolso en la parte trasera y cierra la puerta del maletero. Me mete el teléfono en el bolsillo y le dejo que me pase por los hombros la toalla de tamaño familiar. Luego se aprieta contra mí y se pasa el otro extremo por los hombros. Yo sujeto un lado y ella el otro, y así es como caminamos por las tablas de madera hacia la playa. Yo ni siquiera tengo frío, pero no se lo voy a decir por nada del mundo.

—Ay, Dios, esto es precioso —dice suspirando mientras mira el cielo oscuro lleno de estrellas.

Hoy hay luna, pero todavía no está llena. Solo hay unas cuantas nubes que salpican el cielo. En esta franja de la playa, se ve una tira de contaminación lumínica, pero a pesar de eso se pueden ver unas cuantas estrellas. Miro al mar en calma. El oleaje es fuerte, las crestas blancas rompen una, dos veces, mientras el agua se acerca hacia nosotros.

Siempre me ha gustado ver cómo puede cambiar el mar de un día para otro. Algunos días, vienes y la playa se extiende casi unos treinta metros antes de llegar al agua. En noches como la de hoy, con la marea alta, no podemos llegar mucho más allá del final de las tablas de madera.

Por nuestro lado pasa una pareja paseando a un perro con correa. Se quitan los zapatos al llegar a la arena y caminan cogidos de la mano por las dunas. A mi lado, Tess cambia el peso de lado y la mano que tiene debajo de la toalla me acaricia la cadera.

—¿Puedo preguntarte algo? —le robo lo que me ha dicho en el restaurante.

Asiente con la cabeza, aunque tiene una expresión precavida.

Me enfrento a mis miedos de que vuelva a decirme que cierre el pico, le hago la pregunta a la que llevo semanas dándole vueltas:

—¿Cuándo supiste que se había acabado el matrimonio?

31

Tess

«Quiero besarlo».

Es el mantra que llevo entonando en mi cabeza durante los últimos diez minutos. Tenerlo cerca, compartir su calor, disfrutar de toda su atención.

«Quiero besarlo». «Quiero besarlo». «Quiero besarlo».

Y Ryan Langley besa muy bien. Aparte de la obvia atracción mutua, me hace sentir segura. Me hace reír. Es casi como si intentara sacarme la risa, como si quisiera oírla. Es entrañable... y, si soy sincera, me desconcierta un poco.

Estoy aquí plantada, sin más testigos que la arena y el mar, y estoy no besando a Ryan Langley. Quiero ponerle remedio. De inmediato. Que le den a lo que le he dicho antes sobre mantener la distancia. Deberíamos estar besándonos todo el rato, es lo único que deberíamos hacer. Cambio el peso de lado y me inclino hacia él. Lo de la toalla ha sido una idea maravillosa, a la vez que terrible. Porque ahora puedo oler las notas frescas y limpias de su loción para después del afeitado. Es un aroma que se me mete en todos los sentidos, enciende una llamita en mis entrañas. Parpadea esperanzada y se va haciendo más fuerte.

Entonces su mano se mueve sobre mí. Y se gira, con una pregunta en los ojos.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice. Y ya sé que va a ser sobre Troy. Deber de tener preguntas. Cualquiera las tendría. Esta noche ha sido sincero conmigo. ¿Podré soportar hacer lo mismo?

Despacio, asiento.

—¿Cuándo supiste que se había acabado el matrimonio?

—Vaya.

Me sorprende lo desgarradora que es la pregunta. No está preguntando si se ha terminado. Ni siquiera pregunta cuándo se acabó. Lo que está planteando es un tipo de pregunta mucho más sofisticada. No esperaba menos de mi jugador de hockey, es un virgo con cerebro. Quiere saber cuándo se acabó para mí. ¿Cuándo salí? ¿Cuándo supe que ya no quedaba nada?

Me trago el amasijo de emociones que siento en la garganta y me aclaro la voz.

—Eeeh... Creo que fue hace unos cinco años —admito.

—Entonces, ¿dos años antes de que os separarais de verdad?

Asiento con la cabeza. Se acuerda de la cronología, por supuesto. Le he dado tan poca información que prácticamente cabría en un pósit. Me apuesto lo que sea a que la ha memorizado.

—Sí, fue en Navidad —le explico—. En la cena de Nochebuena, de hecho. Su madre siempre organiza unas fiestas preciosas y extravagantes. Le encanta exhibir a la familia y fingir que todos somos felices, ¿sabes? —Asiente, me escucha mientras hablo—. Invita a clientes y a antiguos amigos de la familia. Siempre hay muchísimas cosas que hacer. Pero también son gente íntima —añado—. Cantamos villancicos, nos intercambiamos regalos y, por lo general, siempre hay un concurso de jerséis feos.

Sonrío, me imagino a Bea con un jersey chillón con un reno que tenía unas luces de Navidad que parpadeaban enredadas en los cuernos.

—¿Qué pasó?

Suspiro y vuelvo a mirar el agua.

—Estábamos cenando y Troy estaba a mi lado. Acabábamos de sentarnos y estábamos todos sirviéndonos en los platos, ya sabes, pasándonos la fuente de la salsa y la cesta del pan, pidiéndole al de al lado que nos pasara la sal y la pimienta.

Asiente con la cabeza, sigue escuchando.

—Alguien le pasó a Troy la cesta con los panecillos —explico—. Cogió dos, se los puso en el plato y, entonces, le pasó la cesta a su primo por delante de mí, pues estaba sentado al otro lado.

Ryan se queda rígido.

—Mira, sé que suena absurdo —añado enseguida—. La esposa sentada en la cena de Nochebuena sabiendo que su matrimonio se ha terminado porque su marido no le ha pasado el pan. Parece una locura..., pero así es

como me hizo sentir la mayoría de las veces —admito—. Me quedé ahí sentada, permitiendo que la cesta del pan pasara de largo, y supe que se había terminado. O el hombre que yo quería estaba decidiendo ignorarme o me estaba ocultando cosas a propósito. Lo peor es que la pregunta que más tiempo me ha atormentado es: «¿Alguna vez me vio?».

—Tess, lo siento —dice Ryan—. Siento de veras lo que te pasó.

—¿Tienes idea de lo que se siente? —Levanto la cabeza para mirarlo—. ¿Alguna vez te has sentido invisible?

Se lo piensa un momento antes de sacudir la cabeza.

—No. A lo mejor ayuda que sea alto —añade con una suave sonrisa.

—Me alegro por ti —respondo, lo digo de verdad—. Es la peor sensación del mundo, que no te vean... Ir por la vida como un fantasma.

—Ya te había pasado antes —intuye, no aparta esa suave mirada de mí —. Ya has sido invisible antes. —Asiento con la cabeza—. ¿Cuándo?

—Toda mi vida —susurro, aparto la mirada para contemplar la expansión negra de agua—. Es lo único que he conocido. Todas las personas que se supone que me tenían que querer, las personas que yo necesitaba que me cuidaran, las personas que necesitaba que me protegieran... todas cerraron los ojos. —Yo también los cierro mientras las lágrimas me caen por las mejillas—. No me veían, Ryan. Yo solo era una niña y a esas personas les dio igual.

Él se gira hasta que casi nos quedamos cara a cara. Con la mano todavía aferrada al extremo de la toalla, me levanta la barbilla y me obliga a mirarlo.

—Escúchame, Tess. No sé quién eras antes. Lo único que sé es quién eres ahora. Y, desde el momento en que nos conocimos, a menos de cien metros de este trozo de playa, eres lo único que he visto.

Cojo aire, abro los ojos y levanto la cabeza para mirarlo.

—Ryan...

—Te veo, Tess —dice, y suelta la toalla para ponerme la mano en la mejilla—. Te veo. No puedo dejar de verte... tu inteligencia, tu belleza, tu gracia. Joder, eres toda gracia. Estos dedos... —añade y baja la mano para coger la mía—. Veo el modo en que bailotean en tu pelo y te apartan los rizos de la cara.

Llevo la mano a sus labios suaves y me besa las puntas de los dedos. Cada roce me enciende por dentro y aviva las llamas del deseo que siento

por él.

—A lo mejor eres un fantasma —continúa, mientras pone mi mano en su mejilla—. Porque esa risa tuya... me atormenta. En la boda, fue como si no pudiera pensar, como si no pudiera respirar, porque estabas en todas partes al mismo tiempo, riéndote y hablando con todo el mundo. Te seguí por la fiesta, Tess. Tenía que acercarme más a ti, a ese sonido... Necesitaba estar cerca de ti...

—Ryan —murmuro, las lágrimas me inundan los ojos—. Por favor...

—Dime lo que quieres —me pide, se le entrecorta la voz cuando me mira a los ojos con un sentimiento tan profundo.

Es tan bueno, tan amable... demasiado amable. Voy a romperlo. Voy a estropear esto...

—No. —Me envuelve la cara con las dos manos—. Tess, no, maldita sea. No te apartes otra vez. Te lo veo en los putos ojos. Te delatan a todas horas. Hay algo que no me estás contando. Tú también sientes esto que hay entre nosotros. Sé que sí. Pero algo te está reteniendo. Deja de apartarte y déjame entrar. —Baja la frente a la mía mientras susurra—: Dame algo, nena. Por favor.

Lanzo toda precaución al viento, lo agarro por las caderas y le digo la verdad:

—He venido aquí por ti.

32

Ryan

Tess está llorando entre mis brazos y yo solo quiero hacer que pare. Quiero sostenerla y curarla y ser lo que necesita para seguir adelante. Ya tenía poco control sobre mis emociones, pero ahora no tengo ninguno. La mujer de la que me estoy enamorando se está desmoronando y no puedo recoger sus pedazos yo solo.

—Dame algo, nena —me oigo mendigar—. Por favor.

Se queda rígida entre mis brazos y me agarra por las caderas.

—He venido aquí por ti.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros. Mi mente intenta unir las piezas de lo que ha dicho a toda velocidad. ¿Cuál es la palabra que más ha enfatizado? ¿Ha venido «aquí» por mí? ¿O ha venido aquí «por» mí?

Levanta la cabeza.

—Ryan, tú eres la única razón de que viniera a Jacksonville, por culpa de las fotografías que nos hicieron bailando juntos en la boda de Rachel.

—¿Fotografías? —repito, estoy muy confundido.

—Una de las personas que trabajaba en el cáterin estuvo toda la noche haciendo fotos a escondidas —explica—. Se las vendió a TMZ, que las publicó todas, incluyendo unas cuantas en las que tú y yo salimos bailando con pinta de..., bueno, no parecemos muy tristes —admite—. ¿De verdad que no lo sabías? ¿Nadie te lo había contado?

Me devano los sesos para intentar acordarme de los días posteriores a la boda.

—A ver, a lo mejor MK mencionó que salí en la prensa, sí. Pero la verdad es que no le di muchas vueltas. La boda fue algo gordo. Pero nadie mencionó que me sacaran fotos contigo, eso lo tengo claro.

—Bueno, pues Troy las vio y las usó para que me suspendieran de trabajo y sueldo.

Se me para el puto corazón.

—¿Que él qué?

Aparta las manos de mí y se ciñe la toalla alrededor de los hombros.

—Sí, por romper la cláusula de moralidad. Consiguió que recursos humanos estuviera de acuerdo en que mi comportamiento contigo fue lo bastante indecente como para suspenderme de trabajo y sueldo. Tengo seis semanas de excedencia, luego lo van a reconsiderar, lo cual básicamente significa que Troy me está dando seis semanas para que decida qué quiero más: una carrera y una reputación que me he tirado una década construyendo... o mi libertad.

—Ay, joder. Tess, lo siento muchísimo. Estoy... Eso es una locura. ¿Por un baile?

Ella se encoje de hombros sin más.

—Creo que Troy solo estaba esperando que se le presentara la oportunidad adecuada. Me fulminó. Les comió la oreja a los demás socios y se valió del contrato de empleados para obligar a recursos humanos a que tomara esta decisión contra mí.

—¿Qué puedo hacer? —digo—. Podría escribir algo..., una carta de apoyo o una declaración testimonial declarando que no sucedió nada. Qué demonios, si esa noche me fui directo al hotel con los chicos y me dormí en el sofá de la habitación de Morrow. Hay testigos.

—No. Ryan, me parece muy dulce por tu parte que te ofrezcas a ello, pero no cambiaría nada, llegados a este punto.

—¿Por qué no? Mañana por la mañana llamo a MK. Los obligaremos a que emitan una retracción admitiendo que no pasó nada entre nosotros en la boda...

—Dará igual —me interrumpe.

—¿Por qué no...?

—Porque le dije a Troy que era cierto.

Nos quedamos ahí plantados, a medio metro de las tablas de la playa, con los ojos clavados en el otro. El viento le mueve unos cuantos rizos rojos y se los pone en la cara. Ella se los aparta, pero no despega los ojos de mí. No sé qué emociones está reflejando mi expresión. Ella parece que solo siente culpa y eso me destroza.

—¿Le dijiste que era cierto? —suelto al fin.

—Le dije que esa noche estuvimos juntos. Le dije que follamos. Le dije que todo era verdad.

Gruño.

—Dios, Tess.

—Tú no lo conoces —dice, su voz es casi una plegaria—. No sabes lo perverso que puede llegar a ser. Al principio, intenté negarlo. Lo negué ante recursos humanos y el resto de socios, pero me dio la impresión de que eso solo hizo que se alegrara más.

—Dios.

—¿No lo ves? Él quería que lo negara —me explica—. Quería verme fracasar. Me quería ver contar la verdad y sufrir por ello. Eso es lo que hace. Me retuerce y me hace pensar que las mentiras son verdad y que su versión de la realidad es la única que existe. Es lo que hizo durante todo el matrimonio.

Vale, sé que no conozco a todas las personas del mundo, pero, en este momento, estoy bastante seguro de que Troy Owens es la peor de todas. Al menos está en el top cincuenta.

Tess se acerca un paso y me coge de las manos.

—Ryan, por favor, créeme. Mi intención no era hacerte daño ni arrastrarte aún más a este fango. Pero le mentí. Le dije que estuvimos juntos. Quería reducirme a cenizas, así que le di la cerilla.

La cabeza me va a mil por hora, estoy intentando atar todos los cabos.

—Cuéntame la cronología. Las fotos de la boda salieron a la luz después de Navidad, ¿verdad? —Asiente con la cabeza y me suelta las manos—. Así pues, después de Navidad, las fotos se filtraron en internet. ¿Qué pasó luego?

—Fui a trabajar y Troy ya lo había preparado todo —responde—. Me pilló desprevenida organizando una reunión con recursos humanos a primera hora. Tenían las fotos y empezaron con la cantinela de la moralidad. Ya lo habían decidido todo. Me dijeron que me suspendían y me marché. Y vine aquí.

Eso no me cuadra.

—Te estás dejando algo. Faltan piezas del puzle.

—Ryan...

—Si estoy contigo en esto, estoy —insisto—. Tengo que saber el orden en que sucedieron las cosas. Empieza otra vez. Fuiste a la reunión con recursos humanos, te enseñaron las fotos y te suspendieron, ¿no? —Asiente con la cabeza—. ¿Y qué pasó luego?

—Vine aquí —responde ella.

La miro.

—Te estás saltando algo.

—Ryan...

—¿Qué más pasó entre que te reuniste con recursos humanos y llegaste a Jacksonville? —la interrumpo—. No puedes coger toda tu vida, meterla en una maleta y subirte a un avión sin más. No puedes lanzar el móvil desde un coche en marcha...

—A lo mejor sí —contraataca frunciendo el ceño—. No me conoces, Ryan.

—Has dicho que tu ex es controlador, perverso y peligroso. Te da miedo, ¿verdad? Te lo veo en los ojos. Te dio una razón para que te asustaras. ¿Qué te hizo?

Ella sacude la cabeza.

—Por favor, no. Da igual...

—¿Qué te hizo, Tess?

—Volví a mi despacho. Troy me siguió. Discutimos.

—Discutisteis por mí.

—Discutimos por muchas cosas —dice, y baja la mirada a un punto que se encuentra a la altura de mi hombro izquierdo—. Quería entender por qué... después de años de separación y de que los dos estuviéramos viendo a otras personas... ¿Por qué de repente le importaba si estaba contigo? Fue entonces cuando caí en la cuenta...

La miro levantando una ceja, a la espera.

—Porque eres tú —dice al fin.

Lo medito un momento antes de admitir:

—No lo entiendo.

—Eres todo lo que a él le habría gustado ser —responde, y vuelve a mirarme a los ojos—. Tienes tu propia carrera, no la que tu madre te eligió a dedo. Eres rico, guapo, atlético. Lo tienes todo, Ryan. Y eres un hombre.

Frunzo las cejas confundido.

—¿Qué tiene que ver eso con nada?

—Soy bisexual —me explica—. Después de Troy, renegué de las pollas, literal y metafóricamente —añade—. Durante los tres últimos años, casi solo he salido con mujeres. Y Troy es un gilipollas machirulo que se ha convencido a sí mismo de que mis novias solo eran unas chicas que eran mis amigas. Pero, en cuanto me imaginó con un hombre, de repente lo vio todo rojo. Es muy típico. Y muy decepcionante.

—Dices que vio rojo...

Me lanza una mirada de advertencia.

—Por favor, no insistas en eso.

Pero no puedo evitarlo.

—Tess, ¿te hizo daño por mí? ¿Por culpa de esas fotos?

Sacude la cabeza, pero la expresión de su rostro la delata.

—Tess, ¿te puso las manos encima?

Las lágrimas me arden en los ojos solo de pensar que esta persona por la que me preocupo... cualquier persona... ha sido maltratada.

—Estoy bien —intenta tranquilizarme—. Me estranguló un poco y me empujó, pero lo calmé, ¿vale? Conseguí que parara.

Me siento asqueado, enfermo.

—Tess... ay, nena, lo siento muchísimo. Pero... ¿lo denunciaste? ¿Llamaste a la policía...?

—No es eso —responde enseguida—. Ryan, no voy a meter a la policía en esto. Esa no es la solución.

—¿Que no es la solución? —repito—. Joder, te estranguló, Tess. ¿Era la primera vez que lo hacía? ¿Ya te había hecho daño antes?

Ella no responde y sé que lo voy a matar. Pero él no es mi prioridad ahora mismo. Es Tess. La sujeto por los hombros.

—Mira, no pretendo asustarte, pero todo eso suena muy serio. Estás describiendo un patrón de violencia en auge y lo desencadenó que amenazaras con dejarlo. Tienes que conseguir una orden de alejamiento. Y eso solo es el principio. También tienes que documentar el ataque. Necesitas que quede registrado en la policía. Puedo ayudarte. Tengo contactos...

Se zafa de mi sujeción.

—Lo que necesito es que me dejes gestionarlo a mi modo, ¿vale? No pretendo ser una estadística más. Conozco a este hombre. Sé de lo que es capaz. Tengo preparada mi estrategia de escapatoria, ¿vale? Va a salir bien a

mi modo. Y no es una carga con la que debas apechugar tú ni un problema que debas arreglar tú.

Me voy indignando poco a poco.

—Me estás diciendo que el psicópata de tu ex me está usando para arruinarte la vida. Me estás diciendo que te hizo daño porque le dijiste que estabas conmigo. Perdón si me da la sensación de que también es mi problema.

—Lo siento. —Vuelve a acariciarme el hombro—. Ryan, lo siento muchísimo. Nunca pretendí que pasara todo esto. Y tampoco pensaba contártelo...

—¿Qué? —Me aparto de su mano unos centímetros—. Entonces, ¿cuál era el plan? ¿Seguir viviendo conmigo y flirteando conmigo y volviéndome loco de remate mientras el psicópata de tu ex retiene el divorcio por mi culpa? ¿Qué mierda de plan es ese?

—¡No tengo ningún plan! —chilla—. Tú eres el virgo que va por ahí organizándose la vida hasta el punto de contar hasta la última caloría. Yo soy ruidosa y caótica y me aterra estar sola. Por eso vine aquí. No había ningún plan, solo estaba aterrada de estar sola. Otra vez.

Joder, se me rompe el corazón. Extiendo el brazo, pero ella se aparta.

—No podía quedarme ahí ni un segundo más —continúa—. Así que me fui al único lugar donde siempre me he sentido segura, a la única persona. Volví a casa con Rachel. Pero ahora está casada y sus prioridades son diferentes... y me encanta que las cosas le vayan así —añade enseguida—, pero estoy acojonadísima. Le rogué a Troy que accediera al divorcio. Le dije que le daría cualquier cosa. Todo. Puede usar todas las pruebas que quiera y yo estaré de acuerdo. Diré que he sido yo la que lo ha estado engañando todo este tiempo... contigo, con quien sea. Puede dárselas de víctima. No voy a rebatirle nada. Solo quiero ser libre.

—Tess, lo siento muchísimo —digo, y vuelvo a tenderle los brazos—. Por favor, déjame que te ayude...

—No me estás escuchando —grita—. Ryan, iba a usarte. Te estoy usando. ¡Deja de ser tan majo conmigo! —Vuelvo a bajar las manos a los lados—. Te mereces a alguien mucho mejor que yo. Quieres cosas que no puedo darte. En este momento, siento que lo único que puedo hacer es recibir. Estoy en modo supervivencia y solo te arrastraría conmigo.

Considero sus palabras.

—¿Y cómo sobrevives? ¿Qué esperas que pase aquí, entre nosotros, quiero decir?

Respira hondo y me aguanta la mirada.

—Tenía toda la intención de usarte para provocar a Troy. Quería que se enterara de que estoy viviendo contigo —admite—. Quería la idea de que me tocaras y me besaras y me follaras, sea cierto o no, para atormentarlo. Y quería que él se me echara encima con todo el equipo. Quería que incendiara toda mi vida. Al menos así sabría que las piezas que sobrevivieran de mí serían fuertes. Y, con ellas, por fin podría empezar de cero.

Es demasiada información para procesarla de una vez. Me siento como si me hubiera metido en un túnel de lavado de coches con un descapotable y la capota abierta. Estoy enfadado, dolido y muy confundido.

—¿Me estabas usando? —Asiente con la cabeza—. ¿Y ahora sigues haciéndolo?

Sacude la cabeza.

—No, ahora no puedo.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—Dímelo de todos modos —le pido, porque necesito que lo ponga en palabras.

Me sostiene la mirada y veo en su expresión mucho dolor, soledad y resignación.

—Porque eres mi amigo. Y no uso a mis amigos.

Sí. Amigos. Eso ya lo veremos.

33

Tess

Durante todo el trayecto de vuelta a casa, Ryan permanece callado en el coche. A ninguno de los dos nos ha apetecido ir a por helado después de marcharnos de la playa. Y, en cuanto nos hemos metido en el vehículo, ha empezado a llover. Ahora estoy sumida en este silencio opresivo, lo único que se oye es el chirrido de los limpiaparabrisas y el leve repiqueteo de la lluvia sobre el techo.

Odio haberle estropeado la noche. Se supone que estábamos celebrando sus logros, no soltando todas mis mierdas. Pero yo quería besarlo y sé que él quería besarme a mí, pero sentí que no podía llegar a eso si sentía que tenía un elefante sentado en el pecho. Odio los secretos. No se me dan bien. Y no uso a la gente. Siento que incluso la mera idea de usar a Ryan es una traición... a él como amigo, a mí misma y a mis principios.

Me siento sucia por haber admitido la verdad en voz alta, como si necesitara una ducha para desprenderme de toda la energía negativa. Pero él se merecía saberlo y no me arrepiento de mi decisión de habérselo contado, aunque no haya sido en el mejor momento. Merece tomar la decisión que necesite tomar en este momento.

Conduzco hasta casa y casi gimo de alivio cuando aparco el coche. Abrimos sendas puertas y nos bajamos al mismo tiempo. Él avanza hasta la puerta de la casa con pasos rígidos y las llaves repiquetean cuando se las saca del bolsillo.

Lo sigo sin mediar palabra, con los zapatos de tacón que me he quitado en las manos. Observo su cuerpo, la luz del porche arroja sombras sobre él. ¿Es que no vamos a volver a hablar? Para una géminis, la ley del hielo es un destino más cruel que la muerte.

Abre la puerta y da un paso atrás, sin decir nada, me hace un gesto para que pase yo primero.

Bueno, a tomar por culo. Voy a ir directa a mi habitación y a darme un buen baño en esa bañera enorme. Luego voy a meter la cabeza debajo del agua y a gritar. Paso por delante de él sin decir nada. A mi espalda, la puerta se cierra. La cerradura hace clic.

—Tess.

Me detengo con el corazón en la garganta al oír mi nombre de sus labios. Una palabra. Poco a poco, me doy la vuelta. Está mirando hacia la puerta, con una mano sobre la madera.

—¿Qué?

Baja la mano mientras se gira, sus ojos ardientes me prenden fuego con solo una mirada. Las llaves caen de su mano al suelo con un fuerte repiqueteo.

—Úsame.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

De repente siento que tengo la boca seca.

—Ryan...

—Pero vamos a cambiar las reglas del juego —dice, acercándose un paso—. Las antiguas normas decían que me usabas para poner celoso a tu ex. Bueno, pues que le den —maldice, los ojos le brillan de rabia—. No se merece ni un segundo más de tu preciado tiempo ni de tu consideración. Vamos a jugar a este juego con unas reglas nuevas. Bueno, en realidad, solo hay una: úsame para sentirte bien.

Me da un vuelco el corazón.

—Ryan, esto es...

Se acerca otro paso y se agarra el bajo de la sudadera azul con las dos manos. Se la quita y la tira al suelo, los rizos rubios se le han alborotado.

—¿Quieres sentirte bien, Tess?

—No quiero hacerte daño —admito.

Se está desabrochando la camiseta, ha empezado por los botones de arriba, y su torso bronceado va quedando al descubierto.

—¿Es que tienes dientes en el coño? Antes no he notado ninguno... aunque tampoco es que haya tenido mucho tiempo para explorar.

Me muerdo el labio para evitar sonreír. Esto es una locura. Esto es un tremendo error.

—No, no tengo dientes ahí.

—Bien, porque me gustaría saborearte con la lengua y salir de una pieza —dice con una sonrisa.

—Ryan...

Se detiene sin apartar de mí esos ojos verdes.

—En lo único en lo que he podido pensar durante todo el camino de vuelta a casa es en lo guapa que estás con ese vestido y en las ganas que tengo de follarte con él puesto.

Y ahora se me para el corazón. No puedo pensar. No retengo las ideas. Solo puedo sentir. Y lo que siento es una necesidad profunda y anhelante.

Se saca la camisa del bajo de los pantalones y le veo la tableta de chocolate. Hace eso tan sexi que hacen los hombres de desabrocharse los puños de la camisa. Joder, me pone cachonda que un tío se quite los gemelos. Puede que sea el artículo más sexi del armario de un hombre. Ryan no lleva gemelos, pero la imagen visual es la misma y es oficial: el gatito está ronroneando.

Se baja la camisa blanca almidonada por los hombros y se queda ahí plantado solo en vaqueros y zapatos. Ay, el cachorrito de la playa no está nada perdido. Sabe muy bien a dónde va esta noche.

Se detiene justo delante de mí, lo bastante cerca para extender el brazo y tocarme.

—Las reglas son sencillas: somos amigos que follan para sentirse bien. Tú no puedes ofrecerme más. Yo no voy a tomar más. Así que, como amigo, te pregunto si quieres tener un orgasmo en mi cara. Si dices que sí, incluso te dejaré elegir qué episodio de *Hijos de la anarquía* vemos luego.

Dios mío, me muero. Aquí yace Tess, murió por un exceso de tensión sexual.

—No quiero hacerte daño —repito—. Tu rodilla —añado, mirando hacia abajo.

Extiende una mano, me coloca los dedos debajo de la barbilla con delicadeza y me levanta la cabeza.

—Te he hecho una oferta. Vamos, abogada Tess. Creía que para ti esto eran los preliminares —añade con una sonrisa provocativa—. Los términos

son bastante simples como para que los entiendas, ¿no? Orgasmos y luego *Hijos de la anarquía.*

—Esto es una locura —digo en voz alta. Sigo teniendo el bolso debajo del sobaco y los tacones que me he quitado en la mano.

—¿Sí o no, Tess?

Le aguanto la mirada, levanto la mano libre y, con la punta de los dedos, le recorro el brazo desde la muñeca hasta el codo. Observo su expresión, que se va caldeando, pues lo veo apretar la mandíbula para contenerse. Me desea. Está ardiendo con la necesidad de tocarme, de complacerme. Esto es inevitable, ¿verdad? Maldito Mercurio retrógrado. Los virgos y los géminis estamos destinados a colisionar.

Suelto los tacones y el bolso en el suelo, me da igual donde caigan.

—Sí.

Esa palabra de asentimiento, aunque pronunciada en voz baja y en este espacio caldeado que nos separa, es como lanzar una cerilla encendida a un pajar. Las llamas de nuestra pasión estallan y lo siguiente que sé es que estamos los dos en los brazos del otro. Apretamos nuestros cuerpos y él gruñe y masculla una palabrota. Me pasa por la nuca la mano que me había puesto en la barbilla y me echa la cabeza hacia atrás mientras me mete los dedos entre el pelo. Siento el delicioso escozor de su tirón y abro los labios para él. Estampa su boca necesitada contra la mía.

Ni siquiera hemos conseguido salir de la entrada de la casa. Nos quedamos aquí, entrelazados, con nuestras manos moviéndose con frenesí para tocarnos y acariciarnos. Me encanta sentirlo entre mis brazos. Es fuerte, pero cuidadoso, me guía con las manos a donde quiere que vaya. Fluyo con él y voy bajándole las manos por las caderas para que él pueda envolverme la cara con las suyas. Pero sus manos también bajan, me va acariciando con la punta de los dedos el escote antes de agarrarme las tetas por encima de la tela.

—Yo ni siquiera quería salir esta noche —confiesa contra mis labios—. Yo quería sentarme en el sofá contigo en este vestido y follarte hasta que las mejillas se te pusieran igual de rojas que las cerezas.

—Dios, hazlo —gimo tras romper nuestro beso y le enseño el cuello a modo de invitación.

Lo acepta, hunde la boca abierta en mi piel febril. Succiona y lame el punto donde se me nota el pulso. Es una sensación que me recorre todo el

cuerpo y me golpea el clítoris. Contengo un estremecimiento y le paso las puntas de los dedos por la cinturilla de los vaqueros hasta que consigo meter las manos para agarrarle el culo firme.

Gruñe y baja más la cara para besarme el canalillo.

—Necesito volver a saborearte. Tess, quiero probarlo...

—Hazlo —repito.

No espera a que se lo diga por tercera vez. Me coge en brazos y me pone contra la pared. Me golpeo la cabeza y jadeo cuando me empuja con las caderas y reclama todo mi oxígeno con otro beso fiero. Le meto las manos entre el pelo y le araño el cuero cabelludo con las uñas, lo que hace que me conceda un gemido de aprobación.

—Abre las piernas —dice contra mis labios. Baja la mano derecha y me empieza a levantar la tela del vestido.

Cambio el peso para abrir más las caderas y que él tenga más margen de maniobra, entonces aprieta la pelvis contra la mía para dejarle espacio a la mano. Puedo sentir la dura longitud de su erección. Quiero tocarlo, pero parece muy centrado en complacerme a mí primero y, oye, no seré yo quien se queje.

Rompe nuestro beso y apoya la frente contra mi sien mientras los dos jadeamos para coger aire.

—¿De qué color son tus...? —Se queda rígido y sé por qué. Sonrío como el gato de Cheshire cuando siento que me pasa los dedos por el coño descubierto. Se le tensa el cuerpo—. Tess..., ¿dónde están tus putas bragas?

Su tono hace que me tiemble la entrepierna mientras le lanzo una mirada de falsa inocencia.

—Pensaba que no las iba a necesitar llevando este modelito.

Vuelve a besarme y me muerde el labio inferior mientras emite un sonido que es una mezcla entre un gemido y un gruñido.

—¿Pretendes matarme?

—No, solo intento conseguir ese cunnilingus que me has prometido —lo provoco.

—Joder, sí que eres un problemón —dice contra mis labios—. Me vuelves loco.

Mientras habla, mueve la mano y me acaricia el coño y me lo envuelve.

Jadeo y empujo las caderas hacia delante, estoy desesperada por más fricción.

Desliza los dedos entre los pliegues resbaladizos.

—Dios, Tess, qué húmeda estás.

Me muerdo el labio, echo la cabeza hacia atrás y me dejo llevar por la sensación de que me esté tocando. Dibuja círculos sobre el clítoris y envía una espiral de calor hacia mis caderas. Suelto un gruñido bajo con la garganta.

—Cómo me gusta.

Me mete la punta de los dedos para sacar mis jugos y pasármelos por el clítoris.

—¿Qué te gusta? —me pregunta mientras me salpica el cuello de besos —. ¿Qué te hace sentir bien?

—Mmm... eh... odio que me besen las orejas —admito, distraída por esos besos tan perfectos y placenteros que me está dejando en el hombro—. Y no te atrevas a tocarme los pies con nada que no sean las manos.

—Me pasa igual. —Me besa el cuello esquivando la oreja—. Nada de pies para mí. Paso fuertemente. Y tampoco me hagas cosquillas.

Me quedo quieta entre sus brazos y abro los ojos para mirarlo.

Él también se queda quieto, incluso deja de mover los dedos en mi interior.

—¿Cosquillas? —digo levantando una ceja y luchando por contener la sonrisa.

—Sí, hubo una chica para la que eran preliminares o algo —responde—. Cómo lo odié.

Me río.

—Tomo nota. Oye, Ryan...

—¿Hmm?

—No dejes de jugar con mi coño.

—Sí, señora —se burla y suelto una carcajada. A la mente me vienen enseguida todas las imágenes del día en que nos conocimos en la playa y me dio un puto balonazo. Entonces también me llamó señora y Rachel y yo nos burlamos de él.

Me retrepo contra la pared, dejo que las oleadas de calor se apoderen de mí mientras él me toca con los dedos y el pulgar, alternando entre penetrar y masajearme el clítoris necesitado. Se siente de maravilla, pero necesito más. Suspiro, le paso las manos por el pelo y le robo otro beso.

—Esto es increíble, pero... creo que necesito tu boca para correrme.

—No digas más —responde. Me da un pico en la boca antes de apoyarse sobre la rodilla buena, en la mala lleva la rodillera.

—¡Ryan! —grito mientras intento empujarlo por los hombros—. No... vamos al sofá o a la cama o...

—Si crees que voy a soportar toda una noche viéndote con este vestido y sin saborearte así, estás loca de remate —dice, ya está levantando la tela con las dos manos.

—Pero...

—Mujer, déjame trabajar —grita—. Te llevaré al sofá y terminaré allí. Y, si te portas muy bien, puede que terminemos en la cama. Pero te voy a probar aquí y ahora, antes de que me muera de sed, literalmente. Ahora, abre las piernas y agárrate a algo.

Sonrío de oreja a oreja cuando extiendo un brazo y me agarro al mueble de la entrada. Jadeo y me sujeto con más fuerza mientras Ryan se agacha y su cabeza desaparece por debajo de la tela rosa salpicada de cerezas.

—Ryan...

Aprieta la cara contra mi coño y suelta un gruñido hambriento que me derrite. Ni siquiera me ha tocado con la boca y ya tengo las piernas de gelatina mientras me va dejando besos por los muslos y la tripa, sin dejar de tocarme el clítoris con los dedos.

Jadeo otra vez cuando lo siento abrirme con dos dedos y lamerme el clítoris.

—Ay..., joder —gimoteo y cambio el peso. Un calor exquisito me envuelve la entrepierna y enseguida me siento más mojada. Me va a tener chorreando hasta el final. Tan solo estoy rezando para poder relajarme lo suficiente como para correrme.

Emite un sonido de placer contra mi coño, me tantea con la lengua y me abre aún más para pasar la lengua a lo largo de toda la raja.

—Qué bien sabes, joder —dice, siento su aliento cálido contra mi piel.

Estoy agarrada con una mano al mueble del recibidor y bajo la otra hasta su cabeza, que está escondida entre la tela de la falda.

—Dios, cómo me gusta —digo mientras echo la cabeza hacia atrás.

Con la mano derecha me sigue manteniendo abierta para poder jugar con la boca. Con la izquierda va acariciándome el muslo, dibujando círculos mientras va avanzando para agarrarme del culo. Gira la mano y me abre con

el dedo corazón mientras que con el índice y el anular me mantiene abierta a la vez que me succiona el clítoris.

—Joder... Dios...

Intento mantenerme firme. Mis caderas solo quieren moverse.

Quiero más fricción.

—Ryan, nene, por favor...

—¿Qué necesitas?

—Más.

Me besa el coño una vez más y, entonces, saca la cabeza de debajo del vestido y se pone de pie. Le paso las manos por el pecho hasta el vientre y las detengo en sus vaqueros mientras lo acerco más a mí y levanto la cabeza a modo de invitación.

Se agacha y abre los labios brillantes como si pretendiera besarme. Como si cayera en la cuenta de algo, se detiene, coge aire y me mira a los ojos.

—¿Te parece bien? ¿Puedo besarte?

Sonrío de lado y me pongo de puntillas para besarlo mejor.

—Soy bi, ¿recuerdas? A mí también me encanta el sabor a coño.

El cerebro le cortocircuita mientras procesa la nueva información y luego me sonríe y un destello de hambre le pasa por los ojos.

—Joder, ¿por qué me pone tanto imaginármelo?

Me río y le beso mi propio sabor en sus labios.

—Ya hablaremos de la acción chica con chica. Por ahora, necesito que me termines, Ryan.

Me mete la mano en el pelo y me tira hacia atrás para romper nuestro beso. Me mira desde arriba, los dos estamos sin aliento.

—Ve al sofá.

Me suelta y me deslizo a su alrededor. La tela del vestido ondea mientras camino hacia el salón y mi cachorrito hambriento me pisa los talones. Esta parte de nuestra química también me gusta, este tira y afloja. Es un hombre dominante, pero también sensible, curioso, cuidadoso. Estamos convirtiendo el sexo en una conversación y, como todas las que tenemos, parece fácil y natural. Es como si estuviéramos hechos para hablar el idioma del otro.

Me meto entre el sillón y la mesilla del café y avanzo hacia el sofá. Me siento y él me sigue de inmediato. Se gira hacia mí y lleva las manos

directamente a la falda mientras vuelve a levantar la tela.

—Túmbate —dice contra mis labios mientras todavía me sigue provocando con sus besos—. Abre esas piernas para mí. ¿Quieres que vaya rápido o despacio?

Me muevo para inclinarme hacia atrás, hacia el extremo del sofá, mientras él me ayuda a levantar la pierna y pasársela por encima. Me guía por el tobillo, me pone la pierna contra el sofá de modo que él pueda sentarse entre mis muslos abiertos. Bajo la otra pierna por el lado del sofá y apoyo el pie en el suelo.

Me acaricia las rodillas descubiertas mientras me sonríe desde arriba.

—Levántate la falda. Enséñame dónde me quieres.

Me gusta este tono mandón y tranquilo. Tan metódico, tan paciente. Me está poniendo muchísimo. Me agarro la falda a la altura de las caderas, cojo la tela con los puños. Me encanta el modo en que la tela de seda fluye sobre mí para dejarle mis muslos descubiertos.

Con los dedos extendidos, va subiendo las manos al mismo ritmo que mi piel va quedando al descubierto hasta que llega a las caderas.

—Preciosa —dice, bajando la mirada por mi cuerpo, desde mi rostro sonrojado a mi coño.

Sujeto la tela con una mano y me llevo la otra entre las piernas para meterme los dedos. Suspiro, me dejo hundir contra el cojín mientras Ryan observa cómo me toco yo sola con una expresión hambrienta.

—Es guapísima, joder —dice.

El deseo se acumula en mi bajo vientre mientras arqueo las caderas y me abro más para él. Me deleito en el hecho de que toda su atención esté centrada en mí. No se pierde nada.

—¿Te gusta así de lento? —dice, observando cómo me toco el clítoris.

—A veces sí —respondo, y vuelvo a meterme dos dedos—. Y a veces me gusta rápido y duro. Me gusta que me follen, Ryan. Me gusta la fricción y sentir el cuerpo de un hombre encima de mí, sentir su peso, sentir que me posee.

Al verle la expresión, sé que quiere que siga hablando. Es mi procesador, mi planificación. Está registrando todo esto.

Sonrío y le cojo la mano.

—Fóllame el coño mientras me toco el clítoris.

Obedece. Me agarra firmemente la cadera con la mano izquierda mientras me mete dos dedos y dobla la mano para pasarme los dedos por la pared interior. La combinación de nuestras dos manos dentro de mí hace que me suma en el placer. Sí, así. Más así. Luego su lengua. Luego la euforia.

—¿Qué más? —me pregunta.

—Me gusta hacer el perrito —respondo—. Y el sexo anal... oooh, y el perrito anal. Joder, eso sí que es increíble. Sobre todo si el juguete que tengo en el culo vibra.

Me mira parpadeando.

—¿Te gustan los juguetes en el culo?

Sonríe y bajo un poco los dedos para acariciarlo.

—Mmm. Me encantan los juguetes. ¿Es que no viste mi colección la otra noche?

—Sabes que sí —responde, sin apartar la mirada de mi coño.

—Mmm. No se te escapa ni una.

Arqueo la espalda un poquito y deslizo dos dedos con los de Ryan, me encanta sentirme llena.

—Joder, joder —dice, y deja de mover los dedos en mi interior.

—Los juguetes son increíbles —continúo, y me sumo aún más en el orgasmo que se va forjando—. Te ofrecen sensaciones que son completamente nuevas. Pero no hace falta que te lo diga, ¿verdad? —Lo miro por encima de mi cuerpo, deseando que me mire—. Dijiste que también te gustaban los juguetes.

Tan solo pasa un segundo antes de que maldiga y se aparte. Me saca los dedos del coño.

—Joder —masculla mientras se sienta—. Mentí, ¿vale?

Controlo la expresión de la cara.

—¿Mentiste? ¿Sobre qué?

—Nunca he usado juguetes. Es que nunca... eh... es que nunca ha surgido —admite y un leve rubor le colorea las mejillas.

—Lo sé —respondo.

Me mira fijamente.

—¿Qué? ¿Cómo puedes saberlo?

—Porque se me da bien calar a la gente —digo—. Supe que era mentira en cuanto lo dijiste. Pero ¿te gustaría probar los juguetes alguna vez?

¿Quieres conocer la magia cambia vidas que es follarse a una chica haciendo el perrito mientras ella tiene un vibrador en el culo?

—Dios —dice riéndose y aparta la mirada mientras sacude la cabeza—. Eres demasiado para mí.

—Ay, no digas eso, cachorrito. Si acabamos de empezar.

Vuelve a mirarme.

—¿Nunca vas a dejar la mierda esa de cachorrito?

Dibujo una sonrisa de satisfacción y vuelvo a llevarme la mano al clítoris.

—¿Quieres que deje de llamarte eso?

Lo considera por un segundo antes de imitar mi sonrisa.

—No. Pero que quede entre nosotros, ¿de acuerdo?

—Vale. ¿Esto también puede quedarse entre nosotros?

Me mira con una ceja levantada.

—¿El qué?

Le aguanto la mirada.

—Que quiero tu polla en mi boca. Le dije a Troy que me metiste tu enorme pollón hasta la garganta y que me atragantaste con tu semen. Eso sí que me gustaría que fuera cierto. Creo que es por donde quiero que vayan esta noche las cosas.

Ahora es él quien dibuja una sonrisilla de suficiencia.

—¿Eso es lo que dijiste que pasó entre nosotros?

Asiento con la cabeza. Él vuelve a sopesarlo.

—Vaya, no podemos dejar que vivas en una mentira, ¿verdad?

—Eso mismo estaba pensando yo.

Se inclina entre mis piernas abiertas y pasa un brazo por el respaldo del sofá mientras deja caer su peso sobre mí. Me arqueo lo suficiente para que nuestros labios se toquen en un beso suave. Él es el primero que se aparta y dice contra mis labios:

—Pero primero te voy a comer el coño hasta que te me corras en la cara.

34

Ryan

No vuelvo a darle a Tess la oportunidad de que retrase este tren con su conversación sobre gustos o vibradores anales. Quiero que se corra y quiero que lo haga en mi boca. Esta hambre que siento hace que me tiemble el cuerpo, como si fuera un Transformer bajo en energía y ella fuera mi fuente de alimentación. Necesito más. La necesito a ella.

Solo está encendida la luz de la cocina. La suave luz blanca cae sobre el respaldo del sofá y Tess está prácticamente sumida en las sombras. Pero consigo verla lo bastante bien. Apoyado en los codos, me meto entre sus piernas y, con las manos, le abro bien los muslos mientras bajo la cara a su coño resplandeciente. Le abro los labios inferiores para dejar al descubierto su clítoris y le soplo un poquito de aire.

Ella se estremece y la piel de los muslos se le pone de gallina mientras arquea la espalda.

—No me hagas que te suplique —susurra, con un deje de necesidad en la voz.

Bajo más hasta que mi cálido aliento le abanica el coño. Le doy un lametazo y dejo caer un poquito de saliva en el clítoris. Con el dedo, se lo restriego, me encanta que eso haga que se ponga más húmeda.

—Ryan... Dios...

No pierdo más tiempo, bajo la boca sobre su clítoris y succiono. En este ángulo, es mucho más fácil que cuando estaba de rodillas contra la pared. Hago palanca para abrirle los muslos, mientras succiono y toco todos sus entresijos.

Ella me agarra de la cabeza y me mete los dedos en el pelo, cosa que me encanta. Gruño contra su clítoris mientras la descubro y le tiento la entrada con la lengua.

—Sí —jadea—. Ahí. Fóllame. Por favor, por favor, fóllame...

Que me suplique hace que me vuelva salvaje. Sumerjo la lengua en su interior, todo lo profundo que puedo. Me encanta sentir que su calor me rodea mientras me sujeta la cabeza con las manos. Cuando empieza a mover las caderas, embistiendo contra mi boca, sé que estoy perdido. Sabe muy bien y hace muchísimo que deseo esto.

—Estoy a punto, joder —grita—. Méteme los dedos. Succióname el clítoris. Voy a... jodeeeeeer, voy a correrme en tu mano...

Hago lo que me ha pedido. Le meto tres dedos y los giro hasta que consigo presionar y acariciarle la pared vaginal. Juego con su clítoris, pasando la lengua de arriba abajo, gimiendo contra ella. Entonces, tres cosas pasan al mismo tiempo: aprieta las manos en mi pelo, cierra los muslos contra mi cara y el coño le late y se aprieta alrededor de mis dedos.

—Aaah... Ryan... —chilla. Arquea el cuerpo hacia delante dibujando una curva mientras me apodero de su orgasmo. Se lo arranco, en cuerpo y alma. Reclamo cada estremecimiento, cada latido, me lo bebo de principio a fin.

Vuelve a dejarse caer contra los cojines mientras gimotea. Su orgasmo me cubre los dedos y forma un charquito en mi palma. Como el pagano que soy, me agacho y sorbo la esencia que ha dejado en mi piel. Sabe a gloria... es suave y sencillo, como el zumo de melón.

Se ha quedado inerte debajo de mí, se está recuperando del subidón. Aparta las manos de mí y las deja caer por el respaldo del sofá.

—Eso ha estado muy bien —dice con un suspiro soñador.

Subo por encima de ella y le acerco los dedos a sus labios.

—Ten, ya que te encantan los coños —la provoco. Se me retuerce la polla cuando la veo sonreír y meterse mis dedos en la boca, ansiosa por saborearse a sí misma. Hace un ruidito gutural muy sexi.

Gruño, me duele la polla de las ganas que tengo de probar esa boca.

Me suelta los dedos con un suave pop y una sonrisa adormilada en la cara.

—Ha estado muy bien, Ryan. Gracias.

Le doy un beso en la rodilla.

—Creo que ahora es mi turno, ¿no?

Le paso la mano por la pierna.

—Estás cansada, Tess. No pasa nada.

Se queda quieta y me mira.

—¿No quieres?

—Eh... no he dicho eso.

Aunque siento que es una trampa. ¿Se me permite decirle cuánto la deseo? La miro, tengo curiosidad por saber lo que está pensando. Me devuelve la mirada tranquila, esperando. Joder, me va a hacer decirlo.

—Eh... sí quiero.

—¿El qué quieres, Ryan?

—Quiero tu boca en mí.

—¿Dónde?

—En mi polla.

Sonríe.

—Me alegra saber que estamos en la misma página. ¿Dónde lo quieres?

La miro parpadeando. ¿Es un truco?

—Eh... ¿crees que tengo la polla en el hombro o algo?

—¿Tan nervioso te pone que hablemos de esto ahora? Lo que quiero saber es en qué parte de la casa quieres que te haga una mamada.

Ay, Dios, soy un puto idiota. Esto es peor que cuando la llamé señora. Se va a largar. Va a hacer las maletas y a comerle a Patty el Brillante el pollón monstruoso que tiene.

—No voy a irme a ninguna parte —me tranquiliza y juro que lee el pensamiento. Lo ha hecho más de una vez—. Vamos a empezar de nuevo, ¿quieres? —me ofrece con una sonrisa. Se sienta, se inclina hacia delante, me pone las manos sobre los hombros para tranquilizarme y me las baja por los brazos—. ¿Quieres que lo hagamos aquí, en el sofá? ¿Quieres ponerte de pie y que yo me ponga de rodillas? ¿En la ducha...?

—Aquí —digo—. Y quiero que te pongas de rodillas.

Parpadeo, me ha sorprendido haber dicho la segunda frase en voz alta.

La mirada le arde de deseo.

—Sí, señor.

¿Señor?

Gruño y me paso las dos manos por el pelo mientras ella se baja del sofá y aparta la mesilla del café unos centímetros. Se queda delante de mí y lleva la mano a la cremallera que tiene el vestido en el lateral.

—Sé que te gusta mucho el vestido, pero solo se puede lavar en seco. Además, la verdad es que me gusta la imagen mental de estar desnuda entre tus rodillas con tu polla en la boca. ¿Te molesta?

Me limito a mirarla parpadeando, sin moverme. Es cierto, intenta matarme. Estoy convencido. Está usando esta conversación tan intrascendental y calenturienta para acabar con mi vida antes de que me corra en su boca. Debe de ser su plan maestro... si fuera de esas chicas a las que les gusta hacer planes.

—Eh... —Ya está. Es lo máximo que consigo decir.

—Me lo tomaré como un no —dice con una sonrisa juguetona—. ¿Por qué no te pones tú también más cómodo? Quítate los zapatos... o cualquier otra cosa. Aunque en cierto modo me gusta la idea de que te dejes los calzoncillos puestos. Me parece que un hombre expuesto, pero no del todo desnudo es algo muy sexi.

¿Quiere que me deje los gayumbos puestos? Ya está. En este punto, podría pedirme que me ponga una máscara de buceo y un sombrero de vaquero, le diría que sí.

Doy una patada para quitarme las zapatillas Sperry, sin apartar los ojos de ella mientras se baja la cremallera. Entonces se saca el vestido por la cabeza y se pierde en un mar de tul de color rosa antes de lanzarlo a la silla.

Está plantada delante de mí con un sujetador tipo corsé blanco y sin tirantes y sin putas bragas. El triángulo de pelo de la entrepierna destaca sobre el coño que acabo de devorar. Se lleva las manos a la espalda, arquea los hombros hacia atrás y se desabrocha el sostén. En unos segundos, se abre el clip y ella suelta un suspiro de alivio mientras deja que la prenda interior caiga al suelo.

—Vaya, la primera bocanada de aire en libertad sienta muy bien —resopla, y suelta una risilla.

Le recorro el cuerpo con la mirada, desde la cara hasta las tetas, que ahora cuelgan naturales sin las restricciones del corsé. Unas leves líneas rojas le marcan la piel a la altura de las costillas y por encima de las caderas. En un impulso, extiendo el brazo y, con delicadeza, trazo con los dedos la marca roja que tiene encima de la cadera.

—Se van enseguida —dice mientras me acaricia el pelo.

—No quiero que esta piel esté marcada. —Entonces, levanto la cabeza y la miro a los ojos—. No quiero que nada te haga daño. Nunca.

Su mirada es dulce.

—Tú nunca me harías daño, Ryan. —Me trago el nudo de emociones que tengo en la garganta—. Para mí es importante que lo sepas.

—Sí.

La acerco a mí. Y entonces nos besamos otra vez. Creo que, llegados a este punto, siempre deberíamos estar besándonos. Amigos que se besan. Y que follan. Y que a lo mejor siguen viviendo juntos.

Su lengua baila con la mía mientras me desabrocha el botón de los vaqueros. Le envuelvo las tetas con las manos, me encanta sentir sus pezones duros contra las palmas. Me baja la bragueta y luego se abre paso con los dedos hasta la cinturilla de los calzoncillos. Me preparo para el impacto. El corazón se me detiene cuando desliza la mano dentro y me agarra la polla dura.

Contra mis labios, hace otro de esos soniditos guturales que parece imposible que sean tan sexis mientras me envuelve el miembro con los dedos y mueve la mano desde la raíz a la punta. Me succiona el labio inferior mientras se aparta y me deja sin aliento ahora que todos mis sentidos están concentrados en sus manos.

—¿Te estás quedando conmigo, cachorrito? —me provoca—. Por favor, dime que sabes cómo usar esta obra de arte para destrozar a una mujer.

—Eso creo —consigo responder, todavía tengo el cerebro aletargado.

Ella me sonríe mientras me acaricia la punta de la polla con el pulgar para esparcir mi líquido preseminal.

—Joder —gruño.

Ella me sonríe.

—Este juego solo tenía una regla, ¿la has olvidado? Sentirse bien. Déjame darte placer, Ryan. Quiero saborearte... complacerte...

La callo con la boca. Es la única opción. Tiene que dejar de hablar antes de que yo pierda el control, la tire contra el suelo y la folle hasta hacerla pedazos. Me pone patas arriba con una sonrisa y hace que todo me dé vueltas. Esta mujer me vuelve loco.

Hasta ahora, el sexo siempre ha sido un procedimiento. Tengo, necesitas y las satisfago. Quiero que la mujer con la que estoy disfrute. Quiero que los dos nos divirtamos. Quiero que los dos acabemos satisfechos. Pero sobre todo quiero la necesidad apremiante de descargar para poder volver a centrarme en mi juego.

Control a todas horas. Cuerpo y mente.

Con Tess entre mis brazos, enseguida pierdo el control. Quiero perder el control. Siento que el sexo con ella no es algo biológico. No siento que sea

algo para satisfacer necesidades. Siento que es algo espiritual. Estamos conectados en cierto modo. Ella sabe leerme. Creo que me ve, ve lo que estoy escondiendo. Sabe que soy curioso, sabe que quiero más. ¿Me dejaría tenerlo? ¿Me dejaría explorar todo lo que significa venerarla?

Da un tirón fuerte a mis pantalones y me caen hasta los muslos. La pernera izquierda se queda enganchada en la rodillera. Rompe nuestro beso, baja la cabeza y me besa el pecho mientras me pasa las manos por las caderas y la lumbar con una caricia. Se abre paso besándome el cuerpo hasta que se apoya sobre una rodilla y la cara le queda justo delante de la tienda de campaña de mis calzoncillos.

Pero no le está prestando atención a mi polla. Se centra más abajo y me desliza los vaqueros con cuidados por la rodillera. Me los baja y me deja un beso suave en el muslo derecho, justo encima de la venda.

De rodillas, levanta la vista y me mira.

—¿Por qué no te sientas? Ponte cómodo.

Levanto las piernas una a una para terminar de quitarme los pantalones y me siento en el sofá. No aparto los ojos de ella, que se acerca unos centímetros y me abre las piernas. Se coloca entre ellas y me acaricia los muslos con sus suaves manos.

—Sácate la polla, Ryan. Enséñame cómo te gusta tocarte. Déjame ver cómo juegas.

Estoy sin aliento, anhelando que me preste atención. Me llevo las manos a los calzoncillos y me los bajo hasta los muslos para dejar libre la polla.

Ella me observa con los ojos en llamas, me recorre desde el burruño de los gayumbos hasta la polla, y luego sube por el torso hasta mi cara.

—Pareces un rey —dice, el deseo le brilla en los ojos—. No tienes ni idea de lo guapo que estás así.

—Si sigues hablando así, esto acabará antes de que empiece —le advierto.

Sonríe.

—¿Te gusta que te alaben, cachorrito? —Mueve las manos por encima de mis muslos mientras me provoca, alternando entre los suaves roces que me da con las puntas de los dedos y los arañazos de las uñas—. Creo que serías perfecto para mí —continúa—. Eres un chico muy bueno y dulce. Creo que te gusta cuando te digo cosas. Te gusta cuando digo en voz alta lo

que se me pasa por la cabeza. ¿Quieres saber lo que estoy pensando ahora mismo?

Trago saliva.

—¿Voy a sobrevivir a ello?

Baja la cabeza y me besa el interior del muslo.

—Estoy pensando en lo guapo que estabas cuando tenías la cara enterrada en mi coño. No hay nada más poderoso que un hombre de rodillas dándole placer a su pareja. —Mientras habla, me pasa la mano por el muslo derecho y se detiene justo antes de llegar a la polla—. Te he dicho que te tocaras —dice con un tono firme—. Quiero ver cómo te follas la mano.

Ahora mismo tengo las manos a ambos lados de mi cuerpo, apoyado sobre los cojines como si me estuviera preparando para un terremoto. Muevo la mano derecha como un robot, me agarro la polla y me pajeo, sin apartar los ojos de ella.

—Mírate. —Se queda observando cómo muevo la mano de arriba abajo —. ¿Cómo es?

—Como si mi mano fuera áspera —respondo con los dientes apretados. Se inclina sobre mí y me presiona entre las piernas hasta que la cara se le queda a la altura de mi polla. Lo único que veo es un mar de rizos rojos. Me estremezco cuando siento una gota de algo frío que me toca la punta de la polla.

—Restriégatelo —dice—. Quiero que resbales.

Me acaricio la polla y gruño. Reclino la cabeza sobre el sofá mientras me paso su saliva por la punta. Todo el cuerpo me arde con la necesidad de correrme.

«Aún no. Demasiado pronto. Necesito aguantar. Control».

Lo hace dos veces más y enseguida la polla está cubierta de su saliva del empeine hasta la punta. Entonces se sienta y observa cómo me toco. Su mirara me recorre todo el cuerpo, desde la cara a mi torso, a mi polla, a mis brazos. Durante cada segundo de su minucioso estudio, siento que mi desesperación va en aumento.

—¿Ya te estás muriendo de ganas? —Esos ojos verdes me miran perder el control.

—Sí —digo con los dientes apretados.

—¿Quieres mi boca, Ryan?

—Sí.

—¿Lo quieres rápido o despacio? —me provoca, usando mis propias palabras.

—Ambas.

—¿Me ayudas a sujetarme el pelo? No me importa si lo haces con un poquito de fuerza —añade—. Necesito levantar la cabeza para coger aire, te daré dos golpecitos en la pierna, ¿de acuerdo?

«Hostia puta. ¿Levantar la cabeza para coger aire?».

Se mete las manos en el pelo y se pasa los dedos por los rizos mientras se lo recoge en una coleta. Al hacer esto, las tetas le quedan al descubierto en todo su esplendor y veo sus pezones duros señalándome. Si yo soy un rey, ella es una puta reina. Rezuma seguridad en sí misma. Sabe exactamente qué quiere y voy a dejar que lo consiga.

Se sujeta el pelo con una mano y presiona entre mis piernas hasta que toca con las rodillas la base del sofá. Con la mano libre, me da unos golpecitos en la punta y me muevo para reclinarme contra los cojines.

—Sujétame el pelo, Ryan —me ordena.

Levanto la mano izquierda y la envuelvo alrededor de la suya en la coronilla. Entonces ella lo suelta y ahora soy yo quien le sujeta el pelo para que pueda atragantarse con mi polla. Se retuerce de desesperación, está lista para ella. Me acaricia los muslos una vez más y entonces me agarra por la base y juguetea con la lengua en mi punta. Gruño y aprieto los párpados con fuerza mientras ella me succiona con la boca húmeda. Sé que solo está provocándome. Apenas ha empezado. Mascullo una maldición mientras ella se la mete un poco más en la boca.

—Joder, cómo me gusta. —Ahora le agarro el pelo con las dos manos y mientras ella se balancea succiona y me provoca moviendo la lengua.

—Mmm... —Se deleita contra mi punta y siento las vibraciones de sus cuerdas vocales que me recorren toda la columna vertebral—. Qué bien sabes. Quiero que me des más. Dámelo todo. Me estoy atragantando.

Ay, me cago en la puta, tiene que dejar de hablar. Pero al mismo tiempo, que no se calle nunca, joder.

Las dos cosas.

Ninguna.

Ni siquiera puedo puto pensar...

—Vamos —murmura—. Siento que te estás conteniendo muchísimo.

—No quiero hacerte daño —repito las palabras que ella misma ha dicho antes, no aprieto mucho al sujetarle el pelo.

Entonces ella se aparta y me mira.

—Eso no va a pasar. Me niego a sucumbir a muerte por pollón. Pero me encanta la emoción que se siente cuando te usan. Ahora, fóllame la boca como te estás muriendo por hacer y que me baje por la garganta.

—Joder. —Aprieto las manos en el pelo—. Chúpala. Métetela por la boca. Deja ya la puta cháchara.

Con una sonrisa ansiosa, hace lo que le he dicho y siento el subidón de la dopamina que me genera su obediencia. Me pone la boca alrededor y se hunde, por fin me da algo más que unos lametazos provocativos. Muevo las caderas hacia delante para que ella tenga mejor acceso. Muevo las manos, todavía sujetándole el pelo. Le meto los dedos por los rizos mientras las tetas se le mueven arriba y abajo.

Desesperado por darle más, practico un poco la presión con las caderas y me muevo contra su boca. Gruñe de aprobación y me acaricia las caderas. Lo hago una vez más. El cerebro me da vueltas porque el único sonido que llena la habitación es ella gimiendo y deleitándose mientras me hace una mamada.

—Me encanta, joder —jadeo, mientras muevo las caderas al mismo tiempo que ella—. Nena, quiero más. ¿Puedo...? Dios... Quiero...

Baja aún más la cara, prácticamente me roza el pubis con la nariz y la sensación de mi polla atrapada en su garganta me recorre todo el cuerpo. No puedo respirar mientras ella tiene arcadas con toda mi longitud y me aprieta la polla con la glotis.

—Oh... joder... jo-der... —grito, y tenso las manos en el pelo.

Entonces ella se levanta, coge una bocanada de aire, dejando atrás su saliva que me cubre de la base a la punta.

—Una vez más —le ruego—. Hazlo otra vez... por favor...

Obedece y esta vez soy yo quien la cabalga. Preparo las manos para agarrar y tirar, la embisto con las caderas hasta que soy yo quien está haciendo el trabajo y le doy en el fondo de la garganta con mi polla hasta que ella hace una arcada y se aparta.

—Joder, Ryan —gimotea, se seca la boca y levanta la vista. Tiene los ojos vidriosos, el rímel corrido y parece salida de mis fantasías—. Estoy a punto —me dice mirándome desde abajo. Sigo sujetándole el pelo con la

mano izquierda, aunque se le han soltado unos cuantos rizos que le enmarcan la cara llena de pecas—. Voy a darme caña en el clítoris, luego vuelvo contigo y nos corremos juntos, ¿vale?

Asiento con la cabeza. Es lo único que consigo hacer. Está claro que ahora mismo no puedo pronunciar palabras. Creo que nunca me he corrido al mismo tiempo que una mujer. Siempre ha sido primero ella y luego yo. Ardo en deseos de ver hasta dónde nos lleva esto. Siento que me aguantaría toda la vida si eso significa que nos correremos juntos.

Se lleva la mano entre las piernas y se hace un dedo. No veo nada con el ángulo del sofá, pero, en unos pocos segundos, Tess abre los ojos. Tiene el pecho acelerado y levanta los dedos. Los miro y veo cómo brillan.

—¿Has visto lo que me provocas?

—Dámelo —le ordeno en voz baja mientras le tiro del pelo.

Se inclina hacia delante y me ofrece los dedos para que los pruebe. Me los meto en la boca para saborear su dulzor. La suelto y ella baja la mano a mi muslo.

—Córrete conmigo —jadeo atrayéndola hacia mí—. Mi reina, mi diosa. Reclámame. Tómalo todo.

Sonríe y vuelve a deslizar la mano entre las piernas. Coje aire a trompicones y sé que se está haciendo un dedo. Cómo me pone, joder.

—Súbete a mi polla —digo tirándole del pelo hacia delante—. Nena, necesito correrme. No pares hasta que eyacule.

Conserva la mano en el clítoris y con la otra me agarra de la base, me mantiene en el sitio mientras vuelve a bajar la boca. Este momento de conexión en la que me recorre todo el miembro con la lengua mientras se lo mete más adentro, me hace tocar el cielo. La agarro del pelo con las dos manos y observo todos los segundos mientras me traga.

—Sí que estoy a punto, hostia. Dime que tú también. Córrete conmigo. Por favor... Tess... Córrete conmigo, nena...

Gruñe alrededor de mi polla, el sonido provoca las vibraciones más placenteras y las siento en todo el cuerpo. Veo cómo mueve el brazo y cómo se acaricia el clítoris con los dedos. Está reclamando esa fricción que dice que anhela.

Se saca la polla, coge aire jadeando y grita.

—Ay, madre mía... Estoy a punto... Ah...

Silencio su chillido atrayéndola de nuevo a mí. Me agarro la polla con una mano, le guío la cabeza a Tess con la otra, me arqueo para levantar las caderas mientras le hago que tenga arcadas y me corro en su garganta. Grito y echo la cabeza hacia atrás mientras se me sacuden las caderas. Siento que estallo, como si todo lo que soy me abandonara a través de la polla. Se lo estoy dando a ella. Ella lo está aceptando. Las dos cosas. Todo.

Su cuerpo se balancea contra el mío mientras cabalga su propio orgasmo. Compartimos un momento de conexión mientras nos corremos, dos personas que se convierten en una. No se parece en nada a cualquier otro orgasmo que haya tenido. Estoy agotadísimo y aun así no quiero parar nunca. Es cósmico.

Después de un rato, me hundo contra los cojines, el cuerpo me vibra, y aflojo las manos que todavía le sujetan el pelo. Le levanto la cabeza, está respirando hondo por la nariz mientras se traga lo que le he dado. Le tiembla el cuerpo y se deja caer a mis pies, luego apoya la cara en el interior de mi muslo.

Le suelto el pelo y le cae sobre mi rodilla derecha. La acaricio con suavidad. Siento que acabo de terminar un partido con tres prórrogas. Me siento ligero como una pluma y pesado como una piedra. Creo que ahora mismo no podría sostenerme en pie ni aunque lo intentara.

Me desliza las manos por las pantorrillas y me sujeta. Se sienta a mis pies, enredada en mis piernas, sin decir nada. En este momento, estamos más allá de las palabras. Sé que ella también lo siente.

Bajo la mirada hacia ella, a esta extraña belleza. Tiene el maquillaje corrido y las mejillas llenas de pecas, sonrojadas. Sé que, si la probara ahora mismo, sabría a mí.

Antes de que ninguno de los dos hable, se oye una leve vibración en el suelo. Alguien está llamando.

Ella se endereza y mira a su alrededor todavía con los ojos vidriosos.

—Es tu teléfono —digo, estoy demasiado relajado como para moverme.

—¿Mi móvil?

—Está en mi bolsillo.

Rebusca en el bolsillo de mis vaqueros tirados en el suelo y saca el teléfono de prepago. Me mira y se lleva un dedo a los labios, está claro lo que quiere decir.

«Yo no estoy aquí».

Se lleva el teléfono a la oreja.

—Hola, Rach, ¿qué pasa? —dice con un tono alegre que sé que es falso —. ¿No es un poco tarde para llamar? Yo... —Se queda rígida, me lanza una mirada y abre los ojos como platos.

Me inclino hacia delante, me pongo alerta de inmediato. Algo no va bien. La sonrisa de deleite que tenía se le desvanece y queda remplazada por una expresión de confusión y de horror.

Se levanta a trompicones, todavía desnuda.

—Ay, madre mía, ¿qué?

35

Tess

—Es que es tan degradante y humillante y tan falso que resulta patético —chillo caminando por la arena con los pies descalzos.

—Lo sé —dice Rachel a mi lado.

Anoche, el equipo volvió a casa tardísimo después del partido que jugaron fuera, así que esta mañana a primera hora me he plantado en la casa de Price con cafés y he arrastrado a Rachel para dar un paseo por la playa. Los chicos ya se han ido al gimnasio.

—¿Por qué estás tan tranquila? —digo mientras me giro para mirarla—. Rach, ¡han publicado fotos mías con Jake y dicen que te está poniendo los cuernos!

—Porque da igual cuando todos sabemos que es mentira —responde, y se encoge de hombros en un gesto de indiferencia.

Cuando me llamó la otra noche, casi no me lo podía creer. Luego me envió los enlaces. Los titulares parecen sacados de una serie mala de adolescentes. «¿Problemas en el paraíso?». «El Price de la traición». «El Price de una mentira».

Las fotos que adjuntan a todas las historias son ridículas. Al parecer, los paparazis han estado vigilando su casa desde la boda. Alguien incluso ha conseguido fotos de la noche en que llegué. Me sacaron fotos en el porche mientras llovía. Estoy de espaldas, pero Jake está ahí plantado sin camiseta y me deja entrar como si fuera su nueva amante furtiva.

Los artículos también incluyen algunas fotos de la mañana en la que todos fuimos a tomar café y pasear por la playa. Y, cuando digo todos, me refiero a mí, a Rachel, a sus tres chicos e incluso al puto perro. Pero solo han subido las fotos en las que Jake y yo estuvimos juntos... paseando, riendo, lanzándole palos a Sy.

—Es que te han recortado, literalmente —resoplo—. Si estuviste detrás de nosotros todo el rato. A ver, ¿dónde está la integridad periodística?

—Lo sé —vuelve a decir.

—Además, Jake y yo nos quedamos esperando delante de la cafetería por culpa del perro. Vosotros estabais dentro pidiendo...

—Tess, tienes que dejar de darle vueltas. Estas cosas pasan, ¿vale? Yo estoy bien. Jake está bien. Todos sabemos que es una gilipollez. Todos sabemos que es un amasijo de mentiras. Pero así es la vida —añade—. Es a lo que se dedican. Si te soy sincera, es incluso soso. ¿Te he contado alguna vez cuando unos paparazis me hicieron fotos en una clase de hot yoga y dijeron que estaba en una secta wiccana?

Me río.

—No.

—Sí, volvieron los juicios por brujería. Incluso una persona se me acercó en el súper y me preguntó si quería contratar sus servicios para exorcizar mis demonios. Si te soy sincera, casi acepto solo para poder decir que ya me habían exorcizado.

Me río muy a mi pesar, porque sé que es lo que pretende al contarme esa historia. Luego suspiro.

—Es que me da mucha vergüenza. Lo siento. Sabes que nunca te haría algo así, ¿verdad? Nunca tocaría a ninguno de tus chicos de manera indebida... aunque sí que le daría un pellizco en el culo a San Patty.

—Lo sé —dice solemne.

Aunque la veo dibujar una sonrisa de suficiencia y suspiro aliviada. Yo nunca haría nada que pusiera en peligro nuestra amistad. Ahora mismo, ella es la única familia que me queda.

Me mira.

—A nosotros solo nos preocupa que te haya tocado a ti. Tess, esto es lo último que necesitas ahora mismo...

—Yo estoy bien —respondo enseguida, no quiero que esto gire en torno a mí.

Pero ella no se lo traga.

—¿Cuántas posibilidades hay de que él no lo vea?

—Cero —respondo mientras observo a un par de pelícanos que alzan el vuelo para evitar las olas y que se cruzan en nuestro camino.

Era inevitable que Troy se enterara de dónde estoy. Lo que no esperaba es que lo hiciera gracias a la portada de *The Sun* y que implicara a otro jugador de los Rays como mi amante no secreto. Si las fotos bailando con uno lo pusieron furioso, ¿qué no hará al ver artículos en las noticias que me ponen la favorita de la chorbiagenda de otro?

Dios, esto es un desastre.

Por no mencionar que me enteré cuando estaba aturdida por el orgasmo que acababa de tener y que todavía estaba sentada desnuda a los pies de Ryan. Sí, fue muy incómodo. Y ahora las cosas están tensas entre nosotros. Sigue queriendo que ponga una orden de alejamiento contra Troy y contra *The Sun.* Yo solo quiero fingir que esto no está pasando y organizar una gala benéfica para mis tortugas marinas.

Lo que debería haber sido un momento de conexión y dicha quedó arruinado. Discutimos. Me fui como un vendaval. Cuando me tranquilicé, me asomé a su dormitorio y vi que estaba tumbado con la rodillera aparatosa y jugando al Mario Kart. Me miró frunciendo el ceño y volvió a cubrir con la colcha el lado abierto de la cama. Entré de puntillas, me deslicé bajo las sábanas y me quedé dormida a su lado. No nos tocamos ni hablamos.

Cuando me desperté por la mañana, ya no estaba. Al parecer, uno de los novatos lo recogió temprano para llevarlo a rehabilitación. También se quedó hasta tarde y, cuando volvió a casa, yo ya estaba en la cama. Fingí que estaba dormida. Sin despertarme, se metió en mi cama y se quedó dormido. Esperé que me besara..., que me tocara..., lo que fuera.

Pero una vez más, no lo hizo.

—A Troy todavía le quedan unos días para responder a tu solicitud, ¿verdad? —pregunta Rachel, y me trae de nuevo al presente.

—Sí, tres.

—¿Y si no firma?

—Vamos a juicio. Pero nunca he esperado que firmara por voluntad propia —admito—. Siempre tiene que pelear. Estoy poniendo todas mis esperanzas en que Bea consiga convencerlo.

—¿Y de verdad piensas que ella te va a ayudar? ¿Acaso te ha ayudado antes?

—Ninguno de los dos queremos vernos arrastrados a un procedimiento legal eterno mientras discutimos por las lámparas —respondo—. Bea quiere

barrerlo todo debajo de la alfombra. Ejercerá la presión necesaria si hacer que él firme de mutuo acuerdo implica que tanto ella como la empresa queden protegidos de cualquier vergüenza. Me da igual cómo lo consiga, solo quiero que lo haga.

—Lo sé, cariño.

Me pasa un brazo por los hombros.

Rachel y yo seguimos andando en silencio, los pies descalzos se nos hunden en la arena mientras nos aferramos a los vasos de café caliente. Hace mucho viento para ser enero, así que vamos las dos abrigadas con forros polares. La playa está tranquila. Solo hay un par de surfistas en el agua. Las olas me hielan los dedos de los pies, pero me sienta bien.

—¿Estás segura de que Jake está bien? —pregunto mirándola.

—Si te soy sincera, me parece que está emocionado.

Levanto una ceja y me aparto un rizo que el viento me ha puesto en la cara.

—¿Por qué?

—Porque ahora ha conseguido que nosotros le demos muestras de afecto en público para calmar las aguas —responde con una sonrisa—. Ya tiene planeada una cita con Caleb el martes para ir a Top Golf. Y, a menos que consiga convencerlo de lo contrario, creo que me quiere obligar a probar el paracaidismo en interior. Así que, gracias, amiga —añade.

Me río a carcajadas al imaginarme a Rachel flotando en uno de esos túneles de viento.

—Ay, Dios, esas fotos sí que las quiero. Mándaselas a los paparazis. Seguro que son dignas de enmarcar. Las pondría en la entrada.

—Las haremos volando y las colgaremos encima de la cama —añade con una risa.

Yo me parto el culo y la agarro del brazo.

—Madre mía, Mars va a tener que ver la cara de estúpido que pondrá Jake en el túnel de viento cada vez que lo hagáis al perrito.

Imito la cara y las dos nos reímos con tantas fuerzas que se nos saltan las lágrimas.

—¡Tess!

Cuando nos giramos, como si lo hubiéramos manifestado al reírnos de esto, vemos que Ilmari viene hacia nosotras. Tiene el pelo rubio recogido en ese moño despeinado que tanto lo caracteriza. Aunque lleva pantalones de

chándal y calzado, solo se ha puesto una camiseta de manga corta de los Rays. Estamos a diez grados.

—Pero ¿es que no tiene ni una chaqueta?

—Creo que no —admite Rachel. Luego se dirige a él—: ¿Kulta? ¿Qué pasa, cariño?

El aludido ignora a su esposa y me mira a mí. Tiene un sobre en la mano y sé perfectamente de qué se trata. Me enderezo ante él y me pongo la mano en la cadera mientras le doy un trago al café de forma casual.

—Buenos días, Mars Attack.

—¿Qué es esto? —Levanta el sobre.

Rachel abre los ojos como platos y pasa la mirada entre nosotros.

—¿Qué está pasando?

—Supongo que te refieres a la invitación que te he enviado —digo con una sonrisa falsa—. Me alegro muchísimo de que la hayas recibido.

—Es una invitación de mí para mí —ladra.

—Entonces vas a confirmar asistencia, ¿no? Y te habrás fijado en que puedes ir con tres acompañantes. Así pues, tú también puedes ir, Rach —añado y le guiño un ojo.

—Tess, ¿qué es esto? —insiste el finés—. Te dije que a mí no me metieras...

—No. Fuiste muy específico en eso, me dijiste que no te metiera en el proceso de toma de decisiones, y te he hecho caso.

Rachel pasa la mirada entre nosotros.

—¿Qué narices está pasando?

—Me estás castigando por cómo me comporté en la oficina —dice su esposo sin mirarla—. Ya sabes que lo siento. Me disculpé y tú lo aceptaste. Creía que lo habíamos superado.

—Esperad..., ¿qué comportamiento? ¿Qué disculpa? —dice Rachel con los ojos como platos.

Ilmari no miente. Sí que me envió una disculpa por correo electrónico. Era una disculpa fría y formal con tres frases. Cuando lo recibí, estuve a punto de llamarlo y echarle una buena, pero entonces apareció un repartidor en la oficina con un ramo de frutas cubiertas de chocolate y una tarjeta regalo para un masaje... lo enviaba Mars.

Enderezo los hombros al verlo.

—Sí y no te pienses ni por un segundo que no sé que fue Jake quien te ayudó a disculparte —contraataco—. Te perdoné solo por eso, Mars. Porque demostraste ser una persona lo suficientemente adulta como para buscar apoyo en tus vínculos y pedirles que te ayudaran cuando algo estaba fuera de tu alcance.

Su rabia se aplaca un poco, veo que los músculos de los hombros se le relajan.

—¿Has venido a darme consejos sabios sobre que sea yo misma y tome el control? Pues enhorabuena, he aprendido la lección —digo, y señalo el sobre con la mano.

Vuelve a enfurecerse.

—¡No era esto lo que quería decir!

—Es perfecto —le espeto.

—Bueno, pues no lo voy a hacer. Que lo haga Jake. A él le encanta ser el centro de atención.

—Oh, sí que lo vas a hacer. Ya está todo organizado. No puedes echarte atrás ahora, Mars Mission.

—¿Echarte a atrás de qué? —chilla Rachel—. Más vale que uno de los dos me diga qué demonios está pasando.

Mars le tiende el sobre muy despacio. Ella se lo quita de las manos y saca la invitación tan cuqui que yo misma he diseñado. En la parte superior, hay un dibujo a acuarela con tortugas marinas y corales. La lee a toda prisa, su pánico se transforma en confusión y esta da paso a una sonrisa.

—Esto es... increíble —dice al fin, levantando la vista para mirar a Mars —. Kulta, ¿por qué no ibas a hacerlo? Esto es lo que quieres, ¿no? ¿Atraer a gente que haga donaciones? ¿Ayudar a Fuera de la Red a crecer?

—Sí, pero los benefactores correctos —se defiende, está claro que está exasperado—. Gente que se preocupe por el medioambiente, gente que quiera cambios legislativos y proteger mejor las dunas. No... esto —dice señalando la invitación.

—Mira, Mars —digo, le quito a Rachel la invitación de entre las manos con cuidado—. Esas personas también harán donaciones, confía en mí. El trabajo de Fuera de la Red atraerá a muchas personas que se preocupan por las tortugas marinas. Pero ¿sabes lo que también despierta interés? Los guapísimos porteros de la NHL que han ganado dos veces la Copa Stanley y que irradian un embriagador aire de misterio. —Resopla y se cruza de

brazos—. ¿Quieres saber cómo ayudar a esta organización? Siendo tú mismo. Nunca te he pedido que seas alguien diferente, Mars. Ahora mismo, no necesitamos la ayuda de biólogos marinos y especialistas en conservación. Necesitamos atención. Necesitamos dinero. Necesitamos benefactores. Tú eres la persona perfecta para conseguir las tres cosas. Por eso te presento: «Una noche con Ilmari Kinnunen Price».

Masculla una palabrota en finés.

Ondeo la invitación en el aire con una floritura.

—Es una gala de etiqueta en la que tú eres la estrella y podrás iluminarnos sobre tu proyecto con tus animales favoritos y pedir donativos. Te codearás con la gente y serás tú mismo y el dinero vendrá solo, te lo prometo. Y no estarás solo —añado—. Vendrán representantes de otras asociaciones de tortugas. Cheryl y Nancy lo están organizando todo. Puede que incluso tengamos un programa de embajadores de animales. Tortugas bebé de verdad en directo. —Miro a Rachel con una sonrisa—. ¿Te lo puedes imaginar?

—Ay, Dios. Literal que a Caleb le va a dar un síncope cuando intente hacerse el duro cerca de las tortugas bebés —dice riéndose—. La verdad es que creo que esto va a funcionar —añade, mirando a su marido—. Tus fans y tus amigos van a donar solo porque eres tú quien lo pide.

—No me va eso de dar un paso al frente y pedir cosas —admite y permite que un rayo de su inseguridad traspase.

Maldita sea, ahora lo quiero más. Sé que le estoy pidiendo mucho, pero también sé que puede hacerlo. Su personalidad es algo más que el hockey. La de todos lo es. Y no necesita tener un diploma sofisticado para impresionar a la gente con todo lo que sabe sobre restauración de dunas y conservación de la vida salvaje.

La ciencia cívica existe por algo.

Él es perfecto tal y como es.

Solo necesita verlo también.

A mi lado, Rachel sonríe y sé que está pensando lo mismo que yo.

—Me pediste que me sentara a tu lado en el avión. —Sigue quieto, sin mirarla—. Me pediste aquel beso en la calle —sigue ella, se acerca un paso y le pone la mano en el brazo—. Me pediste que llevara tu jersey. Me pediste que fuera tuya. Cuando quieres algo con muchísimas ganas, se te da bien pedirlo. ¿Por qué esto iba a ser diferente?

Baja la mirada y la observa. De repente hay una tensión sexual entre ellos que se podría cortar con un cuchillo.

—No estás jugando limpio.

—¿Alguna vez lo he hecho? —Se pone de puntillas y le da un beso en la mandíbula.

—Mira, Mars Attack, es hora de que tú también salgas de la red. —Meto baza antes de que se olviden de que estoy aquí y empiecen a triscar en la arena—. Me pediste que tomara yo todas las decisiones. Bueno, pues esta es mi decisión. Vas a ir a la gala, punto pelota. Eres el anfitrión y no hay nada más que hablar. Nos vemos dentro de dos semanas el domingo a las siete de la tarde y más te vale tener pinta de que eres inalcanzable que te cagas. Tenemos un montón de tortugas marinas que salvar.

36

Tess

Después de un largo día planeando el evento con el equipo de Fuera de la Red, llego a casa y veo que hay un coche nuevo aparcado en el camino que lleva al garaje. Es un coche deportivo biplaza de un color rojo reluciente con techo abatible y matrícula de Florida. Cojo mis bolsas del asiento del pasajero y me preparo para entrar a casa.

No quiero pelearme con Ryan. No quiero existir en esta horrible burbuja de preocupación y resentimiento tácitos. Quiero que las cosas vuelvan a ser divertidas. Quiero que los dos nos sintamos bien. Quiero que nos riamos y tonteemos.

Joder, tenemos que hablar como adultos. ¿Qué es lo que siempre le digo a Rachel? Comunicación, comunicación, comunicación. Mira, se me da genial dar consejos. Soy la reina de dar consejos buenos y meditados sobre relaciones. Me puedo tirar todo el día dándolos.

Pero al parecer, no puedo aplicarlos.

Cuando entro en la casa, me recibe el caos. La lista de reproducción de rock de Ryan resuena por los altavoces, casi hace temblar las paredes. La música no es el problema, sino el humo.

—¡Madre mía! —grito, y se me caen todas las cosas que llevo en las manos.

En cuanto doy un paso adelante, salta la alarma de incendios y se pone a pitar al mismo tiempo que la música. Por encima del barullo, oigo a Ryan gritar y maldecir. Oigo ruido de vajilla repiqueteando y rompiéndose.

Giro la esquina corriendo y veo que el humo sale del horno y que Ryan está sacando algo con unos guantes puestos. Tose mientras lo coge y luego cierra la puerta del horno superior. No sé lo que había en esa bandeja, pero ha quedado calcinado, lo cual explica lo mal que huele.

Parece que ha estallado una bomba. Hay tablas de cortar, ralladores de queso, boles grandes, harina derramada que salpica la encimera, tazas de medir de todos los tamaños. La leche está fuera..., así como un paquete de pan rallado tamaño familiar del Costco... y un bote de langosta precocinada.

—Madre mía —vuelvo a decir, me toso en la mano, me arden los ojos.

Ryan cierra el horno de un portazo y agarra la bandeja del horno mientras hace gestos en el aire para apartar el humo. Se gira sin dejar de mover el brazo y da un salto al ver que estoy ahí de pie.

—Joder... Tess..., no te quedes ahí plantada, ayúdame —brama con una expresión de pánico, con los ojos abiertos como platos.

Me pongo en movimiento, me agacho para pasar por debajo de la fuente que está sujetando mientras extiendo los brazos para alcanzar el horno. Lo apago, pues no hay duda de que es el culpable de este fiasco. Cuando bajo la mirada, veo en la bandeja lo que solo puedo suponer que son los restos de unos macarrones con queso y langosta caseros.

Los ojos se me llenan de lágrimas por otra razón completamente diferente mientras paso por detrás de él y corro hacia la puerta corredera de cristal. Agarro el picaporte, arrastro la cristalera para abrirla del todo y dejo que una ráfaga de aire de enero despeje el humo. Me doy la vuelta, me apoyo contra el cristal y me quedo viéndolo sacudir los brazos durante otros treinta segundos.

Cuando por fin se apaga la alarma de incendios, estamos cada uno en un lado opuesto de la cocina,, con el pecho acelerado, los ojos desorbitados y la música rock resonando a nuestro alrededor. Ryan parpadea dos veces, entonces suelta la bandeja del horno, que repiquetea, y agarra su móvil. En unos segundos, la música se detiene y me deja un pitido atronador en los oídos.

—¿Cuánto tiempo llevabas mirándome? —pregunta.

—Unos dos segundos. He entrado justo cuando ha saltado la alarma. ¿Qué estás haciendo?

—Eh... nada —dice, las mejillas se le ponen rojas—. Bueno, nada porque la he cagado. —Se da la vuelta, coge algo de la encimera y lo tira sin mucha ceremonia en el fregadero.

Me acerco.

—Ryan, ¿intentabas hacer macarrones con queso y langosta?

Se queda quieto, sin mirarme, con las manos en el cuenco de cristal. Despacio, levanta la mirada.

—Sí, bueno, se suponía que era una sorpresa... y se suponía que se podría puto comer. —Se gira y deja en el fregadero el bol, que repiquetea.

Me acerco a la isla de la cocina e inspecciono el estropicio.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. —Mira la cosa quemada que hay sobre los fogones—. Mi madre me pasó la receta y juro que he intentado seguir las instrucciones, pero puede que me haya saltado algún paso o... No sé... No se me da bien cocinar, ¿vale? No siempre soy capaz de seguir las instrucciones o a veces me las salto...

—Lo has puesto en gratinar en lugar de en horno estático —respondo con suavidad.

Se da la vuelta.

—¿Qué?

Señalo el aparato.

—Lo tenías en gratinar en lugar de en horno estático.

—¿Cuál es la diferencia?

Me aguanto las ganas de sonreír.

—Pues casi unos cien grados centígrados. Y cuando lo pones en horno estático, el calor viene tanto de abajo como de arriba. Por eso se ha quemado.

—Joder. —Mira debajo de los fogones e inspecciona los botones.

—¿Dónde dice eso?

Rodeo la isla y me coloco a su lado.

—¿Ves esto? —Señalo el botón del horno—. Lo has puesto en gratinar en lugar de calor arriba y abajo.

Entrecierra los ojos.

—Entonces, ¿un punto hacia la izquierda es gratinar y uno a la derecha es horno estático?

—Sip. —Le paso la mano por el hombro—. No pasa nada. Es un error que cualquiera puede cometer.

—Sí... cualquiera —dice, está completamente abatido por haberse equivocado.

Apoyo la cadera en la encimera y me cruzo de brazos mientras lo miro.

—¿Por qué estabas probando una receta tan intrépida como los macarrones con queso y langosta?

Parece un cachorrito tan triste que la verdad es que me cuesta contenerme para no acariciarle el pelo.

—Por ti —admite en voz baja—. Se suponía que iba a ser mi ofrenda de paz, mi forma de decir «lo siento».

—¿Ofrenda de paz?

—Sí... Tess, escucha. —Se vuelve para mirarme y me pone las manos en los hombros—. Lo siento, ¿vale? El otro día me pasé de la raya.

El corazón me da un vuelco y le aguanto la mirada.

—Ryan...

—No, déjame que lo suelte, ¿vale? Lo siento. Fui un imbécil. Estaba proyectando lo que haría yo y cómo me sentiría yo en tu situación, y te presioné y no me comporté como tu amigo. Fue..., bueno, me puse como un novio machirulo y eso no es justo para ti.

—Solo intentabas cuidarme.

—Creo que los dos sabemos que puedes cuidarte por ti misma. —Extiende el brazo y me aparta un rizo de la cara—. Eres muy fuerte. Y eres inteligente. En serio, eres como Wonder Woman. Tienes cerebro y belleza y... me dejas en el suelo, joder. Y quiero ser tu amigo, y quiero ganarme esa amistad y esta era mi forma de decir que lo siento, pero la he jodido —termina soltando el aire y vuelve a señalar hacia la fuente quemada.

—No has jodido nada —respondo—. Me encanta mi ofrenda de paz. Es perfecta.

Los dos bajamos la mirada para observarla y estallamos en carcajadas. Su risa profunda se mezcla con mis notas más agudas y sonrío, me gusta cómo suenan juntas. Hace que se me vuelva a acelerar el corazón.

Suelta una gran bocanada de aire, sacude la cabeza y abre los brazos.

—Ven aquí.

Me acerco a él de buen grado, le paso los brazos por la cintura mientras él me los pasa por los hombros y me estrecha contra él. Aparto la cara y descanso contra su pecho. Dobla la mano y me acaricia el pelo con los dedos mientras me mece la cabeza contra sí. Encajamos.

Agacha la cabeza y me da un beso en la frente, aunque solo es un ligero roce de sus labios.

—Prometimos que las reglas de este juego eran sentirse bien, ¿no?

Asiento con la cabeza.

Se aparta un poquito, me coloca un dedo debajo de la barbilla y me levanta la cara.

—Haces que me sienta a las mil maravillas, Tess. Y no quiero joderlo. Vamos a... ¿quizá podemos intentar apagar el resto de ruidos... al menos cuando estemos solo nosotros dos? Y no es que no quiera escuchar tus problemas o estar ahí para ti como amigo —añade enseguida—. Puedes contarme cualquier cosa, yo te escucharé. Pero creo que, si nuestro objetivo es sentirnos bien, eso debería ser parte de las normas de la casa.

Vuelvo a asentir con la cabeza, siento que el alivio me inunda todo el cuerpo. Por supuesto, no hace falta que entre aquí toda decidida y siente a Ryan para tener una conversación adulta sobre límites. Ya estamos en la misma página. Puede que nuestra forma de escribirla sea diferente, pero estamos intentando contar la misma historia.

—Suena perfecto —digo—. Me siento demasiado bien contigo. Y me gustaría seguir sintiéndome así.

Su forma de mirarme me caldea y sus manos me sujetan con firmeza contra él.

—¿Qué te haría sentirte bien? Dilo y es tuyo.

Aquí de pie en esta cocina destrozado, con la ropa apestando horrores a macarrones con langosta quemados, le lanzo una sonrisa provocativa.

—Oh, sé muy bien lo que quiero.

37

Ryan

—¿Y bien? ¿Nos quedamos aquí sentados sin más? —Miro escéptico al interior oscuro de la sauna privada que tiene Mars en casa.

—Mmm —responde Tess mientras se retrepa contra la pared y se pasa una toalla mojada por la frente para taparse los ojos.

Todo esto es culpa suya. Me ha ayudado a limpiar la cocina y le ha dicho que debíamos dejarle tiempo a la casa para que se aireara. Una gran idea ha sido que nos desnudemos y nos metamos en un horno más grande mientras esperamos que se disipe el asqueroso olor del horno de la comida.

Y aquí estoy, desnudo y sudando por el culo a su lado, sin tocarla. Siento que es un castigo.

—¿Ryan?

Me vuelvo hacia ella.

—¿Hmm?

—Deja de pensar.

—¿Qué?

—Estás pensando y me está distrayendo de mi no pensar. Hemos venido para relajarnos, ¿recuerdas?

—Supongo que cocerme vivo no me relaja lo suficiente. —Me cruzo de brazos.

—Lo hará si lo dejas —responde—. Es ciencia.

—¿Qué ciencia dice que se supone que esto es relajante?

Suelta un profundo suspiro.

—El calor de la sauna ayuda a liberar el dolor de músculos y articulaciones. Elimina toxinas del cuerpo, mejora la función del sudor, libera el estrés y puede incluso mejorar la calidad del sueño. Así que, si te

sientas aquí durante media hora, a lo mejor puedes dormir esta noche y no tendré que contarte mi rutina matutina de cepillado de dientes.

—A lo mejor no son tus rutinas aburridas lo que me da sueño. A lo mejor es solo la tranquilidad de tenerte cerca de mí. ¿Alguna vez se te ha ocurrido que fuera así?

Se queda rígida. Sí, está claro que lo he dicho en voz alta. Bueno... joder.

Se quita la toalla de los ojos y me mira.

—Ryan...

—Es coña —digo forzando una sonrisilla. Ella entorna los ojos.

—No, no lo dices en broma. —Pues no, la verdad—. Si tanto te aburres, te he traído algo que a lo mejor te ayuda a distraerte —dice.

—¿Que me distraiga más que esta mujer desnuda que está para morirse y que ahora mismo está a mi lado, brillando como si fuera la diosa del sol?

Sonríe.

—¿Sinceramente? A lo mejor.

Miro a mi alrededor de esta caja diminuta. No hay nada, salvo una pila de toallas al final del banco.

—¿Qué has traído?

—El cachorrito tiene curiosidad —dice con los ojos aún cerrados mientras se reclina contra la pared de madera.

—Tess...

Se ríe, se sienta y la toalla mojada le cae por el hombro. Tiene los rizos recogidos en un moño sobre la cabeza. El calor le ha sonrojado la piel y parece de un rosa brillante. El rubor se le extiende por el pecho, por los hombros, le estalla en las mejillas. Esto es lo que vi la primera noche que llegué a casa. Tenía el mismo resplandor. Parece que está iluminada desde dentro.

A lo mejor las saunas sí que tienen algo...

—¿Confías en mí, Ryan? —pregunta, y me lanza una sonrisa sexi.

Me quedo rígido.

—No estoy seguro.

—¿Confías en mí para que te haga sentir bien? Esa era la única regla, ¿acaso se te ha olvidado?

Entorno los ojos.

—Cariño, no podemos follar aquí. Me dará un ataque al corazón.

—¿Acaso no eres un deportista profesional que está literalmente en su punto álgido?

—Sí —respondo, arrastrando la vocal—. Pero recuerdas que mi deporte se practica en el hielo, ¿verdad? No en la superficie del sol.

Vuelve a reírse.

—Creo que sobrevivirás. De hecho, creo que esto podría hacer que te conviertas a la religión de las saunas. Quién sabe a todas las religiones a las que podrías convertirte esta noche.

La curiosidad está a punto de matar a este gato.

—Tess, dímelo ya. —Le da la vuelta a la toalla que hay al final del banco—. Ay, ¿qué coño es eso? —digo con los ojos bien abiertos.

Ella levanta el juguetito rosa.

—Es un plug anal, Ryan. Y mira qué mono es. —Le da la vuelta y me enseña la gema en forma de corazón rosa que deslumbra en lo alto del aparato.

Le aguanto la mirada, tengo el corazón a punto de salírseme del pecho.

—Tess Michelle Owens, ¿me estás pidiendo que hagamos cosas de culos en la sauna de Ilmari Price?

—Eh... Espera... ¿Michelle? —Me mira con una ceja levantada—. ¿De dónde coño te sacas ese nombre? No me llamo así.

Me encojo de hombros.

—Me lo he inventado. Me parecía un buen momento para usar un segundo nombre. ¿De verdad quieres que te meta eso por el culo? —digo, señalándolo—. ¿Eso es lo que va a hacer que la sauna sea más divertida?

Se ríe y se muerde el labio de tal forma que hace que se me retuerza la polla.

—No exactamente. La verdad, es que este quería metértelo yo a ti. —Se me para el corazón—. El plug que quiero que me metas a mí es este. —Levanta la toalla del todo y revela un plug anal de color rojo que es casi el doble en longitud y anchura que el rosa.

Mi alma abandona mi cuerpo.

—Ah, y vibran —añade—. Y cada uno tendremos un mando a distancia para que podamos jugar con las funciones. Se me ha ocurrido que, para caldear un poco la cosa, yo me quedo con tu mando, y tú, con el mío.

—Tess... —El sonido me sale estrangulado—. Tú... ¿Qué coño?

—¿Confías en mí, Ryan? ¿Quieres sentirte bien?

—Sí, pero...

—¿Nunca antes has jugado con la próstata?

—No —chillo, y me alejo en el banco—. Nunca he hecho nada con el culo. Yo no... Las cosas salen, no entran. ¿Verdad?

—Ay, dulce cachorrito —dice mientras sacude la cabeza—. ¿Me dejas que te haga un dibujo?

—Por favor, no —le ruego, pues lo temo y lo deseo al mismo tiempo.

Se acerca a mí y las tetas rebosantes de sudor me rozan el brazo.

—Imagina algo que te llena por dentro..., es profundo y enraizado —dice con esa voz que me atrae como el canto de una sirena.

Cierro los párpados con fuerza y me agarro a la madera sólida del banco. No puedo bloquear el sonido de su voz... y a juzgar por la reacción de mi polla, no quiero.

—Te centras en la sensación —continúa ella—. Te ancla. Y entonces... de repente... un estallido de vida. Murmulla, las vibraciones salen hacia fuera, consumiéndote hasta que sientes sus olas de calor cayendo sobre ti y fuera de ti como una cascada. —Gruño y siento la polla que se me retuerce contra la pierna—. Y mientras recibes tu placer, te sientes como un Dios al saber que tú estás controlando el mío. —Me quedo rígido—. Tú tendrás mi mando, Ryan. Tú decidirás si simplemente gimo mientras me corro... o me corro chillando. En cualquier caso, me estaré atragantando con tu polla mientras lo haces.

—Joder.

La cojo del cuello y la atraigo hacia mí. Nuestra carne se aprieta contra la otra, pegajosa del sudor, mientras nos besamos. La devoro, la beso con ganas, provocándola con mi lengua, mordiéndole el labio. Jadea contra mí, me pone las manos en el pecho y extiende los dedos.

—Confía en mí, Ryan. Déjame hacer que te sientas muy bien.

—Hazlo —digo contra sus labios mientras bajo la mano izquierda para retorcerle un pezón. Jadea y se retuerce con mi contacto, yo me río—. Pero empiezas tú. No me vas a meter nada en el culo hasta que yo no vea cómo lo haces con el tuyo.

Sonríe y se aparta de mí con un brillo perverso en los ojos.

—Yo ya llevo uno. Lo he llevado todo este tiempo.

Abro los ojos como platos y le miro el cuerpo.

—¿Qué?

—Pues sí. No puedes coger un torpedo como este y metértelo por el culo, Ryan. —Señala el plug rojo—. Los juegos anales requieren trabajo previo. Esa es la regla número uno. Llevo treinta minutos sentada encima del plug para que las cosas estén bien y se abran.

—Enséñamelo —digo, con el corazón en la puta garganta.

Como la diosa que es, se levanta y me da la espalda. Rezumando seguridad en sí misma, coloca las palmas de las manos contra la pared y se inclina.

Mis manos reaccionan como un imán, le acaricio la carne de su piel alveolada mientras le abro las nalgas.

—Hostia puta. —Un diamantito blanco me guiña el ojo desde su ano.

—A que es mono, ¿eh? —dice, mirándome por encima del hombro.

—No estoy seguro de que en este tipo de cosas importe lo mono que es —respondo, todavía acariciándole el voluptuoso culo. Joder, me está distrayendo. Deberíamos estar desnudos a todas horas y yo debería estar tocándola siempre.

—¿Te gusta lo que ves? —me provoca moviéndome el culo delante de la cara—. ¿Quieres controlar mi placer? Podemos sentarnos aquí, relajarnos en el calor, dejar que nuestros cuerpos eliminen toxinas. Y luego jugaremos con los mandos hasta que lleguemos al clímax. Será divertido, te lo prometo.

—Menudas cosas dices. —Sacudo la cabeza—. Me matas, Tess.

—No te mueras aún. Espera a tener el primer orgasmo con la próstata. Tu alma dejará tu cuerpo mientras te corres a lo bestia... encima de mis tetas.

Me levanto y atraigo su cara hacia la mía para besarla.

—Eres un problemón de la hostia —digo contra sus labios.

—Más de lo que tú te imaginas. Ahora, agáchate y pon las manos en el banco.

No sé en qué puta dimensión desconocida me he metido, pero dejo que Tess me mangonee. Deja el plug rosa en el banco y saca el botecito de lubricante que también tenía escondido en la toalla.

—¿Hay algo más ahí abajo, Tess? ¿Un pollo de goma? ¿Las coordenadas de la Atlántida?

—Solo los mandos —responde ella, encogiéndose de hombros. Se acerca a mí y me roza las caderas contra el hombro—. Agáchate, Ryan.

Enséñame ese culo tan mono que tienes de jugar al hockey.

Joder. Cuando hago lo que me pide, tengo los nervios de punta.

—Este culo es mi debilidad —dice, acariciándome la cadera—. ¿Soy una desvergonzada lasciva si admito que tu culo fue lo primero en lo que me fijé el día que nos conocimos?

Dibujo una sonrisa de satisfacción.

—No.

—Te agachaste para coger la pelota de fútbol y estaba justo ahí, lleno y prieto. Quería morderlo.

La miro por encima del hombro con una ceja levantada.

—¿Quieres morderme el culo?

Ella asiente con la cabeza, la lujuria le nubla la vista.

—¿Nunca te has sentido tan atraído hacia una persona que has querido devorarla? Que quieres un trozo de su esencia. Que quieres marcarla, reclamarla para ti.

La polla se me pone dura y aparto la mirada.

—A lo mejor... una o dos veces.

«Contigo».

Se inclina con un ronroneo suave y su carne desnuda se pega contra la mía.

—Has pensado en mí, ¿verdad? —me provoca mientras me pellizca la nalga.

Me retuerzo y me muerdo el labio mientras ella se ríe.

—Sí —admito.

—Bien —me dice al oído—. Quiero que me marques, Ryan. Quiero llevarla y saber que me la hiciste en un arranque de pasión. Y yo te marcaré a ti también..., pero no esta noche. Se aparta y siento como si se llevara todo mi oxígeno con ella.

Gruño y cambio el peso del cuerpo a mi rodilla buena.

—¿Vamos a hacer algo o solo me he agachado por las risas?

—Elige una palabra de seguridad —dice, abriendo el bote de lubricante y vertiéndose un pegote en la mano.

Vuelvo a mirarla.

—¿Qué?

—Necesitas una palabra de seguridad, Ryan. Para ti esto es un juego nuevo, son nuevas sensaciones. A lo mejor no te gustan. A lo mejor

necesitas que pare. Necesito saber cuándo has llegado a tu límite. Elije una palabra que solo vas a decir cuando necesites que pare. Sin juzgar, sin hacer preguntas, sin dudar.

Me devaneo los sesos para pensar en algo..., lo que sea.

—Eeeh... Yoshi.

Suelta una risilla.

—¿Yoshi? ¿Esa es tu palabra de seguridad?

Dibujo una sonrisa de satisfacción.

—Sí. Es la primera que se me ha ocurrido.

—Pues Yoshi —responde ella, y me besa el hombro una vez más—. No vuelvas a decirla a no ser que quieras que pare, ¿vale?

Asiento con la cabeza.

Se coloca detrás de mí y aprieta las caderas contra las mías.

—Tú relájate, ¿vale? Te prometo que, si confías en mí, será increíble.

Vuelvo a asentir con la cabeza y me trago los nervios.

—Confío en ti.

Me pasa la mano lubricada por la cadera y me agarra de la polla, me acaricia de la base a la punta con una embestida larga y lujosa. Gruño, me tiembla el cuerpo cuando toda la sangre se me concentra en el capullo.

—¿Qué estás haciendo? —digo, hundo la cabeza entre los hombros cuando lo vuelve a hacer.

—Relajarte —responde.

Tiene el pecho doblado sobre mi espalda y sus pechos rebosantes me presionan la piel febril. Mueve las caderas un poco, mientras me folla con la mano y se mece contra mí por detrás. Es embriagadora. Me encanta sentirla aferrada a mí de este modo.

Cuando estoy a punto de decirlo, se mueve hasta que deja el coño presionado contra mi cadera derecha y mi culo al descubierto. Detiene la mano con la que me agarra la polla, mientras que con los dedos de la mano izquierda dibuja un caminito hacia mi lumbar, entre mis nalgas, hasta que me presiona el ano con un solo dedo.

—Joder —jadeo. El cuerpo se me enciende como si hubiera tocado un puto interruptor.

—Cachorrito, si acabamos de empezar —me provoca, y me rodea el ano con el dedo lubricado—. ¿Sabes qué decir para que pare?

Asiento con la cabeza.

—¿Quieres que pare?

—No —digo con los dientes apretados—. Sigue adelante. Tengo demasiada curiosidad como para parar ahora.

—Relájate —dice—. Inspira hondo... y exhala.

Suelto el aire y siento la presión en el agujero. Intento no apretar mientras ella ejerce presión.

—Mírate. —Lo dice con la voz de alabarme—. Qué guapo estás con mi dedo metido en el culo. Ya verás, para ti esto va a ser algo natural, ¿verdad? Espera hasta que te folle el culo mientras las tetas me rebotan en tu cara...

—Dios... Tess... para —ladro, aprieto las nalgas alrededor de su dedo.

—Que pare...

—No pares, joder, deja solo la cháchara. No he dicho la palabra de seguridad, pero me voy a correr si no paras de calentarme. Ábreme y mete el plug. Y luego vas tú, joder.

—Sí, señor —se burla, y se dobla para darme un beso en mitad de la espalda sudorosa.

Me estremezco, me arden todos los sentidos, estas sensaciones me están atormentando.

Me suelta la polla, que todavía tenía agarrada con la mano derecha, y me agarra de la cadera para apoyarse mientras me mete y me saca el dedo del culo. Me aferro con fuerza al banco e intento mantenerme relajado.

—Voy a añadir otro dedo —murmura.

Asiento con la cabeza y siento la tensión de un segundo dedo abriéndose paso. El lubricante es una sensación extraña, pero en este punto tengo todo el cuerpo resbaladizo. Mueve los dedos dentro de mí. Me siento lleno, pero no del todo. Es una sensación extraña, pero no tanto como pensaba que sería. Es incluso placentera. Es casi como si...

—Oh, hostia puta —chillo, y aprieto las nalgas alrededor de sus dedos.

—Ahí está —canturrea.

Me ha tocado algo ahí dentro que ha sido como una descarga de electricidad. Me ha recorrido todo el cuerpo, directo al corazón. La polla se me retuerce y se me escapa líquido preseminal por la punta.

—Madre mía —digo, luchando contra las ganas de gimotear.

—Esa es tu próstata —anuncia, curva el dedo hacia arriba y vuelve a tocarme en ese punto.

Intento que no me tiemblen las rodillas.

—Qué obediente eres —me calma—. Esto te va a encantar. Ahora te voy a meter el juguete. ¿Estás preparado?

¿Lo estoy? ¿Es posible estar preparado para esto?

—Sí —digo con los dientes apretados.

Ella me saca los dedos del culo y yo me siento vacío. Entonces se aleja unos pasos y siento que estoy luchando contra las ganas de gimotear. La quiero contra mí, a mi alrededor, sujetándome, apuntalándome. La veo echarle lubricante al plug anal. Luego se coloca justo detrás de mí y me da unos golpecitos en el ano con el juguete.

—Al principio vas a notarlo muy tenso —me explica—. Quizá demasiado. El dolor pasará cuando los músculos se ajusten. ¿Confías en mí?

Asiento con la cabeza por enésima vez.

—Hazlo.

Presiona con cuidado, mientras me acaricia la lumbar.

—Respira hondo —me pide.

Maldigo por lo bajini cuando siento el estirón y la punzada.

—¿Demasiado?

—No —gruño—. ¿Ya está dentro?

—Casi —responde ella. El ardor se convierte en una dolorosa plenitud mientras me mete el plug en el agujero.

—Ya está.

Respiro hondo otra vez.

—¿Y ahora qué?

—Ahora me pones el mío —me responde—. Y luego, jugamos.

Sigo agachado con las manos en el banco.

—Pero es que... ¿qué hago?

Me acaricia la espalda.

—Cariño, solo tienes que ponerte de pie. No es una bomba. No va a explotar.

Enderezo la espalda, siento que el juguete se me mueve un poco dentro del culo.

—¿Y ahora qué?

Me tiende el plug rojo.

—Lubrícamelo.

—Cojo la botella de lubricante y la aplasto para echarme en la mano. A lo mejor he usado demasiado para embadurnar todo el plug. Cuando me giro hacia ella con el juguete, ya se ha sacado el otro.

Me lanza una sonrisa emocionada.

—¿Estás preparado, guapetón?

Asiento con la cabeza y me acerco un paso con el aparato en la mano.

—Te aviso si necesito que pares —me explica—. Tú ve despacio y ya está.

—¿Cuál es tu palabra de seguridad? —le pregunto, rodeándola para colocarme a su espalda.

Suelta una carcajada mientras se inclina hacia delante con las manos en el banco.

—Cariño, yo no necesito una palabra de seguridad para juguetear con plugs. Esto para mí es un sábado por la noche cualquiera.

Sacudo la cabeza, esta criatura sexual que tengo ante mí me fascina. Está tan segura de sí misma, tan empoderada. Hace que me pregunte qué me he estado perdiendo todos estos años. ¿Cuánto podría haberme divertido si hubiera tratado el sexo menos como una tarea o un punto más en mi lista de quehaceres?

Me pongo detrás de ella, le paso la mano por las nalgas y por la lumbar.

—¿Preparada?

—Ajá.

Coloco el juguete en su entrada y ella abre más las piernas y embiste contra mí hasta que el juguete empieza a desaparecer.

—Ryan, ¿nunca has practicado sexo anal? —dice, mirándome por encima del hombro.

—Una vez —admito—. Fue en la universidad, pero iba bastante borracho.

—A mí me encanta el sexo anal —ronronea, mientras presiona hacia abajo y yo le meto más el juguete—. Mmm, sigue. Mételo hasta el fondo. —Se estremece mientras yo termino de meter el plug todo lo que queda. En cuanto está bien dentro, ella suelta una risilla temblorosa—. Hacía mucho que no jugaba con este tan grande. A lo mejor he sido demasiado ambiciosa.

—¿Deberíamos parar o...?

—Qué demonios, no —responde ella, levantándose del banco—. Esto va a ser increíble. —Rebusca debajo de la toalla y saca dos mandos pequeños, uno rosa y otro rojo. Me tiende el rojo—. Venga, vamos a meternos en la piscina para refrescarnos. Luego jugamos.

Al parecer, ahora vamos a caminar con los plugs metidos. ¿Qué narices me está pasando? La sigo fuera de la sauna hasta la fría noche de enero.

Va directa hacia la piscina, con el plug escondido entre las nalgas, y baja los escalones para sumergirse seguidamente en el agua helada.

—Te sentará bien, te lo prometo. Ahora nos enfriamos y luego nos volvemos a calentar en la sauna —añade, y me guiña un ojo con un aire de flirteo.

Respiro hondo, bajo los escalones de la piscina, el plug solo lo siento un poco incómodo. En cuanto estoy metido en el agua hasta la cintura, una vibración me atraviesa el culo y me va directa al corazón.

—Hostia... puta... —jadeo, girándome para mirar a Tess. Igual que han empezado las vibraciones, se detienen.

—Solo estaba comprobando si funcionaba el mando —dice ella con una sonrisa.

Me acerco a ella.

—Ay, estás en un buen lío...

—Ryan, no —chilla mientras se aleja—. Si me haces una aguadilla, ¡subiré tu plug hasta el diez!

Aparto las manos para que ella pueda librarse de mí y salir de la piscina. Está a medio subir las escaleras cuando enciendo su mando. Jadea y se agarra a la barandilla en cuanto le doy dos veces al botón para aumentar la vibración.

—Oh, Dios —gimotea y sube las escaleras a toda prisa mientras el vibrador sigue encendido.

La sigo con una sonrisa. Vale, ahora le veo la gracia a esto. Volvemos a entrar en la sauna y ella me sorprende un cojón cuando coge la toalla doblada y se sienta.

—¿Vas a...? ¿Es que tú... no te duele? —consigo decir.

—No —responde ella, encogiéndose de hombros—. Ven aquí, nene. Ven, siéntate a mi lado y vamos a relajarnos. —Da unos golpecitos con la mano en el banco junto a ella—. Parte de la diversión de este tipo de juegos es la anticipación.

Estoy confiando en el proceso. Si ella dice que puedo sentarme con un plug anal metido, voy a hacerlo. Extiende mi toalla y yo me siento. Hago una mueca mientras encuentro el ángulo que no hace que la presión no esté directamente en el juguete.

Ella extiende el brazo y me pone la mano en el muslo.

—Échate para atrás. Relájate y cierra los ojos. Aspira el olor de la madera. Intenta que se vayan todas las preocupaciones y la ansiedad.

Vale, ahora empieza a parecerse a una sesión de yoga. Tampoco me molesta. Y el contraste entre frío, calor y frío sí que es refrescante. Puedo sentir que los músculos y las articulaciones se destensan. Supongo que esperaba que esto fuera...

—Ay, joder —grito. Me inclino hacia delatante con los codos en las rodillas cuando el plug se enciende y me martillea el culo con unas fuertes vibraciones. Cambiar de ángulo ha sido un puto error. Casi chillo cuando me echo hacia atrás. El vibrador me da justo en la próstata. La polla se me pone dura y toda la sangre se me va de la cabeza directa a la entrepierna.

Tess no lo mantiene mucho tiempo encendido, enseguida me da el indulto.

Pero como yo no quiero ser menos, toqueteo su mando y lo enciendo. A mi lado, la oigo gemir. Tess está mucho más relajada que yo y se retrepa contra la pared con los ojos cerrados. Está casi serena, dejando que las vibraciones le recorran el cuerpo.

Subo la intensidad. No hay ningún cambio.

Más potencia.

—Mmm, cómo me gusta —dice.

Poco a poco, se lleva las manos a los pechos y empieza a tocarse, de una forma lánguida y perezosa. Se retuerce los pezones y yo ya he decidido que me encanta este juego. Agacho la cabeza, ansioso por saborearlas. Mientras ella se da un pellizco y suelta un suspiro seductor, yo cierro la boca alrededor de sus dedos y su pezón, luego succiono.

—Joder, qué bien —gimotea. Luego se libera los dedos y me los mete entre el pelo para sujetarme contra su teta, es su forma de exigir que siga succionando. Con la mano libre, toca el mando de mi juguete y lo vuelve a encender.

Esta vez, la vibración es más intensa y no puedo evitar que se me estremezca todo el cuerpo.

—¿Te gusta?

—Sí —respondo.

—¿Quieres más?

—Por favor —me oigo decir a mí mismo.

La vibración se intensifica y yo jadeo, todos los músculos se me contraen alrededor del juguetito. Bajo la mirada y veo que se me escapa el líquido preseminal. Esto me parece surreal e increíble. Ni siquiera tiene que tocarme la polla. En realidad, creo que podría correrme sin ningún contacto, sería la primera vez que me pasara.

—Sube el mío —gimotea—. Ryan, necesito volver a saborearte. Necesito que me toques el coño mientras te como la polla.

—Ven aquí —respondo, y vuelvo a subir la intensidad de su juguete.

Se mueve hasta quedar de rodillas en el banco, con el culo lejos de mí. Avanza a gatas, con las mejillas sonrojadas y los ojos vidriosos. Le cojo la cara con las manos y le robo un beso, pero ella se aparta, baja la cabeza a mi entrepierna y me succiona la punta de la polla. En cuanto cierra los labios a mi alrededor, sube la intensidad del juguetito.

—Hostia puta... —Empujo con las caderas hacia delante y levanto el culo del banco mientras ella se mete más la polla en la boca. La combinación de sensaciones hace que me sienta como si me estuvieran despedazando. El plug me llena el culo y las vibraciones me recorren todo el cuerpo, como si me estuviera lamiendo el fuego. Su boca en mi polla es como un sueño, húmedo y cálido.

Mientras gimotea y mueve las caderas en el aire, me agarra de la mano. Se la lleva entre sus piernas y entonces tomo el control y busco con los dedos su clítoris necesitado. La toco y se arquea contra mí, gimiendo en mi polla.

—Tess... Dios... Nena, no voy a durar mucho si no... Aaah... madre mía..., joder, hostia... —Aparto la mano de su coño mientras ella sube la intensidad del mando, más vale que esta sea la máxima potencia. Tengo tantísimas ganas de correrme que creo que podría llorar. En lo más profundo de mi ingle, empiezo a sentir un temblor que me sacude y va subiendo por la columna vertebral.

Muevo un poco las caderas y eso me hace tocar el cielo. La punta del plug me da justo en la próstata y la vibración me sacude de la cabeza a los pies. Tengo una experiencia extracorporal y siento como si todos los

músculos se contrajeran a la vez. Me doblo con los puños apretados y me corro, es el orgasmo más fuerte que he tenido en mi vida. Ni siquiera sé qué sonido salvaje se me escapa. No puedo pensar. Solo sentir.

No he avisado a Tess, pero lo aguanta como una campeona. Mantiene la boca abierta mientras expulso el semen, que le da en los labios, en la mandíbula, en la lengua que lo recibe con avaricia. La estoy dejando hecha un cuadro, pero no puedo dejar de correrme.

—Ay, Dios mío —gimo, de repente pierdo todo el aire que tenía en el cuerpo, como si fuera un balón que acaba de reventar. Me desinflo, toda la energía me abandona y colapso contra el banco. Tess me apaga el plug y es como si le diera a un interruptor. Luces fuera. Estoy muerto. Ya está.

Ella extiende el brazo por encima de mi regazo para coger el mando que ni siquiera recuerdo haber apagado. Toma el control de su propio orgasmo y sube la intensidad mientras se toca el clítoris.

—Mírame —dice con la respiración entrecortada. La forma en la que le botan las tetas mientras se toca me parece lo más seductor del mundo—. Ryan, mira...

Como si pudiera apartar la vista. Observo a mi reina darse placer, cabalgar el orgasmo mientras sus dulces gemidos llenan la estancia. Tiene la piel enrojecida, la cabeza echada hacia atrás, y el cuerpo le brilla mientras se masturba. Me deja sin aliento, joder. Cuando termina, apaga el juguete y suelta los dos mandos. Repiquetean contra el suelo a nuestros pies. Luego se echa hacia delante y se sujeta con una mano mientras me apoya la frente en el hombro.

—¿Qué tal? —me pregunta después de un rato.

—De puta madre —respondo—. Es oficial, me he convertido a los plugs anales.

—Sabía que te gustaría.

No necesito verle la cara para saber que tiene una sonrisa adormilada.

—Pero sigo sin estar convencido de lo de la sauna —admito.

Ella sigue sonriendo y gira la cara para llenarme el pecho de besos.

Consigo levantar una mano y se la meto por la nuca entre el pelo. Le echo la cabeza hacia atrás y la beso en los labios, me da igual que sepa a mí. De hecho, creo que me pone muchísimo. Es mía y yo soy suyo. Nada de lo que podamos compartir estaría mal o sería equivocado. Quiero saber como

ella, oler como ella. Que traigan todo el aceite capilar de coco y los bálsamos labiales de fresa.

—¿Te estoy corrompiendo, Ryan? —dice—. ¿Deberíamos parar mientras llevamos las de ganar?

—Eres una diablesa —digo contra sus labios—. Mi diosa. —La beso—. Mi reina. Eres mía, joder. —Vuelvo a besarla—. Haz lo que quieras, coge lo que quieras. Es tuyo.

—Mmm —suspira, y me vuelve a besar—. Por mucho que me encante la idea de quitarte todo lo que tienes, me muero de hambre. —Para dar fe de ello, su estómago suelta un leve gruñido y los dos nos echamos a reír—. ¿Por qué no voy pidiendo una pizza mientras tú te limpias?

Me da un beso en la punta de la nariz y luego se aparta, como si no tuviera los huesos licuados por el orgasmo más intenso de su vida. Quizá la próxima vez tengo que esforzarme más.

Con la toalla debajo del brazo, me mira por encima del hombro.

—¿Vienes?

—No creo que pueda levantarme —admito. Ni siquiera estoy seguro de si recuerdo cómo funcionan las piernas.

Se ríe otra vez, vuelve y me tiende la mano.

—Vamos, tierno cachorrito. Tenemos que trabajar en serio la resistencia que tienes fuera del hielo. Tú date un par de semanas y te pasarás toda la noche corriéndote así.

¿Un par de semanas? Esta mujer puede tener mucho más tiempo. Puede tener meses. Años. Qué demonios. Si nos diera una oportunidad de verdad, una oportunidad para ser más que amigos, sería su tierno cachorrito durante el resto de mi vida.

38

Tess

Me he pasado todo el jueves corriendo de un lado para otro como pollo sin cabeza. Entre ayudar a Joey a organizar una limpieza de la playa con voluntarios y jugar al teléfono escacharrado con dos representantes del ayuntamiento, pero de alguna manera me las he arreglado para hornear también dos docenas de mis famosas galletas de avena con virutas de chocolate negro, blanco y con leche.

Al parecer, Shelby O' Sullivan da esta noche un fiestón de cumpleaños y le prometí a Rachel que me pasaría. Todos los Rays van a estar ahí, así que debería ser una noche loca y salvaje. Espero que Shelby acepte mis galletas como una ofrenda de paz.

La temática de la fiesta es «personajes ficticios favoritos», así que llevo toda la semana pensando qué me voy a poner. ¿Y es divertido y pega con la temática? Sí. ¿Estaré buena? Vaya que sí. ¿Ryan va a perder la puta cabeza? Obviamente, es mi único objetivo.

El timbre suena justo cuando me estoy terminando de poner el pintalabios.

—Mierda.

Me miro en el espejo. Llevo mi disfraz de diabla sexi: falda de cuero roja, corpiño de encaje, medias de rejilla negras y unos cuernecitos negros en la cabeza. El maquillaje me ha quedado impecable: los ojos con un ahumado dramático y los labios de color rojo cereza.

Suelto la barra de labios con una risilla y voy hasta la puerta principal dando saltitos. Sea quien sea, espero que esté preparado para dar un salto del susto. Miro por el cristal esmerilado y veo que un repartidor se sube al camión de correos y se marcha.

Abro la puerta y bajo la mirada. En medio del felpudo, hay una cajita. La recojo, leo la etiqueta y se me para el corazón.

Viene dirigida a mí.

Nadie tiene esta dirección, salvo unos cuantos Rays y mi abogado. Y ningún Ray me enviaría nada por correo cuando podría dármelo en persona. Y está claro que no tiene nada que ver con Fuera de la Red. Mi lista de sospechosos se reduce a una persona.

—Vale... joder.

Cierro la puerta de un portazo y echo el cerrojo. Luego llevo la caja a la cocina como si fuera una bomba, la dejo y la miro fijamente.

—¿A qué estás jugando ahora, eh? —le digo a la caja.

Cojo un cuchillo del taco, lo meto entre las solapas de la caja y corto la cinta de embalar con agresividad. Sea lo que sea lo que me espera dentro, no va a ser bueno. Suelto el cuchillo con estrépito, rasgo las solapas y las levanto.

La caja está llena de confeti..., no, son tiras de papel. ¿Ha tirado el contenido de una trituradora de papel dentro de una caja y me la ha enviado por correo?

Y entonces me doy cuenta.

—Madre mía.

Cojo un puñado de tiras y las inspecciono más de cerca. Sí, son páginas impresas. Consigo distinguir algunas palabras. Ha triturado los papeles del divorcio y me los ha mandado sin firmar. Las lágrimas hacen que me escuezan los ojos mientras abro los dedos y dejo que las tiras vuelvan a caer en la caja.

—Me cago en todo —digo con la voz entrecortada.

Muevo un poco el confeti y veo un sobrecito. Me preparo para lo peor, lo cojo y lo abro. Ni se ha molestado en cerrarlo. Saco el contenido y desdoblo los papeles. El corazón se me sale del pecho. Ha impreso los pantallazos de las noticias de mierda en las que hablan de Jake y de mí. Ha garabateado un mensaje en la parte superior del folio. Reconozco su cursiva inclinada:

Las putas no exigen nada.

—Qué encantador.

Me tiemblan los dedos cuando doblo los papeles con delicadeza y los vuelvo a meter en el sobre. Lo dejo encima de los papeles del divorcio hechos jirones, cojo la caja y me la llevo a mi habitación. La dejo encima de la cómoda mientras voy al baño a por mi teléfono. Recorro la lista de contactos, le doy al nombre de Charlie y marco.

—Hola, cariño, ¿cómo estás hoy? —me dice con tono alegre.

—No los ha firmado, Charlie —digo a modo de saludo.

—Eh... bueno, no he vuelto a saber nada de su abogado, pero tienen hasta el final del día...

—No los ha firmado —repito—. Sé que no ha firmado porque tengo aquí mismo el acuerdo y no está firmado.

—¿Lo tienes tú? ¿Cómo...?

—Lo ha pasado por la trituradora de papel sin firmar y me lo ha enviado —le explico—. Charlie, ¿cómo ha conseguido mi dirección? Eres la única persona que la tiene.

—Bueno, yo nunca...

—No estoy diciendo que se la hayas dado —añado enseguida—. Te lo estoy preguntando como profesional que se encarga de casos de derecho familiar. ¿Cómo puede haberla conseguido? Estoy en otro estado. Él no tiene mi número de teléfono, no le estoy contestando a los correos. ¿Cómo es posible que mi exmarido sepa a dónde enviarme una carta?

Charlie suspira al teléfono.

—¿Quieres saber lo que supongo yo?

—Sí, por favor.

—Tiene alguien que te está siguiendo. —Se me para el corazón—. Sabíamos que esto podría pasar con todo el drama que están montando los tabloides —continúa Charlie—. Debe de estar pagándole a alguien para que te siga.

—¿Qué debería hacer? ¿Qué puedo hacer?

—Busca cualquier indicio de que te estén siguiendo y regístralo si puedes —me explica—. Coches raros en la calle, gente que rebusque en la basura, alguien que te haga fotos sin tu consentimiento. Documenta cada vez que se ponga en contacto y no tires nada, ¿me has oído? Conserva la caja del papel triturado. Guarda todos los pantallazos, todos los correos.

—Vale. —Los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas. Odio la idea de esta caja envenenando mi aire con su energía negativa.

—Cariño, como tu abogado tengo que preguntártelo... ¿Crees que estás en peligro? ¿Deberíamos empezar el proceso de orden de alejamiento?

—No —añado enseguida—. No, no creo que estemos en ese punto. Déjame... —Suelto una gran bocanada de aire para intentar ordenarme las ideas.

—¿Vas a seguir adelante con el divorcio? ¿Debería pedir la vista judicial...?

—Espera. Voy a hacer una llamada y ahora te vuelvo a decir algo, ¿vale? Todavía no estoy preparada para renunciar a esto. Déjame que intente algo más.

—Vale, cariño.

—Ahora mismo te llamo, Charlie.

—Estaré aquí hasta las siete y luego tengo una cena, pero déjame un mensaje en el buzón de voz y ya te diré.

—Gracias, Charlie.

Cuelgo y respiro hondo. En cuanto vuelvo a sentirme centrada, salgo hacia el dormitorio. Miro fijamente la caja de la ofensa y marco en el teléfono un número que me sé de memoria. Entonces le doy al botón verde de llamada. Me lo llevo a la oreja y espero.

Al tercer tono, descuelga.

—¿Diga? —escucho la voz de mi suegra—. ¿Quién es?

No respondo.

—¿Diga?

Respiro hondo y me lanzo de cabeza.

—Bea, soy yo.

—Ay... ¿Tess? —Su tono pasa de ser autoritario a estar sorprendido—. Cariño, ¿qué pasa?

—Ya sabes lo que pasa —respondo—. Lo que yo necesito saber es qué vas a hacer tú al respecto.

Suspira. Casi me la puedo imaginar quitándose las gafas de leer, dejándolas en el escritorio y pellizcándose el puente de la nariz.

—¿Qué ha pasado?

Se acabó el andarse con paños calientes.

—Ha triturado los papeles del divorcio y me los ha mandado en una cajita con una nota llamándome puta —le explico.

—Tess, eso es de muy mal gusto. Es un asunto muy complicado...

—Pues descomplícalo. Hazle firmar...

—¿Es él quien está complicando las cosas o lo estás haciendo tú? —me desafía—. Le has hecho daño con tu última hazaña publicitaria... Nos has hecho daño a todos, Tess. Yo estoy haciendo todo lo que puedo para limpiar este estropicio, pero lanzarte al foco de atención no ayuda a nadie...

—¡Es prensa amarilla! —grito—. Es todo mentira, Bea. No estoy con Jake Price. Son noticias basura...

—Es gasolina para este incendio —contraataca Bea.

—Y Troy quiere verme arder, ¿verdad? —la desafío—. ¿Vas a ayudarlo? ¿Es eso lo que quieres?

—Está enfadado y molesto —responde ella—. Justificadamente. Le estás pidiendo que destroce toda su vida para terminar una relación que ha durado una década. No se está tomando nada de esto a la ligera.

Sacudo la cabeza, le bloqueo los intentos de minimizar las cosas y echar balones fuera.

—A lo mejor, si accedieras a hablar con él...

—No. —De repente, siento las palmas sudorosas ante la mera idea de tener otro encuentro—. Eso no va a pasar. Bea, he terminado. Le daré una oportunidad más para hacerlo de mutuo acuerdo. Escribe tú los papeles esta vez y haz que los firme.

—Tess...

—O consigues que firme o lo veré en los tribunales —grito mientras una lágrima me cae por la mejilla—. Y, entonces, todas las cosas horribles que ha dicho o ha hecho serán de dominio público: las infidelidades, el abuso, el aislamiento, el acoso. Arrastraré a tu querido hijo a este fuego conmigo y nos quemaremos juntos, así que Dios me ayude.

—Ahora muestras tu verdadera cara —dice con un tono frío y distante.

Yo respiro hondo y cierro los ojos.

—Todo esto parará cuando me conceda el divorcio. Solo puede hacerlo él, Bea. Solo él puede liberarnos a las dos.

Se queda callada por un momento.

—Necesito más tiempo.

—Bueno, yo no puedo dártelo —respondo resuelta—. Entonces, ¿me vas a ayudar o no?

39

Ryan

—Vamos —mascullo con los puños apretados mientras veo a Sully, Jonesy y Karlsson patinar sobre el hielo y pasándose el disco. Como no juego, han tenido que reorganizar las líneas de delanteros, lo que significa que Jonesy está entrenando con los titulares esta mañana. Está jugando como un chulo, haciendo movimientos jactanciosos con el stick y acaparando el disco.

—Vamos —digo, más fuerte esta vez—. ¡Pásalo, Jonesy!

Sully está abierto y esperando, pero Jonesy se queda la posesión e intenta un tiro del revés que J-Lo le bloquea. Lanza el disco por el hielo y Jonesy lo persigue a trompicones.

—¡Deja de pavonearte y pasa el puto disco! —le grito cuando pasa por delante de mí. Esto es lo peor de estar lesionado: mirar. Me pongo en pie y me agarro a las vallas—. ¡Pásalo, Jonesy! Por lo que más quieras...

—¡Yuju, Ryan!

Cuando me giro, veo que Poppy St. James viene dando saltitos por la fila de asientos y sus tacones repiquetean al andar. ¿Alguna vez lleva zapatos planos? Es la jefa de relaciones públicas, pero no te dejes engañar por su aspecto de Barbie. Es astuta y despiadada.

Claribel, su sombra siniestra, le sigue los talones. Poppy es escandalosa y alegre, lleva unos pantalones de pinzas y una chaqueta de color lavanda, mientras que Claribel se pinta los ojos negros como una chica gótica y lleva el pelo teñido.

—Hola, Ryan —canturrea Poppy—. ¿Tienes un minuto?

Contengo un gruñido. Cuando Poppy te pregunta si tienes un minuto, en realidad quiere decir una hora. Y si Claribel está implicada, significa que tendré que hacer algo estúpido como lanzarle una tarta a un compañero a la cara o responder preguntas sobre mis libros y canciones favoritos.

Uno de sus estúpidos vídeos virales de TikTok me sacó del armario Swiftie. No me malinterpretes, es un buen apodo para un delantero. Pero los chicos de la cabina de sonido se están divirtiendo mucho al respecto. La última vez que marqué un gol, pusieron la canción *22* para celebrarlo.

—¿Qué pasa, Poppy? —digo, y saludo a Claribel con la cabeza.

Apenas me hace caso, tiene los ojos clavados en el móvil.

Poppy le lanza una sonrisa.

—Estamos buscando un Ray más que nos ayude con un anuncio y tú eres perfecto. Vamos. —Ni siquiera espera a que le responda, se da la vuelta sin más.

—Bueno..., espera —la llamo. Ella me mira con una ceja levantada—. Es que..., bueno, no puedo marcharme —digo señalando el hielo—. El entrenador quiere que vea el entrenamiento.

—Solo tardaremos unos minutos. Venga, vamos, guapetón. El equipo de grabación está esperando.

¿Equipo de grabación?

Esta vez sí que gruño y la sigo con una leve cojera. Empiezo a sentir la rehabilitación de la mañana. La doctora dice que lo estoy haciendo genial y que pronto volveré al hielo. Pero para mí no es lo suficientemente pronto.

—¿Qué vamos a hacer? —digo cuando llegamos al final de los asientos y salimos de la tundra.

—Hemos llegado a un acuerdo con la Sociedad Humanitaria de Jacksonville para grabar una promoción de adopción de mascotas —responde Poppy, encabezando la marcha por el otro rink más pequeño.

Mars, Davidson y el entrenador Tomlin están en el hielo. Parece que ya están terminando. Mars ya se ha quitado la máscara y los guantes, está apoyado contra las vallas viendo a Davidson revolverse en la red. Tomlin es implacable, lanza pucks por la izquierda, por la derecha y por el centro.

—Bien —grita Tomlin—. Descansa.

Al final del segundo rink, en el hielo, hay todo un despliegue mediático de los Rays de Jax. Las cámaras están preparadas, el equipo está de pie a su alrededor.

—He encontrado a uno —anuncia Poppy saludando con la mano mientras sube los escalones a toda prisa.

Miro la escena que me rodea. Novy y Morrow están en el hielo con su ropa de calle. Morrow está fuera de sí, riéndose como un niño con un

cachorrito rubio que le lame la barbilla.

—Nov, mira —dice—. Mira, creo que le gusto.

Novy se limita a observarlo fijamente. Tiene entre las manos algo que parece un alienígena con una peluca afro. Miro más de cerca y veo que es un perro. Un perro diminuto, horrible y sin pelo con una pelusilla blanca encima de la cabeza.

—Venga ya, esto es una mierda —le dice a Poppy cuando pasa por delante—. Sabes que soy alérgico a los perros.

—Por eso te he dado el hipoalergénico —responde ella con desdén.

—Tío, ya te he dicho que eso no es un perro —interviene Morrow—. Se parece a esa cosa que se sienta encima de Jabba en *El retorno del Jedi*.

Me atraganto con una carcajada. La verdad es que sí.

—Ryan, ven a coger uno —me llama Poppy—. Tenemos un bulldog monísimo, unos cuantos gatitos... Ay, por todos los cielos... Mira cómo me está mirando esta —canturrea, y se dobla para meter el dedo por la rejilla de un trasportín de gatos—. Claribel, dime que no necesito un gato —lloriquea, está claro que la hemos perdido ante el gatito gris y blanco que le está olisqueando el dedo.

—No necesitas un gato —dice la aludida con un tono monótono, sin ni siquiera despegar los ojos del móvil.

El bulldog de la mandíbula inferior salida me mira con ojos llorosos.

—¿Podemos darnos prisa? —grita Novy—. Esta cosa no tiene pelo y estamos en una pista de hielo. Creo que se está congelando.

—Para el carro —resopla Poppy, y se echa la larga cola de caballo rubia por detrás del hombro—. Y no es una cosa, Lukas. Es un perro. Una raza muy rara que se llama crestado chino.

—Está temblando y puede oler mi miedo —espeta Novy.

Ella resopla y le da la espalda.

—Bueno, eeeh, ¿qué está pasando ahí? —pregunto, mirando alrededor hacia los voluntarios sonrientes y los cámaras.

—Estamos grabando un anuncio para la Sociedad Humanitaria —responde Poppy—. También lo subiremos a todas nuestras redes sociales. Tú elige un animal y coge la tarjeta que hay encima del transportín. Luego lees lo que está escrito delante de la cámara —dice, señalando las tarjetas blancas que hay encima de cada transportín.

Se me para el corazón.

—Tú... eeeh... ¿Quieres que lea lo que está escrito en la tarjeta?

—Ajá. —Coge la que hay encima del transportín del bulldog—. A ver, esta dice que es hembra, se llama Gracie y es un bulldog americano de cinco años. Está adiestrada, le encantan los niños y bla, bla, bla. Tú lee la tarjeta.

Me la endilga y yo extiendo el brazo y la cojo en piloto automático.

—Colton, tú eres el primero —dice mientras se aleja de mí a toda velocidad.

—Tío, te juro que a este lo voy a adoptar yo —dice Morrow, riéndose todavía mientras el cachorrito se le retuerce entre los brazos.

—Por lo menos el tuyo tiene pelo —responde Novy—. Me siento como si estuviera sujetando un pollo crudo.

No oigo el resto de su diatriba mientras se alejan hacia las cámaras. Bajo la mirada de nuevo a la tarjeta que tengo entre las manos. Joder, está escrita a mano. La letra es diminuta y algún genio ha usado bolis de colores para cada sección. El corazón se me acelera cuando miro a mi alrededor en busca de alguna salida de emergencia. Gracie, la bulldog, me mira a través de la rejilla de la jaula, juzgándome.

—Oye, ¿podéis dejar de lanzar pucks durante cinco minutos? —les chilla Poppy a los porteros que están en el hielo—. Podéis salir en la toma, pero necesitamos silencio para hacerlo.

—¿Te das cuenta de que esto es una pista de hockey? —le responde el entrenador Tomlin a gritos—. ¡Y que esto es un entrenamiento!

—¡He reservado la pista para las once y media! —replica ella, también a voces—. Se suponía que terminabais hace media hora. Así que, si no despejáis mi hielo os arrastro a todos delante de las cámaras. ¡Sí, me refiero a ti también, Eric!

Los porteros mascullan algo, pero se marchan. Puede que Poppy solo mida un metro cincuenta y dos, pero es una fuerza de la puta naturaleza. La tía siempre se sale con la suya.

Lo que significa que estoy a punto de ponerme delante de una cámara sujetando la correa de una bulldog gorda y fea con cara de tonta mientras intento leer la estúpida tarjeta. Joder, esta es la peor parte de ser un deportista profesional. ¿Por qué no puedo limitarme a jugar al hockey y ya? La verdad es que eso se me da bien. No meto la pata.

—No puedo hacerlo —le digo a Claribel mientras le tiendo la tarjeta—. ¿Puedes buscar a otro?

Ella levanta la cabeza poco a poco y pasa la mirada de la tarjeta a mi cara.

—¿Eso es lo que quieres decirle a Poppy?

Gruño y dejo caer la mano a los lados.

—Claribel, tú no lo entiendes. No puedo hacerlo. Jugaré con los perros. Los cogeré en brazos. Le diré a todo el mundo lo guais que son...

—Está en tu contrato, Ryan —responde, y vuelve a bajar la vista al teléfono—. Si Poppy dice «salta», tu obligación contractual es preguntar «¿hasta dónde?». Ahora mismo, Poppy dice «coge al perro y lee la tarjeta».

Mi ansiedad aumenta cuando veo que Morrow hace una actuación de diez y el feliz cachorrito se contonea entre sus brazos. Le resulta tan fácil, no le requiere ningún esfuerzo. La prensa, la atención, las distracciones.

Pero yo no soy como él. Estas mierdas no me resultan fáciles. Por lo general, se me da muy bien evitarlas. Y Poppy no suele arrinconarnos así. Solo me ha arrastrado porque estaba ahí plantado mirando como si no tuviera nada que hacer.

Puta regla número uno: ¡haz siempre como si tuvieras algo que hacer!

—Claribel, por favor —le ruego mientras intento tenderle la tarjeta otra vez—. Que lo haga otro.

Vuelve a levantar la cabeza muy despacio y me escudriña el rostro.

—¿Qué problema tienes? ¿Por qué estás haciendo un mundo de esto?

—No es...

—¿Qué? ¿Una vez te mordió un perro?

—No.

—¿Tienes miedo de los gatos?

—No —respondo entornando los ojos—. No es por los animales...

—Ah, entonces ¿estás en contra de las organizaciones benéficas?

—No —digo, cada vez más frustrado.

—Pues entonces no veo el problema por ninguna parte. Tú sujeta la correa, lee la tarjeta y gánate esa nómina tan gorda. Deja de ser un dramas. —Sin esperar respuesta, se larga.

¿Un dramas? Esto es una mierda, joder. Mi trabajo no debería depender de que haga cosas como esta sin que me avisen o sin que me den tiempo para prepararme o algo.

Ilmari pasa por mi lado con todo el kit de portero y el casco debajo del brazo.

—Mars —siseo en voz baja.

Se detiene y me mira con una ceja levantada.

Este tío me suele dar miedo y, en circunstancias normales, nunca me acercaría a él, pero ahora mismo estoy desesperado que te cagas.

—Necesito que me cubras en esto.

Frunce más el ceño.

—No —dice, y pasa de mí.

—Mars, por favor. —Lo agarro del brazo y tiro de él.

—¿Qué puto problema tienes? —gruñe, y tira a su vez del brazo para soltarse de mi sujeción.

—Mars, por favor, necesito que lo hagas por mí. Yo no puedo hacerlo. No puedo..., joder —gruño, y me paso las dos manos por el pelo—. Hazlo conmigo —le ofrezco—. Yo cojo al gato y juego con él y tú lees la tarjeta. A los fans les encantará vernos a los dos. Venga, por favor.

Se queda rígido, escudriñándome. Poco a poco, mira por encima de mi hombro y se queda mirando un momento a Novy que está hablando delante de la cámara, como si no le importara una mierda ese perro alienígena tan raro que tiene entre los brazos.

—No te lo pediría si no fuera serio —admito. Si hay alguien en quien puedo confiar en esto es Mars. Es como una caja acorazada, no entra ni sale nada—. Es que yo... Joder —gruño otra vez—. Necesito ayuda, Mars.

Vuelve a mirarme, estudiándome.

Le dejo que lo haga. Le dejo ver mi miedo y mi pánico mientras le vuelvo a tender la tarjeta.

—Ayúdame.

Él pasa la mirada de mí al papel.

—Vale, Ryan, eres el siguiente —me llama Poppy—. ¿Has elegido a tu mascota? Vamos, cielo. No tenemos toda la mañana.

Hago una mueca de dolor, aprieto bien los ojos mientras rezo para que esto se pase enseguida.

—Por favor —susurro otra vez—. Por favor, Mars.

Poco a poco, extiende el brazo y me quita la tarjeta. Suelto un fuerte suspiro de alivio y asiento con la cabeza.

—¿Sí?

—Sí —responde.

—¡Ryan!

—Ya vamos —grito, y me doy la vuelta—. Mars y yo vamos a grabar el anuncio juntos.

—Ah... —Poppy pasa la mirada del uno al otro con los ojos desorbitados por la sorpresa. Al igual que yo, creo que ella también tiene miedo del finés arisco. Se libra de todas las cosas desagradables con una simple mirada—. Ah, ¡es maravilloso! —chilla dando palmaditas.

—Nada de perros —dice Mars a mi espalda—. Coge un gato.

—Por supuesto —digo, y corro hacia el trasportín para coger al gatito blanco y gris.

Si Mars me ayuda, se hace lo que él quiera. Cogería un gato, una serpiente pitón o una de esas cosas que parecen una rata topo desnuda. Qué demonios, lucharía con un caimán delante de las cámaras si eso significa que Mars va a leer la maldita tarjeta.

—¡Madre mía! ¡Ese gatito es el doble de mono ahora! —chilla Poppy, casi le aparecen corazones en los ojos cuando me ve abrazarlo—. Eres la cosa más bonita del mundo —lo arrulla—. Sí, sí que lo eres. Sí, sí que lo eres. —Se agacha y empieza a darle besitos al gatito mientras me agarra por los brazos.

Desde detrás de ella, Novy y Morrow me miran fijamente, siguen sujetando a los perros, que no hacen más que retorcerse. Mierda, la mirada que me están lanzando podría derretir la pintura.

—Eeeh..., ¿Pop? —digo, apartándome de ella.

—Ah —dice con una risa y aparta las manos, totalmente ajena a la nueva tensión que ha surgido—. Bueno, ¿estamos preparados, caballeros? —Mira a Mars—. ¿Tienes la tarjeta?

—Sí —dice, y la levanta para demostrarlo.

—¿Cómo se llama el gatito? —pregunta mientras encabeza la marcha hacia las cámaras.

Mars baja la cabeza para mirar el papel con el ceño fruncido. Entonces suspira.

—Señorita Princesa —masculla.

Poppy chilla.

—¡Ay, es perfecto! Sí que es una princesita.

Mars y yo nos alejamos de su euforia. Junto a la cámara, Claribel se limita a sacudir la cabeza.

—Me debes una —dice Mars solo para que lo escuche yo.

Yo le doy unos golpecitos en la cabeza a la Señorita Princesa.

—Por supuesto —digo con una sonrisa.

Mi pulso vuelve a su ritmo normal mientras nos colocamos delante de la cámara.

40

Tess

La fiesta de cumpleaños de Shelby es un caos. Me siento como si hubiera vuelto a la universidad, a una fiesta de fraternidad. La música resuena por todo el sistema de sonido de la casa y la gente baila y hace corrillos en todas las estancias. Hay un montón de comida, aún más alcohol y una mesa de regalos hasta los topes de cosas. Al lado de esta montaña, mi insignificante ofrenda de galletas de avena y chocolate pasará inadvertida.

Parece que todos los Rays están aquí y la mayoría de ellos han traído a sus esposas o a una cita. Intento disimular, pero no hago más que buscar a Ryan, aunque me está costando encontrarlo. Si los dos estamos andando en círculos, puede que vayamos de habitación en habitación y no nos veamos nunca. Y, como soy idiota, me he dejado el móvil en el coche. No tenía dónde guardármelo en este maldito disfraz.

Me he pasado la última hora mezclándome entre este ecléctico grupo de estrellas de la NHL y la gente del entorno de la vida de Shelby y Josh. Puede que haya conocido unas treinta personas que son amigos de la iglesia, vecinos o padres de compañeros de cole de los niños.

Resulta que Josh y Shelby son de ese tipo de gente. Mariposas sociales que solo quieren complacer a todo el mundo. Dan y dan todo a todo el mundo todo el tiempo y ya no queda nada para sí mismos. Eso significa que su casa es un desastre y que su vida es caótica, pero tienen a unas cien personas dispuestas a dejarlo todo y disfrazarse para celebrar un cumpleaños.

Si lo piensas, en cierto modo es bonito. Como soy géminis, puedo socializar hasta dormida. Soy la reina de dar un fiestón. Pero tengo un botón de apagado. Necesito retirarme. Necesito el silencio. Eso es algo de lo que en estos momentos estoy muy privada y no me resulta fácil hacer amigos.

Troy tiene parte de la culpa. Como narcisista, su *modus operandi* es separar y aislar a sus seres queridos de otra gente que puede ser crítica o la voz de una segunda opinión. Tardé diez años en darme cuenta de que, efectivamente, había eliminado a todos mis amigos de mi vida.

Empezó con las cosas pequeñas, como que pensaba que Kelly, mi amiga de la universidad, tenía una risa molesta. Empezó poco a poco desde ahí, sembrando las semillas del criticismo. Su risa era molesta..., luego eran molestas sus bromas..., luego lo era ella. Luego empezó a pedirme que no quedáramos ya con ella. Después de un tiempo, dejé de cogerle las llamadas de teléfono y nunca me di cuenta de que no había sido idea mía.

Sí, fue una mierda desentrañarlo en terapia.

No dejo de culparme por haber caído en eso. ¿Cómo no pude ver lo que estaba haciendo Troy? ¿Cómo no pude ver que yo estaba cambiando? Pero supongo que, con el tiempo, es como si todas esas piececitas de ti misma se desprendieran. Como virutas de cristal que se hunden en el fondo del mar, cambias. Te vuelves más dura, te encierras en ti misma. Lo que antes brillaba ahora se vuelve apagado.

Y, diez años después, de repente te das cuenta de que ya no te ríes. De que dejaste de contar chistes porque a él nunca le gustó que fueras más divertida que él. Y querías que él se sintiera bien, que se sintiera como el hombre. El más gracioso de toda la estancia. Pero la broma os la habéis gastado a los dos, porque él no es divertido, así que ninguno de los dos os reís.

Dios, si me encanta reírme.

Sin duda no es nada gracioso que el hombre que has amado te acose y te llame puta por atreverte a seguir con tu vida.

Tengo los ojos llenos de lágrimas y quiero gritar. Maldita sea, no voy a llorar por Troy cuando estoy vestida de diablesa sexi en la fiesta de cumpleaños de Shelby. Me salgo del grupo de gente con la que estoy hablando y mascullo una excusa. Encuentro la salida y busco un lugar tranquilo para ordenar mis pensamientos. Sigo la pared trasera de la casa y sigo caminando hasta que veo una puerta. Agarro el picaporte y, cuando abro, me encuentro con un garaje de tres coches a oscuras.

Aguanto el sollozo que está desesperado por liberarse y me meto dentro. Cierro la puerta y me apoyo contra ella.

—¡Joder! —grito, y le doy un puñetazo a la puerta. Una lágrima se me cae por la mejilla mientras oigo que se abre la puerta. Jadeo y me seco una lágrima mientras las luces se encienden.

Shelby entra, lleva un adorable disfraz de Evy O'Connell, la de La momia, que incluye unas gafitas de bibliotecaria. Josh estará en alguna puerta vestido como su apuesto Rick.

—Ay, Tess —grita, y se lleva una mano al corazón—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo siento —respondo, y fuerzo una sonrisa mientras parpadeo para que no se me caigan las lágrimas.

Cierra la puerta, lo que amortigua enseguida la música que proviene de la casa, y mira a su alrededor.

—¿Estás aquí sola?

—Sí —respondo—. Estaba eeeh... cogiendo más hielo. —Señalo el congelador que hay en la esquina—. ¿Hay más bolsas ahí?

—No —dice despacio—. Todo el hielo está ya dentro.

—Ah. Vaya, pues entonces me voy —digo lamentablemente, y extiendo el brazo hacia el picaporte de la puerta.

—O... a lo mejor puedes ayudarme —dice mientras me giro. La miro por encima del hombro—. He salido a coger más refrescos. —Señala la pila de cajas que hay en el suelo—. ¿Quieres ayudarme a llevarlos a la nevera?

—Claro. —Cruzo el garaje para acercarme a ella—. Me gusta tu disfraz de Evy, por cierto. Me encanta *La momia*.

Me lanza una sonrisa resplandeciente.

—Gracias. Cómo no te iba a gustar, ¿eh? —Le lanzo una sonrisa débil —. ¿Quieres hablar de ello?

—No —respondo, y me agacho para coger una caja de Coca-Cola.

—¿Necesitas hablar de ello? —aclara.

Me quedo rígida y sujetando bien la caja.

—Puede —admito—. Ya llevo años manteniendo a mi psiquiatra hablando de todas mis mierdas. La madre soltera que nunca me quiso, familia huidiza, problemas de abandono, ex tóxico, bla, bla, bla. Son cosas bastante aburridas.

—A mí no me parecen aburridas —responde—. Y no hace falta que lo evites a todas horas, ¿sabes? Puedes dejar que la gente sepa lo que te preocupa. No eres débil por admitirlo. Y no abre la puerta a que usen ese

conocimiento como arma arrojadiza contra ti. Hay personas buenas, Tess. Algunas quieren ayudar de verdad. No tienes por qué seguir huyendo.

—Guau —resoplo—. ¿En qué te basas para decir todo eso?

—En que yo también soy psiquiatra. Bueno, soy psicóloga infantil —aclara—. Trabajo sobre todo con niños del sistema de acogida. Muchos de ellos también se dedican a salir corriendo. He visto las señales en ti.

—Vaya... genial. —Me meto el paquete de refrescos debajo del brazo—. Me alegro de ser tan transparente. Ya sabes, lo más gracioso de todo es que odio correr.

Se ríe, pero enseguida se le borra la sonrisa.

—Todos hacemos lo que podemos para sobrevivir. ¿Puedo preguntarte de quién estás huyendo?

—De mi ex —respondo—. Después de tres años de separación, por fin le estoy insistiendo para que firme el divorcio y no le ha hecho mucha gracia.

—Ya me imagino. ¿Te está amenazando?

—Con fuego y azufre. —Me señalo el disfraz de diablesa en otro pésimo intento de darle un toque de humor. Ella no se ríe—. No es nada que no pueda manejar —añado enseguida.

—¿Hay niños implicados?

—No.

—¿Propiedades? ¿Bienes empresariales?

—Sí, ambos —respondo.

—¿Cuánto valen para ti?

Le sostengo la mirada, me siento como si me viera del todo. Puede que se parezca a Candace, pero su voz es tan diferente, sus manierismos, la calidez de los sentimientos en sus expresiones. Dejo todas mis dudas a un lado y le digo la verdad.

—No más que mi vida.

Asiente con la cabeza.

—Bien. Pues suéltalas, Tess. Las cosas son remplazables. Las habilidades laborales son transferibles. Tu vida y tu bienestar son lo único que importa. Suelta todo lo demás.

Ladeo la cabeza y la estudio.

—No solo eres psiquiatra, ¿verdad? Tú también has pasado por esto.

Ahora le toca a ella encogerse de hombros.

—Josh es mi segundo marido. Apareció poco después de que Addie y yo saliéramos de nuestra última situación. Es nuestro héroe —dice con lágrimas en los ojos—. Nuestro ángel guardián. Era a él a quien estaba destinada a conocer, ¿sabes? Es el padre de los hijos que se suponía que íbamos a tener.

—Me alegro por ti —confieso—. Y yo, el otro día, cuando fui tan borde...

—Nop. —Levanta una mano—. No hace falta que vayas por ahí. Está olvidado.

Suspiro apoyando la cadera en el banco multiusos cromado.

—¿Sabes? Eres una tía genial.

Vuelve a sonreír.

—Me da la sensación de que tú también. Oye, ¿te gusta el karaoke?

—¿Voy a cantar o a burlarme de quienes lo hacen?

—Lo que quieras —dice con una carcajada—. Ambas. Vamos todos al karaoke que organizan en el Rip's los jueves por la noche. Deberías venir la semana que viene. Te prometo que no te daré más consejos no solicitados para la vida moderna.

Muevo el paquete de refrescos que tengo debajo del brazo.

—Claro. A lo mejor me paso.

Ella también coge una caja y me hace gestos para que salga primero hacia el jardín trasero.

Cuando llego a la puerta, siento una mano que me acaricia el hombro.

—Oye..., ¿puedo pedirte un favor? ¿Somos lo suficientemente amigas para que lo haga?

La miro levantando una ceja.

—¿Qué favor?

Se le suaviza la expresión mientras estudia mi cara.

—Sé amable con Langley —dice al fin—. No es ningún secreto que es mi favorito y está loco por ti. Es un buen chico, Tess. Puede que el mejor. Es solo que... no le hagas daño, ¿vale?

—Sí —digo, y asiento con la cabeza—. Vale.

¿Langley está loco por mí? Vaya, pues qué casualidad, porque creo que yo también estoy loquita por él.

41

Ryan

Cuando Novy aparca en casa de Sully poco después de las ocho de la tarde, ya hay una hilera de coches rodeando la manzana. La fiesta de cumpleaños está en su apogeo. Llegamos tarde, como está de moda, por supuesto. Lukas Novikov no sabe hacerlo de otro modo.

Después de habernos tirado toda la mañana grabando anuncios para la Sociedad Humanitaria, hemos ido a comer y, luego, a la playa.

Los chicos han jugado al vóleibol, pero yo me he limitado a mirar. No voy a volver a joderme la rodilla por nada del mundo.

—Eh, tío, ¿quieres que te acerque más a la entrada del garaje? —dice desde el asiento delantero.

—Puedo andar, gilipollas —respondo por encima de la música fuerte.

Aparca en paralelo a media manzana y nos bajamos todos del coche. Morrow y yo vamos disfrazados a juego. Dibujo una sonrisa de satisfacción al verlo caminar delante de mí y subirse a la acera con Novy. Llevamos todos vaqueros con camisetas blancas y la cazadora motera de cuero de *Hijos de la anarquía*.

¿Estoy siendo justo al ir vestido de Jax Teller? Demonios, no. Nada justo. Deseo a Tess y quiero que ella me desee a mí. Si darle a probar un cachito de su fantasía me hace ganar puntos, nunca me voy a quitar este disfraz.

—Dios —chilla Morrow, y casi se me echa encima—. Tío, ¿qué coño?

Tanto Novy como yo miramos y vemos a una parca merodeando por el jardín delantero a oscuras.

—¿Quién cojones es ese? —grita Morrow, está claro que está asustado —. ¿Quién eres?

—Tío, tranqui —dice una voz profunda amortiguada—. Soy yo. —Davidson se quita la capucha y deja que le veamos la cara—. A que mola, ¿eh? —dice, señalándose a sí mismo.

—No es una casa encantada, gilipollas —le espeta Morrow—. Es una fiesta de cumpleaños.

—Sí, pero lo tenía por ahí de Halloween —explica—. Tampoco iba a comprarme otro disfraz para la fiesta.

—Lo que tú digas, tío —responde Morrow—. Si me vuelves a asustar, te machaco las costillas. La puta sombra de la muerte acechándome en la oscuridad —dice mientras se santigua.

—Venga —dice Novy—. Vamos.

Llegamos a la puerta principal y entramos. La casa está abarrotada y la música dance resuena en los altavoces. A los primeros a los que vemos son J-Lo y Lauren. Lleva una túnica negra larga, como una toga, y una peluca azul con pelos de loco.

—Hala, mola el disfraz, J —saluda Novy, mirándolos a los dos—. Hades, ¿no?

—Y su querida esposa, Perséfone —dice Lauren, que ya está un poco achispada, mientras le pasa a J-Lo un brazo por el hombro. Ella lleva un peinado lleno de flores y un vestido de flores rosa.

—Estáis los dos geniales —intervengo y les sonrío. Luego resoplo cuando veo a Teddy, el fisioterapeuta interino, paseándose tan tranquilo con las manos llenas de cerveza—. ¿Y quién se supone que eres tú? —grito a su espalda.

Se da la vuelta, va borrachísimo. Lleva un albornoz azul y una larga barba blanca.

—Soy Merlín, eh —dice arrastrando las palabras—. Ay, mierda. ¿Dónde está mi sombrero? Tiene más sentido con el gorro.

Novy le quita una cerveza de las manos y me la tiende. Luego agarra otra para sí mismo antes de que Teddy se marche tambaleándose.

—Esta fiesta se va a salir de madre —dice Novy, mientras le da un trago a la cerveza que ha robado.

Vamos hacia la cocina para buscar a los anfitriones, Novy y Morrow van por delante de mí. Voy casi pegado a ellos cuando se paran de repente.

—Chicos..., ¿qué?

Miro entre sus hombros y veo a Poppy con los ojos como platos. Los está mirando a ellos, apretando el vaso rojo que tiene entre las manos. No sé de qué va disfrazada. Lleva un vestido antiguo y un sombrerito, se ha rizado el pelo y los bucles le enmarcan la cara.

Novy la mira fijamente.

—Habías dicho que no ibas a venir.

Ella endereza los hombros y levanta la barbilla.

—Bueno, está claro que he cambiado de idea.

Novy está tan tenso que yo también empiezo a estarlo.

—Pero dijiste que...

—Tranqui —interviene Morrow, y le pone una mano en el hombro—. Aquí no.

Paso la mirada del uno al otro. Está claro que está pasando algo. Estaban los tres muy irritables en el asunto de la adopción de mascotas. Sé que Novy vuelve loca a Poppy, pero hoy me ha parecido diferente.

—Chicos, ¿qué pasa? —digo detrás de ellos.

Novy y Morrow se dan la vuelta enseguida y giran el cuerpo de tal forma que ahora Poppy me ve.

Abre los ojos aún más.

—Oh... Hola, Ryan —dice con dulzura—. Bonitos disfraces.

Esconde la sonrisa forzada detrás del vaso y le da un trago a su bebida afrutada.

—Hola, Poppy —respondo, todavía sigo intentando averiguar por qué actúan de una forma tan rara—. ¿Y quién se supone que eres tú?

Suspira.

—Si te soy sincera, debería haberme hecho un cartel para colgármelo del cuello. Soy Elizabeth Bennett —añade, y se señala a sí misma con una floritura.

Los tres intercambiamos una mirada.

—¿Elizabeth Bennet? —resopla con la mano en la cadera—. ¿Solo es una de las mejores heroínas románticas de todos los tiempos? ¿De *Orgullo y prejuicio*?

—Eso es... ¿una película? —pregunta Morrow con una ceja levantada.

—Por estas cosas solo atraéis a tías como las *puck bunny* —chilla—. ¡Porque cualquier mujer con clase, gusto y sentido sabe mantenerse alejada! —Con lágrimas entre los ojos, nos empuja y se larga como un vendaval.

—Ignórala —masculla Novy—. Solo está enfadada porque no ha podido adoptar a la gata. —Echa a andar hacia la cocina.

Morrow se queda rezagado, sigue con la mirada clavada en el sitio por donde acaba de desaparecer Poppy.

—¿Estás bien, tío? —digo, y le pongo la mano en el hombro.

Me la mira y luego levanta la cabeza.

—No.

—¿Quieres hablar de ello?

Me sostiene la mirada y, por un segundo, de verdad creo que está a punto de decir que no.

—Chicos, he encontrado a Shelbs —nos llama Novy.

Morrow parpadea y cierra la expresión. Se aparta de mí.

—Venga. Vamos a ver a la cumpleañera.

—¡Novy! —grita Shelby muy achispada y levanta su copa de vino—. Josh, cariño, mira. ¡Han venido más chicos! —Se fija en nuestros disfraces —. Vaya, estáis buenísimos. Con mayúsculas.

Todos nos reímos.

—Feliz cumpleaños, Shelby —dice Novy, y le da un rápido abrazo.

—Eh, Shelbs. Feliz cumpleaños —añade Morrow.

La estoy abrazando yo cuando Sully se acerca y me da en el hombro.

—Oye, cuidadito con esas manos, tío.

Me aparto de un salto y él se ríe mientras le pasa un brazo por los hombros a su mujer.

—¿Quién se supone que sois? —quiere saber Novy, que se fija en la extraña combinación de ella con camisa abrochada hasta arriba, pajarita y una falda larga de esas que llevaban las bibliotecarias antiguas. Por su parte, Sully tiene el pelo peinado hacia atrás y lleva unos pantalones caqui, una camisa blanca y unos tirantes de cuero con una funda de pistola.

—Oye... —digo con una sonrisa—. Sois Rick y Evy. De *La momia*.

—¡Sí! —chilla Shelby, y se lanza a darme otro abrazo y un beso en la mejilla—. Sabía que eras mi favorito por algo.

—Oye, creía que era yo. —Sully hace pucheros.

—Mmm, sabes que eres mi machote principal —ronronea ella y se da la vuelta para encajarse entre sus brazos.

—Vale, qué asco —dice Morrow tapándose los ojos—. Me siento como si viera a mis padres enrollarse.

—Los padres también follan, Cole —se burla ella.

—Pues hablando de eso, voy a emborracharme.

Se aleja y Novy lo sigue, así que me quedo con los O'Sullivan.

—La comida está en la mesa del comedor —explica Sully, y señala hacia donde está—. Todos los refrescos y las cervezas están en las neveras de fuera.

—Gracias —respondo, y miro a mi alrededor—. Oye, ¿han llegado ya los Price?

Asumo que Tess no debería estar muy lejos de donde esté Rachel. No la he visto en todo el día. Le he enviado un par de audios, pero no me ha respondido. La deseo. Y no solo porque quiera ver cómo reacciona a mi disfraz. Es solo que... la deseo.

—Sí, estarán todos por alguna parte —responde Sully mirando por encima del hombro—. Mira fuera, quizá. Aunque hay gente jugando en el piso de arriba.

Me deslizo por su lado prometiéndole a Shelby que probaré los rollitos de huevo sureños. No puedo buscarlos en el comedor porque hay una bandada de novatos que me lo impide. Entre ellos se encuentra Flash, que lleva un disfraz de Superman muy decepcionante, y Patty, que va vestido de gladiador.

Hasta que no se gira, no veo todo el cuadro. Hay una chica apoyada en su pecho. Va con un disfraz de Cleopatra sexi con un maquillaje dramático y un escote pronunciadísimo. Patty no hace más que toquetearla. De hecho, tiene una mano metida por el traje y le está acariciando una teta.

—Madre mía, qué bueno estás —dice la chica mirándome de la cabeza a los pies.

—Gracias —digo—. Si me disculpas.

—Eres igualito que Jax Teller —sigue ella, y me toca el brazo cuando intento pasar a su lado.

—Sí, bueno, esa era la idea —respondo alejándome.

—Eres titular, ¿verdad? —dice, y me vuelve a agarrar.

Asiento con la cabeza, lo cual significa que Patty podría haberse convertido en una planta. Me mira como si fuera mi culpa que su cita me esté manoseando. Le devuelvo la mirada. No me importa poner a un novato en su sitio. No es mi culpa que no pueda retener la atención de la chica.

—¿Sabrías adivinar quién soy? —pregunta su cita, exhibiendo su traje brillante.

Le doy un trago a mi cerveza.

—Creía que la temática de la fiesta era personajes ficticios.

—Sí, soy Cleopatra —responde, mientras se pasa las manos por los lados.

Patty le pasa un brazo y la atrae hacia su pecho. Sigue mirándome fijamente por encima de la cabeza de la chica.

—De ahí mi confusión —le respondo.

Ella me mira parpadeando.

—¿Qué?

—Cleopatra era una persona real. No es un personaje ficticio. Ni tampoco César —añado para Patty con una sonrisilla de suficiencia.

—No es real —responde ella riéndose—. Es de una serie de HBO.

—Vaya. —Levanto la cabeza para mirar a Patty—. Vais a tener unos hijos preciosos.

Antes de que este pueda responder, me doy la vuelta y me alejo en dirección contraria. No merece la pena pasar un segundo más atrapado en el Yermo de los Novatos, no cuando Tess ha venido. Salgo fuera y casi me doy de bruces con Mars.

—Vaya, lo siento, tío —digo, y le pongo la mano en el hombro para mantener el equilibrio.

Pasa la mirada de su hombro a mí, me observa y siento que el cuerpo se le tensa bajo mi mano.

A mí me pasa lo mismo.

—¿Qué coño llevas puesto? ¿Quién se supone que eres tú?

—Ni idea —responde, y se encoge de hombros con indiferencia.

Lleva un gorro rojo con un pompón, una camiseta de rayas blancas y azules, y unos pantalones cortos de color azul celeste.

—No lo... —Es entonces cuando veo al resto. A menos de tres metros de distancia, junto a las neveras, están la doctora, Jake y Sanny. Y entonces me río—. Tío, ¿te han vestido del señor Smee?

Mars se limita a mirarme fijamente.

Rachel lleva un disfraz de campanilla y el pelo recogido en un moño casual. Sanny le pasa el brazo por los hombros, va vestido de Peter Pan. Jake está en su salsa con un disfraz ridículo del Capitán Hook,

complementado con un gancho reluciente. Han traído hasta al perro. Poseidón pasa corriendo con un vestido de cocodrilo persiguiendo al perro de Sully.

—Debes de quererlos mucho —me burlo de Mars, y me deleito de verlo con ese gorro estúpido.

—Algo así.

Nos quedamos ahí de pie, viendo al resto de invitados de la fiesta riéndose y charlando. Se ha portado genial esta mañana cuando ha cogido la tarjeta y la ha leído en voz baja mientras yo sujetaba a la gatita. No me ha preguntado nada, solo me ha devuelto el papel y se ha marchado.

—Bueno..., ¿me vas a hacer alguna pregunta al respecto? —digo, y le doy un sorbo a la cerveza.

—¿Alguna pregunta sobre qué?

Resoplo y me giro para quedar frente a él.

—Ya sabes de qué, tío. Puedes preguntar si quieres —me ofrezco—. Confío en ti para que lo sepas. No se lo dirás a nadie.

Por extraño que parezca, casi quiero que me pregunte. Más que eso, quiero contárselo. Quiero confiar en él. Sé que me sentiré mejor si comparto este secreto con alguien. Es una carga que cuesta muchísimo soportar. Doy lo mejor de mí mismo todos los días, pero a veces estoy cansado, a veces meto la pata, a veces me arrastran a grabar un anuncio para promover la adopción de mascotas.

En todos los equipos en los que he estado, alguien lo sabía, alguien podía echarme un cable. Pero todo ha sido tal locura desde que me uní a los Rays que todavía no he encontrado mi sitio. Aparte de la gente de administración, como Vicki, no me he sentido preparado para confiar en ninguno de mis compañeros y abrirme.

Mars me mira con las cejas fruncidas.

—¿Lo sabe alguien del equipo?

Sacudo la cabeza y le doy otro trago a la IPA de mierda.

—¿Por qué no?

—Creía que tú lo entenderías mejor que nadie —respondo—. No queremos que nuestra vida privada quede al descubierto.

—Pero quieres que lo sepa yo —intuye—. Quieres un confidente.

Despacio, asiento.

—Sí, creo que sí.

—¿Y Tess? ¿Lo sabe ella?

Se me para el corazón solo de pensarlo.

—Ni hablar. Imposible.

—No seas crío, Langley —suspira.

Silbo.

—¿Crío?

—No estoy ciego. Sé que la deseas. Si quieres conservarla, debes contarle todas tus verdades, incluso la difíciles... sobre todo estas últimas.

Salvamos la incomodidad de tener una conversación más profunda cuando la propia Tess aparece al volver una esquina. Va cogida del brazo de Shelby. ¿Cuándo se han hecho amigas estas dos? La veo echar la cabeza para atrás y reírse de algo que ha dicho Shelby.

Se me para el corazón. No puedo respirar. No puedo moverme. Mi Tess va disfrazada de diablilla sexi, con una falda de cuero roja, medias de rejilla y un corsé de encaje rojo que hace que sus pechos parezcan inmaculados. Sobre el pelo rojizo asoman unos cuernecitos de color rojo.

Olvídate de Mars y los secretos. Olvídate de todo. Olvídate hasta de mi nombre. Esta mujer es lo único que importa.

42

Tess

—Pero si de verdad quieres que se monte un caos en el karaoke, tienes que subir a Novikov al escenario —dice Shelby mientras las dos nos partimos de la risa.

—Espera, Novikov es el anchote con la cicatriz en la cara, ¿verdad? —pregunto—. ¿Le gusta cantar? —Esas dos imágenes no encajan en mi cabeza.

—Hasta ahora, creo que lo he escuchado cantar toda la discografía de George Michael —responde con solemne asentimiento de cabeza.

—¡No! —grito, y se me escapa otra carcajada—. George Michael, no.

—No has vivido hasta que no lo oyes cantar *Careles whisper* —se burla.

Antes de que pueda responder, una nueva voz hace que me detenga de golpe.

—Hola, diablilla sexi.

Me quedo sin aliento cuando me doy la vuelta para buscar a esa voz. Ryan está aquí. Joder, hasta ahora no me había dado cuenta de cuánto lo he echado de menos. Está de pie al lado de Mars, con una cerveza en la mano... y va vestido de Jax Teller.

«Joder, me cago en todo».

Lo estudio, desde los rizos rubios despeinados hasta los vaqueros rotos y las botas macizas, pasando por esos hombros anchos que le llenan la camiseta blanca. Me centro en la cazadora de cuero negro con parches de *Hijos de la anarquía* y todo.

—Madre mía.

Levanto la mirada a su cara. Absorbo esos ojos verdes color manzana y la curva de su sonrisilla de suficiencia, mientras me inmoviliza con una mirada de sincero deseo.

Ryan.

Al volver a verlo, al sentir esta energía que parece llamar a la mía, soy muy consciente de una verdad: a Ryan le gusta cuando me río. Desde que nos conocimos, ha dedicado todas sus energías a intentar arrancarme este sonido de los labios. Cuando me tumbo en su cama por las noches y finjo que lo ayudo a dormirse, me río de algo que dice y entonces él me pasa un dedo por la garganta para seguir el sendero del sonido. Para él, mi risa es música. Para él, mi risa es magia.

«Mi Ryan».

Me trago los nervios y le sostengo la mirada. Esta noche voy a tener a este hombre.

43

Ryan

—Hola a todos —canturrea Shelby cuando se acerca con Tess—. ¿Os lo estáis pasando bien?

—Nos lo estamos pasando genial —responde la doctora.

—Me encantan vuestros disfraces, por cierto —responde Shelby—. Muy ingeniosos. ¿A quién se le ocurrió la idea?

—A Jake —responden Sanny y la doctora al mismo tiempo.

El aludido, que estaba detrás de ellos, se incorpora al círculo.

—Ese soy yo —dice—. A que mola, ¿eh? Al principio quería que nos disfrazáramos de *El libro de la selva* y que Mars fuera el oso, pero Cay se negó a ponerse los gayumbos rojos... Bueno, se negó a ponérselos en público —añade guiñando un ojo.

Sanny le lanza una mirada a su marido.

—Sabes que puedo dejarte sin sexo, ¿verdad?

—Sí, pero no lo harás —responde Jake con una sonrisa y le pasa un brazo por los hombros—. Te gusta demasiado. Y no te culpo. Soy muy bueno en la cama —me explica.

—No me hace falta saber todo eso —mascullo.

—¿Siempre son así? —le pregunta Shelby a Tess con una risilla.

—Mmm, la verdad es que ahora están bastante tranquilos, si te soy sincera —responde ella.

Tiene las mejillas sonrojadas. Está intentando no mirarme. Está intentando no pensar en mí.

«Buena suerte, diablilla sexi. Antes de que termine contigo, yo seré lo único que se te pase por la cabeza».

La miro fijamente unos segundos de más, puede que entre en combustión espontánea.

—Bueno, voy a por algo de comer —le digo al grupo—. Le he prometido a Shelby que probaría los rollitos de huevo sureño.

—Síií —suelta la aludida, y me hace un gesto con la copa de vino—. ¡Y no te olvides de mojarlos en la mayonesa de chipotle!

Asiento con la cabeza y me largo sin dedicarle a Tess ninguna mirada más. Me meto en la cocina y cambio la cerveza que no quiero por una botella de agua. Entonces paso al salón. No tengo hambre, solo intento distraerme. Así que sigo avanzando hacia delante. Los tiburones tienen que nadar todo el rato, ¿verdad? Si dejo de moverme, pensaré en Tess. Y si pienso en Tess con esas medias de rejilla, me empalmaré. Y si me empalmo, asustaré a los novatos.

Estoy girando la esquina hacia el vestíbulo principal cuando siento un tirón en la mano. Ansioso, me doy la vuelta, preparado para tirar de Tess y estrecharla entre mis brazos. Me detento de repente cuando veo que una chica con una peluca negra brillante invade mi espacio.

—¡Aquí estás! —dice Cleopatra—. Ven a bailar conmigo. —Se pega contra mí y restriega su cuerpo contra el mío.

—Vaya, creo que te has perdido, bonita —digo mientras intento que me quite las manos de encima. Pero ella tiene dos y yo solo tengo una. Con la otra estoy sujetando la botella de agua. Cuando le aparto una de las manos, ella me pone la otra encima.

—Te he estado esperando durante horas —gimotea—. Tengo muchísimas ganas de ti.

—Improbable, yo solo llevo aquí quince minutos —respondo—. Vale... Joder... —Tiro la botella de agua al suelo y la agarro de las dos manos. Con toda la suavidad que puedo, hago que se gire.

Ella sigue contoneándose, pegándose a mí con el culo.

—Solo quiero bailar...

—No, no, no. —Me aparto de ella. Joder, está pedo. Llegados a este punto, no sabe lo que está haciendo—. ¿Sabes lo que creo que deberíamos hacer? Coger un Uber e ir a tu casa.

—¿Mi casa?

—Sí, vamos a largarnos de esta fiesta. ¿Sabes dónde está tu casa?

—Sí, pero me dejan salir toda la noche —dice mientras intenta volver a rodearme con los brazos—. Podemos ir a la tuya. Te prometo que no pasa nada.

Gruño.

—Dios, ¿cuántos años tienes? —Si Patty ha traído a una menor de edad a la fiesta de cumpleaños de Shelby, voy a cargar contra él hasta que lo mate.

—Diecinueve.

«Gracias a Dios».

—Vamos —gruño e intento que camine delante de mí sin que nuestros cuerpos se toquen—. Joder... para...

—¿Ryan?

Me quedo rígido. Cuando miro por encima del hombro, veo que Tess me está observando con los ojos como platos. La verdad es que no está centrada en mí, sino en nosotros... Cleopatra y yo, a mis manos agarrándola mientras ella me aprieta con el culo y se contonea como un pez. Digo lo único que se me ocurre:

—Ayúdame.

Ella parpadea. En pocos segundos, su expresión de sorpresa herida se desvanece y corre hacia delante.

—¿Qué pasa?

—Está borracha —digo, doy las gracias por que no me haga preguntas —. Ha venido con Patty. No sé dónde demonios se ha metido. Si ves un gladiador alto y rubio, dale un puñetazo en la cara.

—Lo haré. —Me rodea y le pone la mano a Cleopatra debajo de la barbilla—. Eh, cariño. Soy Tess. ¿Cómo te llamas?

—Tegan —responde la chica.

—¿Cómo te encuentras, Tegan?

—Cansada —suelta la joven—. E hinchada. Dios, ¿por qué no me folla ya? —gimotea.

—Ay, lo siento, cariño. Este está cogido —responde Tess.

—¿Qué? —Tegan gimotea una vez más—. Noooo. Pero yo lo quiero a él.

—Lo sé —dice Tess mientras le da unas palmaditas en el hombro—. Pero en el amor, igual que en la vida, a veces nos llevamos grandes decepciones.

—Tenemos que sacarla de aquí —digo por encima de su cabeza—. Estaba intentando pedirle su dirección para meterla en un Uber.

—No sé si podemos confiar en nada de lo que diga en este estado —responde Tess—. ¿Crees que a Shelby le importaría que la metamos en uno de los dormitorios de arriba?

—Maldita sea. Si pota, Shelbs me lo hará pagar a mí.

—Pues que pague Patty Abdominález —dice Tess con la mirada seria—. Si es su cita, debería cuidarla mejor. Va borrachísima.

—Ay, va a pagar de más de una forma —le aseguro. Nada que unas cuantas rondas de esprints suicidas no vayan a solucionar. En el próximo entrenamiento, va a potar el desayuno.

—Vamos a subirla arriba —dice Tess—. ¿Puedes cogerla con la rodilla...?

—Ya me encargo yo.

Cojo a Cleopatra en brazos y voy hacia las escaleras.

Tess me sigue y recoge la botella de agua que he soltado en el suelo.

Las escaleras dan a una enorme zona de juegos donde hay unos cuantas personas jugando a videojuegos. Nadie se fija en nosotros cuando nos encaminamos hacia el pasillo que conduce a los dormitorios.

—Una vez me quedé aquí —digo por encima del hombro—. Esta es una habitación de invitados —digo, señalando la puerta con la cabeza.

Tess se desliza en el hueco que hay entre mi cuerpo y la puerta y la abre.

—Hala... ¡madre mía! —chilla y se tapa los ojos con las manos.

Echo un vistazo por encima de su cabeza y veo a Novy y Morrow medio desnudos montándose a una rubia. Novy es el que está más cerca, de espalda a nosotros. Los dos se giran hacia la puerta al mismo tiempo con los ojos como platos.

—¡Fuera, me cago en todo! —ladra Novy, sin dejar de embestir a la chica por detrás. Con todas las nalgas tonificadas al aire y los pantalones alrededor de los muslos.

La chica que hay entre ellos suelta la polla de Morrow. Creo que el cerebro va a explotarme cuando Poppy se gira para mirarnos con los ojos como platos y los bucles rubios despeinados.

—Ay, madre mía —chilla con una expresión de horror en la cara cuando me clava los ojos.

—Dios mío —reculo mientras Tess cierra la puerta con un rápido: «Perdón, ¡seguid a lo vuestro!».

Me quedo mirando fijamente la puerta cerrada mientras digiero esta nueva información. Todas las piezas encajan: la actitud de mierda de Novy y Morrow durante las últimas semanas, esas extrañas vibraciones de tener una trifulca de novios. Ahora todo tiene sentido. Han estado peleándose por la misma mujer... y es Poppy St. James de las narices, nuestra jefa de relaciones públicas.

Pero... ¿cómo? A ver, Morrow es un tío majísimo, así que eso lo entiendo. Pero Novy y Poppy se odian. Son como el perro y el gato. La mitad de nuestras sesiones de entrenamiento para los medios son el resultado de que Novy ha hecho algo para enfadarla. Supongo que es cierto eso que dicen de que del amor al odio hay un paso...

—Ryan... —Tess me pasa los dedos por el brazo.

Sacudo la cabeza para intentar despejármela.

—Cierto. Joder. —Reajusto un poco a la Cleopatra borracha y avanzamos por el pasillo—. Vamos, por aquí.

—Pero estas son las habitaciones de los niños...

—No están —respondo—. Esta noche se quedan en casa de la madre de Shelby. Tú abre la puerta antes de que se me caiga la Reina del Nilo.

Abre la puerta vacilante y echo un vistazo dentro.

—Despejada —dice aliviada.

Nos metemos en la habitación de Addie, me acerco a la cama individual de princesa y dejo a Cleopatra encima. Gruñe y enseguida se hace una bolita de lado hasta quedar en posición fetal, con la peluca torcida.

Tess se encarga a partir de aquí.

—Toma, cariño. Voy a poner una papelera al lado de la cama y hay agua en la mesilla de noche.

Cleopatra se limita a gruñir.

—Va a caer rendida en cero coma.

—Sí y mañana le dolerá todo —dice Tess a mi lado.

—Les pediré a Josh y a Shelbs que mañana le echen un ojo —le aseguro. Tess sacude la cabeza—. ¿Qué?

—Es que es muy imprudente, ¿sabes? ¿Y si hubiera hecho su truquillo de arrimar la cebolleta a cualquier otro en lugar de a ti? ¿Y si hubiera sido alguien menos noble?

—Aquí está a salvo —digo, y le pongo la mano en el hombro—. Shelby y Josh no dejarán que le ocurra nada.

Así, sin más, mi diablilla sexi se echa a llorar. De un plumazo, desaparecen todos los pensamientos de mis defensas montándose un trío con la jefa de relaciones públicas.

—Eh, eh, ¿qué pasa? —le pregunto mientras la abrazo—. ¿Por qué lloras?

Me aprieta la cara contra el pecho y me estrecha con fuerza por las caderas.

—Dios, no es nada..., es que... Qué ridícula soy. Es que... ha sido un día muy duro y... no es nada. —Sacude la cabeza e intenta apartarse de mí—. Dios, cómo odio llorar. Últimamente, siento que es lo único que hago.

—Vaya, eh. Quédate. Cuéntamelo. —Le pongo una mano debajo de la barbilla y le levanto la cara—. Tess, mírame. ¿Qué ha pasado?

Sacude la cabeza otra vez con los ojos cerrados.

—No... Ryan, no. No vamos a hablar de ello. No quiero, ¿vale? Ni esta noche. Ni aquí. Ni ahora.

Y entonces es cuando sé que tiene que ver con Troy. Tío, que le den al muy gilipollas. Joder, cómo lo odio. Odio que todavía ejerza control sobre ella. Solo quiero que se libre de él.

—La verdad es que te he echado de menos —admite, y mi corazón da un salto mortal—. Hoy te necesitaba. Empiezo a sentir que te necesito, Ryan, y creo que eso me asusta un poco. La verdad es que no tengo a nadie más aparte de Rachel y has sido muy buen amigo, pero no puedo depender de ti. No puedo ser una carga para ti.

Me llama amigo. No amante. Ni novio. Solo soy su amigo. Ryan Cachorrito Langley, el amigo majo con el que de vez en cuando hace una garganta profunda. Es mejor que nada.

—Eh —digo, envolviéndole la cara con las dos manos—. Mírame.

Respira hondo antes de levantar la cabeza. Es preciosa. Esta noche se ha pintado los ojos negros y esos labios rojos podrían parar el tráfico. Súmale los cuernos y esa cosa tipo sujetador de encaje y estoy preparado para ponerme de rodillas y suplicar.

Pero eso no es lo que ella necesita ahora mismo. Necesita consuelo y validación. Necesita a su amigo.

—Estás a salvo conmigo —le digo—. Cleopatra está a salvo y tú también. Nada te tocará cuando estés entre mis brazos, te lo juro por Dios.

Relaja las manos con las que me estaba agarrando de las caderas. Poco a poco, me acaricia los costados y me las mete por debajo de la cazadora para extenderlas por el pecho. Baja la mirada y mira el punto en que me está tocando con las manos. Mi cuerpo se calienta, me encanta la sensación de tenerla tan cerca. La deseo. Me muero por ella. Pero voy a respetar sus límites y a avanzar a su ritmo.

—Ryan... —Me acaricia los pectorales con las manos.

—¿Qué necesitas? —digo en voz baja.

Deja de mover las manos y levanta la vista para mirarme a los ojos. Abre los labios y dice dos palabras que son música para mis oídos:

—A ti.

44

Tess

—Ryan, por favor —murmuro, con las manos en su nuca mientras le acaricio el pelo y me acerco un paso—. Te necesito a ti.

—¿Qué necesitas? —vuelve a decir él. Tiene las manos en mi cintura y me acaricia por encima de la falda de cuero—. Dime lo que necesitas.

No se me da bien ser vulnerable. No se me da bien dejar que la gente se acerque a mí. Preferiría ir por el mundo en pelota picada que admitir que tengo fallos, sentimientos e inseguridades.

Y mira que este hombre me ha visto desnuda. A lo mejor por eso todo ha sido tan caótico. Empezamos con lo de la desnudez. Sin muros, sin esconderse. Solo yo, tal y como soy, con curvas y pecas y unos hombros quemados por el sol.

Él ha sabido lo que soy, todo lo que soy, desde el día uno. La pregunta es: ¿le voy a dejar que sepa quién soy? ¿Le voy a dejar entrar?

Respiro hondo y lo miro a los ojos. Por él, estoy dispuesta a intentarlo.

—Quiero esto, Ryan —digo—. Te quiero dentro de mí. Quiero que me folles. Aquí. Ahora.

Su energía se oscurece mientras me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Tess...

—Espera. —Levanto la mano y cubro la que él me ha puesto en la mejilla—. Quiero dejarte entrar... Yo... Dios, voy a intentar dejarte entrar, ¿vale? A veces mi cabeza puede ser un lugar muy alocado —le advierto mientras aparto la mano.

—Me he dado cuenta —dice riéndose. Él también quita la mano y me acaricia con el pulgar la curva del hombro.

Me estremezco, me encanta la sensación de su suave tacto. Me concentro en esa sensación, le doy mi vulnerabilidad.

—Ryan, el último hombre que me tocó lo hizo enfadado. Creo que eso me hace tener miedo de dar este paso contigo. Me da miedo rendirme, me da miedo perder el control. —Se queda quieto conteniendo el aliento mientras le destellan los ojos—. Quiero que me ayudes a reclamarlo.

Levanta una ceja.

—¿Tu control?

—Y mi consentimiento —digo asintiendo con la cabeza—. Las dos cosas.

—¿Cómo hacemos eso? —me pregunta buscando algo en mis ojos.

—Follamos —respondo—. Y no nos contenemos nada. Quiero entregarme entera a ti, Ryan. Quiero confiar en que no me vas a hacer daño, en que solo me darás placer.

—Dios, Tess. —Aparta las manos.

El corazón me da un vuelvo, está nervioso de la anticipación.

—¿Tú no quieres lo mismo?

Gruñe.

—Bueno... Joder, no puedo mantener esta conversación delante de Cleopatra borracha —dice, haciendo un gesto con la mano hacia la cama en la que la pobre Tegan está roncando con suavidad.

Contengo la risa y lo tomo de la mano.

—Vamos.

—Espera...

Lo saco de la habitación, miro hacia la sala de juegos, que está petada, antes de ir hacia la izquierda.

—Tess, ¿qué estás haciendo?

El corazón se me acelera cuando abro la siguiente puerta y veo un baño. Miro dentro. Ni hablar. No voy a follar con este hombre junto a un retrete. Cierro la puerta, sigo adelante y abro la siguiente.

—Tess...

—Aquí —digo, y lo empujo a la oscuridad del cuarto de los niños vacío. Es cuqui, está decorado con tonos claros de azul y gris. Hay una cuna en la pared más alejada, rodeada de estanterías con libros y juguetes. Hay una mecedora junto a la ventana, de la que cuelgan unas cortinas vaporosas que dejan entrar la luz de la farola que hay fuera.

Ryan se coloca en medio de la habitación y poco a poco se gira para quedar frente a mí.

—¿En serio? ¿En la habitación del pequeño Josh?

Cierro la puerta, echo el pestillo y me apoyo contra ella.

—No creo que le importe. Y, a menos que quisieras quedarte en el otro lado con la Cleopatra borracha... o unirte a la tripulación de la Torre Eiffel...

—No —dice entornando los ojos.

—Me haces sentir bien, Ryan. —Voy directa al grano—. Me haces sentir segura. Y nuestra química rompe todas las putas gráficas. Sé que tú también lo sientes. Creo que serías un amante fantástico y, si quieres, yo digo que sí.

—Tess...

No aparta de mí esa mirada tan abrasadora que tiene. Me aparto de la puerta cerrada y camino hacia él.

—Puedes tenerme entera... como tú quieras. Puedes ser cuidadoso... o puedes ser duro. —Me detengo a un brazo de distancia de él—. Yo consiento...

Y entonces estoy entre sus brazos. Me acerca a él y me besa con toda la pasión que sé que siente por mí. Nos fundimos el uno con el otro, nuestras manos se aferran a lo que pueden mientras buscamos alivio en la boca del otro ahora que por fin nos estamos besando, tocando, compartiendo el aire. ¿Por qué dejamos de besarnos con lo que nos gusta?

Sus labios son suaves, aunque sus besos son urgentes. Me abre la boca tanteándome con la lengua y yo le dejo entrar, pues me encanta sentirlo contra mis labios. Movemos las manos con frenesí, desesperados por este momento de reconexión. Me estoy aprendiendo su cuerpo poco a poco, memorizando sus pectorales, los músculos que le recorren los brazos. Deslizo las manos dentro de su chaqueta de cuero y lo acaricio por encima de las costillas.

—Tú crees que estás muy mono con esto puesto, ¿no? —lo provoco y le mordisqueo el labio inferior—. ¿Intentabas volverme loca?

—Mono no es la palabra que usaría yo —responde mientras me sube la falda de cuero y me agarra de las nalgas para apretarme contra su erección —. Pero solo es un disfraz. Si esa es la razón por la que estamos a punto de follar...

Lo callo metiéndole la lengua en la boca, le bajo la chaqueta por los hombros y los brazos y la tiro al suelo.

—Te deseo a ti —jadeo contra sus labios—. Solo existes tú. Fóllame, Ryan. Toma el control...

Me silencia con otro beso y me baja la falda. Me la quita y solo deja de besarme unos segundos para desabrocharse los pantalones.

—Tócame —me ordena. Me agarra de la mano, me la mete por los calzoncillos y me sujeta bien por la muñeca mientras pongo la palma en su polla dura. Suaviza su sujeción y desliza la mano hasta envolver la mía.

Jadeo, rompo el beso y bajo la mirada para ver nuestras manos entrelazadas mientras le doy placer. De la punta se le escapa líquido preseminal. Le paso el pulgar por encima, desesperada por saborearlo. Él gruñe y me pone la mano libre en el hombro. Entonces me envuelve la mejilla y me levanta la cara.

—Oh... —Me río al ver el reguero de pintalabios rojo que le he dejado en la boca—. Mira cómo te he dejado. —Levanto la mano libre, preparada para limpiarle el color—. A ver...

—Déjalo —dice mientras aparta la cabeza—. Quiero tenerlo. También quiero ese pintalabios rojo demoniaco en mi polla. Ponte de rodillas y chúpamela. —Me agarra de la mandíbula y la aprieta lo suficientemente fuerte como para hacerme jadear—. Luego te follaré hasta que te fallen las piernas. Antes de que termine, la única palabra que saldrá de esos labios será mi nombre.

—Oh, gracias a Dios —gimoteo, siento el cuerpo de gelatina mientras me pongo de rodillas de buena gana. Lo agarro de las caderas y lo acerco más a mí mientras le quito los calzoncillos. Estoy a punto de metérmelo en la boca cuando de repente se aleja de mí—. Ryan, ¿qué...?

Recula varios pasos hasta que se da con las caderas en el vestidor. Entonces extiende las manos a ambos lados, se agarra a la madera oscura y me mira desde arriba. Su mirada me derrite.

No me permito encogerme ante su mirada. Quiero que me mire. Estoy de rodillas con este disfraz de diablesa sexi, con el pintalabios rojo esparcido por toda la cara por culpa de sus besos. El hambre de sus ojos me hace sentir empoderada y me llevo las manos a la parte superior del corpiño de encaje rojo. Me agarro las copas con los dedos y tiro hacia abajo para dejar que las tetas se liberen del corsé.

Veo que se le tensa un músculo de la mandíbula y se agarra con más fuerza al vestidor.

—Gatea.

Se me aprieta el coño.

—¿Qué?

—Gatea para mí —repite—. ¿Quieres esta polla? ¿Quieres que haga que te corras? ¿Que te haga gritar? ¿Tomar el control?

—Sí —ruego, y me trago los nervios.

—Sí, ¿qué? —dice levantando una ceja.

Ay, mi dulce cachorrito no ha venido a jugar. Sabía que había sentido un hambre de dominación en él. No creo que Ryan se haya permitido alguna vez explorar su sexualidad. No está seguro de lo que le gusta, de lo que anhela. He tomado nota de todas las veces que he dicho o he hecho algo a lo que él ha reaccionado. Ahora mismo, sé exactamente lo que quiere.

Le aguanto la mirada, me llevo las manos a los pechos, me pellizco los pezones hasta que jadeo y la oleada de placer llega hasta mi clítoris dolorido.

—Sí, señor.

Lo veo estremecerse de necesidad al oír mis palabras y eso hace que yo también tiemble. Me encanta esta faceta suya. Quiero sacarla a la luz.

«Juega conmigo, cariño».

—Entonces, gánatelo —gruñe, y esos ojos verdes tan bonitos se le vuelven negros del deseo—. Ven a gatas, Tess.

«Sí, señor».

Con esta luz, con las sombras jugando en el contorno de sus músculos, parece el pecado puro. Flexiona los brazos al agarrarse a la madera del vestidor, con los pantalones desabrochados y bajados hasta las caderas. No puedo soportar la distancia que nos separa ni un segundo más. Me pongo a cuatro patas, las tetas se me caen por encima del escote del corsé y me acerco a él a gatas. Le aguanto la mirada, el corazón me martillea en el pecho. Estoy tan cachonda que podría gritar. Puede que sea yo la que está de rodillas, pero es él quien me mira como si fuera una diosa.

Me mira durante todos los segundos, no se atreve a apartar la vista. Cuando me tiende una mano, la cojo. Me sujeta con fuerza y me pesca.

—Qué buena chica eres —dice mientras me acaricia el pelo con la otra mano—. Qué guapa estás de rodillas para mí.

Contengo un sollozo y me muerdo el labio inferior.

—Mírame, Tess. —Levanto la cabeza, le recorro el pecho desnudo hasta que me topo con su mirada—. ¿Te gusta cuando digo que eres una chica buena?

Tiene curiosidad de verdad. Quiere saberlo. Quiere que esto también sea algo bueno para mí. Dios, qué cachonda me está poniendo. Mi dulce rey del consentimiento tiene un lado dominante oculto. Estoy muerta.

Asiento con la cabeza.

—Sí, señor.

—Pero no eres una chica buena, ¿verdad? —me provoca pasándome el pulgar por la mandíbula.

—Lo intento —admito, inclinándome hacia su roce.

—Una mierda —dice con una sonrisilla de suficiencia—. No sabes lo que significa esa palabra. No cuando se trata de sexo. Eres el demonio encarnado. Mírate —añade, levantando la mano para darme un toquecito en los cuernos de diablesa—. Al menos lo mío era un disfraz.

Le sonrío batiendo las pestañas.

—Incluso los demonios pueden ser buenos a veces.

—Sí, cuando quieren algo —responde—. Dime lo que quieres.

Extiendo las dos manos, se las paso por los pantalones hasta los muslos. Poco a poco, le bajo los pantalones y los calzoncillos hasta las caderas.

—Quiero marcarte —admito, mirando hacia arriba—. Te quiero reclamar, Ryan. Cuando te he visto con esa Cleopatra sexi en brazos, quería arrancarle la peluca.

Se le borra la sonrisa cuando baja la mirada hacia mí, un rizo rubio le cae por delante del ceño. Me coge por la mandíbula para exigir mi atención, tiene esos ojos verdes tan bonitos oscuros y necesitados.

—¿De verdad piensas que alguna vez miraría a otra mujer cuando tengo a esta diosa a mis pies?

Sus palabras calan hondo en mi alma traumatizada.

«Palabras bonitas. Es algo que los hombres dicen, pero no lo dicen en serio. No será fiel. Nunca lo son...».

—Tess —me tranquiliza, envolviéndome las mejillas con las dos manos.

Es como si supiera lo que estoy pensando. Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando me pasa esos pulgares tan suaves por las pecas.

—Mírame, preciosa. —Lo miro entre las pestañas—. No hay nadie más —dice con una mirada abierta y sincera—. Siempre y cuando estés a buenas conmigo, no lo habrá. Estoy tan colgado de ti que ni siquiera me parece ya divertido. Cuando esa chica borracha me cogió de la mano, me giré desesperado por que fueras tú. Quería que fueras tú quien viniera a mí...

—Iba a por ti —admito, mientras le paso las manos por las caderas—. Ryan, te seguí dentro. Quería encontrarte, estar cerca de ti. Solo quiero estar donde estés tú. —Se me oscurece la mirada cuando lo miro y doy rienda suelta a mis celos—. Y entonces la vi entre tus brazos y me entraron ganas de follarte ahí mismo en el vestíbulo. Me daba igual quién nos viera.

Tiene una expresión triunfante.

—¿Y qué quieres ahora, preciosa diablesa? Dilo en voz alta.

Le doy un tirón a los pantalones para bajárselos hasta las rodillas y le libero la polla. Me rebota en la cara, dura y lista para mí. La envuelvo con la mano, me encanta el modo en que se tensa y me lleva una mano al pelo. Levanto la mirada hacia él.

—Esta noche te voy a marcar. Ya no eres una polla libre, Ryan. Esta es mía hasta que yo diga lo contrario.

Su mano se tensa en mi pelo.

—Hazlo. Reclámame.

Me inclino hacia delante y abro los labios para saborearlo, pero entonces me tira del pelo para echarme la cabeza hacia atrás.

—Pero que sepas que esto va en ambos sentidos —me advierte—. A diferencia de los gemelos tontos que están al final del pasillo, yo no comparto. No está en mi naturaleza. Si mi polla es tuya, tu coño es mío. Podemos seguir siendo amigos que follan, pero seré el único al que te folles. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza, el corazón me va a mil por hora.

—Habla.

—Sí, señor.

—Buena chica. —Me suelta el pelo y baja la mano para agarrarse al vestidor—. Ahora, a mi polla.

Vale, es oficial, mi coño se está abanicando por la expectativa. Puede que el Ryan dominante sea mi nuevo favorito. Sin perder más tiempo, cierro la boca alrededor de su punta y succiono, esperando que mi saliva lo embadurne. Vuelve a gruñir, me pone las manos en los brazos mientras deslizo los labios pintados de arriba abajo por su polla sin dejar de lamerlo.

—Joder, qué bien —dice. Su mano se tensa en mi pelo.

Me la saco de la boca y levanto la vista para mirarlo a través de mis pestañas postizas dramáticas.

—¿Te gusta lo que ves?

Vuelve a bajar la cabeza para observarme. Se le derrite la mirada al estudiar mi disfraz de diablesa y su polla en la mano, pintada con mi carmín rojo.

—Perfecto —dice, y me agarra por los hombros—. Arriba. Levántate.

Le dejo que me ponga en pie y me agarra, me da la vuelta y me aprieta contra el vestidor con tanta fuerza que se zarandea. Agarra las copas del corsé de encaje y las baja con fuerza para liberar del todo mis tetas. Jadeo, pues me encanta que la tela me pellizque mientras él la dobla a su voluntad. Baja la cara y me llena los pechos de besos febriles. Coge cada uno con una mano, aprieta la cara contra el canalillo, me lame el esternón y siento su aliento cálido en la piel.

—Oh, Dios... —gimoteo, con una mano en su pelo. Echo la mano atrás y siento en la palma el suave terciopelo del cambiador del bebé. También echo la cabeza hacia atrás y se me escapa una carcajada. Si voy a ir al infierno por follarme a este hombre en el cuarto de un bebé, al menos voy vestida para la ocasión.

—Lámeme el coño —jadeo—. Ryan, por favor... necesito tu lengua... Sí...

No hago más que elogiarlo mientras él se deja caer sobre la rodilla buena y me levanta la falda de cuero por encima de los muslos voluptuosos hasta que se me arremanga arrugada a la altura de las caderas. Solo puedo imaginar la pinta que tengo con las tetas fuera y el culo al aire. Ahora mismo, me siento demasiado bendecida como para que me importe.

Ryan me pasa las manos de las pantorrillas a los muslos por encima de las medias de rejilla.

—Tess, me estás matando —dice y aprieta la cara contra mi muslo para aspirar mi olor. Luego me pasa la lengua por la media para probar mi piel.

Gimo de placer, y apoyo las dos manos a mi espalda sobre el vestidor para poder abrirme más de piernas.

—Cómo me gusta.

Ryan vuelve a inclinarse para mirarme y me desliza las manos hasta el borde de las medias de rejilla negras.

—¿Puedo ver lo que es mío?

Con el corazón en la garganta, asiento.

—Sí, señor.

Me sostiene la mirada mientras me las desliza despacio por las piernas para dejarme el coño al descubierto. Lucho por contener un estremecimiento, la entrepierna se me aprieta contra nada mientras espero, desesperada por que me dé lo que necesito. Detiene las medias a mitad de los muslos, mantiene mis piernas unidas. Entonces baja la cara, me agarra por las caderas mientras aprieta la cara contra mi coño desnudo. Su cálido aliento me caldea la piel mientras toma mi esencia y llena mi piel sensible de besos suaves.

—Qué bien hueles, joder —dice, besándome encima del hueso de la cadera—. Me encanta el olor de este coño. Me encanta su sabor.

Para demostrar lo que dice, me abre los labios de la vagina con dos dedos y me pasa la lengua por el clítoris.

Se me sacude el cuerpo cuando me agarro a su pelo y con la otra mano me aferro con fuerza al vestidor.

—Vas a correrte en mi boca —me ordena—. Aquí. Ahora. Todo lo rápido que puedas. Llega al final. Esto no es una maratón, es un esprint. Corre conmigo, Tess. Vuela, joder.

Sus palabras hacen que todo me dé vueltas y ya me duele mientras va bajando, para devorarme con toda la destreza de un hombre que ha nacido para complacer a una mujer, un hombre que ansía el control. Y yo quiero dárselo a él. En este momento, quiero ser lo que necesita. Esto es lo que me gusta de follar con una pareja atenta: su placer se convierte en el tuyo y el tuyo, en el suyo.

—Sí —jadeo, mientras muevo las caderas contra él para perseguir mi orgasmo.

Me toca con los dedos y con la lengua, follándome como un sueño. Aparta la boca, coge dos dedos y me los restriega por el clítoris, aplicando una presión exquisita... suave luego duro, dibujando circulitos.

—Tess, mírame —me ordena.

Me obligo a abrir los ojos y lo miro desde arriba. Ya no tiene los labios manchados de carmín. Pero hay muchísimo calor en sus ojos, tanto como honestidad sin tapujos. Me mira como si me conociera, como si supiera lo que necesito. Creo a lo mejor que es así.

—Córrete para mí, diabla. Este no es para ti, es para mí. Este me pertenece. Dámelo.

Me sorprende muchísimo darme cuenta de que estoy a punto. Quiero darle esto. Le daré mi yo más vulnerable. Le daré mi orgasmo. Echo la cabeza hacia atrás y aprieto los ojos con fuerza mientras me corro. Mi cuerpo no hace más que temblar mientras de repente mi clítoris empieza a latir por sí mismo, pulsando y palpitando, haciéndose eco de las olas.

Ryan aparta los dedos y los remplaza con su boca hambrienta. Me succiona el clítoris, gime y me lame, me da calor, vibraciones y presión, todo en uno. Me desmorono por completo, me tiembla el cuerpo mientras me agarro al vestidor y me ceden las rodillas.

—Para... para... —grito metiéndole las dos manos en el pelo y tirando de él—. Dios mío, voy a desmayarme.

Se pone en pie, me encajona con su altura y su apabullante presencia.

—Lo has hecho muy bien —dice, mientras me levanta la cara para darme un beso en los labios—. Mi maldita diablesa sexi. Mi perfecta chica buena.

Estoy aprendiendo que esto es lo que le gusta. Una vez que me ha saboreado, le gusta compartirlo. Quiere que mi sabor también esté en mi boca. Quiere que todo mi cuerpo conozca el gusto de mi ser más primitivo y a mí me parece estupendo.

Le meto la lengua para reclamar todos sus besos mientras mi cuerpo se recupera del *shock* de un orgasmo tan feroz. Cuando recupero el aliento, bajo las manos hasta la cinturilla de sus pantalones, preparada para que él se sienta tan bien como yo.

—Fóllame, Ryan. Por favor, no puedo esperar más. Te necesito dentro de mí.

Se balancea en mi mano y me deja que envuelva los dedos alrededor de su miembro. Lo toco despacio y bajo la mano para envolverle los huevos. Más allá de las paredes de esta habitación, la fiesta late: música alta, carcajadas, el golpeteo de los altavoces estéreo. En esta habitación, solo estamos nosotros dos. Lo deseo. Lo necesito...

—Tess..., espera —dice cuando deja de besarme—. Joder. Mierda.

—¿Qué? —Jadeo y levanto la cabeza para mirarlo.

Gruñe y se pasa una mano por el pelo.

—No tengo ningún condón —admite—. Los he dejado en casa. La verdad es que no se me había ocurrido que fuera a necesitar uno —añade señalando al cuarto del bebé a oscuras.

Asiento con la cabeza, sé lo que me está preguntando sin preguntarlo.

—Hace meses que no he estado con nadie y tomo la píldora..., pero tú tienes que hacer lo que te haga sentir cómodo —añado enseguida—. Podemos esperar. Podemos volver a casa...

Me besa para silenciar mis propuestas. Se aparta y me envuelve la cara con las dos manos.

—Nunca lo he hecho con una mujer sin condón.

Con el corazón en la garganta, asiento.

—¿Puedo preguntar por qué?

Se encoje de hombros.

—Digamos que es un trauma por ser el hijo de una enfermera de urgencias. Me convenció de que prácticamente cualquier cosa haría que mi polla se pusiera de colores y se me caería.

Me río y lo cojo de las muñecas.

—¿Qué? —dice.

—Baja la mirada.

Hace lo que le digo y sé que lo ha visto cuando también se ríe. Ahora mismo, tiene la polla dura embadurnada de mi pintalabios.

—Creo que no se refería a esto —dice con una sonrisilla, y me da otro beso en los labios.

—No te voy a presionar. El sexo va de confianza y conexión, al menos para mí. Y siempre podemos hacer otras cosas.

—Quiero esto —admite—. La verdad es que nunca antes había sentido conexión con una pareja. El sexo siempre había sido algo que hacía... para ir tirando, supongo —explica encogiéndose de hombros—. Quiero decir, cuando lo hacía lo disfrutaba. Pero nunca se trató de diversión, si es que eso tiene sentido. Todo estaba decidido, todo era clínico y seguro. Tan solo se trataba de satisfacer una necesidad. Y luego podía volver a centrarme en mi forma de jugar.

—Trabajas muy duro. Estás dedicado a tu deporte.

—Pero vivir es algo más —responde—. No soy ajeno a la vida, Tess —añade, besándome otra vez—. Explorar el sexo contigo ha sido muy divertido. ¿Hablas de confiar en mí? Bueno, es que yo también quiero confiar en ti. ¿Serás mi primera?

—¿Estás seguro?

Me coge de la mano, la coloca sobre su erección dura y sonríe.

—Esta polla es tuya hasta que digas lo contrario. Tómala, diablesa sexi. Arruíname para el resto de mujeres.

Imito su sonrisa mientras le cojo la mano libre y él me pasa los dedos por el esternón, entre el canalillo y va bajando, hasta que me envuelve el coño necesitado.

—Y esto es todo tuyo. —Me aprieto contra él—. Estoy deseando tenerte dentro de mí.

Me silencia con un beso y lo agarro del cuello por las dos manos. Nos tropezamos el uno con el otro mientras él recorre la habitación de espaldas y se detiene cuando se da con la mecedora. Se deja caer en ella y provoca un chirrido fuerte que rompe el silencio.

Yo jadeo y él se mete una mano por debajo del culo y saca un elefante de peluche. Los dos nos quedamos mirándolo horripilados antes de que lo lance a un lado con otro leve chillido.

—Le compraré uno nuevo —dice mientras me coge las medias que todavía tengo hechas un burruño alrededor de los muslos.

—Y una nueva mecedora —me burlo, y cambio mi peso mientras me quito los pantis y me quedo con el culo al aire y chorreando por él.

—Cortinas nuevas. —Tira de mí hacia abajo para que me siente a caballito sobre su regazo. Lleva las manos a las medias de rejilla, juguetea con los dedos mientras me los pasa por las piernas y termina en los muslos.

—Un nuevo vestidor —gimo, echo la cabeza hacia atrás mientras me agarro a sus hombros y mi coño mojado se desliza contra su polla húmeda.

—A ti también voy a comprarte cosas —jadea, y me agarra de las tetas mientras me muevo encima de él.

—Ryan...

—Los amigos les compran regalos a los amigos —contraataca antes de que yo pueda articular una protesta. Su boca se cierra alrededor de mi teta y gimo de alivio, desesperada por sentirnos conectados. Su leve succión me pone a mil, envía una ola de placer por todo mi cuerpo que va directa al clítoris. Cambia de teta y yo le entierro las manos en el pelo, lo sujeto contra mi carne mientras me restriego contra él.

—Necesito más. Por favor, cariño. Por favor, fóllame. Te necesito dentro de mí. No me hagas esperar más...

Nos pegamos el uno al otro en un frenesí mientras él me acalla con su boca y sus caderas se mueven con las mías. Bajo una mano entre los dos,

levanto las caderas, con lo que pierdo el calor de la conexión, pero sé que solo es temporal. Le agarro la polla por la base y la coloco hacia arriba mientras relajo las caderas, aunque estoy desesperada por tenerla dentro.

—Es tuya —susurra Ryan, siento su aliento cálido en el cuello y sus manos acunándome las caderas—. Cógela, es tuya.

Se me escapa un gimoteo que me deja sin aliento mientras juego con la punta en mi entrada y siento que empieza a deslizarse dentro.

—Hazlo de una vez. —Su mano izquierda se tensa en mi pelo—. Métela entera en ese coño tan delicioso que tienes. Sé mi diablesa y poséeme como quieras...

Los dos chillamos cuando bajo con las caderas y su miembro me llena. Me dejo caer hacia delante, con una mano en la mecedora y otra en su hombro. Muevo las caderas y exhalo mientras lo recibo bien adentro, hasta la base. Dejo caer el culo contra sus muslos y los dos gruñimos mientras nos ajustamos a esta sensación de conexión.

—Te sientes increíble. Cabálgame, cariño. Qué prieta estás, qué guapa estás así. Tu coño me agarra como un puño... Dios... eres una reina en su trono.

Las guarrerías que dice me inundan mientras empiezo a moverme, me encanta sentir que me llena. Muevo las caderas, intentando encontrar el mejor ángulo para que el clítoris también tenga fricción.

—Necesitas más, ¿verdad? —Me agarra las tetas mientras reboto para perseguir mi placer.

—Sí —le ruego—. Por favor...

—Por favor, ¿qué? —se burla, y se dobla hacia delante para volver a succionarme el pecho.

—Márcame, Ryan. Márcame para que sepa que soy toda tuya.

Cambia su sujeción en mí y baja la boca hacia el pezón de la teta izquierda. Me da un beso con la boca abierta en la piel y succiona. Me marca la piel mientras yo le cabalgo la polla y mis orgasmos empieza acumularse con más fuerza.

Unos segundos después, Ryan se aparta, coge una bocanada de aire y, cuando bajo la mirada, veo la marca roja en mi teta. Me pone muchísimo. Él me envuelve con sus brazos, me pega a él mientras movemos las caderas y encontramos un ritmo nuevo. Su polla tiene el tamaño perfecto para darme lo que necesito. El orgasmo se va forjando en mi interior, la presión

y el calor aumentan, se doblan hacia fuera, se hace más profundo, se enraíza como un árbol.

—Estoy a punto.

Cierro los ojos con fuerza mientras persigo esta sensación.

—Avísame —gruñe y va bajando las manos para agarrarme el culo—. Tess... dímelo...

—Aún no —grito, sé que él se está conteniendo—. Dios, no pares...

—Échate para atrás. —Me empuja por los hombros—. Cariño, échate para atrás y tócate el clítoris. No vamos a parar hasta que no grites.

Me aparto de su pecho, pero sigo empalada con su polla cuando cambio de ángulo y todo mi peso cae ahora sobre mis caderas mientras boto contra sus muslos. Él aguanta mi peso con facilidad y me sigue embestida tras embestida.

—Eres preciosísima —dice sin apartar los ojos de mí y yo no dejo de moverme encima de él.

Siento todos los bamboleos y todas las vibraciones de esta danza primitiva. Ardo en el deseo de correrme.

—Tócate el clítoris —vuelve a exigir—. Quiero verte correrte en mi polla.

Bajo la mano entre nosotros y me toco el clítoris. El orgasmo me arde en la entrepierna unos segundos antes de implosionar. Siento el cosquilleo que me hace doblar los dedos de los pies y sé que estoy a punto de perder el control.

—Ahora —gimo y detengo la mano en el clítoris para aplicar solo una presión constante.

Ryan toma el mando desde abajo, me pone las manos en las caderas y me martillea, me folla hasta dejarme sin sentido. Tengo el cuerpo helado cuando hecho la cabeza atrás y suelto un grito sordo. Debajo de mí, Ryan aprieta las caderas, busca su propia liberación, correrse dentro de mí, y ya no sigue ningún ritmo.

Ay, Dios, puedo sentirlo. Siento el momento en que se corre dentro de mí. Hace que me tiemble el vientre y luego siento que lo introduzco aún más dentro de mí. No hay ninguna barrera entre nosotros y lo tomo todo, mi coño lo aferra con fuerza mientras cabalgamos nuestros orgasmos.

La euforia solo dura unos momentos. Entonces tan solo siento que no me queda nada más. Vacío. Un vacío perfecto. Estoy abierta y hueca. Me

inclino hacia delante y ni siquiera reconozco el gimoteo que se me escapa cuando me aprieto contra su pecho desnudo.

Me abraza mientras nuestras caras se hunden en un mar de rizos rojos. Me acaricia la espalda y me da besos en la frente sudorosa mientras los dos volvemos a recuperar el aliento. Un segundo después, me aparto, aunque me tiembla el cuerpo. Perderlo dentro de mí me parece devastador. En cuanto sale, ya quiero que vuelva. Siento su semen entre mis muslos, cálido y húmedo. Me dejo caer a su lado en la mecedora y aprieto los muslos para retenerlo dentro de mí. Estamos sentados el uno al lado del otro, solo nos tocamos por las manos. Poco a poco, giro la cabeza y él hace lo mismo. Respiramos en sincronía mientras nos recuperamos del subidón.

—Eso ha sido increíble —dice, todavía sin aliento.

Asiento con la cabeza y le aguanto la mirada. Sí que ha sido increíble. Ryan Langley es increíble. Amable y considerado, precioso por dentro y por fuera. Generoso. Fuerte.

«Joder, sí que estoy en un buen lío».

—Yo nunca he... —Se queda callado y aparta la mirada.

—¿Qué? —susurro, y le acaricio el muslo con la mano.

—No es nada —dice, y se inclina hacia delante con los codos en las rodillas.

—Dímelo.

Me mira por encima del hombro.

—¿El día que nos conocimos... en la cocina de Jake?

—Me acuerdo —digo con una sonrisa y le doy un apretón en el muslo.

Él asiente con la cabeza, se le va calentando la mirada mientras va recorriendo la marca que me ha dejado en el pecho.

Me llevo ahí la mano por instinto y me paso los dedos por encima, sé el punto exacto en el que se encuentra porque me escuece.

—Nunca he deseado a nadie tanto como te deseé en ese momento —admite en voz baja.

—Me acuerdo —repito.

Vuelve a mirarme a los ojos y la intensidad de su expresión hace que me flaquee la sonrisa.

—Tú quieres que seamos solo amigos..., amigos que follan.

Se me para el corazón.

—Ryan...

—Y yo te seguiré el juego —añade enseguida—. Seré tu amigo, Tess. Y volveré a follarte con mucho gusto. Solo tienes que decirlo y todo esto puede volver a suceder —continúa, haciendo un gesto para señalarnos a los dos—. Quiero que te sientas bien. Quiero ser la razón por la que te sientes bien. Y quiero que sepas que nunca nadie me ha hecho sentir tan bien como tú me haces sentir. Quiero esto, Tess. Tengo miedo de cuánto lo deseo —admite—. Pero da igual lo que pase, somos amigos, ¿vale?

Asiento e intento insuflarle voluntad a mi corazón para que vuelva a latir. ¿Por qué le resulta tan fácil mostrarse vulnerable? Hace que parezca que no requiere ningún esfuerzo decir sin más lo que está pensando. Sin juegos, sin trucos. En cambio, yo estoy echa un lío. Ahora que se ha acabado el sexo, vuelvo a levantar mis muros a toda velocidad.

—No podemos quedarnos aquí —suelto al fin y me aparto—. Vendrá alguien a buscarnos.

No estoy segura de cómo voy a escabullirme de una casa entera llena de gente y que nadie se dé cuenta de que me acaban de follar. Ni siquiera me he traído un pintalabios para retocarme el maquillaje.

Ryan se levanta con un gruñido de cansancio. Con torpeza, intenta volver a subirse los calzoncillos y los vaqueros y se guarda la polla.

Yo me meto las tetas dentro del corsé y las ajusto para que queden en su sitio. Entonces, algo llama mi atención.

—Ryan... —murmuro con el corazón en la garganta.

—¿Hmm? —Agarra su camisa del suelo y se la pone.

—Ryan —repito su nombre, el pánico va aumentando.

—¿Esto es tuyo o mío? —se burla cuando coge las bragas con el meñique—. Creo que este es uno de esos casos en los que quien se la encuentra se la queda...

—¡Ryan! —grito.

Por fin se vuelve hacia mí mientras se está metiendo las bragas en el bolsillo.

—¿Qué? —Entonces ve mi expresión, se me acerca y se deja caer a mi lado en la hamaca—. Ay... Cariño, ¿qué pasa? Lo siento. No pretendía molestarte con todo mi parloteo sobre lo de la cocina de Jake y... Tess, ¿qué...?

Señalo el dispositivo de la esquina que tiene una luz roja.

—Ahí hay una cámara.

45

Tess

Cierro la puerta del coche y corro por el camino del garaje bajo la lluvia, intento que no se me derrame el café o que no me escurra y me caiga yo de culo. Cuando llego al porche delantero estoy jadeando, me quito la capucha de la chaqueta y me muevo en el sitio para sacudirme la lluvia.

Llevo despierta desde las cinco de la mañana, estoy demasiado nerviosa como para dormir..., lo cual es una locura porque, por lógica, debería estar muerta para el mundo. El alcohol y los orgasmos son una combinación que se te sube a la cabeza. Suficiente para dejarme noqueada después de las tres rondas de anoche..., dos en la fiesta y una en la ducha cuando volvimos a casa.

Al parecer, no son suficientes para mantenerme dormida. No cuando el cielo se está desmoronando y puede que pierda mi título de Ray honoraria.

He salido desnuda de la cama de Ryan, me he puesto ropa deportiva y he salido pitando para acá. Necesito respuestas. Y consejo. Y que alguien me convenza de que me aparte de este precipicio... o me empuje. Y no hay nadie mejor para eso que Rachel.

Meto la mano en el bolsillo del impermeable, pesco las llaves y me meto en casa.

Tardo un segundo en desactivar el código del sistema de alarma. Entonces corro escaleras arriba, decidida a perder los nervios con mi mejor amiga.

El perro ladra y sale a buscarme al recibidor alarmado, pero enseguida se pone contentísimo. Lo dejo atrás y avanzo por todas las puertas cerradas de los dormitorios, voy directa a la habitación principal.

—¡Rach, tía, tengo que hablar contigo! —grito, y empujo la puerta entreabierta.

Jake y Rachel están acurrucaditos en un extremo de su cama de matrimonio doble. Él está en el extremo, mirando hacia ella, es la cuchara grande. Ilmari está espatarrado en la otra cama de matrimonio. Caleb no está por ninguna parte.

—Rach —repito—. Te necesito.

Jake salta de la cama.

—¿Tess? —dice con la voz ronca.

—Necesito hablar con Rachel —le explico, me quito el impermeable mojado y lo suelto en el suelo.

Ilmari gruñe algo en finés y se vuelve de lado.

—¿Qué hora es? —pregunta mi amiga.

—Temprano —respondo mientras me quito las zapatillas a patadas—. No son ni las siete.

Rachel agarra a Jake del brazo y mira la hora en su reloj Apple. Gimotea y aprieta la cara contra la almohada.

—Tess, no. Mi alarma suena en quince minutos.

—¿Va todo bien? —se interesa Jake, mientras se pasa una mano cansada por la cara.

Rachel le da un codazo.

—No le preguntes eso. Así no vamos a sacarla nunca de aquí.

—Oye, que podría ser importante —se defiende él.

—No, se trata de sexo —responde mi amiga—. Los mensajes frenéticos y las llamadas de teléfono son para emergencias del curro. Las sesiones de beber vino y comer queso hasta tarde por la noche son para movidas familiares. Plantarse por la mañana temprano acojonada solo es cuando Tess está pensando con la vagina en lugar de con la cabeza.

—Qué borde —le digo con una mano en la cabeza—. No vayas de que me conoces.

Suspira, se sienta en la cama y se apoya en los cojines. Lleva un pijama de seda muy mono, es azul con encaje rosa.

—Dime que me equivoco —dice bostezando y le peina a Jake el pelo para apartárselo de la cara—. ¿Se trata o no de que anoche un gatito glotón se rascó en el árbol equivocado?

—Rakas, llévatela abajo —masculla Ilmari con la cabeza enterrada en una almohada.

—No, abajo hace frío —digo, y corro hacia su lado de la cama. Cojo las sábanas y las aparto, dejando al descubierto el increíble tatuaje que tiene en la espalda y sus perladas nalgas—. Mars, échate a un la... ¡madre mía! ¿Por qué estás desnudo?

Mars agarra las mantas mientras Jake y Rachel se ríen.

—Es mi cama —me ladra.

—Dios, no me voy a meter ahí si estás desnudo —resoplo.

—Bien.

Cojo la manta de lana que hay a los pies de la cama y la uso para taparme las piernas mientras me pongo al lado de Mars por encima del edredón.

—¿Dónde está Caleb? —pregunto, mirando alrededor.

—Va y viene —dice Rachel con otro bostezo.

—¿Cómo narices has entrado aquí? —quiere saber Mars.

—Con mi llave —respondo, y dejo el café en la mesilla de noche.

—¿Y cómo es que tienes una llave?

—Porque yo se la di, ¿recuerdas? —responde su esposa, que extiende la mano para acariciarle el pelo a él también.

El finés se pega más a ella.

—¿Cómo ha desactivado la alarma...?

—Madre mía, agente, confesaré, ¿te parece bien? —digo, y levanto las dos manos a modo de rendición—. Me he colado por una ventana, he esquivado la red de líneas láser y he desactivado la alarma cortando el cable azul.

—Eh, yo he visto esa película —se burla Jake.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Todos nos giramos y nos encontramos a un Caleb muy desnudo plantado en la puerta.

—¡Dios! —chillo y levanto las manos para taparme los ojos—. ¿Es que ninguno tenéis ropa?

Se encarama al otro extremo de la cama, se inclina para darle un beso a Jake y luego por encima de este para dárselo también a Rachel.

—¿Qué hace Tess aquí a las seis y media de la mañana?

—Cotilleos de chicas —responde Jake, mientras su mujer dice: «Monólogos vaginales».

Jake le lanza un cojín y él se lo pone como si nada delante de su parte inferior desnuda.

—Tengo que prepararme para ir al curro —les dice a sus vínculos.

—Mars y yo no tenemos que estar allí hasta las nueve —responde Jake.

—Yo voy a las ocho —añade Rachel.

—Pero eso no significa que tengo que chuparme la polla yo solo ahí dentro, ¿verdad? —replica Caleb mientras señala el baño.

Rachel se limita a suspirar.

—¿En serio, Cay? —Al mismo tiempo, yo grito: «¡Madre mía, que estoy aquí!».

—Bueno, a mí me interesa —se ofrece Jake con tono alegre—. Pero... —Pasa la mirada de mí a Caleb con un aire dramático.

—Estoy seguro de que a Tess no le importará que me folle a mi marido en mi propia ducha, en mi propia casa, detrás de una puerta cerrada —responde Caleb entornando los ojos.

—No, es que me interesa su monólogo vaginal —admite Jake.

Rachel se ríe y entonces me toca a mí entornar los ojos.

—Podéis iros cuando queráis —les digo a los dos—. En realidad, solo necesito que Rachel presencie mi humillación.

—Bueno, ahora sí que no me voy —responde Jake y tira de Caleb para que se siente en la cama a su lado.

—Yo tengo que prepararme —resopla Caleb.

—Cinco minutos y hacemos una ronda rápida —le promete Jake—. Tess, tienes cinco minutos. Venga.

Rachel, Jake y Cay me miran.

—Eh... No puedo... Rach, necesito saber si conoces bien a Shelby —digo al fin.

—Muy bien, supongo —dice, encogiéndose de hombros. Entonces me lanza una mirada de horror—. Espera..., madre mía, ¿qué has hecho?

—¡¿Qué?! —grito fingiendo estar indignada.

—Solo haces lo de aparecer iracunda por las mañanas cuando te arrepientes de la noche anterior. Sé que te has tirado a alguien que no deberías y ahora me estás preguntando por Shelby y... Ay, me cago en la puta, ¿fue Sully?

—No. —Jake jadea con dramatismo y se lleva la mano a la boca.

Rachel parece que está a punto de explotar.

—Tess, te lo juro por Dios...

—¡Puaj, qué asco! —grito por encima de ella—. ¡No! Está tan felizmente casado que me parece ofensivo y lleva sandalias con calcetines. ¿Estás de coña?

—Oye, yo me pongo las sandalias con calcetines —contraataca Jake.

—Como todos —añade Caleb.

—Si necesitas una razón para odiarlo, ¿por qué no que su sabor favorito de helado es el Rocky Road? —propone Jake—. A ver, es que, si te soy sincero, me parece criminal.

Pero Rachel me está mirando.

—Si no es Sully, entonces, ¿a quién te has...?

—Se ha trajinado a Langers —dice Caleb mirando el móvil de Jake.

Ahora soy yo la que se sorprende y mira a estos dos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la atracción que sentís el uno por el otro es tan sutil como una bocina —dice Ilmari a mi lado, con la cara todavía enterrada en las almohadas que tiene Rachel a su lado. Se ha movido un poco, así que ahora le está pasando el brazo a mi amiga por las caderas.

—Me cago en la puuuuta —dice Jake—. Tess, ¿estás liada con Langley? ¿No tiene como diez años menos que tú?

—La edad solo es un número —responde Caleb—. Él está bueno y ella está cachonda.

—Y ya puedes irte a la ducha —le espeto.

—Tienen algo desde el día de la playa, antes de que tú y yo estuviéramos liados —le explica Rachel a Mars, sin dejar de acariciarle el pelo.

Se limita a gruñir y se acurruca más contra ella.

—Espera, ahora sí que estoy confundido —dice Jake—. ¿Qué tiene que ver Shelbs con todo esto?

Gruño y miro a Rachel avergonzada.

Le flaquea la sonrisa y queda remplazada por la resignación.

—Ay, en serio, ¿qué coño has hecho?

—Nada... demasiado terriblemente malo —intento dar un rodeo—. Es solo que necesito que le pidas a Shelby un favor por mí.

—Tess, confiesa —responde ella.

—Sí, estoy perdiendo el interés rápidamente —masculla Jake.

—Podríamos estar follando —le dice Caleb—. Es todo culpa tuya y de nadie más.

—Está bien —resopla Jake—. Tess, si no nos dices lo que hiciste anoche, le hago una paja a Cay aquí mismo en la cama.

Respiro hondo, miro a Rachel e intento soltarlo todo de una.

—Necesito que le preguntes a Shelby si la cámara del cuarto del bebé graba o si solo es para ver en directo. Y, si resulta que sí que graba, necesito que le pidas que borre todo lo de anoche sin verlo. Vale. Bien. Adiós.

Intento salirme de la cama, pero Rachel se lanza por encima de Ilmari y me agarra del brazo.

—Oh, ¡no te vas a ir! —grita, y tira de mí.

—Au..., mierda... —Debajo de nosotras, Ilmari gruñe.

—¿En el cuarto del bebé, Tess? —dice Jake con un tono de decepción—. ¿Dónde duerme el pequeño Josh?

—Oye, que el niño no estaba —resoplo—. Y era eso o hacerlo en el cuarto de la niña donde la Cleopatra borracha ya estaba noqueada o en la habitación de invitados, donde había dos de tus compañeros de equipo haciendo la torre Eiffel con... —Dejo de hablar cuando me doy cuenta de que estoy a punto de delatar a sus compañeros.

Jake me mira sorprendidísimo.

—¿Cómo he podido perderme todo eso?

—Porque estabas demasiado ocupado fuera jugando con tu garfio —dice Caleb impávido a su lado.

—Ah, cierto.

—¿Quién dices que estaba haciendo la torre Eiffel con quién? —pregunta Caleb, que ahora siente un poco de curiosidad.

Pero Rachel se endereza y me salva de dar una respuesta.

—Espera... Tess —dice con tono de advertencia—. ¿Langley? ¿De verdad lo hiciste ahí con él?

Me encojo de hombros.

—Sí, creo que era algo inevitable, ¿sabes? Tenemos una química genial...

—Tess —vuelve a decir Rachel—. ¿Al menos se lo has contado todo? ¿Sabe lo de Troy y las fotos y también todo lo demás?

—Lo sabe todo —respondo, y asiento solemne—. No le mentiría, Rach. No podría escondérselo. Se merecía saberlo.

—Y a él... ¿le parece bien todo? —pregunta con una de sus cejas oscuras levantada.

—Langers es un tío guay —responde Caleb por mí—. No es de esos tíos que dejan que el drama de un ex psicópata se interponga en su camino.

—Sí, puede que sea delantero, pero tiene el corazón de un defensa —añade Jake—. De hecho, creo que jugó de defensa en la liga junior.

—Si has venido esperando que juegue la carta de Tess, no voy a hacerlo —dice Rachel y se cruza de brazos en un gesto desafiante.

—Espera, ¿cuál es esa carta? —pregunta Jake pasando la mirada de la una a la otra.

—Es cuando Tess me hace canalizar sus pensamientos más oscuros y soltárselos como si fuera el malvado y doloroso paradigma de la verdad —responde.

—Rach, eres mi espejo —le ruego—. Necesito que me digas las verdades difíciles. Es la única forma en la que puedo mantener la perspectiva.

—No, es la única forma de mantenerte encerrada en ese engaño de que solo te mereces cosas de mierda —contraataca—. Y no lo voy a hacer.

—Siento que me estoy perdiendo muchísimas cosas —dice Jake, moviendo la mirada de la una a la otra.

—El cerebro de Tess está en guerra con su corazón, el cual ha sido secuestrado por su coño —le resume Caleb—. Quiere que Rachel le meta el coño y el corazón en un baño de agua fría para que su cerebro pueda volver a estar al mando.

Rachel resopla.

—Sinceramente, creo que prefiero lo que propone él. Tenemos bolsas de hielo y una bañera lo bastante grande para meterte dentro. ¿Quieres intentarlo?

—No, gracias —mascullo, y cruzo los brazos—. Venga, por favor —le suplico—. Solo un poquito. Estoy en caída libre.

—No —dice, esta vez con más vehemencia—. No voy a herir tus sentimientos y hacer que te cuestiones las cosas con Langley. Estáis bien juntos...

—Dios, no me sirves de nada —grito, y salgo de la cama—. Para una vez que necesito que me cojas mientras me caigo y ¿vas a cruzarte de brazos y a ver cómo me escoño?

—Ir detrás de un tío o ir tras la muerte no son lo mismo —contraataca—. Que para ti sea la misma sensación es lo que se llama trauma, Tess. Si no estás preparada para estar con Ryan, sé una persona adulta y díselo. La verdad es que no quiero ver que ninguno de los dos salís heridos.

La miro fijamente con los ojos como platos antes de sacudir la cabeza despacio.

—¿Quién eres y qué has hecho con Rachel Price?

Ella se encoje de hombros sin más con una sonrisilla dibujada en la cara.

—Hace poco tuve mi propia caída libre... por si no lo habías notado —dice, señalando al montón de hombres que la rodean.

—La Rachel felizmente casada es una aguafiestas —digo mientras cojo el café de la mesilla de noche—. Me voy antes de que se me contagie el virus ese que tienes.

—Espera..., ¿qué quieres que haga con lo de Shelby? —pregunta.

—Eeeh, nada. —Me pongo las zapatillas—. Olvídalo. Ya me encargo yo.

—Tess...

—De verdad, no pasa nada —digo, agachándome para coger el chubasquero—. Hoy tengo muchas cosas que hacer. Hasta luego, familia Price...

—Tess —me llama Ilmari en voz baja y me detengo a medio camino de la puerta.

Me giro a mirar por encima del hombro, agarrada con una mano al marco de la puerta.

Ahora está sentado en la cama, desnudo hasta la cintura, con el pelo rubio despeinado sobre los hombros. Me sostiene la mirada y me clava esos ojos azules como el acero.

—Has venido a buscar consejo. ¿Escucharías el mío? —me pregunta

Contengo el aliento y me agarro a la puerta. Sus vínculos también lo miran, esperando a que hable. Pasa una eternidad en la que se limita a mirarme. Al final, levanto una ceja y asiento.

—La vida es corta.

Espero a que añada algo más, pero no dice nada. Como de costumbre, no le hace falta.

—Cierto. Gracias, Mars —digo con lágrimas en los ojos.

Me giro para no ver a los cuatro Price felices en su cama de matrimonio. La vida es corta y ellos han elegido vivirla al máximo. Pero no tengo la fortaleza de Rachel... y ella no tiene mi bagaje.

Sé cuál es el consejo que me daría a mí misma, aunque ella no me lo diga. Mi consejo es que debería dejar que Ryan se marche. Mi consejo es que mi vida es complicada y un lío y que Ryan se merece algo mejor. Mi consejo es bueno. Mi consejo me mantiene a salvo. Sé que debería seguir mi propio consejo.

Así que ya me dirás por qué estoy saliendo de esta casa con el teléfono en la mano preparada para marcar el número de Ryan y decirle que se desnude y me espere duchándose cuando vuelva a casa. La vida es corta y siento que estoy volviendo a caer en picado antes de que acabe.

46

Ryan

—Hostia —gruño, y giro sobre mí mismo para apartarme de Tess.

Estoy sudando, jadeando, y siento como si me hubiera absorbido toda la esencia por la polla. Ahora mismo, no soy más que una cáscara vacía, el perfil dibujado en tiza de Ryan Langley.

—Cariño, no puedo —mascullo con los párpados apretados—. Ya no más. Estoy muerto.

El vibrador que ha estado usando cae sobre la cama y vibra entre nosotros mientras ella se ríe.

—Pobre cachorrito, ¿te he desgastado?

Me limito a gruñir.

Se ha plantado aquí como un tornado en pleno apogeo. Ha interrumpido en la casa a las siete y media de la mañana y ya había salido a por café. Luego me ha arrastrado a la ducha, donde hemos follado como animales, ella con las manos contra los azulejos mientras yo la embestía por detrás. Me ha apretado la polla tan fuerte con el coño que he tocado el cielo. Ha sido épico que te cagas. ¡El mejor despertar del mundo!

De alguna forma, encontramos el camino de vuelta a mi habitación y nos hemos tirado la última hora desnudos. Me ha hecho correrme otra vez cuando me ha deslizado por la polla un anillo vibrador que me ha hecho sentir como si me dieran descargas eléctricas. Me he corrido sobre mi propio vientre y casi he chillado como una niña cuando he intentado quitármelo al alcanzar el punto de sobresensibilidad.

Luego, mi diablesa pelirroja me ha limpiado a lametazos mientras se masturbaba ella sola con un juguete con dos cabezales que ha llamado su conejito. Se me ha puesto a horcajadas sobre las piernas mientras se metía

el vibrador y visto su precioso cuerpo moviéndose encima de mí mientras volvía a correrse diciendo mi nombre.

Ahora se piensa que puedo intentarlo para una tercera ronda y tengo que terminar con esto mientras todavía me lata el corazón. Estoy convencido: practicar sexo con Tess va a matarme... y le estoy agradecidísimo por haber hecho que mi alma ascienda a los cielos.

Una hora más tarde, llego al gimnasio de los Rays y veo a unos cuantos compañeros haciendo sus repeticiones con el equipo de fuerza y acondicionamiento. La música metal sale de los altavoces y está lo bastante alta para que la sangre siga bombeando. Paso junto a la hilera de bicicletas estáticas donde hay un par de defensas haciendo ejercicio.

—¡Aquí está! —saluda Jake haciendo un gesto con la mano.

Mientras avanzo hacia él, salta de la bici con la cara chorreando de sudor.

—Hola, tío. ¿Qué pasa...? Au... —grito, y me tambaleo por la fuerte colleja que me ha dado—. ¿Por qué cojones haces eso? —digo, mirándolo fijamente.

Jake se me pone delante.

—¿Qué parte de «sé su amigo» tu polla tradujo como «insertar aquí»?

Me quedo mirándolo sin parpadear, por un momento me he quedado sin habla.

—¿Qué...? ¿Y tú cómo lo sabes? —grito con los ojos como platos.

Se limita a señalar por encima de hombro.

Me doy la vuelta y veo a la doctora mirándome fijamente. Se apoya en la puerta abierta de su consulta con los brazos cruzados. Me giro de nuevo y veo que a Jake se le ha unido un Mars muy grande y ancho.

—¿Cuándo os lo ha contado? —espeto, la cabeza me da vueltas.

—Esta mañana —responde Mars—. Cuando nos hemos despertado estaba entrando en pánico en nuestra cama.

—¿En pánico? —repito, pasando la mirada del uno al otro.

—Sí, al parecer te ha desflorado en el cuarto de un bebé —se burla Jake.

—Y está grabado —añade Mars.

—No me ha desflorado —le espeto a Jake—. No ha sido mi primera vez, gilipollas.

—Era tu primera vez con Tess y eso es lo que nos importa —contraataca.

Me quedo rígido, pasando la mirada del uno al otro. Mierda, ¿se lo ha dicho ella?

—No ha sido la primera vez que lo han hecho —dice Sanford, que se mete entre ellos con su característica cojera.

—¿Qué? —grita Jake, y se da la vuelta para mirarlo—. ¿Y eso cómo lo sabes?

—Lo lleva escrito en la cara —responde el otro—. Me apuesto lo que sea a que lo habéis hecho por toda la casa.

—*Mitä helvettiä* —maldice Mars en finés—. ¿Habéis follado en mi sauna?

Miro a Mars. Ya, no voy a responder a eso. Me gusta mucho donde tengo los dientes, muchas gracias.

—¿Qué coño hicisteis anoche? —se burla Sanny.

—¡Nada! —chillo, pasando la mirada del uno al otro.

Sanny dibuja una sonrisilla de suficiencia.

—Mírate, semental salvaje.

—Bueno, no voy a besarla y a ir por ahí con el cuento —resoplo cruzando los brazos.

—¿Besarla e ir por ahí con el cuento? —repite Jake—. ¡Dios, Langers! ¿Estamos en el colegio? ¿Tenemos doce años?

—Ya sabemos que follaste anoche —dice Sanford—. Nos lo ha contado ella.

—Sí, en el cuarto del bebé, lo cual es rarísimo —añade Jake—. El pequeño Josh duerme ahí.

—Bueno, no nos entretengamos en los detalles —dice Sanford mientras le pone una mano en el hombro—. La semana pasada, tú me hiciste una paja en el baño de Baskin-Robbins.

Jake se ríe.

—Oh, sí. Mereció la pena muchísimo.

—Lo que necesitamos saber es lo que sucede ahora —dice Mars, levantando una mano para que se callen—. Nosotros tenemos que protegerla.

—Sí, es familia de Rachel —dice Sanny—. Lo que significa que es nuestra familia.

—Estás en el territorio de follarse a una hermana, gilipollas —dice Jake —. Lo cual va en contra de todos los códigos del manual del colega del hockey. Ni madres ni hermanas. Tienes suerte de que no te hayamos hecho una llave contra el suelo.

—Como le hagáis daño a esa rodilla, esta noche dormís en las tumbonas de la playa —grita la doctora desde su consulta al final del pasillo.

—¿Puedes decirles que me dejen en paz? —grito yo por encima del hombro.

—No.

—Responde a la pregunta, tío duro —insiste Jake, y me empuja el hombro—. ¿Qué os traéis entre manos? ¿Para ti no es más que una *puck bunny*?

—No —respondo.

—¿Un polvo conveniente? —se mofa Sanford—. ¿Una distracción? ¿Un viaje divertido a la ciudad de las asaltacunas?

—No...

—¿Vas a romperle el corazón? —espeta Jake, y me vuelve a empujar el hombro.

—Chicos, si yo ni siquiera...

—¿Amarlas y dejarlas? Eh, ¿Langers? —dice Sanford—. ¿Ese es tu *modus operandi*?

—No —rujo.

—Entonces, ¿qué es ella...?

—¡Ella lo es todo!

Los cuatro tienen los ojos clavados en mí y de repente el corazón me va a mil por hora. Lo estamos haciendo. Aquí mismo. Ahora mismo.

Los miro a todos.

—Joder, lo es todo, ¿de acuerdo? Estoy... Estoy obsesionado con ella —gruño, y me paso las dos manos por el pelo.

—Ay, mierda. —Jake abre los ojos como platos cuando lo entiende.

—No duermo —admito—. No como. Estoy distraído dentro y fuera del hielo. Desde el momento en que la vi de pie entre aquellas olas el día de la playa es como si... —Intento encontrar las palabras correctas para explicarlo —. Es como si se estuvieran cayendo mis piezas y estuvieran siendo remplazadas con las de ella.

—Mierda —dice Sanford, mirando entre sus vínculos—. Chicos, esto es malo.

—Sí, abortamos misión —dice Jake, que da un paso atrás con la mano en el brazo tatuado de Sanny.

—¿Queréis saber cómo narices me pasó esto, idiotas? —digo, y me señalo la rodilla—. Perdí la concentración en el hielo por una milésima de segundo. Levanté la vista hacia el público y creí verla ahí de pie. Deseé por un segundo de más que fuera ella viéndome y entonces ese alero se abalanzó a mis rodillas.

Jake hace una mueca y mira por encima del hombro.

—Nena, creo que va en serio.

—Por supuesto que sí, joder. —Le doy un empujón—. Me habéis preguntado qué pasa ahora, ¿eh? —Me vuelvo para enfrentarme a la doctora—. Escucha, Hades. Tienes que tranquilizar a tu perro guardián de las tres cabezas —digo, señalándola con el dedo.

—Como vuelvas a señalar a mi esposa, te corto el dedo —me advierte Jake.

Bajo la mano sin dejar de mirar a la doctora.

—Sé que ahora mismo solo intentas ser su amiga y protegerla. Sé que tienes miedo por ella. Yo también estoy asustado. Está pasando por algo aterrador. Pero yo no voy a irme a ninguna parte, ¿vale? Que le den a lo de ser amigos. Estoy loco por esa mujer, así que no os interpongáis en mi camino. Eso va para los cuatro —añado, mirando a los hombres.

—Mirad las pelotas que tiene el niño —dice Sanny, evaluándome con los brazos cruzados.

—Hades... —resopla Jake—. Lo siento, nena, pero ese mote se va a quedar.

—Voy a hacer camisetas del Equipo Cerbero —dice Sanford.

—Madre mía, ¿te lo imaginas? Las quiero negras con un perro enorme de tres cabezas en la parte delantera. Molaría muchísimo, ¿a que sí, Mars? —dice Jake, que mira al finés callado.

—A mí no me metas en eso —dice este.

—No te preocupes, metatrón. La tuya será un *crop top* —se burla Sanford.

Yo me limito a sacudir la cabeza y paso la mirada entre ellos.

—Estáis loquísimos, chicos.

Jake se ríe.

—¿Hemos terminado, Hades? —grita por encima del hombro—. ¿Has oído lo que necesitabas oír?

La doctora asiente despacio.

—Lo siento, Langers —me dice—. Teníamos que sacarte la información. Necesitábamos saber en qué punto estabas. Por si te preocupa, has superado la prueba.

—Con notaza —añade Sanny.

—Bueno, pues gracias a Dios por la misericordia. —Los rodeo para ir hacia la doctora—. Tengo fisioterapia con Brady durante los próximos cuarenta y cinco minutos. Y luego voy a volver y, como castigo por que Jake me haya pegado, vais a decirme cómo puedo hacer las cosas bien con Tess. No voy a cagarla, ¿vale?

—Creía que me acababas de mandar a la mierda —responde fría.

—Mira, para que se largue corriendo no necesito ayuda. Esa tía nació con unas deportivas Nike Airs pegadas a los pies.

Eso hace que me gane una sonrisilla, así que voy a decir que eso es un progreso.

Me acerco un paso y la miro desde arriba.

—Dame algo. Doctora. Algo que pueda usar para llegar a ella y demostrarle que no pretendo irme. Que se me da bien... bueno, que se me da bien ser algo más que solo amigos.

Suspira y se apoya contra el marco de la puerta.

—¿De verdad te gusta?

—Creo que me estoy enamorado de ella —admito. Abro los ojos como platos, igual que ella, y me doy cuenta demasiado tarde del error que he cometido—. Ay... por favor, Dios, no se lo digas a ella. Por favor..., joder... Sé que tenéis vuestro código de chicas según el cual tenéis que compartirlo todo, pero, doctora, por favor. Se marcharía corriendo a toda velocidad. No está preparada. Ella...

—Ryan —me dice con una suave risilla, me coloca la mano en el brazo y me da un apretón para tranquilizarme—. No se lo voy a contar, ¿vale? Tienes razón. Si se lo dices ahora mismo, aparecerá un agujero con forma de Tess en la pared de Ilmari.

—Entonces, ¿qué hago? —insisto, estudiándole el rostro—. ¿Cómo llego a ella?

Me mira durante un buen rato más, como si me estuviera calibrando. Al final, relaja un poco los hombros y sé que he pasado una prueba importante de la mejor amiga. Bajo las manos a los lados.

—Por mucho que a esta chica le guste hablar, su lenguaje del amor es la acción.

—¿Su... qué?

—Servicio, Ryan —me aclara—. Actos de servicio. No puedes decirle a Tess que la quieres y obligarla a que te crea. No lo hará. No está en su naturaleza. Tu mejor opción es demostrárselo.

Doy una palmada, el cerebro se me pone en marcha.

—Cierto, enseñárselo. Eso puedo hacerlo. Espera... ¿Cómo se le demuestra a alguien que la quieres? ¿Flores? ¿Bombones?

Dibuja una sonrisa de satisfacción.

—¿Acaso esto es una película de Hallmark? ¿También vas a enseñarle el verdadero sentido de la Navidad, Langley?

—Vaya, joder, no lo sé —chillo, cada vez estoy más frustrado—. Nunca he hecho algo así. Nunca he intentado demostrarle a una mujer que la quiero.

—Sinceramente, puede que eso ayude. No pienses en lo que deberías hacer o en lo que han hecho los demás. Necesitas hacer lo que a ti te parezca adecuado y natural. Eres un chico inteligente, Langley. Estoy segura de que puedes averiguarlo.

Asiento con la cabeza, mi cerebro sigue revolucionado mientras me giro.

—Oye, Ryan. —La doctora me saca de mi ensimismamiento.

Vuelvo la cabeza por encima del hombro y la miro fijamente.

—¿Ahora qué? ¿Vas a volver a amenazarme? ¿A decir una lista de las formas en las que me harás daño si se lo hago a ella?

—No. Dejaré las amenazas para mi perro guardián de tres cabezas —añade con una sonrisilla de suficiencia. Entorno los ojos—. Solo iba a decirte que creo que tiene una formación de voluntarios en la playa Mickler.

—Sí, lo sé. ¿Qué quieres...? —Y entonces me quedo rígido, mi cerebro digiere la nueva información—. Ooooh... Y ¿eso funcionaría?

—Nunca se sabe hasta que no se intenta —responde. Se da la vuelta y desaparece dentro de su consulta.

47

Tess

—Vale, bien, creo que ya está todo el mundo, duquesa —me dice Joey, comprobando los nombres en el móvil.

Todos los voluntarios están conversando alrededor de la mesa de pícnic, con vasos de café y botellas de agua reutilizables entre las manos. Hace calor para ser enero y la mitad de nosotros llevamos camisetas de manga corta y gafas de sol. Hemos ofrecido una pequeña selección de fruta y dónuts y casi ha desaparecido todo.

Nancy y Cheryl han venido, aunque ellas ya tienen la certificación. Cheryl está hablando con el jefe de tropa de Ponte Vedra, que ha traído a cinco scouts. Los chicos están todos sentados a la mesa mirando sus móviles aburridos. A parte de la tropa de scouts, hay una pareja mayor que son amigos de los Lemmings y también viven en la playa, dos chicas de la universidad que quieren cubrir las horas del voluntariado de verano y un dúo madre e hijo adorable que llevan una camiseta en la que pone: «¿Qué conchas?».

Me acerco corriendo a donde Nancy está ayudando a nuestro representante de la FWC, la Comisión de Vida Salvaje de Florida, a colocarse en el pabellón del pícnic.

—¿Estamos listos para empezar?

—Por supuesto —canturrea Nancy mientras se pone unos mechones de pelo negro detrás de la oreja—. John dice que le vamos a dar a todo el mundo un paquete para que se lo lleve a casa y que luego hablaremos de las normas de campo antes de ir a la playa.

John, el representante de la FWC, le saca una cabeza a Nancy. Parece un exjugador de rugby con ese pecho tan ancho y esos hombros metidos dentro

de la camiseta del uniforme. No tiene ni un solo pelo en esa cabeza calva y brillante.

—¿Todo el mundo ha firmado los formularios de autorización?

—Sí —digo, levantando el montón de papeles que tengo entre las manos.

Él los coje y los mete en una carpeta.

—Entonces, ya podemos empezar.

Me doy la vuelta y empiezo a dar palmas.

—Está bien, ¡atentos todos! John dice que podemos empezar.

Como si fuera una sola persona, el grupo se pone en movimiento. Vuelvo corriendo a la mesa de pícnic y ayudo a Cheryl a recoger la basura de los restos de dónuts y fruta.

—Vaya, cómo mola el coche —dice el *boy scout* pecoso que está a mi lado.

Miro por encima del hombro y el corazón se me para. Conozco ese coche deportivo. Ryan aparca justo al lado del pabellón del pícnic. ¿Qué narices está haciendo aquí? Se baja del coche, el viento le despeina los rizos rubios. Parece que ha venido directo del gimnasio. Todavía lleva la camiseta de técnico de los Rays y los pantalones cortos. Al verme, me saluda con la mano y me lanza una sonrisa perfecta que me derrite.

«Maldita sea, tía. Compórtate».

Resoplo, tiro a la papelera los platos biodegradables que tengo entre las manos y camino hacia él.

—¿Te has perdido? —le digo.

Mira a su alrededor, se encoge de hombros dentro de la sudadera gris que lleva con la cremallera a medio subir.

—Esta es la playa de Mickler’s Landing, ¿no? Tú estás aquí, así que eso debe de ser una buena señal.

Se quita las Ray-Ban y es oficial: la gatita se pone a ronronear al ver a este muñeco Ken tan sexi sonriéndome como si yo estuviera justo donde se detiene su mundo.

«Joder, sí que estoy en un buen lío».

—Ryan, ¿qué estás haciendo aquí? —insisto.

—He venido a que me den la certificación —dice encogiéndose de hombros—. Mierda, ¿es demasiado tarde para apuntarse?

—Sí —digo, al mismo tiempo que a mi espalda Joey dice: «No».

Ryan se gira hacia él y le lanza una sonrisa ganadora.

—Hola, soy Ryan. Encantado de conocerte.

—Joey Ford, coordinador de voluntarios. —Le estrecha la mano. Dos chicos rubios con rizos y encanto para dar y tomar.

«Maldita sea».

—Has llegado justo a tiempo —dice el surfista—. Lo único que tienes que hacer es rellenar el formulario de la FWC y luego cocinaremos con aceite de aguacate.

—Perfecto —responde Ryan, mirando el formulario. Entrecierra los ojos como si necesitara gafas de lectura—. Vaya, hay mucha letra pequeña. ¿Dónde firmo, jefe?

—Tú pon el nombre aquí, el número de teléfono aquí y la dirección aquí —dice Joey, señalando los huecos en blanco del formulario—. Y tu autógrafo va justo aquí —añade, dando un golpecito al final del formulario.

Ryan me lanza una sonrisa y empieza a rellenar el formulario, me da la espalda con un aire dramático, como si fuera información privada.

—Es que no quiero que sepas dónde vivo —se burla.

Resoplo y yo también me giro. No sé por qué estoy tan molesta. Tampoco es que no se lo hubiera comentado. Anoche nos quedamos dormidos mientras yo repasaba la lista de cosas pendientes para hoy.

La verdad es que no creo que esté molesta. De hecho, estoy molesta conmigo misma por no estar molesta. Me gusta que haya venido. Me gusta que me esté sonriendo y flirteando conmigo y siguiéndome como el cachorrito adorable que es.

—Oye —dice el *boy scout* larguirucho de pelo negro con los ojos como platos cuando ve a Ryan—. Tío, eres Ryan Langley. Eres... ¡increíble! El mes pasado te vi jugar con los Panthers en Tampa. Metiste un gol y una asistencia.

Ryan le sonríe y le tiende la carpeta a Joey.

—Sí, fue una noche divertida. ¿Cómo te llamas?

El chaval casi se tropieza consigo mismo de la prisa que se da en acercarse.

—Eeeh... Tyler. Me llamo Tyler.

—Y yo soy Evan —dice el pecas, que también se adelanta corriendo.

En pocos segundos, los *boy scouts* rodean a Ryan, que se ríe y se hace selfis con ellos. Todos los voluntarios se acercan atraídos por su encanto.

Mi estúpido corazón empieza a latir más rápido cuando se hace una foto con las universitarias monas y rubias, pero la sonrisa que dibuja es solo para mí.

—Vale —digo después de un minuto volviendo a dar palmas—. Ahora sí que tenemos que ponernos manos a la obra. No queremos perder el valioso tiempo del guarda John.

—Oye, Tess —me llama Ryan, todavía tiene el brazo por encima del hombro del chico que lleva una camiseta de una tortuga marina—. ¿Con qué se hacen las fotos las tortugas marinas? —pregunta con una sonrisa enorme—. ¡Con un camarón! —responde antes de que yo pueda abrir la boca.

Entorno los ojos ante el pésimo chiste, pero los chavales se parten el culo mientras él los conduce hasta el pabellón.

—Vamos al lío —dice, y me guiña un ojo con aire de flirteo—. Vamos antes de que las tortugas se queden atrás.

—Ay, deja ya esos chistes tan tortugosos —digo con tono inflexible.

Él se ríe con ganas y da un salto para sentarse a la mesa de pícnic junto a John.

Esto es estupendo. Puede dar sorpresas y contar chistes malos. Puede que este chico rubio esté haciendo que se me pierda el corazón, pero no voy a perder la cabeza. Tess sigue teniendo el control.

48

Tess

El día de voluntarios ha sido un exitazo, sobre todo porque Ryan se ha llevado toda la atención. Ha sido de mucha ayuda. Ha hecho que los chaveles se interesen y ha respondido a las perspicaces preguntas de John. Ha cargado con el equipo, ha ayudado con las demostraciones y, al final de la tarde, ha hecho que todo el mundo pose para hacer una foto que ha subido a su cuenta de Instagram. Los chicos han flipado cuando les ha tendido el teléfono y les ha dejado que se etiqueten ellos mismos en la imagen.

Luego, Nancy y Cheryl han invitado al equipo de Fuera de la Red a tomar algo y Ryan se ha autodeclarado mi acompañante. El bar está petado porque es la hora feliz e incluso hay un escenario preparado para tocar música en directo. Las paredes vibran al ritmo de una versión de Prince: *Nothing compares to you.*

Mientras tanto, Ryan y yo estamos en el baño unisex con la puerta cerrada con el pestillo. Me tapa la boca con la mano, tengo la espalda pegada contra la pared llena de grafitis y su polla metida en el coño. No tengo ni idea de cómo hemos llegado hasta aquí. Culpo de ello al chardonnay... Vale, y al hecho de que me he pasado toda la tarde con este hombre guapo y atento que me mira como si fuera la luz de su vida.

Todos los demás han venido por las tortugas. Ryan ha venido por mí.

—Córrete para mí —dice. Siento su cálido aliento en el oído mientras me sujeta contra la pared.

Cabalgo la cresta de esta sensación. La vida late al otro lado de la puerta, un mundo de gente que se ríe y bebe, ajena al hecho de que Ryan y yo estamos encerrados en este cuarto y nuestros cuerpos tiemblan mientras perseguimos un orgasmo.

—Madre mía —gimo contra su mano.

—Si crees que vas a irte de aquí sin correrte con mi polla... —Su amenaza calla cuando se aparta y me deja jadeando.

—No, no pares —jadeo.

—Date la vuelta —gruñe—. Pon las manos en el lavabo. Agáchate, joder.

Mi coño ansioso hace un bailecito cuando me doy cuenta de qué pretende hacer a continuación. Me amenazó con hacerlo en nuestra primera cita. Aquella noche también me puso muchísimo.

—Hazlo —digo mientras bajo las manos para agarrarme al lavabo.

Ya tengo las mallas y las bragas bajadas por las piernas para que pueda abrirlas bien. Las tengo echas un burruño en el tobillo izquierdo, así que tengo el culo y el coño descubierto para él.

Me acaricia con la mano la curva de la nalga mientras gruñe. Lo miro en el espejo, me observa desde arriba con una expresión de hambre que no se molesta en ocultar. Verlo estudiarme así va a hacer que me desmorone antes de que llegue a tocarme.

—Ryan...

Levanta la vista, parpadea y nos mira en el espejo. Nuestros reflejos se aguantan la mirada, su necesidad hierve a fuego lento.

—Hazlo —repito.

Aparta la mano y me da un azote fuerte.

Jadeo y me muerdo el labio cuando la deliciosa punzada me sacude el culo y va directa al clítoris. Gruño y meneo las caderas un poco mientras él baja la mano y me acaricia donde me ha pegado.

—Otra vez —digo, mirando su reflejo en el espejo.

Me da otra cachetada y ahora gruñimos los dos. Se apoya sobre una rodilla y me besa una y otra vez el punto donde me ha pegado, luego apacigua el ardor con la lengua. Entonces vuelve a ponerse en pie.

Azote.

—Ay, Dios —gimoteo, pues me encanta ver el movimiento de su mano en el espejo. Pero no puedo aguantar que me provoque durante más tiempo. Tengo el coño chorreando. Necesito correrme—. Fóllame, Ryan —le ruego —. Por favor, cariño, por favor...

Me agarra con fuerza por las caderas, con una mano me acaricia la lumbar por debajo de la camiseta mientras la otra me la mete entre los

muslos. Me abre con los dedos, luego me pone la punta del pene en el mismo sitio y me hundo contra él, ansiosa por esa sensación de plenitud.

Dios, cómo he echado de menos las pollas de verdad. Y Ryan, además de tenerla preciosa y larga, sabe qué hacer con ella. Se coloca en posición, con la punta justo donde quiero que esté. Levanta la mirada en el espejo, tiene los ojos oscuros, y asiente con la cabeza. Nos mantenemos la mirada el uno al otro, yo empujo y él también, y me lo meto hasta la empuñadura con un grito silencioso. En cuando siento su cadera presionando contra mi culo, se escucha un fuerte golpe en la puerta de metal que hace que esta repiquetee.

Bang. Bang.

Me trago el chillido que iba a soltar, aprieto los muslos alrededor de la polla de Ryan mientras grita: «¡Un minuto!».

Tiemblo con una risa silenciosa, con las manos aún aferradas al lavabo.

—Date prisa —responde a gritos el tío que está al otro lado.

Ryan se dobla por encima de mí y agarra también el lavabo con las manos.

—Ya los has oído —dice juguetón y me llena el cuello de besos—. Date prisa y córrete antes de que nos echen.

—Córrete conmigo —le ruego, aguantándole la mirada en el espejo.

—Mírame. No apartes los ojos de mí. No mires a otro lado.

—Oh, Dios... —gimoteo otra vez y abro los labios para coger aire.

Esto es tan erótico, tan salvaje. Nunca antes he mantenido este tipo de contacto visual con otra persona durante el sexo. Nunca había logrado ver tanto. Lo puedo ver moverse contra mí... mi piel desnuda, mis manos aferradas, mis hombros temblorosos.

Balancea las caderas contra mi culo, su polla me llena muchísimo. Me agarro bien fuerte al lavabo, me hipnotiza ver cómo me adora. Lo veo embestida tras embestida, las llamas del orgasmo cada vez arden con más fuerza y se extienden hacia fuera.

—Eres preciosa. Cabalga mi polla como una reina. Dios... Eres toda mía, joder...

Echo la cabeza para atrás, lucho con las ganas de cerrar los ojos. Entonces siento que su brazo me rodea y me empieza a tocar el clítoris.

—Sí... sí... estoy a punto... Justo ahí... —Me atraganto las palabras con un chillido mientras me trago un grito.

—Córrete —me ordena—. Termina conmigo.

Cierro los ojos, incapaz de ver durante un segundo más esta vulnerabilidad, esta conexión. Dejo que todos mis sentidos se dejen llevar por lo físico mientras me hago añicos, destrozada por el modo en que este hombre me hace sentir. Me corro con tanta fuerza que el coño se me aprieta tenso contra su polla mientras le tiemblan las caderas y se deja caer sobre mi espalda mientras se corre dentro de mí. Me pone las manos encima de las mías en el lavabo mientras busca algo a lo que agarrarse, algo que lo ancle mientras se hace pedazos. Alguien.

Yo.

Se está sujetando a mí. Nos estamos sujetando el uno al otro. La aterradora verdad cae sobre mí cuando nuestros ojos entran en contacto de nuevo en el espejo y veo en su rostro esa expresión de satisfacción. Está feliz. Está más que contento. Está aquí por mí. Me desea.

Pero esto no puede durar. No durará. Nunca nada dura. Estoy rota y rompo las cosas. Nos sujetamos el uno al otro con tanta fuerza porque sabemos que este barco ya se está hundiendo. Y yo soy el iceberg. Siempre soy yo.

El reloj está en marcha. Me late en los oídos al ritmo de la versión de Prince que la banda está tocando a menos de seis metros de nosotros, al otro lado de la puerta cerrada. Tic, tic, tic.

¿Cuánto falta para que él se suelte?

¿Cuánto falta para que yo vuelva a salvarme a mí misma?

Ya es hora de hacer lo que mejor se me da. Es hora de soltarme yo primero.

49

Ryan

—Espera, vuelve a repetirlo —digo, con el corazón en la garganta.

El doctor Brady se limita a reírse.

—Ya me has oído, Langley.

Sonrío de oreja a oreja, balanceo las piernas sentado en la camilla de fisioterapia.

—Sí, pero necesito que lo digas otra vez.

—Estás bien, Langley. Puedes volver a patinar —repite.

Mi corazón hace un salto doble.

—Doctor, le voy a dar un beso en los labios —me burlo, mientras me bajo de la camilla de un salto y abro los brazos.

Él se ríe y da un paso atrás.

—Creo que mi prometido se opondría. Es muy territorial.

Bajo las manos.

—Sí, lo más seguro es que me matara.

—No mientes —dice él con una sonrisa de satisfacción y vuelve a mirar su tableta.

La pareja del doctor Brady lucha en la MMA o algo así. Lo conocí la semana pasada. Lleva tatuajes, es corpulento, tiene aire de mafioso y luce un piercing en el labio. Choca muchísimo con el aspecto pulcro y friki de Brady, pero ¿quién soy yo para juzgar cuando los opuestos se atraen?

Brady me mira por encima de la montura de sus gafas cuadradas.

—Vas a seguir llevando la rodillera de compresión durante un tiempo, solo para que la rodilla tenga un poco más de estabilidad.

—Vale, mola —digo, asintiendo con la cabeza.

—Y quiero que te sigas poniendo hielo por la mañana y por la noche. ¿Y dices que la sauna te ha estado ayudando con la inflamación?

Me muerdo el labio para contener una sonrisilla. Claro, vamos a decirlo así.

—Sí, la sauna. Me acabo de convertir a esa religión. Es muy restauradora.

—Bueno, me alegro. Sigue con ello. Tu rango de movimiento es genial. El equipo de fuerza y acondicionamiento se va a alegrar un montón. Los escáneres tienen buena pinta. El dolor y la inflamación están bajo control. Llegados a este punto, si te tengo fuera del hielo durante más tiempo, puedes quedar expuesto a una nueva lesión de puro aburrimiento. ¿Me equivoco?

—Doctor, me subo por las putas paredes —le respondo en serio.

Se ríe y me da unas palmaditas en el hombro.

—Pues largo de aquí, Langley. Ve a unirte al entrenamiento.

—¿También estoy bien para poder jugar el partido del sábado?

—Siempre y cuando termines el entrenamiento de una pieza, no veo por qué no —responde.

Casi salgo volando del centro de fisioterapia y recorro el gimnasio mientras me saco el móvil del bolsillo. Enseguida llamo a Tess y me lo llevo a la oreja.

Responde al segundo tono.

—Hola...

—Nena, me han dado el alta —digo con una sonrisa enorme.

—Oh... —Oigo unos pasos—. Espera...

Sigo avanzando por el pasillo hacia el vestuario mientras ella se queda callada al otro lado de la línea. Vuelve en unos segundos.

—Ry, eso es maravilloso —dice—. ¿Te ha dado el alta Rachel?

—Bueno, me la ha dado Brady, pero sí —respondo.

—Eso es genial. Me alegro muchísimo por ti.

Su voz es como un chute de serotonina que me va directo al pecho.

Sigo sonriendo mientras corro por el pasillo.

—Sí. Estoy bien para jugar el partido del sábado y quiero que vengas. Tess, quiero que estés ahí.

—¿Quieres que vaya al partido? —dice, y sé que está buscando una salida.

«Joder».

Lleva así toda la puta semana. Cuando estamos juntos, todo es perfecto. Ella está presente y es cariñosa y muy divertida. Nos reímos juntos y hablamos. Nunca me ha resultado tan fácil estar con alguien. Anoche, incluso me dejó que le enseñara lo básico del Mario Kart. Se aburrió muchísimo mientras se lo explicaba, pero luego me hizo una mamada mientras yo jugaba una partida. Perdí. Pero mereció la pena muchísimo.

Cuando estamos juntos, no nos sentimos como dos personas que se encuentran en diferentes etapas de la vida y que quieren cosas distintas. Nada resulta incómodo, forzado o precipitado. Ella está relajada y es divertida, y es tan sexi que me va a matar, literalmente.

Solo quiero una oportunidad. Quiero que deje de pensar en la vida como una carrera en la que siempre está huyendo. ¿Qué necesito para que me deje alcanzarla?

—No estoy segura de si me viene bien mañana... —dice—. Tengo que planear un montón de cosas para la gala de la semana que viene.

—Bueno, sí que te viene bien —respondo, me obligo a decirlo con tono alegre—. Porque mañana es viernes. Puedes trabajar mañana y divertirte el sábado en el partido.

—Ryan...

—Tienen perritos, Tess. Y churros... y polos —me burlo.

Suspira.

—Cachorrito, ¿por qué solo nombras la comida con forma de falo?

—Porque me gusta la idea de que te metas un churro hasta el fondo de la garganta en las gradas mientras yo estoy en el hielo —respondo—. Los dos sabemos que fingirías que es el mío.

Se ríe y yo suspiro aliviado. El humor es lo único que he encontrado que la trae de vuelta cuando empieza a retirarse a ese lugar oscuro.

—Ah, oye, ¿sigue en pie lo del karaoke de esta noche?

—Eeeh...

Ahora soy yo el que se ríe.

—Tess, ya te he dicho que nos hemos librado. Si Shelbs y Sully tuvieran en su poder una grabación porno, ya lo sabríamos. La cámara no ha grabado nada. Pero bueno, si en algún momento quieres que una de nuestras sesiones quede inmortalizada, podemos solucionarlo...

—¡Ryan! —chilla.

—¿Qué? —pregunto riéndome todavía—. No me digas que nunca se te ha pasado por la cabeza. ¿Cómo narices se supone que voy a sobrevivir a los partidos fuera de casa?

—Eres incorregible y te voy a colgar.

—Soy encantador y te voy a colgar yo primero —bromeo.

Estoy justo en la puerta del vestuario. Si entro ahí hablando con mi chica con esta cara de bobo, se van a tirar una semana vacilándome.

—Espera... Entonces, nos vemos luego, ¿no?

—Adiós, Ryan.

Entonces me cuelga.

Sí, yo la voy a ver luego. Tess Owens es para mí. Mi intención es seguir viéndola durante el resto de mi vida.

50

Tess

Entro en el bar de Riptide y miro a mi alrededor. Es un bar típico americano, con un montón de cosas colgadas de las paredes y un menú demasiado amplio como para ser de calidad. No confíes en un sitio con *nuggets* de cocodrilo, quesadillas y pasta carbonara. Puede hacer una cosa bien, pero está claro que no las tres.

Una chica guapa con edad de ir a la universidad y una gorra de béisbol de los Rip's y unos vaqueros cortos cortados me conduce hacia el exterior. Hay un montón de mesas de pícnic, tanto ocupadas como desocupadas. A la izquierda, hay colocado un escenario. Hay una barra circular rodeada de taburetes.

Son casi las siete de la tarde, lo que significa que las nubes adquieren unas tonalidades rosáceas y moradas, como si fueran algodón de azúcar, mientras el sol se pone sobre el océano gris. También hace fresco. Me alegro de haberme puesto el jersey encima del vestido. En la zona de asientos, hay calefactores de terraza cada pocos metros.

—¡Tess!

Me giro y veo a Rachel de pie al final de una mesa con una cerveza en la mano, se ríe y me hace gestos. Parece que ya están aquí la mitad de los Rays. Veo a Jean-Luc, a su esposa Lauren, a sus niños, a Walsh, a su novia Amber, a Novy y a Morrow. Caleb y Jake están sentados con Ryan. Está de espaldas a mí y, con toda la conmoción, no se ha fijado en mí todavía.

—Vaya, vaya, vaya...

Me giro y veo a Shelby poniéndose en pie justo detrás de mí con la versión mini de Josh apoyada en la cadera. Es adorable. Es moreno, con unos ojazos oscuros y unos labios rosados.

—Hola, Shelbs...

—No, no —dice, moviendo un dedo delante de mi cara—. No te pienses que no sé lo que hiciste...

—Shhh —grito, y la aparto del resto del grupo—. Ay, madre mía, eso fue hace días. ¿Por qué no has dicho nada?

—¿Por qué no has dicho nada tú? —contraataca con un falso susurro y mirándome con los ojos entornados.

—Porque..., bueno, ¿qué iba a decir? —resoplo—. «Oye, Shelby, mira la cámara del bebé si quieres verme andar a gatas con un disfraz de diablesa para comerle la polla a Ryan».

Se atraganta con la risa.

—Ay, Dios, en realidad esa parte no la he visto.

—Eh... Espera, ¿qué? —La miro parpadeando y con el corazón acelerado.

—Sí, el ángulo de la cámara no es el mejor, así que en realidad solo vi lo que pasó en medio de la habitación —responde—. Lo que pasó contra el cambiador estaba fuera de plano. Pero gracias por la imagen mental...

—¿Qué tengo que hacer o decir para que esto no se vuelva a mencionar? —digo, agarrándola del brazo.

El pequeño Josh extiende una mano regordeta y me la pone en la muñeca.

Shelby se lo piensa durante un rato, busca algo en mi cara con sus ojos color caramelo.

—Puedes cantar *Careless whisper.* Ahora mismo. Inaugura el espectáculo.

Madre mía. De todos los castigos posibles, ¿tiene que elegir este? Soy de las que solo cantan en la ducha por algo. Soy incapaz de seguir una melodía, aunque sea para salvarme el pellejo.

—Elige cualquier otra cosa —le ruego—. Lo que sea.

Entrecierra los ojos y me estudia.

—No.

Aparto las manos de ella.

—Eres un monstruo.

Ella no se achanta.

—Y tú te follaste a un Ray encima de unos peluches vestida de demonio, literalmente. Así que...

Me muerdo el labio, me escuecen los ojos de las lágrimas de alegría. Ay, esto va a ser horrible. Y solo va a poder culparse a sí misma.

—Está bien. ¿Alguna petición más?

Se lo piensa.

—Sí, ahora que lo dices, me encantaría que también cantaras algo de Shania.

—¿Finales de los 90 o principios de los 2000?

Me pone un dedo debajo de la barbilla y el bebé que tiene en la cadera se balancea.

—Mmm... creo que finales de los 90.

—Dicho y hecho —respondo. Entonces me inclino hacia delante—. Y después de esto, no volveremos a mencionarlo.

Sonriendo, asiente con la cabeza y se marcha para sentarse donde estaba.

Bueno... joder. ¿Qué pasa cuando te echan del escenario de un karaoke a fuerza de abuchearte? ¿Tienes que irte del bar? ¿Ponen tu nombre en una lista de ofensores y la cuelgan en las paredes del restaurante?

—Hola, preciosa.

Ryan se coloca detrás de mí y me acaricia los hombros. Me inclino hacia delante, me besa en la nuca y yo lucho con las ganas de apoyarme contra él. Al acordarme de dónde estamos, me enderezo y me aparto. Me giro entre sus brazos para romper nuestra conexión.

—Ryan...

Él suspira y aparta las manos.

—¿En serio? ¿Vamos a seguir fingiendo que solo somos amigos? Cariño, al equipo le da igual...

—Es que solo somos amigos —respondo—. Amigos que follan para sentirse bien. Ese era el trato. Tú pusiste esa regla —añado, y le lanzo una mirada firme.

No sé por qué estoy intentando discutir con él. Eso me parece demasiado público. Y las cosas ya están bastante inestables. Yo estoy inestable. Llevo días sin saber nada de Troy, pero sé que todavía tiene a alguien siguiéndome. Tengo la sensación de que me observan cuando voy al trabajo, cuando voy a la cafetería que hay al final de la calle de casa. Hay un SUV de color gris oscuro que veo a todas horas.

Y lo último que quiero es hacerle daño a Ryan o implicarlo aún más en mis embrollos. Ni siquiera sabe lo de los papeles triturados que escondo en

el armario. No sabe nada del acoso ni de que me siguen. No quiero que lo sepa. Quiero que nos quedemos en nuestra burbujita rosa de privacidad, orgasmos y sentirnos bien. La cual de todos modos va a explotar cuando me escuche cantar.

Busca algo en mi cara, lo veo luchando activamente con las ganas de extender la mano y tocarme.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Lo hago lo mejor que puedo para desviar la atención a otra parte.

—La grabación de la cámara. Shelby sabe lo que hicimos.

—Ah... mierda. —Suelta una risilla y mira por encima de su hombro a donde Shelby y Josh se acaban de sentar—. Eeeeh, bueno, hablaré con ellos...

—No hace falta —respondo con una sonrisa débil—. Shelby ya ha ejecutado su venganza sobre mí. Ya está hecho.

—Espera..., ¿venganza? —Abre los ojos como platos—. Tess, ¿qué...?

—Tengo que irme.

—Tess...

—Tú ve a sentarte —digo, y le doy un apretón en la mano—. Querías grabar algo para llevártelo a los partidos fuera de casa, ¿no? Bueno, esto es lo mejor que vas a conseguir.

Ignoro sus protestas de confusión, me deslizo por su lado y voy camino del escenario.

Resulta que cantar fatal las versiones de *Careless whisper* y *Any man of mine* a un público entregado es la mejor forma de darle al interruptor de «que le den a todo». Cuando canto la última nota y la multitud se vuelve loca, miro directamente a Ryan, que está decidido a emborracharse.

—Eso ha sido increíble —dice sacudiendo el móvil—. Lo he grabado todo.

Me limito a entornar los ojos. Por supuesto, mi falta total de talento para cantar le ha parecido encantadora.

—Añádelo a la colección —se burla Shelby desde el otro lado de la mesa.

Le lanzo una mirada asesina, con las manos apoyadas en las caderas.

—Oye, ¿eso es no volver a nombrarlo?

Ella se limita a reírse y hace como que se cierra los labios con una cremallera mientras se levanta para ir a saludar a los recién llegados.

Me siento a la mesa de pícnic entre Ryan y Caleb, el cual me pasa una sidra.

—¿Melocotón? —digo, olisqueando el vaso.

—Fresa —responde.

—Mmm... —Le doy un trago y me deleito con el sabor. Me gustan las bebidas igual que los postres: dulces y afrutados. Puede que Caleb no beba, pero se le da genial pedir por mí. Creo que trabajaba en un bar durante su época oscura.

Ryan nos observa con una ceja levantada.

—Ah —digo riéndome y dándole unas palmaditas a Caleb en el hombro —. Es nuestra cosa rara de amigos. Mars y yo tenemos las tortugas marinas, Cay y yo tenemos las cervezas afrutadas, y Jake y yo somos amigos de verdad.

Él se encoje de hombros sin más y mira el menú.

Nos acomodamos mientras un par de mujeres que no tienen nada que ver con los Rays cogen el micrófono para cantar una balada de Streisand. La chica guapa que me ha recibido resulta que también es camarera. Se apoya con la cadera contra las mesas, se ríe y flirtea con los chicos que no están casados mientras les toma nota, se echa para atrás la cola de caballo negra cuando cree que Novy la está mirando.

—Aquí tienes, corazón —le dice a Ryan cuando empiezan a sonar las notas de la segunda canción. Lo mira batiendo las pestañas mientras le desliza la cerveza por delante—. ¿Falta algo más?

Dejemos claro que solo se lo está preguntando a Ryan. Cay, con su brillante anillo de bodas y su marido sobón, bien podría ser invisible. Y yo está claro que soy la competencia. Tengo la sensación de que tengo que mojarme un poco el culo si esta noche quiero comer peces. Eso o Ryan puede levantarle la falda luego.

—Nah, de momento estoy bien, Cami, gracias —responde, completamente ajeno a las fichas que le está metiendo la otra—. Oye, estás son bastante buenas —dice, sin apartar la mirada de las señoras con camisas de lentejuelas que están cantando.

Cami se limita a quedarse ahí plantada, esperando a ver si el chaval la mira o le dirige la palabra. La miro levantando una ceja y me lanza una

sonrisa falsa antes de largarse.

Las señoras terminan su conmovedora interpretación de *The way we were* y todo el mundo las aplaude mientras regresan a sus asientos. Cuando llama a Morrow para cantar, el público se vuelve loco. Más que la mesa de los Rays, es la mesa que hay al fondo llena de mujeres que no hacen más que chillar. Tiene el pelo cortado al mismo estilo, se han maquillado sin mucho esfuerzo y las tres llevan unas camisetas con escote y unos vaqueros o unas faldas tan ajustados que lo más probable es que las hayan cosido.

Miro por encima de Caleb para verlas mejor.

—Eeeh... ¿chicos? ¿Qué le pasa al club de fans de Morrow? ¿Tan mujeriego es?

Ryan y Caleb siguen la dirección de mi mirada. El primero gruñe y el segundo entorna los ojos.

—¿Qué? —pregunto, pasando la mirada del uno al otro.

—Esas son las *puck bunny* —responde Caleb.

—¿En serio?

Vuelvo a mirar, curiosa. Rachel me habló de este fenómeno. Al parecer, sucede casi en todos los deportes principales. Las mujeres forman clubs de fans y persiguen a los jugadores a sus locales favoritos donde sea: restaurantes, cafeterías, discotecas.

—¿No cabe la posibilidad que en realidad solo les guste el deporte? —digo, y me encojo de hombros.

—¿Nos ves a alguno jugar al hockey ahora mismo? —pregunta Josh desde el otro lado de la mesa, meciendo a su hijo en la rodilla.

—Las fans nos gustan —dice Jake, al otro lado de Cay—. ¿Sabes? Creo que en realidad con las fans chicas he tenido las conversaciones más interesantes. —Se vuelve hacia Caleb—. ¿Te acuerdas de aquella tía de estadística en la universidad que hizo un trabajo sobre tus ratios de gol?

Caleb asiente con la cabeza.

—Sí, su investigación me hizo meter tres goles en el siguiente partido.

—Sí, ese tipo de fans sí que nos gustan —insiste Jake.

—Entonces, ¿no diríais que a las *bunnies* les gusta el deporte? —pregunto.

—Ah, sí que son fans de algo —dice Josh.

—Bueno, ¿y qué creen que va a pasar si se sientan ahí en la esquina? —digo, mirando hacia allá—. Si esperan que alguno le pidáis una cita u os

enrolléis con ellas, ¿por qué no intentan hablar con vosotros?

Caleb gruñe y Josh resopla contra su cerveza.

—No se les permite acercarse —responde Ryan.

Me vuelvo hacia él para mirarlo.

—¿Qué?

Se encoje de hombros.

—Norma de la casa Rip's. Las *puck bunny* se sientan ahí, lejos de las WAG y los niños. Si un Ray quiere una, tiene que ir a por ella.

—Puedes darle las gracias a Lauren por esa norma en particular —dice Shelby, que vuelve a la mesa.

—Oh, oh. —Me río—. ¿Qué pasó?

—Digamos que la primera vez que los Rays llegaron a Jax las tías estaban demasiado entusiasmadas —explica Shelby—. Una se sentó en el regazo de J-Lo. Él intentó ser majo y se la quitó de encima. Pero entonces la tipa volvió a sentársele encima, riéndose como si se hubiera pensado que él era una silla. Así que dejó que Lauren lo gestionara. Ella estaba sentada conmigo y las chicas en la mesa de al lado...

—Ay, Dios —digo, bajando la mirada a la mesa.

Lauren Gerard es una rubia preciosa con unas piernas larguísimas y la cara y la furia de un ángel. Solo puedo imaginarme cómo se puso para defender a su hombre.

—Me apuesto lo que sea a que se convirtió en una *banshee* de verdad —me burlo.

—Fue una locura —dice Josh.

—J-Lo le pagó la cena a todas porque Lauren las hizo llorar —añade Shelby con una sonrisilla de satisfacción.

—Tomo nota. No sentarse en el regazo de Gerard. —Me río y le doy otro trago a mi cerveza.

El público vuelve a vitorear cuando Morrow sube a coger el micrófono. La banda empieza a tocar y todos nos ponemos a chillar cuando él se pone a cantar una buena versión de *Can't have you* de los Jonas Brothers.

—¿Sabes? En mi regazo sí puedes sentarte —me dice Ryan al oído.

Yo me aparto y dejo la cerveza.

—Y bien, ¿vas muy a menudo a comprar una *puck bunny*?

Me mira con una ceja levantada.

—¿Qué?

—Venga ya, es imposible que no todas sepan cómo funciona una silla —me burlo—. Seguro que alguna lo ha descubierto.

Él se limita a sacudir la cabeza.

—Tess...

—¿Qué? Te apuesto lo que quieras a que puedo encontrarte una buena. Se me da genial ser compinche de ligues. Cay, díselo —le grito a este—. No puedes juzgarme por todas las veces que me he equivocado cuando intentaba ayudar a Rachel a ligar. Pero es que ella es imposible.

—Eso es cierto —dice Caleb a mi lado.

—Si te soy sincera, me siento un tanto aliviada ahora que sé que nunca habría podido encontrarle una buena pareja —admito—. Estaba intentado conseguirle una sola cuando estaba claro que ese no era su estilo —le digo a Caleb de broma.

—El mío tampoco —dice, mientras le pasa un brazo a Jake, que está distraído, y lo besa.

—Bueno, pues sí es mi estilo —dice Ryan a mi otro lado—. Yo soy hombre de una sola mujer.

—¿Entonces no me vas a dejar que te busque un ligue? —pregunto—. Te apuesto lo que quieras a que te puedo encontrar a alguien dulce y divertida, ¿quizá en la cafetería o en la playa? Todavía hay tiempo para que encuentres una acompañante guapa para la gala de la semana que viene.

Poco a poco, se vuelve para mirarme. Sé lo que estoy haciendo y él también.

—¿Quieres recorrer las playas locales y las cafeterías conmigo para intentar encontrarme una tía buenorra con la que ir a tu gala?

—Tu invitación incluye un acompañante —respondo encogiéndome de hombros.

—Oye, Ryan, tengo tus alitas de pollo —dice Cami colocándose detrás de nosotros.

¿Hay alguna razón por la que tenga que tocarlo? Yo digo que no, joder. Miro el punto en el que le toca el hombro con la mano y entrecierro los ojos. Ella coge el plato de la bandeja con cuidado y se lo pone delante. Detrás de ella hay otro chico que lleva una bandeja más grande. La tía está demasiado entretenida dándole servilletas extra a Ryan, así que el chaval se queda solo repartiendo la comida al resto de la mesa.

Las luces cambian a verde y azul mientras Morrow se deja el corazón cantando el estribillo. Todas las *bunnies* están de pie, vitoreándolo y gritando, mientras salpican con sus martinis de granada.

Tengo los sentidos sobrecargados entre el latido de la música, los destellos de las luces y que Cami ha vuelto de repente para ofrecerle a Ryan un extra de queso azul que él no ha pedido. Le roza el brazo con las tetas mientras se inclina por encima de él para dejarle la salsa y le dice algo que no puedo oír por la música, pero él se ríe. Enseguida la llaman desde otra mesa y Ryan la mira mientras se marcha.

—¿Y Cami qué? —me dice, se le borra la sonrisa en cuanto se marcha.

—¿Qué pasa con ella? —digo, con el corazón en la garganta.

—Es joven y mona y está claro que sabe cómo funcionan las sillas —dice impávido—. Creo que sería una buena acompañante para la gala. ¿Debería pedírselo?

Todos los Rays que nos rodean animan a Morrow cuando termina de cantar, pero Ryan y yo bien podríamos estar solos en esta terraza abarrotada. Él es lo único que veo.

—Tú mismo —respondo, aunque sé que está intentando sacarme de mis casillas porque he herido sus sentimientos. Pero ahora mismo nadie me odia más que yo misma, así que puede ahorrarme la carita de cachorro herido.

—¿Sabes qué? A lo mejor esta noche no tiene nada que hacer —dice, soltando la servilleta—. Qué demonios, a lo mejor está libre ahora mismo. ¿Por qué no voy a preguntárselo?

—Ryan... —Extiendo el brazo para agarrarlo mientras se levanta, pero hace un gesto y se aleja de mí. Deja atrás a Morrow mientras esquiva a las *bunnies* y avanza rápido hacia las puertas.

Yo me quedo ahí sentada, mirando fijamente una comida que no soporto comer. Ya no tengo hambre. Ya no tengo nada.

—Dios. Eso ha sido peor que ver un accidente de tráfico —dice Caleb—. La has liado parda, Tess.

Parpadeo para apartarme las lágrimas y lo miro.

—Dice el tío que estuvo diez años enamorado de su mejor amigo y no hizo nada al respecto.

—Sí, y si usaras la mitad de las neuronas que tienes en ese enorme cerebro... Mejor aún, si usaras la mitad de los sentimientos de ese corazón

sangrante que tienes en el pecho, sabrías que no deberías cometer los mismos errores que cometí yo —me suelta.

Una lágrima se me cae por la mejilla y me la enjugo enseguida.

—No sé qué hacer, Cay. Todo está tan... roto.

Suspira.

—No estás rota, Tess. Estás asustada. ¿Qué te dijo Mars el otro día?

Cierro los ojos y repito sus palabras:

—La vida es corta.

—Eso es, joder —responde—. La vida es corta. ¿De verdad quieres pasarte toda la vida corriendo? ¿O te gustaría que las cosas fueran más despacio y vivir un poco?

Sus palabras se me clavan en el pecho como si fueran una flecha.

—Quiero vivir. —Dejo caer la cabeza entre mis manos y gruño con los codos en la mesa—. Ay, Dios, qué cansada estoy de huir.

—Entonces vete a casa con ese idiota tan dulce que está enamorado de ti —me dice al oído, ya que ha subido el volumen de la música. Ahora es Shelby la que está en el escenario, preparada para cantar a voz en grito algo de Kesha.

Levanto la cabeza y me encuentro con su mirada oscura.

—Deja de vivir como si estuvieras asustada de la vida. Yo me tiré diez años así. Y nunca los recuperaré. Vete. —Me aparta la comida y me señala la puerta por encima del hombro—. Vete a casa, Tess.

«Casa».

Yo nunca he tenido una casa. Sin duda el piso de mi madre no era una casa. Tampoco lo eran la media docena de habitaciones de invitados y de sofás en los que me quedaba cuando era niña. Y, aunque quería a Troy con locura, nunca sentí que nuestra casa fuera un espacio que yo definiría como tal. Pertenecía a su familia, usábamos su decoración, copiábamos sus gustos.

Lo más cerca que he estado de sentirme en casa era cuando vivía con Rachel. Pero ni siquiera entonces sentí que el propio apartamento lo fuera. Lo hicimos más hogareño con nuestras decoraciones y el olor de las cosas que cocinábamos y horneábamos, con el sonido de nuestra risa. Ella era mi casa.

«Vete a casa».

Ahora Rachel tiene un nuevo hogar, que está sentado a mi lado. Caleb es su casa. Caleb y Jake e Ilmari. A lo mejor es por eso por lo que las dos nos llevamos tan bien. No encontramos nuestra casa en lugares o cosas. La encontramos en personas. Aunque fuera por poco tiempo, Rachel fue mi hogar. Y ahora las dos tenemos que seguir adelante.

«Vete a casa con Ryan».

Eso es lo que quiere decir Caleb... que, a pesar de todo, a pesar de los sentimientos de inseguridad que tengo que me dicen que no me merezco esto, sí que vuelvo a tener un hogar. No es la casa de Ilmari. Es el hombre que la comparte conmigo. El hombre dulce de veintidós años que juega a hockey y al que le encanta Mario Kart, y que es incapaz de responder a un solo mensaje de texto. El hombre que siempre pone el horno en el programa que no es, aunque se lo digas tres veces. El hombre que necesita un corte de pelo y que folla como un Dios. El hombre que me hace reír y que me escucha cuando hablo y que me abraza cuando lloro. El hombre que, desde que nos conocimos, me ha demostrado todos los días que pretende ponerme a mí por delante de todo.

Ryan Langley. Mi Ryan.

Mi hogar.

—¿Tess? —dice Caleb, y levanta una ceja oscura.

Me vuelvo hacia él con nuevas lágrimas en los ojos.

Me mira y luego pasa la vista de izquierda a derecha. Después me sonríe, solo levanta la comisura de la boca, está satisfecho con lo que ve.

—Ahí está. Hola, forastera.

Sonrío y me trago el amasijo de emociones que se me había quedado en la garganta.

—¿Le dices a Rachel que me he ido a casa?

Asiente con la cabeza y me da unas palmaditas en el muslo.

—Vale.

Me levanto de la mesa de pícnic y corro detrás de Ryan sin molestarme en mirar atrás.

51

Tess

Me quedo de pie fuera de la puerta principal de la casa. El coche de Ryan está en la puerta del garaje. Durante todo el trayecto a casa, he estado pensando en lo que le diría, en cómo quiero disculparme, en qué partes de mí quiero ofrecerle. Necesita mi vulnerabilidad. Se la merece. No puedo seguir ocultándosela si quiero que vea hacia dónde podría ir esto.

«Vulnerabilidad. Genial, mi cosa favorita».

Podría quedarme aquí toda la noche con el culo helado o podría entrar dentro y enfrentar las cosas de una puta vez.

«Compórtate como una adulta, Tess».

Respiro hondo, meto la llave en la cerradura, la giro y dejo que la puerta se abra con un suave clic. Las luces del salón están encendidas, tienen un brillo cálido. La tele también está puesta. Escucho la musiquilla de Mario Kart. El Ryan herido ha venido a casa a jugar a videojuegos, a resguardarse en lo conocido. ¿Le duele el corazón igual que a mí?

Cruzo la puerta, cierro con cuidado y me apoyo contra la madera.

«Has conseguido entrar en casa».

Ahora solo tengo que cruzar el vestíbulo.

—No está aquí —dice él, después de un minuto.

Aprieto las llaves con fuerza.

—¿Qué?

—Cami —responde—. No está aquí. No tienes que esconderte junto a la puerta, Tess. Solo estoy yo.

Obligo a mi cuerpo a moverse y a recorrer el pequeño vestíbulo. Me detengo al final y miro alrededor.

Ryan está sentado solo en medio del sofá con el mando de la consola en la mano. Me mira con una expresión de dolor que me desgarra. La

musiquilla de Mario Kart es la banda sonora del pesado silencio que se hace entre nosotros. Estoy convencida de que ese tintineo agudo y repetitivo será lo que se oirá por todo el infierno cuando acabe allí.

Siento demasiada ansiedad como para empezar a vomitar todos mis pensamientos y sentimientos, así que cruzo hacia la cocina, suelto el bolso y me apoyo en la encimera. Y como soy un desastre y siempre tengo que estar haciendo algo con las manos, abro el frigorífico y agarro una botella de agua.

Dejo que la puerta se cierre sola y me giro despacio.

—Ryan, yo...

—No podemos seguir haciendo esto —dice soltando el mando. Al hacerlo, la pantalla se queda congelada y la música para... Gracias a Dios, joder.

—¿Haciendo qué?

Pasa un brazo por el respaldo del sofá y me mira con intensidad.

—No puedes seguir alejándome. Sé que te han hecho daño, pero cualquier tío que te engañe es un idiota. Yo no soy ese tipo de persona, Tess. Así que deja de ponerme a prueba.

—Espera..., esto no es porque Troy me pusiera los cuernos —digo, mientras dejo la botella de agua—. ¿De verdad piensas eso?

—¿Por qué si no ibas a intentar lanzarme a los brazos de Cami a ver qué hago? Pensaste lo mismo con la Cleopatra borracha, ¿te acuerdas? Tess, no soy así.

Dios, ¿cómo se han liado tanto las cosas?

—Sé que Troy no me engañó por mí, Ryan. Lo hizo porque era débil y se sentía solo y estaba desesperado por conseguir validación externa. Siempre ha necesitado que otra gente le diera palmaditas en la espalda y le hiciera sentir un hombre. Y sé que tu no me engañarías. Sé que no eres Troy.

Se levanta del sofá.

—Entonces, ¿qué ha sido eso? Si no estoy en tus brazos y no estamos follando, te cierras y me apartas. Es como si no existiéramos fuera de estas cuatro paredes. —Señala alrededor de la estancia.

—Te juro que no pretendo alejarte de mí —digo—. Es solo que está... pasando.

—Tess, habla conmigo —insiste—. ¿De qué va esto...?

—De ti —grito—. ¡Estoy intentando impedir que desperdicies tu vida esperando que yo te dé algo cuando ya te he dicho que nunca podré dártelo!

—Dios, joder. —Se pasa las manos por el pelo—. ¿Es por lo que me dijiste en la boda el mes pasado? ¿Esa mierda de que quería casarme contigo?

—Ryan...

—¡¿Alguna vez te he pedido que te cases conmigo?! —grita—. ¿Las palabras «cásate conmigo, Tess» han salido alguna vez de mi boca en forma de petición?

—No...

—¿Alguna vez me has preguntado qué pensaba yo del tema? —dice, cruzándose de brazos.

—No.

—No, no me lo has preguntado —espeta—. Porque has estado demasiado ocupada corriendo asustada, ¿verdad? Pobre Tess que no puede planear el futuro. En lo único en lo que piensa es en huir del pasado. Bueno, pues déjame que te ilumine. Me importa una mierda casarme contigo. ¿Por qué iba a hacerlo? —pregunta encogiéndose de hombros—. Ninguno de los dos somos creyentes y los dos tenemos la ciudadanía. No necesito los beneficios fiscales y, si te soy sincero, preferiría que mis cuentas fueran independientes de las de mi pareja..., no porque pretenda negarle nada, sino porque mis impuestos son un puto lío.

Por supuesto que ha pensado en todo eso, porque es un virgo calculador.

—Ryan...

—Por no hablar de que es una institución que me parece innecesaria —me interrumpe—. El amor es suficiente, ¿no? Mira a la doctora y a sus chicos. Mira a toda la mierda a la que han tenido que enfrentarse para elegir quién se casa con quién y quién tiene solo una ceremonia de compromiso. Y ¿qué van a hacer cuándo tengan hijos? ¿Quién va a ser el padre? Es una puta movida.

»Y luego mírate a ti —dice, señalándome con un gesto—. Lo único que quieres es salir de un matrimonio que ya no funciona para ti y en el que sigues atrapada. Han pasado tres años y no puedes librarte de ese gilipollas. Es una locura.

Aguanto las lágrimas mientras él se aleja de mí mascullando una maldición.

Luego cubre el espacio que nos separa, me coge por los hombros y me aguanta la mirada.

—Si eso hace que dejes de correr asustada, te lo prometeré aquí y ahora: Tess Owens, nunca te pediré que te cases conmigo. Esas palabras nunca saldrán de mis labios, ¿vale?

Nuestros cuerpos tiemblan de la electricidad que nos provoca estar tan cerca. Es como si el mío supiera que anhelo el suyo. Sabe que está cerca. ¿Él siente lo mismo? El modo en que le tiemblan los dedos me hace pensar que sí.

—Pero no dejemos ni por un segundo que nos distraiga una conversación sobre un matrimonio que ninguno de los dos quiere o necesita —dice, todavía sigue pegado a mí—. Porque esto no va de eso. Admítelo: estás aterrada.

Jadeo y me aparto de él. Mi resolución se endurece al mirarlo a los ojos.

—No tengo miedo de hacer nada —digo, con el corazón acelerado.

—Mentirosa. —Me desliza las manos por los hombros hasta cogerme de la cara—. Esto es lo que te aterra. Te doy miedo yo, lo que sientes por mí.

Resoplo, el sonido se me queda atascado en la garganta.

—¿Crees que me conoces?

—Sí.

—¿Por qué iba a tener miedo de ti?

—Tienes miedo de lo que puedo ofrecerte —responde—. Tienes miedo de lo que represento.

—¿Y qué es eso? —digo, intentando ignorar el modo en el que se me enciende el cuerpo cuando me toca, el modo en que me acerco más a él incluso ahora.

—Esperanza —murmura, con los labios a unos centímetros de los míos. Aprieto los ojos con fuerza.

«Esperanza». Es una palabra peligrosa. Es una palabra que te hace sentirte grande y hace que te desmorones, que te deja sin nada, salvo un amasijo de pedazos rotos y carbonizados. Esperé que mi madre cambiara y que aprendiera a quedarse. Esperé que alguien me quisiera. Esperé que Troy fuera mi alma gemela, quien me hiciera feliz. Esperé que su familia me aceptara. Esperé que encontráramos un modo de seguir adelante, que él pudiera aprender a amarme de nuevo.

—No. No tengo esperanza...

—Sí, sí que la tienes —insiste Ryan, bajándome las manos por los hombros—. Te estás protegiendo con esa mierda de vivir en el presente. Pero te veo, Tess. Has apartado la esperanza de que te mereces más de aquello con lo que te conformaste en el pasado.

¿Por qué me conoce tanto? No tiene que conocerme. No puedo dejarlo entrar.

—Nadie te ha antepuesto a nada, Tess. Ni tu familia ni Troy, ni siquiera Rachel. —Lo dice como si nada, pero sus palabras me desgarran—. Ella tiene su propia vida, sus propias prioridades. Yo te doy esperanzas de que mereces ser lo primero.

—Sé lo que me merezco —digo, voy endureciendo mis muros incluso ahora que estoy luchando contra él.

—Entonces, dímelo —me desafía, tiene una expresión fiera y directa. No va a recular—. Dime lo que te mereces. Dilo en voz alta.

Me aparto, lo cojo por las muñecas e intento apartarlo de mí, romper nuestra conexión.

Él resopla, me ve escaparme, aunque me tenía agarrada con suavidad.

—Hablas mucho, Tess. Eres impresionante, Tess... igual que tus opiniones y tus ambiciones. Y siempre le pones buena cara a todo el mundo. La Tess que se ríe. La Tess divertida. La Tess que flirtea. Te pones esas etiquetas como si fueran máscaras, flotas por la vida como si esperaras que la gente no intentara en ningún momento ver lo que se esconde debajo.

—Sé quién soy —contraataco. Sé que todo eso es absurdo. Él también lo sabe. Para bien o para mal, Ryan me conoce. Apenas han pasado unos meses, pero me conoce. Sin duda, mejor que Troy.

—La Tess asustada —insiste, me mantiene cautiva de la verdad—. La Tess solitaria. La Tess enfadada que solo quiere sentir algo, ¿verdad? ¿Cuántas veces me lo has dicho? Somos amigos que follan para sentirse bien. Pero tú no quieres orgasmos sin sentido. Y yo no quiero nada de lo que Cami o Cleopatra o cualquier otra mujer puedan ofrecerme. ¿Cómo podría cuando existes tú?

—Ryan, por favor... —Sigue mirándome como si yo fuera todo su mundo. Es abrumador y aleccionador y no sé si me lo merezco. No sé cómo ganármelo.

—Te mereces una segunda oportunidad, Tess —dice, me lee como si fuera un puto libro abierto—. En todo... en el amor, en la aventura. Quiero

ayudarte. —Me aparta el pelo con una caricia y me lo coloca detrás de la oreja—. Eres mi chica de ensueño. Mientras respires y camines sobre la faz de la Tierra, sé lo que quiero. Sé hacia qué estoy dedicando mis esfuerzos.

Y ahora me aferro a él, me fallan las palabras. Necesito que me vea. Necesito que entienda cómo funciona mi vulnerabilidad. A veces no puedo hablar. A veces solo puedo hacer. Levanto la mirada hacia él, intento alcanzarlo con mi alma, le ruego que me sujete mientras caigo. Le ruego que nos permita desmoronarnos juntos.

Da un paso al frente, me pasa el brazo izquierdo por la cintura, me pone la mano derecha en la cara y me la levanta como para buscar algo en mi expresión perdida.

—No estás preparada para decirme cómo te sientes y no pasa nada. Pero, Tess, vas a enseñármelo.

—¿Cómo? —digo, estoy dispuesta a intentarlo—. ¿Qué puedo hacer?

—Enséñame cómo te sientes. Se acabó el follar sin sentimientos. Ya llevamos en eso un tiempo. Así que quítate las bragas y ponlas encima de la encimera. Ahora.

Me tiemblan las entrañas de necesidad y anticipación.

—Ryan...

—No digas ni una palabra más —me pide y me deja los dedos en los labios—. Vas a enseñarme cómo te sientes respecto a mí, Tess. —Me suelta, se quita la camiseta y la tira en el suelo de la cocina—. Vamos a follar con sentimientos. Con todos. Todos y cada uno. Dame tu rabia y tu pasión, todos tus sueños rotos. Enséñame cuánto te importa.

«Ay, gracias a Dios».

No tengo que decirlo. Nuestra comunicación es mucho más profunda. Las almas pueden hablar con algo más que palabras y la mía está gritando por él. Es casi como si también pudiera oír la suya llamándome y suplicándome que vuelva a casa. Que vuelva a encontrarlo a él. Que vuelva a poner su mundo en el eje correcto.

—Enséñamelo —vuelve a rogarme mientras se quita las zapatillas.

Me llevo las manos temblorosas a los extremos abiertos de mi sudadera blanca y larga y me la quito por los hombros hasta que cae al suelo. Él me mira, de pie en la cocina con mi sencillo vestido cruzado. Es negro, con florecitas rojas y blancas que salpican la tela. Poco a poco, levanto las

manos para deshacer el nudo de la cintura, abro la parte frontal del vestido hasta que la prenda cae al suelo.

Ahora estoy de pie en la cocina con mi sujetador blanco y liso y unas bragas azules de algodón. Pero Ryan me está mirando como si llevara la lencería más fina de La Perla. Da un paso adelante, sin camiseta, me coge por la cara y pega los labios a los míos para saborear mi beso. Es rápido y duro, luego se aparta, me clava los dedos en la piel de la espalda y me desabrocha el sujetador. Con cuidado, me pasa los tirantes por los hombros y tira el sujetador inservible al suelo.

—Enséñame cómo te mueres por mí —me ordena—. Enséñame el modo en que tu cuerpo anhela el mío como si fuera una droga.

Asiento con la cabeza una vez y le tiendo los brazos.

Pero él se aparta.

—Las bragas, Tess. Te he dicho que te las quitaras. —Él se baja los pantalones de deporte hasta el suelo, sale de ellos y se coge con la mano la protuberancia que se nota en sus calzoncillos grises—. Luego, pon las manos en la encimera y agáchate.

Por lo general, nuestra forma de hacer el amor es como un baile. Él es divertido y juguetón, me deja que lo provoque y lo domine y lo devaste con mis juguetes. Esta noche, su energía es diferente. Necesita algo diferente. Lo insensible que he sido en el Rip’s lo tiene mareado. Anhela tener el control. Y quiere que sea yo quien ceda el mío. Tengo elección. ¿Estoy dispuesta a soltarlo?

Le aguanto la mirada, me meto los dedos por la cinturilla de las bragas y muevo las caderas hasta que caen a mis pies. Doy un paso para salir de ellas, entonces me giro despacio como me ha pedido y me agacho para que el culo le quede al alcance de la mano. Cojo las bragas con un dedo y las dejo encima de la encimera. Entonces, sin mirarlo, apoyo las dos manos en el borde de la encimera y doblo la cintura para someterme a su voluntad.

52

Tess

El corazón se me acelera descontrolado cuando Ryan se coloca detrás de mí, me acaricia las caderas y va subiendo las manos por las curvas de mi espalda hasta los hombros. Intento no estremecerme cuando se aprieta contra mí y siento la dura longitud de su erección todavía atrapada en los calzoncillos cuando se inclina sobre mí.

—Solo voy a decirlo una vez —anuncia, va subiendo los dedos por mi columna vertebral hasta mi garganta—. Mírame.

Jadeo cuando me coge la barbilla con la mano derecha y me gira el cuello para que eche la cabeza hacia atrás. Con la mirada sigo la longitud de su brazo hasta verle la cara. Arde de pasión y dolor. Esta noche le he hecho daño con mi rechazo, con mi desinterés fingido. Lo veo en todas las líneas de su preciosa cara.

—No volverás a empujarme hacia otra mujer —declara—. Dilo.

Las lágrimas me arden en la cara y siento que se me aprieta el corazón.

—No volveré a empujarte hacia otra mujer.

—Yo decido a quién meto en mi cama.

Asiento con la cabeza una vez y él me suelta. Me baja las manos con cuidador por el cuello y por los hombros, por los brazos, como si estuviera memorizando mi cuerpo.

—Yo decido a quién beso —añade, se inclina para acariciarme el hombro con los labios, siento su cálido aliento en la piel.

Contengo un gimoteo, me encanta sentirlo tan cerca, que toda su atención se centre en desentrañarme.

—Yo decido a quién venero —continúa. Extiende las manos para cubrirme las tetas y, con los dedos, encuentra los pezones y me los retuerce.

Siseo y arqueo la espalda mientras aprieto las caderas contra él.

Aprieto los ojos con fuerza cuando lo siento alrededor de todo mi cuerpo.

—Yo decido a quién me follo —dice, baja la mano derecha hasta ponérmela encima del coño. Me abre con los dedos y me mete dos en mi humedad, mientras me dibuja círculos en el clítoris.

El calor me recorre entera, se me extiende por las caderas, va directo a mi centro. Ardo por este hombre, estoy preparada para derretirme. Necesito más que estas suaves provocaciones, pero me da miedo que pare si le pido otra cosa. Ahora mismo, él está al mando.

Los dos gruñimos cuando hunde los dedos en mí y hace que me ponga de puntillas mientras me arqueo contra su contacto.

—Yo decido a quién deseo, Tess —afirma, besándome la espalda mientras me toca el coño y, con la mano libre, me rodea para cogerme del cuello.

Levanto la barbilla y le doy más de mí. Me encanta tener su mano en la garganta. Me encanta saber que es suya. Me encanta saber que él nunca me haría daño.

—Ryan, por favor —suplico, incapaz de traducir en palabras los meros pensamientos.

—Este coño es mío —gruñe y vuelve a abrirme con los dedos.

Gimoteo, contengo el orgasmo que está desesperado por liberarse.

—Esto es lo que quiero —continúa, siento su cálido aliento contra mi piel mientras me provoca con la lengua y los dientes—. Este cuerpo. Esta mujer con esas curvas perfectas. Lo quiero todo de ti. A todas horas. Todos los días. Ninguna otra mujer se compara contigo. Joder, me matas, Tess. No puedo respirar cuando me miras y me muero cuando apartas la mirada. Dime que puedo tenerte.

—Ryan...

—Dime que eres mía —me suplica con la voz ronca de dar órdenes—. No solo tu coño. No solo tu cuerpo. No somos amigos que follan para sentirse bien. Somos mucho más. Dios, di que eres mía.

—Soy tuya —jadeo con el cuello torcido para poder mirarlo. Necesito vérselo en los ojos. Envuelvo la mano sobre la que me tiene agarrada la garganta y le aguanto la mirada—. Soy tuya —vuelvo a decir—. Bésame y fóllame. Venérame, Ryan.

Se le oscurecen los ojos y, entonces, deja de contenerse. Me saca los dedos del coño, me suelta también el cuello y me deja jadeando, aferrada a la encimera. Entonces se pone de rodillas detrás de mí.

—Abre las piernas. Más. Agáchate más.

Apenas he empezado a doblarme, los pies se me deslizan por las frías baldosas del suelo, cuando sus manos me acarician el culo y adentra los dedos entre las nalgas. Vuelve a tocarme el coño, con el pulgar presionándome en la entrada mientras dibuja círculos sobre el clítoris. Hace que se me vaya la cabeza. Estoy chorreando y cachonda, y sé lo que él quiere. Levanto la pierna derecha y abro la cadera hasta que, con la punta de los dedos del pie, me apoyo en el tirador de un cajón.

Con un gruñido, él se coloca entre mis piernas, se retuerce para mirarme cara a cara, casi me tira cuando se lanza con la boca y se da con la cabeza en el cajón.

—Madre mía —grito. Me agarro a la encimera con todas mis fuerzas mientras me come el coño de rodillas. Tengo los muslos casi sobre sus hombros mientras entierro el coño en su cara.

—Joder..., ¡voy a correrme! —chillo, ya me están temblando las piernas.

Me pasa los brazos por los muslos, me agarra las nalgas con fuerza suficiente para hacerme un moratón mientras aguanta mi peso. Me da placer con la boca y sus gemidos crean una vibración deliciosa que me hace tocar el cielo.

—Eres mía —dice con esa boca ansiosa succionándome. Afloja la mano izquierda y me da un azote en el culo. La picazón me recorre la piel como el fuego y gimoteo de necesidad.

—Otra vez —suplico, y muevo las caderas contra su barbilla persiguiendo mi orgasmo.

Me da otra cachetada y luego me pasa la mano para que se me quite el dolor.

—Córrete para mí —me ordena—. Haz que me ahogue.

—Aaaaah, Dios... —murmuro las palabras mientras le aprieto la cara con los muslos para cabalgar mi orgasmo contra su cálida y hambrienta boca.

Las oleadas de placer vienen hacia mí. Me balanceo contra él, con el brazo apoyado en la encimera mientras dejo que se apodere de mí. Con un chillido, me aparto de la encimera, casi hago una pirueta cuando intento escapar de la estimulación sin pisarlo.

—No puedo —grito, mi voz es un gimoteo roto.

Él se pone en pie a trompicones, tiene la mitad inferior de la cara empapada de mi orgasmo cuando me coge y me envuelve entre sus brazos.

—Pruébate —me exige sujetando las manos con fuerza a mis hombros —. Saborea el modo en que tu cuerpo anhela el mío. No me lo oculta. No me aparta. Saborea la verdad.

Sigo sin aliento cuando le cojo la cara con las manos y tiro de él hacia mí como si fuera un animal hambriento, con los labios abiertos, listos y esperando para ese primer bocado. Los dos gruñimos cuando nuestros labios colisionan, nuestras lenguas luchan mientras nos aferramos el uno al otro.

Entonces rompe el beso y me deja desesperada porque quiero más. Me agarra por las caderas y me da la vuelta para que me quede mirando la encimera. Me agarro y extiendo las manos contra el granito frío mientras él se coloca detrás de mí.

—Agáchate, cariño. Ponte de puntillas.

Por fin se baja los calzoncillos, con la polla en la mano, y la aprieta contra mis muslos para buscar la entrada.

Abro las piernas todo lo que puedo, manteniendo el equilibrio de puntillas para ayudar a corregir la diferencia de altura. Aun así, él tiene que doblar las rodillas, casi me monto sobre él con las pantorrillas mientras él encuentra mi centro y lo presiona con la punta.

Los dos jadeamos cuando aparta las manos y me coge por las caderas.

—Hazlo —me ordena, y yo me dejo caer sobre toda su longitud y presiono las caderas mientras él me guía.

—Ay, Dios —grito otra vez.

Él masculla una leve maldición y los dos estamos temblando mientras nos conectamos. Lo siento dentro de mí, llenándome. Mi interior se calienta mientras mi vagina late a su alrededor para darle la bienvenida a casa.

—Por favor, cariño, por favor —le ruego, sin mover las caderas. Necesito que él siga al mando. Necesito que me posea, que posea mi cuerpo.

—¿Es esto lo que necesitas? —dice, embistiéndome. El sonido de nuestra piel desnuda pegándose entre sí me resuena en los oídos mientras me agarra el pelo y me tira la cabeza hacia atrás—. ¿Es esto lo que

necesitas? —repite, su voz es más bien un gruñido mientras me clava los dientes en el cuello.

—Sí.

Ni siquiera me molesto en contener el gemido y arqueo la espalda mientras me derrito contra él. Me encanta el escozor que siento cuando me agarra el pelo con fuerza. Con cada tirón, enciende un fuego en mí que arde cada vez con más intensidad. Me voy a correr otra vez.

—No pares —jadeo—. Ryan, por favor..., fóllame. No pares nunca.

No pares nunca de intentar acercarte más a mí.

No pares nunca de derrumbar mis muros.

No pares nunca de decir que soy tuya.

Por favor, Dios, que no pare nunca.

Él grita sin dejar de embestirme por detrás. Entonces, de repente, me suelta el pelo y me deja con una sensación de ligereza. Me tambaleo e intento agarrarme mejor con las manos. La mano con la que me sujetaba el pelo me rodea el cuello y, una vez más, mi orgasmo tiembla y se vuelve más cálido y fuerte. Estoy a puntísimo, joder. Solo necesito un poco más de...

—Hazlo —le ruego mientras muevo las caderas contra él. Bajo la mano al clítoris y me toco la protuberancia sensible mientras él me aprieta la garganta con los dedos—. Hazlo —repito—. Ryan, aprieta. Ahógame, cariño. Quiero que...

—Ay, joder —gruñe a mi espalda y lleva las dos manos a mi cuello para darme un leve apretón.

Nuestras caderas se estrellan y me toco el clítoris, centro todas mis sensaciones en las manos que tiene en mi garganta, que me están dejando sin aire.

—Más —jadeo—. Por favor... Dios...

Aprieta las manos mientras grita de agonía y de éxtasis, está intentando contener su orgasmo.

—Aguanta —digo sin aire—. Aún no...

Dobla el cuerpo por encima del mío, pierde todo sentido del ritmo cuando se tambalea en el precipicio del placer esperando caer.

—Por favor, Tess. Dios, cariño, por favor... Me muero...

—Ahora —grito.

Me aparta las manos de la garganta y se agarra a la encimera colocando las manos al lado de las mías. Me embiste una vez, dos más, y entonces grita mientras se corre dentro de mí. Yo ya he llegado también, todo mi cuerpo se estremece mientras lo sujeto con el coño como si fuera una presa. Me está desgarrando, me está dejando sin aliento y sin fuerzas, ahí de pie con las piernas temblorosas.

En cuanto tocamos la cúspide, empiezo a caer y me zambullo desde la montaña del orgasmo a un mar de tranquilidad. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy chillando hasta que Ryan no está doblado encima de mí, mientras me acaricia con las manos y me llena de besos.

—Yo nunca te haré daño —dice entre beso y beso, siento el fantasma de sus dedos donde me estaba apretando con fuerza—. Tess, te deseo. Solo quiero estar contigo. —Lo dice una y otra vez—. No hay nadie más. Solo tú. Dios, déjame quererte solo a ti.

Me quedo ahí, con el pecho contra la encimera, con la mejilla sudorosa pegada contra el granito frío. Su cálido cuerpo desnudo me rodea mientras me susurra palabras bonitas y me toca con las manos todas las partes de mi cuerpo que logra alcanzar. Con tanta suavidad. Con tanta ternura.

Me desea. Me venera. Creo que podría amarlo. Le he dado la verdad que le he negado antes, la verdad que el momento que hemos compartido ha revelado. Está claro como el agua y todo el mundo lo ve, pero de todos modos merece la pena decirlo en voz alta. Entrelazo sus dedos con los míos, me llevo su mano a los labios y le beso los nudillos.

—Yo también te deseo a ti. Ryan, te deseo.

53

Tess

—Bueno, ¿y vosotros dos cómo os conocisteis?

Le lanzo una mirada brusca a Rachel, que está al otro lado de la mesa. Está encajada en el banco entre Ilmari y Jake. En la esquina de nuestro lado, Ryan está junto a mí y Caleb en el extremo. Es viernes y hemos quedado para comer un delicioso sushi antes de que los chicos tengan que ir al centro para un evento de prensa que ha organizado Poppy.

Es Ryan quien lo ha preguntado. En su defensa, Rachel ha dejado la puerta abierta de par en par cuando ha hecho una broma sobre aquella vez que nos echaron de una clase de spinning por conectarnos al altavoz con Bluetooth y cambiar la horrible música techno que había puesto el monitor.

Rachel agarra su Coca-Cola Light.

—Eeeh... en Cincinnati.

—Oye, eso ya lo sabemos todos, Seattle —se burla Jake, mientras coge el último nigiri de salmón del barco de sushi con los palillos—. El chaval ha preguntado cómo os conocisteis. No dónde.

—Sabe perfectamente lo que ha preguntado —dice Caleb desde el final de la mesa y coge el último rollito de cangrejo—. Se está haciendo la loca —añade mientras lo moja en salsa de soja.

—Gracias, Capitán Obvio —digo.

Ryan pasa la mirada entre nosotros.

—¿Qué me estoy perdiendo? ¿Es un secreto de Estado o algo?

—No es un secreto —respondo, y le doy un sorbo a mi té helado—. Es solo que es un poco vergonzoso.

—No es vergonzoso —contraataca Rachel.

Dejo la bebida.

—Yo estaba borracha como una cuba en una acera, ¿vale? Rachel me sacó literalmente de la cuneta, como si fuera un gato callejero.

Alrededor de la mesa, los chicos se quedan rígidos.

—No fue tan dramático —aclara mi amiga.

—Sí lo fue —insisto—. Fue como esa escena de *Desayuno con diamantes* en la que la tipa persigue al gato bajo la lluvia. Rachel apareció con pinta de..., bueno, ella —respondo, y hago un gesto por la mesa—. Creo que llevabas un vestido negro y unos pendientes de perlas. Sin embargo, yo era el gato mojado y apestoso que se escondía en la zanja.

—¿Por qué estabas en una acera? —pregunta Jake, tiene los ojos clavados en mí.

Aprieto los labios, intento contener los recuerdos lo que puede decirse que fue la peor noche de mi vida. Pero no hay tanta suerte. Al abrir la compuerta de metal, me vuelve todo. Casi puedo sentir la lluvia fría en mi piel.

—Era mi cumpleaños —empiezo—. Se suponía que yo tendría que haber estado en mi fiesta no tan sorpresa, pero decidí emborracharme y vagabundear por las calles de Cincinnati.

—Era la primera noche que yo pasaba en la ciudad —añade Rachel—. La clínica deportiva había sacado a todos los nuevos residentes a cenar, de ahí el atuendo elegante.

—¿Por qué no querías ir a tu fiesta de cumpleaños? —quiere saber Ryan, me está prestando toda su atención.

Me aclaro la garganta y le aguanto la mirada sin ningún complejo.

—Bueno, teniendo en cuenta que esa misma tarde había pillado a mi marido con los pantalones bajados en la oficina y atragantando a la secretaria con la polla en la boca, no me sentía de un humor muy festivo. Sobre todo cuando llegué a la fiesta sorpresa y la vi soplando un matasuegras con los mismos labios con que se la había soplado a mi marido. Así que, sí, me escapé por la ventana del baño y me fui a beber sola.

—Dios. —Jake mira alrededor de la mesa a sus vínculos.

—Si alguno de vosotros me hace alguna vez eso, le pego fuego al edificio. Quedáis advertidos.

—Lo siento, Tess —dice Ryan, y me acaricia el muslo con la mano. Me sorbo las lágrimas y vuelvo a coger la bebida.

—Pero al final todo salió bien —digo con un tono casual—. Rachel me llevó a su hotel, me secó y me dejó quedarme en aquel sofá tan incómodo. Creo que lloré en sus brazos durante dos horas, poté en la bañera y, por la mañana, me comí nuestro peso en tostadas francesas. Y desde entonces hemos sido mejores amigas.

Rachel dibuja una sonrisa débil. Es difícil pensar en cómo nos conocimos y no sentirme atormentada por la versión más rota de mí misma. Esa era Tess Owens en lo más hondo del precipicio. Desesperanzada, triste, sin amigos. Estaba demasiado enfadada y demasiado avergonzada para volver a rastras con Troy, para volver a la casa que nunca sentí que fuera mi hogar. Yo estaba dispuesta a morirme de frío en una zanja. De verdad que me sentí por debajo de un gato frío y mojado en un callejón.

Pero Rachel apareció ahí, sonriéndome desde arriba como un ángel con el pelo oscuro. Me tendió la mano y literalmente me sacó de la miseria. Cogió todos esos fragmentos rotos y descuartizados y me ayudó a pegarlos con celo y pegamento. Nos fuimos a vivir juntas, cocinamos juntas, compramos muebles y comida. Hicimos margaritas en ropa interior y bailamos en la cocina. Y, Dios, cómo nos reímos.

Es médica, ¿no? Sabe cómo diagnosticar a una paciente y recetarle la medicina adecuada. En mi caso, la cura para la vergüenza y la desesperación sin fondo que sentía por el fracaso de mi matrimonio fue una carcajada incontrolable que me partía las costillas y me reventaba el bazo.

Y sexo sin compromiso con mujeres guapísimas. Ah, y cantidades ingentes de comida tailandesa.

—Has llegado muy lejos, Tess —me dice Rachel desde el otro lado de la mesa—. Hacía mucho tiempo que no te veía tan feliz —añade, y le lanza una sonrisa a Ryan—. Jacksonville te sienta bien.

—También el sexo con jugadores de hockey mazados —se burla Caleb —. Au... —sisea, y le lanza una mirada asesina a Mars, que seguro que le ha dado una patada por debajo de la mesa.

—Sí, tú lo sabes bien —se burla Rachel a su vez.

En frente de mí, Jake se ríe.

—Tío, ¿acabas de decir que Langers está mazado?

—Mierda, chicos, es casi la una de la tarde —dice Caleb, ignorando a sus parejas mientras mira el móvil.

Un gruñido colectivo recorre la mesa. Ninguno quiere ir al evento con la prensa.

Se deslizan por el banco para levantarse y los chicos de Rachel le dan cada uno un beso de despedida. Ryan y yo hemos venido juntos y de repente me doy cuenta de que si se marcha...

—Toma —dice, y me tiende sus llaves.

Levanto la mirada.

—No puedo coger tu coche.

—Yo voy con los chicos. Me acercarán a casa luego.

—Pero...

—Tranquila —dice con una sonrisa—. Es un juego de llaves, no un anillo de diamantes. Necesitas una forma de volver a casa. —Y entonces, como si ya fuera una puta costumbre, se agacha y me besa justo delante de Rachel mientras me deja las llaves en la palma abierta.

—Hasta luego, guapetona —dice contra mis labios.

Y así, sin más, se levanta y se lleva con él todo mi aire. Los chicos se marchan y nos dejan a Rachel y a mí solas en la mesa. La miro por encima del barco de sushi vacío. Compartir sushi con cuatro jugadores de hockey significa que no queda literalmente nada, ni el jengibre de acompañamiento.

—¿Por qué a todos esto os parece tan bien? —digo con los brazos cruzados mirándola fijamente.

—¿Qué quieres decir? —pregunta y le da un trago a su Coca-Cola Light.

—Lo que quiero decir es por qué no lo estáis amenazando o haciendo que se sienta miserable con preguntas invasivas y los intentos de mejor amiga de proteger mi virtud. ¿Dónde está la indignación?

Dibuja una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué te hace pensar que no hemos intentado ya todo eso y que simplemente no ha funcionado? —Entorno los ojos—. Además, ¿de verdad necesitas que yo proteja tu virtud?

—Nunca te ha gusta ninguna de las personas con las que he salido —insisto y la miro con más intensidad.

Ella me responde con la misma expresión.

—¿Es eso lo que estás haciendo, Tess? ¿Langley y tú estáis saliendo?

Me inclino por encima de la mesa.

—¿Qué estás tramando, Rachel Price? Siempre te han caído mal mis parejas.

—Porque siempre sales con muertos de hambre que no son buenos para ti —responde.

Resoplo y me aparto.

—Erica se graduó en Brown en Historia del Arte. Tocaba la viola y además hablaba cuatro idiomas. ¿Estás diciendo que era una muerta de hambre?

—Era una sanguijuela emocional que te mataba de aburrimiento —contraataca, no pierde puntada—. Y el sexo era regular en el mejor de los casos, tú misma me lo dijiste. No era una buena opción para ti, Tess. Tú necesitas... más. Necesitas competencia y confianza. Necesitas emoción y curiosidad juguetona. Y necesitas a alguien que pueda llamarte la atención cuando empiezas con tus movidas —añade con una mirada punzante.

—Ah, ¿y piensas que un chavalín de veintidós años que juega al hockey reúne todas esas condiciones?

—Dime que no —me desafía—. Tess, he visto cómo te enciendes cuando estás cerca de Ryan. Estás cómoda con él. Eres... tú. ¿Qué tiene para que te haya enganchado tanto? ¿Qué ha pasado?

—Ya te dije lo que pasó —respondo bajando la voz—. Hemos follado. —La última palabra no la pronuncio, solo muevo los labios.

Ella entorna los ojos y habla con un volumen normal.

—Sé que habéis follado. Eso es lo que ha pasado esta semana. Me refiero a antes de eso.

—¿Antes cuándo?

—Antes antes —insiste—. Hace semanas que tenéis secretitos. Qué demonios, estoy bastante segura de que los tenéis desde hace meses. Si no, ¿por qué te has pillado de él tan rápido?

—Eeeh... joder... Fue el día de la playa, ¿vale? Compartimos un momento de «es el destino».

—Sí, cuando te dio el balonazo en la cabeza —responde ella—. Yo estaba justo al lado.

—No, esto fue después.

—¿Después de qué?

—Después de la playa.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Acabas de decir que fue el día de la playa.

—Fue después de que yo me marchara de la playa —le explico—. Volví a casa de Jake para prepararme para la cena con Charity y puede que me quitara el bañador y lo metiera en la lavadora. Y puede que luego... anduviera por ahí un poco desnuda.

—Ay, Tess. —Rachel sacude la cabeza y dibuja una sonrisilla en los labios.

—Sí, ¿vale? Me vio desnuda el día de playa. Él estaba en la despensa, saqueándola como un mapache. Estaba mirando a ver si había más patatas fritas y yo no vi que estaba ahí metido.

—Y le diste más cosas que mirar —se burla—. Entonces, ¿ese es el gran secreto? ¿Que te vio desnuda el día de playa?

La miro seria.

Ella se queda rígida y se le borra la sonrisa.

—Ay, ¿qué coño hiciste? ¿Te tiraste a Ryan el día de la playa? ¿Ahí fue cuando empezó todo esto...?

—No —jadeo—. Y shhh. ¿Hace falta que todo el restaurante se entere de nuestras cosas?

—Si me contaras de una vez lo que pasó...

—Nos besamos, ¿vale? —la interrumpo—. Nosotros... bueno, compartimos un momento perfecto, si te interesa saberlo. Él estaba flirteando y era dulce y atento, y nos besamos, y yo estaba desnuda y fue mágico. Y no te lo conté porque no quería que me miraras con esos ojos que todo lo juzgan o que me dieras un consejo que no había pedido... o, aún peor, que me miraras como me estás mirando ahora —digo, señalándole la cara.

—¿Cómo? —responde ella con los ojos como platos.

—Como si tuvieras esperanzas de ver unas toallas bordadas con nuestras iniciales —siseo.

Ahora le toca a ella mirarme seria.

—Sabes que yo nunca te regalaría unas toallas bordadas por tu boda. ¿De verdad piensas eso de mí?

—No es por las toallas. ¿Por qué te parece bien que salga con Ryan?

—Porque es bueno para ti y es bueno contigo. ¿Qué más podría querer que tuviera una pareja tuya? —responde—. Lo único que me aterra es que no estés en el momento correcto para recibir su amor y que los dos acabéis

heridos. Y no sé cómo hablar contigo de ello sin hacer que salgas corriendo aún más rápido.

—¿Has visto que haya salido corriendo?

—Llevas puestas las deportivas y estás esperando a que suene el disparo de salida —me responde con toda la sinceridad del mundo—. Siempre estás preparada para salir corriendo, corazón. Y Ryan no se merece eso. Si te soy sincera, tú tampoco. Lo único que queremos nosotros es que los dos seáis felices. Si como más felices vais a ser es estando juntos, eso es lo que queremos.

Contengo el aliento.

—Rachel...

—Ese chico tan dulce no va a salir corriendo —dice, señalando con el dedo hacia las ventanas del restaurante—. Ryan Langley es de los que se quedan. Si lo quieres, es tuyo. Si no, déjalo que se vaya sin hacerle daño... y pronto. Porque está loco por ti, corazón. Lo está dando todo. Se va a quedar. Déjalo que se quede... o que se vaya.

—Yo no puedo darle lo que él quiere —susurro con los ojos llenos de lágrimas.

—Te quiere a ti —responde mi amiga—. Corrígeme si me equivoco, pero tú eres la única persona que puede darle eso.

—Quiere una versión de mí que no sé si estoy preparada para ser —le explico.

—¿Y qué versión es esa?

Me trago el cúmulo de emociones que siento en la garganta.

—La Tess salvaje —susurro—. La Tess que se ríe y baila en ropa interior. La Tess libre que dice lo que piensa y que coge lo que le da la gana. La Tess divertida que juega con juguetes y que folla con un abandono alegre.

—Entonces te quiere a ti —dice con una suave sonrisa—. La mujer que acabas de describir es la Tess que yo quiero y amo. Él te ve, ¿verdad?

Asiento con la cabeza, mirando el barco de sushi vacío.

—Sí, creo que sí.

—Y te aterra que te vean —resume.

Vuelvo a asentir con la cabeza.

—Lo siento —dice después de pasarse un minuto callada—. Quiero estar ahí para ti, pero no siempre lo hago bien. Creo que ya es hora de que me

conforme con ser tu amiga, no puedo ser ni tu pareja ni tu guardiana, ni muchísimo menos tu madre. Tess, lo siento. Si alguna vez me he extralimitado o me he interpuesto en tu camino, lo siento muchísimo.

Miro al otro lado de la mesa.

—¿A qué viene eso?

Dibuja una sonrisa de satisfacción.

—Puede que Ryan me gritara el otro día.

Jadeo.

—¿En serio? Ay, Dios, ¿qué te dijo?

Se le ensancha la sonrisa.

—Me llamó Hades... y dijo que los chicos eran Cerbero... antes de decirnos a todos que nos fuéramos a la mierda y os dejáramos en paz. Parece ser que piensa que él puede cuidarte mejor que yo.

Me río al imaginármelo.

—¿Hades? Tía, ese mote no se les va a olvidar.

—Lo sé. Para ser un cachorrito dulce, ladra mucho —se burla—. Y también muerde un poquito.

Gruño y me enjugo la lágrima con el dedo haciendo un gesto de frustración.

—Joder, ahora mismo no puedo enamorarme de un virgo. Es demasiado centrado para mí, demasiado simple.

—Es perfecto para ti —contraataca—. Necesitas cosas centradas y simples. ¿Te llama la atención cuando tiene que hacerlo?

—Sí. A todas putas horas. No me pasa ni una.

Se le ensancha la sonrisa.

—Genial. ¿El sexo va bien?

Levanto la cabeza y le dejo que me lea la expresión, entonces su risa se convierte en una carcajada. Enseguida nos estamos partiendo el culo las dos y nos meamos de la risa.

—Ay, estás en un buen lío... —dice ella, sacudiendo la cabeza despacio —. Los Rays son de otro mundo, ¿eh?

—Dice la tía que no se tira a uno, sino a tres —respondo—. ¿Verdad?

—Estás hablando con la experta. —Se ríe mi amiga.

—Entonces, ¿qué hago, oh, gran sabia? —me burlo—. Enséñame lo que hace la Susurradora de los Rays.

Se queda seria un minuto y se le borra la sonrisa cuando habla con un tono más solemne:

—No te preocupes por Ryan o por quien crees que quiere que seas. Si quieres volver a ser la Tess divertida, hazlo por ti misma. Baila en ropa interior, come nata directamente del bote. La Tess salvaje era tuya antes de pertenecer a nadie.

Sus palabras me calan hondo en el corazón y me llegan al alma.

La Tess salvaje es mía. La Tess salvaje soy yo.

54

Ryan

Jake y Caleb se han ido con la doctora a casa desde el pabellón de entrenamiento, lo que significa que me quedo a solas en la camioneta con Mars, que me lleva de vuelta a su casa. Nunca antes me había quedado a solas con Mars. Es raro. ¿Qué le dices a un tío que nunca habla? Estoy sentado en el asiento del copiloto, mirando por la ventana mientras las palmeras pasan por encima de nuestra cabeza.

—Pues, eeeh..., ¿te gusta vivir en Florida? —digo para intentar romper el silencio.

—Hace demasiado calor —responde sin apartar los ojos de la carretera.

—Sí, hace calor cerca del ecuador —mascullo, me siento como un idiota épico—. Bueno, tampoco es que aquí estemos tan cerca. Pero está más cerca que Finlandia o...

—¿Langley?

—¿Hmm? —digo mirándolo.

—No hace falta que llenes el silencio.

—El silencio incómodo —digo para el cuello de mi camisa.

—El silencio no tiene por qué ser incómodo. Los estadounidenses os pensáis que todos los silencios tienen que ser incómodos. Pero dos personas pueden quedarse sentadas sin hablar y simplemente disfrutar de la compañía del otro.

Lo miro levantando una ceja.

—¿Disfrutas de mi compañía?

Se limita a encogerse de hombros, todavía sin mirarme.

—Eso es un elogio que flipas viniendo de ti —digo con una sonrisa de suficiencia—. Vas a hacer que me ponga rojo.

Levanta la comisura de los labios y, maldita sea, me siento como un cachorrito moviendo la cola. No sé por qué estoy tan desesperado por tener su aprobación, pero así es.

—Entonces, ¿qué hacéis Jake y tú cuando estáis juntos? —me burlo—. ¿Me estás diciendo que te sientas en silencio con él? ¿Eso es algo que él haga?

—No hablo de mis vínculos o de nuestra vida juntos —responde.

Pues vaya mierda. Ahora me siento como un cachorro al que le acaban de atizar con un periódico en el hocico.

—Sé que la gente siente curiosidad por nosotros —dice amable—. Pero no hay ninguna razón para ello. Solo somos cuatro personas viviendo nuestras vidas. Y hemos decidido vivirlas juntos. Quién somos para los demás y cómo vivimos no es asunto de nadie, solo nuestro.

—Bueno, y de Tess —me burlo—. Ya que veo que la recibes en tu cama. ¿Qué os lleváis entre manos? —añado, mirándolo.

Eso hace que me responda con otra mirada.

—¿Quiénes?

—Tess y tú. ¿Sois amigos? ¿Compañeros de trabajo?

Su boca es una línea firme.

—¿Te sientes amenazado por mí, Langley?

Ahora me toca a mí encogerme de hombros.

—Creo que cualquier hombre con dos dedos de frente se sentiría amenazado por ti... como deportista, como hombre, puede que como amante. He visto el mandoble que te gastas —añado—. Puesto que tus parejas están bien satisfechas.

—No me han llegado quejas —responde.

—¿Y Tess? —repito.

—Es la mejor amiga de mi esposa, lo que hace que sea mi amiga. Me importa y la protejo igual que haría con Rachel.

—Pero ¿tú no...? Con Tess, ¿nunca has...?

—La única mujer con la que he estado en los últimos cuatro años es mi esposa —admite.

—Pero... solo llevas como medio año con la doctora —respondo—. Entonces, tú... Aaaah —digo con los ojos bien abiertos—. ¿Te has mantenido célibe durante tres años? ¿Cómo...? ¿Por qué? Mars, podrías

haber tenido a quien tú hubieras querido. Estás tan bueno como Jason Momoa. Podrías haber tenido a cualquiera, literalmente.

—Soy especialito —dice, encogiéndose de hombros.

Su confesión no me sorprende.

—Sí, la verdad es que yo también —admito—. ¿Cómo supiste que la doctora era la indicada?

Se gira y me mira fijamente.

—¿No acabo de decir que no hablo de mis vínculos? Hablo en inglés, ¿verdad?

Resoplo.

—Vaya, solo era una pregunta. ¿Podrías hacer algo más que ocupar espacio durante tres minutos? Te prometo que saltaré del coche en marcha si eso hace que te sientas mejor.

Entonces me da un susto de tres pares de narices: se ríe. Es una risa profunda de barítono, le sale del pecho. Sacude los hombros mientras se ríe.

—¿Qué te parece tan divertido? —digo con los ojos bien abiertos.

—Rakas me dijo algo similar una vez —me cuenta—. En el avión. Me amenazó con lanzarse sin paracaídas.

Sonrío. Casi puedo oír la voz de la doctora diciéndoselo.

—Entonces, ¿cómo supiste que era la indicada? —le pregunto otra vez.

Se lo piensa un momento.

—Estaba en sus ojos —dice al fin—. Ella no te mira, te ve. Desde el primer momento en que nos conocimos, ella me vio. Vio lo que estaba escondiendo, vio lo que yo necesitaba. Ella me ve.

Asiento con la cabeza y pienso en Tess. Pienso en cómo es cuando tiene todas las defensas bajadas..., cuando está desnuda entre mis brazos o a punto de quedarse dormida. Pienso en nuestro toma y daca natural, en lo fácil que fluyen nuestras conversaciones, en la comodidad de nuestros silencios.

—¿Cómo supiste tú que Tess era la indicada? —me pregunta, y me saca de mis pensamientos.

Me quedo rígido, con el corazón acelerado.

—Eeeh... Yo no... Nunca he dicho que....

—Tranquilo —dice con una suave risilla—. No está aquí, Langley. Solo estoy yo.

—¿Qué te hace pensar que ella es la indicada? —lo reto, mirándolo.

Él también me mira.

—Tú responde a la pregunta.

Este tío ya sabe la mitad de mis secretos, ¿qué más da que también sepa este?

—Fue su risa —admito—. Eso fue lo primero que me enganchó. Y luego le vi la cara y vi cómo el sonido le salía de la boca. Estaba de pie entre las olas, con el brillante océano azul a su espalda. Llevaba aquellas gafas de sol y el bikini rojo... —Suspiro y me froto el pecho—. Se ríe con todo el cuerpo.

—Me he dado cuenta —responde Mars.

—No se ríe lo suficiente —añado.

—Entonces, debes darle más razones para que lo haga.

Hace un último giro en la calle Harbor y se detiene delante del número 1006. Su número. Me estoy quedando en su casa y nunca se lo he pedido.

—Oye, tío, sobre la casa... —digo, mientras me desabrocho el cinturón y me giro hacia él.

—No —dice, y levanta una mano.

—Pero nunca te he preguntado...

—Quédate todo el tiempo que necesites —responde—. Quédate por Tess. Quédate por ti mismo. Ve a hacerla reír.

Lo miro entornando los ojos.

—¿Por qué te parece bien todo esto? Hace apenas una semana me estabas advirtiendo que me alejara de ella. Y ahora me dices que me puedo seguir quedando en tu casa y que vaya a por ella. ¿Por qué?

Pone la marcha en «aparcado» y me mira.

—Porque la vida es corta, Ryan. La vida es preciosa y corta, y solo tienes una. Vívela con toda tu alma.

Abro la puerta cerrada con llave y entro en la casa, enseguida me recibe la música que sale del sistema de sonido. Suena *Pretty please* de Dua Lipa y no puedo contener la sonrisa.

—Eh —llamo mientras me quito los zapatos—. ¿Tess?

Entonces, la batidora se suma al caos. Giro la esquina y me detengo, el corazón se me aprieta en el pecho. Tess lleva unas braguitas negras y un sujetador rosa claro; además, se ha soltado el pelo. Los rizos pelirrojos rebotan alrededor de sus hombros mientras baila al ritmo de la música y

mueve las caderas. Tiene una copa de vino llena de hielo en la mano y con el dedo de la otra mano está tocando el botón de la batidora al ritmo de la música.

Me apoyo contra la pared con los brazos cruzados y la veo caminar de puntillas mientras canta desafinada.

Joder, es lo más bonito que he visto en mi vida. Las palabras de despedida que me ha dicho Mars me resuenan en la cabeza. «La vida es preciosa. La vida es corta. Vívela con toda tu alma».

Doy un paso adelante, cruzo la cocina hacia ella mientras me quito la camiseta. Ella ve mi reflejo en el microondas, jadea y se da la vuelta.

—Ry, me has asustado...

Silencio su protesta con la boca y la envuelvo entre mis brazos mientras nos besamos. Ella coge aire contra mis labios, suelta un chillido que se convierte en un gemido cuando se pega contra mí. Siento la copa de vino llena de hielo contra mi hombro, entonces siseo y me aparto. Me arde el cuerpo por ella y el cristal estaba demasiado frío.

—Ay... lo siento —se disculpa con una risa burbujeando y deja el vaso a su espalda.

Eso me da una idea. Con una sonrisa, meto los dedos dentro de la copa y saco un cubito. Ella me mira con los ojos como platos mientras me lo meto en la boca.

—Ay, cachorrito, ¿qué estás haciendo? —me provoca, acariciando el torso desnudo con las manos.

El calor de sus ojos hace que mi fuego arda más. La polla se me retuerce mientras succiono el hielo y dejo que me enfríe la lengua. La cojo por la cara, con los dedos firmes en su mandíbula y le echo la cabeza hacia atrás. Mis intenciones están claras.

Me agarra por los hombros mientras aparta los labios, tiene la mirada perdida en la lujuria.

Inclino la cara para acercarla a la suya y dejo que el agua helada le caiga en la boca abierta. Jadea, cierra los labios para tragar y unas gotas le caen por la barbilla. Atrapo el agua con otro beso y le meto la lengua en la boca. La suya está cálida y la mía, fría por el hielo. No pasa mucho tiempo hasta que mi boca está tan caliente como la suya y los dos estamos manoseando al otro, desesperados por más.

La empotro contra la encimera y vuelvo a meter los dedos en la copa.

—Quítate el sujetador.

No lo duda, se baja los tirantes por los hombros y deja que sus preciosas tetas queden libres. La piel llena de pecas de su pecho está sonrosada, igual que sus mejillas. Bajo la mirada, me encanta el modo en el que se le endurecen los pezones, están necesitados, me están esperando.

El hielo me chorrea en la mano cuando la levanto y dejo que un par de gotas le caigan sobre el pecho. Repito el movimiento con la otra mano y la envuelvo con la mano helada.

—Ay, Dios —chilla, y se arquea contra mí mientras la piel se le pone de gallina.

Una vez más, persigo el frío con calor. Le cubro el pezón con la boca y succiono el agua helada de su piel. Sabe a gloria.

Ella me mete las manos en el pelo y me echa la cabeza para atrás mientras estudia mi cara. La música que ha puesto sigue latiendo a nuestro alrededor.

—¿Qué te ha pasado hoy? —dice con un tono amable y curioso.

—La vida es corta, Tess. ¿Quieres vivir un poco conmigo?

Me sonríe y le brillan los ojos.

—Has tenido una conversación con Mars.

—Sí, pero ¿podemos no hablar de él mientras estoy medio desnudo?

—¿Tienes celos de Mars, dulce cachorrito? —se burla sin dejar de manosearme—. ¿Te preocupa que te deje por sus miradas hoscas de cascarrabias y sus cenas de salmón al vapor?

Le cojo el culo con las manos y la atraigo hacia mí para que sienta cuánto la deseo.

—Nunca —respondo, sabiendo que es la verdad. Mars no es mi competencia. No tengo competencia porque Tess no es un juego ni un partido que ganar. Lo dijo ella misma la noche que bailamos en la boda de los Price. Si quisiera estar en cualquier otra parte, lo estaría. Pero quiere estar aquí. Quiere estar conmigo.

Esa idea me arde en el pecho y abanica las llamas de la necesidad que siento por ella.

—Me gusta ser tu dulce cachorrito —admito, mientras le paso las manos por la espalda para desabrocharle el sujetador—. Me gusta cuando me acaricias el pelo y me traes agua y me das frutos rojos para la avena del desayuno. —El sujetador se desabrocha y lo tiro al suelo—. Me he pasado

la mayor parte de mi vida cuidando de todo y de todos. Así que me gusta ser dulce y me gusta cuando tú lo eres conmigo.

Ella sonríe y me envuelve las mejillas con las dos manos.

—A mí me gusta ser dulce contigo.

Me giro contra su mano y le beso la palma. Pero entonces le agarro la muñeca con fuerza, le tiro de la mano hacia abajo mientras camino hacia ella y le pego las caderas contra la encimera.

Ella jadea, levanta la cabeza para mirarme, nuestros pechos desnudos están pegados, el corazón nos late a mil por hora.

—Pero no solo soy dulce. —La agarro de las tetas mientras me agacho y le mordisqueo el labio inferior.

—Ryan...

—Puedo ser cuidadoso y puedo hacer lo que me piden..., pero también me gusta el control. —La agarro del pelo y le tiro la cabeza para atrás.

Ella sisea, pero me deja hacer y se le dibuja una sonrisilla sexi en los labios cuando me mira desde abajo. Los ojos le bailotean de la emoción.

—Sé que sí —dice con las manos extendidas sobre mi pecho.

—Quiero que me conozcas, Tess. Quiero que me conozcas entero. La vida es demasiado corta como para conformarse con menos que todo. Te mereces todo lo que quieras, pero yo también.

—¿Y qué es lo que quieres? —susurra.

Le sonrío desde arriba y aflojo la mano que la agarra del pelo.

—¿Ahora mismo?

Asiente con la cabeza.

—Quiero que te tumbes en la cama, atarte las manos al cabecero y follarte el culo hasta que grites.

—Ryan —gimotea, se le derrite la mirada y también se derrite contra mí, literalmente.

—Te deseo —digo dejando caer mi boca sobre la suya—. Tess, te deseo —repito, con mis labios apretados contra los suyos—. Por favor, di que sí. Por favor, déjame tenerte.

Me agarra por las caderas y pega su cuerpo al mío.

—Sí —susurra. Apenas se le oye la voz por culpa de la música—. Ryan, sí. Tómame. Soy tuya. Por cualquier agujero. Ryan, soy tuya...

La silencio con un beso, exijo la entrada con la lengua y los labios para reclamar su boca. El calor y la presión de nuestros besos ayuda a que el

fuego se extienda mientras movemos las manos sin parar. Da igual donde me toque, siento un estallido de placer. Me calienta y chisporrotea como la electricidad, me recorre toda la piel.

Bajo las manos hasta sus caderas.

—Salta. —Ella jadea y se aparta.

—Ry..., ¿qué...?

—Ya me has oído —digo. La agarro del culo y aprieto, luego tiro de ella y la levanto del suelo.

Ella chilla y se impulsa con la punta de los pies lo suficiente para que yo le pase los brazos por debajo de los muslos y le apriete el coño contra la erección.

—Sujétate —le pido, luego me doy la vuelta y la saco de la cocina.

—Mi margarita —chilla, la risa se le queda atascada en la garganta cuando yo uso su cuerpo para abrir la puerta del dormitorio.

Cruzo la habitación y la suelto a los pies de la cama. Ella vuelve a chillar, tiene el pelo enmarañado alrededor de la cara en un amasijo de rizos, y se apoya en los codos. Me abalanzo sobre ella y le beso las tetas antes de reclamar sus labios.

—Te haré mil margaritas cuando terminemos —le juro.

Se vuelve a reír, me pone las manos en los hombros y me las va bajando por los brazos.

Me aparto y ella pone un puchero mientras me tiende las manos.

—Bájate las bragas y ponte a cuatro patas —le ordeno—. Enseguida vuelvo.

Sin esperar a que me responda, corro por el pasillo hasta mi dormitorio a oscuras y cojo una bolsa que hay en el primer cajón de la cómoda. Agarro el lubricante de la mesilla de noche y vuelvo corriendo por el pasillo. Me la encuentro desnuda en medio de la cama, con las piernas abiertas y haciéndose un dedo.

Me quedo quieto y la observo jugar. Tiene el pecho sonrojado, al igual que las mejillas.

—¿Te gusta lo que ves, cachorrito? —me provoca. Gruño y suelto la bolsa a los pies de la cama.

—Esta noche no soy un cachorrito.

Ella se mete dos dedos en el coño, los gira y se muerde el labio como si fuera una sirena de pelo rojo.

—Entonces, ¿quién eres?

Busco en la bolsa negra y saco un par de esposas envueltas de pelo rosa.

Jadea y se aparta la mano del clítoris mientras se sienta.

—Ryan, ¡dime que hoy no has ido a un *sex shop* con Mars Price!

Parpadeo.

—¿Qué...? ¡No! —chillo—. No, las compré por internet. ¿Crees que iría a un *sex shop* sin ti? ¿Estás de coña?

Gatea hasta los pies de la cama y me quita las esposas con los ojos desorbitados.

—Son tan monas que me quiero morir —canturrea, y se pasa el pelo rosa contra la mejilla—. Madre mía, qué suaves son...

Se las quito de las manos y la miro serio.

—Supuestamente no tienen que ser monas. Son unas esposas, Tess. Esto es serio.

Dibuja una sonrisa de satisfacción.

—Entonces, ¿por qué no las has comprado de cuero negro o solo metal?

Hago un pucherito, me siento un poco derrotado cuando bajo la vista y las miro.

—No quería que te hicieran daño. —Se queda sin aliento y, cuando levanto la cabeza, veo que se le están formando lágrimas en los ojos. Extiendo la mano y le acaricio la mejilla—. Tess, ¿qué...?

Pero ella sacude la cabeza y aparto la mano con una sonrisilla.

—No, no pasa nada. Ryan, eres muy dulce.

Me acerca a ella, me acaricia la mano en la que tengo las esposas y, con la otra, me agarra de la nuca y tira de mí para darme un beso.

—Eres muy bueno conmigo —susurra contra mis labios—. Bueno para mí.

Sonrío y se me acelera el pulso al ver que ha bajado sus muros por mí.

—Quiero que me folles —me ordena—. Ponme esas esposas rosas y destrózame.

Me aparto y paso la mirada de ella a la bolsa.

—Eeeh... es que hay más —admito.

Agarra la bolsa y el plástico cruje cuando saca un ovillo de cuerda negra.

—Madre mía, ¿y qué coño vas a hacer con esto? —susurra mirándome.

Me encojo de hombros, de repente me siento cohibido.

—Creía que... a lo mejor yo podría atarlo a las esposas... y luego pasarlo por ese gancho de la cama para hacer una especie de... para atarte... o algo así —termino, eso ha sido lamentable.

Es justo eso. Lo que quiero es atarla. No me hagas explicar por qué, pero tengo la polla literalmente a punto de explotar solo de pensarlo. ¿Y verla a ella sujetando la cuerda? Ya estoy muerto.

—¿Qué gancho? —dice, mirándome por encima del hombro. Resoplo.

—Cariño, estoy bastante seguro de que esta cama está preparada para el sado.

—¿Qué? —grita y vuelve a mirarme corriendo.

—Sí, hay ganchos por toda la base para que se ate algo. ¿No te habías dado cuenta?

—¡Madre mía! —vuelve a chillar.

Suelta la cuerda encima de la cama, gatea hasta un extremo y se agacha con el culo en pompa para inspeccionar la estructura de madera de la cama.

—¿Estás de coña? —suelta un grito amortiguado—. ¿Cómo los has encontrado tú?

—Se me cayó el móvil la otra noche cuando estábamos viendo la tele —respondo—. Casi tuve que meterme debajo para sacarlo. ¿Te acuerdas?

—¡¿Y no me dijiste nada?! —sigue chillando—. Madre mía, ¡los ganchos están por todas partes!

Contengo la risa.

—¿De verdad que no sabías que estabas durmiendo en la cama en la que Mars Price practica sexo con cuerdas?

Se incorpora y los rizos le caen en cascada hasta el culo.

—Es que son unos pervertidos. ¡Rachel nunca me ha contado que jugaran con cuerdas!

Abro los ojos como platos.

—Espera... ¿Es que hablas con ella de estas cosas? ¿Quiero decir, que hablas con ella de sexo? ¿Le vas a contar esto?

Se ríe.

—Esta parte, sí. No descansaré hasta que no le lance a la cara que sé lo de la cama del folleteo con cuerdas la próxima vez que la vea.

—Eh, ¿cariño?

Cojo la cuerda que ha dejado a los pies de la cama. Ella me devuelve la mirada.

—¿Sí?

—¿Podemos dejar de hablar de ellos ya? —Ella sonríe y asiente con la cabeza—. Bien, porque me muero de ganas de follar en esta cama con las cuerdecitas. ¿A ti te parece bien?

Suelta una risilla, las mejillas se le sonrojan aún más mientras se me acerca a gatas. Luego, me pasa los brazos por los hombros.

—A mí me parece más que bien —me provoca—. Te deseo a ti, Ryan. —Me besa con esos labios carnosos, juguetones y ligeros, aunque sus palabras ya me lo digan todo—. Quiero que me folles. —Beso—. Coge mi culo y entierra bien tu polla en mí. —Beso—. Y átame, papi. Estírame...

—No me gusta eso de papi —digo mientras me aparto con el ceño fruncido. Ella sonríe con malicia y baja la mano para agarrarme la erección.

—¿Puedo volver a llamarte señor? ¿O a lo mejor amo? ¿Mi señor?

La miro levantando una ceja, todavía con el ceño fruncido.

—No me va lo del juego de rol en el que yo soy el caballero y tú eres la princesa en una torre. Así que puedes ahorrarte la mierda esa de mi señor.

—Entonces señor a secas —responde, sigue acariciándome la polla de arriba abajo por encima de los pantalones—. Tómame, señor. Átame y fóllame. Llénname el culo con tu semen.

—¿Vas a ser mi chica buena? —Con la mano libre, le acaricio el brazo y bajo hasta agarrarla de la muñeca—. ¿Vas a hacer lo que yo te pida?

Asiente con la cabeza mientras se muerde el labio.

—Sí, señor. Haré lo que tú me pidas.

Gruño. Su sometimiento es como una descarga en la polla.

—Joder, estás en un buen lío.

Se inclina hacia delante, me lame el pezón con un movimiento rápido de la lengua. Jadeo, me echo hacia atrás y ella se limita a reírse. Es un sonido suave y dulce. La agarro por la muñeca, levanto las esposas de pelo rosa, se las pongo y las cierro con un clic.

—¿Es raro que esté nerviosa? —confiesa, me mira con una expresión ansiosa—. No recuerdo la última vez que me puse nerviosa por follar.

Le levanto la otra muñeca con cuidado y cierro la esposa a su alrededor. Entonces me agacho y la beso en los labios.

—Elige una palabra de seguridad.

Sonríe mirándome desde abajo, con las manos sujetas por las esposas de pelo rosa.

—¿Una palabra de seguridad?

Asiento con la cabeza.

—Si la dices, se para todo.

Se lo piensa por un momento y luego dibuja una sonrisa de oreja a oreja.

—Mmm... Bowser —dice al fin.

Me río.

—Joder, ¿en serio? ¿Tu palabra segura para el sexo anal con esposas y cuerdas va a ser Bowser?

Ella también se ríe.

—La tuya sigue siendo Yoshi, ¿cierto? Solo quiero que estemos a juego.

—Vale —digo, y le doy un azote—. Ve a elegir tu vibrador favorito y me lo traes.

Se baja de la cama, da saltitos mientras rebusca en su bolsa y saca uno de color rosa chillón.

—Hace juego con las esposas —se burla mientras me lo tiende.

Vuelvo a besarla y lanzo el juguete a la cama. Cojo la cuerda, que sigue enrollada a los pies de la cama.

—¿Confías en mí, Tess?

Levanta la cabeza y me mira con los ojos bien abiertos. Asiente despacio y se le va ensanchando la sonrisa.

Yo también sonrío.

—Dame las manos.

Las extiende y me observa emocionadísima.

Deslizo la cuerda por la arandela del medio de las esposas y hago un nudo, luego le tiendo a ella el cabo más pequeño.

—Súbete a la cama —le ordeno—. Túmbate bocarriba con las manos por encima de la cabeza.

—Sí, señor —dice.

Se pone de puntillas y me da un beso en la mandíbula. Luego se gira y se deja caer sobre la cama y avanza hacia el cabecero a cuatro patas con el culo en mi cara. Cuando llega a la mitad, se tumba de espaldas y se estira como un gato con las manos en la cabeza, las esposas de pelo le sujetan bien las manos.

Me mira y vuelve a abrir las piernas.

Ni siquiera me molesto en quitarme los pantalones. Todavía no estoy preparado para eso. Rodeo la cama, me agacho para darle un beso en los

labios y le quito la cuerda que tiene entre las manos. Tengo que subirme con una rodilla, coger los dos cabos de la cuerda y pasarlos por la arandela que está en mitad del cabecero. Introduzco los extremos de la cuerda, tiro de ellos bien y le doy un pequeño tirón a sus brazos, el cual le hace jadear y arquear la espalda.

—¿Demasiado?

—No suficiente —responde sin aliento.

Dejo la cuerda atada para que no mueva los brazos. Me subo a la cama y avanzo a gatas hasta sus piernas abiertas. Ella abre más las caderas, se abre para mí, y echa la cabeza para atrás esperando el momento en el que nos conectemos.

Los labios sonrosados de su vagina están separados, brillan húmedos. Un poco más abajo, veo el rosa más oscuro de su ano. Gruño, estoy desesperado por tener estas vistas cuando le llene los dos agujeros. Pero sé que eso no va a ocurrir. Tengo que apreciarla ahora.

Me apoyo en los codos y le pego la boca al coño. Saborearla por primera vez me hace perder el control. Le doy placer con los labios y la lengua, gimo contra su clítoris, le doy cuerda, jugueteo con esa pequeña protuberancia hasta que la noto retorcerse debajo de mí.

—Ay, Dios —grita, y cierra las piernas contra mi cabeza. Las esposas repiquetean cuando ella cambia de posición y se agarra a la cuerda.

Le paso las manos por los muslos, quiero que se le relaje el cuerpo para poder seguir comiéndomela. Dejo que mis dedos también jueguen, dejo que se mojen metiendo las puntas en su entrada. Le succiono el clítoris con la boca, le paso un dedo y rodeo el circulito rosado de su ano. Ella vuelve a tensarse, jadea mientras la recorro con el dedo y presiono la punta con cuidado.

—Ay, joder —gimotea—. Eso es genial. Voy a...

Aparto la boca, le soplo al clítoris a través de los labios apretados. Ella se estremece y gime mientras abre más las piernas. Meto más el dedo para abrirla más.

—¿Esto te gusta?

Bajo más la lengua para darle placer en el coño. Muevo la lengua, se la meto en la húmeda abertura mientras introduzco más el dedo en el culo.

—Sí —chilla moviendo las caderas contra mi boca.

—¿Sí qué? —me burlo.

—Sí, señor —jadea—. Quiero más. Cariño, por favor, fóllame. Por favor, Ryan... Señor... Lo necesito.

La Tess que suplica es uno de mis nuevos sonidos favoritos. La Tess que se ríe hace que se me pare el corazón, pero esta hace que me vuelva salvaje. Le meto un segundo dedo dentro del ano, escupo en los dedos para que entren y salgan con mayor facilidad. Vuelvo a succionar y provocarle el clítoris, luego suelto la cuerda sin mirar donde la deja para coger el vibrador de color rosa chillón.

Lo envuelvo con la mano y le coloco la punta en el coño. Ella grita, le pone cachonda ese trío que estoy reclamando: la boca en el clítoris, el vibrador en el coño, los dedos en el culo. Enciendo el juguete en un modo suave y despacio, lo giro un poco para que siga el mismo ritmo que los dedos.

Le tiemblan los muslos, el único sonido que emite es un gimoteo mientras tira de la cuerda. Lloriquea cuando no puede soltarse las manos.

—Quiero tocarte —se queja—. Nene, favor...

—Túmbate y acéptalo —le digo, y le doy un golpecito al juguete rosa.

Ella jadea y se aprieta a su alrededor.

Le meto más el dedo, le succiono el clítoris con fuerza y curvo los dedos mientras los saco y los meto.

Ella echa la cabeza hacia atrás y grita.

—Sí... sí... Ay, madre mía... Ryan...

Embisto con el vibrador dos veces más y ella chilla. Aprieta los muslos contra mi cara y arquea el cuerpo contra la cara mientras se corre. Siento cómo tiembla cuando su ano se aprieta con más fuerza contra mis dedos. Gruño, el líquido preseminal me chorrea en los calzoncillos cuando cambio mi peso e intento darle algo de alivio.

—Qué bien —gime Tess, las esposas repiquetean mientras ella se relaja —. Eso ha sido perfecto.

Se ha quedado sin aliento, el pecho le sube y le baja mientras se ríe y las tetas se le mueven.

Le saco los dedos del culo despacio, pero le dejo el vibrador dentro. Me coloco a cuatro patas entre sus piernas, me doblo sobre ella y, con la lengua y los dientes, le toqueteo los pezones. Suspira satisfecha, se arquea contra mí y se flexiona contra la cuerda que la sujeta.

Le pellizco una teta y sonrío, me encanta la expresión de éxtasis que se le dibuja en la cara.

—Date la vuelta, cariño. Todavía no hemos terminado. —Le doy un azote y luego me aparto para dejarle espacio.

Con un gimoteo, hace lo que le he pedido. La ayudo guiándole las piernas para que se ponga a cuatro patas y apoya las manos esposadas contra el colchón. Al verla así, atada y chorreando por mí... Joder, qué cachondísimo me ha puesto. No sé cómo voy a aguantar cuando esté dentro de ella.

Solo he practicado sexo anal una vez. Yo también estoy demasiado nervioso, pero eso no se lo voy a contar. El sexo con ella es divertido. También es divertido explorar lo que me gusta. Quiero esto. Quiero sentirme seguro y que estoy al mando. Quiero este control. Quiero tomarla así, reclamar todos sus agujeritos rosas.

Me coloco entre sus piernas y muevo el vibrador. Ella ronronea y mueve las caderas para que pueda metérselo más adentro.

—¿Quieres que esté en este culo? —murmuro mientras le paso la mano por la curva de la nalga.

—Sí, señor —responde ella, mirándome por encima del hombro y me lanza una mirada con esos preciosos ojos verdes como el bosque—. Pero primero vas a tener que quitarte los pantalones —me provoca.

Mascullo una maldición, me deslizo hasta los pies de la cama para quitarme de una vez los pantalones de chándal. Cojo el botecito de lubricante y me echo en la mano. Me paso la mano embadurnada por la polla y gimo. Me centro en la visión de Tess preparada y esperándome en la cama. Vuelve a mirar por encima del hombro, observa cómo me masturbo.

—Eres precioso —dice—. Muy poderoso.

Sus palabras de afirmación me matan. Quiero que no deje de decirlas, aunque necesito que pare. Respiro hondo y suelto el aire mientras me vuelvo a subir a la cama y me acerco a ella.

—¿Estás seguro de que tu rodilla puede soportar el esfuerzo de...? ¡Ah! —chilla cuando le doy un azote en el culo.

—No se habla sobre mi rodilla cuando estoy lubricado y a punto de follarte el ano —le ordeno.

—Sí, señor —responde ella. Y entonces, como es una diablesa, mueve las caderas un poco.

Gruño, me coloco detrás de ella, acariciándole con las dos manos los muslos y las caderas.

—¿Estás preparada para mí? ¿Quieres meterte dos falos a la vez?

Asiente con la cabeza.

—Estoy preparada. Tómame, Ryan.

La agarro por las caderas y tiro de ellas un poco hacia mí.

Jadea y extiende los brazos con las esposas.

—Madre mía...

—¿Quién soy yo? —la desafío y le doy otro azote.

—Eres mi señor —dice mientras le acaricio la piel con la palma de la mano—. Eres mío. Tómame... Ah...

Vuelvo a tirarle de las caderas.

—Se te da fatal estar debajo —la provoco—. Deja de decirme lo que tengo que hacer, Tess.

—Sí, señor —responde ella con un tono alegre.

Sí, los dos sabemos que volverá a mangonearme en cualquier momento.

Con la mano izquierda le sujeto la cadera para que no se mueva, me agarro la polla lubricada con la derecha y la guío hasta su agujero prieto. Entre los muslos veo un destello del vibrador rosa. Ya me muero de ganas, estoy anticipándome a lo prieto que estará.

—Avísame si te hago daño —digo mientras le paso la mano por la cadera con delicadeza—. ¿Tienes a mano tu palabra de seguridad?

—¿Ryan?

—¿Hmm?

—Fóllame el culo... por favor..., señor.

Los dos nos echamos a reír y entonces me meto, consigo que la punta traspase el músculo prieto.

—Mmm... despacio. —Al principio, su cuerpo se resiste—. Despacio y tranquilo —me va indicando—. Espera a que me relaje un poco... Ahí —dice con un suspiro suave—. Ahora.

Juego con la punta y le voy lubricando el ano mientras me voy abriendo paso.

—¿Así? —susurro.

—Sí..., me gusta —jadea moviendo las caderas contra mí, está lista para que se la meta más.

Es digno de contemplar cómo mi duro miembro se va introduciendo en ella. Me encanta este ángulo. Me encanta ver que se abre para mí, con las manos esposadas y agarradas a la cuerda.

Joder, esta mujer es perfectísima para mí... aventurera y dominante, cariñosa, considerada.

—Ooooh, Ryan —chilla sin dejar de mover las caderas mientras me meto más adentro—. Sí... Nene, por favor...

—¿Así?

—Sí.

—Estoy a punto. —Me hundo hasta que me quedo encajado con la curva de sus caderas—. Joder, qué prieta estás —me oigo decir a mí mismo con un tono casi reverente.

—Me encanta —jadea ella—. Ryan, por favor, cariño, muévete. Fóllame. No te contengas.

Gruño y recoloco las manos. Entro y salgo con toda mi longitud, intento dar un par de embestidas cortas, luego salgo muy despacio y vuelvo a meterme de una. Los dos gritamos y siento que mi orgasmo empieza a acumularse en mis entrañas y me arde en la espalda baja. Siento las pelotas pesadas y llenas.

—Esto es increíble —susurra ella—. Cariño, me siento muy llena.

—Estás llena —la provoco, bajo la mano libre para agarrar el juguete mientras le embisto el culo bien prieto.

Ella gime, arquea la espalda, el culo le tiembla como si acabara de salir de un puto sueño húmedo y toco el cielo, embestida tras embestida, mientras le golpeo las caderas con las mías.

—Ay, Dios —gruño, voy perdiendo el ritmo cuando siento que el orgasmo se abalanza hacia mí—. Voy a correrme... Nena... Tess... Me corro...

La atraigo hacia mí hasta que casi se queda tumbada contra en el colchón y cambia el ángulo de las caderas para acomodarse a que está atada al cabecero de la cama. Mueve las caderas y mi ángulo de penetración también cambia. Grita y se le tensa todo el cuerpo mientras su coño y su culo me agarran como una prensa. Sé que el coño se aferra al vibrador, pero también lo siento. Siento sus latidos cuando se corre y el cuerpo le tiembla mientras suelta un largo gemido.

Su liberación desencadena la mía. Grito una retahíla de maldiciones mientras bajo las manos a ambos lados de sus costillas y embisto hasta el fondo una vez, dos veces. Mi orgasmo surge como una supernova, estalla hacia fuera y me deja hecho pedazos. Es la única forma que se me ocurre para explicarlo. Unos puntitos blancos bailotean en mi visión y luego me derrumbo, literalmente.

—Madre mía —murmura ella una y otra vez. Le tiembla el cuerpo. Está empapada en sudor.

Se me aclaran los sentidos y gruño mientras salgo de su ano.

Ella jadea y aprieta las nalgas al sentir mi ausencia. Tengo cuidado cuando le saco el vibrador, lo suelto sobre la cama, brilla de la corrida. Ella tiembla aún más y entonces oigo un leve sollozo.

Subo a gatas por su pierna y me dejo caer a su lado en la cama mientras me estiro.

—Eh, oye... ¿estás llorando? Cariño, ven aquí.

Con el corazón en la garganta, le giro la cara para que me mire.

—Estoy bien —gimotea—. De verdad, no pasa nada. Estoy bien.

—Estás temblando. —Rápidamente, le abro las esposas y le libero las manos.

Ella las baja de inmediato y llora mientras se acurruca contra mí. Enredamos brazos y piernas hasta que nos quedamos pegados el uno al otro desde los hombros hasta los dedos de los pies.

—Cuéntamelo —pregunto, apartándole de la cara los mechones de pelo —. ¿Estás bien? ¿Ha sido demasiado?

Sacude la cabeza y entierra la cara contra mi pecho.

—Estoy bien —vuelve a decir—. Es solo que ha sido muy intenso.

—Ha sido demasiado —digo, cada vez estoy más frustrado conmigo mismo.

—No es eso —responde enseguida. Levanta la cabeza para mirarme y me envuelve las mejillas con las dos manos—. No, ha sido perfecto. Ryan, mírame. —Bajo la mirada y me encuentro con sus ojos verde bosque—. Ha sido perfecto. Me ha encantado. Es solo que ha sido mucho.

—¿Qué necesitas?

—Solo que me abraces un minuto —dice y vuelve a enterrar la cara contra el sudor de mi pecho—. Estaré bien dentro de un minuto.

—Vale —digo, y le pongo la mano en la nuca. En este ángulo, el olor floral y afrutado de su champú me inunda la nariz—. Ese olor va a perseguirme toda la vida —digo, mientras le paso la mano por los rizos despeinados.

—¿Mi champú?

—Ajá.

Se pega más a mí, como si intentara que compartiéramos la misma piel.

—¿Por qué?

—Porque está anclado al primer recuerdo que tengo de ti —respondo—. Aquel día en la playa... Olí tu champú cuando nos besamos. Fue como un amanecer tropical.

Se ríe.

—¿Un amanecer tropical?

—Si te burlas de mí, tiraré tu margarita en la piscina —le advierto.

La siento sonreír contra mi pecho.

—¿De verdad me vas a hacer un margarita?

—Claro —respondo mientras le paso la mano por la espalda, de arriba abajo. Me siento aliviado porque ha dejado de temblar—. Ese era el trato, ¿no? Yo te ataba, te follaba el culo y luego te hacía un margarita. Guay del Paraguay.

Vuelve a reírse y me mira.

—Por favor, no digas «Guay del Paraguay», que tengo el culo lleno de tu semen.

Sonrío y le paso los dedos por el pelo otra vez.

—Chachi piruli.

Sacude la cabeza.

—Te odio.

—No, no me odias —respondo, y ruedo sobre mi espalda atrayéndola conmigo, y todo su pelo me cae por el torso.

—No —acepta después de un rato, empieza a asentarse cuando la última gota de adrenalina abandona su cuerpo—. La verdad es que no.

55

Tess

La alarma me despierta y cuando parpadeo para abrir los ojos veo a Ryan tumbado desnudo en mi cama. Está bocabajo, con la cabeza enterrada en la almohada. Un rayo de luz se ha colado entre la rendija de las cortinas y le ilumina la espalda, lo que le da a su piel bronceada un brillo dorado. La sábana apenas le cubre ese culito respingón de jugador de hockey.

No puedo evitar sonreír. Por fin ha dejado de usar la rodillera para dormir, así que ahora puede estirarse en la cama como el cachorrito que es, todo brazos y piernas. Parece muy tranquilo.

Es sábado. Es día de partido para Ryan. Día de preparación de la gala para mí.

Lo de anoche fue un sueño. Después de ese polvazo épico que echamos con las esposas, nos duchamos. Luego Ryan hizo unos margaritas y yo preparé la cena. Luego nos sentamos en el patio junto al brasero. Nos reímos y hablamos durante horas, hasta que al final nos arrastramos a la cama y nos quedamos dormidos abrazados.

Ahora me despierto y sigue aquí. En mi cama hay un hombre guapo, considerado y muy desnudo. Intentando no molestarlo, me muevo hacia el borde del colchón. En cuanto me destapo, él estira la mano y me coge la muñeca. Masculla algo que no consigo oír.

—¿Qué pasa, cachorrito? —me burlo.

Me tira de la muñeca, se gira para ponerse de lado y saca la cabeza de debajo de la almohada. Parpadea cuando la luz brillante le da en los ojos, tiene el pelo rubio despeinadísimo.

—He dicho que a dónde te crees que vas.

Me río mientras tira de mí, me envuelve con sus brazos y piernas como si fuera un pulpo gigante y entierra la cara en mi cuello mientras me llena

de besos.

—Tengo que levantarme —digo, después de un minuto—. Tengo un montón de cosas que hacer.

—Siempre las puedes hacer mañana —responde mientras me recorre con las manos el cuerpo para despertarlo.

Me agarra de las tetas y me pellizca el pezón hasta que me arqueo contra él. Me giro y él me suelta y se contonea hacia mí hasta que nos quedamos haciendo la cucharita. Me aparta el pelo de la cara, me deja el hombro al descubierto y me va dejando unos besos cálidos en la piel mientras me explora con las manos. Me encanta que me toque entera, que memorice mis formas.

Un minuto o dos después, suelto un suspiro frustrado. No quiero que pare. Quiero quedarme aquí tumbada en la cama con él en esta burbujita rosa de felicidad y no irme en la vida. Pero aun así tenemos trabajo que hacer. Los dos.

—Son cosas de la gala —le explico—. Y si ya pierdo esta noche para ir a tu partido, entonces es ahora o nunca.

Suspira, se queda quieto a mi espalda y siento su erección apretarse contra mi cadera.

—No quiero salir de esta cama —admite, diciendo en voz alta lo que yo también siento—. Me da la sensación de que es demasiado pronto.

—Son más de las ocho de la mañana —lo provoco, aunque sé qué quiere decir. Esto es demasiado pronto para que nos separemos. Lo que hay entre nosotros es demasiado frágil. Solo podemos nutrirlo si estamos juntos, riéndonos y follando e ignorando al resto del mundo.

—Dime que tú también lo sientes —dice, mientras me aparta un rizo del hombro con una caricia.

Me quedo quieta entre sus brazos. Luego me giro hasta que nuestras piernas quedan entrelazadas y lo miro de frente, me sumerjo en esos ojos de color verde manzana enmarcados por unas pestañas doradas. Le paso los dedos por el hueso rígido del esternón.

—Sabes que sí. ¿Eso no había quedado claro la otra noche? Dijiste que éramos imanes.

Asiente con la cabeza.

—A mí esto me parece algo físico, no biológico. Me atrajiste aquel día en la playa. Al principio intenté evitarlo, intenté fingir que era solo

encaprichamiento o lujuria. Incluso cuando estabas en Cincinnati, podía sentirlo. ¿Sabes que le pregunté a la doctora por ti?

Sonrío.

—¿En serio?

—Sí, fui lamentable —dice con una carcajada—. Se pispó de todas mis intenciones. Fue ella la que me dijo que te encantaba *Hijos de la anarquía*.

Jadeo.

—Dime que no.

—Sí —dice con una sonrisilla de suficiencia—. Pero creo que lo que intentaba hacer era advertirme para que me alejara. Cree que no soy lo suficiente malote para ti. Cree que te aburriré y pasarás a otra cosa.

—Cachorrito, eres de todo menos aburrido —respondo, pero tomo nota mental de darle a Rachel un puñetazo cuando la vea.

Él sonríe, está satisfecho con mi respuesta.

—Aun así, todavía no sé qué narices estás haciendo conmigo. Creo que una parte de mí esperaba que te hubieras marchado cuando me despertara. Ya sabes que lo haces todo el rato —añade con una mirada acusadora.

—¿Que hago qué?

—Irte a hurtadillas —responde—. Aunque solo te hayas quedado dormida en mi cama viendo la tele, cuando me despierto te has largado ya. Te gusta marcharte la primera, ¿verdad?

Se me acelera el corazón cuando entiendo lo que quiere decir. No se refiere solo a cuando me voy por las mañanas.

—Es mi forma autodestructiva de mierda de impedir que me hagan daño —admito.

—¿Y funciona?

Un silencio denso se extiende entre nosotros. Él espera que le responda, siguiendo despacio con la mirada las líneas de mi rostro. Es como si supiera en lo que estaba pensando mientras lo miraba dormir.

—A veces —respondo—. Pero, por lo general, solo funciona cuando en realidad no estaba interesada desde el principio.

—¿Y ahora? —Me acaricia los labios con el pulgar—. Shelby dice que me vas a romper el corazón..., ¿es verdad?

—¿Cuándo te ha dicho eso? —susurro.

—La mañana que os encontrasteis en la cocina. Dijo que eras un cataclismo. Tuve que buscarlo en Google —admite—. Significa un evento

que te destroza la vida, un trastorno, una ruina.

—Sé lo que significa.

Dios, ¿tendrá razón? ¿Voy a destrozarlo? Las amenazas de Troy siguen ahí fuera. Nada de esto ha terminado. No soy libre. Los grilletes que llevo todavía pueden arrastrarme a las profundidades más oscuras. Y no son como las esposas rosas de pelo...

—Oye... —susurra—. Que conste que creo que se equivoca. También busqué en Google cosas que significaran lo contrario. Puede que me hayas arruinado para el resto de mujeres, pero no eres una calamidad, Tess. Eres un regalo del cielo. —Me da un beso en la punta de la nariz—. Una bendición —añade besándome en la mejilla—. Maná caído del cielo... Eso también tuve que buscarlo en Google. —Los dos nos reímos y me envuelve con sus brazos y se coloca encima de mí, con las caderas presionando sobre las mías—. ¿Podemos follar así? Sin juguetes, sin espejos ni cámaras. Sin retorcerse como un pretzel y sin besar cobras.

Se me escapa un resoplido cuando intento contener la risa.

—¿Besar cobras?

—Y yo qué sé —dice, ya está moviendo las caderas contra las mías—. Estoy seguro de que es algo que se hace.

—Estoy dispuesta a intentar lo de retorcerse como un pretzel —bromeo —. Pero creo que no tengo la anatomía adecuada para jugar a besar cobras contigo.

—Deja de hablar —me pide y baja para darme un beso en los labios. Es nuestro primer beso matutino y casi me sorprende las ganas que tengo de que me lo dé.

Enredo los dedos entre su pelo despeinado y vuelvo a tirar de él hacia mí para volverlo a besar.

—Me refería a sin distracciones —explica—. Solos tú y yo. Juntos.

—Tú y yo —susurro contra su boca y muevo las caderas para abrir más las piernas para él. Los dos jadeamos cuando lo sentimos deslizarse contra mí.

Gruñe, curva su cuerpo sobre el mío, baja la cara para besarme las tetas mientras desliza la mano entre nosotros para cogerse la polla y colocarla en mi entrada.

—¿Ahora? —jadea.

Asiento y lo agarro por los hombros.

Presiona y se moja la punta de la polla.

—Joder, qué prieta estás.

—Estoy preparada —gimoteo, levanto la rodilla y pongo el pie plano contra el colchón—. No seas cuidadoso. Tómame. Toma... Aaah...

Me pega con las caderas para meterse más dentro de mí. Los dos temblamos en el momento en que nos conectamos, ajustando la sujeción que tenemos sobre el otro antes de que él empiece a moverse otra vez, entrando y saliendo con la polla, llenándome.

Arqueo la espalda y levanto las manos por encima de la cabeza. Sus manos me siguen, me agarra de las muñecas mientras nos enredamos entre mis rizos. Me sujeta así, machacándome mientras nos miramos el uno al otro a los ojos. No quiero romper esta conexión que tenemos. Está claro que él tampoco.

—Mírame —susurra, esos ojos verde manzana se me clavan hasta el alma.

—Ya te miro —respondo, jadeando mientras siento que el orgasmo empieza a forjarse. Su peso sobre mí, la sensación de que me está anclando, su polla moviéndose dentro de mí... es demasiado. Me siento abrumada, todos mis sentidos están ardiendo.

Tiene razón, jugar con juguetes es divertido y los orgasmos que nos damos el uno al otro son de otro mundo, pero esto es divino a un nivel completamente diferente. Esto es conexión. Esto es intimidad pura. ¿Quién me iba a decir que follar haciendo el misionero con un chaval me iba a tener al borde de las lágrimas?

Las lágrimas me arden en los ojos cuando baja una mano entre nosotros y me toca el clítoris.

—Estoy a punto —digo, es como si mi cuerpo cobrara vida con esa primera caricia. El fuego me recorre la piel mientras la electricidad vibra en mis huesos y hace que se me curven los dedos de los pies.

—Cariño, estoy a punto...

—Yo también —gruñe—. Joder, puedo sentirte. Qué prieta estás. Córrete conmigo.

Lo aprieto, me duele la entrepierna de las ganas que tengo de correrme mientras me agarro a sus hombros.

—Bésame.

Lo hace y entonces nos corremos los dos. Sacude las caderas contra mí y gruñe contra mis labios, él también está siguiendo su orgasmo. Lo agarro más fuerte por los hombros, siento que mi orgasmo me abre en canal. Me aferro a él, nuestros cuerpos desnudos están bañados en sudor mientras luchamos contra las ganas de temblar.

Deja caer todo su peso sobre mí mientras suelta un gruñido sin aliento. Entonces gira para bajar y quedarse bocarriba, la polla se le sale sola mientras se aleja de mí. Recuperamos el aliento, con las mejillas sonrojadas mientras nos limitamos a compartir el aire. En este momento, siento que las cosas son perfectas. No quiero que nada cambie.

—Quédate —murmuro, preparada para cancelar todos mis planes. Y no me refiero solo a hoy—. Quédate conmigo.

Busca algo en mi rostro mientras me aparta el pelo de la cara. Siento su cálido semen saliendo de mí. Me siento acalorada y adormilada. Me siento querida. Me acerco más y le aguanto la mirada. Me pasa la lengua por los labios y sé lo que está a punto de decir. El corazón me va a mil por hora. Me inclino.

—Tess, yo...

Aguardo, esperanzada, expectante. A mi espalda, suena mi teléfono y los dos damos un brinco. También está puesto en vibración, así que se va deslizando hacia el borde de la mesa con cada tono.

—Tengo que cogerlo. Debe de ser Cheryl. Seguro que ya me está esperando.

Asiente con la cabeza.

—Contesta. Yo tengo que ducharme de todos modos. El día de partido empieza temprano.

El teléfono sigue sonando.

—Estabas a punto de decir algo —insisto, buscándolo en su expresión, pero ya se ha desvanecido.

—Nos vemos esta noche, ¿no? ¿Vienes al partido?

Asiento con la cabeza.

—Genial. Entonces ya hablamos esta noche.

Oculto mi decepción y ruedo para agarrar el teléfono.

—Hola, Cheryl —digo con un falso tono de alegría.

Ryan rodea la cama y se agacha para darme un beso en la frente. Lo veo alejarse, con ese culo de jugador de hockey blanco que destaca contra el

resto de su piel bronceada.

—¿Tess? ¿Hola?

Mierda, Cheryl está hablando.

—¿Qué? Lo siento, Cher —digo pasando las piernas por el borde de la cama—. Sí, aquí estoy. Llego un poco tarde, pero ya estoy de camino.

56

Tess

—Y nos han mandado la confirmación del Programa de Embajadores de Animales del Zoo de Jacksonville —dice Cheryl, que marca otro tic en su lista—. Vendrán a las seis y media de la tarde y estarán una hora.

—¿Y traen una tortuga de Florida? —digo, señalando la última frase de mi correo.

—Sí, es un chico y se llama Bandido —responde ella—. Es que mira qué cara tiene. —Me pone la pantalla del móvil por encima del portátil para enseñarme un video de una tortuga de Florida enorme comiendo lechuga.

—Agh, ¿es callado y además le interesa el medioambiente? ¿Acabo de encontrar a mi alma gemela? —me burlo.

Ella se ríe, se guarda el móvil y tacha tres cosas más de su lista. Llevamos todo el día en la oficina como si esto fuera una colmena de abejas trabajadoras. Joey está en el lugar de la gala, vigilando la llegada del DJ y la disposición. Y Nancy ha salido a rapiñar en todas las tiendas de artículos de fiesta para intentar conseguir cubertería de emergencia, ya que parece que la que habíamos pedido se cayó del camión.

Yo puedo organizar eventos así mientras duermo, pero ha sido divertido trabajar con este equipo. Cheryl y Nancy tienen muy buenos contactos en la zona y se les da muy bien hacer uso de su red. Hemos conseguido que vengan varios representantes de otros grupos de conservación de la naturaleza locales, entre los que se incluyen nuestros nuevos amigos de la FWC, el Patronato de Florida del Norte y Sociedad Audubon de Duval.

Todos los Rays de la plantilla han confirmado su asistencia y casi todos van a traer un acompañante. También vienen un montón de autoridades de Jacksonville: representantes del ayuntamiento, empresarios destacados y unos cuantos deportistas famosos más. En el último recuento, había por lo

menos seis Jaguars de Jacksonville que vienen con sus esposas, incluyo algunos jugadores de los Jumbo Shrimp. Será una noche por Jacksonville para Jacksonville y todo lo recaudado se destinará a apoyar a nuestras dunas locales, donde anidan las tortugas marinas.

—¿Qué decidimos hacer con los globos? —dice Cheryl, que sigue centradísima en su lista.

—No vamos a usarlos. Son una plaga medioambiental, ¿recuerdas?

—Ah, cierto —dice con una carcajada y sacude la cabeza—. No sé en lo que estaba pensado. Ah... y ha llegado esa caja para ti cuando has salido a por el café —añade, señalando una cajita que hay en la esquina de su escritorio.

Le suena el teléfono y contesta. Oigo su voz alegre mientras responde a algunas preguntas del cáterin. Segundos después, sale de la oficina mientras discute el precio de los dátiles envueltos en beicon. Le gusta caminar cuando habla por teléfono y este despacho es demasiado estrecho. Al final del pasillo hay una terraza que se supone que es para fumar. Ahora es el despacho en el que Cheryl habla por teléfono. Sale como un vendaval y deja la puerta abierta.

En cuanto se marcha, cojo la caja que ha dejado en el borde de su escritorio. No viene la dirección del remitente. Otra vez. Me llevo la caja a mi mesa. Cojo el abrecartas, lo deslizo por las solapas y rompo la cinta de embalar. Con el corazón en la garganta, suelto el cuchillo, que repiquetea, y abro las solapas de la caja para mirar dentro.

—Madre mía.

Los ojos se me llenan de lágrimas al ver el contenido: un amasijo de fotos impresas, en todas salimos Ryan y yo. Sabía que me estaban siguiendo, pero era una sensación que tenía sobre todo cuando volvía a casa sola de la cafetería con el coche. O un par de veces en la playa cuando iba a pasear con Rachel y sus chicos. También vi un par de veces el SUV oscuro aparcado en la calle. Lo apuntaba siempre, tal y como me había sugerido Charlie. Pero esto...

Se me revuelve el estómago cuando cojo una pila de fotos y empiezo a ojearlas. Ryan entrando en casa con las muletas. Yo saliendo con el bolso en el hombro y un vaso de té helado en la mano. Ryan y yo montándonos en el coche, cuando llevaba mi vestido de cerezas. La noche de nuestra cita.

Miro las siguientes fotos. Sí, Ryan y yo en nuestra cita. Las fotos están como granuladas, como si las hubieran hecho desde fuera a través de un cristal. Estábamos hablando, riéndonos inclinados sobre la mesa. Las imágenes demuestras una intimidad casual, comodidad.

Tengo ganas de vomitar. Menuda violación.

Levanto la cabeza de repente y recorro la oficina con la mirada. El fotógrafo las ha traído aquí. Las dejó aquí. Ha estado en este lugar. Lo más seguro es que nos haya estado observando y haya esperado hasta que yo he salido para ir a por café, entonces le ha traído la caja a Cheryl fingiendo que era un repartidor. Cada vez estoy más determinada y tomo nota mental. «Instalar cámaras». Las pagaré yo misma si hace falta, pero lo primero que voy a hacer el lunes por la mañana es poner una cámara en la oficina que apunte directamente a la puerta.

Sigo ojeando el taco de fotos que tengo entre las manos.

Fotos nuestras paseando por la pasarela de madera cogidos del brazo. Es de noche, las fotos están oscuras, es difícil ver nada. Más fotos nuestras en la playa, estas a la luz del día. Ryan está de pie a mi lado, mirándome como si yo fuera la razón de su vida, mientras que John, el encargado del área de conservación, explica cómo sujetar un nido de tortugas. Joder, hay niños en estas fotos.

—Madre mía —vuelvo a decir. Me tiemblan las manos cuando suelto las fotos sobre la mesa y cojo el siguiente taco.

Ryan y yo en la cocina, la han hecho por el cristal de la puerta de atrás. El perturbado lo pilló todo. Nosotros discutiendo, besándonos, quitándonos la ropa, follando contra la encimera. Ryan está de rodillas detrás de mí y yo tengo la cabeza echada hacia atrás del éxtasis. Todas están como granuladas por culpa del zoom contra el cristal y la tenue luz, pero se ve todo.

Me siento atontada. El tío de la cámara lo ha visto todo. Todos los momentos que Ryan y yo hemos compartido en esa cocina, nuestros muros cayéndose, nuestros corazones colisionando. Lo ha presenciado todo. Lo ha fotografiado todo. Y le ha dado todas las imágenes a Troy a cambio de dinero.

Suelto las fotos en el escritorio y se esparcen por todas partes. Algunas se deslizan por el borde y caen al suelo. Miro a mi alrededor durante dos segundos antes de coger la papelera y vomitar dentro. El corazón me va a

mil por hora, tengo el pulso acelerado. Jadeo en busca de aire y vuelvo a potar mientras me tiemblan las manos.

Cuando no me sale nada, suelto la papelera en el suelo y vuelvo a centrarme en el estropicio que hay encima de mi mesa.

—Vamos.

Meto las manos en la caja a ver si encuentro algo. Lo que sea. Alguna nota horrible con letras recortadas, una lista de exigencias, un sobre con un punto de entrega en el que quiere que le deje su maldito dinero.

Porque estas fotos no están aquí por nada. No puede ser. Troy quiere que yo sepa que las tiene. ¿Por qué? ¿Pruebas de una aventura amorosa? Eso ya lo tenía con las otras fotos. No dudo de que puede usar su poder y su posición para convencer a recursos humanos de que me despida. No necesitaba más pruebas. Entonces, ¿a qué viene esto? ¿Por qué ha pedido que hagan estas fotos? ¿Por qué ha pagado para que me sigan?

—¡Joder! —grito mientras vierto todas las fotos encima de la mesa.

No hay nada más dentro de la caja. Ninguna nota. Ninguna exigencia.

Y entonces es cuando me doy cuenta. Sé exactamente lo que quiere. Y él sabe que esta era la única forma de conseguirlo. Cojo el teléfono del escritorio, me odio por ir de cabeza hacia su trampa. Pero ahora esto es más grande que yo. Estas fotos son la prueba.

Marco el número que me sé de memoria, me llevo el teléfono a la oreja y espero. El teléfono suena una vez, dos veces. Alguien lo coje.

—Al habla Troy Owens —dice su voz, profunda y suave, a través del teléfono.

Oírla hace que me quede callada. Abro la boca, pero no pronuncio ninguna palabra.

—¿Hola? ¿Quién es?

Respiro hondo y me lanzo de cabeza.

—Tienes que parar.

Le suspira al teléfono.

—Tess. Me preguntaba cuándo acabarías por llamarme.

—Tienes que parar —repito, escaneando con la mirada el amasijo de fotos que hay en mi escritorio.

—Asumo que recibiste mi nota.

—Si por nota te refieres a esta horrible caja de fotos, entonces sí. No tenías ningún derecho, Troy. Esto es acoso. Y hay niños en algunas de esas

fotos, familias...

—Estoy en todo mi derecho de documentar las pruebas de que mi mujer está teniendo una aventura —contraataca—. Y esas ni siquiera son todas las fotos que tengo como prueba.

—Está bien. Entonces ya tienes lo que necesitas. Divórciate de mí. Quédatelo todo y acabemos con esto de una vez —digo—. No voy a discutirte nada. Puedes poner todas las condiciones que quieras. ¿Quieres mi dinero? Pues para ti. ¿Las entradas de temporada de los Reds? Pues tuyas son. Ni siquiera me gusta el béisbol. Lo he estado fingiendo durante diez putos años, igual que fingí casi todos los orgasmos...

Se ríe al teléfono, es un sonido frío y mordaz.

—¿Crees que he hecho todo esto para divorciarme antes de ti? ¿Por qué no lo entiendes? No quiero el divorcio, Tess. Eso nunca fue una opción para mí. Eres tú la que ha estado insistiendo con el divorcio, no yo. Durante años, ha sido tu respuesta para todo. Estabas demasiado asustada para luchar, estabas demasiado asustada para que encontráramos juntos la solución. Dios, eres como un puto disco rayado.

—No, lo que está rayado es nuestro matrimonio —grito—. ¡Es imposible repararlo!

—Nada está tan roto que no se pueda arreglar —replica, y casi puedo oír la voz tranquila y calculada de su madre en esas palabras.

—Estás pirado. Troy, nunca voy a volver contigo. Lo he superado. ¿No me crees? Mira las fotos que te ha hecho tu amiguito el pervertido. ¿Esas sonrisas? Son de verdad, Troy. ¿Esos orgasmos que me dio en la cocina? Son reales. Todos y cada uno. Y qué fácil le resulta hacer que me corra. Nunca me he corrido tan rápido ni con tanta intensidad en toda mi puta vida...

—Si de verdad te importara ese gilipollas, tendrías que haber tenido más cuidado —se mofa—. Te habrías mantenido bien alejada de él. Pero siempre has sido una estúpida...

—¡¿De qué estás hablando?! —lo interrumpo a gritos.

—Me refiero, Tess, a que eres el buque insignia de las catástrofes. Solo que esta vez, vas a arrastrar contigo a ese héroe del hockey tan guapo.

Se me para el corazón.

—Troy, ¿qué has hecho?

—La verdad es que esto no lo has pensado mucho. —Vuelve a reírse y es un sonido que hace que se me hiele la sangre—. Estabas tan empeñada en demostrarte la puta egoísta que eres en realidad que te lo has llevado a lo más hondo contigo. ¿Acaso has pensado en él? No, porque solo piensas en ti misma y en lo que quieres tú.

—Troy, no...

—Si crees que las perspectivas para ti ante recursos humanos son malas en nuestra pequeña empresa, ¿cómo quedarán esas fotos cuando lleguen a toda la prensa? —me desafía—. ¿Crees que su equipo apreciará ver su nombre relacionado con el tuyo en ese escándalo de adulterio?

Sacudo la cabeza, no me lo puedo creer. No puede estar hablando en serio. Él no haría esto.

—Troy...

—Y te apuesto lo que sea a que un chico como él tiene unos acuerdos de patrocinio estupendos, ¿no?

Se me para el corazón.

—Sí, lo he buscado y solo tiene contrato de un año con los Rays. Me juego el cuello a que le están haciendo una oferta, ¿verdad? ¿Alguna opción de extensión del contrato o un nuevo acuerdo resplandeciente? —Ha lanzado el cebo, está esperando que yo se lo confirme. No digo nada y él vuelve a reírse—. Sí, eso me imaginaba. El nuestro no es el único negocio familiar que hay por ahí, Tess. La NHL, los Rays, sus acuerdos con las marcas..., todos van a salir corriendo más rápido que las ratas en un barco hundiéndose. ¿Dónde quedará entonces tu juguetito sexi? ¿Crees que seguirá interesado en tu coño cuando lo despidan por culpa de la mala prensa que le has acarreado? El duro trabajo de toda una vida se va al sumidero por un polvo del que arrepentirse.

—No —susurro yo, siento que el pánico aumenta.

—¿Te lo imaginas? —me provoca, está retorciendo el cuchillo. Sabe que ahora me tiene. Tengo que dejar que haga sus amenazas—. Y esas fotos son pruebas gráficas, Tess. A mí particularmente me gustan en las que sales cabalgándole la cara. También demuestran que eres egoísta, incluso en el sexo. ¿Por qué no te pones de rodillas por una vez?

—No lo harás —digo, intento que deje el farol—. No vas a poner a Ryan en el punto de mira porque eso solo te retrata a ti como el hombre débil que

no puede retener a una mujer. Tú no quieres la mala prensa de esto más que él...

—Hace rato que no me importa —grita—. A ver si te crees que eres tú la que me deja en ridículo, la que exige y que encima esperes que agache la cabeza y lo acepte. Así no es cómo funciona esto.

—Troy, por favor...

—Hicimos una promesa —grita por encima de mí—. Y antes muerto que permitir que te largues chasqueando los dedos como si nada y la rompas. ¿Quién es el débil aquí, Tess? ¿Quién se levanta e intenta que esto funcione o quien sale corriendo?

Cierro los ojos, intento que no me afecten sus palabras hirientes. El modo en que pasa de decir que quiere que me hunda a afirmar que quiere que nuestro matrimonio funcione hace que la cabeza me dé vueltas. Estoy mareada, distraída, eso es lo que quiere, joder. Quiere que esté confundida. Quiere que esté vencida.

Me aferro a lo único que me ofrece un punto de anclaje.

Ryan.

—Troy, a él no lo metas en esto —exijo, sé que mi voz traidora suena más bien a plegaria—. No tiene nada que ver con esto...

—Eso no es lo que le voy a contar a la prensa. Y esa no es la imagen que demuestran esas fotos —contraataca, el dominio que tiene sobre sí mismo se filtra al teléfono. Me envuelve como si fuera algo tóxico, y me doy cuenta de que me aparto el teléfono de la oreja—. Deja de intentar salirte con la tuya, si no, os destrozaré a los dos, te lo juro por Dios, joder.

—¡Déjalo tranquilo!

—¡Entonces haz lo que te digo por una puta vez en la vida!

Aprieto los ojos con fuerza, no me permito que se me caigan las lágrimas. Ha ganado esta ronda. Ambos lo sabemos. Ha encontrado mi punto débil. El amor siempre es una debilidad. Preocuparte por otra persona te deja expuesta a que te rompan el corazón. ¿Cuándo voy a aprender esa lección? Ryan es ahora mi debilidad y Troy le está apuntando a la garganta con un cuchillo. Ni siquiera puedo fingir que no me importa. Troy lo verá enseguida.

—¿Qué me estás pidiendo que haga, Troy? ¿Qué quieres? ¿Cómo ganas?

—Vuelve a casa —responde—. Deja de jugar a rescatar tortugas. Y deja de jugar a las casitas con ese gilipollas. Súbete al siguiente avión que salga

para Cincinnati. Vuelve a casa y hablaremos de los términos de un divorcio amistoso en persona. Dos partes comportándose como adultos razonables que se preocupan el uno por el otro. No un adulto razonable y otra que se ha dado a la fuga.

—No puedo marcharme —grito, mirando alrededor de la oficina—. Mañana tenemos la recaudación de fondos. Llevo semanas trabajando en esto, Troy. No puedo abandonarlo ahora. No puedo hacerle eso ni a Ilmari ni a mis voluntarios. No puedo...

—Está bien —dice por encima de mis palabras—. Entonces el lunes a primera hora. Te despides de Rachel y de su panda de gilipollas y luego te montas en el avión. Y que ni se te pase por la cabeza jugar otra noche más a las casitas con tu muñequito. Eso se ha terminado. Ahora. Déjalo o acabo con los dos.

Es mentira. Sé que es una mentira. Si vuelvo a Cincinnati, solo encontrará más razones para lapidarme. Nunca me va a dar el divorcio. Las esperanzas que tenía de que llegáramos a un acuerdo que no impugnara han muerto, están sangrando sobre mi mesa y el suelo en forma de fotos pixeladas.

Y ahora sé que también tiene cogido a Ryan por el cuello. Nunca pensé que llegaría tan lejos. Quería creer que era un cobarde, que era demasiado débil y blandengue. Es como un niño arrancándole las alas a una libélula, solo se mete con las criaturas que considera demasiado débiles como para que se enfrenten a él.

Ahí es cuando se me para el corazón.

Troy Owens siempre echa cuentas. Siempre. Ha sopesado a Ryan y ha descubierto que él también quiere algo. ¿Qué más tiene sobre él? ¿Qué me estoy perdiendo? A Troy siempre se le ha dado bien el dramatismo. Este no es su último movimiento. Esto solo es la configuración del tablero. Su torre deslizándose por las casillas para encajonarme. El jaque mate está por llegar. Me aterra pensarlo.

—Necesito que me des tu palabra de que vas a dejar a Ryan fuera de esto —digo, aunque sé que de todos modos no puedo creerlo—. Él es inocente, Troy.

—No me pidas clemencia —responde—. Aquí quien tiene todo el poder eres tú, Tess. Siempre has sido tú la que ha tenido el poder. Tú decides si conserva su trabajo o se convierte en carne de cañón para la prensa, si es

solo un deportista de élite más, incapaz de guardarse la polla en los pantalones.

—Te odio —susurro, una lágrima me cae por la mejilla.

—El amor y el odio son dos caras de la misma moneda, pastelito. Nos vemos el lunes.

Como siempre, tiene que tener la última palabra, me cuelga y me deja echa un desastre, sola con mi angustia y mis preguntas sin respuesta.

57

Ryan

Salgo del hielo tras el calentamiento prepartido y, no puedo explicarlo, pero me siento al límite. Quiero que Tess esté aquí. Llevo aquí unas horas ya, intentando centrarme en el partido, pero no funciona. Todo el rato que he estado en la pista, he estado mirando y esperándola, pero no ha venido.

Ahora he vuelto al vestíbulo, estoy envolviendo los sticks con cinta adhesiva, lo hago como un autómata. En este punto, podría hacerlo con los ojos cerrados. La música rock resuena por los altavoces, me late en el pecho. Hoy tiene Morrow el cable auxiliar, así que es tarde de Metallica. Por lo general, la música me acelera, me hace reunir energías para que pueda lanzarme al hielo con ganas. Pero ahora mismo me está poniendo los nervios de punta. No puedo sentarme aquí sin más preguntándome dónde está ella. ¿Cuántas veces voy a mirar el móvil esperando que me mande una foto con mi jersey puesto? Se lo dejé doblado en la cama mientras ella estaba en la ducha. Me imaginaba que se lo pondría y mandaría una foto, quizá guiñando un ojo o poniendo esos morritos de pato que tanto me encantan. Me la iba a guardar para ponérmela de fondo de pantalla.

Mi Tess. Mi diosa pelirroja. Gobernadora de mi universo.

Joder, no puedo quedarme aquí sentado. Tengo que comprobarlo otra vez. Dejo el stick a un lado y me levanto del banco. Salgo del vestuario y giro a la derecha, troto por el pasillo con los patines, con las guardas de plástico grueso que protegen las cuchillas.

—Hola, señor Langley —me saluda un guardia de seguridad y me hace un gesto con la mano.

—Hola, Ramon. No habrás visto a una pelirroja preciosa merodeando por ahí, ¿verdad?

Se limita a reírse, el walkie-talkie que lleva en la cadera resuena con un parloteo.

—Ya me gustaría, tío.

—¿Puedes echarle un ojo? —digo por encima del hombro.

—Lo haré —grita.

Lo dejo atrás y meto la cabeza en la sala de las WAG, miro alrededor con los ojos ansiosos, preparado para detenerme al primer signo de pelo rojo. La sala está llena de mujeres que se ríen y parlotean, con sus deslumbrantes camisetas y jerséis de los Rays. Los niños corren de un lado para otro mientras que en la televisión hay unos dibujos animados a todo volumen. Hay una mesa larga con comida: sándwiches, galletas, ensaladas.

Pero no está Tess.

Shelby me ve enseguida y sale corriendo con el pequeño Josh sobre la cadera.

—Te dije que me avisaras cuando viniera —gruño mientras me dejo caer contra el marco de la puerta—. ¿Dónde demonios está, Shelbs?

—¿Habrá tráfico? —dice, encogiéndose de hombros—. Ya sabes que los días de partido es una locura encontrar aparcamiento en el centro.

Sí..., será el tráfico... No me lo trago.

Intento no tomármelo demasiado a pecho, pero es el primer partido que juego desde la lesión y quería que mi chica estuviera aquí para verlo. Nunca he sido ese tipo de chico, aunque estuviera saliendo con la misma chica. Pero como ya he dicho, nunca he estado con Tess. Solo necesito saber que va a estar ahí para mí igual que yo voy a estar ahí para ella.

—Oye —dice Shelby, me pasa la mano por la manga del jersey—. Va a venir, ¿vale? Está loca por ti. Si le has pedido que venga, vendrá.

Asiento con la cabeza, quiero creerla.

—Pero deberías irte de aquí, en serio —dice, señalando el reloj de la pared.

Mi mirada vuela a la pared.

—Joder...

—¡Langley!

Me aparto del marco de la puerta y miro por encima del hombro. Veo al segundo entrenador Denison caminando hacia mí.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí, organizar un pícnic? ¡Mueve el culo al vestuario! —Señala con el pulgar por encima de su hombro mientras

me lanza una mirada asesina.

—Oh, oh —se burla Shelby con una sonrisa que le llega a los ojos.

—Pillado —mascullo.

Se ríe.

—Venga, Ryan. Ve a jugar tu partido.

Me aparto de la puerta, empiezo a recorrer el pasillo de vuelta al vestuario y paso por delante de Denison.

—Vais a hacer que me salgan canas antes de que cumpla los cuarenta, te lo juro por Dios —dice, dándome unas palmaditas en el hombro.

Aunque les doy vueltas a las palabras de consuelo que me ha dicho Shelby, me siento intranquilo. Tampoco me voy a engañar. Sé de qué va esto. Esta mañana, lo he tenido en la punta de la lengua. Quería estrecharla entre mis brazos estando desnuda, con las defensas bajadas, y quería decirle que la quiero.

Porque así es. Estoy enamorado de Tess. Es mía y yo soy suyo. Y creo que ella también me quiere. Joder, necesito decírselo. No puedo centrarme hasta que no me lo saque de dentro.

«Concentración. Velocidad. Control».

Ese es mi mantra. Lo ha sido desde que tenía doce años. Pero ahora mismo, el mantra que no hago más que cantar una y otra vez son dos palabras muy diferentes. Las alejo para concentrarme. El rendimiento mental es tan importante como el físico. No puedo jugar si no tengo la cabeza en el partido.

Sully y Walsh me lanzan una mirada cuando me siento entre ellos y cojo el stick para terminar de envolverlo.

—¿Estás bien, Langers? —dice Sully—. Pareces distraído.

—Estoy bien. Estoy centrado.

Él se limita a sacudir la cabeza y se concentra en su propio prepartido.

Sí, estoy muy centrado... en todo lo que no debo centrarme. Suelto una gran bocanada de aire en un intento por despejarme la cabeza. «Envuelve el stick». Una y otra vez. Bien tenso. A la altura de la cuchilla, del talón a la punta. Termina de envolverlo por el lado del revés. Luego tengo que envolver la parte superior.

Dejo que el ritmo se apodere de mí mientras me sumo en mí mismo. Mi zona muerta. Mi momento de evasión antes del partido. Aquí nada puede

tocarme. Solo estamos yo y el partido, la sensación del stick entre mis manos, los movimientos de la cinta.

Pero esta noche no estoy solo en mi cabeza.

«Concentración».

Me concentro en Tess: en sus pecas, en esos rizos rojos que le enmarcan la cara, en el gemidito de satisfacción que se le escapa cuando le da el primer trago al café por la mañana. Me concentro en sus ojos, muy verdes en los bordes y de un marrón dorado junto al iris. Me concentro en el contoneo de sus caderas, en cómo saca el labio inferior cuando está concentrada en el ordenador. Me concentro en el sonido de sus gritos cuando se corre y me aprieta la polla como una prensa. Me centro en sus palabras, las que dijo con voz queda: «Yo también te deseo a ti».

«Velocidad».

Moverme rápido. No puedes ser autocomplaciente cuando se trata de Tess. Solo tiene una velocidad y «rápido». Elegirla a ella es elegir una vida en continuo movimiento. Ella es el coche de seguridad. Sigue adelante. Sigue corriendo a su ritmo. Demuéstrale que puedes soportarlo.

«Control».

Para mí, esta es la parte más difícil. No se trata de controlar a Tess. De hecho, estoy aprendiendo a hacer justo lo contrario. Puedo controlarme a mí mismo: mis acciones, mis deseos, mis necesidades. Lo que Tess necesita es libertad. Esto solo funciona de ese modo. Si soy yo quien intenta hacerse con el control en esta relación, ella va a salir disparada a toda velocidad lo más lejos que pueda, nunca la alcanzaré. Aún peor, nunca volveré a ganarme su confianza.

«Concentración. Velocidad. Control».

Estoy en mi zona muerta, pero no puedo sacarla de ella. Ella está en todas partes. Ella lo es todo. Ya no se trata del hockey, ni siquiera cuando llevo puesta toda la equipación, a unos minutos de pisar el hielo.

«Concentración. Velocidad. Control».

Pero lo único en lo que puedo pensar es en esas otras palabras, las que se mueren por escapárseme de los labios, las que me nublan la mente. Dos palabritas. Un nuevo mantra. Una nueva plegaria.

«Te quiero».

Suena la bocina que indica el final del segundo periodo y patino hacia las vallas, el aire me quema los pulmones. Perdemos contra los Blue Jackets 2-1. Esta noche estoy jugando como el culo. Patino despacio, se me escapan los pases fáciles. Sé que los chicos se han dado cuenta. Yo estaba despejado, Karlsson podría haberme pasado el disco dos veces en la segunda mitad del primer periodo y se lo ha quedado. Si soy sincero, no lo culpo a él.

Walsh pasa por detrás de mí y se da con la cadera en las vallas. Ha estado conmigo en la línea durante todo el periodo.

—¿Qué te pasa esta noche? —dice mientras aprieta la botella de agua para mojarse la cara sudorosa. El líquido le cae por el cuello y se le mete por las hombreras—. ¿Es por la rodilla? —insiste, me sigue mientras dejo atrás el banquillo y voy hacia el vestuario.

—Mi rodilla está bien.

—Vaya, pues estás jugando como el culo...

Me doy la vuelta y lo miro a la cara.

—¿Quieres repetirlo, novato?

No se achanta. Esa inocencia de novato que tenía se ha evaporado ahora que hemos superado el ecuador de la temporada.

—No quiero en mi línea a un tío que no puede soportar su propio peso —admite, no se anda con medias tintas.

—Soporto mi peso perfectamente —responde.

—Eres un desastre. Tienes dieciocho minutos para tener la cabeza donde tiene que estar...

—Ya tengo la cabeza donde tiene que estar...

—Estás distraído —me corrige, agarrándome por el jersey para retenerme. Los fans le dan puñetazos al plexiglás que tenemos por encima de la cabeza, pero no oyen lo que me dice—. Tienes pinta de que andas perdidísimo ahí fuera, joder. La mitad del tiempo es como si ni siquiera estuvieras siguiéndole la pista al disco. ¿Qué narices te pasa? —Me empuja y me suelta.

Gruño. Tiene razón, joder. Sé que sí. Estoy demasiado distraído. Sigo buscando a Tess. Solo necesito verla una vez. Si ha venido, sé que me esperará después del partido. Y si me espera, sé que puedo decirle lo que necesito decirle. No puedo aguantarlo durante más tiempo.

Lo dejo atrás junto al banquillo y me encamino hacia los vestuarios. Los fans que nos rodean siguen vitoreando para intentar llamar mi atención. Me evado de todo. Ruido blanco.

Walsh me sigue de camino al vestuario. Ni siquiera he llegado a mi taquilla cuando ya tengo a Sully encima.

—Tío, ¿qué te pasa esta noche? —dice, el sudor le gotea por la cara.

—Ya le estoy poniendo remedio —respondo, lo rodeo y suelto el casco sobre el banco.

—No es propio de ti. Sabía que algo iba mal durante el calentamiento.

A su lado, Karlsson nos mira sin dejar de masticar su barrita de granola. Él también está preocupado. Se lo veo en la cara.

—Chicos, solo tengo una mala noche —digo mientras agarro una botella de agua—. Joder, parece que os pensáis que estoy jugando con un mazo de croquet.

—Tú no tienes malas noches —dice Karlsson en voz baja.

—Bueno, por una vez sí que estoy sobrepasado, ¿vale? —me defiendo y me pongo en pie de un salto—. A lo mejor podéis darme un poco de manga ancha.

No espero a que me respondan, empujo a Sully y recorro el vestuario de camino a la sala de fisioterapia. La recorro rápido con la mirada y me centro en mi objetivo.

—Doctora —la llamo, todavía agarrado a la botella de agua como si intentara asfixiarla.

Antes no estaba aquí, si no hubiera ido directo a la fuente. Y, cuando ha llegado, me ha evitado como a la peste, se ha quedado en el extremo opuesto del banquillo. Podía sentir que miraba todos mis movimientos cuando he salido al hielo. Cada vez que miraba en dirección contraria, yo sentía que mi pánico aumentaba. Sí, ella sabe algo.

Se da la vuelta, tienes los brazos llenos de plátanos. Me mira a la cara y se le borra la sonrisa. Entonces sacude la cabeza e intenta escabullirse.

—Langley, no, ¿vale?

—Oye..., espera —digo, y la cojo del brazo cuando intenta marcharse.

Se queda rígida, pasa la mirada de mi cara sudorosa al punto donde la estoy sujetando.

—Quítame la mano de encima, Ryan —dice—. O te la corto.

Aparto la mano y doy un paso atrás.

—¿Ha venido...?

—Ryan...

—Pasa algo, joder —digo con la voz ronca—. Tengo un presentimiento. No haces más que mirarme, pero no me ves. Estoy empezando a acojonarme. Se suponía que iba a venir y no ha venido..., ¿verdad?

Me mira con la cabeza levantada y una expresión de angustia.

—Ryan, no va a venir. Creo que solo necesita espacio. Esta noche se queda en mi casa. Tú dale espacio, ¿vale?

Se me para el puto corazón.

—Espera..., ¿qué coño ha pasado?

Gruñe y se gira.

—Ryan...

—La quiero, Rachel. Estoy enamorado de ella y creo que ella también me quiere. No puedo respirar..., no puedo puto pensar..., porque me muero por decírselo.

Se gira para quedar frente a mí y juro que veo un atisbo de miedo revoloteándole en los ojos.

—Ryan, no. —Me agarra de la muñeca sudorosa—. Por favor, no se lo digas —dice, se le empiezan a caer las lágrimas—. No ahora. No así. Por favor. Eso solo hará que le cueste más hacerlo.

—¿Qué le cueste más hacer qué? —insisto, el corazón me late desbocado como si hubiera jugado dos shifts seguidos. Y entonces es cuando me doy cuenta—. Ay, Dios..., esto es por su ex, ¿verdad? Ese gilipollas ha hecho algo. La ha vuelto a amenazar, ¿a que sí?

Rachel se limita a sacudir la cabeza, se calla la verdad que veo que le arde en los ojos.

—Rachel, por favor...

—Te ha amenazado a ti.

Rachel jadea y me doy la vuelta para enfrentarme a la nueva voz que ha hablado.

Jake está de pie justo detrás de mí, con una expresión solemne en su rostro sudoroso.

—Jake, no —le ordena ella—. Tess no quiere hacerle daño y es asunto suyo...

—También es asunto de él —contraataca Jake—. Te hizo prometer a ti que no dirías nada, pero yo no tengo por qué seguir esas órdenes. —Me

mira y me pone una mano en la hombrera—. ¿La quieres, tío?

Asiento con la cabeza.

—Sí. No sabes cuánto.

—Pues entonces ve a decírselo...

—¡Jake! —chilla Rachel—. Tess dice que tiene un plan y que tenemos que confiar en ella. Conoce a Troy mejor que cualquiera de nosotros. Si dice que nos quedemos atrás, creo que tenemos que escucharla.

—¿Alguno de los dos va a decirme qué cojones ha pasado? —les ruego —. Has dicho que me ha amenazado a mí. Nunca he visto a ese tío. Ni siquiera sé qué pinta tiene. ¿Qué ha hecho?

—Mira el armario de Tess —responde Jake—. Todo lo que necesitas saber está ahí.

Rachel se limita a sacudir la cabeza mientras mira fijamente a su marido. Adivino lo que está pensando. Sé que está más asustada que enfadada. ¿Qué demonios ha pasado hoy?

Les doy la espalda a los dos, casi rozo el hombro de Jake cuando prácticamente salgo corriendo con los patines hacia el despacho del entrenador. Su puerta da al vestuario por el otro lado de fisioterapia. Está abierta y entro. El entrenador Johnson está sentado en su escritorio, con los ojos pegados al monitor mientras ve la grabación del primer periodo. El segundo entrenador Andrews y Denison también están aquí, igual que el entrenador del portero.

—Tengo que irme —le digo a la estancia. Tres pares de ojos se giran para mirarme.

—¿Langley? ¿Cuál es el problema, hijo? —dice el entrenador Johnson.

—Una emergencia familiar, señor —respondo—. Tengo que marcharme. Lo siento, pero no puedo terminar el partido.

—Dios, ¿qué ha pasado? —dice Andrews, que da un paso al centro y me aprieta el hombro—. Estás blanco como la cal...

—Nunca le he pedido algo así, señor —continúo, mirando al entrenador —. Nunca me he perdido ningún entrenamiento antes de lo de la rodilla. Se lo pido ahora. Déjeme que vaya a cuidar de mi familia. De todos modos, esta noche no sirvo de nada —añado, señalando el monitor.

Todos se giran hacia la pantalla y vemos que Karlsson me hace un pase que no atrapo porque no estoy en posición y soy demasiado lento. Ese pase

fallido es lo que hizo que los Blue Jackets se hicieran con la posición y marcaran el primer gol.

El entrenador Johnson se pone de pie.

—¿No puedes decirnos lo que pasa?

—Aún no lo sé, señor. Necesito ir a averiguarlo. Hasta que no lo haga, no tendré la cabeza en el partido. Esta noche, no puedo seguir jugando al hockey, señor. Múlteme, castígueme, haga lo que tenga que hacer.

Muy despacio, asiente con la cabeza y me mira entrecerrando los ojos grises.

—La familia es lo primero, Langley —dice al fin—. Vete. Ocúpate de tus asuntos.

Apenas consigo decir un «gracias» antes de salir corriendo de la oficina para ir a mi taquilla y prepararme para quitarme el jersey de los Rays e ir a casa con Tess.

58

Ryan

Aparco delante de casa y veo que el coche de alquiler de Tess está en el camino que lleva al garaje. Me bajo del coche y corro hasta la puerta principal para abrirla. Todas las luces del salón están apagadas, pero se oye música por los altavoces. Escucho el puente de *Tolerate it* y el alma se me cae a los pies. Ninguna mujer escucha Evermore sin pensar en un amor perdido.

Lanzo las llaves a la mesita auxiliar y avanzo por el pasillo. No está ni en el salón ni en la cocina. Cruzo el espacio, pasando la mirada de una puerta a otra. Una está cerrada, es la que lleva a mi cuarto. En el que llevo días sin dormir. La puerta de su habitación está abierta, la luz dorada es cálida y acogedora. Llamo dos veces y espero.

—¿Tess? —vuelvo a decir.

No responde.

Cruzo la puerta, y el alma, que ya se me había caído a los pies, se me hiela. Tiene la enorme maleta plateada encima de la cama, con ropa, vestidos y zapatos bien colocados dentro. El regalo que le dejé sigue envuelto, no lo ha tocado. Solo lo ha movido a la mesilla de noche. El sobre en el que está su pase de WAG para el partido está encima, sin abrir. Hay más cosas amontonadas sobre la silla de la esquina. Todos sus enseres de baño están alineados encima de la cajonera.

Por eso no ha venido al partido. Estaba aprovechando el tiempo que yo estuviera fuera para largarse como un puto ladrón en medio de la noche. Y es que es una ladrona, porque, cuando se vaya, se llevará mi corazón con ella. Sin ninguna recompensa. Sin ninguna exigencia.

Lo que quiero saber es por qué.

Los ojos se me van al armario. Me preparo, entro y observo el espacio vacío que me rodea. Ya ha recogido la mayoría de sus cosas. Quedan un par de jerséis en las perchas. Hay un par de zapatos en el suelo. Y dos cajas pequeñas.

Me quedo rígido. La energía podrida que exudan es palpable. Casi puedo saborearla en la lengua. Esto era lo que Jake quería que encontrara. Con una mueca, las saco al dormitorio y las suelto sobre la cama. Abro las solapas de la primera caja y encuentro un montón de papeles triturados dentro. Encima también hay una nota, pero está escrita a mano con una cursiva muy apretada e inclinada.

Abro la otra caja. Miro dentro y enseguida se me revuelven las tripas. Es una caja de fotos. Unas fotos horribles y pixeladas que nos exponen a Tess y a mí. Todos los momentos que hemos compartido han sido capturados y documentados. Cojo el taco de fotos en las que estamos en la cocina y maldigo. Las vuelvo a soltar en la caja como si me quemaran.

Alguien ha estado semanas espiándonos. Alguien nos ha violado, ha violado a Tess. Y yo no la he protegido. En mi defensa, no lo sabía, joder.

¿Lo sabía ella?

Ese es el muro que se ha estado interponiendo entre nosotros. Ese es el último obstáculo que no ha logrado superar. Somos la extrovertida y el introvertido. La que actúa y el que piensa. La géminis y el virgo. En teoría, lo nuestro no debería funcionar, pero funciona. Somos muy felices juntos. Y somos buenos el uno para el otro. Lo único que quiero es acercarme más y ella no hace más que alejarme todo el rato.

Creía que era ella. Creía que era algún tipo de complejo que tiene sobre el compromiso y la confianza. Y sigo creyendo que todo eso es cierto. Pero ahora tengo entre mis manos la prueba de que había algo más. Ha estado conteniéndose para protegerme. Sabía que alguien nos espiaba. Sabía que no estaba a salvo.

Y no me lo dijo.

Me trago la frustración. ¿Cuánto debe de haberle costado ocultarme esto? ¿O no le ha resultado difícil? Quizá le resulta fácil llegar a este nivel de subterfugio...

«Para».

Lucho contra las ganas de destrozar las fotos que tengo entre las manos. Estoy dolido y confundido, pero esa no es excusa para ser injusto con la

mujer que amo. Me merezco una explicación igual que ella se merece la oportunidad de dármela. Tengo que estar preparado para escuchar. Si la dejo, todo esto tendrá sentido. Ya tengo algunas piezas del puzle. Tess tiene todas las demás. Necesito que las comparta conmigo. No tenemos ni una puta *chance* si no puede confiar en mí con algo tan grande como esto.

Vuelvo a mirar las fotos. Esa sensación de violación vuelve a apoderarse de mí. Acaricio con el dedo la imagen pixelada de Tess en la cocina. Estoy entre sus piernas, mi cuerpo está fuera de plano, escondido en las sombras. Ella está sola, expuesta a la lente de la cámara: los pechos, el arco del cuello, la curva de la cadera, la expresión de abandono salvaje en su cara.

Da la sensación de que al tomar la foto le han robado algo suyo. Él le ha quitado algo sin pedirle permiso. Quiero aporrearlo con la puta cámara. Y luego quiero encontrar a Troy Owens y darle una paliza a él también. Ha sido él quien ha pedido que hicieran las fotos. Le pagó a alguien para que nos hiciera esto. ¿Por qué? ¿Qué saca él de todo esto? ¿Todavía considera que Tess es suya?

Solo de pensarlo me hierve la sangre. Me siento enfermo. Tengo que encontrar a Tess. Si yo me siento así respecto a todo esto, ¿cómo debe de sentirse ella? Necesito consolarla.

Suelto las fotos encima de la cama, les doy la espalda y camino hacia la puerta. Pero me detengo cuando entra Tess con un par de cajas de mudanza entre las manos. Nos miramos a los ojos y ella grita:

—Ay, madre mía... ¡Ryan!

Su chillido me hace saltar.

Se le caen las cajas a los pies y se lleva las manos al pecho.

—Ryan, ¡me has dado un susto de muerte! —chilla.

Siento que me he quedado sin aliento, el corazón me va a mil por hora cuando por fin me fijo en ella. Solo han pasado diez putas horas, pero bien podrían haber sido diez años.

—Tess —digo en voz baja, y vierto todos mis sentimientos en esa palabra.

Está ahí plantada con una camiseta raída y unas mallas, con el pelo rizado recogido en una cola de caballo alta. Tiene un aspecto muy casual, como si estuviera a punto de dejarse caer en el sofá para ver otro episodio de *Hijos de la anarquía*, no como si estuviera recogiendo todas sus mierdas

para marcharse. ¿De verdad quería que yo volviera a casa y me encontrara con que se ha ido? Es un acto de crueldad del que no la habría creído capaz.

Es entonces cuando caigo en la cuenta: no ha sido idea de ella. Está siguiendo las órdenes de alguien. Las de Troy. Porque el pavo me ha amenazado a mí de algún modo. ¿Cómo? ¿Con las fotos? ¿Qué va a hacer con ellas? ¿Qué demuestran, aparte de que es un pervertido que debería estar en la cárcel?

Tengo que saber qué narices está pasando.

—Tess, cariño...

—Espera, ¿qué hora es? ¿Qué estás haciendo aquí? Se suponía que tendrías que estar en el partido durante otra hora más como mínimo. Ryan, ¿por qué no estás en el partido?

—Me he ido. —Señalo lo obvio.

—¿Por qué te has marchado a mitad del partido?

—Jake me ha dicho que necesitabas que estuviera aquí contigo, así que me he ido. Ahora sé por qué...

Su ansiedad es palpable.

—¿Alguien te ha visto entrar? Dios, pues claro que sí —dice para sí misma—. El coche de él está aparcado delante de la casa... y el mío también. —Levanta la cabeza, tiene una expresión de miedo—. Ryan, tienes que irte...

—No voy a irme a ninguna parte —digo defendiendo mi posición.

—Ryan... —me suplica, y coge una de las cajas de mudanza.

—Te dije que te antepondría a todo y eso es lo que pretendo hacer —digo mientras cruzo la habitación hacia ella.

Se queda quieta cuando ve que me acerco y eso me rompe el corazón. Está asustada que te cagas. Toda mi rabia y mi bravuconería se desvanecen.

—Ay..., cariño. ¿Qué te ha hecho, eh?

Parpadea para que no se le caigan las lágrimas y se sirve de la caja como escudo para que no me acerque más.

—No sé a qué te refieres.

—¿Que no lo sabes, joder? —contraataco subiendo el tono de voz—. Tess, mira a tu alrededor. —Señalo el caos que hay en todas las superficies de la habitación—. Estás haciendo las maletas para salir corriendo otra vez. Creo que me merezco saber por qué. ¿Qué te ha dicho ese pavo?

—No es tu problema —dice—. Ryan, yo me encargo. Tienes que confiar en que lo arreglaré por mis propios medios...

—No —la rebato—. Tess, no. Esto no es amor. Esconderme todo esto, llevar el peso de todo esto tú sola cuando yo tengo dos brazos fuertes y una espalda fuerte para ayudarte... esto no es amor, Tess. Es control. Estás intentando controlar el resultado de los dos manteniéndome a mí en la oscuridad. Necesito que me digas ahora mismo qué más ha hecho a parte de las fotos.

—¿Qué fotos? —se atreve a preguntar.

Reculo tres pasos y señalo la cama.

Se acerca un poco más para ver por encima del enorme montículo que forma su maleta abierta. En cuanto pone los ojos sobre las cajas, veo las emociones que se le pasan por la cara: miedo, asco, tristeza, angustia. Nuevas lágrimas se le acumulan en los ojos cuando levanta la cabeza y me mira.

—¿Cómo lo sabías?

—Jake —respondo.

Ella sacude la cabeza, es evidente que se siente frustrada.

—No te enfades con él. Solo me estaba dando una oportunidad de luchar.

—Yo no quería arrastrarte a esta movida. Es que... —Coge aire y se le escapa un sollozo—. Ay, madre mía... Yo no quería hacerte daño, pero creo que te lo he hecho de todos modos. Solo con estar cerca de ti te hago daño. Incluso ahora, él lo sabrá y te usará contra mí. Yo no quería que te usara, pero eso es lo que va a decir. Va a retorcer todo esto, a coger lo que tenemos y a destrozarlo. Va a coger algo tan bonito y a hacer que sea feo y eso es algo que no puedo soportar, joder.

La caja de mudanza se le vuelve a caer a los pies y yo corro hacia delante para envolverla entre mis brazos.

—Lo siento muchísimo —digo contra su pelo mientras le acaricio la espalda.

Llora en mi hombro, le tiembla todo el cuerpo y se aferra a mí como si le fuera la vida en ello.

—Lo siento, cariño. Lo siento muchísimo —no hago más que decir—. Te ha violado con esas fotos. Te ha robado. Nos ha robado. Nuestra alegría, nuestra felicidad. Y juntos teníamos muchísima alegría y felicidad,

¿verdad? —Me aparto y le levanto la barbilla para mirarla a los ojos. Necesito verle la cara. Me siento mejor cuando puedo verla.

—Yo nunca he querido esto —dice, el rímel se le cae por las mejillas.

Le aparto el pelo con una caricia.

—Nadie quiere que violen su privacidad. Tess, eso es un crimen —digo con toda la delicadeza que puedo reunir mientras ruego que esta vez me escuche—. Todas esas fotos son la prueba de los crímenes que va acumulando Troy. Seguimiento, acoso, chantaje. Se está cavando su propia tumba.

—El pervertido las trajo al trabajo —susurra—. Me vio salir de la oficina y le llevó la caja a Cheryl. Lleva semanas observándome. Puede que incluso ahora esté fuera —dice, mirando alrededor como si el pavo pudiera vernos por las ventanas.

La mirada se me va hacia las cortinas, que están bien cerradas.

—¿Por eso están apagadas las luces?

—No quería darle más material para las fotos —responde con un leve asentimiento de la cabeza—. No sé si puedo quedarme aquí más tiempo, incluso sin las exigencias de Troy. Para mí, ahora este lugar está mancillado.

Levanta la cabeza y me mira, intenta mostrarme su vulnerabilidad.

—¿Cuáles han sido sus exigencias? ¿Cuál es la amenaza que te ha hecho salir corriendo? —Se traga el cúmulo de emociones que se le interponen en la garganta—. Puedes contármelo. Tess, mírame.

Levanta la vista, tienes las pecosas mejillas sonrosadas de llorar. La máscara de pestañas se le ha corrido por toda la cara. Pero aun así está preciosísima.

Donde ella debe estar es en el jardín de un palacio, sobre un zócalo de mármol para que todo el mundo la admire. Pero soy un egoísta. Quiero quedarme con su belleza y con sus sonrisas.

Es mía y yo soy suyo, da igual lo que suceda a continuación, va a saber cómo me siento respecto a ella.

—Tess, te amo —le digo envolviéndole la mejilla con una mano—. Me da igual lo que te haya dicho ese tío, la ventaja que crees que tiene sobre mí... sobre nosotros... Eso da igual. Da igual porque nosotros sabemos que lo que compartimos es real. A la mierda todas esas críticas fáciles: la diferencia de edad y la diferencia de profesión, que estemos en diferentes

caminos de la vida. La edad solo es un número. Y nuestras carreras demuestran que los dos estamos motivados y somos trabajadores. Y, por supuesto, estás pasando por mucha mierda con este divorcio, pero solo es un cambio en la vida. Todo el mundo pasa por eso. Yo también estoy pasando por un cambio ahora mismo: la extensión del contrato, los acuerdos de patrocinio. Son cambios que se dan una vez en la vida y los estoy viviendo ahora. ¿Te he contado lo del nuevo acuerdo con Bauer? —añado con una sonrisa—. MK me ha enviado los detalles esta tarde...

Ella gruñe y sacude la cabeza.

—Joder, cómo lo odio. Espero que Troy caiga en un tanque lleno de una sustancia tóxica hirviendo como en esa película. Ya sabes, en la que sale Arnold Schwarzenegger. ¿Cómo se llama?

Levanta la vista y me mira expectante.

—Ha hecho muchas películas, cariño.

—Sí, pero solo en una es una máquina que se cae en un pozo de lava —grita.

—*¿Terminator?* —pruebo a decir con un ceño de confusión.

—Esa —dice, y chasquea los dedos—. Eso es lo que quiero. Quiero que Troy se tropiece cuando vaya andando por una pasarela y se caiga en un pozo de lava derretida, y luego quiero darle vueltas con un palo. No quiero matarlo, porque no creo en eso... y yo no voy a matarlo, pero una vez más, sé que eso está mal objetivamente. Pero solo necesito que se tropiece, ¿sabes? Necesito que lleve esos estúpidos mocasines con borlas que le hacen parecer el beneficiario de un fondo fiduciario y necesito que la borla se le enganche en la rejilla de una pasarela y que se caiga al pozo de lava.

Me limito a parpadear, mirando fijamente a la mujer que amo.

—Eso es muy turbio, cariño.

—Bueno, sí, Troy saca lo peor de mí —me suelta—. Y no se merece menos por lo que intenta hacerte.

—¿Qué hay en esa caja? —digo, señalando la más pequeña, la que tiene la nota que no he podido leer.

—Es el primer regalito que me dejó hace unas semanas —dice, mirando la caja—. Trituró los papeles del divorcio. Sin firmar, por supuesto.

—¿Y qué pretende hacer con todas nuestras fotos?

—Publicarlas en internet —responde ella—. Su idea es que tú quedes como la estrella del hockey adicta al sexo incapaz de tener la polla en los

pantalones y que se folla todo lo que se mueve, incluyendo a mujeres casadas.

—Dios. No le caigo muy bien, ¿no?

—Él quiere quedar como la víctima noble de una aventura adúltera —continúa ella—. Da igual que fuera él el primero que me puso los cuernos hace tres putos años —chilla—. Fue él quien empezó esta espiral cuesta abajo. Fue él el primero que rompió nuestros votos, no yo. Fue cruel y controlador. Me mintió y me manipuló, hizo que su familia mintiera y me manipulara. El matrimonio estaba roto. Está roto. Y mira este desastre —grita, señalando a su alrededor—. Él es quien me ha engañado, quien ha abusado de mí y quien me ha hecho chantaje, pero ¿soy yo la que se va a la hoguera? —Asiente con la cabeza—. Sabe lo temperamentales que pueden llegar a ser las franquicias deportivas. No quieren esta mala prensa. Van a huir de ti, Ryan. Creo que sus palabras exactas fueron «ratas en un barco hundiéndose». Y yo lo creo —añade—. Que Dios me ayude. Porque si aprieta ese gatillo, quien se va a llevar la bala eres tú, no yo. Mi vida es pequeña, Ryan. Mi esfera de influencia es aún más reducida. Yo perderé mi trabajo y me tendré que ir de Cincinnati, pero esa parte yo ya la había asumido. Él sabía que ya no podía hacerme daño atacándome a mí directamente...

—Así pues, me ataca a mí —resumo. Asiente con la cabeza—. Me hace daño a mí porque sabe que eso te dolerá muchísimo. ¿Es eso? ¿Ahora tengo todas las piezas del puzle?

—Lo siento —dice—. Pensé que podría gestionarlo yo sola. Debería haber asumido que intentaría arrebatarte de mí cuando supiera que yo estaba ena...

Se detiene, se cierra en banda y la miro fijamente.

—Continúa.

Se muerde el labio y levanta la vista para mirarme a los ojos.

—Tienes que entender que tengo unos problemas de abandono tremendos, ¿vale? Pero del tamaño del monumento a Washington. O, piensa en algo más grande, el Monte Rushmore. Mis problemas de abandono ni siquiera superan a esos dos.

—Lo pillo —le digo con el corazón acelerado—. Eres la Tess Remolino Pelirrojo. Pero estabas a punto de decir algo monumental y a mí me interesa muchísimo oírlo.

Aprieta los labios, tiene un brillo en los ojos que me hace saber que mi Tess está ahí dentro.

«Vamos, cariño», susurro sin palabras. Mi alma llama a la suya. Quiero hasta el último pedazo de esta mujer: su precioso cuerpo, su amabilidad, su mente avispada. Ella es para mí. Es la definitiva, joder. Nunca he creído en la idea de las almas gemelas. Pero hasta hace unos meses, tampoco había conocido a Tess. Ahora el universo me dice que soy tonto. Si mi alma tiene una gemela, me gustaría que fuera ella. Pero es ella quien tiene que ser lo bastante valiente para querer que yo también sea la suya.

«Dilo».

Me aguanta la mirada y se le suaviza la expresión. Extiende la mano y me acaricia el brazo como si estuviéramos destinados a tocarnos. Ella es donde quiero empezar y terminar.

«Por favor, cariño. Dilo sin más rodeos».

—Ryan Charles Langley —dice con lágrimas en los ojos—. Estoy enamorada de ti.

Suelto el aire y me tiemblan los hombros.

—Ay, gracias a Dios... Espera... —La miro levantando una ceja—. ¿Charles? Cariño, no me llamo así.

Se ríe.

—Lo sé, pero me parecía un buen momento para usar un segundo nombre y no sé cuál es el tuyo.

Sacudo la cabeza y sonrío cuando me devuelve las palabras que le dije en una ocasión.

—Solo tienes que preguntarme.

—Acabo de decirte que te amo —se defiende—. Yo, Tess Géminis con Dos Lados Oscuro Owens, acaba de decirte a ti, Ryan Cachorrito Langley, que estoy enamorada de ti y ¿no tienes nada que comentar?

—Te he dicho que te amo hace como cinco minutos y lo único que has hecho ha sido gruñir sobre quemar a Troy en un pozo de lava.

Jadea.

—No me lo has dicho.

La miro fijamente mientras revivo la imagen en mi mente.

—Cariño, sí, te lo he dicho. Te he dicho que te amo y he dado todo un discurso sobre que estamos hechos el uno para el otro.

—No, estábamos hablando de la ventaja que tiene sobre ti...

—Sí, y entonces he dicho...

—Madre mía, sí que lo has dicho —chilla con los ojos abiertos y se tapa la boca con la mano—. Espera... ¿Lo has dicho y me lo he perdido? Tienes que volver a decirlo.

Y ahora me echo a reír. No puedo evitarlo. Esta mujer va a ser mi perdición, ya sea con uno de esos polvos que te sacuden el alma o con estas conversaciones circulares.

—Ryan —resopla, y me pega en el brazo—. Por favor. Dilo otra vez.

—¿Para qué voy a molestarme? Está claro que no me estás escuchando —finjo que ha herido mis sentimientos mientras me cruzo de brazos.

—¡Estaba alterada! —grita, y me tira de los brazos para intentar acercarse a mí—. Estaba pensando en que ya te había perdido y en cómo podría soportarlo y en lo sola que iba a estar sin ti. Creía que tenía que hacer esto por mí misma, como si sobre mí pesara una maldición para que esté sola. Se me estaba rompiendo el corazón y no podía oírte por encima del ruido de mi propia agonía.

Los dos nos quedamos quietos y bajo la cabeza para mirarla. Está aferrada a mí con las dos manos, apretándome con fuerza los antebrazos. Tiene las mejillas pecosas sonrojadas, el pecho le sube y le baja tras el esfuerzo de haber descargado tanto bagaje emocional de una vez. La miro a los ojos y sonrío. Mi Tess ha vuelto. Es ella quien tiene el control. La criatura asustada que era cuando he llegado se ha marchado, se ha desvanecido. Tess el Desastre, la reina de mi puto corazón, está aquí ahora y pretendo hacer que se quede.

Le envuelvo la cara con las manos.

—Ahora mírame, criatura salvaje. ¿Me estás mirando? —Asiente con la cabeza—. Tess, ¿me escuchas?

—Sí —dice, entornando los ojos.

—Si vuelves a hacer eso, te pondré sobre mis rodillas y te daré una buena azotaina —le advierto.

Se retuerce bajo mi sujeción y tiene los ojos acuosos cuando levanta la vista para mirarme.

—Ryan...

—No digas nada —la interrumpo—. Es el turno del virgo. El turno de Tess con Dos Lados Oscuros llegará cuando yo termine, ¿estamos de acuerdo?

Asiente con la cabeza y levanta la mano para cogerme por la muñeca.

—Tess Owens, te amo —intento que no me tiemble la voz—. Estoy enamorado de ti. ¿Esta vez me has escuchado?

Asiente con la cabeza una vez más, tiene los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

—Me importa una mierda lo que sucediera en tu pasado —continúo—. Todos tenemos uno. Lo único que me importa es que todo lo que has vivido te ha traído a mí. Tu pasado es la historia que ya has escrito. Tienes que dejar que se quede ahí, ¿vale? Estamos en una nueva página juntos, tú y yo. Yo soy tu futuro, Tess. Dilo.

—Tú eres mi futuro —repite.

—El pasado no controla tu presente —entono.

Ella también lo repite en voz baja. Pero sé que no está muy convencida. No pasa nada. Yo tengo convicción suficiente para los dos.

—Ya no estás sola, ¿me oyes? La única persona que puede alejarte de mí eres tú. En ese sentido, El que Tiene que Tropezarse con la Borla de un Zapato y Caer en Lava Hirviendo tiene razón. Tú tienes el control, Tess. Tú controlas esto —digo, la cojo de la mano y me la pongo en el corazón—. Tú nos controlas a nosotros. Si te marchas, esa será tu decisión. Si te quedas, esa será tu decisión también. La puerta de mi corazón siempre estará abierta y nunca intentaré controlarte...

—Pero tú también tienes el control —dice—. Podrías marcharte. Podrías cerrarme la puerta.

Me río sin más.

—¿Tú te has visto, Tess? ¿Has visto estos labios? —Le acaricio la boca con los dedos—. ¿Has escuchado tu risa? Me dejas muerto en el sitio cada vez que te ríes.

Se le suaviza la mirada y deja que su cuerpo se pegue al mío, como si anhelara que estemos cerca.

—¿Has visto el modo en el que cruzas una habitación con un par de zapatos? —Me agacho para darle un beso en la frente y le bajo las manos por los brazos—. ¿Alguna vez has sentido lo que es tener toda tu atención? —Le paso las manos por los pechos y me encanta sentir que se le endurecen los pezones contra mis palmas.

Hay muchísima energía entre nosotros y ahora sé que mi Tess está aquí del todo, preparada para volver a ponerse la corona. Está preparada para

poseerme.

Y yo estoy listo para dejar que lo haga.

Me aparto de ella unos centímetros, bajo las manos al dobladillo de mi camiseta de técnico de los Rays, me la quito y la tiro al suelo.

—¿Qué estás haciendo?

Me observa con una mirada tórrida. Oh, sí, a mi dulce diablesa le encanta mi cuerpo. Le encanta provocarlo. Le encanta darme cuerda y hacerme gemir. ¿Ahora mismo necesita sentir que ella tiene el control? Vale. Mi Tess va a conseguir todo lo que ella quiera.

—Tess, soy tuyo —digo, le cojo las manos por las muñecas y le apoyo las palmas en mi torso—. Soy tuyo. Nunca habrá nadie más. Tómame.

Da un paso adelante, me acaricia los pectorales con las manos y las baja por las costillas.

Qué ganas tengo de tenerla. La polla se me retuerce en los pantalones, su presencia me ha puesto tan cachondo como su belleza o su tacto. La verdad es que me cuesta mucho menos respirar si ella está en la misma habitación.

—Soy tuyo —vuelvo a decir mientras me bajo los pantalones por las caderas hasta el suelo.

Ella me observa desnudarme con los ojos desorbitados.

—Cachorrito, ¿qué estás haciendo?

—Me estoy entregando a ti.

Salgo de los pantalones dando un paso, la polla se me pone aún más dura mientras su mirada hambrienta me devora. Me encanta tener sus ojos sobre mí. No quiero que aparte la mirada nunca.

Me quito los calcetines de deporte, hasta que me quedo desnudo delante de la mujer que amo, salvo por la rodillera de neopreno.

—Soy tuyo —repito una vez más, siento que suelto mi propio control. Se lo estoy dando a ella, hasta el último pedazo de mí. Estoy a salvo con ella. Lo único que ella tiene que hacer es extender las manos y tomarme—. Quiero que seas la Tess salvaje y feliz que conocí en la playa, con todos sus rizos y seguridad en sí misma y esas curvas criminales infinitas. Quiero que seas poderosa y libre. Eso es lo único que quiero.

—Yo también quiero eso —admite en voz baja.

—Entonces, sé libre conmigo —le ruego—. Tess, cariño, te elijo a ti.

«Eres la definitiva para mí. La única para mí».

Me observa y siento que se me calienta todo el cuerpo.

Poco a poco, me pongo de rodillas, la miro desde abajo, rogándole con toda mi alma.

—Si lo deseas, Tess, tómame. Hazme tuyo.

Veo que se le mueve la garganta cuando traga saliva. Entonces da un pasito hacia delante, descalza, y me tiende la mano. Me inclino contra su palma como hice la primera noche que estuve aquí, persiguiendo su roce. Me pasa los dedos por el pelo, me pone la mano en la nuca. Ni siquiera me molesto en contener el gemido.

—¿Quieres que te tome? —Me acaricia la sien con el dedo.

Asiento con la cabeza y giro la cabeza para besarle la palma.

—Dime lo que quieres, Ryan.

Estiro los brazos y la agarro de las caderas.

—Toda mi vida gira en torno a que yo tengo el control de todo: mi dieta, mi ejercicio, el juego, el disco. No me resulta fácil soltarlo. —Asiente con la cabeza, su expresión me dice que lo entiende—. Pero contigo siento que es muy fácil hacerlo —admito—. Confío en ti, Tess. Te quiero y soy tuyo. Por favor, acaba con mi agonía y dime que serás mía. —Digo las últimas dos palabras agachándome más. Aprieto la cara contra su vientre y le paso las manos de las caderas a los muslos.

—¿Quieres ser mi chico dulce? —Sus dedos me provocan bailoteando por encima de mi piel—. ¿Quieres saber lo que se siente cuando te reclaman?

Asiento con la cabeza, las palabras caen sobre mí mientras la veo quitarse la camiseta. Joder, es preciosa.

—Contesta, Ryan —dice bajándose las mallas. Luego les da una patada para lanzarlas a un lado. Se queda delante de mí completamente desnuda, completamente mía—. Dime lo que quieres de mí.

La miro a los ojos, me pierdo en ese bosque verde y dorado.

—Quiero que me folles —contesto—. Tess, por favor, cariño. Demuéstrame que soy tuyo.

59

Tess

Ryan está de rodillas delante de mí, con el corazón en las manos, dándome toda su vulnerabilidad.

—Fóllame —dice una vez más—. Quiero que lo hagas. Quiero ser tuyo en todos los sentidos. Confío en ti. Tess, te quiero...

Silencio sus palabras con mi boca. Lo agarro por la cara, me agacho y tomo lo que necesito, lo beso con todo lo que tengo. He pasado uno de los peores días de mi vida escabulléndome para encontrar un modo de irme de esta casa sin despedirme llorando. Estaba haciendo las maletas para marcharme. Troy había ganado. Porque yo nunca haría nada que le hiciera daño a Ryan. Si para eso tenía que dejarlo marchar, estaba dispuesta a hacerlo.

Pero Ryan tiene razón. Él se merece que yo sea fuerte. Él se merece que yo deje de correr, que deje de esconderme de un hombre del que durante los últimos años solo he tenido el nombre. Troy puede convocar la lluvia. Puede ahogarme, me da igual. Se me da bien nadar. Y, si Ryan me sujeta la mano, ya he encontrado una orilla segura.

Como siempre, Ryan no se guarda nada, me besa con toda la confianza de su pasión y su necesidad. Está famélico, devora mis besos, me pasa las manos por todo el cuerpo desnudo. Nunca me he sentido más amada que cuando este hombre me toca. Es muy cuidadoso, incluso cuando toma lo que quiere. Me guía hacia mi placer cada vez, sin dejar de reclamar el suyo con gusto. Entre sus brazos estoy segura, soy salvaje y libre. Saca lo mejor de mí.

—Te quiero —digo contra su boca—. Ryan, te quiero.

—Joder, gracias a Dios —gruñe, me muerde el labio inferior y se levanta. Nuestro ángulo cambia. Ahora es él quien presiona, nuestra cálida

piel encaja a la perfección—. Yo también te quiero —dice contra mis labios —. Hace días que me muero por decírtelo. Te he buscado en el partido. No sabes las ganas que tenía de que estuvieras allí. Quería decírtelo cuando llevaras puesto mi jersey.

Me aparto y rompo el beso.

—¿Tu jersey?

Asiente con la cabeza y se muerde el labio con ese gesto tan adorable que hace cuando está nervioso.

—Sí, eeeh... te lo dejé antes —dice señalando la mesilla de noche.

Miro por encima del hombro y se me encoge el corazón. Mi idea era abrirlo antes del partido, pero entonces me llegó la caja de Troy y me dolía demasiado ver qué regalo tan dulce y considerado me había dejado Ryan.

—¿Qué es? —digo.

—Entradas para el partido —responde—. Un pase de aparcamiento y otro para la sala de las WAG.

—¿Y lo otro?

Me empuja un poquito por las caderas.

—Ábrelo.

Le doy la espalda, camino descalza hasta la mesilla de noche, aunque estoy casi segura de que ya sé lo que es. Desenvuelvo el papel y levanto un jersey de los Rays, es la equipación de jugar en casa. Es de un color aguamarina precioso con rayas blancas, negras y rojas en las mangas y en la parte inferior. En la parte delantera tiene el logo de la raya manta gris y un par de logos de marcas, incluyendo un parche del Winter Classic. El número 20 está cosido en ambos hombros. Le doy la vuelta y veo un número 20 enorme en la espalda, enmarcado con su nombre: «Langley».

—¿Este es tu jersey de verdad? —digo por encima del hombro—. ¿El que llevas en los partidos?

Asiente con la cabeza.

Me giro, sujeto la prenda contra mí y acaricio la tela.

—¿Es legal que yo tenga esto? —Me rio, me aparta el pelo del hombro y me deja un cálido beso.

—Sí, es el que llevé en el Winter Classic.

Se me hiela la sangre y aprieto más la prenda.

—Es el que llevabas cuando te lesionaste la rodilla.

—La llevaba puesta cuando te estaba buscando —me corrige.

—¿Qué?

Da un paso a delante y el jersey se queda entre los dos.

—En mi cabeza, ya lo llevabas puesto —admite y me acaricia la mejilla con el pulgar—. Por un segundo, cuando estaba en el hielo, levanté la vista para mirar por el cristal y te juro por Dios que te vi allí de pie.

—¿A mí?

Asiente con la cabeza.

—Sí, me estabas viendo, animándome, y creí que me iba a estallar el corazón. Quería que fueras tú... por eso no vi venir el golpe. —Se agacha y me da un suave beso en los labios—. Nena, a ti nunca te vi venir —susurra contra mis labios—. Ahora, esto es tuyo —añade, y agarra la tela—. Nadie más puede llevarlo, solo tú.

—Vaya. Esto es muy serio, Ryan.

Vuelve a asentir y me pasa las manos por los antebrazos.

—Admito que no sé mucho sobre hockey, pero básicamente me estás pidiendo que salgamos en serio, ¿verdad? ¿Esto es la versión deportiva de ser tu pareja formal?

—Bueno, sé que eres diez años mayor... Au —Se ríe y se restriega el punto donde acabo de darle un puñetazo—. Tess, ¿quieres ser mi señora de los deportes? —se burla—. ¿Quieres cabalgarme la polla y animar a mi equipo y llevar mi jersey en los partidos?

Sigo sacudiendo la cabeza por el golpe tan bajo que me ha dado, pero entonces sonrío y digo:

—Sí.

—¿Sabes qué más significa llevar puesto ese jersey? —pregunta con un gesto serio.

Levanto una ceja ante la pregunta.

—Significa que lo nuestro es público. La única persona que lleva mi jersey es mi persona. Tú eres mía y yo soy tuyo y estamos juntos. Todo el mundo lo sabrá, Tess. El equipo, nuestros amigos, los fans... Troy.

Odio como suena su nombre cuando lo pronuncia Ryan. Rezo en silencio para que sea la última vez que lo dice.

—Pase lo que pase, nos enfrentaremos a ello juntos, ¿vale? Buena prensa, mala prensa, y toda la prensa que haya entre medias —continúa—. Tú te encargas de tu ex. Si quieres que yo me mantenga al margen, lo haré. Pero salir corriendo y esconderte de él no está sobre la mesa. Si eres mía, te

quedas y peleas. No nos escondemos de nuestro pasado y no guardamos secretos. Verdad y confianza. No estamos solos en esto, ¿de acuerdo?

Vuelvo a asentir con la cabeza. Me da miedo con todo mi bagaje, pero esto es lo que quiero. Quiero tener a Ryan y la felicidad sencilla que me ofrece. Quiero dejar mi pasado atrás y seguir adelante. Quiero confiar en él. Me tiende una mano, como si fuera un salvavidas, y la acepto.

—Eres mío —digo, con el jersey entre nuestros cuerpos desnudos mientras le acaricio el pecho y los abdominales. Con una sonrisa, lo agarro de la polla y la acaricio con los dedos hasta que se retuerce en mi mano.

—Me muero, Tess —dice con un suave gemido—. Si me estás provocando...

Lo agarro bien, él jadea y me pone las manos en los hombros. Mientras asumo mi poder le aguanto la mirada.

—Fuera de estas paredes, seré la chica de Langley. Iré a tus partidos y llevaré tu número y te animaré. Pero los dos sabemos que, dentro de estas paredes, eres el chico de Tess.

—Joder —masculla, siento que la polla se le retuerce en mi mano.

—Este cuerpo es mío —digo, y me inclino hacia delante para dejarle un beso en el pecho—. Hasta el último centímetro. Voy a ponerme este jersey y luego voy a tomar lo que me pertenece.

Aprieta la mandíbula con fuerza mientras los ojos verdes se le oscurecen.

—Hazlo —dice—. Enséñame quién es mi dueña.

Aparto las manos y él suelta el aire con fuerza entre los labios separados.

—Súbete a la cama —ordeno.

—Ponte el jersey —contraataca, mirándome con los ojos entrecerrados.

Con una sonrisilla de suficiencia, aparto la vista y me centro en la prenda. Le doy la vuelta, meto las manos y me la subo por la cabeza. Me la bajo y saco la cabeza por el cuello en forma de V. Unos cuantos rizos sueltos me caen por delante de los ojos y me enmarcan la cara. Se me escapa una risilla al ver cómo se le iluminan los ojos a Ryan.

Ay, esto es demasiado fácil.

Me deslizo el jersey por las chicas. Me queda ceñido, pero es cómodo. El bajo me llega justo a la altura de las caderas. Las mangas son demasiado largas, casi me cubren las manos.

—¿Y bien? —digo, levanto las manos y doy una vueltecita para que me vea. Seguro que estoy ridícula solo con el jersey y nada más, con el coño y el culo alveolado al aire.

—Perfectísimo —dice él con estrellas en los ojos.

Ensancho la sonrisa y siento que se me acelera el corazón.

—¿Te gusta lo que ves, yogurín?

—No sabes cuánto —responde. Se agarra la polla dura con ganas y le da un par de tirones—. Me está costando muchísimo no tirarte a la cama y follarte hasta que grites —admite en voz baja.

—Pero esta noche no estamos jugando a eso —lo provoco—. Soy yo la que está al mando, ¿te acuerdas?

Se suelta el miembro, respira hondo y cuadra los hombros mirándome.

—Soy tuyo. Fóllame hasta que no quede nada.

Colisionamos. Nuestros cuerpos se aplastan el uno contra el otro cuando nos vamos a agarrar, incapaces de aguantarnos un segundo más. Me envuelve con las manos y nos dejamos caer en la cama, justo encima de las asquerosas fotos que se suponían que nos iban a separar.

Me subo a su regazo y pongo el coño encima de su polla dura. Los dos jadeamos. Él mete las manos entre nosotros para ajustarnos y que yo pueda deslizarme por su miembro duro, mi humedad se lo moja y lo calienta.

—Joder. —Me agarra por las lumbares mientras nos movemos juntos.

Le envuelvo la cara con las manos y le acaricio con los dedos la barba incipiente de sus mejillas. Se la ha dejado sin afeitar durante unos días. Los pelos rubios no sirven de nada para cubrir su precioso y joven rostro. Le levanto la barbilla para reclamar sus labios mientras me froto contra él.

—He estado todo el día echándote de menos —dice contra mis labios. Baja las manos para agarrarme el culo mientras los dos movemos las caderas y la piel se nos va calentando con la fricción—. Diez horas son demasiado tiempo. Eres mía —gruñe, mete las manos por debajo de su propio jersey para jugar con mis tetas.

Rompo nuestro beso y arqueo la espalda para permitirme sentir sus manos sobre mi cuerpo, masajeándome la piel. Tiene callosas las manos por todos los años que se ha pasado agarrando el stick de madera. Tiene ásperas las almohadillas de los dedos. Me encanta. Me gusta el modo en que sus palmas me rascan, aunque me acaricie.

Le paso los dedos por el pelo, me agarro a él mientras baja una mano entre nosotros. Me imagino que va a tocarme el clítoris, pero en lugar de eso se agarra la polla.

—Solo un poquito —murmura—. Por favor, cariño. Solo un poquito. Luego quiero que me poseas.

Jadeo y levanto las caderas mientras él se coloca en mi entrada. Cuando siento el primer pinchazo, bajo las caderas y me hundo para reclamar su punta. Un escalofrío me recorre la columna vertebral. Me agarro a su pelo con más fuerza y le tiro la cabeza para atrás, para que me mire a mí en lugar del punto por el que estamos unidos.

—Mírame —le ordeno—. Mírame a los ojos mientras te tomo.

Me sostiene la mirada, el color verde de sus iris le enmarca las pupilas negras. Tiene los labios separados, suelta el aire con jadeos cortos cuando yo me hundo más en su miembro.

—Eres precioso. —Le paso las manos por los rizos rubios—. Eres tan cuidadoso, tan amable. No me lo merezco —admito, y dejo libre mi propia vulnerabilidad.

Me aprieta las caderas con más fuerza.

—Ni te atrevas, joder —dice. Aprieta tanto la mandíbula cuando embiste contra mis caderas que me mete el falo hasta la empuñadura—. Mi Tess no volverá a decir eso. Llevas mi jersey. Me estás cabalgando la polla. Vas a tratarte a ti misma como yo te trato a ti. Eres una reina. Dilo.

Vuelvo a bajar las manos a sus hombros, restregándome con las caderas para que se introduzca bien dentro de mí.

—Soy una reina —jadeo.

—Tú eres el principio.

—Yo soy el principio —jadeo, la entrepierna me arde de necesidad.

Aparta las manos de las caderas y me las pone en los hombros. Entonces me envuelve las mejillas y me baja la cara para darme un beso.

—Tú eres el final —susurra contra mis labios—. Tess, tú eres mi final.

—Y tú eres mío —respondo.

Nos besamos con la boca abierta reclamando la esencia del otro. Dios, qué bien besa. Podría pasarme así toda la noche y nunca acabaría satisfecha. Pero los dos necesitamos más. Yo necesito sentir que tengo el control y él necesita dejarse llevar. Puedo contar con los dedos de una mano los

hombres en los que he confiado tanto como para sentirme así de vulnerable. Ahora que Ryan es mi vida, la lista se reduce solo a él.

Solo de pensar en lo mucho que lo quiero, el orgasmo está a punto de apoderarse de mí. Grito y salgo de él. Levanto las caderas y me libero de su polla. Los dos gruñimos ante la pérdida repentina. Lo quiero dentro de mí. Quiero que se corra dentro de mí.

«Eso siempre podemos hacerlo luego».

Me pongo en pie a trompicones, jadeo para coger aire. Siento el coño húmedo y cálido entre mis piernas.

—A cuatro patas —le ordeno—. Enséñame lo que es mío.

Intenta darse la vuelta con un gruñido de hambre, pero se topa con las cajas y la maleta a medio hacer. Incluso ahora aplasta con su peso algunas de las fotos: todas ellas son prueba de lo que estamos decididos a superar juntos.

Veo que todos los músculos de la espalda se le tensan cuando mueve los brazos con un gesto dramático para apartar las maletas y las cajas, que se caen al suelo. La caja más pequeña se da la vuelta y los papeles del divorcio sin firmar caen como si fueran nieve y cubren la alfombra trenzada.

Al verlos caer, la verdad se apodera de mí: me da igual si Troy nunca firma los putos papeles. De todos modos, yo soy libre.

Ryan gatea por la cama. No le importa que siga llena de las fotos clandestinas de toda nuestra relación. Me mira por encima del hombro.

—Nunca he hecho algo así —admite.

Ignoro el caos que nos rodea y centro toda mi atención en él. Solo existe Ryan. Me coloco detrás de él, le paso las manos por los muslos y por el culo tonificado.

—Haré que te guste —digo con voz suave—. ¿Confías en mí? —Asiente con la cabeza y le lanzo una sonrisa.

—Quiero esto, Tess. Te deseo a ti.

—Y yo a ti —respondo.

Lo dejo en la cama, voy hasta los pies de esta y pesco la bolsa de juguetes que ha quedado en la maleta tirada. La lanzo a los pies de la cama, la abro y saco mi strap-on favorito. Es morado con forma de L, y el extremo más largo tiene forma de dildo. El otro extremo más corto es más grueso, más como un plug anal, es más fácil metérmelo y sujetarlo con el coño. Mi

característica favorita es que tiene un par de orejitas de conejo que me estimulan el clítoris.

Levanto el juguete y él abre los ojos como platos.

—¿Qué es eso? —pregunta.

—Un strap-on, como un dildo con arnés.

Lo estudia.

—¿Eso no necesita correas o algo así? O un slip...

Sonrío.

—¿El cachorrito ansioso ha estado investigando? ¿Quieres que use un arnés de los de toda la vida? Tengo uno...

—No —dice enseguida—. Eh... Confío en ti.

Sonrío.

—Este juguete nos va a hacer gritar a los dos de placer. ¿He mencionado que vibra? —Aprieto el botón y empieza a hacer lo propio en mi mano.

—¿No vibran todos los juguetes? —responde con una sonrisa.

—La mayoría. No todos. ¿Das tu consentimiento, Ryan? ¿Puedo cabalgarte con esto?

—Sí —dice casi sin aliento—. Lo que quieras. Soy tuyo.

Cojo el lubricante y rodeo la cama para acercarme a él. Dejo el juguete y me echo un poco de lubricante en los dedos.

—Voy a prepararte, ¿vale? Respira hondo. Cuando estés preparado, aprieta contra los dedos y casi se sentirá como si estuvieras tirando de mí. Puede dolerte si no te relajas. ¿Confías en mí?

Asiente con la cabeza, se le caen un par de rizos que le enmarcan el entrecejo.

—Confío en ti.

Le paso la mano izquierda por el culo redondeado, dejo que la mano derecha, la que tiene el lubricante, trace un sendero entre sus nalgas y le toco el agujero tenso con el dedo.

Jadea y aprieta las nalgas por instinto.

Lo tranquilizo con la mano y con la voz:

—Tú relájate, cariño. Yo me encargo. Voy a hacer que te corras con tanta fuerza que vas a ver las estrellas.

Gruñe y se relaja contra mi tacto mientras lo toco y saco y meto el dedo para abrirlo.

—¿Cómo lo sientes? —murmuro y me inclino para darle un beso en la espalda.

—Bien —gruñe, mueve las caderas contra mi mano mientras extiende los dedos sobre la cama—. Quiero tocarme la polla —gruñe y deja caer la cabeza entre los hombros.

—Aún no.

Le saco el dedo del culo. Antes de que pueda protestar, le meto dos para dilatarlo más.

—Ay, joder.

—Baja los codos —le ordeno—. Abre bien las piernas para mí.

Hace lo que le pido y siento que es como un latigazo en el clítoris. Que sea tan dócil hace que me vibre todo el cuerpo.

—Eres muy buen chico —lo alabo. Me maravillo ante la imagen de tenerlo de rodillas, totalmente sumiso ante mí.

Se mece hacia atrás, contra mi mano mientras yo lo follo.

—Por favor —me pide unos segundos después—. Tess, cariño, te necesito.

Yo también lo necesito a él. Está listo.

—Date la vuelta —le pido liberando los dedos.

Se gira para quedarse bocarriba y las piernas se le salen por el borde de la cama. Entonces, le tiendo el juguete y el lubricante.

—Prepara los dos extremos.

—¿Cuál es para mí? —Inspecciona el juguete como si fuera un curioso invento nuevo.

—El más largo —respondo con una sonrisilla de suficiencia.

Le tiendo el bote de lubricante y lo veo preparar los dos extremos del juguete. Una vez que está listo, descarto el bote a un lado.

—Coge el strap-on por el extremo más largo. Vas a meterme el más corto —le indico y le pongo las manos en las caderas.

Con una sonrisa voraz, agarra el jersey con el puño y me acerca más a él mientras me mete el juguete entre las piernas. Abro las piernas para él, lo miro a los ojos mientras me lo desliza dentro y lo entierra bien dentro de mi coño ansioso.

—Mmm, qué bien —murmuro y muevo las caderas para ajustarlo bien. La parte del conejito es como un abrazo en el coño y las orejitas me caen justo sobre el clítoris.

Los dos bajamos la mirada y vemos los trece centímetros de vibrador morado que surgen de mis caderas. Así me siento poderosa. Me llena cuando estoy a punto de llenarlo a él. Vamos a correrno juntos, las vibraciones nos conectarán mientras nos deshacemos de placer.

—Joder —gruñe. Me acaricia las caderas sin dejar de mirar el juguete. Poco a poco, levanta la barbilla y me va recorriendo el cuerpo hasta aterrizar en mi cara—. Quítatelo —dice.

—¿El jersey? —Le paso las manos por encima—. ¿Eso no arruinaría la fantasía?

—Tú eres la fantasía —responde—. Te deseo. Solo a ti. Sin barreras. Quítatelo.

Le sonrío desde arriba, me quito el jersey de Langley y lo lanzo encima de la cama. Ahora solo llevo el strap-on. Extiendo la mano hacia el juguete y presiono el botón redondeado que tiene en la base. Empieza a funcionar y las vibraciones me golpean en lo más hondo.

Ryan abre los ojos como platos mientras me ve contonearme para ajustarme a la nueva sensación.

—¿Y se sujeta ahí sin más?

—Ajá —respondo, y le pongo las manos en los hombros—. Mi coño tiene una sujeción muy firme... ¿o es que lo has olvidado?

—¿Cómo podría olvidarlo? —me responde provocativo. Sigue mirando fijamente el dildo morado—. Es en lo único en lo que pienso últimamente.

—Bueno, pues hoy te va a cuidar muy bien. —respondo—. Túmbate en la cama. Te quiero penetrar mientras me miras a la cara. Quiero que me mires a los ojos.

Se echa para atrás y va apartando las fotos mientras se coloca en medio de la cama.

Lo sigo gateando entre el espacio que dejan sus piernas abiertas. Le paso las manos por las pantorrillas y por las rodillas para abrírselas más—. Apoya las plantas de los pies, relaja las caderas.

—Ay, Dios —susurra, y echa la cabeza para atrás mientras hace lo que le pido.

Me dejo caer entre sus muslos y le lamo el miembro duro desde la base hasta la punta. Le rodeo el capullo con la lengua, lo succiono y me lo meto en la boca. Gimo de placer, ya que el cambio de ángulo hace que el juguete vibre justo contra mi punto G.

Él me coge del pelo y cierra los puños. Balancea las caderas al ritmo de mi boca mientras recorro toda su longitud. El líquido preseminal me cubre la lengua y gruño para él, creo mis propias vibraciones mientras devoro su sabor.

Unos segundos después, siento que tensa más las manos en mi pelo y tira de mí para que salga. Se le escapa una carcajada entrecortada.

—Cariño, si sigues haciendo eso, me voy a correr en tu boca.

—Promesas —me burlo y le muerdo en la parte más sensible del interior del muslo.

Él sisea y me vuelve a tirar del pelo.

Hago una mueca, me encanta ese pequeño dolor.

—¿Estás preparado para mí, yogurín? ¿Quieres que te cabalgue hasta el cielo?

—Sí —me ruega mientras me suelta el pelo y se agarra al edredón con los puños bien apretados.

Gateo entre sus piernas abiertas y me pongo de rodillas. Gracias a la parte ajustable del juguete, puedo conseguir un buen ángulo para los dos. Además, con la estimulación del clítoris añadida, me voy a correr en cero coma. Todos mis nervios vibran de la emoción cuando lo miro desde arriba, abierto para mí, preparado y listo para que lo reclame.

Él me observa desde abajo como si yo lo fuera todo.

—Te quiero —dice, sus rasgos se ven delicados bajo la luz dorada.

Lo agarro de las caderas con ambas manos para mantenerlo abiertos mientras aprieto la base con los músculos pélvicos y lo sujeto bien. Luego se lo pongo entre las nalgas, mientras muevo las caderas un poco para restregarle la punta del vibrador por el agujero prieto.

—Ay, joder —gruñe en cuanto nota el primer contacto. Está intentando no tensarse.

Con una mano, sujeto el vibrador firme mientras lo voy metiendo en el tenso anillo muscular y lo voy abriendo para meter solo la punta.

—Respira, cariño —lo tranquilizo—. Lo estás haciendo muy bien. Mira cómo te entra esta bonita polla de silicona. Dime cosas. Dime cómo te sientes.

—Mmm. La vibración está... bien.

—Mírame.

Abre los párpados y nos miramos a los ojos. Sus iris verde manzana se encuentran con los míos verde bosque. Aquí hay un estallido de sensaciones. Con un jadeo, me agarra de las caderas y tira, lo que hace que el vibrador se le introduzca más. Este movimiento también hace que se me meta más en el coño y las orejitas del conejo vibran a ambos lados de mi clítoris adormecido y necesitado.

—Ay... Dios... —grito, y arqueo la espalda como si me hubiera recorrido una corriente eléctrica. Me dejo caer hacia delante entre sus piernas abiertas y me sujeto con las manos a ambos lados de su cuerpo.

—¿Te gusta? —jadea. Le brillan los ojos. Lo está disfrutando. Yo también.

—No lo sabes bien —gimoteo—. Cariño, necesito moverme. ¿Puedo...?

—Hazlo —me ordena, mi dulce cachorrito empalmado.

Recupero el sentido, me echo para atrás sobre las rodillas y cambio de ángulo para los dos. Entonces lo embisto y le meto el vibrador aún más adentro.

—Increíble. —Se queda sin aliento mientras lo embisto con movimientos cortos y rápidos.

—Mírame —vuelvo a decir, necesito compartir este momento de vulnerabilidad.

Él me da lo que yo necesito, sus ojitos verdes anclados en los míos, mi placer marcándosele en cada gesto de la cara mientras responde a mis embestidas y me aprieta con fuerza. Cuando empieza a mover las caderas al mismo ritmo que las mías, el choque de nuestra piel es para mis oídos como un coro primitivo y sé que él está a punto. Bien sabe Dios que yo también estoy a punto, preparada para saltar, ansiosa por sentir la caída.

—Mi polla —jadea—. Por favor, cariño. Necesito... Sí...

No termina de hacer la pregunta porque ya le he cogido el pene y se lo masturbo sin dejar de bombearlo. Mis tetas le están montando todo un espectáculo. Se mueven y rebotan como yo qué sé mientras me follo a mi hombre con su perfecto culo prieto.

—Así estás preciosa —me alaba—. Qué reina. Dios, eres mía. No me dejes nunca. Tess, por favor...

Persigo sus palabras, el orgasmo se me enciende por dentro, se extiende desde mi clítoris hasta lo más profundo de mi ser, hasta la punta de los dedos.

—¡Córrete conmigo! —grito.

Sacudo las caderas mientras las orejas del conejito hacen su magia y hacen que el orgasmo me recorra todo el cuerpo. Lo siento por todos lados, hasta en la punta de los pies. Los curvo con fuerza, las piernas se me mueven con los espasmos mientras me estrello contra las rocas. Detengo la mano con la que le tengo cogida la polla y echo la cabeza hacia atrás para gritar de placer. El coño se aferra con fuerza al vibrador.

Debajo de mí, Ryan toma el control. Estampa las caderas contra las mías un par de veces más antes de perder el ritmo también y empezar a masajearse la polla.

—¡Dios...! ¡Aaah...! —grita. El semen se desborda entre nuestras manos entrelazadas mientras se desmorona debajo de mí.

Ninguno de los dos hace otra cosa que no sea gemir. Nos tiembla el cuerpo, tenemos la piel encendida y pegajosa del sudor. Jadeo cuando la estimulación se vuelve demasiado. Agarro el juguete y me levanto para sacármelo. Cuando está fuera, me siento vacía en el mejor de los sentidos. Vaciada, como un coco sin su agua. Tengo cuidado cuando se lo saco a él. Luego lo apago y lo dejo a un lado.

Ryan sigue ahí tumbado, con todos los miembros estirados y sin aliento, mirándome con los ojos entreabiertos.

—Ven aquí, cariño.

Gateo hasta colocarme encima, entonces dejo caer todo mi peso y él me envuelve con sus brazos. Nos damos un beso largo y profundo, nos tomamos nuestro tiempo mientras nuestros cuerpos dejan de temblar.

Entonces rueda para que quedemos de lado, con las piernas entrelazadas, y luego me deja bocarriba. Ahora es su peso el que está encima de mí. Va bajando por mi cuerpo mientras me llena de besos y se detiene para prestarles especial atención a mis tetas.

—Un día quiero follármelas.

Yo me limito a sonreír y le paso las manos por el pelo.

—Cuando quieras.

Sigue bajando por el cuerpo mientras me besa, por encima de la tripa y alrededor del ombligo. Entonces se coloca entre mis piernas, me abre los muslos con los hombros mientras acerca la boca a mi clítoris y succiona para aspirar mi orgasmo.

Grito, siento cosquillas en los dedos de los pies mientras va bajando, saboreando hasta la última gota de mi ser. Cuando termina, estoy temblando aún más.

Jadea para coger aire. Vuelve a subir a gatas por mi cuerpo y nos hace girar para que quedemos de lado.

—Eres mía —me dice entre besos—. Te quiero, Tess.

—La chica de Langley —respondo, y le devuelvo el beso—. Te quiero, Ryan. Soy tuya. Se acabó correr. Solo quiero ser tuya.

60

Tess

—Hala —digo con los ojos como platos cuando veo a Rachel y a sus chicos entrar por las puertas de la sala de eventos. Jake va a su izquierda, vestido para matar con un elegante esmoquin negro y el pelo oscuro peinado hacia atrás.

—Lo sé, estamos bien cuando nos duchamos, ¿verdad? —dice con una sonrisa provocativa.

Ilmari está a su otro lado, parece que lo están obligando a donar un riñón. Tiene una expresión solemne en su estúpida cara con barba y se ha peinado el pelo para atrás para hacerse un moño bien alto. El esmoquin es de gris carbón y le queda como un guante.

Entre ellos, Rachel se contonea con un vestido negro de seda con cuello alto y una raja en la pierna muy pronunciada. También se ha peinado el pelo hacia atrás y se ha hecho un moño de lado muy artístico y unos pendientes de rubíes y diamantes le brillan en las orejas.

—Rach —jadeo, los ojos se me van a las joyas. Creo que en una vida pasada fui un dragón. Me obsesiono con las cosas bonitas que brillan mucho.

—¿Te gusta? —dice mi amiga con una sonrisa y gira la cabeza de izquierda a derecha—. Me los regalaron los chicos como regalo de bodas. Me ha emocionado tener por fin una razón para llevarlos.

Centro mi atención en Ilmari.

—¿Sigues enfadado conmigo por todo esto?

Él frunce el ceño sin más.

—No voy a dar el discurso.

—Oh, sí que lo vas a dar y va a ser genial —contraataco—. Y para que lo sepas, esta semana ya nos han llegado las primeras donaciones de la

gente que no podía venir.

—Hala, ¿cuánto? —quiere saber Jake.

—Casi tenemos suficiente para igualar la donación inicial de Ilmari —respondo con las manos en las caderas.

—Estás... Ay, mierda.... ¿En serio? —Jake se vuelve hacia Ilmari—. Tío, esto es increíble que te cagas. Va a funcionar. —Vuelve a girarse hacia mí —. Tess, mola mucho que hayas hecho esto por él. Va a ir genial.

—Por supuesto que sí —añade Rachel con una sonrisa de confianza—. Es un evento de Tess. Nunca falla.

—Más vale que la comida sea buena. —Caleb rodea a sus vínculos para colocarse al otro lado de Ilmari. Debe de haber estado aparcando el coche.

Lo observo con los ojos como platos.

—Cay, estás..., bueno, me dejas sin palabras —digo con una risa.

Se encoje de hombros. Lleva un traje impoluto de color azul marino, parece hecho a medida, y también se ha peinado el pelo hacia atrás.

Los observo a los cuatro juntos.

—Vale, esto debería ser ilegal —digo, señalándolos—. Que en una sola familia haya tanta gente buenorra es injusto para el resto de la humanidad. Estamos aquí los demás haciendo todo lo que podemos y de repente entráis vosotros cuatro. Es criminal.

—¿Te imaginas lo monos que van a ser nuestros hijos? —se burla Jake.

—Ya te he dicho que no vamos a hacer un concurso de niños —dice Caleb lanzándole una mirada asesina a su marido.

—Sí que vamos a ir a los concursos y vamos a guardar todo el dinero en un fondo para comprarle a Jake una moto de agua.

Me río.

—Chicos, sois multimillonarios. Compra la puta moto de agua si tanto la quieres.

Tanto Jake como Caleb me miran confundidos.

—¿Y qué hay de divertido en eso? —Jake resopla.

—Vaaale —dice Rachel con una risa, mientras coge a Jake del brazo—. Vamos a buscar unos cócteles, ¿vale? Tess, este te lo dejo a ti —añade, se pone de puntillas y le da un beso a Ilmari en la barbilla—. Pórtate bien —le dice a él.

El interpelado se limita a gruñir, se cruza de brazos y se pone a mi lado.

Jake, Caleb y ella se marchan hacia la sala del evento y nos dejan ahí.

Levanto la cabeza para mirar a Ilmari y le doy un codazo suave.

—¿Quieres conocer a la tortuga de Florida?

Una hora después, estoy atrapada en un nido de víboras, también conocidos como los concejales del ayuntamiento. Ilmari se ha escabullido de esta red en particular hace un cuarto de hora y yo me he quedado aquí atrapada con mi copa de vino vacía, fingiendo que escucho a Bill Peterson desviar la atención de la causa de esta noche por enésima vez y volver a hablar de la recalificación de un campo de golf.

Esto es absurdo. Ninguno de estos viejales va a donar en la vida a Fuera de la Red. Solo están aquí porque necesitamos que estén de nuestro lado cuando este verano presentemos la propuesta conjunta con el Patronato de Florida del Norte para extender las zonas que están protegidas ahora mismo y así llegar a un lugar de anidación de una tortuga marina muy popular.

Es lo que llamamos la fase dos. La fase uno es establecer la organización, construir una base de benefactores y dar a conocer nuestro nombre. La fase dos es promulgar cambios significativos y hacer presión para conseguir mayor protección de los terrenos de anidación de las tortugas marinas a lo largo de las playas de Jacksonville.

Pero ya puedo besarles bien el culo. Los Bill Peterson del mundo siempre se interpondrán en el progreso, así que tienes que encontrar formas de encandilarlos o de esquivarlos. Por ahora, he optado por lo primero.

Cuenta un chiste de golf que hace que los otros tres se rían. Dibujo la sonrisa más falsa del mundo, me llevo la copa vacía a los labios para cubrírmelos y digo:

—Ay, vaya, mira esto. Está vacía. —Le doy unos golpecitos al cristal con la manicura—. Si me disculpan, caballeros...

Me liberan asintiendo con la cabeza educadamente y me escabullo corriendo en dirección a la barra. El bajo del vestido me revolotea en los tobillos. Es muy mono, de color azul océano, con mangas que dejan los hombros descubiertos y un corpiño con forma de corazón. Llega hasta el suelo y a cada lado tiene sendas rajas que me llegan hasta la rodilla. He combinado el look con el pelo recogido y unos robustos pendientes de esmeraldas falsas.

Me topo con Rachel a mitad de camino de la barra, con una copa de vino entre las manos. Me la tiende.

—Iba a rescatarte.

—Eres mi heroína —suspiro, y le doy un trago al chardonnay frío. Miro por encima del hombro para asegurarme de que estoy lo bastante lejos antes de añadir—: Creo que esos tres son los hombres más tontos del planeta.

—Pero se sientan en el pleno del ayuntamiento —dice mi amiga encogiéndose de hombros y encamina la marcha hacia la mesa alta donde espera Caleb custodiando varios platos de comida—. Le he pedido que te traiga uno de cada —dice, señalando los platos.

—Ay, ahora no puedo comer —respondo con un gesto de la mano—. Tengo que hacer contactos...

—Tess... —Me agarra del brazo para retenerme—. Mira a tu alrededor, cari. Esto es un exitazo. La gente ya está diciendo que deberíamos repetirlo el año que viene. Descansa un segundo, respira y come algo.

Bajo la mirada al arcoíris de aperitivos.

—Oooh, ¿habéis probado los macarrones con queso? —Cojo la minirración coronada con migajas de panko por encima—. Cuando vi que el servicio de cáterin lo tenía en el menú, no me lo podía creer.

—Sí, están deliciosos —responde Rachel.

—Me he comido como seis —añade Caleb—. ¿Qué llevan? ¿Cangrejo?

—Langosta —digo, y le doy un bocado. El cheddar blanco se ha derretido entre la pasta y está caliente, pega bien con las notas dulces de la carne de langosta.

—Oh, Dios, qué bueno.

El estómago lleva media hora rugiéndome, pero he estado demasiado ocupada para comer. Me acabo la ración de macarrones con queso en cuatro bocados y luego me meto un par de dátiles envueltos en beicon antes de atacar las crudités.

—¿Estáis bien? —le pregunta Caleb a Rachel—. ¿Os falta algo?

—Estamos bien —le responde su mujer sonriéndole—. Gracias, amor.

Entonces él se inclina por encima de la mesa y le da un pico antes de alejarse hacia donde están reunidos el resto de los Rays. Miro a mi alrededor y veo que Ryan también se está codeando con los demás. Lleva toda la noche guiñándome el ojo con picardía y lanzándome sonrisas.

—Parece que Cay se está acomodando a la vida de casado —digo, y mordisqueo otro bastón de zanahoria.

Rachel sonríe.

—Es mi Chico Misterioso. Los otros dos son muy fáciles de desentrañar. Ilmari porque hace justo lo que quiere cuando quiere y Jake porque no tiene filtro y dice en voz alta todos los pensamientos y deseos que se le pasan por la cabeza. Cay es más difícil de leer. Hace que nos lo curremos.

—Pero a ti te gustan los desafíos —digo—. Si todos fueran fáciles de leer, te aburrirías.

—Cierto —dice, y le da un sorbo al vino.

—Bueno... ¿Qué es eso de los concursos de bebés...?

—No estoy embarazada —me corta—. ¿Estás de coña? Acabamos de casarnos. Ya tengo a cuatro personalidades muy grandes viviendo en una casa. Cinco si contamos a Poseidón...

—Lo contamos —repito.

—Todos necesitamos tiempo para ajustarnos. Quiero que sintamos que somos... nosotros —dice, no encuentra una palabra mejor—. Necesitamos ser nosotros antes de que podamos ser algo más.

—Pero ¿quieres más? Con el tiempo, quiero decir.

—Ah, sí —responde con una sonrisa y el corazón me da un vuelco de alegría por ella—. Los cuatro queremos. Y sí, en el caso de que tenga descendencia, tú serás su madrina —añade.

—Va a necesitar a la tita Tess —la provoco—. Si no, ¿quién va a enseñarles a dar una *soirée* tan fabulosa?

Ella se limita a reírse.

Estiro el brazo por encima de la mesa y le aprieto la mano.

—Me alegro por ti, Rach.

Antes de que pueda responder, Poppy St. James se acerca a nuestra mesa como un vendaval. Lleva un vestido lila palabra de honor y el pelo rubio recogido en un moño enorme.

—Hola, chicas, ¿qué me he perdido? ¿Algo bueno? —Coge un bastón de zanahoria de mi plato y le da un mordisco.

Me fijo en sus mejillas sonrojadas, ese comportamiento escurridizo y el pelo despeinado. Por lo general, la Barbie Redes Sociales no tiene ni un pelo fuera de su sitio en esa cabeza rubia tan bonita que tiene. La única vez que la he visto así fue cuando...

Miro a Rachel y sé que ella ha llegado a la misma conclusión.

—Poppy... —empieza a decir, le brillan los ojos—. ¿De dónde acabas de salir?

—Del baño —responde, pero sus ojos la delatan. ¿Esta mujer habrá mentido alguna vez en la vida?

—No me mientas —insiste Rachel, que también está viendo a través de ella—. ¿Te estabas enrollando con alguien?

Poppy resopla y suelta la zanahoria a medio comer en el plato.

—¿Por qué no gritas a los cuatro vientos esas acusaciones tan absurdas?

—Eres tan mala como esta —digo, y señalo con el pulgar a Rachel, me siento aliviada de que el secreto haya salido a la luz.

—Oye, que yo me he portado bien toda la noche —se defiende Rachel, que levanta la mano en broma como si fuera a hacer un juramento—. A la esposa del anfitrión de la gala no se le permite esconderse en el vestidor con los abrigos, ¿verdad?

—No sé de qué estáis hablando —responde Poppy—. He salido fuera cinco minutos a responder al teléfono y he ido al baño.

Mientras hablamos, Novy pasa por al lado de nuestra mesa y se endereza la corbata con un rápido: «Buenas noches, señoras».

Al oír su voz, Poppy se queda rígida, con la espalda bien recta, como si alguien le hubiera metido una escoba por el culo.

Rachel y yo intercambiamos otra mirada. Mi amiga espera a que Novy se aleje de la mesa para abalanzarse:

—Poppy... —jadea—. Novy y tú...

—Shhhh. —Poppy le pasa la mano por delante de la cara—. ¿Quieres callarte?

—Qué cachondilla —me burlo—. ¿Delante de las tortugas, Poppy?

—Ay, por favor —dice, y resopla como para reclamar justicia—. Le dijo la sartén al cazo... Primero tú, la que se ha casado con tres jugadores de hockey —le espeta a Rachel—. Y no te pienses que no hemos visto que miras a Langley como si quisieras encaramarte a él como si fuera un árbol —añade para mí.

—En realidad es al revés —respondo sin ninguna vergüenza. Tampoco es que sea mi compañero de trabajo ni mi paciente. Y anoche Ryan y yo acordamos que lo nuestro sería público—. Fue él quien se encaramó a mí la

primera vez que vine. Puede que le diera a probar algo de lo que había en el almacén.

Poppy vuelve a resoplar y agarra una copa de vino de una bandeja que pasa por al lado.

Rachel se inclina hacia delante con los codos apoyados en la mesa.

—Entonces, eeeh, ¿cuánto hace que vosotros dos..., ya sabes?

—Eso no es asunto tuyo para nada —dice Poppy, y le da un sorbo al vino.

Paso la mirada de ella a Rachel.

—¿Has...?

—Puaj. —Poppy escupe el vino blanco en la copa—. ¿Quiere alguien quitarme esto de delante? —Deja la copa sobre la mesa y la aparta.

Rachel abre los ojos como platos y estoy segura de que yo estoy haciendo lo mismo.

—Espera... ¿Estás embarazada? —digo.

A Poppy se le ponen rojas las mejillas y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Ay... Pop. —Rachel la coge de la mano y le da un apretón—. Es de Novy, ¿verdad? ¿Y él lo sabe?

—Es que... —Poppy sorbe por la nariz, tiene los labios rosas apretados e intenta no llorar.

Rachel está intentando leerla.

—Espera... ¿No es de él?

—Ay, madre mía. No está segura.

Las dos se giran corriendo a mirarme.

«Joder». Eso lo he dicho en voz alta, ¿verdad? Es culpa de los macarrones con queso.

—No lo estás..., ¿no? No estás segura.

Muy despacio, Poppy sacude la cabeza.

—Es demasiada información para procesarla en la gala de las tortugas —dice Rachel, con sus ojos negros como platos—. Bueno, entonces, ¿estás...? Quiero decir... ¿son dos chicos del equipo?

Poppy agarra otra vez la copa de vino, dispuesta a darle otro trago, antes de jadear y volver a alejarla.

—Ay, ¡por el amor de Dios! No, ¿vale? No sé quién es el padre. Y sí, los dos son del equipo. Y sí, sé que estoy en un buen lío. ¿Por qué no me

ponéis la letra escarlata en el pecho y me atáis a una estaca? Porque esta libertina tiene dos caballeros que la buscan. Y ¿sabéis qué? No voy a elegir. Tú no tuviste que hacerlo, ¿por qué debería hacerlo yo? —Vuelve a agarrar la copa de vino, se da cuenta de que la tiene, chilla y me la pasa—. ¡Maldita sea!

Abro los ojos al verla desmoronarse mientras protejo la copa de vino de sus garras aterradas.

—Es Morrow —deduce Rachel—. Has empezado algo con Novy y con Morrow. ¿Verdad?

—Por favor, Rach, no puedes decir nada —le ruega Poppy cogiéndola de la mano—. No estoy preparada para que la gente se entere. Yo no... Nosotros no somos como vosotros, ¿vale? Estamos..., esto no ha sido fácil para nosotros, como parece que sí lo ha sido para vosotros. Los chicos están... No es fácil meterse en algo así...

Se queda callada mientras Rachel le sostiene la mano y se la aprieta.

—No voy a decir nada, Pop —la tranquiliza mi amiga—. No es asunto mío. No es asunto de nadie.

Poppy se sorbe las lágrimas.

—Es solo que... Dios, nunca pretendí que pasara nada de esto —admite —. Y ahora no hace más que pasar. Hace cuatro meses, estaba discutiendo con Lukas en un Uber. Ahora quedo con él en cuartos de baño vacíos en eventos benéficos como si fuéramos unos adolescentes calenturientos. Si no estamos gritando, estamos follando y no sé cómo detenerlo.

—¿Y Morrow? —pregunta Rachel.

Poppy se limita a suspirar.

—No sé cómo parar.

—Vaya —mascullo, y le doy un trago al vino de Poppy—. ¿Es algo que tenga el agua de la pista? Primero Rach se hace con un tres por uno y ¿ahora tú? ¿Debería preocuparme que Ryan aparezca en casa la semana que viene con Patty Abdominales Brillantes?

Antes de que puedan responderme, Nancy viene corriendo a la mesa.

—Tess, cariño, ha habido un pequeño imprevisto con lo de la playa.

—Agh, no me lo digas.

—Sip. Lluvia —dice, asintiendo con la cabeza.

Gruño.

—Maldita seas, Florida.

—Doppler dice que se pasará pronto —añade, y me enseña el móvil para que vea la aplicación del tiempo—. Creo que vamos a tener que cancelarlo.

Vaya mierda. La verdad es que tenía muchas ganas de deleitar a los invitados dando un paseo nocturno por la playa. Me encantaba imaginarnos a todos con nuestros trajes de gala, fingiendo ser tortugas marinas y fijándonos en los efectos de la contaminación lumínica.

—Disculpadme —les digo a Rachel y a Poppy. El reloj no se para, aunque haya salseo jugoso que escuchar. Me alejo de la mesa y Nancy me acompaña—. ¿Cuánto se supone que va a durar la lluvia? —le pregunto de camino a las puertas dobles que conducen a la terraza trasera.

—No sé decirte. ¿Puede que una hora? Pero ya sabes...

—Es Florida —decimos las dos al mismo tiempo.

Suspiro, abro la puerta y la sujeto para que ella también pase. El fresco del aire de enero me sienta bien, es como si me besaran la piel. El viento sopla y me mueve los mechones sueltos que me enmarcan la cara.

—¿Y si nos lanzamos y lo hacemos ahora? —digo, mirando la arena blanca desde la barandilla. A menos de medio metro, el mar se adentra y se aleja—. Podríamos retrasar el discurso de Ilmari y hacerlo después. Qué demonios, puede darlo en la playa. La verdad es que eso quedaría genial.

—Puedo ir a consultárselo —se ofrece Nancy.

Suelto una carcajada.

—Oh, no. El señor Price quiere que yo tome todas las decisiones ejecutivas.

—Sí... hablando de eso... —Levanta la cabeza y me mira con ojitos de cordero degollado.

—¿Qué?

—Eh, bueno, la verdad es que Mars nos dio órdenes estrictas de que todas las ideas que lo impliquen a él tienen que pasar por él primero.

Me río y me doy la vuelta para apoyarme en la barandilla de madera.

—Bueno, pero yo soy la directora de operaciones de Fuera de la Red, y yo digo que adelantamos el paseo de la playa y lo hacemos con su discurso.

—Y aunque a mí me encanta esa idea... —empieza a decir—, él insinuó con un tono más bien severo que las órdenes que dieras tú y que lo implicaran a él no había que seguirlas hasta que él no diera su aprobación.

La miro fijamente, aunque sé que solo es la mensajera.

—¿En serio?

—Por favor, no me pongas a mí en medio.

—Ay, confía en mí, puedo encargarme de ese finés taciturno yo solita —digo, apartándome de la barandilla—. Te invito a que esta vez te quedes al margen, Nance. Venga, vamos a encender las antorchas.

Corre detrás de mí y las dos nos quitamos los tacones mientras caminamos por el corto camino de tablones que conduce a la playa. Cuando todavía había luz del sol, hemos puesto una hilera de antorchas tiki para iluminar el final del camino de tablones para que los paseantes sepan por dónde tienen que volver.

—Ah, y hay un benefactor que no hace más que preguntar por ti —dice Nancy mientras camina detrás de mí—. Quiere hablar contigo sobre los términos de su donación.

Me devano los sesos para intentar acordarme de esa conversación.

—¿Su donación?

—Sí, ha dicho que lo estabas esperando, pero como no me lo habías mencionado...

La miro por encima del hombro.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Eeeh... Troy —responde ella tras comprobar la libretita que sigue llevando en la mano—. Un tal señor Troy de PFH grupo consultor. ¿Lo conoces?

61

Ryan

Esta noche está yendo de maravilla. Al principio estaba un poco ansioso, pues pensaba que a lo mejor era demasiado codearse con los promotores de terrenos, pero no debería haberme preocupado. La verdad, parece una fiesta de los Rays, pero en el sentido elegante. A las WAG les encanta cualquier excusa para emperifollarse, el alcohol corre y todo el mundo parece de buen humor. Me he comido mi propio peso en aperitivos, incluyendo como ocho tacitas de macarrones con queso y langosta. Tess tenía razón, están deliciosos.

Todo el mundo ha venido por Mars. Y todos estamos haciendo donaciones generosas. Me he pasado casi toda la última media hora riéndome en una esquina con Sully, Shelby y Karlsson. De vez en cuando, se me iban los ojos a Tess, hasta que ella miraba en mi dirección y entonces yo le guiñaba un ojo.

Esta noche está radiante. Va por la sala como si fuera una reina sin corona, flotando de una mesa a otra, riéndose y hablando. Sonrío para mí mismo cuando veo que la alejan de la mesa en la que estaba con Rachel y Poppy y luego Nancy sale corriendo a su lado. Va justo en dirección contraria a donde estoy yo. Dios, me encantan estas vistas. Balancea el culo mientras los tacones resuenan y la tela se mueve al mismo ritmo.

Con el ajetreo de la preparación de la fiesta, puede que la haya arrastrado al armario de los abrigos... y puede que ella me haya obligado a que me ponga de rodillas. Me centro en la cerveza que tengo entre las manos y recuerdo la sensación de la tela suave golpeándome contra la cara. Después de esto, le voy a quitar el vestido y dejarlo en el suelo.

Esta mañana, he hablado con los entrenadores sobre Troy y sus amenazas. A Tess le daba muchísima ansiedad, pero yo sabía que era lo

correcto. El entrenador Johnson tenía preguntas, pero se ha comportado. Mañana por la mañana, tenemos una reunión con Poppy sobre estrategias de relaciones públicas. Por esta noche, no quiero que Tess se preocupe, así que yo tampoco lo voy a hacer. Nos merecemos pasar una noche fuera con los amigos y divertirnos, una noche para actuar como la pareja que somos y que todo el mundo lo vea.

—Bueno... parece que lo tuyo con Tess es oficial por fin, ¿no? —dice Sully, que sigue la dirección de mi mirada y me lanza una sonrisilla cómplice.

Aparto la mirada de ella y le sonrío a mi compañero.

—Sip. Esa mujer es para mí.

—Sí que te has dado prisa —dice Karlsson.

—Oye, cuándo lo sabes, lo sabes —respondo.

—¿Y no se irá corriendo? —dice Shelby.

—Soy rápido —respondo, y le doy un sorbo a la cerveza—. Puedo seguirle el ritmo.

Sully se ríe.

—Bueno, a mí me parece una chica estupenda. Cuando le soltaste aquel balonazo en la cabeza, ¿pensaste que terminaríais aquí?

—¿Tú de verdad creías que acabarías con una tía como Shelbs cuando la conociste? —me burlo.

—Ni hablar —responde Sully, y todos nos reímos—. Estás mujeres están muy lejos de nuestro alcance. Aunque no me quejo. Yo soy como tú, tío. Si ella me dice que corra, yo pierdo el culo.

Shelby le sonríe.

—Nos gusta correr juntos, ¿verdad, cariño?

—Vaya que sí —le responde, y la besa en los labios.

Karlsson y yo nos movemos incómodos. Nos miramos y nos encogemos de hombros antes de que los dos tortolitos se separen.

—Pareces feliz, Ryan —me dice Shelby—. De verdad.

—Lo soy. Soy más que feliz.

—Vaya, esto es absurdo —dice Sully mirando a su alrededor al ver que pasa un camarero—. Tenemos que celebrarlo. Tomad... —Nos pasa nuevas copas a los cuatro—. Un brindis por Ryan y Tess —propone levantando la copa—. Por correr en la misma dirección.

Los cuatro levantamos nuestras bebidas y yo sonrío como un idiota.

—Chinchín.

—Chinchín —dice Shelby, brindando con mi vaso.

—*Skål* —entona Karlsson, que también levanta su bebida.

Cuando bajo mi copa, se oye un sonido de algo rompiéndose que hace que todos nos giremos. Me giro de manera brusca y veo que un camarero se ha tropezado con una de las mesas altas y la ha tirado al suelo. Tiene entre las manos una bandeja muy pesada, así que dejo mi vaso y me acerco corriendo.

—Eh..., oye, yo la tengo, tío —digo, y me agacho para enderezarle la mesa.

—Gracias —me dice casi sin aliento—. No la he visto.

—Lo estáis haciendo genial —lo animo—. La comida y el servicio son geniales. Buen trabajo.

Se limita a asentir con la cabeza y se va corriendo.

Me agacho y recojo el pequeño portavelas que se ha roto en tres pedazos con el golpe. Lo dejo junto con la vela eléctrica encima de la mesa.

—¿Ryan Langley?

Me giro y veo a un hombre que camina hacia a mí. Tiene una sonrisa en el rostro, como si fuéramos viejos amigos. Mierda, ¿ya lo he conocido esta noche y lo he olvidado? Es alto, casi tanto como yo. Y lleva un traje azul que tiene pinta de ser caro con un cinturón y unos zapatos de cuero color coñac. Tiene el pelo negro peinado hacia atrás y me observa con sus ojos oscuros.

—Hola —saludo, extendiendo la mano—. Sí, soy Ryan.

—Me imaginaba que eras tú —responde, y estrecha la mano que le ofrezco—. Te he reconocido por las fotografías.

—¿Cuáles?

—Sí..., los Rays suben tus fotos en redes sociales todo el rato —añade con una risa y me suelta la mano—. Tú cara bonita está por todas partes. Incluso te pusieron en una valla publicitaria. La puedes ver cuando sales del aeropuerto hacia el sur.

Yo también fuerzo la risa.

—Ah... sí, me lo habían contado, pero no la he visto. Con suerte, no la veré. Nadie necesita verme tanto la cara.

Se mete las manos en los bolsillos del pantalón, todavía sonriéndome y me escanea el traje antes de volver a mirarme la cara.

—El delantero estrella de la NHL, Ryan Langley. Estás viviendo un puto sueño, tío. ¿Cuándo van a abrir los ojos los Rays y a sujetarte bien con un contrato de no transferencia?

—Confía en mí, estamos trabajando en ello. Pero le dejo a mi agente que se encargue de las negociaciones de contratos para yo poderme centrar en el juego.

—Estoy seguro de que así es —dice mientras se le borra la sonrisa.

—¿Qué?

—Y también tienes acuerdos de patrocinio —continúa—. Debes de estar ganando un buen sobresueldo. Está bien diversificar tus activos... mientras puedas.

—Sí, voy tirando —respondo.

Muevo los pies mientras miro a mi alrededor en busca de la salida más cercana. No me gusta hablar de dinero con desconocidos. Y este tío tiene pinta de ser un bróker zalamero. Se acerca un poco, como si estuviera a punto de venderme algo. Sí, claro, eso no va a pasar.

—Bueno, mira, me alegro muchísimo de conocerte...

—Vaya, espera ahí —dice. Se acerca un paso más y me pone la mano en el hombro.

Yo enseguida doy un paso atrás y rompo nuestra conexión. Me tiene arrinconado en la sala, estoy con la espalda en la pared. Miro a mi alrededor, pero todas las personas cercanas están de espaldas así que nadie está mirando hacia aquí. Todos hemos perfeccionado el arte de pedir ayuda. Es muy útil cuando las fans y las *bunnies* se te pegan como lapas. Con lanzarle un solo vistazo a otro Ray, empezará la Operación Extracción Educada.

No estoy seguro de qué es lo que quiere este tío, pero estoy preparado para largarme.

—La verdad es que tenía la esperanza de que nos encontráramos —dice encajonándome todavía más—. Me encantaría que me firmaras algo. Se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y yo me aparto por instinto. Entonces saca un papel doblado a lo largo. Me lo tiende con una floritura, como si fueran las escrituras de un coche nuevo.

Bajo la mirada y veo que ya tengo la mano en el aire, como si fuera demasiado educada para darse cuenta de que estamos intentando librarnos

de esta conversación. Cierro los dedos alrededor de lo que en realidad son varios papeles grapados en una esquina.

—¿Quieres que firme esto? —digo, mirando los papeles doblados. No es que sea quisquilloso. Es que los fans te dan todo tipo de cosas raras para firmar. Solo quiero que se largue.

—Bueno, ábrelo primero. Siempre deberías leer las cosas antes de firmarlas. Ese es un consejo legal que te doy gratis.

Levanto la cabeza para mirarlo.

—¿Eres abogado?

Asiente con la cabeza y curva los labios en una sonrisilla de suficiencia.

—Y te acabo de dar una notificación, gilipollas.

Me quedo rígido.

—¿Qué?

Se acerca un paso más y baja la voz mientras me mira. Se le ha caído la máscara de falsa simpatía.

—Abre el puto documento y léelo, mierdecilla ignorante.

—Que te follen. No voy a firmar nada —digo, intentando devolverle los papeles.

Vuelve a reírse. Es un sonido frío y hueco que hace que se me pongan los pelos de punta.

—En realidad no tienes que firmarlos —dice—. La orden tiene efecto aunque no lo hagas.

—¿Qué orden? —digo, la cabeza me da vueltas.

—Ábrelo y verás —responde con una sonrisa arrogante en la cara.

Desdoblo las páginas y veo la primera. Intento que el denso bloque de texto negro que veo tenga sentido. Parece un documento legal de algún tipo. En la parte inferior tiene unas notas pegadas que indican las líneas en las que hacen falta las firmas. Pero tiene razón, alguien ya ha firmado con tinta azul. Todas las líneas están firmadas.

—¿Qué narices es esto?

—Dímelo tú —se burla—. Un hombre de verdad podría ocuparse de sus propios asuntos. Mira el puto documento y léelo, gilipollas.

El pánico se me apodera del pecho mientras intento encontrarle sentido a lo que estoy leyendo, pero la fuente es demasiado pequeña. Me doy cuenta de repente de que esto ha sido intencionado. Este abogado zalamero ha cogido un documento normal y ha empequeñecido la letra a propósito.

Quería venir aquí a dármelo. Quería ver que me cuesta leerlo. ¿Por qué? ¿Quién haría...?

«Ay, joder».

Esa sensación de incomodidad que se ha apoderado de mí desde que este tío se me ha acercado se convierte en hielo de repente. Me recorre las venas mientras bajo los papeles y me fijo en el monstruo que tengo delante. Sé quién es. Me tiemblan las manos y se me acelera el pulso.

—Troy. —Escupo su nombre como si fuera una maldición más asquerosa.

—En carne y hueso. —Vuelve a tenderme la mano, como si de verdad esperara que se la estrechase—. Pero prefiero el título de «marido de Tess».

—Que te follen.

—Ten cuidado, chulazo —me provoca y deja caer la mano a un lado—. No queremos montar una escenita ahora, ¿verdad? Esta noche hay mucha gente importante. Entrenadores y benefactores, concejales del ayuntamiento, la prensa...

Miro a mi alrededor y tiene razón. No estoy ni a tres metros del entrenador jefe Johnson y su esposa. Y Poppy nos advirtió a todos como diez veces que estaría la prensa. Hicieron un anuncio y todo en la tele con Tess y Mars sobre las tortugas. El pánico empieza a apoderarse de mí. Todavía no tenemos ningún plan. No hay nada decidido. No sé qué puedo decir o cómo hacer para que esto termine.

—Si montas una escena ahora, la publicarán en primera plana —dice Troy—. Arruinarás la gran noche de Tess... y tu carrera... y tu vida.

No me trago sus mierdas, porque los entrenadores me han asegurado que los Rays se pondrán de mi lado.

—Lárgate de aquí, Troy.

—En realidad me invitaron —se defiende, su exceso de confianza en sí mismo me inunda—. Tengo la invitación en el bolsillo si no me crees. ¿Quieres intentar leerla?

Hago todo lo que puedo para conservar la calma y no lanzarlo al suelo. Me tiemblan las manos cuando levanto los papeles.

—¿Qué es esto? —digo, sacudiéndoselos delante de la cara—. ¿Más amenazas vacías? ¿Más chantaje? No va a funcionar. Mis entrenadores ya saben...

—Ninguna de mis amenazas ha sido nunca vacía —responde, se le borra la sonrisa falsa.

—Dame lo peor que tengas —lo desafío—. No tienes nada contra nosotros. No será mala prensa cuando Tess y yo expliquemos la verdad. Y, a diferencia de ti, yo sí que tengo credibilidad. Mi equipo cree en mí. Tess se ha ido y nunca va a volver contigo.

—Me parece bien —responde bajando la voz—. Tú practícalo, ve diciéndolo. Así te resultará mucho más fácil aceptarlo luego..., ya sabes, a menos que te guste la idea de ir a la cárcel.

Se me para el puto corazón.

—¿De qué cojones estás hablando?

—Ya te lo he dicho. —Le da unos golpecitos a los papeles que todavía tengo en la mano—. Ryan Langley, has recibido la notificación. Te la puedes quedar. Solo es una copia. Los originales están archivados en Cincinnati. Y no te preocupes, me aseguraré de que mi contacto en la comisaría de Jacksonville también reciba una copia.

No. Esto no está pasando. Vuelvo a bajar la mirada a los papeles. No puede ser lo que creo que es. ¿Cómo ha conseguido sacarlo adelante? Tiene que ser un farol. Enderezo los hombros.

—Deja de fingir y suelta la amenaza, monstruo de mierda.

Se ríe de mí.

—Ya lo he hecho. La tienes entre las manos. A lo mejor alguno de tus compañeros de equipo muestra algo de clemencia y te ayuda a descifrar las letras. O tu hermana. Le estás pagando la universidad, ¿verdad?

Me quedo rígido. La rabia me recorre las venas como si fuera lava. Cassie no. ¿Cómo cojones lo sabe?

—Sería una pena que ella también lo perdiera todo solo porque un trozo de mierda es incapaz de encontrar una mujer que no esté casada. —Lanza la pulla.

Siento el sabor de la bilis en la garganta mientras me contengo para no darle una paliza. ¿Cómo es posible? Lo sabe todo de mí: mi vida, mis secretos, mi familia. No sé cómo lo sabe, pero lo sabe. Por supuesto que sí. Es medio demonio.

—Troy, ¿qué has hecho?

—Ah, ah —se burla moviendo un dedo en el aire—. Soy el marido de Tess, ¿recuerdas? Y no me puedo creer que esté perdiendo el tiempo con un

pringado como tú. Créeme cuando te digo que no durará.

Me está haciendo el lío, quiere sacarme de mis casillas. ¿Espera que me ponga a gritarle en medio de la gala? ¿Está intentado que nos peleemos? Ni siquiera puedo puto pensar cuando lo tengo delante de la cara.

—Tienes que irte —digo. Es una demanda y un ruego.

«Por favor, Dios, que se vaya».

Pero se acerca más y me mira con los ojos oscuros entrecerrados.

—¿Crees que puedes ofrecerle una vida mejor que la que tenía conmigo?

—Sé que puedo. Yo no le estoy poniendo los putos cuernos. No la hago llorar ni la trato como si fuera una mierda. —Tenso la mandíbula y añado —: Y no le hago daño.

—Tú solo eres hockey —ignora las acusaciones—. Eso es lo único que puedes ofrecerle al mundo. Cuando eso se acabe, no serás nada. Un deportista inútil y tonto menos. Ni siquiera te contratarían para vender dónuts. Eres patético. Y al final mi Tess se acabará dando cuenta. Si te soy sincero, te estoy haciendo un favor con eso —añade señalando los documentos que tengo en la mano—. Considera que tu relación ha terminado. Si quieres seguir jugando al hockey, si quieres seguir manteniendo a tu familia, sé tú el primero en irte.

—Troy, ¿qué has hecho? —repito.

—Recuerda que te tengo el ojo echado —dice, y se da unos golpecitos en la mejilla—. Nada me gustaría más que entregarte a la policía. Debe de ser difícil jugar al hockey en la celda de una cárcel. Aunque no imposible —añade con una sonrisa—. Pero sí que debe de ser más complicado. También es una pena, porque me gustaba mucho esa valla publicitaria.

Me da unas palmaditas en el hombro y yo le dejo, joder. Creo que estoy en *shock*.

—Encantado de conocerte, Ryan. ¿Sabes? Las fotografías no te hacen justicia. Eres muchísimo más guapo en persona.

Esta vez sé que se refiere a las fotos que hay en una caja dentro del armario de Tess. Las ha visto todas y yo me voy a poner enfermo.

—Por cierto, buena suerte contra los Wild la semana que viene —dice mientras aparta la mano—. Bueno, si te dejan jugar de titular... y no estás en la cárcel.

62

Tess

La brisa marina nos envuelve. Hay arena y olas, se oye la música de la fiesta y hay risas lejanas. Todo se desvanece en la nada. Lo único que oigo es ruido blanco... y el latido aterrado de mi corazón.

«Troy está aquí».

Nancy sigue moviendo la boca. Me está hablando, pasa la mirada de la libretita a mí. Entonces extiende la mano y me acaricia el brazo con los dedos. Ni siquiera lo siento.

—¿Tess? Cariño, ¿estás bien? —Su voz me alcanza como si me hablara desde el otro extremo de un largo túnel.

No, no estoy nada bien, joder. Troy está aquí. En cuanto me lo ha dicho, lo he sabido. Es como si pudiera sentirlo. Troy está en alguna parte y me está buscando.

—¿Tess? —Nancy abre bien los ojos oscuros mientras se acerca—. Cariño, me estás asustando un poco. ¡Habla conmigo!

Parpadeo dos veces y mi cerebro vuelve a centrarse. Todos los ruidos de la playa vuelven a mí como la marea. El frío me recorre los brazos y me pone los pelos de punta. Extiendo el brazo y cojo la mano libre de mi compañera.

—Necesito que vayas a buscar a Ilmari y a Ryan.

—Corazón...

—Nancy, estoy bien —le digo forzando una sonrisa. Luego insisto—: Escúchame. Ilmari y Ryan. Encuéntralos ya. Todo lo rápido que puedas. Yo esperaré aquí mismo.

—¿No puedes decirme lo que está pasando en realidad? ¿Quién es el señor Troy?

—Te prometo que te lo contaré todo, ¿vale? Ahora mismo, lo único que importa es que encuentres a Ryan y a Ilmari y les digas que vengan. Por favor, Nancy.

Asiente con la cabeza y dejo que se marche. Sin hacer más preguntas, vuelve corriendo por el camino de tablones y me deja sola en medio de las dunas. En la distancia, un trueno resuena y un relámpago parte el cielo. Se acerca la tormenta.

«No, la tormenta ya está aquí».

Es lo que se me pasa por la cabeza y aprieto bien los puños. Troy es la tormenta y está aquí.

No tenía pensado esperar que volviera a casa con él. Sabe que no lo haré. Incluso si hubiera dejado anoche a Ryan como me pidió, esto no iba a terminar si yo volvía a Cincinnati. Me habría vuelto a ir corriendo. Más lejos esta vez. Troy no puede dejar pasar la oportunidad de hacerme daño. Está jugando con las únicas dos bazas que le quedan: hacerle daño a Ryan y hacerles daño a mis amigos.

¿Cuál será su próximo movimiento? ¿Qué hará?

—¡Tess!

Me doy la vuelta y veo a Ilmari y a Jake corriendo hacia mí. Los dos parecen preocupados.

—¿Qué pasa? —dice Jake—. Nancy dice que estabas acojonada...

—Troy está aquí —lo corto a media frase.

—Ah... mierda. Bueno, ¿lo has visto? ¿Has hablado con él?

—No.

—Genial. No lo hagas. Tess, que le den a ese tío. Vamos a llamar a la policía y a que lo saquen de aquí...

—No —digo, y lo cojo por el brazo—. Jake, no. Eso solo le dará alas. Siempre tiene un plan. Si hacemos algo de lo que parezca esperable, estará preparado para tomar represalias. Es inteligente, Jake. —Me vuelvo hacia Ilmari con lágrimas en los ojos—. Quiere hacerme daño.

—¿Y cómo lo va a hacer? —pregunta Ilmari.

Me trago el nudo de emociones que tengo en la garganta.

—Haciéndole daño a Ryan... y haciéndote daño a ti.

—¿A mí? —dice levantando una ceja—. ¿Por qué quiere hacerme daño a mí?

—Porque eres mi amigo, Mars. No estoy aquí haciendo todo esto porque las tortugas marinas y las dunas de arena me rompan el corazón. Estoy aquí por ti. Estoy aquí por Rachel y por Jake y por Cay. Estoy aquí porque me miraste en el patio trasero de Hal Price con lágrimas en los ojos y me dijiste que no querías fallar. Y, mira, sé que sigues enfadado conmigo por todo esto —digo, señalando a nuestro alrededor—. Y no te obligaré a dar el discurso si de verdad te importa tanto, pero te quiero, Mars Price. Haría cualquier cosa por ti y por tu familia.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te mereces saberlo —respondo. Luego miro a Jake—. Los dos merecéis saberlo. A ti también te quiero, Jake. Me alegro muchísimo de que encontraras a mi Rachel y me alegro de que la hagas feliz.

—Tess, ¿por qué siento que esto es un adiós?

La cara de Jake es una máscara de ansiedad.

—Porque Troy ha venido a comprobar si vosotros también me queréis —responde—. Un narcisista no puede soportarlo cuando su víctima tiene vínculos que no son él. Quiere alejarme. Quiere que preocuparte por mí y ser mi amigo sea una carga para ti...

—Tess, no eres una carga, ni de coña —Jake empatiza conmigo—. Y, si ese tío se te acerca, lo voy a noquear.

—No —les ruego. Al mismo tiempo, Ilmari dice:

—Nada de violencia, Jake.

—Bueno, entonces, ¿cuál es el plan? —responde Jake—. Tenemos que ir a por Seattle —le dice a Mars—. Tampoco quiero que se acerque a ella. Como la toque, lo mato.

—Y a por Ryan —digo, con el corazón en la garganta—. Tenemos que encontrar a Ryan. Es a quien más ganas le tiene Troy. Sabe que la mejor forma de llegar a mí es a través de él. A mí ya no puede hacerme daño, así que se lo va a hacer a Ryan. Le pedí a Nancy que lo buscara. Debería haber vuelto. Debería estar aquí.

—Vale, de acuerdo —me tranquiliza Jake, que da un paso al frente para abrazarme—. Shhhh. No pasa nada.

Ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que no oigo el sollozo que se me escapa del pecho. Me aferro a Jake e Ilmari se coloca detrás de mí y me pone una mano en el hombro.

—Tenemos que volver dentro —dice Ilmari—. No voy a dejar a Rakas ahí dentro sola. Es la única otra persona que conoce Troy, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Y vamos a encontrar a Ryan —añade Jake—. Vamos, corazón. —Me coge de la mano derecha y entrelaza nuestros dedos—. No vamos a dejarte sola ni un segundo, ¿vale? Estamos contigo, Tess. Nosotros también te queremos. Ya te lo hemos dicho antes, pero tú también podrías apellidarte Price. Estás en nuestra lista de «a las duras y a las maduras», ¿vale?

Asiento con la cabeza y parpadeo para apartar las lágrimas.

Ilmari me coge de la mano derecha y encabeza la marcha por la pasarela de madera.

—¿Cuál es el as que tiene en la manga? —dice Jake detrás de mí—. ¿Cómo quiere hacerle daño a Ryan?

—Las fotos —respondo—. Quiere darle la vuelta a la sartén y decir que soy yo la que lo ha engañado, no él a mí. Quiere destrozar a Ryan y ponerlo de adúltero para que los Rays y sus acuerdos de patrocinio lo dejen tirado. Quiere arruinarle la carrera con mala prensa.

—Dios —masculla Jake—. Qué puto diabólico.

—¿Y ese es su mejor plan? —pregunta Ilmari—. ¿Poner a Ryan de amante adúltero? ¿No tiene mejores bazas?

—No, que yo sepa —admito—. Pero como dice Jake, es diabólico. Tampoco lo creía capaz de algunas de las cosas que ya ha hecho.

Llegamos a la terraza, que está iluminada por la luz dorada que sale por las ventanas. Los tres nos quedamos juntos, cogidos de las manos, mirando a través del cristal. En cierto modo, es como si nuestros amigos estuvieran enclaustrados al otro lado del cristal, como si fueran un retrato en movimiento. Caras sonrientes y risueñas, la luz que brilla en la cristalería, las notas de blues de una canción de Norah Jones que se filtran por los altavoces.

Solo tengo ojos para una persona.

—¿Dónde está? —Mi ansiedad aumenta mientras busco a Ryan.

—¿Qué pinta tiene Troy? —dice Jake, mirando de izquierda a derecha.

—Ahí está Rakas —dice Ilmari, hay alivio en su tono—. Vamos.

Me tira de la mano y entramos los tres.

—Mars, tenemos que encontrar a Ryan —insisto girando el cuello.

—Tenemos que encontrar a Troy. —Jake me lleva la contraria—. Si alguien grita «tiburón» en la playa, encuentras antes al puto tiburón.

Pero Mars no lo está escuchando. Nos arrastra a los dos hacia la barra en la que está Rachel de pie riéndose con dos jugadores cuyos nombres desconozco. Se gira cuando nos acercamos y se le borra la sonrisa cuando nos ve la cara.

—¿Qué pasa...?

—Ven —dice Ilmari, que le pasa un brazo por los hombros y la aleja de los demás.

—Ilmari, ¿qué sucede...?

—Troy —respondo por él—. Está aquí, Rach.

—No —susurra, y mira a su alrededor de inmediato—. No es posible. Dios, ¿por qué?

—Porque he roto sus reglas. Me dijo que me alejara de Ryan y no lo he hecho. Me dijo que lo dejara y no puedo. No lo haré. Rach, yo lo quiero y él me quiere y los dos queremos estar juntos. No hay nada malo en lo que estamos haciendo...

—Ay, cariño. —Me da un abrazo y nos aferramos la una a la otra.

—Tenemos que encontrar a Ryan —digo por enésima vez—. Por favor, Rach. Ayúdame a encontrarlo. Por favor.

Asiente y me pone la cabeza en su hombro.

—Vale, corazón. Sí, vamos a...

Se queda rígida como una estatua. Su preocupación se transforma en una rabia silenciosa y temblorosa, y sé que solo hay una razón para que haya ocurrido eso.

Me quedo quieta, con todos los sentidos alerta, me dicen que tenga cuidado de quien se acerca. Miro a Rachel a los ojos, ella asiente rápidamente y me confirma lo que ya sé. Sus hombres también la han entendido, porque Jake e Ilmari enseguida se ponen a ambos lados de su esposa, encajonándola, aunque los dos me siguen cogiendo de la mano.

Muy despacio, me giro y me encuentro cara a cara con Troy.

—Hola, Tess —dice con una sonrisa fría—. ¿Por qué no salimos fuera y así podemos hablar un poco?

63

Tess

Troy está aquí. Todo me parece surrealista. Se suponía que no tendría que estar aquí. Los Rays no son el tipo de gente con la que suele codearse. Él es más de *old money*. Emite un aura de arrogancia y condescendencia. Cuando éramos jóvenes, confundí todo eso con seguridad en sí mismo. No tiene nada en común con alguien como Jake Price, que viene de la nada y se abrió paso a través de las ganas y el talento.

Tardé mucho tiempo en ver que el modo en que Troy se había criado era tanto una bendición como una maldición. No sabe cómo currarse las cosas. No sabe valorar lo que tiene. Y no sabe apreciar lo que se siente cuando te arrebatan esas cosas. En una palabra, es un malcriado. Y es de los peores: de esa gente que es fundamentalmente incapaz de admitirlo.

Por eso ha venido aquí. No entiende que hay cosas en su vida que no puede poseer. Yo soy una de esas cosas. Por mucho que lo intente, no puede controlarme. No puede obligarme a hacer lo que él ordene. Me centro en esa verdad.

«Soy salvaje. Soy fuerte. Soy libre».

Lo observo, desde el pelo oscuro peinado hacia atrás hasta el traje de diseño y los mocasines de color whisky.

A mi lado, Jake debe de estar haciendo lo mismo, porque resopla.

—¿En serio, Tess? ¿Este tío? Tiene borlitas en los putos mocasines.

—En la universidad estaba bueno —me defiendo y me encojo de hombros.

Troy lo mira a los ojos.

—Tú debes de ser uno de los gilipollas inútiles de la doctora. Hay que ser un hombre sin carácter para perder a tu mujer no una, sino dos veces. Bien hecho, campeón.

—Hala —responde Jake—. Eso ha sido poético que te cagas. ¿Lo has ensayado mirándote en un espejo? Porque desde mi punto de vista, eres tú el que no hace más que perder a su mujer. —Le pasa a Rachel un brazo por la cintura con un gesto protector—. Mi chica está aquí mismo, gilipollas.

—Troy, tienes que marcharte —dice Rachel, sigue apretándome la mano.

—No voy a irme a ninguna parte —responde él—. No hasta que haya hablado con Tess.

—No tienes nada que decir ni ella tiene por qué escucharlo —añade Rachel—. Se ha terminado, Troy. Lo ha superado. Hace años que pasó página.

Troy la fulmina con la mirada y baja la vista a nuestras manos entrelazadas. Entonces vuelve a subirla muy despacio hasta nuestras caras.

—No recuerdo haberte pedido tu opinión —le dice—. Siempre has sido una mala influencia para mi Tess. No esperaba menos de un tajo podrido.

Jadeo cuando siento que los chicos se mueven a mi lado. Jake va a embestir a Troy mientras maldice, pero Mars lo retiene.

—No —le gruñe al oído y lo aprieta con fuerza mientras lo sujeta con los dos brazos por el torso.

Jake intenta zafarse.

—Suéltame. Voy a matarlo, joder...

—Eso es lo que él quiere —le insiste Mars al oído—. Tranquilízate.

—Ángel, no —le ruega Rachel, que le pone las manos en el brazo—. Ilmari tiene razón. No merece la pena. Jake, por favor. La gente nos está mirando.

Tiene razón. Las personas que están más cerca de nosotros se han girado y nos observan con los ojos desorbitados, están confundidas por lo que están viendo. Delante de mí, Troy se limita a sonreír con suficiencia y los ojos le brillan de alegría. Joder, lo está disfrutando. Sabe que no podemos tocarlo porque se limitará a gritar «asalto» sin más. Tenemos que quedarnos aquí y dejar que nos escupa su veneno. Mis amigos y seres queridos tienen que aceptarlo sin quejarse. Así es como demuestran lo que valen. Se resisten a las pullas de Troy.

O lo acepto yo sin quejarme. Accedo a hablar con él a solas y les ahorro a ellos la humillación. Miro alrededor de la habitación una vez más para buscar a Ryan. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido conmigo?

Jake asiente con la cabeza e Ilmari lo suelta. Jake solo tiene ojos para Troy.

—No vas a conseguir lo que has venido a buscar. Nunca volverás a hablar con Tess a solas. Ya está harta de tus lamentos. Sé un hombre y sigue con tu vida. Y si le vuelves a hablar así a mi esposa otra vez, te mato.

Troy se cruza de brazos.

—A diferencia de ti, yo sí que estoy casado con mi mujer —contraataca —. Lo único que haces tú es fingir. Cuando se aburra de tu polla, pasará a otra cosa. Es lo que siempre hacen las mujeres. Él es el único que sufrirá —añade, señalando a Ilmari—. Pero, bueno, por lo que he leído sobre ti, la gente siempre se va, ¿no? Cualquiera que se haya preocupado por ti o está muerto o se ha largado.

—*Suksi vittuun* —maldice el finés.

—Kulta, no lo escuches —lo tranquiliza Rachel. Tiene lágrimas en los ojos cuando pone una mano sobre Ilmari.

—Troy, para —le ruego, dando un paso al frente—. Es a mí a quien quieres. Vuelca tu resentimiento en mí.

Me tiende la mano.

—Vamos a un sitio más tranquilo.

Bajo la mirada a su mano, intento no temblar.

—Tess, no lo hagas —me ruega Rachel—. Quédate.

—No me voy a ir hasta que no hables conmigo —insiste Troy. Su amenaza es clara: «Esto no parará hasta que tú no lo detengas».

—Tess...

—La terraza —digo por encima de las protestas de Rachel—. Es el único sitio al que voy a ir contigo.

Resopla.

—¿Para que todo el mundo pueda vernos a través del cristal como si fuéramos animales en un zoo? No, gracias.

—Pueden vernos, pero no oírnos —contraataco—. Puedes decir lo que tengas que decir..., pero ya no puedes volver a hacerme daño. No sin que todo el mundo lo vea.

—Dios. —Nos mira a todos a la cara—. ¿Es eso lo que les estás contando, Tess? ¿Por eso todo el mundo está tan envarado? ¿Has ido por ahí contando que te pego a todas horas? ¿Qué pruebas tienes de ello? ¿Dónde

están los informes médicos? ¿Dónde están los informes de la policía? Nunca te he tocado. No en trece años...

—Mientes —digo con lágrimas en los ojos—. Los dos sabemos que estás mintiendo...

—Eres una puta mentirosa —me espeta—. La que me engañó, la que se fue. Dios, es que no puedo ni imaginarme las mentiras que has contado para que yo quede como el villano. Mientras tanto, eras tú la que se follaba todo lo que se movía. Todos sabemos que tengo pruebas suficientes para acabar con la carrera de tu juguetito. Incluso has tenido tu ración de este si las revistas dicen la verdad —añade, señalando a Jake.

—Esas historias eran una bazofia y lo sabes —digo.

—No, no lo eran.

Ambos nos giramos hacia Jake.

—¿Qué? —susurro.

Suaviza la expresión cuando me mira.

—Vamos, fresita. No hay ninguna razón para esconder lo que tenemos. Incluso un reloj roto da la hora dos veces al día. Ese eres tú —le dice a Troy —. Eres un estúpido reloj roto. Pero tienes razón en que Tess y yo tenemos algo. Estuvimos juntos y fue magnífico.

Troy se limita a resoplar.

—Se te da fatal mentir.

—A ti sí que se te da mal —contraataca—. Pero yo no estoy mintiendo. Tess y yo follamos como conejos por toda mi casa de la playa. Lo siento, amor, estabas trabajando y yo estaba cachondo —le dice a Rachel—. Y los dos sabemos que este no sirve de nada en esos asuntos —añade, señalando a Ilmari con el pulgar por encima del hombro.

—Jake—le dice el aludido con tono de advertencia.

—¿Qué? —le pregunta Jake a su vínculo—. ¿De verdad te molesta que este cretino sepa nuestras cosas? Es un mierdas de la cabeza a los pies. De todos modos, nadie le va a creer, Mars.

Troy pasa la mirada del uno al otro.

Ilmari se limita a sacudir la cabeza.

—No se merece conocer nuestros asuntos privados.

—Claro que sí. Está claro que le gusta el salseo. —Jake se gira hacia Troy y señala a Mars—: Este solo folla con mujeres. Sí, eso es, he dicho mujeres. Ya he perdido la cuenta de las veces que he vuelto a casa después

de un largo día de entrenamiento y me encuentro a estas dos cabalgándole la cara y la polla. Te lo juro, es algo digno de ver.

A mi lado, Rachel me agarra del brazo.

—Ay, Dios —susurra, pasa la mirada de sus chicos a Troy.

Yo también abro los ojos como platos y las piezas de este curioso puzle empiezan a encajar. ¿Puede que funcione de verdad? Mi relación con Ryan es el as que tiene Troy en la manga. Quiere hacerme daño arruinando a Ryan. ¿Cómo se supone que lo va a hacer si la mitad de los Rays están gritando a los cuatro vientos que también hemos tenido un lío? Jake y Mars han cogido la flecha más afilada de Troy y la están reduciendo a cenizas.

—Esto es una mierda —resopla Troy—. Sois todos un atajo de mentirosos.

—¿Estamos mintiendo nosotros? ¿O estás mintiendo tú? —insiste Jake —. Porque esas historias no encajan.

—¡Mars!

Aprieto más la mano de Rachel cuando Caleb se acerca sin apartar sus ojos oscuros de nosotros. Avanza deprisa con una cierta cojera. Mira a Mars mientras los dos se guardan sus móviles en el bolsillo. Al parecer, Mars le ha enviado un SOS.

—¿Qué está pasando? —pregunta el recién llegado.

El finés señala a mi ex con la cabeza.

—Este es Troy Owens.

La expresión de Caleb es de furia cuando se vuelve despacio y se fija en Troy por primera vez.

—Perfecto —resopla Troy—. Ya está aquí toda la panda. Tú eres el lisiado, ¿verdad? ¿El cojo? Eres aún más inútil que el guaperas idiota —añade, señalando a Jake con una sonrisilla perversa.

El rostro de Caleb es inescrutable y Rachel y yo dejamos de respirar. Después de todo, él es su chico misterioso, el impredecible. Jake se acerca unos centímetros, le pone a Caleb una mano en el hombro.

—Nene, ya lo tenemos controlado.

Caleb hace un gesto con los hombros para apartarlo, pero no despega los ojos de Troy.

—¿Has venido para hacer de tío duro? ¿Has venido a decir mierdas y a lanzar odio para obligarnos a que nos revolvamos y seamos nosotros

quienes demos el primer puñetazo? —Al oírlo, Troy sonríe de lado—. Sí, llevo toda la vida lidiando con los de tu calaña.

—¿Quiénes? ¿Los ricos? —responde Troy cuadrando los hombros—. ¿Chicos con poder y un objetivo en la vida?

—No vuelvas a hablar delante de mi esposa —lo amenaza Caleb con una expresión como la obsidiana—. No tiene por qué sufrir el sonido de tus berridos detestables ni un segundo más.

Troy lo mira fijamente.

—No admito órdenes de viejas glorias lamentables.

Caleb asiente con la cabeza sin más.

—Está claro que has hecho los deberes. Has encontrado en Google un vídeo de cuando me llevé el golpe en la rodilla, ¿verdad? Así pues, como cualquier otro *abusón*, crees que has encontrado mi debilidad. Ya no puedo recibir golpes. Tengo que hacer que otros luchen mis batallas. ¿Es eso lo que piensas?

—Digamos que no me intimidas tanto como aquí tu amigo el sueco —responde Troy.

—Es finés, gilipollas —escupe Jake—. Apréndetelo.

Ahora es Caleb quien agarra a Jake por el hombro, aunque no aparta los ojos de Troy.

—Tienes razón. Ilmari parece un Dios vikingo que te va a partir por la mitad. Y eso es justo lo que hará si te atreves a acercarte un paso a nuestra esposa. Pero yo soy la puta oscuridad —dice, acercándose a Troy—. Estoy donde se multiplican tus pesadillas. Y te digo ahora mismo que si vuelves a mirar a mi mujer, te arrancaré todos los dientes de la boca y haré que te atragantes con ellos.

Troy se cruza de brazos.

—¿Estás amenazando a un abogado, señor Sanford? Qué mala jugada.

—Es Price —lo corrige Caleb—. Estoy amenazando a un cobarde y a un peligro. Un abusador de mujeres...

—Tess es una mentirosa de mierda...

—Tess es mía. Te dejó y encontró por sí misma un hombre de verdad. Hombres de verdad. Olvídate de Langley. Esa no es tu amenaza. Soy yo. Ahora, ella es mía. Y a diferencia de ti, yo no pierdo las cosas que son mías. Las protejo. No mirarás a Tess, no hablarás con ella, ni siquiera respirarás

su puto aire. Solo te lo voy a advertir una vez: piérdete y quédate ahí. Para siempre.

Jake da un paso al frente para quedarse hombro con hombro con Caleb.

—Mi marido te ha dicho que te vayas. No le obligues a repetirlo.

Al mismo tiempo, Ilmari se coloca a la derecha, delante de Rachel y de mí para bloquearnos de la vista de Troy. Con el corazón acelerado, me agarro al brazo de Ilmari. A mi lado, Rachel hace lo mismo. No puedo evitarlo y miro por el lado para ver a Troy.

—Tess es nuestra ahora —entona Ilmari—. Es hora de dejarla marchar.

Después de un rato dolorosamente largo, Troy suelta una carcajada y da un paso atrás.

—Os presentáis todos como un fuerte unido. Muy impresionante. —Levanta las manos a modo de rendición y recula otro paso—. Tess, me voy —me dice, mirando por el lado de Ilmari para guiñarme un ojo—. De todos modos, no quería verte a ti. No es por eso por lo que he venido esta noche.

El corazón se me cae al suelo.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Sonríe sin más. Se mete la mano en el bolsillo y se saca un cheque doblado.

—¿Te doy a ti las donaciones?

Ninguno nos movemos.

Da un paso adelante y se atreve a meterle el cheque a Ilmari en el bolsillo del chaqué. Entonces me lanza una última mirada que lo dice todo.

—Ya nos veremos, Tess.

—No, no me verás —digo, por fin he encontrado mi voz. Su sonrisilla de suficiencia se convierte en una mirada asesina—. Este es el final, Troy. A partir de ahora, no volveré a verte ni a hablar contigo. Incluso cuando estás delante de mí, no te veo. Ya no queda nada. Nada de nada. Esta es la última palabra que vas a escuchar de mis labios: adiós.

He dicho las palabras, pero su narcisismo no le permitirá asumirlas. Ni siquiera me sorprendo cuando se limita a sonreír y a decir:

—Ya lo veremos.

Y así, sin más, se da la vuelta, se marcha y se lleva con él todo mi aire. Apenas ha cruzado las puertas de cristal cuando Jake suelta un gruñido de exasperación.

—¡Madre mía! ¡Pedazo de trozo de basura humana de mierda! Tess, ¿en serio que sigues casada con ese tío?

—Nunca he tenido tantas ganas de matar a alguien en toda mi vida —dice Caleb, que abraza a Rachel y la estrecha contra sí. Ella se agarra a él, todavía sujeta a la manaza de Ilmari.

—Joder, lo sé, ¿verdad? —chilla Jake—. Eso lo arreglamos enseguida. Tu divorcio es mi nueva misión en la vida.

Rachel se gira hacia mí y se aparta de sus hombres. Me pone las manos en las mejillas, aunque le tiemblan y tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás bien?

Yo me limito a sacudir la cabeza y a aguantar las lágrimas. No, no estoy bien. Ahora mismo, estar bien me parece un imposible.

—Lo estarás —me asegura mi amiga y me da un beso en la mejilla—. Tess, ese tío no te volverá a hacer daño.

Pero no es él lo que me importa ahora mismo. Solo tengo a una persona en mente.

—Ryan. —Digo su nombre con el poco aire que me queda en los pulmones.

—Sí, lo encontraremos. ¿Vale, corazón? Ahora mismo. Vamos todos a buscarlo. —Les hace un gesto con la cabeza a sus hombres para darles una orden silenciosa y ellos se dispersan para cumplir con su misión—. Lo encontraremos —vuelve a decirme.

Pero yo ya sé la verdad. Troy ya lo ha encontrado.

64

Tess

Me quedo ahí entre los brazos de Rachel, con el corazón acelerado. Sus hombres están por ahí desperdigados buscando a Ryan. El resto de Rays de la estancia se han fijado en nosotras.

Poppy es la primera que se nos acerca y le coloca una mano a Rachel en el hombro.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién era ese?

Novy y Morrow aparecen de repente detrás de ella, flanqueándola como dos gárgolas enfadadas. Tienen los dos los ojos clavados en la puerta por la que acaba de marcharse Troy.

—Era mi exmarido —respondo.

—Ay, cielos. ¿Estás bien?

—No. Tengo que encontrar a Ryan. —Levanto la vista para mirarla y paso los ojos de ella a sus hombres—. ¿Lo habéis visto?

Poppy sacude la cabeza, pero Morrow asiente.

—Madre mía, ¿cuándo? —digo, y lo cojo de la mano.

—He visto a ese tío hablando con él en la otra punta de la sala —responde—. Le dio algo y se alejó. En realidad, tampoco le presté mucha atención. Eso es lo único que he visto.

—¿A dónde ha ido Ryan?

—Lo siento, no lo sé —contesta.

Justo entonces aparece Nancy corriendo.

—Tess, no he conseguido encontrar a Ryan. Te juro que he mirado por todas partes. Su coche sigue aquí, pero el tío parece que se ha evaporado.

Se me cae el alma a los pies, pero le sonrío.

—No pasa nada, Nance. No te preocupes, yo lo encontraré.

—¿Qué más necesitas que haga? —se ofrece, espera instrucciones obedientemente.

Miro alrededor de la habitación. La gente que tenemos más cerca sigue lanzándonos miradas de precaución, pero al fondo de la sala oigo risas y parloteo. No todo el mundo se ha visto arrastrado por el tornado Troy. Pero está claro que la voz se ha corrido entre los Rays. Todos los jugadores se están acercando, hablan en susurros y tienen expresiones de preocupación.

Me vuelvo hacia Nancy y le aprieto la mano.

—Cheryl y tú tenéis que cuidar el fuerte, ¿vale? Dile a Joey que es él quien da el discurso dentro de quince minutos. Que sea breve. Nada más que darles las gracias a los benefactores y a los invitados y desear a todo el mundo que vuelva bien a casa.

Asiente con la cabeza.

—Pero... ¿qué necesitas tú?

—Yo tengo que encontrar a Ryan —digo por enésima vez.

—Vete —dice Rachel—. Está en alguna parte. No se marcharía sin ti.

—¿No? —digo, con el corazón en la garganta.

—Te quiere, Tess —responde Rachel—. Ve a buscarlo. Yo avisaré a los Rays.

Asiento y me voy. Avanzo hacia la otra punta de la habitación corriendo hacia la puerta que conduce al ropero donde están amontonados todos nuestros abrigos y bolsos. Rebusco en la caja de plástico, saco mi bolso y lo abro para coger el teléfono.

Tengo el corazón acelerado cuando desbloqueo la pantalla con el pulgar, ansiosa por ver si me ha dejado un audio. La pantalla brilla, pero no tengo ningún mensaje de Ryan. Ningún mensaje de texto. Ningún audio. Ningún GIF divertido.

Toco su número y me llevo el móvil al oído mientras rezo para que me lo coja. Suena una vez. Dos veces. Tres veces. Entonces salta el contestador.

Salgo del armario tambaleándome.

—Ryan, cariño, ¿dónde estás? Por favor, llámame. Por favor, dime que estás bien. Sé que Troy ha hablado contigo y, da igual lo que haya dicho, da igual lo que haya hecho, eso no cambia lo que siento por ti. Te quiero. Voy a buscarte, ¿vale? A ver... Dios, es que... Ya voy.

Sin soltar el teléfono, me agarro el bajo del vestido y lo busco por la sala.

—¿Alguien lo ha visto? —le pregunto a Sully cuando paso por su lado en el vestíbulo principal.

—No —responde él con una expresión preocupada. Luego me asegura —: Todos lo estamos buscando. Está en alguna parte, Tess.

—Por favor, seguid buscándolo —le digo mientras me voy a toda velocidad.

Si yo fuera Ryan, ¿dónde iría? No me iría en el coche, pero nadie me ha visto por aquí. ¿Dónde estoy? ¿Dónde me siento seguro?

Detengo mis pasos y miro a mi alrededor en la cocina. Confusos, los empleados me devuelven la mirada mientras guardan el equipo de cáterin. No está aquí. Dios, ¿dónde habrá ido? ¿Dónde iría yo si estuviera huyendo de mí misma? Si me sintiera atrapada, si no me quedara ningún lugar al que ir, ¿dónde iría? ¿A dónde iría para encontrar mi final?

Giro sobre mis talones y salgo corriendo de la cocina por la puerta lateral. El frío aire de enero me acaricia la piel enfebrecida mientras hago lo que menos me gusta del mundo. Me quito los tacones, me levanto el vestido y corro. Corro hacia Ryan.

Rodeo el edificio, subo a toda mecha las escaleras que conducen hacia la terraza trasera y voy hacia el camino de tablones. Sentiría que ya no me quedan fuerzas, pero correría hasta que no hubiera ningún lugar al que ir. Correría hasta la orilla del agua.

Golpeo las tablas de madera con los pies y, con la respiración entrecortada, llego a la cumbre de la duna. Me detengo al final de las tablas, tengo los pies descalzos justo en el borde. Un mar de arena blanca se extiende ante mí y termina en el océano oscuro.

—¿Dónde estás? —digo, pasando la mirada de derecha a izquierda. Las antorchas siguen apagadas, pero, incluso a pesar de la tormenta nocturna, hay suficiente contaminación lumínica para mirar hacia la playa y ver una silueta caminando a unos cien metros de distancia.

Es Ryan. Está a salvo.

Suspiro de alivio, vuelvo a cogerme el bajo del vestido y voy hacia la playa. Corro hacia él y los pies se me hunden en la arena fría y profunda. Más allá de donde estamos, a menos de dos kilómetros, resuena un trueno y las nubes, oscuras y amenazantes, retumban como si fueran el vientre de una bestia hambrienta.

Ryan está en la orilla con su esmoquin y el agua chapotea a unos pocos centímetros de sus pies. La luz de su móvil brilla en la oscuridad como si fuera un faro que me atrae hacia él. Tiene unos papeles en las manos, los está leyendo.

Se me cae el alma a los pies. Esto es lo que lo ha traído aquí, lo que sea que le haya dado Troy.

—Ryan... —lo llamo, pues necesito que me vea.

Se da la vuelta, tiene el rostro sumido en la penumbra por culpa de la luz que emite el teléfono.

—¡No te acerques ni un paso más!

Mi instinto hace que me detenga. Él está todavía a más de diez metros.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tess, vuélvete —me grita—. No te acerques ni un paso más.

—Ryan..., ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho Troy? ¿Qué te ha hecho?

—Creo que me ha puesto una orden de alejamiento —dice.

Se me para el corazón.

—¿Qué?

—Creo que es por ti. Tess, por favor, no te acerques ni un paso más. No puedo... No sé de qué va esto —dice angustiado.

Intento controlar la respiración y me acerco un paso.

—Bueno, ¿qué pone?

—No tengo ni puta idea. ¡No soy abogado!

—Si es una orden de alejamiento por mí, creo que ni siquiera es legal. ¿Qué dice?

—Que no tengo ni puta idea —repite, el móvil vuelve a brillar sobre los papeles.

—A ver, ¿aparezco yo como la demandante? ¿Eres tú el demandado?

—Es que no... ¿dónde debería poner eso?

—Al principio —respondo, y me acerco otro paso—. Cariño, es lo primero. Arriba del todo suele aparecer el juzgado y el distrito y el número de expediente, junto con la parte demandante y la parte demandada.

Vuelve a mirar el documento.

—Vale..., bueno, mi nombre está en la segunda línea, ¿eso qué significa?

Me llevo la mano al costado y cojo aire para aguantar el dolor.

—La última frase suele ser para el demandado. ¿Pone «parte demandante»? Si es una solicitud de orden de restricción temporal, podría

poner «demandante» y luego mi nombre, lo que significaría que es Troy quien está haciendo todas las mierdas legales. No puede rellenar una solicitud así en mi nombre. Pero no soy experta en esta rama del derecho —admito—. Estoy tirando de lo que estudié en la carrera y lo que he visto en las series.

—Es que no tiene ningún sentido —dice él, y enciende de nuevo la luz del móvil.

Al ver cómo se está esforzando, me doy cuenta de lo que pasa en realidad.

—Ryan..., ¿te refieres a que no puedes entenderlo... o a que no puedes leerlo?

—¡Conmigo no seas condescendiente! —grita enfurecido. Está en modo defensa. Nunca lo he visto así. Se le están deshaciendo las costuras.

Me acerco un paso más. Luego otro. Ahora estamos a unos tres metros de distancia y puedo verle con claridad las facciones: el estrés, la preocupación.

—Te he dicho que no te acercaras —dice, pero se le están yendo las ganas de pelear. Anhela mi cercanía como yo anhelo la suya.

Tengo que saberlo. Tengo que preguntarlo.

—Ryan..., cariño, ¿sabes leer?

—Por supuesto que sí, joder. No soy idiota, Tess.

—Vale..., pues léemelo en voz alta. Lee la primera frase. Solo la primera.

Gruñe y mira a su alrededor desesperanzado antes de apuntarme con la linterna del móvil.

—Es que... ¿tu nombre se deletrea T-e-r-e-s-a?

—Sí —respondo—. Así es, Teresa.

Me mira con los ojos achicados.

—¿Teresa?

—Me llamo así, Ryan. Mi nombre de pila es Teresa. ¿Ese es el primer nombre que aparece?

—Sí.

Ay, mierda. Troy, ¿qué coño has hecho?

—Y... ¿ves R-y-a-n...?

—Sé cómo se escribe mi nombre.

—Vale —digo con toda la amabilidad que puedo reunir.

—Pero es que esta fuente es... Joder, lo ha hecho aposta. Ha hecho la fuente pequeñísima, hostia. Se juntan, así que no puedo leerlas. Las letras... se emborronan. —Vuelve a bajar la vista hacia el folio. Luego vuelve a mirarme con una expresión de angustia—. Si tuviera tiempo, si... Solo necesito un ratito y por lo general lo suelo sacar, ¿sabes?

Me limito a asentir.

—Lo sé, cariño.

Él sacude los papeles en el aire.

—Pero ¡ese puto monstruo lo sabía! Me entregó esto y me dijo que iré a la puta cárcel y ni siquiera pude discutir con él porque sabe que yo no puedo... —Deja de hablar y baja las manos a los lados, con papeles y todo. Mira a las olas oscuras y sacude la cabeza destrozado e indefenso.

De repente, todas las pistas que he pasado por alto en las últimas semanas empiezan a encajar y me siento tontísima. ¿Cómo he podido no verlo? ¿Cómo ha podido ocultármelo tan bien? Al mismo tiempo, mi odio por Troy crece de manera exponencial. De algún modo, ha escarbado en la vida privada de Ryan para saber cosas sobre él y ha averiguado cómo convertirlo en un arma arrojadiza. En realidad, es la crueldad más vil y degradante que he visto en mi vida. Me dan ganas de matarlo.

Y hace que quiera a Ryan mucho más. Es fuerte. Sale adelante. Más que eso, prospera. Mi dulce cachorrito de la playa, mi valiente protector. Dios, y es solo mío. Necesito que vuelva a mí.

—Ryan, cariño, ¿eres disléxico?

Se gira de repente hacia mí y me mira fijamente, tiene los muros bien levantados. Por una vez en nuestra relación, es él quien se siente arrinconado.

—No pasa nada por serlo —digo—. Y no estoy enfadada porque me lo hayas ocultado. Es solo que necesito saberlo. —Señalo los documentos que tiene en la mano—. Si Troy te ha dado eso, tenemos que ser capaces de leerlo para saber a qué no estamos enfrentando, ¿de acuerdo? Así que..., ¿lo eres?

Ryan asiente muy despacio.

—Sí.

—¿Es muy grave?

—Severa —admite—. Tengo dislexia y disgrafía. La mayoría de días está tan mal que apenas puedo leer nada. Mi ortografía es peor. Es... joder,

es agotador. Y me da vergüenza —añade.

Cubro el espacio que nos separa y levanto la vista hacia mi precioso yogurín. Tiene el nudo de la corbata aflojado y el primer botón de la camisa desabrochado. Ya no tiene el pelo peinado detrás de las orejas. Ha estado toqueteándoselo por culpa de la ansiedad. Y, ahora, el viento de la inminente tormenta le revuelve los mechones sueltos que le caen por la frente.

En su cuerpo veo al hombre que es, poderoso y fuerte. El chulazo millonario de la NHL, Ryan Langley, el delantero estrella de los Rays de Jacksonville. Pero en sus bonitos ojos verdes veo al chico perdido y avergonzado que sale adelante en un mundo que no ha sido amable con él.

—El horno —susurro—. Gratinar y horno estático. Tú...

—La fuente de esos botones siempre es tan diminuta... —dice—. Además, iba con prisa y no diferenciaba las palabras. Por eso no cocino. Nunca puedo seguir las estúpidas instrucciones. Siempre meto la pata. La cago con todo.

Asiento, las piezas siguen encajando.

—¿Y los audios?

—Es más fácil que escribir.

—Tus contratos..., tus finanzas...

Se encoje de hombros.

—¿Para qué voy a hacerlo mal cuando puedo pagarle a alguien que lo haga bien? MK lo sabe. Es un tío majo. Siempre me desglosa las cosas para asegurarse de que yo las entienda.

—¿Y en la playa? ¿El formulario? —Recuerdo que hizo la broma de darse la vuelta, como si estuviera tapando las respuestas para que yo no me copiara.

—Le pedí a Joey que me lo rellenara cuando tú te fuiste —admite—. Le dije que me había dado en la mano en una de las máquinas del gimnasio levantando peso. No hizo ninguna pregunta.

¿Es raro decir que estoy impresionada? Tiene una habilidad increíble para salir airoso.

—Yo no lo vi —admito—. Ryan, yo no lo sabía.

—Es que ese era el objetivo —responde—. No quiero que la gente sepa esto de mí, Tess. No quiero que me juzguen o que me tengan pena o que me

llamen estúpido. No soy tonto, es que... —gruñe y me mira—. La verdad es que no quería que lo supieras.

—¿Por qué?

—Porque no quería darte ni una razón más para que pensaras que no soy bueno para ti —admite.

Se me para el corazón.

—Ay... Ryan...

—Sabes que es cierto —espeta, mirándome fijamente—. Tess, eres inteligente que te cagas. Eres abogada y diriges organizaciones sin ánimo de lucro. —Sacude la cabeza—. Yo solo juego al hockey...

—No —le digo, doy un paso al frente y lo cojo por las muñecas—. No digas eso. No hay nada malo en ti, Ryan. Yo nunca diría eso. Ni siquiera lo pensaría. Y no tienes que cargar con esto tú solo —añado—. No tienes que esconderte ni estar avergonzado ni pensar que la gente de verdad decidiría no estar contigo por una diferencia en el aprendizaje.

—Llevo muchísimo tiempo ocultándolo —dice, el dolor es evidente en su voz—. Estoy agotadísimo. Ya es una mierda lidiar con eso todos los días sin que la gente me presione.

—Y Troy te ha presionado, ¿verdad?

—Es un puto gilipollas. —Cuando lo dice, sé que pretende dejar claro que siente indiferencia, pero se lo veo en los ojos: Ryan es de todo menos indiferente a los insultos que le ha lanzado Troy.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto, apretándole las muñecas. Pero Ryan se aparta—. Ryan...

—Que lo único que soy es hockey —dice una vez más—. Es lo único que tengo para ofrecerte, Tess. No tengo otro modo de ganarme la vida. Mi dislexia es tan severa... —Gruñe y se aleja andando. A su espalda, el trueno suena más cerca. La electricidad estática le levanta el pelo, la amenaza de lluvia acecha—. Casi no pude terminar el colegio —continúa—. Me aprobaron en el instituto por un tecnicismo. Acepté el primer fichaje que me ofrecieron porque no iba a sobrevivir a la universidad. Tess, si no tengo el hockey, no tengo nada. Tengo que jugar y ganarme el pan y permanecer en el hielo todo lo que pueda. No se trata solo de ti y de mí y de la vida que quiero construir para nosotros. Ya sabes que también le estoy pagando a Cassie la universidad. Y espero que mi madre se jubile este año. Todo depende de mí.

El corazón me late desbocado. Me encanta lo bien que cuida a las personas a las que quiere.

—Ay, cariño, eso nadie puede quitártelo...

—Esto puede —grita, sacudiendo los papeles delante de mi cara—. Creo que es una orden de alejamiento. Lo que significa que puedo ir a la cárcel si me acerco a ti. Tener que lidiar con la mala prensa es una cosa. Me dejarían seguir jugando, aunque tuviera mala prensa. Pero tener antecedentes penales por romper una orden de alejamiento es un no rotundo. Lo perdería todo. Mi madre..., mi hermana... —Se da una vuelta, se le caen los hombros de la emoción.

Después de un rato, extiendo la mano.

—Dame los papeles, Ryan. —Él no se da la vuelta—. Por favor —le ruego—. Dijiste que confiabas en mí, ¿lo recuerdas? ¿Lo decías en serio o ha sido todo solo por la emoción de la caza?

Se da la vuelta y me mira fijamente.

—¿De qué cojones estás hablando?

—Confías en mí cuando estamos desnudos. Confías en mí con tu cuerpo. Confías también en mí con tu corazón. Confía en mí, Ryan. No me voy a ir a ninguna parte. Me quedo. Tú te quedas y yo también. Puedo ayudarte. Voy a ayudarte.

Extiendo la mano otra vez y espero.

Despacio, asiente y me tiende los papeles.

Los acepto y él levanta la linterna del móvil por encima de los folios. Entrecierro los ojos para intentar distinguir el texto. Tiene razón, parece que alguien ha reducido el tamaño de la letra como a un ocho por ciento.

—Cariño, yo tampoco soy capaz de leerlo. Creo que ni siquiera se puede entregar así. El juez se pillaría un rebote.

Estudio las páginas lo mejor que puedo y compruebo las firmas. Muy despacio, levanto la vista con una sonrisa dibujada en la cara.

Ryan contiene el aliento.

—Espera, Tess..., joder, ¿por qué sonríes?

Bajo los papeles y suelto un suspiro de alivio.

—Porque lo tenemos —susurro.

—¿Qué?

Cierro los ojos, me tiembla el cuerpo. Ay, Dios, lo tengo. Troy tenía tantas prisas por hacerme jaque mate, que por fin se ha expuesto a sí

mismo. Ha cometido un error crítico. Durante muchísimo tiempo, he sido yo la que corría mientras él me perseguía por el tablero para cargarse todas mis defensas y arrinconarme en una esquina. Ahora es mi turno de ser valiente y dar un paso al frente, de ser una reina con su corona. Tengo todo lo que necesito para hacerle jaque mate a él. Tengo todo lo que necesito para ser libre. Ryan me mira escudriñándome con la mirada.

—Tess...

Doy un paso adelante y le paso los brazos por el cuello todavía aferrada a la orden de alejamiento fraudulenta. Le bajo la cabeza y lo beso en los labios. Noto que él se queda rígido, todavía tiene el cuerpo agarrotado del miedo. Pero cada beso hace que su duda se reblandezca. Me aprieto contra él, dispuesta a que sienta cuánto lo necesito, cuánto lo quiero. Abre la boca y le paso la lengua por los labios para convencerlo.

«Estate conmigo, tu diosa, tu reina».

—Te quiero —susurro contra su boca—. Nunca dejaré que te haga daño. Soy tu diosa, ¿recuerdas? Protejo lo que es mío.

Con un gruñido, Ryan me aprieta contra sí. Me envuelve con sus brazos cuando las primeras gotas de lluvia empiezan a caer. Un relámpago ilumina el cielo por encima de nuestras cabezas y los dos jadeamos y dejamos de besarnos. Lo miro a los ojos y los cielos se abren, la lluvia helada cae sobre nosotros.

—Vamos —me grita por encima del estrépito y me coge la mano libre.

—Espera —grito, clavando los pies en la arena.

Se da la vuelta.

—Tess, no es seguro estar aquí...

—Me da igual nuestro pasado —le digo—. Me da igual todo esto —añado, y suelto los documentos mojados en el agua. La marea los arrastra y los pierdo en las olas—. Quédate aquí conmigo y deja que la lluvia se lo lleve todo.

Se coloca a mi lado, cogidos de las manos, mientras la lluvia cae sobre nosotros.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me dice por encima de los truenos.

—Ahora, te voy a hacer una promesa —digo con una sonrisa—. He dejado de correr.

Se queda quieto, la lluvia le empapa la cabeza y los hombros. Le gotea por su bonita cara.

—Dilo otra vez.

Me acerco un paso y levanto la cabeza para mirarlo.

—Toda mi vida he estado corriendo y buscando un lugar que fuera como estar en casa —digo por encima de la lluvia—. Durante todo ese tiempo, he estado sola. Creía que era mi maldición. Pobre Tess, destinada a estar sola para siempre.

—¿Y ahora?

Le sonrío.

—Y ahora, esta noche, he corrido aquí fuera para buscarte. Ryan, he corrido hacia ti. He corrido hacia casa. Y ahora he dejado de correr.

Me envuelve la cara con las dos manos, nuestros rostros están a unos centímetros de distancia.

—Es lo único que quiero. Seré tu casa y tú serás la mía.

Asiento y le cubro las manos con las mías. Nos volvemos a besar, pero un relámpago rasga el cielo por encima de nosotros y nos agachamos por instinto tapándonos la cabeza con las manos.

—¡Tess!

—¡Ryan!

Nos giramos y vemos a un grupo de personas con paraguas que caminan por la arena hacia nosotros.

—¡Locos, poneos a cubierto antes de que os caiga encima un rayo! —grita Jake.

—Vamos —me dice Ryan y me vuelve a coger de la mano. Me agarro el vestido empapado y corro con Ryan a mi lado hacia donde todos los Rays nos esperan, al final del camino de madera.

Nos hundimos en la arena y nos encontramos con ellos al pie de las dunas.

—¿Qué narices estáis haciendo aquí fuera los dos? —grita Rachel, que da un paso al frente con un paraguas para intentar protegernos.

Karlsson se coloca al otro lado de Ryan y levanta bien su paraguas.

Ambos estamos temblando, calados hasta los huesos, con unas sonrisas enamoradizas en la cara. Miro a mi alrededor y veo que todo el mundo está aquí, todos nuestros amigos a los que queremos como una familia: Rachel y sus chicos, Shelby y Josh, Poppy, Novy y Morrow, Cheryl, Nancy y Joey. Todos nos estaban buscando. Le importamos a todo el mundo.

—¿Estáis bien? —dice Rachel.

Ilmari me rodea y me echa por encima su abrigo seco.

—Ay... tu discurso —grito—. Lo he fastidiado.

Me da un suave apretón en los hombros.

—Siempre nos quedará el año que viene.

Sonrío. Siento que los hombros se me sacuden del alivio, aunque esté temblando.

—Troy se ha marchado —dice Caleb con los ojos clavados en mí—. Lo hemos visto montarse en un Uber.

—¿Cuál es el plan, Tess? —dice Jake—. Ese gilipollas no va a parar nunca.

—Vamos a dejar de jugar en la defensa —dice Ryan.

Levanto la cabeza para mirarlo con la mano aferrada a la suya.

—¿Qué?

—Soy delantero —me dice—. Eso significa que no me quedo atrás y espero a que lleguen los golpes. Soy yo el que le da caña al otro equipo. Déjame hacerlo, Tess. Déjame ayudarte. Lo hemos intentado a tu modo. Ahora quiero que lo intentemos al mío.

—Déjanos que te ayudemos —interviene Jake.

—No estás sola, Tess —añade Caleb.

Las firmes manos de Ilmari me vuelven a dar un apretón en los hombros y tengo que luchar para no echarme a llorar de nuevo.

Estamos todos aquí. A todos les importa. Mi equipo. Mi familia.

—Cuenta con nosotros, entrenador —dice Josh desde debajo de su paraguas, con Shelby colgada de su brazo—. Dinos cómo podemos ayudar.

Miro a todos los que nos rodean, todavía cogida a la mano de Ryan. Me trago los nervios, me aclaro la garganta y le grito al grupo:

—Quiero daros las gracias a todos. No solo por venir esta noche y apoyar nuestra causa, sino por..., bueno, por apoyarme a mí. Desde que os conocí, habéis sido muy amables y me habéis acogido. —Paso la mirada de Poppy a Shelby, ambas me sonríen—. Tú me acogiste y me hiciste sentir que estaba en familia —añado, mirando a Rachel y a sus chicos—. Ahora Ryan es mi familia. Como las tortugas a las que hemos venido a apoyar esta noche, Ryan y yo nos hemos quedado un tanto enredados en la red. Os pedimos paciencia y ayuda mientras nos liberamos.

—Lo que necesitéis —se ofrece Jake.

—Ryan es un Ray y tú estás con él —añade Josh—. Cuidamos a los nuestros.

Asiento y respiro hondo. Basta de defenderse. Vamos a jugar en la ofensa. Nosotros le vamos a dar caña a Troy. Tengo un plan y creo que puede funcionar. Mi libertad está muy cerca, casi puedo saborearla.

Me vuelvo hacia Ryan y le aprieto la mano.

—Cariño, ¿alguna vez has estado en Cincinnati?

65

Ryan

Estoy de pie frente a unas puertas de ascensor doradas, veo que la luz blanca se enciende arriba del todo para indicar que un ascensor se está moviendo. Está bajando rápido. El corazón me late al mismo ritmo que las luces. Lento y firme.

—¿Estás preparado, tío? —dice Novy a mi lado, moviendo la caja que tiene entre las manos—. Eres un buen delantero, no te voy a mentir. Esto parece más bien lo que haría un sicario. ¿Estás seguro de que tienes lo que hace falta?

—Estoy preparado —respondo.

—Está listo —dice Sully a mi otro lado, él tiene otra caja.

El ascensor emite un ding y las puertas doradas se abren para revelar un cubículo vacío. Nos metemos dentro. Novy, Sully y yo nos colocamos al fondo. Morrow, Karlsson y Jake nos siguen.

—Nosotros esperamos al siguiente —dice Sanford.

Asiento y respiro hondo.

—¿Qué planta es? —pregunta Morrow.

—La siete —respondo.

Él le da al botón y el cubículo se sacude y empieza a elevarse.

—Tú puedes —dice Sully a mi derecha—. Esto se acaba hoy. Termínalo con fuerza.

Vuelvo a asentir con la cabeza.

El ascensor emite un ding y las puertas se abren otra vez. Los chicos y yo salimos. Yo encabezo la marcha mirando alrededor del elegante patio interior. Un par de chicas jóvenes que se parecen a la Barbie están sentadas en un largo escritorio de recepción. Se les abren los ojos interesados cuando

nos ven. Solo puedo imaginarme lo que estarán pensando al ver a seis jugadores de hockey profesionales invadir su vestíbulo.

—¡Buenos días! —canturrea la rubia de la izquierda—. Bienvenidos a Powell, Fawcett y Hughes grupo consultor. ¿En qué podemos ayudarles?

Le lanzo mi mejor sonrisa, con la que siempre me gano al público. Tess dice que es la sonrisa de anuncio de chicles, con los dientes brillantes y los ojos de flirteo.

—Buenos días. Sí, hemos venido a ver al señor Troy Owens. Creo que nos está esperando.

—Ah... mmm... —Baja la mirada a la pantalla del ordenador, toca un par de teclas y hace clic con el ratón—. No veo que el señor Owens tenga ninguna cita esta mañana.

—Bueno, está claro que eso es un error —respondo batiendo un poco las pestañas—. He tenido que coger un avión para venir. Estoy seguro de que la fecha y la hora son las correctas.

—Oh, vaya...

—Creo que no me he quedado con tu nombre —digo, apoyando un hombro en el escritorio.

—Soy Katie —dice con una sonrisa.

—En realidad, las dos nos llamamos Katie —dice la rubia de la derecha.

—Deberíais hacer un anuncio de chicles —bromeo, y las dos se ríen. Sí, no pueden resistirte al encanto de Ryan Langley en todo su esplendor. Ya se están rompiendo, se lo veo en los ojos.

—¿Sois deportistas? —dice Katie Dos, pasando la mirada de mí al resto.

—¿Tanto se nos nota? —respondo.

—Estás mirando a los titulares de los Rays de Jacksonville, el equipo de la NHL —dice Novy, y le guiña un ojo con un gesto sexi—. Y sí, somos muchísimo más guapos en persona. Las malditas cámaras siempre añaden dos kilos.

Las dos sueltan unas risitas.

Me inclino un poco más hacia ellas.

—Troy es un viejo amigo. Jugamos juntos al golf. Así que, ¿por qué no le decís que estamos aquí y a ver si nos hace un hueco en su apretada agenda?

—Ya voy yo —dice Katie Dos mientras se levanta de la silla.

Katie Uno asiente con la cabeza, se le sonrojan las mejillas cuando Jake se coloca a mi otro lado.

—Será mucho más divertido si le dices que hay una sorpresa esperándolo —le dice a Katie Dos—. A ver qué cara se le queda cuando vea que estamos todos aquí.

Katie Dos le lanza una sonrisa por encima del hombro y desaparece por el pasillo.

Yo me aparto del escritorio y cojo aire.

—Ha sido más fácil de lo que habíamos pensado —comenta Sully.

A nuestra espalda, vuelve a sonar el ascensor y las puertas se abren. Salen Sanny, Mars y MK.

—Ay, mierda. Es la hora del espectáculo —masculla Novy.

Me giro y veo que Katie Dos encabeza la marcha por el pasillo y Troy va a su lado. Va vestido para impresionar, con su traje de día de Brooks Brothers y el pelo oscuro peinado hacia atrás.

—¡Tachán! —dice Katie Dos haciendo un gesto de la mano y con una expresión de emoción.

Troy se detiene, me sostiene la mirada, mil emociones se le pasan por la cara. La que se le queda es la rabia mientras avanza hacia delante y deja atrás a Katie Dos.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? —grita—. Este es mi lugar de trabajo. Fuera. —Señala los ascensores.

Las dos Katies miran desde detrás del escritorio con los ojos como platos. Sé que a mi espalda al menos un par de los chicos han sacado los móviles y lo están grabando todo.

—Esto es una propiedad privada —continúa Troy—. Tenéis que marcharos, todos. Ahora.

—No vamos a irnos a ninguna parte —respondo—. Tú ya dijiste todo lo que tenías que decir en Jacksonville. Ahora es mi turno.

—Bien dicho —me apoya Sanford.

—Díselo, Langley —añade Sully a mi lado.

Unas cuantas personas asoman la cabeza por las oficinas.

—Katie, llama a seguridad —ordena Troy.

Al tiempo, Novy y Sully dan un paso adelante y le dan la vuelta a las cajas que tienen entre las manos. Las Katies jadean mientras el suelo se cubre de una lluvia de confeti de una caja y las fotos de la otra. Las fotos

pixeladas que nos han hecho a Tess y a mí durante las últimas semanas se deslizan por el brillante suelo. Hice criba de las más explícitas, pero el efecto es el mismo.

Las dos Katies se levantan y miran el desastre por encima de su mesa. La gente que había sacado la cabeza por las puertas están saliendo al pasillo, sienten curiosidad por saber qué está pasando. Bien. Quiero tener público.

—¿Reconoces tu trabajo? —digo, señalando el estropicio—. ¿Los papeles del divorcio que trituraste y entregaste en la puerta de Tess? ¿Y las fotos ilegales que nos has hecho durante semanas?

Troy resopla y se cruza de brazos.

—Esto es absurdo. Despedimos a Tess por romper nuestra cláusula de moralidad. Es una puta. ¿Quién sabría decir de dónde han salido esas fotos? —dice, señalándolas con un gesto de desdén—. Está claro que no puedes rastrearlas hasta mí.

—¿Eso crees? —lo desafío—. A lo mejor no te has enterado de que ayer pillamos a Tom, tu amiguito el fotógrafo cotilla.

Troy parpadea, pasa la mirada de mí a los chicos como si buscara una confirmación.

Doy un paso adelante y también me cruzo de brazos.

—Sí, estaba muy cómodo entre los arbustos del jardín trasero, preparado para sacarnos más fotos y enviártelas. Te ha delatado, Troy.

Un destello de preocupación se le pasa por la cara, pero enseguida se recupera.

—Solo intentas tenderme una trampa. Quieres que admita algo que los dos sabemos que no hice.

Le lanzo una mirada de incredulidad.

—¿Tenderte una trampa a ti? ¿Qué pasa? ¿Ahora eres una especie de héroe a lo James Bond? Troy, eres un abogado de tres al cuarto que trabaja en la empresa de su mamá. Apenas llegas a los tres millones con los tratos que cierras. Yo eso lo gano solo con los patrocinios —lo provoco—. Eres un hombrecillo de negocios de mierda y peor estafador. Eres patético. ¿Acaso te sorprende que ella te dejara?

Troy tiembla de la rabia y tengo que admitir que en cierto modo me gusta. Pero es narcisista hasta la médula, así que esto es pasajero. Se le pasará en un parpadeo y volverá a intentar hacerse la víctima honesta dentro de nada.

—Y no podemos olvidarnos de esto —digo, y me saco del bolsillo una nueva copia de la orden de alejamiento.

Dibuja una sonrisa de satisfacción.

—¿Y qué es eso? ¿Por qué no lo abres y nos lo lees a todos?

—Te estás descuidando —ignoro su golpe bajo—. Procesaste esta orden de alejamiento contra mí en nombre de Tess actuando como si fueras su abogado. No tienes ninguna prueba de que la estuviera acosando u hostigando, así que ya la está recurriendo. Manipulaste tu cargo para que te lo aprobaran, ¿verdad? ¿Mami sabe que estás usando su nombre para hacer que los jueces te aprueben solicitudes de orden de alejamiento contra tu esposa, esa a la que te gusta pegarle?

—No sabes de qué narices estás hablando —contraataca Troy. Mira a su alrededor, a las caras de sus compañeros que lo miran con cautela—. Solo es un jugador de hockey idiota. No entiende nada...

—No —admito cortándolo—. Pero él sí. —Señalo a MK, que está detrás de mí—. Troy, te presento a mi agente deportivo. Es abogado y se le da bien su trabajo de verdad.

MK da un paso adelante y le estrecha la mano a Troy, resulta un tanto incómodo.

—Hola. Mike Kline, Gestión de Deportistas de Élite.

—Dile lo que me has contado a mí —le pido.

—Ah, sí... bien, parece que has cometido algunas malas prácticas ilegales —explica MK mientras se sube las gafas por la nariz—. Además, hay que sumar el hecho de que se perpetró contra tu pareja íntima y hay un trasfondo de comportamiento abusivo, así que hay muchas probabilidades de que no te permitan ejercer. Puede que incluso tengas que pasar un tiempo en la cárcel si ella decide denunciarte por el asalto..., el cual sucedió en la propiedad de la empresa, ¿correcto? —Me mira a mí.

—Sí, así fue —respondo.

Detrás del escritorio, las dos Katies jadean. El resto de compañeros de trabajo de Troy lo miran con los ojos como platos.

—Eso es una puta mentira —declara Troy—. Tess no diría nada que me desautorizara.

—Ella está diciendo la verdad y yo también —contraataco.

—¿Por eso has venido? ¿Has venido a mi empresa a intentar humillarme con todas esas mentiras? ¿Has traído a todos estos imbéciles del hockey

para darme una paliza? Por favor, alégrame el puto día. Me encantaría ver cómo os sacan de aquí esposados por allanamiento y asalto.

—Ninguno de los que estamos aquí vamos a hacerte daño. Solo querían conocerte —le explico—. A ver, es que tenían todos muchísima curiosidad por ponerte cara, sobre todo cuando se enteraron de cuánto te gusta abusar de tus parejas.

—Putas mentiras...

—Ahora ya te han visto la jeta, gilipollas. La han memorizado. Chicos, ¿lo tenéis fichado? —digo por encima del hombro.

—Lo tenemos —responde Jake.

—Oh, sí, nunca me olvidaría de una cara tan fea —interviene Novy.

Troy me escudriña con la mirada.

—Dime a qué has venido, Langley.

—He venido para decirte que elegiste a la persona equivocada —respondo—. Pensaste que yo era una presa fácil, pero has intentado abarcar demasiado. No estoy solo en este mundo. Muevo a treinta personas en cualquier momento —digo, señalando al vestíbulo lleno de Rays—. Soy más fuerte que tú, más inteligente que tú y a la gente le caigo mejor. Estoy en otra liga fuera de tu alcance.

Troy se limita a resoplar.

—Voy a disfrutar muchísimo arruinándote la vida.

—Puedes intentarlo —lo desafío—. Sabiendo lo tonto que eres, lo harás. Ven a por mí con todo lo que quieras. Estoy preparado. Mis amigos, mi familia, mi equipo, ellos también están preparados. Solo he venido a darte un mensaje: Tess está conmigo ahora y nunca volverás a verla o hablar con ella otra vez.

—Si quieres a esa puta asquerosa te la puedes quedar —grita Troy—. ¡Para mí está más que muerta!

A su espalda, unas cuantas personas jadean. Se miran entre sí con expresiones de espanto. Solo puedo imaginarme lo que piensan de Tess comparado con lo que piensan del hijo mimado y podrido de la jefa.

—Espero que de verdad lo digas en serio —le contesto—. Porque si vuelvo a oler tu hedor a menos de tres kilómetros de ella, lloverá fuego. Y no solo hablo de los cargos por acoso, hostigamiento y chantaje que declararé por mí mismo. Los dos sabemos que Tess tiene todo lo que

necesita para que un juez o un jurado te condenen. Acabaremos contigo, Troy. Serás tú el que se pudra... en una celda.

—¿Qué quieres? —vuelve a decir Troy mirando a su alrededor—. Asumo que has venido a que lleguemos a un acuerdo. Me estás amenazando con todas estas mentiras porque quieres algo.

—Sí que quiero algo —respondo, y me meto la mano en el otro bolsillo trasero—. Me encantaría que me firmaras algo. —Me acerco al mostrador de recepción y dejo los papeles—. Katie, ¿podrías prestarle un bolígrafo al señor Owens?

La chica me lo tiende enseguida, con los ojos azules desorbitados.

—Gracias. —Me vuelvo hacia Troy—. Si firmas esto, nos vamos. Si lo firmas, Tess y yo seremos clementes contigo.

Troy cruza hacia el escritorio y agarra los papeles. Recorre la página en dos segundos antes de echar la cabeza hacia atrás y soltar un sonido lobuno que se me cala hasta los huesos.

—Ay, joder, ¿estás de coña? ¿Todo esto para que firme los papeles del divorcio? Podrías haberte ahorrado las molestias.

El corazón se me detiene cuando lo miro.

—¿Por qué?

Me devuelve los papeles y el bolígrafo repiquetea contra el mostrador de recepción.

—Porque ya los he firmado.

Parpadeo dos veces y paso la mirada de él a los papeles sin firmar.

—Espera..., ¿qué?

66

Tess

—Vamos, pedazo de basura.

Le doy por tercera vez al menú de la nueva impresora. Se supone que esta cosa estúpida se conecta al wifi, pero no tengo ni idea de cómo se hace. Estiro el brazo, cojo el manual que está en el borde del escritorio mientras aprieto el botón de *reset*. Esto parece una postura de yoga. La máquina emite un pitido de advertencia mientras intento acercarme el manual con la punta de los dedos. Ahora mismo no me apetece lidiar con una impresora que no funciona, pero es que no puedo estarme quieta. En este mismo instante, Ryan y la mitad de los Rays están en Cincinnati enfrentándose a Troy por mí.

Lo decía en serio: no volveré a verlo o a hablar con él. Los narcisistas solo entienden los límites cuando son firmes. He dibujado la línea roja y nunca volveré a cruzarla.

Para mí, ahora Troy Owens no es más que un recuerdo. Alguien a quien conocí.

La impresora emite un zumbido agudo y le doy un golpetazo mientras maldigo.

Por mucho que mi ex sea un recuerdo, sigo necesitando ese maldito divorcio. Le voy a dar a Troy una última oportunidad de firmarlo sin replicar.

Si no, lo voy a quemar todo. Al meterse con Ryan, Troy despertó al dragón. No descansaré hasta que no sea libre y, si se va a poner a amenazar a la gente a la que quiero, lo reduciré a cenizas.

Límites, ahora los tengo. Si me tocas las narices, te enteras.

En este caso, Ryan y sus compañeros de equipo se han llevado dos cajas llenas de «te enteras» al despacho de Troy. He estado toda la mañana

pegada al teléfono esperando impaciente a que me den noticias. Ni siquiera la impresora ha resultado ser una buena distracción.

El pitido continúa y maldigo para el cuello de mi camisa cuando vuelvo a apretar el estúpido botón de *reset*. Por lo que más quieras, tengo una carrera, un máster y un doctorado. Estoy segura de que puedo poner en marcha una estúpida y puta...

—Buenos días, Tess.

Jadeo y casi me tropiezo en mi postura del guerrero por las prisas con las que me he dado la vuelta. El corazón se me detiene y veo a Bea Owens de pie en la puerta de mi despacho. Está perfecta, como siempre, alta y ágil con su cuerpo de bailarina. Es toda clavícula y caderas angulosas. Va enfundada en un vestido de tubo azul marino, con perlas en las orejas y en el cuello, y un Hermès Kelly colgado del brazo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —digo con el corazón acelerado y cruzándome de brazos.

Está mirando la estancia, fijándose en todas las mejoras que le he hecho al local: dos escritorios nuevos, fotos enmarcadas en la pared, papel pintado para tapar las antiguas manchas de humedad. No tiene nada que ver con su elegante despacho de madera de cerezo, pero es mío.

—Así que... este debe de ser tu nuevo despacho.

—No voy a volver —digo luchando contra los nervios.

Tener que lidiar con el drama de Troy es una cosa. Después de trece años, me he hecho un máster en tragar sus mierdas. Pero Bea es otro cantar. Ella ha sido mi debilidad durante muchísimo tiempo y una figura materna, todo en uno. La tenía en un pedestal. Santa Beatrice, santa patrona de las hijas perdidas.

Incluso cuando se puso del lado de Troy, incluso cuando veía a su propio hijo mentirme y engañarme, cuando lo ayudó a manipularme... Dios, todavía la venerara. Pero todos los falsos ídolos acaban cayendo. La miraba y veía a Jackie Kennedy. Ahora solo veo a la madre de Troy.

Una vez completada la inspección de la oficina, me sostiene la mirada.

—Te he echado de menos estas últimas semanas.

—No voy a volver —repito—. Si es eso lo que has venido a pedirme, te puedes ir. Cincinnati ya no tiene nada para mí, Bea.

—Lo sé —responde ella.

Contengo el aliento y entorno los ojos cuando me doy cuenta de la verdad.

—Diría que puedo darte el aviso oficial de dos semanas, pero las dos sabemos que has dejado que Troy siga adelante con lo de despedirme. Harías cualquier cosa para complacerlo en este momento de duelo, ¿verdad?

Ella no dice nada, así que sé que tengo razón. Yo solo resoplo y sacudo la cabeza. Esperaba en vano que me demostrara que merecía la pena idolatrarla. Al ver a Bea con su vestido de Prada y sus perlas, me doy cuenta de que todo era un espejismo.

—¿Sabes? Me he pasado los últimos trece años sintiéndome una impostora —admito, aunque más para mí misma que para ella—. La pobre y desfavorecida Tess con sus opiniones ruidosas y sus becas escolares. Yo no he pagado para abrirme paso en el mundo, Bea. Yo me lo he ganado. He trabajado duro y me admitieron en la Ivy League. Cuando conocí a Troy y a tu familia creía que había llegado a lo más alto. Por fin estaba dejando a mi espalda todo el caos de mi antigua vida. Había sido elegida. Estaba dentro. Aprendí las reglas y dejé que rompieras pedazos de mí para que pudiera entrar en cajitas pequeñas.

—Hablas como si te hubiéramos mutilado —dice con una expresión impávida—. Como si no hubieras sido tú quien dirigía tu propio destino. No eres una víctima, Tess.

—Oh, lo sé —respondo—. Yo misma pedí todo lo que conseguí. Me quedé cuando debería haber corrido. Me quedé sentada y callada cuando debería haber gritado desde las azoteas que todo lo que me rodeaba era un artificio y una patraña. Luché con todas mis fuerzas, Bea. ¿Y para qué? ¿Qué he ganado al final? ¿Qué tengo para enseñar después de una década viviendo bajo tu ilustre sombra? Ahora, al final del todo, veo la verdad: nunca me aceptasteis del todo..., ¿no? Ni él ni tú, sin duda.

—Te he querido a mi modo —admite—. Y Troy intentó...

—No —digo, levantando la mano—. Nada de justificaciones. Ese punto ya lo hemos superado. No sé a qué has venido, pero la verdad es que no creo que lo encuentres, Bea. —Bajo la mano, tengo el corazón en la garganta—. Creo que deberías irte —susurro—. Necesito que te vayas.

A mi espalda, la impresora suelta otro pitido de alarma. Papel atascado o algún problema con el alineamiento de la bandeja. Me giro para alejarme de

mi exsuegra y le doy al botón para apagar la máquina. Aprovechando que estoy de espaldas, respiro hondo y me agarro a ambos lados del aparato.

—No he venido para romperte más el corazón —dice con amabilidad.

Me doy la vuelta despacio.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Deja su Hermès Kelly encima del escritorio, lo abre con su manicura perfecta y el enorme anillo de esmeraldas y diamantes brillando en su dedo. Saca una carpeta azul de las que usan los abogados y me la tiende.

—He venido a darte esto.

Clavo los ojos en el documento.

—¿Y qué es eso?

Lo deja en la esquina del escritorio entre las dos.

—Ábrelo y lo verás.

Con el corazón en la garganta, cojo la carpeta y la abro. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando leo las letras en negrita que hay encima del todo: «Solicitud de disolución del matrimonio».

—Ay, madre... —susurro sin aliento y acaricio la página con la punta de los dedos. Está firmado—. ¿Cómo has...?

—Mi hijo es una persona imperfecta, Tess —admite—. Eso lo sé. Siempre lo he sabido. Es propenso a la rabia y a la acción. Puede ser obstinado. Dios sabe que los dos hemos luchado muchas batallas a lo largo de los años. Tú también las has luchado.

Las dos sabemos que se queda corta.

—¿Por qué ahora, Bea? ¿Qué ha cambiado?

Se aclara la garganta.

—Troy es un hombre apasionado, Tess. A veces esa pasión se apodera de la razón. Sin razón, puede tomar malas decisiones. Podemos cometer acciones que... acabemos lamentando.

La miro entrecerrando los ojos en un intento por dilucidar la verdad.

—¿Qué intentas decir?

Me aguanta la mirada y se le afilan los ojos al levantar la barbilla. Esta es la Bea de fusión y adquisición de empresas, la Bea de la sala de juntas, la Bea de «vamos a hacer un trato».

—Ay, Dios —susurro cuando la verdad se me echa encima como una ola. Veo el momento en el que le brillan los ojos y sabe que lo sé.

—Necesito saber que esto se acaba aquí —dice señalando los papeles—. Tú tienes tu libertad. Ahora puedes irte... y dejar a Troy en paz.

Escucho las palabras que no está diciendo: «Ahora puedes irte... y no presentes cargos».

La indignación se apodera de mí. No ha venido por mí y estos papeles no son un regalo. Son una compra. Un pago para que guarde silencio. Está protegiendo a su hijo. Siempre protegerá a Troy, solo a él. No a mí. Nunca a mí.

—¿Qué ha hecho que por fin se incline la balanza? Ignoraste los maltratos porque él siempre tuvo cuidado. Nunca hubo ninguna prueba, ningún testigo. Era mi palabra contra la suya...

—Tess...

—Dime, ¿qué ha cambiado, Bea? —insisto—. ¿Te has enterado de lo del acoso y el hostigamiento? ¿Quizá alguien te ha chivado lo del fotógrafo que me ha estado siguiendo durante semanas?

—No sé de qué me hablas —responde, es la tigresa de la sala de juntas protegiendo a su cachorro incontrolable.

Entorno los ojos y entonces veo la verdad.

—Fue la orden de alejamiento, ¿a que sí?

Le brillan los ojos y sé que tengo razón.

—Usó tu nombre, ¿no? Te convenció de que movieras hilos con el juez. Ahora no solo lo estás protegiendo a él. Te estás protegiendo a ti misma..., ¿no?

—Tienes lo que querías —dice, señalando los papeles—. El divorcio. Es eso lo que dijiste que querías, ¿no? Hemos sido generosos. Es una división equitativa según las leyes del estado de Ohio. Todos los activos, todas las propiedades...

—Todo eso me da igual. —Estampo los papeles contra el escritorio—. Esa es tu obsesión. A ti te importan las apariencias. A mí eso nunca me preocupó.

—Lo sé —responde con solemnidad—. Por eso supe que este matrimonio estaba condenado a fracasar.

Sus palabras son como un puñetazo en el estómago. Bajo la mano y me agarro al escritorio con fuerza.

—Siempre fuiste demasiado obstinada, demasiado inculta —insiste—. Encajabas en nuestra vida igual que una rueda oxidada y rota. Yo hice todo

lo que pude por el bien de Troy. Tú eras lo que él quería entonces y no puedo negarle nada.

Se detiene y me estudia los rasgos.

Me aparto por instinto, odio que me mire como si me estuviera tasando.

—Y entonces vi lo rota que estabas —dice—. Eras un pájaro sin alas que ansiaba volar. Así que te acogí bajo mi ala. Hice el papel de la madre que te adoraba, de tu consejera en los negocios. Te enseñé a vestir y a hablar y a actuar. Mientras os veía a los dos picotearos el uno al otro. Te vi sacar lo peor de mi hijo y fui incapaz de detenerlo.

—Y lo peor de él sacó lo mejor de mí —la desafío—. Creía que se había ido, que lo había perdido para siempre. Creía que nunca volvería a ver a esa Tess salvaje y feliz. Has dicho que soy una rueda rota y oxidada. ¿Sabes cómo me llama Ryan? —Ella aprieta los labios y no dice nada—. Chica de ensueño —continúo con una sonrisa que me ilumina la cara. Su amor me llena, me enciende mientras me enfrento al último dragón que me queda, espada y escudo en ristre—. Tienes razón en lo que a mí respecta, Bea. Toda mi vida he sido un pájaro perdido buscando un hogar, cualquier lugar donde pudiera sentirme a salvo y querida y libre para ser yo misma. En mi ignorancia, pensé que quizá esas cosas se podrían comprar con dinero y poder. Estaba muy equivocada. Tuve que alejarme de todo para poder encontrar por fin ese hogar.

—Supongo que tu nuevo hogar es Jacksonville —dice.

—No. Mi hogar soy yo. He sido yo durante todo este tiempo. Yo soy todo lo que necesito. Soy suficiente tal y como soy. Soy inteligente y tengo motivación. Soy amable. Soy apasionada y divertida y muy sexi. —Enderezo los hombros, la confianza en mí misma me recorre todo el cuerpo —. Vine a Jacksonville para estar cerca de Rachel. Creía que ella era mi hogar. Pero me equivocaba. Ella solo fue la primera persona que levantó un espejo y me enseñó que soy suficiente.

—¿Y ese chico nuevo? —insiste con una ceja levantada.

Se me ensancha la sonrisa.

—Él es mi bola de espejos. Toda su superficie me refleja mis perfecciones. Me quiere tal y como soy. Para él no soy ruidosa ni tengo demasiadas opiniones. No se avergüenza cuando hago bromas porque le preocupe que yo sea más divertida que él o que le esté quitando su foco de atención. Deja que mi luz brille todo lo que quiera y me refleja todo su

brillo. Nunca he conocido un amor o una aceptación como la que tengo con Ryan.

—Bueno —dice, se le nota la voz cargada de emoción—. Entonces parece que tienes todo lo que siempre has querido.

Asiento con la cabeza.

—Ahora soy feliz, sí. Y soy libre. Aunque no tenga esto —añado, y doy unos golpecitos a los papeles del divorcio—. En mi corazón, ya era libre. Esto me libera también legalmente, son las últimas cadenas que me aprisionan en el edificio podrido de la vida que creía que quería.

—¿Edificio podrido? —dice, levantando una ceja—. No es nada halagador.

—Bueno, si las sandalias de piel de Manolo Blahnik quedan bien... —respondo, encogiéndome de hombros.

Ella suspira y mira alrededor del despacho mientras se cambia el bolso de brazo.

—Necesito tu palabra de que esto se acaba aquí. Necesito saber que no tomarás represalias contra Troy.

Aprieto los labios y miro mi teléfono móvil, que está encima del escritorio. Todavía no he recibido ningún mensaje de Ryan. Ahora mismo, está en Cincinnati de camino a las oficinas de PFH con la intención de presionar a Troy para que firme los papeles. Mi ventana se está cerrando. Si alguna vez he querido reclamarle algo a Bea Owens, ahora es mi oportunidad.

Enderezo los hombros mirándola y me pongo las manos en las caderas.

—Cuando hablamos por teléfono, te dije que tenía un plan para que todos saliéramos airosos de esta. No me creíste. Te pusiste del lado de Troy. Y ahora estás implicada en su mala praxis legal.

—Tess...

Levanto una mano para callarla.

—Es mejor que no nos andemos por las ramas. Solo tengo que decir una palabra para que mi abogado se os eche encima a los dos. Ahora soy yo la que tiene la sartén por el mango, no tú.

—¿Y qué quieres, Tess? —dice con la voz entrecortada—. ¿Qué tengo que hacer para que esto se acabe aquí?

—Tenéis que acceder los dos a ir a terapia —digo sin vacilar.

Ella abre los ojos como platos.

—¿Terapia?

—Troy necesita una intervención, Bea. Necesita una ayuda que tú no puedes darle. Y tú también la necesitas. Porque el modo en que lo quieres le está haciendo daño. Necesita que sus acciones tengan consecuencias. Que le pongan límites. Que se apliquen consecuencias. Un psicólogo puede darte las herramientas para interactuar mejor con él. Tu hijo te necesita, Bea. Creo que eres la única persona que de verdad le importa. Ayúdalo.

—Entonces... ¿qué? ¿Vamos a terapia y te enviamos pruebas de nuestras sesiones?

Asiento con la cabeza.

—Sí..., bueno, no. No me envíes a mí las pruebas. Después de hoy, no quiero tener contacto con ninguno de los dos. Envíaselas a mi abogado. Dos sesiones semanales durante el próximo año. Ve, aprende herramientas para tener una relación más sana con tu hijo.

Arquea una ceja.

—¿Y si digo que no?

—Entonces presento cargos.

Frunce más el ceño y aprieta los labios.

—¿Y si no puedo convencerlo a él de que también vaya?

—Entonces presento cargos —repito—. ¿Ves? Límites y consecuencias.

Se lo piensa un momento.

—Está bien. Considéralo hecho. ¿Algo más?

Sonrío con los ojos clavados en el póster enmarcado de una tortuga marina que hay detrás de su cabeza.

—Sí..., haz un donativo a Fuera de la Red. —Dejo que mi mirada vuelva a ella y me deleito con su cara de sorpresa—. Y, sea cual sea el número que estás pensando ahora mismo, duplícalo.

—¿Tortugas marinas? —Sacude la cabeza con un aire triste—. Ya veo que en realidad el tiempo que has pasado conmigo no te ha enseñado nada. ¿Tienes un cuchillo en la garganta y lo único que pides es que vaya a terapia y que haga una donación a esta organización sin ánimo de lucro?

Sus palabras se me clavan en el pecho, bien hondo, y me doy cuenta de que tiene razón. Trece años a su sombra y he sobrevivido. Sigo siendo yo. Tampoco diría que no me ha enseñado nada, pero sus lecciones solo me han dejado cicatrices. Me curaré. Me estoy curando.

Le sonrío, siento que el corazón me ha crecido, es diez veces más grande.

—Sí. Tú haz el donativo, que sea generoso de verdad, e incluso emitiré una declaración conjunta con Troy que luego podréis compartir con vuestros amigos y asociados. Diremos que lo dejamos de forma amistosa y que nuestras familias siguen unidas mientras yo me he mudado para dedicarme a nuevos entornos filantrópicos.

Se lo piensa.

—¿Y las consecuencias? ¿La prensa?

—Puedes contarle a todo el mundo lo de la donación —respondo—. PFH se lleva las ventajas de reducción de impuestos y toda la buena prensa mientras tú evitas la dura atención que se llevaría un divorcio contencioso. Pero aún más importante para ti, Troy evita que le impidan ejercer la abogacía y los cargos criminales.

—Eso es todo lo que conseguimos nosotros —dice con la ceja arqueada a modo de pregunta—. ¿Qué sacas tú, Tess?

Bajo la mirada a los papeles del divorcio firmados.

—Yo saco mi libertad. —Poco a poco, vuelvo a levantar la cabeza y la miro a los ojos—. Y no os vuelvo a ver en la vida.

67

Tess

—Espera... Entonces, ¿ya está? ¿Vas a dejar sin más... que se salga de rositas? —Rachel está de pie a la orilla del mar, con las manos metidas en los bolsillos de su forro polar.

Poppy está a su lado. Se ha metido la larga coleta rubia por la parte trasera de su gorra de los Rays. Las dos me miran como si tuviera serpientes en lugar de pelo.

—Sí, ya está —respondo, y le doy un sorbo a mi chocolate caliente. Esta mañana de febrero el aire viene frío, lo siento morderme en la punta de los dedos cuando levanto el termo para llevármelo a los labios. Casi tenemos este trocito de playa para nosotras solas.

—Y... ¿a ti te parece bien? —insiste Shelby, que está al otro lado de Poppy. Es ella la que nos ha traído los chocolates calientes. Nuestros chicos siguen en Cincinnati, ayudando a Ryan a terminar de recoger todo lo de mi apartamento. Esta tarde tienen el vuelo de vuelta.

—Sí, me parece bien —respondo, asintiendo con la cabeza, y sé en mi corazón que es cierto.

Las chicas me miran con expresiones de precaución, no dicen nada mientras seguimos caminando por la orilla de la playa.

—Mirad, sí que podría presentar cargos —les explico—. Podría llevar a Troy a los tribunales por el acoso y el hostigamiento. Podría airear todos los trapos sucios que hemos compartido durante la última década. Pero a Troy se le da bien tratar a la gente como lo tratan a él. Alargaría hasta el último minuto. Su madre y él intentarían enterrarme en retrasos y tasas legales y contrademandas. ¿No lo veis? Luchar contra él en los tribunales es otra forma de dejarle ganar. Ya me he hartado de que me robe mi tiempo y mi alegría. Ya me ha quitado suficientes cosas. Ambos me han quitado ya

bastante. Por favor, decidme que lo entendéis —digo, cogiendo a Rachel del brazo.

Esta se detiene y se saca la mano del bolsillo para cogerme la mía.

—Ay, cariño, claro que lo entiendo —dice con sinceridad—. Te prometo que sí. Bueno, si yo fuera tú, me pondría en modo *Juego de tronos* total. Te hizo daño, Tess. Le hizo daño a mi amiga. Si por mi fuera, un dragón lo desmembraría con sus garras.

—O una manada de perros salvajes —añade Poppy.

—Eh, ¿cómo era el mito este de un hombre al que un buitre le come los intestinos todos los días? —pregunta Shelby.

—Prometeo —responde Poppy—. Y no era un buitre, era un águila.

Yo les sonrío a las tres.

—No sé si podré encontrar un águila que acceda a comerle las tripas todos los días. Parece más complicado que encontrar un juez y un jurado justos.

—Pero ¿quieres encontrar un juez y un jurado? —me insiste Rachel—. ¿Quieres presentar cargos?

—No —admito, es la verdad—. Lo siento, pero no.

—Ay, Tess, no te disculpes conmigo —dice Rachel y me coge otra vez de la mano—. Solo quiero que estés segura. Quiero que sopeses todas tus opciones y tomes la mejor decisión para ti. Y quiero que sepas que tienes elección. Porque si lo que te retiene es pagar tasas legales o que necesitas contratar a un equipo legal, sabes que nosotros...

—Lo sé —respondo apretándole la mano—. Sé que me ayudaríais sin hacer preguntas. Sé que me darías un riñón si lo necesitara.

Sonríe.

—Esperemos que eso no haga falta en un futuro próximo, pero sí, te lo daría. Ahora mismo, tendría que luchar con Jake por ver cuál de los dos tiene el honor —añade riéndose—. Está muy decidido a protegerte y a hacerte sentir como una Price.

—Yo no puedo ofrecerte un riñón, pero tienes mi apoyo —dice Shelby desde el otro lado—. Decidas lo que decidas, da igual lo que sientas que es lo correcto para ti, estamos aquí, Tess. Y que no haya implicado un juzgado no significa que no se haga justicia.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Poppy.

—Bueno, en mi experiencia, la justicia es diferente para cada persona —explica Shelby—. Para algunas personas, solo se hace justicia cuando ven a quien les maltrató tras las rejas. Otras se sienten resarcidas cuando el abusador admite sus crímenes y busca perdón.

—Troy nunca admitiría que ha cometido una falta. Se disculpará cuando las tortugas vuelen —digo—. Pero puede que ir a terapia le resulte esclarecedor. Si no para él, creo que Bea aún se puede salvar. Y su madre ejerce muchísima influencia en su vida. De verdad creo que ella puede ayudarlo.

Shelby asiente con un gesto compasivo.

—En ese caso, puede que la justicia más dulce sea que sigas adelante con valentía. Déjalos que se queden el uno con la otra. Nosotras sobreviviremos, prosperaremos y nunca les dejaremos que tengan poder sobre nosotras.

Ahora soy yo la que se detiene y le sostiene la mirada. Nunca he mencionado lo que me contó en el garaje. Ni a Rachel ni a nadie. Puede que Shelby sea una psicóloga infantil que se enfrenta a casos como el mío en lo profesional, pero las dos sabemos que su experiencia es mucho más profunda. Tiene sus propias cicatrices.

—¿Eso es lo que harías tú? —pregunto.

Ella me sonríe con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo también querría tener el futuro. Ya está bien de vivir en el pasado.

Asiento con la cabeza y el corazón se me acelera del alivio que siento al sentirme entendida. A mi lado, Poppy coge aire, aunque suena más bien a sollozo.

—¿Pop? ¿Estás bien? —pregunta Rachel.

—Ay, madre mía —dice con una risilla—. No me hagáis caso. Últimamente las hormonas me tienen loca.

—¿Y tú qué? —le pregunto—. ¿Qué harías tú?

Se sorbe las lágrimas y la nariz.

—Algunos días siento que en mi pasado hay más fantasmas que en una casa encantada. —Cierra los ojos y respira hondo. Muy despacio, los vuelve a abrir—. Yo también quiero el futuro —dice, le tiemblan los labios cuando se lleva la mano a la tripa—. Que Dios me ayude, no puedo seguir mirando atrás. Quiero mirar hacia delante. Necesito mirar hacia delante.

Asiento con la cabeza y le doy un apretón en el hombro.

—Bueno, pues ya está —dice Rachel, mirando la arena que tenemos a nuestros pies—. Encontrad una concha.

Poppy aspira por la nariz.

—¿Qué?

—Chicas, encontrad una concha —vuelve a decir Rachel.

En esta franja de la playa hay un montón de conchas, sobre todo cárdidos y buccinos, pero también alguna que otra caracola. La mayoría no son mayores que una moneda. Encuentro una medio enterrada en la arena. Es una vieira pequeñita, es naranja en los bordes y rosada en la base.

A mi lado, Shelby le quita la arena a una conchita blanca.

—¿Qué vamos a hacer con ellas? —pregunta con la suya en la palma.

—¿Todas tenemos una? —responde Rachel, que tiene en la mano extendida una concha enroscada de color negro. Las demás también enseñamos las nuestras, tenemos los dedos llenos de arena—. Vale, esto es algo que mi abuela nos hacía cuando éramos pequeños —explica Rachel—. Le susurras un secreto a la concha, una esperanza, un sueño. Se lo das para que lo guarde y el océano lo mantiene a salvo.

Poppy levanta una ceja escéptica.

—¿Quieres que le cuente un secreto a esta concha?

Rachel sonríe.

—Si quieres. O puedes darle tu pasado. Dale tus fantasmas. —Me mira a mí con una expresión solemne—. Dale tu dolor, tu frustración.

—Voy a necesitar una concha más grande —suelta Shelby.

—Las conchas son duras —le contesta Rachel—. Pueden soportar más de lo que te imaginas.

Miro mi concha, me fijo en las estrechas crestas y en el color, rojizo como mi pelo. El corazón se me acelera cuando cierro los dedos a su alrededor y dejo que el relieve se me clave en la carne de la palma.

Rachel está de pie a mi lado y cierra los ojos mientras respira hondo.

—Dadle a la concha lo que necesitéis que cargue por vosotras. Y, cuando estéis listas..., soltadla.

—¿La soltamos? —repite Poppy.

Mi amiga sonríe y abre los ojos.

—Así. —Le da un besito a su concha, echa el brazo para atrás y la lanza hacia las olas para dejar que el agua se la trague. Luego suelta una gran exhalación y relaja los hombros.

Yo cierro los ojos, me concentro en la concha que tengo en la mano, le vierto mi rabia y mi frustración, mi miedo, mi soledad, mi derrota personal. Soy Tess. Soy fuerte y estoy segura de mí misma. No hay espacio para la vergüenza. Se la doy a la concha. Soy guapa y amable. No hay espacio para la inseguridad. Dejo que la concha también se quede con eso. Soy poderosa. Me desean. Me quieren. No hay lugar para las dudas.

Le doy a la concha un último apretón, abro los ojos y miro el agua. Veo las olas estrellarse una vez, dos veces, mientras las crestas blancas se convierten en espuma cuando el agua me golpea los dedos de los pies. Respiro hondo, echo el brazo para atrás y lanzo la concha al aire. La veo caer sobre las olas y aterrizar sin hacer ruido en el agua azul grisácea.

—Ya está. —Cojo a Rachel de la mano, también la tiene llena de arena —. Ya está hecho.

—Ya está hecho —repite ella.

A nuestro lado, Poppy y Shelby también tiran sus conchas al mar. Las cuatro nos quedamos ahí de pie con lágrimas en los ojos viendo cómo las olas se nos estrellan en los tobillos.

Después de unos minutos en un silencio reverente, Poppy se aclara la garganta.

—¿A alguien le apetece un *brunch*?

—Dios, sí —responde Shelby—. Me muero de hambre.

—Yo también —se hace eco Rachel—. ¿Tess? ¿Te apuntas?

Aparto la mirada del agua y veo a los rostros de las tres mujeres que me están sonriendo. Me están esperando. Me están incluyendo. Ellas quieren que yo esté aquí. Me desean. Me quieren. Estoy en casa.

No hay lugar para las dudas.

—Sí —respondo, intento que la emoción no se apodere de mi voz—. Claro, lo del *brunch* suena genial.

68

Ryan

El sol se cuela por las puertas correderas del patio trasero. Las abro de par en par y dejo que el olor del mar me llene los pulmones. Es un día de febrero perfecto, frío y seco, no hay ni una sola nube en el cielo. Más allá del porche encalado, un pequeño sendero de tablones conduce hacia las dunas y la playa.

Miro a mi alrededor, al espacio vacío, y permito que mis ojos vaguen por la cocina. Los armarios son blancos, de estilo moderno, con unos elegantes electrodomésticos de acero inoxidable. Me gusta el suelo de madera. Es de color roble claro, le da a la casa un aire playero.

Toc, toc.

—¿Hola? —dice Tess, su voz resuena por el espacio vacío. Suena indecisa. Por supuesto que sí. Acabo de volver del aeropuerto y no he dejado que viniera a recogerme. En cambio, le he pedido que nos veamos en esta dirección aleatoria—. Ryan..., ¿estás aquí?

Me doy la vuelta con una sonrisa, me muevo un par de pasos a la izquierda para que pueda verme desde la entrada.

—Hola, cariño —la saludo.

Entra en el salón vacío y juro que se me para el corazón. Está guapísima con su camiseta corta y una falda de flores con vuelo y una raja que le llega hasta la mitad del muslo. Lleva el pelo recogido en un moño despeinado y unos enormes pendientes de aro que casi le tocan los hombros.

Se levanta las gafas de aviador y se las pone en la cabeza mientras mira a su alrededor.

—¿Dónde estamos? ¿Por qué me has dicho que nos viéramos aquí?

Ella está haciendo preguntas, pero ahora mismo yo soy incapaz de formar frases. Ya no puedo hablar ni sobre Cincinnati ni sobre su encuentro

con la dragona de su suegra. Llevo cuarenta y ocho horas sin ver a mi chica y estoy desesperado. Me acerco a ella y la envuelvo con los brazos. Se piensa que la voy a besar, pero la sorprendo cuando la levanto y me la echo al hombro.

—Ryan —chilla. Sacude los brazos y el bolso se le desliza por el hombro y cae al suelo.

Le doy un azote juguetón y corro hacia la cocina para dejarla sobre la isla. Me coloco entre sus piernas, le envuelvo la cara con las manos y la beso.

Gime contra mis labios, su cuerpo se derrite contra el mío y me pasa los brazos por el cuello.

—Nena, te he echado de menos —digo mientras le lleno los labios de besos.

Ella se ríe contra mi boca y me pone las manos en los hombros.

—Yo también te he echado de menos. Joder, te quiero.

—Yo sí que te quiero, joder. Le bajo las manos a los muslos. Se los acaricio de arriba abajo, sintiendo el modo en que se mueve en el borde de la encimera. En cuanto le toco la piel desnuda, sé que ya nada nos va a parar.

Yo tenía un plan. Me había preparado todo un discurso, pero ha salido volando por las ventanas y se ha lanzado al mar. Tengo a Tess entre los brazos y no puedo no tenerla.

—Te deseo —digo mientras deslizo la mano por la raja de su falda y voy subiendo por el muslo.

—Yo también te deseo a ti —jadea mientras se levanta la prenda.

La ayudo, los dos nos quitamos la ropa enfebrecidos. Le bajo las bragas hasta los tobillos. Ella me desabrocha los pantalones. Es el trabajo previo para tener mi polla dura en la mano y colocarme en su entrada.

—Por favor, cariño —gimotea, asintiendo con la cabeza mientras se muerde el labio. Los dos miramos hacia abajo, al lugar en el que estamos a punto de unirnos.

Coloco la punta de la polla donde quiero y levanto la mirada. La miro a los ojos mientras la penetro centímetro a centímetro.

Ella abre los labios en un gemido sin aliento mientras me acepta y le tiemblan las largas pestañas.

—Eso es —la tranquilizo. La agarro de la cadera con las manos mientras hago un par de embestidas cortas para meterle la polla hasta el fondo—. Esa es mi chica. Joder, qué bien. Estás muy cálida y prieta.

Me pone las manos en los hombros y echa las caderas para atrás para abrirse en canal y que me resulte más fácil embestirla hasta el fondo. Los dos gemimos con la respiración acelerada. Me mezo contra ella con fuerza y rapidez, le golpeo los muslos con las caderas.

—Ay, Dios, no pares —me suplica, su vagina late a mi alrededor—. Ryan, por favor...

—Yo tenía un plan —jadeo—. Tess... Dios... Me había preparado un puto discurso. Pero en cuanto te he mirado, se me ha ido de la cabeza. No puedo pensar... No puedo respirar hasta que no me corra dentro de ti...

—Hazme un resumen —dice con los labios contra mí.

—Eres mi hogar —digo, me tiemblan las manos al sentir que el orgasmo se va acumulando—. Tú eres lo único que quiero. Qué feliz me haces, joder.

—Aaah...

Su coño me aprieta con fuerza mientras ella me quita una de las manos que tiene en mis hombros y la desliza entre nosotros para tocarse el clítoris.

—¡Joder! —grita, y echa la cabeza hacia atrás mientras se corre.

Las paredes de su vagina me apretujan como una prensa y los dos gritamos. Nuestros cuerpos se desmoronan a la vez y pierdo todo el sentido del ritmo. Estoy envuelto en ella, dentro de ella, con el cuello enterrado en su cuello mientras me corro. Eyaculo en su interior y la lleno con mi semen.

Nos quedamos así, aferrados el uno al otro, ella con el culo sobre el borde de la encimera de la cocina. Unos segundos después, nos soltamos. Me aparto, pero con la polla todavía dentro de ella mientras la cojo de las mejillas y le lleno la cara de besos.

—Te quiero. Me encanta cómo me haces sentir.

Suelta una profunda bocanada de aire mientras tiembla y siento que se relaja a mi alrededor. Entonces me mira parpadeando, la confusión del orgasmo se va desvaneciendo mientras recupera el sentido. Me da un empujoncito y yo salgo, el calor de nuestros flujos se vierte entre sus piernas y sobre la encimera.

Con un gimoteo, se lleva la mano a la entrepierna y se pasa los dedos por nuestras eyaculaciones. Se le derriten los ojos verdes mientras me acerca los dedos a los labios.

—Pruébalo.

Me los meto en la boca y gruño cuando los saboreo en la lengua. Me recuerda a otro momento, a hace un par de meses, cuando también tuve sus dedos en mi boca.

—¿Mejor que el glaseado de la tarta? —se burla leyéndome la mente.

Asiento con la cabeza y dejo que saque los dedos. Y, como no puedo evitarlo, hago lo mismo. Le paso dos dedos desde el coño hasta el clítoris y se los acerco a los labios entreabiertos. Ella ni siquiera lo duda. Se mete los dedos en la boca y los lame con la lengua hasta dejarlos limpios. Los suelta con un pop y entonces se baja de la encimera y se sube las bragas.

La confusión de nuestra unión se disipa y me encuentro a mí mismo plantado en medio de esta cocina vacía con la polla húmeda y los calzoncillos en los tobillos. La puerta trasera está abierta de par en par. Se me escapa una carcajada. Entonces me agacho y me subo los pantalones para arreglarme.

Joder, esta mujer me vuelve loco.

La susodicha rodea la isla y vuelve al salón vacío.

—¿Por qué querías que nos viéramos aquí?

—¿A ti qué te parece? —respondo mientras señalo a mi alrededor.

Ella pasa la mirada de la cocina a la chimenea de piedra encalada, a la terraza trasera que conduce a la playa.

—Es mona. ¿Tiene dos dormitorios?

—Tres —digo—. Aunque el tercero es bastante pequeño. En realidad, toda la casa es pequeñita. Solo tiene una planta. Pero es de nueva construcción y está en primera línea de playa.

Se da la vuelta, los rizos rojos le enmarcan la cara.

—Es monísima. ¿Estás pensando en alquilarla?

—La he comprado.

Jadea.

—¿Qué?

—Tess, he comprado esta casa. Todos mis contratos están aprobados. El acuerdo con Nike, el acuerdo con Bauer, la extensión de contrato con los Rays. Tienes delante de ti a un tío con un contrato de cuatro años por veinte millones de dólares y una prima de firma de cuatro millones. —No puedo evitar hinchar un poco el pecho de orgullo.

—¿Cuatro? —dice con los ojos como platos—. Creía que eran tres.

—MK negoció —digo con una sonrisa.

—Oh... ¡Ryan, eso es increíble! —chilla, y rodea la isla para abrazarme.

La dejo que me achuche y aspiro su aroma sin ninguna vergüenza. Huele a flores y coco. Quiero embotellar su olor. Lavaría todas mis sábanas y mi ropa con él. Quiero ahogarme en ella. Pero sé que un detergente con olor a Tess no es suficiente. La deseo a ella. Lo quiero todo.

Me suelta y se vuelve.

—¿Cuándo te mudas?

—Cuando yo quiera —respondo—. Está para entrar a vivir. El vendedor estaba motivado y yo también.

Sonríe.

—Me alegro muchísimo por ti —vuelve a decir—. ¿Cómo la sientes?

Miro a mi alrededor, me encojo de hombros y me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Como una casa.

—Y a mí que me dijeron que los jugadores de hockey no teníais mucho sentido común —se burla.

Yo me limito a sonreír y la observo llenar este espacio vacío con su luz.

—No es un hogar, Tess.

—Bueno, todavía no. Pero tienes que darle una oportunidad. Por lo menos ponle una alfombra. Quizá un sofá aquí —dice, señalando un punto en el suelo—. Enchufas la Nintendo, metes un par de cajas de macarrones con queso en la despensa y ya tienes tu propia Mojo Dojo Casa House.

—Solo con eso no será mi hogar —respondo solemne.

Ella se gira, esta vez más despacio.

—¿Y con unas cortinas? Quizá de color azul. Y un cuenquito lleno de conchas. Al parecer, en Florida ningún hogar está completo hasta que no la decoras con un cuenco lleno de conchas. Oooh, ¿me dejas que te lo dé como regalo de bienvenida?

—No es mi hogar, Tess —insisto.

Casi puedo ver el alivio en su cara cuando suelta una pequeña bocanada de aire.

—Ah, ¿entonces es para alquilar? ¿Para diversificar los activos?

—No, yo voy a vivir aquí. Esta es mi casa. Voy a decorarla entera. Entrenaré en el patio por las mañanas, me daré paseos por la playa por las noches. Y sí, haré mis macarrones con queso y jugaré a Mario Kart cuando

me aburra. Pero nada de eso hará que este sea mi hogar. Eso solo puede hacerlo una cosa.

Se queda quieta. El pecho le sube y le baja mientras me lanza una mirada cauta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta al fin, incapaz de hacerse la loca un segundo más.

—No te estoy pidiendo matrimonio —respondo.

Suelta el aire que estaba conteniendo con los labios entreabiertos.

—Madre mía, me estabas dando un susto de muerte —dice, y se lleva la mano al pecho mientras respira hondo—. Ryan, dijiste que nada de matrimonio. Dijiste que no creías en él...

—Y tú dijiste que ningún hombre te enjaularía —contesto—. Dijiste que nunca volverías a ser la esposa de nadie. Así que no tenía ni puta idea de cómo hacer esto sin que parezca que te estoy pidiendo matrimonio, cosa que no estoy haciendo. Porque ninguno de los dos quiere eso..., ¿verdad?

Ella me mira parpadeando, con los ojos llenos de lágrimas, pero no dice nada. Y ahora se me para el corazón.

—Ay... joder.

Da un paso al frente y me tiende una mano, pero no tengo ni puta idea de si es para acercarme a ella o para alejarme.

—Ryan...

—Tess, ¡¿qué narices me estás haciendo?! —grito, levantando las manos en el aire.

—¡Nada!

—No puedes estar en la casa que te he comprado, con mi semen entre las piernas, mirándome así cuando te pregunto si quieres casarte. ¡Me va a dar un jamacuco!

Jadea.

—¿Que tú... qué? ¡Ryan, dime que no me has comprado esta casa!

—Por supuesto que te he comprado una casa —grito señalando a todo lo que me rodea—. Hace semanas que dejé esa trampa mortal que tenía por apartamento. Y tú dijiste que no podías seguir quedándote en casa de Ilmari después de toda la movida con el pervertido de Tom. Quería un lugar en el que los dos pudiéramos empezar de cero. Un nuevo capítulo, ¿vale?

Tiene los ojos llenos de lágrimas cuando sacude la cabeza.

—No lo hagas —le advierto y muevo la cabeza como ella—. No te cierres en banda. Dime cosas. Suéltalo.

—Estoy asustada —admite—. Todo esto va demasiado rápido. Ryan, me da miedo lo que siento por ti. Nunca he querido a otra persona como te quiero a ti. Ni como amigo ni como amante. Nunca...

—Yo siento lo mismo —digo, acercándome más y le paso las manos por los brazos—. Tess, sé que te he provocado y que dije que no creía en las almas gemelas ni en el amor a primera vista ni todas esas cosas. Y sigo sin estar seguro de que eso exista —admito, y le tomo las manos entre las mías —. Soy un tío racional, Tess. Me gustan las pruebas. Me gusta saber que algo es real porque lo veo y lo siento. Pero ahora empiezo a pensar que no creía en las almas gemelas porque todavía no había encontrado la mía. ¿Cómo puedes ver y sentir lo que es que tu alma se empareje con otra hasta que no encuentras a la persona que se supone que es tuya?

—Ryan... —susurra.

—Dime que tú no lo sientes —la desafío—. Dime que tú no sientes un... que es lo correcto cuando estamos juntos. Al principio, me dije a mí mismo que era lujuria. Me convencí de que se pasaría si conseguía rascarme el picor. Pero, cariño, no se va. Solo se hace más fuerte. Cada día te deseo con más ganas. ¿Tú no lo sientes también?

—Sí —admite en voz baja. A juego con su esperanza. No está preparada para lanzarse de cabeza. Su confianza es como una vela débil en un día de viento.

—Poquito a poco —le digo, soy la fuerza que ella sabe que necesita—. No quieres seguir viviendo en la casa de Ilmari, ¿verdad?

Sacude la cabeza.

—Genial, pues vente aquí. Puedes tener tu propia habitación si quieres. O puedes dormir en mi cama y yo te veneraré como la diosa que eres todos los días de la semana. Y también todas las noches —añado con una sonrisa —. Estoy pensando en poner una sauna en el patio trasero.

Dibuja una sonrisa de satisfacción.

Le envuelvo las mejillas con las manos y le acaricio con el pulgar la suave piel. Puede que esta sea mi forma de contacto favorita cuando no nos estamos besando. Me encantan lo suaves que son sus mejillas.

—Vamos a empezar poco a poco. Vamos a vivir juntos. Sin etiquetas y sin jaulas. Solo dos almas que son más felices juntas. Da igual lo que venga

luego: matrimonio, bebés, compañeros de vida o separar nuestros caminos de forma respetuosa, esa puerta siempre estará abierta —digo, señalando la puerta principal—. Nunca te detendré ni te retendré. No necesito ningún papel ni ninguna prueba legal que indique lo que los dos sabemos que es verdad.

—Lo sé —dice ella con las manos extendidas sobre mi pecho.

—Solo quiero quererte —confieso—. Quiero que tú seas lo primero. Quiero verte sonreír todos los días y saber que yo soy la razón. Quiero ser tu persona. Quiero convertirte en mi hogar y quiero que tú hagas que yo sea el tuyo.

—Yo también quiero eso —admite—. Más que nada.

—Cuando te dije que nunca te pediría matrimonio, lo decía en serio...

—Te lo pediré yo —dice poniéndose de puntillas y colocándome las manos en los hombros.

—Espera..., ¿qué? —La observo con los ojos como platos.

Ella me devuelve la mirada con un gesto de determinación.

—Te lo pediré yo. Ryan, mereces que te lo pidan... aunque no ahora mismo —añade enseguida, y los dos soltamos una risilla nerviosa.

—No, si ya... —digo, asintiendo con la cabeza como si no acabara de abrir un agujero en mi universo con el puñetazo que le ha dado.

—Mi divorcio todavía no es definitivo —empieza a escurrir el bulto.

—Claro —digo, todavía me estoy tambaleando.

—Y, si a ti te parece bien, me gustaría que fuéramos despacio —continúa —. Quiero que disfrutemos el uno del otro. Sin jaulas y sin etiquetas, ¿no?

—Por supuesto —digo, asintiendo como un cabezón.

—Pero yo te lo pediré a ti, Ryan —repite con una sonrisa en los labios —. Si algún día decidimos que un matrimonio legal es lo que los dos queremos, cuando yo esté preparada..., cuando los dos estemos preparados..., te pediré que seas mi esposo.

—¿Estás hablando en serio?

Me pasa los dedos por las cejas con delicadeza.

—Es como lo que has dicho sobre las almas gemelas. No sabes lo que significa tener una hasta que la tienes. Creo que quizá deseché demasiado pronto las etiquetas de marido y mujer y lo que significarían para mí porque no había conocido a la persona con la que se suponía que tenía que ostentar ese título. —Sonríe y baja las manos—. Ryan Cachorrito Langley, eres la

mejor persona que conozco. Eres tan amable y cariñoso. Tan cuidadoso y a la vez tan fuerte. Escuchas. Aprendes. Luchas y creces. Estoy enamorada de ti y sería un honor ser tu esposa..., algún día..., probablemente... —Ensancha la sonrisa y algo le brilla en los ojos—. Sé que no es la proposición más romántica del mundo, pero es la más vaga que he podido hacer.

La alegría me desborda y la abrazo.

—Necesito que lo repitas —le digo con la cara enterrada en su cuello.

—¿El qué...? ¿Todo? Ryan, ha sido un galimatías.

—No, solo la última parte..., o la segunda última parte..., la parte de la palabra que empieza por E —aclaro.

Ella se ríe sin dejar de acariciarme la espalda.

—Estoy enamorada de ti, Ryan.

Gruño.

—Otra vez.

—No seas avaricioso —se burla.

—Demasiado tarde —respondo mientras bajo las manos para agarrarla del culo—. Ya sabes cuál es mi mayor defecto. Soy avaricioso cuando se trata de ti. Quiero todos los besos... —Le acaricio los labios con los míos—. Todas las sonrisas...

—Pues son tuyas —responde, el rostro se le ilumina de alegría.

—Todos los orgasmos —añado con una sonrisa.

—Ahí voy a marcar una línea —dice empujándome por el hombro—. Ya sabes cuánto me gusta jugar con mis juguetes. Y viajas muchísimo. Es imposible que te los dé todos.

Me lo pienso por un momento.

—Me parece justo. ¿Y si los veo aunque esté fuera? Todavía no hemos probado lo de las videollamadas. Podría ser divertido.

—Lo siento, cachorrito. Solo hay espectáculos en directo —se burla. Sus caricias pasan de ser cariñosas a provocativas, va bajando las manos por mis abdominales y mis caderas—. ¿Y si prometo que pensaré en ti cuando me corra y tú no estés?

Gruño y me abalanzo sobre ella mientras le beso el cuello.

—No me rompas el corazón...

Se queda quieta y me empuja con suavidad para mirarme a los ojos.

—No me lo rompas tú a mí.

—Nunca. Tess, voy a ser muy bueno contigo.

—Seremos buenos el uno con el otro —responde, y me besa la mandíbula. Me mete las manos por debajo de la camisa para acariciarme la cálida piel de la espalda.

Le introduzco los dedos por el pelo rizado de la nuca y le doy un tirón. Me encanta el siseo que se le escapa, el modo en que se le calientan los ojos cuando me mira como si yo fuera lo único que ve. Le sonrío con suficiencia y añado:

—Y si alguna vez nos casamos, serviremos macarrones con queso en nuestra boda.

Ella se ríe y baja las manos para cogerme del culo y pegarme más a su cuerpo. Entonces acerca la boca y me susurra al oído:

—Si son macarrones con queso y langosta, me vestiré de blanco.

Es un regalo y una promesa. Me está ofreciendo esperanza. Solo tengo que confiar en ella y quererla. Esta mujer es mía. Mi amiga, mi alma gemela. Ya lleva mi jersey y duerme en mi cama. Algún día, puede que incluso comparta mi apellido. Nos tiramos al suelo, incapaces de esperar más, mientras su nombre resuena en mi cabeza: Tess Langley.

Mi Tess. El cataclismo que vino y sacudió toda mi vida. Ahora es mía para quererla. Mía para cuidarla. Mía para hacerla feliz durante el resto de mi puta vida. Sonrío y beso esos labios tan perfectos que tiene.

Nunca nada me ha parecido tan correcto.

Epílogo
Ryan

Un año después

Suena la alarma y gruño mientras ruedo hacia un lado. Es demasiado temprano, joder. Pero es día de partido y tengo que levantarme. Agarro el móvil, decidido a silenciarlo antes de que despierte a Tess.

En cuanto lo envuelvo con los dedos, me quedo rígido. Ese no es el sonido de mi alarma. Es música. Como un tono de llamada. Saco la cabeza de debajo de la almohada y parpadeo en la semioscuridad mientras compruebo la pantalla. Es mi teléfono y sin duda es una alarma, pero lo que suena son los coros de *Marry me* de Jason Derulo.

Jadeando, la apago y me doy la vuelta. Lo que espero es ver a Tess sentada en la cama como si fuera uno de esos gremlins que nunca duermen y con la caja de un anillo en la mano. Pero no está aquí. Su lado de la cama está vacío.

Me paso la mano cansada por la cara mientras me incorporo.

Se ha tirado los últimos meses lanzando muchas indirectas sobre que estaba preparada para pedirme matrimonio. Lo ha convertido en un juego, me daba esperanzas solo para volver a chafármelas. Casi he llegado a mi límite. Le he asegurado que yo soy feliz nos casemos o no. Llevamos un año juntos y no hay final a la vista. Estoy tan enamorado de esta mujer que ya ni siquiera es divertido. Tess es mía.

Pero una promesa es una promesa. Yo no voy a pedirle matrimonio. Nunca. Si ella quiere casarse, ya sabe dónde encontrarme.

Suelto el móvil y saco las piernas por el borde de la cama. En cuanto toco el suelo con los pies, me termino de despertar del todo. Hay un rastro

de pétalos de rosa rojos que empieza en mis pies, recorre el dormitorio y desaparece en el pasillo.

—¡Tess, más te vale estar ahí fuera! —grito mientras camino de puntillas sobre el sendero de pétalos.

Bajan por las escaleras y rodean la esquina de la cocina, donde...

Me detengo con los ojos como platos y miro a mi alrededor, hay un jardín entero de rosas.

—Ah... Me cago en todo.

Hay jarrones en todas las superficies de la cocina: la encimera, los fogones, la isla. Hay muchos más en la mesa. Solo hay un huequito despejado al final de la mesa. Tess me ha preparado el desayuno habitual de los días de partido: un bol de copos de avena con frutos rojos frescos. Yo solo tengo que añadirle el agua caliente.

—¡Tess! —grito, y presto atención a ver si la oigo en alguna otra parte de la casa. Lo más seguro es que se esté escondiendo en la esquina, tapándose la boca con la mano para aguantarse la risa.

—¡Tess!

Pero la casa está sumida en un silencio sepulcral.

Resoplo y vuelvo a centrarme en el desayuno. Junto al bol, hay un sobre rojo. Lo agarro. Ha dibujado un corazón en la parte frontal con una R dentro. Saco la tarjeta y, en cuanto la abro, empiezan a sonar los coros de *All of the girls you loved before*.

Maldita sea. Sabe que es mi canción favorita de Taylor Swift. Siempre digo que es mi canción de Tess. Hace unos meses, incluso me atreví a cantársela en una de las noches de karaoke.

Bajo la tarjeta y me saco el móvil del bolsillo del pijama. La llamo mirando el desayuno con una mano en la cadera. El teléfono no hace más que sonar y sonar mientras la tarjeta musical sigue sonando.

No responde.

—¡Joder! —le grito literalmente a nadie—. ¡No sabes las ganas con las que me voy a casar contigo! ¡No me pongas a prueba!

Treinta minutos después, Jake y Caleb me sacan a rastras de la casa para el paseo de la playa que siempre damos las mañanas de partido. He intentado

contarles lo que estaba pasando, pero Jake no estaba muy receptivo. Es casi peor que Mars cuando se trata de los rituales del día de partido.

De camino, nos detenemos en la cafetería. Colby, mi camarera favorita, me pasa un té helado tamaño grande. Tiene la proporción perfecta de tatuajes y piercings para saber que siempre vas a conseguir un producto de calidad.

—Aquí tienes, Ryan —canturrea—. Ah, por cierto, chicos, ¡mucha suerte esta noche!

—Gracias, Colby como el Queso —se burla Jake mientras acepta el café que le ofrece. Es una coña que tienen. Así es como se presentó la chica el primer día que vino. Ahora mi compañero la llama así.

Encabezo la marcha hacia fuera, donde Sanford nos espera con el perro. Jake le tiende el café a su esposo y entonces los tres nos vamos a la playa.

—Entonces, ¿te ignora las llamadas? —se interesa Jake, y le da un sorbo a su café.

—Sí.

—Pero ¿te ha dejado un jardín de rosas y tarjetitas con música y alarmas en el móvil?

—Sí —repito.

—Tío, esta noche te va a pedir matrimonio, no lo dudes —se burla Sanford.

Me detengo con una sonrisa tonta en la cara.

—¿Qué? Ay, Dios, ¿de verdad lo pensáis?

Sanny se encoge de hombros sin más y se pone las gafas de aviador que tenía en la cabeza.

—Bueno, ya ha pasado por nuestra casa, así que tiene que ser algo gordo. ¿Qué es más grande que ver *¿Quieres casarte conmigo?* con luces brillantes en la pantalla gigante?

—Tíos, los chicos se van a volver locos —se ríe Jake—. Esto nunca lo vas a superar.

Sonrío y paso la mirada de él a Sanford.

—Tengo esa estúpida carita de cachorrito en la playa, ¿verdad?

Ambos asienten.

—Sí, te estás poniendo en ridículo —dice Sanny.

—Nos estás poniendo en ridículo a nosotros —lo corrige Jake.

A mí ni me importa. También me bajo las gafas de sol y le doy un trago a mi té helado.

Sanford y el perro encabezan la marcha hacia la playa y nos lo tomamos con calma, paseando despacio junto a la orilla con los pies descalzos. Entre nuestras casas hay menos de un kilómetro, así que Tess y yo venimos andando la mayoría de las mañanas y quedamos con los Price en la cafetería que hay de camino.

Luego nos limpiamos la arena a golpetazos de camino a casa. Los Price suelen dejarnos allí, los chicos nos suelen robar algo de fruta y luego se vuelven a su hogar. Todo el mundo tiene que caminar el círculo, como le decimos nosotros.

La playa está bastante ajetreada para ser una mañana de sábado en febrero, pero esta semana ha hecho muy buen tiempo. Hace sol y está despejado, hace buen día para surfear. Hay mucha gente cabalgando las olas. Pasamos junto a un grupo de mujeres que están haciendo yoga y una pareja joven que se están enrollando en una manta de playa.

Poseidón va de un lado para otro para atrapar la pelota que le lanzamos por turnos. Creo que casi he convencido a Tess de que tengamos un perro.

—Ay, mierda —se ríe Sanny.

Me detengo con la pelota de tenis en la mano mientras Poseidón da saltos entre mis pies.

—¿Qué?

Está de pie en la orilla, el agua le golpea los pies descalzos y está mirando al cielo.

—¡Qué dices! —chilla Jake cubriéndose los ojos con una mano—. Tío, eso mola un huevo. Si no te casas con ella, lo haré yo.

—Tú ya estás casado, gilipollas —le dice Caleb.

—Un tecnicismo —dice el otro con un gesto distraído de la mano—. Además, tú nunca me has escrito un mensaje en el cielo.

Con el corazón acelerado, me cubro los ojos con una mano y miro al cielo. A lo largo de la costa, pasa volando una de esas avionetas rojas que llevan una banderola blanca enorme.

—¡Madre mía! ¿Qué dice?

—Pone «Cásate conmigo, Ryan» —responde Sanny.

Me giro poco a poco hacia ellos y la sonrisa se me convierte en una mueca.

—Vosotros dos estáis en el ajo, ¿verdad?

—No —dice Sanny, mientras Jake se ríe y dice: «Yep».

Sanford le da un codazo y se ponen a pelearse mientras yo vuelvo a fijarme en el avión. Las palabras de la banderola son enormes y están escritas en negrita, pero como la tela ondea, me resulta un tanto difícil leerlas. Por si acaso, Tess se aseguró de que los chicos estuvieran aquí para echarme un cable.

Sonrío. Mi chica piensa en todo.

Durante el último año, le he contado al equipo lo de la dislexia. Han sido muy majos. Aunque tampoco es que esperara que fuera de otro modo. Nunca me he sentido tan en casa con un equipo como con los Rays. Son mis hermanos, mi familia.

El único obstáculo real fue Poppy. Lloró y me dijo que soy muy valiente y luego tuve que tranquilizarla durante tres días enteros porque quería que hiciera una campaña enorme sobre la alfabetización en las escuelas públicas locales. Tuve que asegurarle que no era un no definitivo. Solo un no por ahora.

Puede que sea un tío duro en el hielo, pero mi dislexia sigue siendo mi vulnerabilidad y no me gusta compartirla. Los chicos lo entienden. Tess también, sin duda alguna. Puede que algún día ponga mi cara en un póster sobre la dislexia. Pero por ahora, me quedo con la estúpida valla del aeropuerto.

Jake me observa con una sonrisa enorme.

—Tío, es muy romántico. Por favor, dime que vas a decir que sí.

Oh, claro que voy a decir que sí. Los dos hemos tenido un largo camino hasta sentirnos preparados de verdad, pero me voy a casar con esa mujer como que me llamo Ryan.

Pero primero tengo que encontrarla.

Vuelvo a casa y el coche de Tess sigue sin estar. Ni siquiera tengo que entrar para saber que no está en casa. Todavía no ha terminado de torturarme por hoy, lo tengo claro. Pero, si esta noche no termina en propuesta de matrimonio, va a dormir en una tienda en el porche.

A ver, yo también dormiría ahí, pero porque no voy a dejar a mi mujer al aire libre donde los animales le puedan hacer algo. Pero tengo que

demostrarle algo, así que a la tienda de campaña.

Dios, soy un gilipollas blandengue.

Sonrío y entro en la casa. Solo tengo cuarenta y cinco minutos antes de tener que irme para el estadio. Paso por la cocina llena de rosas para darme prisa en completar mis rutinas matutinas. Me ducho, me afeito y hago algunos estiramientos mientras como algo.

Durante todo este tiempo, Tess sigue sin dar señales de vida.

Me pongo el traje y voy hacia la lavandería, donde guardo la bolsa de deporte. Instalé una ducha y una zona para colgar mis cosas. Así evitamos que apesten el resto de las cosas que tenemos en los armarios principales.

Agarro la mochila, preparado para guardar dentro la equipación, una muda de ropa interior y unos calcetines limpios. Cierro la cremallera y enseguida entrecierro los ojos. Hay algo metido en el bolsillo delantero. Abro más la cremallera y saco una carpeta azul. La abro y veo que dentro hay un documento que tiene pinta de ser algo legal. Es algún tipo de solicitud, con huecos para tu nombre, dirección y número de teléfono. Alguien lo ha rellenado con bolígrafo azul. Se me para el corazón cuando descifro las primeras frases.

—Madre mía.

Con lágrimas en los ojos, paso el dedo por los renglones y me detengo cuando veo mi apellido: L-a-n-g-l-e-y.

Ahora estoy sonriendo como un idiota. Es una solicitud de cambio de nombre. Hace un tiempo que hablamos de hacerlo. Yo acababa de regresar de un partido que jugamos fuera de casa y ella me preguntó si podía ponerse mi apellido, aunque no estuviéramos casados.

—Tess Owens es mi pasado —dijo mientras compartíamos *pad thai* para llevar—. Quiero que Tess Langley sea mi futuro... aunque sea sin el anillo.

Dije que sí, por supuesto.

Al día siguiente, la doctora se pasó por casa con un juego de toallas elegantes y con unas iniciales bordadas. Las dos se estuvieron riendo durante diez minutos y acabaron llorando abrazadas.

Esa fue la última vez que lo mencionó.

Encuentro la fecha de la solicitud y se me ensancha la sonrisa. Lo pidió hace un mes. Esta es la copia del papeleo que entregó, están firmadas y tienen el sello del gobierno.

Es entonces cuando caigo. No se va a cambiar el apellido. Ya se lo ha cambiado. Creo que se lo cambió el día siguiente de que lo habláramos. Ahora es Teresa Langley.

Sí, nada va a impedirme llegar al partido de hoy. Y más vale que Tess esté allí preparada para hincar la rodilla.

—¿Qué te pasa? —me dice Sully mientras se ata los patines—. Hoy estás raro.

—¡Déjalo tranquilo! —grita Jake desde la otra punta del vestuario—. Es un hombre enamorado.

—Lo sabemos —dice Walsh desde mi otro lado.

—Sí, pero esta noche por fin Tess le va a pedir matrimonio para que dejen de vivir en pecado —le grita Jake a toda la sala.

Sully me mira con los ojos como platos.

—Espera, ¿lo dice en serio, Langers? ¿Al fin te vas a unir al Club de los Hombres Casados?

—No lo llamamos así —replica Jake.

—Ya, pero deberíamos —dice J-Lo mientras se mete el jersey por la cabeza—. Es el club más elitista y exclusivo.

—¿Por qué sabemos que Tess te lo va a pedir esta noche? —pregunta Walsh mientras me quita la cinta para el stick.

—Porque lo sabemos —responden Jake y Sanny al mismo tiempo.

Yo me limito a entornar los ojos y dejo que los chicos se burlen, pero le doy un puñetazo a Walsh y recupero mi cinta. Voy por la mitad de la hoja cuando Teddy entra con una expresión de confusión.

—Eeeh... ¿chicos? ¿Esto está permitido?

Da un paso atrás y cuatro hombres con unos trajes brillante a rayas rojas y blancas y unos sombreros de paja entran marchando.

—¿Qué narices es esto? —dice Novy mientras se pone en pie. Pero yo ya sé de qué va esto.

—Por favor, Dios, no —mascullo—. Cualquier cosa menos esto.

—Hola. —El hombre alto con un bigote pelirrojo saluda a la habitación —. Estamos buscando a Ryan.

Todo el vestuario grita y me jalea mientras me señalan, porque al parecer no queda ningún sentido de la fraternidad en este maldito deporte.

Me pongo en pie, ya tengo los patines puestos.

—Mirad, de verdad que no hace falta que...

—¿Tú eres Ryan? —pregunta el Bigotes.

—Oh, sí, es él —dice Sully. Al gilipollas todo eso parece gustarle demasiado.

Por toda la estancia, los chicos empiezan a sacar los móviles. La vista se me va a la esquina donde la doctora está apoyada contra la pared al lado de Mars, que tiene los brazos cruzados. Cuando ve que la miro, me guiña un ojo.

«Ay, que la jodan». Está muertísima.

El Bigotes sopla una especie de flauta pequeñita.

—¿Preparados, chicos?

Y entonces me caigo de culo en el banquillo cuando el cuarteto empieza a cantar a viva voz y a mover los brazos:

Bum bum bum bum.
Esta noche Tess hinca la rodilla.
Bum bum bum bum.
Y los dos viviréis en alegría.
Pelo rubio, ojos verdes, carita de ensueño.
En hacer gritar a tu amante pones empeño.
Una pregunta escueta, pero la vida es larga.
Tú di que sí, cásate con la mujer que amas.

La canción termina y el vestuario se vuelve loco. Me pegan por todos lados mientras los chicos se apiñan a mi alrededor, jalean y me felicitan mientras el cuarteto intenta escabullirse por la puerta.

—Oooh, no, vosotros no os vais a ninguna parte —grita Jake, que coge al Bigotes por el brazo.

Y así es como acabo de pie en medio del vestuario, a medio vestir, con un cuarteto de barbudos flanqueándome mientras los chicos y Claribel me sacan mil fotos, que sé que inevitablemente van a acabar en las redes sociales.

Oh, sí, esta noche me caso con Tess... si no la mato antes.

Cuando salgo al hielo para el calentamiento, estoy más tenso que un muelle. Ni siquiera puedo centrarme en mis rutinas habituales. ¿A quién le importa estirar los flexores de cadera o practicar el manejo del disco? Si Tess no viene, voy a quemarlo todo.

Doy vueltas por la pista mirando por el plexiglás, siento que el ambiente está cargado de energía. Los fans están de pie. Algunos están dando palmas. Paso junto a la pared y me fijo en que hay mucho color amarillo. Hay gente en todas las secciones que lleva camisetas de color amarillo. Hay un par de chicos sentados en primera fila y los dos la llevan también. Le dan golpes al cristal cuando paso con sus cervezas en la mano.

Vuelvo a rodear la pista y los miro.

—¿Qué son esas camisetas?

Se ríen y señalan. Los dos llevan serigrafiada en el pecho una foto de Tess sonriendo.

—¿Dónde está? —grito.

Pero estos dos no hacen más que reírse y lanzarme besos por el cristal. Paso por delante de otras dos personas. Uno lleva una camiseta de neón con mi cara. En la otra hay dibujado un anillo con un diamante enorme y una interrogación. Por toda la tundra hay fans que llevan camisetas con nuestras caras y los anillos de diamantes.

La música cambia en los altavoces y alguien sube el volumen. El cuerpo se me tensa cuando empieza a sonar el estribillo de *Marry you* de Bruno Mars, que resuena por todo el estadio enloquecido.

«Ay, Dios, este es el momento. Está pasando, joder».

Me siento como un patinador artístico, dando vueltas, buscándola entre la multitud. La pantalla gigante está fija en mí y me sigue por el hielo. El resto de mis compañeros han dejado ya de fingir que están calentando mientras el público empieza a cantar: «Cásate con ella».

—¡Tess! —grito, aunque sé que no puede oírme.

—Cá-sa-te con e-lla.

—Cá-sa-te con e-lla.

Golpean el cristal. Hacen la ola. Soplan unas estúpidas trompetillas de plástico.

—Tess, te lo juro por Dios...

—Damas y caballeros —se oye la atronadora voz del locutor—. Una chica muy especial tiene una pregunta muuuuuuy especial para uno de

nuestros Rays.

Me detengo salpicando hielo mientras levanto la mirada a la pantalla gigante. La cámara está sobre mí y hace zoom sobre la expresión tan ñoña y esperanzadora que tengo dibujada en la cara. El público se vuelve loco, igual que mis compañeros de equipo. Entonces la cámara cambia y de repente aparece ella.

Tess.

Está de pie junto al cristal. Tiene el pelo rojo en un semirrecogido y los rizos le enmarcan la cara. Lleva puesto mi jersey y levanta una pancarta color rosa chillón con purpurina. El cartel es igual que las camisetas, con fotos de nuestras caras y un anillo de compromiso. Es como una suma con emoticonos. Es su pregunta.

Tess + Ryan = Casados

El público corea: «¡Cá-sa-te con e-lla! ¡Cá-sa-te con e-lla!» y yo empiezo a moverme en círculos para encontrarla en tiempo real.

—¡Tess! —grito. Espero que me oiga, que llame su atención y que me guíe a casa con el sonido de su voz.

Al final la veo tres secciones más allá de nuestro banquillo. Los jaleos del público aumentan cuando salgo corriendo hacia ella. Me detengo junto a las vallas y suelto el stick, que repiquetea en el hielo. Estrello las manos enguantadas contra el cristal, lo único que deseo es poder hacerlo desaparecer.

Ella me sonríe con lágrimas en los ojos y tira al suelo el cartel rosa chillón. Entonces se da media vuelta y me enseña la espalda de su jersey con un guiño coqueto. Lleva mi nombre y mi número, pero ha añadido algo delante de mi apellido.

Cuando lo descifro, sonrío de oreja a oreja. En su jersey pone: «Señora Langley».

—¡Estás en un buen lío, Teresa Langley! —grito.

Ella se da la vuelta de nuevo y pone las dos manos sobre el cristal, contra las mías.

—Y bien, ¿qué te parece? —me pregunta—. Es una pena desperdiciar el cambio de nombre. ¿Quieres dejar de vivir en pecado conmigo? ¿Quieres casarte conmigo, Ryan?

—Joder, sí —digo, y los fans que la rodean chillan aún más fuerte—. Me casaría contigo ahora mismo, joder. Sal de ahí.

Ella sacude la cabeza y me sonríe, lo único que le brilla en los ojos es amor. La Tess asustada y desesperanzada de hace un año ha desaparecido. Ante mí está una leona fiera, un estandarte de belleza y fuerza. Y es mía. Me quiere. Me está eligiendo a mí. Ya me ha elegido.

—Nop —dice, con una sonrisa triste—. Después de los *playoffs*. En el Turks and Caicos. Va a venir todo el equipo. Ya está todo planeado.

—Renovaremos nuestros votos en el Turks and Caicos —respondo—. Pero yo me caso contigo esta noche.

Sabía que esta era la noche, así que ya te digo yo que he venido preparado. Saco la mano del guante derecho, me lo quito y lo sacudo para que el anillo de compromiso me caiga sobre la palma.

Ella jadea y casi se le salen los ojos de las órbitas cuando me mira a través del cristal. Es un diamante de tres quilates redondeado sobre una banda de oro amarillo. Lo compré el año pasado, la misma semana en la que se vino a vivir conmigo. Ya sabes... por si acaso.

Miro a la izquierda, donde los seguratas del estadio nos han abierto la puerta. Yo patino hacia la puerta y ella se abre paso entre las gradas, la gente se va apartando para dejarle paso. Tiro el otro guante al hielo y, en cuanto pasa el último asiento, tiro de ella hacia mí. Con la izquierda, le tiendo el anillo.

—Si me lo preguntas, mi respuesta es sí.

Sonríe y extiende la mano izquierda.

—Te lo estoy preguntando.

La cojo de la mano, me da igual que estemos los dos temblando mientras le deslizo el dedo en el anillo. Entonces me echa los brazos al cuello y la beso como si fuera la única persona a la que voy a besar durante el resto de mi vida.

—Cásate conmigo, Ryan —murmura contra mis labios—. Te lo estoy preguntando. Hazme la mujer más feliz del mundo.

—Sí —respondo con toda mi alma—. Cásate conmigo.

—Sí.

A nuestro alrededor, el público se vuelve loco.

FIN

Agradecimientos

Vaya. Ojalá tuviera más palabras o quizá mejores palabras, pero eso ya resume cómo me siento mientras escribo esto. Es que... vaya. Me habéis cambiado la vida. Ni en mis sueños más locos había imaginado que *Pucking Around* tendría la aceptación que ha tenido. Ahora que ha sucedido, me siento agradecidísima todos los días.

Voy a intentar darles las gracias a algunas personas, pero no sé si me olvidaré de alguien.

A Ashley, mi lectora alfa: fuiste la primera persona en creer en mí y en mis historias. Me has animado durante todos los pasos del camino y no podría estar más agradecida por tenerte a mi lado.

A mi equipo de lectoras beta: Alex, Amanda, Rachel, Mallory y Nikki. Gracias por vuestro apoyo inquebrantable mientras me ayudabais a que estos personajes y esta historia fueran más fuertes.

A mi equipo de ARC: este libro existe por el entusiasmo que habéis demostrado hacia estos personajes y este mundo. Quería contar esta historia por vosotros. Quería compartir esta historia con vosotros. Y ahora que lo he hecho, espero que queráis a Tess y a Ryan tanto como yo.

A todo el equipo que me apoya en Jabberwocky Literary Agency y Penguin Michael Joseph. Gracias por darle una oportunidad a esta serie romántica sobre hockey tan estrafalaria y queer, gracias por ayudarme a llegar a más lectores.

Y gracias a vosotros, mis maravillosos lectores. Gracias por hacer que mi vida sea más grande, más brillante y más mágica de la que nunca podría haber soñado.

La vida es corta y solo tienes una. Estoy agradecida de tener esta oportunidad de vivirla al máximo.

Horóscopos de los protagonistas

Tess: Géminis (aire). Juguetona, curiosa, apasionada.
Ryan: Virgo (tierra). Metódico, comprometido, amable.

Las cinco canciones de Taylor Swift que más le gustan a Ryan

All of the girls you loved before
Enchanted (Live)
Daylight
Lavender haze
I knew you were trouble (Taylor's version)

Pucking Wild
Emily Rath

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Pucking Wild*
© del texto: Emily Rath, 2023
Publicada de acuerdo con Jabberwocky Literary Agency, Inc., a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.
© de la traducción: Ana Navalón, 2024

© Diseño de la cubierta: Sandra Maldonado (Maldo Designs)
© Fotografías de la cubierta: Shutterstock

© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2024

ISBN: 978-84-08-29343-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

JENNY HAN
Siempre nos quedará el verano
CROSS BOOKS

Siempre nos quedará el verano

Han, Jenny
9788408115311
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La trilogía en la que se basa la serie de Prime Video. (Libro 3)

Belly sólo ha querido a dos chicos en su vida. Y ambos se apellidan Fisher. Tras salir con Jeremiah durante los últimos dos años, está casi segura de que es su alma gemela. En cambio, Conrad no ha superado el error de haberla dejado escapar, así que cuando Belly y Jere deciden dar un paso más en su relación, sabe que no le queda más remedio que hablar ahora o callar para siempre.
Decida lo que decida, Belly deberá enfrentarse a lo inevitable: tendrá que romperle el corazón a uno de los dos.
«**Este libro tiene todo lo que una chica quiere en verano.**» Sarah Dressen
«**Si pudiera vivir dentro de este libro, lo haría.**» Lauren Myracle

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

ESTELLE MASKAME
LOVE • NEED • MISS
miss you
Deja que tu corazón decida
CROSS BOOKS

You 3. Miss you

Maskame, Estelle
9788408162520
424 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ha pasado un año desde la última vez que Eden habló con Tyler. Sigue furiosa con él por haberse marchado de manera repentina el pasado verano, pero ha hecho todo lo que ha podido para seguir adelante con su vida en la universidad de Chicago. Cuando llegan las vacaciones, regresa a Santa Mónica pero no es la única que ha decidido volver a casa

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

EL HOGAR DE
MISS PEREGRINE
PARA NIÑOS PECULIARES
3
LA BIBLIOTECA DE ALMAS
RANSOM RIGGS
CROSS BOOKS

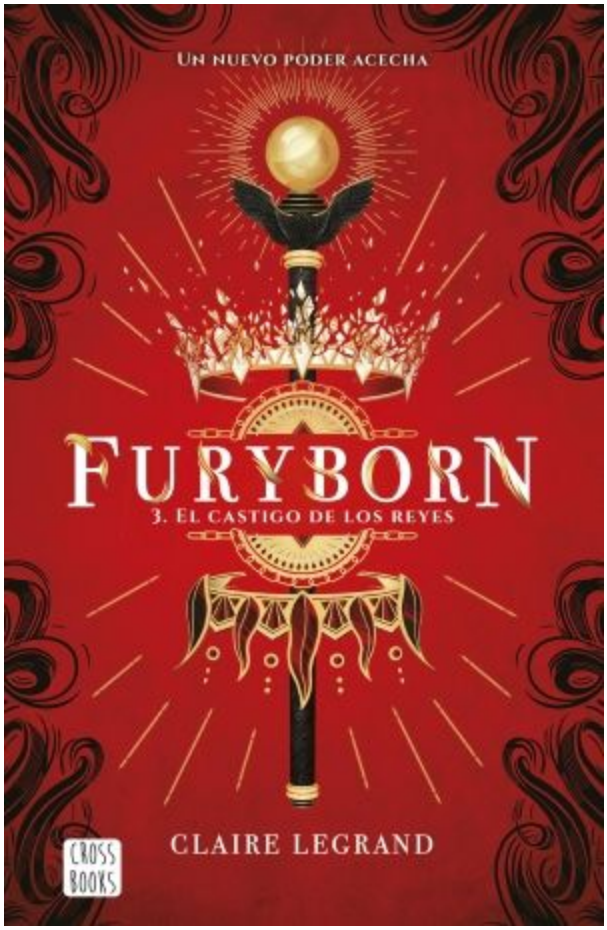
La biblioteca de almas

Riggs, Ransom
9788408164043
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En su lucha por salvar a Miss Peregrine, Jacob y sus compañeros se ven envueltos en una batalla mucho mayor. Tras escapar del escondite asediado de Miss Wren, Jacob desarrolla nuevos y asombrosos poderes y, con la ayuda de Emma y Addison, traza un plan para recuperar a las ymbrines y sus protegidos de las crueles garras de Caul. Para ello, deberán viajar por la Inglaterra victoriana y conocer a nuevos individuos fascinantes que les ayudarán de modos completamente imprevisibles. El destino de los peculiares está en juego, y sólo disponen de esta oportunidad para salvarse para siempre.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


UN NUEVO PODER ACECHA
FURYBORN
3. EL CASTIGO DE LOS REYES
CLAIRE LEGRAND
CROSS BOOKS

Furyborn 3. El castigo de los reyes

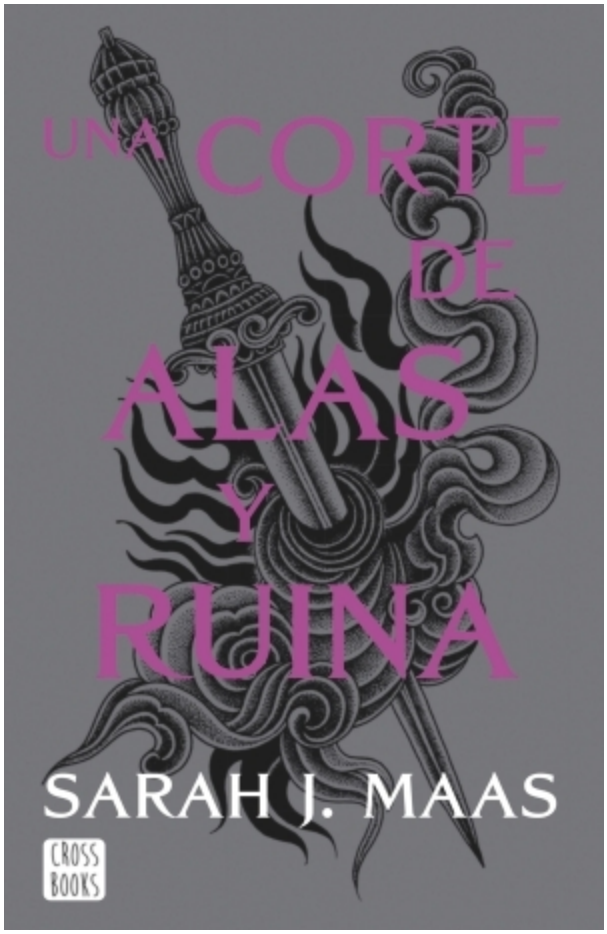
Legrand, Claire
9788408227434
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Rielle ha sido ungida como Reina Solar, pero la Puerta que mantenía aislados a los ángeles ha caído. Para repararla, debe recuperar las siete piezas perdidas de los Santos. Mientras tanto, para ayudar a Audric a proteger Celdaria, deberá espiar al ángel Corien, cuyas promesas de libertad y poder pueden ser demasiado tentadoras.

Siglos después, Eliana ha descubierto que ella es la Reina Solar, la salvadora que la humanidad lleva tanto tiempo esperando. Pero el miedo a corromperse y transformarse en una nueva Rielle la mantiene alejada de un poder que parece demasiado peligroso e impredecible. Perseguida por todos, corriendo contra reloj para salvar a Navi, Eliana debe tomar una decisión respecto a esa corona que nunca deseó llevar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


UNA CORTE DE
ALAS Y
RUINA
SARAH J. MAAS
CROSS BOOKS

Una corte de alas y ruina. Nueva presentación (Edición española)

Maas, Sarah J.
9788408179344
672 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un cuento de hadas nunca había sido tan *sexy*. ¡Déjate seducir por la saga del momento! (Libro 3)

Feyre regresa a la Corte Primavera, decidida a reunir información sobre los planes de Tamlin y del rey invasor que amenaza con destruir Prythian. Para esto deberá formar parte de un peligroso, e incluso letal, juego de engaño. Un juego en el que un simple error podría condenar no solo a Feyre sino también a todo el mundo a su alrededor.
A medida que la guerra avanza sin tregua, Feyre deberá posicionarse como alta fae y luchar por controlar y dominar sus dones mágicos; tendrá que determinar en cuáles de los deslumbrantes altos lores puede confiar y necesitará buscar aliados en los lugares más insospechados…
Porque llegan tiempos oscuros, en los que la tierra se teñirá de rojo mientras majestuosos ejércitos luchan por apoderarse del único objeto que podría destruirlos a todos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)